

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA



EDICIÓN FILOLÓGICA DEL *LIBRO DE LOS HONESTOS AMORES DE
PEREGRINO Y GINEBRA (CA. 1510)*

TESIS DOCTORAL

D. FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ MORÁN

DIRECTOR: PROF. D. FERNANDO GÓMEZ REDONDO

2011

Abstract

Philological edition of the *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, published in Seville by Jacobo Cromberger around 1510, according to Hernando Diaz's Castilian version of Giacomo Caviceo's Italian original work *Il Peregrino* (Parma, 1508).

The preliminary study focuses on the known editions of the work, and particularly in the *editio princeps* preserved in the Biblioteca de Palacio (Madrid) under the shelf mark IX/7047(3). In order to prepare the text, all later editions of the work (also published by the Crombergers in 1527, 1544 and 1548) have been examined and collated.

On the other hand, this study examines the patronage of Lorenzo Suarez de Figueroa, Third Count of Feria, and Hernando Diaz's little-known biography and literary achievements, while another line of investigation outlines the former holders of the specimen now kept in Palacio. Finally, the argumental and thematic content of the novel and the generic framework are treated in the proper context of the early Sixteenth century and new literary patterns that emerged immediately after the release of *La Celestina*.

A modo de agradecimiento

Aunque en los registros oficiales sólo conste un nombre, esta tesis doctoral es obra de muchos.

En primerísimo lugar, le pertenece por derecho propio a Fernando Gómez Redondo, que ha compartido conmigo el rarísimo don de su erudita paciencia y me ha regalado confianza a manos llenas incluso (y sobre todo) en los momentos en los que, por bisoñez y torpeza, fui menos digno de recibirla.

A Lorena le debo mil disculpas y muchas horas de descanso; a mi familia, y en especial a mi padre, José Javier Martínez Mesanza, una inquebrantable ilusión más allá de todo desánimo. Debo agradecerle a Carlos Alvar y a José Manuel Lucía Megías su acogida en el Centro de Estudios Cervantinos; por supuesto, sería injusto olvidarse de los compañeros del día a día (Elísabet, Rocío, Elisa, Pilar, Rosario y Aurelio): para vosotros demasiado corta queda la palabra *gracias*.

A su vez, he de estimar que el Programa de Realización de Contratos de Personal Investigador de la Comunidad de Madrid me haya prestado una generosa ayuda para llevar a buen puerto esta nave.

El profesor Clive Griffin me ha ilustrado con su enorme caudal de conocimientos bibliográficos, y ha sido tan amable de enviarme no pocos materiales casi a fondo perdido. Val Gago Saldaña me aclaró multitud de dudas casi irresolubles, y lo mismo hicieron Joaquín Rubio Tovar, José Manuel Pedrosa y Pedro Sánchez-Prieto al valorar el primer esbozo de mis trabajos. Sin Susana Gala una buena parte de este estudio renquearía irremediablemente.

Debo expresar, asimismo, mi gratitud a todo el personal de la Biblioteca de Palacio, y muy en particular a Elizabeth López Hidalgo. También es grande mi deuda con las bibliotecas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Alcalá, así como con la sección de Acceso al Documento.

Nada habría sido lo mismo, por mucho que ellos no quieran reconocerlo, sin Susana Rodríguez, Sergio García, Carlos Grande y Otto de Pradoval.

A todos ellos hay que agradecerles los muchos o pocos aciertos que aquí se leen.

A mí han de achacarse todos los fallos.

ÍNDICE

A. ESTUDIO	7
1. El ejemplar de Palacio	9
1.1. El facticio IX/7047 de la Real Biblioteca de Madrid	9
1.2. Problemas de encuadernación y ausencia de data	11
1.3. Datación probable del ejemplar	18
1.4. Una breve apostilla sobre los Mur, primeros poseedores del ejemplar de Palacio	23
2. Los ejemplares de 1527	29
3. El ejemplar de 1544	35
4. El ejemplar de 1548: el Res.Y2.796 de la Biblioteca Nacional de Francia (París)	37

5. Rastros bibliográficos diversos	41
5.1. Noticias bibliográficas heterogéneas: otras ediciones, otros géneros	41
5.2. 1503, absurdo fantasma.....	46
5.3. La prohibición del libro.....	47
6. A propósito de Hernando Díaz	51
6.1. El mecenazgo de Lorenzo Suárez de Figueroa	58
6.2. Lorenzo Suárez de Figueroa y Hernando Díaz	60
6.3. Sobre el inventario de la biblioteca de Lorenzo Suárez de Figueroa	63
6.4. Los mecanismos de ocultación de la autoría: el traductor como autor original.....	65
6.5. Otros aspectos importantes sobre la adaptación de Díaz	78
6.6. <i>Peregrino</i> , Valdés y Mayans: entre bibliofilia y filología	82
7. Breve nota sobre Jacopo Caviceo	85
7.1. La traducción al francés de François Dassy: características e intenciones	91
8. El prólogo de la adaptación de Hernando Díaz	99
9. El inicio del relato de <i>Peregrino</i>: el Capítulo I	109
10. La estructura de la obra. Sucinta sinopsis	121
11. Una escueta nota sobre los protagonistas de la obra	127
11.1. <i>Peregrino</i>	127
11.2. Ginebra	133
11.3. Viente, Astana, Achates	135
12. <i>Peregrino</i>, encrucijada y pléyade de géneros y estilos	139

13. Criterios de edición	157
14. Letrería y láminas explicativas	163
B. EDICIÓN DEL TEXTO.....	175
C. BIBLIOGRAFÍA	613

A. ESTUDIO

1. El ejemplar de Palacio

1.1. El facticio IX/7047 de la Real Biblioteca de Madrid

El facticio IX/7047 (titulado de forma genérica, en lomo liso con filetes en hierros dorados, como *Novelas Antiguas*; la encuadernación actual, en pasta española, data del siglo XIX¹) se conserva en la Real Biblioteca de Madrid. Está identificado, sobre la guarda izquierda, con el *ex libris* real de época de Carlos IV-Fernando VII (con la anotación *Biblioteca del Rey Nuestro Señor: [Olim] IV-H-2; 9-D-4*, bajo la cual de nuevo aparece la signatura actual: IX/7047).

La falsa portada, que a su vez aprovecha la página inicial de la primera obra (*Novellino* de Masuccio Salernitano²), muestra dos *ex libris* manuscritos y uno impreso, así como el sello de Mayans y Siscar. El primero de los dos *ex libris* manuscritos es prolijo en sus referencias:

Este libro es de Ramón Mur, señor de Pallaruelo el qual hera de su tio Pedro de Mur³

La segunda declaración de posesión es muchísimo más breve:

Del Conde de Atarés⁴

¹ Se trata, con probabilidad, de un libro adquirido por la Casa Real en la última veintena del siglo XVIII; la encuadernación es la que se prefirió a primeros del XIX (hacia 1810) para sustituir las tapas originales de pergamino de esas adquisiciones.

² Al respecto, consúltese Salernitano, Masuccio, *Novellino*, en *Prosatori volgari del Quattrocento. La Letteratura italiana. Storia e testi. Volume 14*, Milán/Nápoles, Riccardo Ricciardi Editore, 1955, pp. 803-881.

³ Asimismo, su caligrafía seguramente es la que realiza las notas al margen en el ejemplar del *Peregrino*: al menos, debe de ser la misma mano que indica los problemas de encuadernación y falta de materiales que más adelante pasaremos a detallar. Es posible, por tanto, que esos problemas provinieran de un momento muy temprano y que ya su primer poseedor tuviese un libro trunco. Algunos aspectos interesantes de la posesión del libro por parte de la familia de los Mur se comentan con más detenimiento en la apostilla presentada a tal efecto en este mismo estudio.

⁴ El Condado de Atarés le fue concedido a Juan Sanz de Latrás por Felipe IV en 1625. Juan Sanz de Latrás era hijo de Pedro Sanz de Latrás, a su vez vástago de Juan de Latrás, muerto en 1570 y casado con María Mur. Puede que el libro entrara entonces (y, con seguridad, no mucho más tarde) en la librería de la familia, o incluso antes, si lo hizo a raíz del casamiento entre Ramón de Mur Rebolledo y Esperanza de Latrás (aunque no es muy probable esta opción, por lo que más adelante se explica). Como se verá, tampoco debió de estar mucho tiempo en poder de los Latrás. Lastanosa, por lo demás,

Así pues, parece que su primer propietario fue Pedro de Mur, lo cual encaja con el escudo de armas, compuesto por cinco almenas, que aparece en la parte superior central de ese mismo folio⁵, representativo de la familia oscense de los Mur.

El *ex libris* impreso, pegado al papel original en una etiqueta, que es posterior física y cronológicamente a los dos primeros, apunta a la librería del protector de Baltasar Gracián:

De la biblioteca de Vicencio de Lastanosa, cavallero infançon, ciudadano de Huesca y señor de Figueruelas.⁶

Bajo todos estos nombres, aparece el sello de Mayans y Siscar⁷.

Destaca, por último, la clara nota manuscrita (con absoluta probabilidad de una mano del siglo XVIII) de prohibición que preside, junto a las almenas de los mures, este folio.

Las obras que preceden al *Peregrino* en este volumen están fechadas respectivamente en 1503 (*Nouellino* de Masuccio Salernitano; Venecia, Bertholomio de Zannis; 64 folios) y 1504 (*Settanta nouvelle* de Ioan Sabadino⁸; misma imprenta, 65 folios). Escritas en italiano por dos epígonos de Boccaccio, guardan un espíritu temático y argumental *a priori* similar al de la novela de Caviceo (y decimos que es

los tenía de familia política a través de su hermano Juan-Orencio, del que hereda en la década de 1660. Curiosamente, y por la vía de los Abarca, esto también lo relaciona con los Mur.

⁵ Y que, asimismo, se glosa en las coplas manuscritas que cierran el facticio. Véase al respecto la lámina *h* de nuestro repertorio de imágenes (p. 171).

⁶ Tal vez por ser un libro prohibido, no lo hace constar Lastanosa en su catálogo (*Catálogo de la Biblioteca de Lastanosa*, Biblioteca Real de Estocolmo, ms. U-379; a través de *Proyecto Lastanosa*: www.lastanosa.com, consultado el 15 de febrero de 2011).

⁷ Se sabe que, de hecho, buena parte de la biblioteca de Lastanosa fue adquirida por Mayans y Siscar en los primeros y mediados del siglo XVIII. Sobre este asunto, véanse más adelante (y al hilo de la cita que Valdés hace del *Peregrino*, junto al *Cortesano* de Boscán, en el *Diálogo de la lengua*) en este estudio las razones que motivaban a Mayans a adquirir libros.

⁸ Se trata de las *Novelle Porretane* de Giovanni Sabadino degli Arienti, que originalmente constan de sesenta y una novelas de corte inequívocamente boccacciano. Con toda probabilidad es casual el hecho de que este mismo autor compusiera entorno a 1490 una *Ginevera de le clare donne* (una vez más inspirada por el aliento del certaldiano), dedicada a Ginebra Sforza dei Bentivoglio (1440-1507), hija de Alejandro Sforza, señor de Pésaro (asimismo, nombrado en tres ocasiones en el original de Caviceo). Esta Ginebra, por lo demás, entronca con los Este a través de su hijo Aníbal (primogénito de sus segundas nupcias), que casa con Lucrecia, hija natural de Hércules I y, por tanto, hermana de Alfonso I de Este.

sólo similar, porque la advertencia contra amor de la adaptación de Hernando Díaz añade matices que distorsionan un tanto esa correlación).

Tras la versión de Hernando Díaz se incluye una cuarta obra: después del último folio del *Peregrino*⁹, el volumen muestra cuatro folios finales, a buen seguro añadidos por uno de los poseedores de la familia Mur. En los tres primeros (dos de ellos en recto y verso; el tercero, sólo verso) aparecen trece coplas de arte mayor manuscritas. Las doce primeras, unitarias, narran una batalla contra los sarracenos en Cataluña, y se intitulan “Blasón de las armas de los Mures”; la decimotercera composición, resumen de las anteriores, se titula “Copla al escudo de las armas”. Las cinco almenas a las que se alude en este poema se ajustan bien con el sello del primer folio de la miscelánea. No obstante, la caligrafía, mucho más nítida que en la falsa portada, no parece de la misma mano que firma como Ramón de Mur.

1.2. Problemas de encuadernación y ausencia de data

El ejemplar en folio del *Peregrino* conservado en Palacio presenta varios problemas serios de datación, así como una laguna textual (por falta, a nuestro parecer, de dos folios) y una encuadernación defectuosa. No obstante, se trata de un libro bien editado, que también muestra detalles de calidad que no pueden soslayarse. Tal es la descripción de Griffin al respecto:

This book is very well printed. Norton suggest that the work may have been so drastically adapted by Díaz that it is reasonable to treat him as the author.¹⁰

¿Cuáles son esas calidades? Por una parte, la nitidez de los tipos; por otro, la magnífica alineación de las cajas y las líneas, así como el encaje, elegante y limpio, de las capitales en el texto. La alternancia de los juegos para diferentes tamaños se produce de forma realmente armónica y las xilografías utilizadas en el primer folio

⁹ Cuya vuelta está en blanco, salvo por tenues manchas tipográficas y algunas pruebas sueltas de caligrafía.

¹⁰ Griffin, Clive, *The Crombergers of Seville: the history of a printing and merchant dynasty*, New York, Oxford University Press, 1988, ficha 142.

(tanto en la portada como en el escudo de armas) muestran la brillantez y la claridad propias de un mínimo desgaste por el uso. El papel (de puntizón de 38 milímetros y una marca de agua de 88x27 milímetros) es el propio de las obras de más calidad de la imprenta sevillana de Jacobo Cromberger.

La portada (recortada asimismo en su borde externo, a sangre con las xilografías, de la misma manera que el folio del prólogo) muestra cinco xilografías: cuatro en la banda superior y una (que con el tiempo, para otros libros, se partirá en dos) en la inferior. Las cuatro superiores representan, consecutivamente, un lecho en el que yace una moribunda (quizás Ginebra, acompañada, a su vez, por el que parece ser un Peregrino, según el detalle del sombrero a la espalda, así como por una muchedumbre encabezada por una mujer joven, otro hombre con sombrero y un sacerdote¹¹); una estancia en la que una mujer escribe una carta, animada por la alegría de una doncella (quizás, por su tocado, dos novicias, Ginebra y Arsinia en la novela¹²); dos mujeres entristecidas (puede que Anastasia y Ginebra en el punto culminante de su tensión maternofilial¹³); y, por último, un hombre que lee de pie (posiblemente Peregrino, que recibe noticias de Ginebra estando fuera de la ciudad). En la banda inferior aparecen¹⁴ por un lado la escena de una boda multitudinaria oficiada por un cardenal (difícil de encajar en la novela, ya que el casamiento definitivo de Ginebra y Peregrino es celebrado por un sacerdote) y una alegoría de Venus para la que no hemos encontrado una correspondencia exacta en la obra¹⁵.

El título exacto de la portada (que carece, asimismo, de más adornos xilográficos) es el siguiente:

Historia nuevamente hecha de los honestos amores que un cavallero llamado Peregrino tuvo con una dama llamada Ginebra, en la cual por diálogos largamente se cuentan. Adonde se verán maravillosas ficciones, y discretos razonamientos, y grande copia de morales sentencias, y avisos, y otras cosas aplazibles a todo género de lectores con sotiles disputas y bivos argumentos.

¹¹ Xilografía número 407 en el catálogo de Griffin (*op. cit.*).

¹² Xilografía 436 (*op. cit.*).

¹³ Xilografía 444 (*op. cit.*).

¹⁴ En una misma xilografía, que más tarde se dividirá para formar 451 y 452(*op. cit.*).

¹⁵ Menciona Norton que el enfermo de la primera ilustración es un hombre y dice que el varón lector es un abogado. Afirma, a su vez, que la última de ellas representa a un hombre que visita una cárcel: si bien aparecen dos prisioneros (de uno vemos el cuerpo; del otro, sólo una mano), parece que el elemento central es la diosa del amor (véase, asimismo, la siguiente nota al pie).

Se distribuye el título en la portada en nueve filas. La primera (desde *historia* hasta *de*) se imprimió el tipo gótico *c* 285 G (Tipo 1 en Norton¹⁶), que empieza a utilizarse en el taller en libros de 1511. Las siete siguientes van en letra 158² G (T:2[b]) La última, en el mismo tipo, termina con una combinación de puntos altos y bajos muy habitual en el cierre de los títulos salidos de la imprenta de Jacobo Cromberger.

A continuación, en el verso de este primer folio, rodeado por cuatro bordes xilográficos que reproducen motivos ornamentales variados (vegetales y geométricos, así como *puti*) se reproduce el escudo de armas de Lorenzo Suárez de Figueroa. Se trata de una xilografía que no transmiten los ejemplares conservados de ediciones posteriores (1527, 1544 y 1548) y es muy posible que se tallara para la ocasión y nunca más se emplease para obra alguna¹⁷. En efecto, se trata de un escudo cuartelado de tipo castellano (es decir, redondeado en su parte inferior); en el primer cuartel (superior izquierdo), cinco hojas de higuera en aspa, por la familia Figueroa; en el segundo (superior derecho, mantelado), un castillo en cada uno de los cuarteles superiores y un león rampante en el mantel, armas de la familia Enríquez; en el tercero (inferior izquierdo, cuartelado a su vez) simbolizan la familia Manuel una mano alada que empuña una espada y un león rampante, distribuidos en cuarteles alternados; por último, en jaquelado, quince piezas que alternan dos esmaltes diferentes (en blanco y negro en la xilografía), por la familia de los Álvarez de Toledo; este último cuartel se orla, en su borde, por nueve banderas¹⁸.

¹⁶ Según la tipología de Norton, F., *A descriptive catalogue of printing in Spain and Portugal 1501-1520*, Nueva York, Cambridge University Press, 1978, 284-285.

¹⁷ Hay que recordar que el casamiento con Catalina Fernández de Córdoba obligó a don Lorenzo, desde agosto de 1518, a emplear un escudo conjunto que combinaba los blasones de los padres de ambos esposos. Aunque la decisión se revocó algo más tarde (completar), es posible que por ella no se retomase el escudo en ediciones posteriores del *Peregrino*.

¹⁸ Aunque en el escudo que aparece en el *Peregrino* de Palacio no se aprecian los esmaltes, las estirpes en él representadas eran tan sobresalientes en Castilla, que se conocen a la perfección sus tonos. Las hojas de higuera de los Figueroa son de sinople (verde) y están sobre campo de oro (amarillo dorado). Los castillos de los Enríquez son de oro y están sobre campo de gules (rojo); el león rampante es de gules, sobre campo de plata (blanco levemente gris). Las manos aladas de los Manuel son de oro sobre campo de gules; las espadas, de plata; los leones rampantes son, nuevamente, de gules en campo de plata. Las quince piezas de los Álvarez de Toledo alternan la plata y el azur. En cuanto a las nueve banderas que sobresalen del cuarto cuartel, representan las que D. Fernando Álvarez de Toledo, I Conde de Alba de Tormes, ganó luchando en el reino de Valencia en una de las varias guerras que sostuvieron Castilla y Aragón, así como las que arrebató a los musulmanes del reino de Granada cuando guerreó contra ellos, según atestigua Fernando de Pulgar en sus *Claros varones de Castilla*:

Entre el escudo y la cenefa inferior, de nuevo en letra de formato *c* 285 G se repite una versión abreviada del título y se declara el privilegio de la obra:

Libro de los amores de Peregrino. Con privilegio real.

A continuación comienza (a línea tirada, en un segundo folio, como antes se ha indicado, múmero) el prólogo que Hernando Díaz dedica a su mecenas, Lorenzo Suárez de Fiegueroa. Para la línea inicial del encabezamiento (así como para la primera línea del propio prólogo) se emplean de nuevo tipos de la fundición 158² G. El texto, en una bellísima impresión, de nítida calidad artesanal, muestra tipos de 98 G (T:8[a]), que la imprenta utilizó hasta su cierre como continuación del tipo 3 de Estanislao Polono. Ese encabezamiento ocupa cinco líneas y reza tal que:

Prólogo para el ilustríssimo señor don Lorenço Xuárez de Figueroa, Conde de Feria etcétera. Fecho por Hernando Díaz, residente en la muy noble Universidad de Salamanca, sobre los honestos amores de Peregrino y Ginebra, fingidos por la mayor parte moralmente, y dirigidos a su muy ilustre señoría.

Tras un breve espacio en blanco, treinta y tres líneas de texto, que continúa en el verso con otras cuarenta y dos. Sin duda, falta material del prólogo¹⁹, aunque no tanto como presume Norton (y con él Griffin), como se expondrá más adelante.

A partir de aquí, la obra (es decir, la novela traducida propiamente dicha) se imprime a dos columnas de cincuenta y cinco líneas cada una, en una caja de texto

Venció al rey moro e a otros capitanes de Granada en batallas campales, y tomó las vanderas de los enemigos de los vencimientos que ovo, las cuales e las vanderas que tomó en la batalla do venció a los valencianos, están oy puestas en la su casa de Alva de Tormes, e las traen sus subcesores en las orladuras de sus armas. (*Libro de los claros varones de Castilla*, ed. Miguel Ángel Pérez Priego, Madrid, Cátedra, 2007, p. 116)

Teniendo presentes los esmaltes, el escudo se puede describir como sigue. Escudo cuartelado de tipo castellano. En el primero de los cuarteles, cinco hojas de higuera de sinople puestas en aspa sobre campo de oro (Figueroa). En el segundo, mantelado, un castillo de oro, sobre gules, en cada uno de los dos primeros cuarteles; en el mantel, un león rampante de gules sobre plata (Enríquez). En el tercero, cuartelado, sobre gules, una mano alada de oro empuñando una espada de plata, en los cuarteles primero y cuarto; en cada uno de los otros dos cuarteles, sobre plata, un león rampante de gules (Manuel). En el cuarto cuartel, jaquelado, quince piezas alternando plata y azul; orlando el cuartel, nueve banderas (Álvarez de Toledo).

¹⁹ En nuestra edición el texto se subsana con el aportado por los ejemplares de 1527 conservados en Lisboa, Múnich y Viena (exclúyese el ejemplar londinense de esa edición, por presentar anomalías similares).

228x154 milímetros. No hay foliación (sólo marcas de cuaderno), ni reclamos ni encabezamientos²⁰. La letra empleada es 83 (T:13[a]), salvo para las cabeceras de los capítulos, que vuelven a mostrar 158² G²¹.

Con el primer folio distribuido a dos columnas aparecen los problemas de encuadernación, que se unen a la de falta de materiales ya mencionada: el cuaderno *a*, se presenta, además de falto de *a_i* y *a_{ii}*, completamente desordenado, con lo que la primera impresión de lectura resulta realmente ardua. Uno de los poseedores del libro (presumiblemente el primero de ellos, Ramón Mur, si suya es la mención de propiedad manuscrita al comienzo del facticio) realiza varias anotaciones marginales al respecto; la más interesante de ellas dice así, en 5v:

aquí se a de bolber a la primera oja

En efecto, la reconstrucción ha de comenzar por ese punto, tal y como se explica a continuación: como ya se ha expuesto, el ejemplar está falto de, al menos, *a_i* y *a_{ii}* y, asimismo, vuelve a presentar un salto (que no laguna textual) entre el folio 4 y el folio 5. De esta forma, tras la única hoja del prólogo conservada, se presentan ahora los folios *a_v* y *a_{vi}*, seguramente por alguna recomposición muy desafortunada del texto. Esos folios, obviamente, deben ir tras *a_{iv}* y *a_{vii}* y *a_{viii}*. Para explicarlo gráficamente es necesario remitirse a los cuadernos que componen el ejemplar. De esta forma, los cuadernos se organizan (desde el cuaderno *b*) de la siguiente manera para las partes rectas de los folios, según reflejan las anotaciones de sus esquinas inferiores derechas: *b*; *b ij*; *b iij*; *biiij*; y tras esto, cuatro esquinas en blanco, hasta la siguiente letra. Sólo la *k* (que cierra el volumen) presenta seis anotadas y seis en blanco. La formula (dejando a un lado la portada y el prólogo, que merecen mención aparte) sería la siguiente: a-i⁸; k¹². Sin embargo, con *a* sucede de forma bien distinta: los cuatro primeros folios conservados no presentan anotación de imprenta alguna. El conflictivo folio 5 que atestigua el ejemplar tiene la marca *a_{iii}* en la esquina inferior derecha; y 6r, presenta *a_{iiii}*. Tras esto, dos folios sin marca de cuaderno (hemos de

²⁰ A pesar de los buenos calificativos que le aplica Griffin al libro, sorprende comprobar que, a la ausencia de ciertos elementos facilitadores de la lectura se unen la falta de unas tablas y de un colofón datado.

²¹ Y éste será, como más adelante se explica, un factor fundamental para la datación del ejemplar.

entender que se trata de a_{vii} y a_{viii}), y empieza en el folio 9, ya de forma correlativa, la serie b .

Además, por lo que se desprende de la propia lectura del texto y de la capitulación de la trama, los folios 3 y 4 están adelantados y deberían seguir al folio 6. Esto, a su vez, rellenaría la laguna existente entre la anotación a_{iiii} y el comienzo de la cuenta b . El actual folio 5, dejando aparte la evidente mutilación del ejemplar, debería ser, por lo tanto, el primero del impreso (folio 3 que ahora ocupa a_v), tras la portada y el prólogo.

Seguramente esta encuadernación posterior errónea provenga de un fallo de lectura, que hace conectar el final del vuelto de a_{vi} (el fragmento de palabra *con*) con el inicio del recto de a_{iii} (el fragmento de palabra *versas*), cuando debería haberse encajado con el el pedacito *sientes*²², que da inicio al recto de a_{vii} . Norton²³ resume con esta sucinta nota el problema:

a5, 6 are bound before a3

Para añadir acto seguido:

Wants [*] 3 and 4 and conceivably more, and a1, 2

Clive Griffin se muestra de acuerdo con Norton al plantear la fórmula de folios del libro tal que:

$\pi^{24} a-j^8 k^{12}$; ? 88 leaves

Sin embargo, un cotejo de contenido con los ejemplares de 1527 muestra que el prólogo está muy cerca de acabar cuando se inicia la laguna en el ejemplar de Palacio, ya que la parte restante del texto ocupa en ellos una página (3r en esos

²² Se aprecian restos de una restauración en absoluto esmerada, en forma de tiras de papel adherente, que explica, por descuido de un segundo encuadernador (quizás, el compilador mismo del facticio), el desorden de las primeras páginas del impreso. Una observación externa y detallada del ejemplar revela asimismo que este pequeño grupo de folios sobresale bastante de los que lo rodean.

²³ Norton, *op. cit.*, p. 580 (en *Addenda*).

ejemplares) y apenas unas pocas líneas de su vuelto (3v en los testimonios de 1527). Asimismo, sólo faltan con respecto a los otros ejemplares en folio el Capítulo I, que se revela brevísimo en los libros de 1527 y una breve parte del Capítulo II: el hecho de que todos estos materiales (en resumen: el fin del prólogo, con su generoso espacio en blanco al final del folio, el breve Capítulo I y apenas el inicio del Capítulo II) ocupen dos folios en esos testimonios parece indicar que, más bien, sólo le faltan al ejemplar de Palacio los folios a_i y a_{ii} , en lugar de, al menos, cuatro folios (dos del grupo inicial y, por lo menos, dos del grupo a) como Griffin y Norton sugieren. Nos parece, en resumen, más probable una fórmula de foliación tal que:

$$\pi^{22} a\text{-}j^8 k^{12}; ? 86 \text{ leaves}$$

Puede que esta suposición de los dos maestros bibliógrafos provenga de haber cotejado únicamente el ejemplar de Londres, que a diferencia de sus hermanos de Viena, Lisboa y Múnich sí muestra problemas de foliación y contenido, como más tarde, a propósito de esos ejemplares, se expondrá.

Por lo demás, antes de desarrollar por completo nuestra propuesta de datación, cabe señalar otras dos particularidades del ejemplar. En primer lugar, entre los folios 58r(b) y 58v(a), la capitulación pasa de *CXXIII* al *CXXVIII*. Un análisis cuidadoso del pasaje revela que la numeración de los folios es consecutiva en estos folios, que el hilo argumental no parece perderse y, lo que resulta más importante, que no hay rastro alguno de desorden. El fallo no se corrige en ningún momento, y sigue desde allí la capitulación.²⁴

²⁴ A simple vista, parece, en efecto, que la *v* sobrante del segundo de los capítulos es fruto de un error (bastante común, por cierto) en el proceso de impresión. Sin embargo, un análisis detenido del original italiano revela que faltan exactamente cuatro capítulos en la adaptación castellana: se trata de unos fragmentos en los que Peregrino, en su visita al otro mundo, es adoctrinado sobre la relación ultraterrena entre alma y cuerpo, y en particular a lo que se refiere a la concepción y al nacimiento de los hombres. El hecho de que la numeración se respete evidencia que con toda probabilidad sí llegaron a traducirse y, asimismo, puede indicar una precaución de última hora (quizás de Jacobo Cromberger, quizás del propio Díaz) ante una indeseada censura. No obstante, cabe incluso una tercera explicación: el tramo debería ir en el verso del folio previo a la mención a la muerte del Gran Capitán: si ese encomio, como sospechamos, fue una adición tardía, bien pudieron suprimirse los cuatro episodios anteriores de manera quirúrgica para trastocar lo menos posible, en una fase demasiado avanzada, la distribución en cuadernos del texto; esta hipótesis encaja perfectamente con la ausencia de tablas, por otra parte.

En segundo lugar, entre 75 y 76 se repite el titulillo *Capítulo CLXXXV*. En esta ocasión se reitera la numeración de un capítulo, error que tampoco se subsana en ningún momento: la cuenta sigue desde el segundo de ellos²⁵.

1.3. Datación probable del ejemplar

A lo largo de las consideraciones descriptivas que preceden a esta sección se ha mencionado en varias ocasiones que (si bien el libro está confeccionado con sumo detallismo, con un mimo que va de la nitidez de la impresión hasta la disposición del texto en la página) faltan cuatro elementos habituales, (aunque, como a continuación se verá, no imprescindibles), en los libros de formato caro salidos de la imprenta de los Cromberger: los encabezamientos de página, la numeración de los folios, las tablas de contenidos y el colofón datado. Nos interesa especialmente esta última ausencia, pues pretendemos postular tres tesis sobre las fechas que atañen a la traducción de Hernando Díaz. A saber: sostenemos que el ejemplar de Palacio es testimonio de la edición príncipe de la obra; que la redacción de la versión de Díaz terminó de escribirse en las últimas semanas de 1515 o en las primerísimas de 1516; y que el libro tuvo que imprimirse entre enero y agosto (y nunca más tarde del día 5 de ese mes) del nuevo año.

En primer lugar, para aclarar el primer punto, resulta conveniente recopilar varios datos que ya se han expuesto, así como otros que se explicarán con mayor profundidad más adelante. Por una parte, en lo que toca a Díaz, resulta significativo que todavía no se mencione en las coplas laudatorias del cierre su trabajo de traducción paralelo (y, a buen seguro, unos meses posterior), *La vida y excelentes dichos*; a eso se añaden las razones biográficas ya descritas (que atañen a la edad del mecenas y a su reciente salida de la niñez) y algunas pistas materiales que se pueden rastrear tanto en el texto como en la factura definitiva libro. Así, cabe recordar que la portada reproduce una serie de xilografías que no volverá a emplearse en las

²⁵ En este caso el fallo parece evidente. Por lo que parece, no se enmendó en la edición de 1527. La de 1544 enmaraña más la equivocación, pues hace que la numeración salte del segundo CLXXXV a CLXXXVIII.

posteriores ediciones de la obra (desde, al menos, 1527 se prefiere una única ilustración con probabilidad inspirada en la trama de la novela); y lo mismo puede decirse del título elegido para rotularlo, mucho más largo que en las ediciones conocidas de 1527, 1544 y 1548 (quizás porque al ser inédito no se habían acuñado otras denominaciones atestiguadas posteriormente, como *Libro de Peregrino*, *Libro de Peregrino y Ginebra*, *Libro de los honestos amores de Peregrino* o el *Pelegrino de amores* con el que se manejaba el *stock* de ejemplares en los inventarios póstumos de Jacobo Cromberger; quizás, en adición a lo anterior, porque el libro estaba destinado a un espectro amplísimo de gustos lectores). En este sentido no puede dejarse a un lado la consideración de que el término *nuevamente* que recoge el título quiera significar, sobre todo (y con una acepción que aún hoy se recoge en el *Diccionario* de la Real Academia) ‘por primera vez’.

Asimismo, no puede soslayarse la brevedad del colofón, frente a los motivos repetidos en todos los ejemplares conservados de las demás ediciones²⁶: Griffin²⁷ postula que con mucha frecuencia se copiaban en cadena los colofones precedentes de una obra, modificándose sólo la data (y en ocasiones, ni siquiera todo el material referido a la fecha de finalización, con lo que muchos libros habrían sido inverosímilmente terminados en años diferentes pero en iguales días y meses). En el caso del *Peregrino* de Díaz esto parece, en efecto, ser así desde (al menos) 1527, pero es evidente que el ejemplar de Palacio, unos once años anterior, pertenece a una edición en la que el libro aún no tenía un texto fijo para el colofón.

Pero dos datos fundamentales corroboran por completo la hipótesis que hasta aquí se ha expuesto, al mismo tiempo que resuelven los dos puntos sobre la datación antes propuestos. Por un lado, Díaz menciona en un pasaje enteramente castellano, no adaptado del original, una serie de personajes notables ya fallecidos: entre ellos incluye a Gonzálo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, fallecido el 2 de diciembre de 1515:

²⁶ Revisense a este respecto las descripciones de los ejemplares de 1527, 1544 y 1548, así como las láminas *l*, *m*, *n* de la letrería del presente estudio (p. 174).

²⁷ Griffin, Clive, “El Colofón en el libro impreso sevillano de la primera mitad del siglo XVI”, en *El libro antiguo español, Actas del segundo Coloquio Internacional (Madrid)*, al cuidado de María Luisa López-Vidriero y Pedro M. Cátedra, Madrid-Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Biblioteca Nacional de Madrid, Sociedad Española de Historia del Libro, 1992, p. 259.

Es mucho loado de los sabios aquel capitán que antevée lo que se ha de seguir y huir; más, mucho más, si después de antevisto, en la grandeza de la fatiga y el espanto de los peligros lo empide al hazer. Assí que ninguna parte fue tan ardua en la militar disciplina que por falta de ánimo no aya cumplido. Por ende, con más justa razón que a ninguno otro le fue dado el renombre de Gran Capitán Gonçalo Hernández, con quien el arte de la guerra a florecer començó. (Capítulo CXXIX, p. 478²⁸)

Por otro lado, el ejemplar aún presenta la una fundición de caja baja que emplea una *d* anterior, como poco, al 5 de agosto de 1516. En palabras de Frederick Norton:

En 1516, entre *La vida y excelentes dichos de los más sabios filósofos que uvo en este mundo* de Hernando Díaz, del 15 de marzo, y los *Proverbios* de Santillana, del 5 de agosto, se realizó otro cambio permanente en esta fundición, afectando a la *d* de caja baja, cuya parte superior, que antes era horizontal, ahora hacía un giro hacia arriba. Ya en 1927 Sir Henry Thomas publicó una nota sobre esta modificación, pero los bibliógrafos posteriores no han sacado mucho provecho de ella.²⁹

En suma, estos dos datos ofrecen unas fecha *post* y *ante quem* precisas, que a su vez delimitan una horquilla temporal realmente estrecha. Todo esto obliga a suponer, por lo tanto, que la obra no estuvo redactada en su versión definitiva, como muy pronto, hasta mediados de 1515 (recuérdese que este es el año aproximado propone Griffin en su catálogo cromberguiano) y que no pudo salir de las prensas de Jacobo Cromberger más tarde del comienzo de agosto o el tramo final de julio de 1516 (lo cual, a su vez, termina de confirmar que el libro de Palacio es testimonio de la *editio princeps*).

A partir de este punto se abren tres caminos de interpretación para algunos otros elementos físicos del ejemplar y la edición que representa: la primera edición del *Peregrino* de Díaz puede ser anterior, posterior o simultánea a la de su *Vida y excelentes dichos*.

²⁸ En adelante, se cita según la presente edición.

²⁹ Norton, Frederick, *La imprenta en España. 1501-1520*, Madrid, Ollero y Ramos, 1997, p. 217, así como láminas I (b) y I (c). En su monumental catálogo (p. 284), asimismo, describe así esta fundición y su cronología de uso:

158 G [...]

(3) 158³ G. Used from Aug. 1516 until c. 1535 [...], top of *d* curves upwards.

Revísense, al respecto las ilustraciones *c (bis)* y *c (bis bis)* del inventario de láminas de nuestro estudio (p. 165).

Si se entiende como posterior (es decir, publicada entre el 16 de marzo y el 4 de agosto de 1516), habría a su vez que considerarla como la última (conocida) en la que Jacobo Cromberger emplea la *d* de caja baja anteriormente mencionada. Si se interpreta como simultánea, tal vez se trate de una publicación al unísono de dos obras de traducción del mismo autor, lo cual, a su vez, podría poner en duda la condición de príncipe de la edición de la *Vida y excelentes dichos* de marzo de 1516, pues al aparecer en cuarto bien podría tratarse del relanzamiento en formato menor de una obra impresa en folio unos pocos años antes (nunca más de dos, si se tienen en cuenta las palabras de Díaz en el prólogo de la obra sobre las cortes de Burgos de primeros de década³⁰).

Si se valora como anterior a la versión del *Burley* (como se verá a lo largo de las próximas líneas, es de las tres opciones la que a su favor acumula más trazas), no pocas incógnitas sobre el ejemplar de Palacio quedan despejadas con mediana suficiencia.

Para empezar, los libros no se mencionan entre sí: en ambos se anuncia la inédita *Commedia* traducida por Díaz, pero ni en el *Peregrino* se habla de *La vida y excelentes dichos* ni viceversa, lo cual vuelve a mostrar un mecanismo de apropiación de la obra de Caviceo (le resulta preferible a Hernando Díaz, pues, no hablar demasiado en traducciones posteriores de *su* autoría del *Peregrino*, a buen seguro no por un ánimo plagario³¹, sino por motivos de decoro hacia los contenidos de la obra italiana), y sugiere que aún no da por segura la publicación de su adaptación del *Burley*. A esto se suma la publicidad de las coplas de Sequera, que hablan a las claras de la inminente aparición de la *Comedia* romanceada en coplas, y la publicidad ampliada (con tres extractos de la traducción) que se aprecia en el cierre de *La vida y excelentes dichos*: estas menciones de la adaptación de Dante son claramente constructivas, de modo que primero (en el *Peregrino*) se habla de la existencia de la traducción para, más tarde, al final del libro siguiente, ofrecer algunas muestras del material.

³⁰ Esta hipótesis, empero, no acaba de resultarnos satisfactoria por motivos meramente cronológicos; los más importantes, dejando a un lado las propias palabras de Díaz en ambos prólogos, se exponen a continuación.

³¹ Si bien no se pueden aplicar parámetros actuales al concepto de autoría de la época.

Y más allá de este detalle, hay indicios materiales en el libro de Palacio que apoyan con más fuerza la idea de que la edición del *Peregrino* de finales del 1515 o primeros de 1516 es anterior al 15 de marzo.

El escueto colofón sin data que muestra el ejemplar de Palacio no debe resultar incongruente con la trayectoria de impresión de Jacobo Cromberger: Griffin³² demuestra con suficiencia que, al igual que llegó a suceder con algunos de los más delicados incunables de Gutenberg, muchas ediciones cromberguianas presentan lagunas de datación poco explicables, que no parecen tener relación con factor tangible alguno (importancia de la obra publicada, lujo del material empleado, etc.):

Es muy difícil descubrir las razones por las cuales los Cromberger decidieron añadir un colofón a algunas ediciones y no a otras. Su decisión parece haber sido bastante arbitraria [...]. En algunos libros los Cromberger indican el lugar de impresión y su nombre sin indicar la fecha; otras veces ponen sólo la fecha y su nombre; y en algunos colofones aparecen únicamente la fecha y el lugar. A veces figuran todos esos datos, mientras que a menudo no aparece ninguno de ellos aunque le quedaba al impresor espacio suficiente en la última o penúltima página del libro para incluir un colofón completo.³³

El libro de Palacio no atestigua una edición pirata (es un Cromberger claro, como prueban las marcas de agua correspondientes, así como los tipos empleados), pero sí se omite la fecha tanto en el colofón como en la portada, y carece de tablas, encabezamientos de página y marcas de foliación (elementos esperables de una edición tan cuidada como la que muestra el ejemplar). ¿No podría conjeturarse sin entrar en el territorio de la especulación que se trata de un libro que hasta el último momento fluctuó tanto en la distribución del texto como en la fecha final de impresión?, ¿y acaso no encaja esta hipótesis con el hecho de que el Gran Capitán fallezca en diciembre? No parece descabellado postular que el texto tenía una redacción definitiva que se pudo ver modificada a ultimísima hora por el fallecimiento y subsiguiente (e imprescindible) mención del prócer castellano; es probable que todo el mes de diciembre volase en la redacción de los nuevos

³² *Op. cit.*; en particular, pp. 248-249. Para una visión panorámica de estas prácticas, enraizadas en no pocos casos aún en los usos de impresión de los incunables: Geldner, Ferdinand, *Manual de Incunables: Introducción al mundo de la imprenta primitiva*, Madrid, Arco Libros, 1998; así como Haebler, Konrad, *Introducción al estudio de los incunables*, Madrid, Ollero y Ramos, 1995.

³³ *Op.cit.*, p. 249, en nota.

manuscritos de autor e imprenta y con la confección de nuevas cajas, con lo que habría resultado más apropiado no mencionar año alguno en parte alguna; e igualmente probable parece la eliminación de las tablas, que habrían quedado descuadradas sin remedio con las postreras modificaciones, introducidas ya a destiempo (a esto se suma el hecho de que varias páginas en blanco al final del facticio tienen la apariencia de pertenecer al *Peregrino*).

Los hechos ciertos (muerte del Gran Capitán y cambio de fundición) indican, en suma (fuera o no fuera así todo lo anteriormente teorizado, y teniendo en cuenta lo difícil que sería admitir que el libro hubiera llegado a terminarse en diciembre) que lo más acertado es fecharlo, de aquí en adelante, en 1516.

1.4. Una breve apostilla sobre los Mur, primeros poseedores del ejemplar de Palacio

En verdad selvática resulta, por sus constantes homonimias, por sus casamientos entre miembros de la misma casa y sus continuos entronques con un puñado de casas repetidas (la de Latrás y Rebolledo, sobre todo), así como por la dispersión y reagrupamiento de títulos, la genealogía de los Mur³⁴. En lo que toca a la Baronía de Pallaruelo, en las fechas que importan a este estudio hay dos Ramones de Mur que tienen por tíos sendos Pedros de Mur³⁵. El más antiguo, Ramón de Mur, Señor de Pallaruelo, ya está activo alrededor de 1518-1520, y tiene por tío a un Pedro de Mur, *Alguazil Real por Jaca* en el entorno de 1512³⁶. El siguiente, y más probable (sobre todo, por las fechas de actividad y por la formación del Pedro que con él se relacionaría), es Ramón de Mur y Latrás (recuérdese que el libro terminará perteneciendo a esta última familia), a la sazón Señor de Pallaruelo, que tiene en

³⁴ Mur Ventura, Luis, "Genealogía de los Mur", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 47 (1926), pp. 334-347 y 502-513; 48 (1927), pp.28-53 y 335-361. En particular, en el número de 1527, pp. 351-355.

³⁵ Téngase en cuenta que, según la anotación de la portada, es Ramón el que ostenta la Baronía, mientras que de Pedro no se menciona título alguno: ésta es otra condición que se debe tener en cuenta en el escrutinio.

³⁶ Momento en el que la familia toma partido a favor de Fernando el Católico en la Guerra de Navarra. Consta además que este Ramón Mur estuvo presente en las Cortes de 1518 en las que jura su cargo, recién llegado de Gante, Carlos I.

efecto por tío a Pedro de Mur Rebolledo, Prior de Obarra (monasterio en el que dejó una firme huella de erudición, así como gran cantidad de dinero familiar destinado a ampliaciones y reformas, como atestigua el escudo que adorna aún hoy la entrada principal del edificio). Pedro Mur Rebolledo vivía, aunque debía de ser casi anciano, en 1557.

Como ya se ha mencionado, el volumen de Palacio se cierra con dos composiciones poéticas. Manuscritas³⁷, las coplas ocupan dos folios por recto y verso, más uno final por recto: así, queda en blanco el verso del último folio impreso del *Peregrino*³⁸, y a continuación se distribuyen tres coplas por página, salvo en la final, que sólo contiene una copla (por constituir una composición independiente).

A continuación se propone una edición provisional del texto, para la que se siguen (salvas las peculiaridades propias de su usos de escritura) los mismos criterios que se han fijado para el *Peregrino*.

Blasón de las Armas de los Mures

Cuando los moros ³⁹ a Espanya ganaron obieron en ella batallas famosas con personas valientes y muy jenerosas, según las istorias antiguas contaron.	
En los montes Perineos se reservaron muchos cristianos de los enemigos, de quien sus azanyas fueron testigos de la resistencia que en ellos allaron.	5
Estando en los montes ya retirados sin tener mayor parte de toda el Espanya mostraron su fuerça y husaron de manya cuando se bieron de moros çercados; obo varones ý muy señalados que fueron la causa de grandes vitorias de quien oy parecen sus dignas memorias	10
y hechos famosos nel mundo nombrados.	15

Entre los cuales con mucha razón

³⁷ Pero no en cursiva salvo en contados trazos: parece imitar los tipos góticos de imprenta de las prosas que las preceden. Revísese la muestra de la lámina *i* de nuestra letrería (p. 172).

³⁸ ¿Se utiliza como soporte papel original sobrante del *Peregrino* de 1516 (tal vez por los motivos ya expuestos en su descripción)? No es posible la rotundidad al respecto (aunque nos inclinamos a creer que no es así): por un lado, es cierto que tiene un tamaño de puntizón similar y, sobre todo, que se aprecian borrones y calcos (puede que descartes) de material impreso; pero también es cierto que el conjunto de los folios parece constituir, terminado el *Peregrino*, un grupo independiente.

³⁹ La cesura se indica en el original con : .

puso la Fama en muy mejor parte a un cavallero: llamábase Acarte, valiente, muy sabio, de gran coraçón. En la misma tierra, nombrado Varón y Señor de Vila, con su varonía; el cual con los moros usó de porfía mostrando braveza de fuerte león.	20
Él y los suyos assí pelearon contra los perros, inicuos tiranos, que siempre pusieron en ellos las manos, en todas las cosas que juntos se allaron. Luego, después ahí se ayuntaron Oger Cathaló, con nueve barones del alta Alemanyia y de altas naçiones de quien las istorias tan bien recontaron.	25 30
Oger con los nueve muy claros varones baxaron de aquellas muy altas montanyas en contra los moros haziendo azanyas mostrando vanderas, alçando pendones. Luego sin más, las tiranas naçiones viendo a los nueve creçelles las furias, el Rey con los suyos s'encierra n'Anpurias; los moros tras ellos, con sus escuadrones.	35 40
A la ciudad de Heuna ⁴⁰ los moros llegaron, ganando la tierra que hera ya perdida, llebando los moros, de toda vençida, dexando las tierras que antes ganaron. En Perpinyán tan bien aribaron siguiendo a los perros, con mucha vitoria; los cuales ganaron por premio la gloria pues con las personas tan bien trabajaron.	45
Y siempre siguiendo a los africanos, vinieron Ampurias, do fuertes se hizieron, a quien los cristianos el cerco pusieron deseando al rey moro ponelle en sus manos. Estavan tan fuertes aquellos tiranos, de fosos y adarbes tan bien probeídos, que tenian ⁴¹ por cierto jamás ser perdidos viendo ser tan pocos aquellos cristianos.	50 55
De Acarte sabido que'l cerco pussieron, vino en socorro, sin mucho tardar, con toda la gente que pudo ayuntar los cuales tras él alegres vinieron, cuando Cathaló y los nueve le vieron	60

⁴⁰ Parece rezar *Heuna*, pero puede que se refiera a Henna, la actual Enna siciliana.

⁴¹ Sinéresis.

al Acarte venir: con tanto poder creçieron sus fuerças, su manya y saber, y ya la vitoria por çierta tubieron.	
Más presto que nadi lo pudo pensar vieron el muro, que fue derribado, y al valiente Acarte, muy denodado, en medio los moros herir y matar. “¡Vitoria! ¡Vitoria!”, comiença a llamar. Siempre de todos el más delantero passando por ellos como un Cançervero, sin que ninguno le ossase esperar.	65 70
Muy dura vatalla allí fue mezclada de dentro del muro do’staba el Acarte, llebando d’aquella la muy mejor parte, asta que fue la villa tomada. Cuando la otra gente hizieron su’ ntrada, el rey ya rendido con su morería, hizieron en ellos gran carneçería, quedando la vida de rey reserbada.	75 80
De casso tan alto renombre quedó de aquel cavallero de digna memoria, porque por él se ganó la vitoria de villa tan fuerte cuassi se tomó. Después Carlomagno por armas le dio el muro de plata en campo sangriento, con las çinco almenas, qu’es sin par el cuento, como lo fue la hazaña que obró.	85
Llamáronle Acarte de Mur, por el muro: y muro muy fuerte para sus amigos; mortal pestelençia de los enemigos. Amparo de todos, muy firme y seguro. Vizconde de Vila de Mur fue de juro, qu’el dicho gran Carlos le dio por ditado, por ser cavallero y tan señalado ⁴² , que lo claro d’otros ant’él es escuro.	90 95

Copla al escudo de las armas

Vi cinco almenas en muro plateado, qu’en campo de sangre con sangre ganó Acarte, delante d’Oger Cathaló n’el muro d’Anpurias por él derribado. Por cuya persona el rey fue tomado, moro muy fuerte, de muchos temido.	5
--	---

⁴² Se emplea ñ en el texto original para este término y para el posterior *señalado*, a pesar de que en el resto de las ocasiones es el grupo *ny* el que se atestigua.

Diole Carlomagno *Mur* por apellido,
Vizconde de Vila de Mur por ditado.

Por descontado, el análisis del texto merece un detenimiento que en absoluto concuerda con las pretensiones del estudio presentado en esta tesis. Más allá de eso, su presencia (unida a los profusos *marginalia* que parecen haber salido de la pluma de alguno de los dos miembros de la familia de los Mur⁴³) demuestra con nitidez que hubo de ser un ejemplar muy importante en la librería familiar, a buen seguro no sólo por la calidad de su factura, sino también por la riqueza literaria de su contenido.

Asimismo, el hecho de que se trate de una novela de marcado carácter amoroso demuestra no sólo la dignificación de la prosa sentimental, sino también una tradición de lectura forjada en la familia, cuando menos, a lo largo del último tercio del siglo xv. El propio Alan Deyermond matizó para el volumen *Tradiciones y puntos de vista en la ficción sentimental*⁴⁴ su opinión al respecto de la procedencia de los autores de la ficción sentimental al revisar su intervención en el *Symposium in honorem prof. M. de Riquer*; pero, desde la perspectiva de la recepción es innegable el éxito de tales obras en la zona: no en vano, los Urrea y los Mur era, casi literalmente, vecinos.

⁴³ En ocasiones, muy útil, ya que marca los problemas de encuadernación y orden de ejemplar. Parecen también suyos los remates tajados de las esquinas de los folios conflictivos.

⁴⁴ Deyermond, Alan, *Tradiciones y puntos de vista en la ficción sentimental*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 46: «La dominación aragonesa catalana referida en la frase siguiente, se revela, pues, no como realidad, sino como el resultado de datos ahora superados». Se refiere a la conclusión «[...]que Dom Pedro desempeñase un papel decisivo en la evolución del género [...] y que el número impresionante de obras sentimentales en Aragón y Cataluña se debiese al influjo de su corte literaria durante sus años de rey intruso de Cataluña» (Deyermond, Alan, “Las relaciones genéricas de la ficción sentimental española”, en *Symposium in honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona, Universitat de Barcelona/Quaderns Crema, 1986, p. 76)

2. Los ejemplares de 1527

Los ejemplares que se conservan en Lisboa⁴⁵, Londres⁴⁶, Múnich⁴⁷ y Viena⁴⁸ de la edición sevillana de 1527 todavía son en folio y, según su poético colofón (elemento que, como ya se ha dicho, falta en el ejemplar de 1516 conservado en el Palacio Real de Madrid) terminaron de imprimirse el 27 de enero:

Fenece la *Historia de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, ambos de noble sangre. La cual es obra de tan sutil invención como discreta y alto estilo. Es muy aplazible a todo género de lectores, porque es como un jardín en que hay mucha diversidad de frutales, donde cada uno coge del fruto que más agrada a su gusto.

Fue impressa en la insigne y leal ciudad de Sevilla por Jacobo Cromberger.

Año de mil y quinientos y XXVII, a XXVII de enero.

No cabe duda de que la distancia con la edición de primeros o mediados (antes del 5 de agosto, en todo caso) de 1516 influye en no pocos aspectos de la fundición empleada, sobre todo en lo que a las capitales se refiere. También son diferentes a la de 1516 las portadas de estos ejemplares: para esta edición se elige una sola ilustración (rotulada en el borde superior de la xilografía con un escudo *Peregrino.*), en la que una multitud, encabezada por un rey, sigue un suntuoso carro tirado por al menos cuatro caballos y presidido por un Cupido con los ojos vendados y el arco a punto. La escena⁴⁹ se desarrolla extramuros, a campo abierto, y parece tratarse de una procesión fúnebre, ya que el carro transporta, presumiblemente, un ataúd; asimismo, una figura secundaria se cubre el rostro con la mano izquierda, en claro signo de dolor; y, sobre todo esto, en la esquina inferior derecha adquiere protagonismo absoluto una planta que parece representar un enebro recién nacido, casi en esqueje, símbolo del personaje de Ginebra a lo largo de toda la obra. Resulta verosímil suponer que los lectores ya estaban más que avisados del final de la obra, y

⁴⁵ Biblioteca Nacional, Res. 260. A.

⁴⁶ British Library, G.10284.

⁴⁷ Bayerische Staatsbibliothek, 2º P.o.hisp. 30.

⁴⁸ Österreichische Nationalbibliothek, 26-133-C.

⁴⁹ Cuya composición, por añadidura, recuerda mucho a las de los triunfos ilustrados en el *Sueño de Polifilo*. Véase la lámina e de este estudio (p. 168).

que, de hecho, ese era el momento culminante de las desgraciadas peripecias a las que Peregrino se veía abocado por Amor.

Es decisivo, por otra parte, el cambio del título. No puede afirmarse que el cambio se produzca por vez primera con esta edición (ya que bien pudieron otras difundirse en el lapso de once años que separa la edición de 1527 que nos ocupa de la príncipe de 1516), pero sí parece más que obvio que la noción de traducción se soslaya definitivamente⁵⁰ y que con esta redacción permanecerá estable el nombre de la obra hasta su última publicación:

Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra.

Sabemos que el nombre de inventario de la novela era por aquel entonces *Peregrino de amores*⁵¹, pero más allá de ese hecho, lo fundamental es que el título se ha despojado de una vez y para siempre del sintagma *Historia nuevamente hecha*⁵² que rotulaba el *Peregrino* de 1516, y por ende, de cualquier referencia indirecta a la obra original italiana. Se mantienen, asimismo, las coplas finales laudatorias firmadas por Álvaro de Sequera y el poema latino que Díaz se apropia como autoalabanza y cierre de la obra.

Por fortuna para los fines de la investigación que nos ocupa, los cuatro ejemplares supervivientes (con las leves excepciones materiales del ejemplar londinense que más adelante se detallan) sí muestran el prólogo y el inicio de la historia completos, con lo que no sólo pueden apreciarse con nitidez las intenciones últimas de Hernando Díaz, sino también las técnicas comerciales que el habilísimo vendedor Jacobo Cromberger había diseñado y aplicado para la difusión del texto

⁵⁰ Recuérdese lo dicho en este sentido sobre la edición de 1516 y, sobre todo, sobre los decididos mecanismos de ocultación de la autoría expuestos en el apartado correspondiente de este estudio introductorio.

⁵¹ Griffin, Clive, "Un curioso inventario de libros de 1528", en *Actas del primer Coloquio Internacional (Madrid, 18 al 20 de diciembre de 1986)*, al cuidado de María Luisa López-Vidriero y Pedro M. Cátedra, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Biblioteca Nacional de Madrid, Sociedad Española de Historia del Libro, 1988, p. 200. Según el asiento número 21 en la fecha indicada quedaban 231 ejemplares, por valor de 9933 maravedíes, 43 por libro.

⁵² Al respecto, véase lo ya explicado para la edición de 1516.

(seguramente ya desde 1516, aunque una afirmación segura al respecto no sea posible de realizar con absoluta certeza⁵³).

Así, el primer capítulo, tras el prólogo, va encabezado por el siguiente titulillo:

Comiença Peregrino, después de rogado, a querer contar el proceso de sus amores, los cuales cuenta al auctor por diálogo a imitación de los de Calisto y Melibea, con más honestidad aunque con menor elegancia.

En otro momento trataremos los aspectos puramente intertextuales de la cita, pero por ahora es necesario hacer determinadas valoraciones comerciales al respecto.

Por una parte, la rúbrica subraya la importancia de un género, el del diálogo, no solo impulsado por el éxito de *La Celestina* (buque insignia, a su vez, de la imprenta del alemán sevillano, ya incluso desde los tempranos tiempos de su socio Estanislao Polono), sino también por los primeros destellos de decidido auge humanista en España (resulta, a su vez, llamativo, el hecho de que la traducción del italiano al francés que François Dassy publica ese mismo año de 1527 se titule *Dialogue tres elegant*): el término *diálogo* certifica sin duda una novedad pujante que no debía, así pues, dejar de ser publicitada e impulsada por el impresor de la adaptación castellana de *Peregrino*.

Por otra parte, la *más honestidad* y *menor elegancia* aquí mencionadas son, a partes iguales, una *captatio benevolentiae* y una invitación a todo tipo de lectores, desde los interesados en el universo descarnadamente humano de un relato en la estela celestinesca, hasta aquellos que, sin duda, debían de escandalizarse con el giro dramático que la ficción sentimental había sufrido al filtrarse a través de las penurias de Calisto y Melibea y las innobles artimañas de la criminal alcahueta.

Por último, llama poderosísimamente la atención la palabra *imitación*: más allá de lo que esto signifique (como se verá en este estudio) en términos de autoría y composición, el impresor (no sabemos con cuánto influjo del propio autor) está borrando las huellas de la traducción que conducirían sin rodeos al original: hablando

⁵³ En su monografía sobre los Cromberger, Griffin plantea la posibilidad: «It is a pity that pages are lost from the prologue as these would have confirmed whether this early edition contained the reference to *La Celestina* which is found in the later issue of 1527» (*op. cit.*, ficha 142).

en términos comerciales, parece obvio que Jacobo Cromberger prefiere presentar la novela como un epígono celestinesco, antes que declarar de manera alguna el origen italiano del *Peregrino*.

Sería hermoso, pero demasiado arriesgado, pensar que con esto se dice que Caviceo conocía a Celestina, Calisto y Melibea (téngase en cuenta que la obra de Rojas ya se difundía traducida en Italia, al menos, desde 1506 y que la primera edición del *Peregrino* italiano data de 1508), que se inspiraba en ellos y que con la adaptación de Díaz se completaba un viaje de ida y vuelta de Sevilla a Italia y de Italia a Sevilla.

Los testimonios de 1527, por último, si bien tampoco presentan ni foliación ni tablas ni encabezados de página, sí corrigen casi todas las (poquísimas) erratas que presenta el texto de Palacio, como se indica a lo largo de la edición que aquí se presenta.

Se presentan completos los de Múnich, Viena y Lisboa. El conservado en la British Library presenta pequeñas mutilaciones en los dos últimos folios (afectan ligerísimamente a una columna del texto que contiene el Capítulo CCVII y al poema final escrito en latín) y daños muy serios en la portada y los folios primero y segundo (numerados en la esquina inferior derecha de la caja de texto con las marcas de cuaderno *a_{ii}* y *a_{iii}*). Estos desperfectos afectan, por un lado, a la xilografía vertical del extremo derecho y, por otro, al contenido del prólogo a final e inicio (según sea recto o verso) de varias líneas.

Sobre la fórmula que ofrece Clive Griffin para este libro (ficha 270⁵⁴), cabe decir que, al realizarse la descripción del ejemplar de Londres se produce un pequeño error de cálculo que se puede subsanar con el cotejo de los otros tres testimonios de la edición (y con la propia príncipe de 1516): en realidad, el libro no consta de los ochenta y cuatro folios que menciona Griffin, sino de ochenta y seis (la misma cifra que alcanzaría el ejemplar de Palacio si no estuviera incompleto). Ésta es nuestra propuesta al respecto⁵⁵:

$$a^{6+4} b^{4+4} c^{4+4} d^{4+4} e^{4+4} f^{4+4} g^{4+4} h^{4+4} i^{4+4} k^{4+2} l^{4+2}$$

⁵⁴ *Op. cit.*, ficha 270.

⁵⁵ Que, asimismo, pensamos que no contradice el precio de los ejemplares inventariados en 1528.

Ninguno de los cuatro ejemplares de 1527, a diferencia de lo que sucede con el testimonio de 1516 conservado en Palacio, se integra volúmenes facticios con otras obras.

Para cerrar este apartado, cabe señalar (como ya se ha hecho en la descripción del ejemplar de Palacio) que el ejemplar de Viena presenta la profusa *marginalia* de un lector atentísimo: la explicación pormenorizada de esas anotaciones excede las pretensiones del estudio introductorio que ahora nos ocupa, pero sin duda resultaría de gran interés su descripción para obtener una mejor comprensión del marco de recepción de la obra.

3. El ejemplar de 1544

De la misma manera que resulta sencillo suponer que entre 1516 y 1527 una novela de tanto éxito fuera editada en, al menos, otra ocasión, no parece descabellado pensar que entre esa última fecha y 1544 hubiera una o más impresiones del *Peregrino* de Díaz.

Sea como fuere, lo cierto es que éste (Bayerische Staatsbibliothek, 4° P.o.hisp. 56d) es el primer cuarto de la obra que se conoce y conserva, y el primero y único que está a cargo de Juan Cromberger (o, para ser exactos y aunque no sea mencionada, de su viuda). Asimismo, no cabe duda de que la popularización de la adaptación de Hernando Díaz tuvo que favorecer este cambio de formato, típico en obras de largo y provechoso recorrido comercial.

De nuevo el motivo central de la portada es la ilustración xilográfica del funeral ya descrito para los ejemplares de 1527; pero en esta ocasión las xilografías arquitectónicas han desaparecido de los laterales y de las franjas superior e inferior (claros motivos de espacio se aprecian en esta nueva composición de la página, a buen seguro destinadas a conservar y utilizar los cortes originales a lo largo de todos los años posibles). Enmarcan el título (que a su vez está impreso en tinta diferente⁵⁶) dos arcángeles (laterales inferiores) y dos sencillas guirnaldas (franja inferior central).

La fecha de la portada muestra una corrección (a todas luces, impresa): se superpone a un cinco impreso en una tinta un cuatro impreso, con silueta muy borrosa, en otra. Tal vez la explicación de este cambio se encuentre en el colofón del libro⁵⁷, que tras reproducir (introduciendo la errata *honestos amores*) el inicio del párrafo que cerraba ya la edición de 1527, reza tal que:

⁵⁶ Conjetura Griffin (*op. cit.*, ficha 491) la posibilidad de que no sea un título en negro. Tampoco hemos podido nosotros consultar una reproducción en color de la obra, pero el hecho de que las letras del título aparezcan más grises en esas reproducciones y, sobre todo, el hecho de que la edición parisina de 1548 las muestre en rojo nos inclinan a pensar que, en efecto, la portada está impresa a dos tintas. Al respecto, obsérvese la lámina *f* del repertorio (p. 169).

⁵⁷ A este respecto pueden repasarse las posibilidades de falta de sincronía que Griffin expone en su artículo sobre el colofón de los Cromberger (*op. cit.*, especialmente pp. 250-251).

Fue impresso en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, en las casas de Juan Cromberger, que sancta gloria aya.

Año de mil y quinientos y cuatenta [sic] y quatro, a diez y ocho días del mes de deziembre.

Por lo demás, el ejemplar está completo e impresso a línea tirada (ya no a doble columna, como sí lo estaban los folios de 1516 y 1527). No forma parte de ningún volumen facticio que pudiera ponerlo en relación con otras obras coetáneas. De nuevo carece de tablas, pero sí se indica (en el recto de cada folio) la paginación (ciento sesenta y ocho en total) y se encabezan las páginas con el título resumido de la obra, de modo que *De los honestos amores* abre las pares y *de Peregrino y Ginebra*, las impares (en las cuatro páginas del prólogo el encabezamiento es, por su parte, *Prólogo*, salvo en la vuelta del folio segundo, en el que ese espacio queda en blanco).

No muestra anotaciones manuscritas de los lectores. Sin embargo, y tal vez por la drástica reducción de la calidad de los trabajos de Juan Cromberger y viuda con respecto al arte tipográfico del iniciador del negocio, numerosas páginas presentan tintadas irregulares, tanto por la claridad excesiva de ciertas líneas como por la apariencia ligeramente emborronada de otras.

4. El ejemplar de 1548: el Res.Y2.796 de la Biblioteca Nacional de Francia (París)

Clive Griffin detalla en la ficha 518 de su monografía sobre los Cromberger los problemas de acceso que se plantean cuando el investigador trata de describir el único ejemplar de 1548 conservado en la actualidad:

This partial description is made from photocopies of the title-page and the recto of the final leaf, together with information kindly supplied to me by Mlle. Jacqueline Gélihier of the Bibliothèque Nationale.⁵⁸

Durante cuatro años pareció que nuestra suerte no habría de ser mejor e incluso, ante la imposibilidad de realizar una visita al lugar, hasta apenas dos meses antes del depósito de esta tesis doctoral no poseíamos material de ningún tipo para enumerar ni las más elementales características del libro. Las razones aducidas para denegar cualquier tipo de copia siempre se basaban en motivos de conservación, por lo que en determinado punto y agotadas las posibilidades se resolvió dejar a un lado tal descripción y apoyar el comentario en la correspondiente ficha de Griffin. Sin embargo y por fortuna, *in extremis* ha sido posible contar con una muy amplia (empero no total) reproducción en color del libro⁵⁹ con la que se han podido resolver ciertas dudas que planteaba la forzosamente limitada noticia bibliográfica de Clive Griffin.

En primer lugar, y dado que se trata del motivo esgrimido para restringir tantísimo la consulta del volumen, hay que destacar que la conservación del ejemplar es prácticamente perfecta. Lo que en realidad sucede es que la restauración de las tapas no ha sido, en nuestra opinión, correcta, de forma que los nuevos cosidos del libro casi impiden la total apertura de las páginas, poniendo en riesgo con su tensión la integridad del papel. Y esto, a su vez, impide la satisfactoria reproducción (incluso fotográfica) del ejemplar.

⁵⁸ *Op. cit.*, 1157-1158.

⁵⁹ Gracias a la inestimable colaboración de Susana Gala Pellicer, que tuvo la paciencia de insistir varios días en la propia Biblioteca hasta conseguir un permiso especial (muy limitado en el tiempo) para fotografiar el ejemplar y anotar sus características fundamentales. La reproducción de la portada (monocromática, a diferencia del original) puede resvisarse en la lámina g (p. 170).

Como ponen de manifiesto las descripciones de Griffin y como se puede comprobar al cotejar ambos ejemplares, este cuarto de 1548 es muy similar al cuarto de 1544 conservado en Múnich. En ambas portadas utilizan las mismas xilografías (de bordes, por lo demás, muy fatigados en ambos casos, sobre todo en la que se emplea para el motivo principal del carro), los mismos ornamentos tipográficos en la primera línea (*Libro de*, de tamaño un tanto mayor al del resto del título, que a su vez sigue rezando tal que *Libro de los honestos amores de Pergrino y Ginebra*), dos pequeños adornos, en rojo y con forma de cruz, bajo el título y entre los bloques horizontales, y dos tintas diferentes (roja para el texto del título; negra para los ornamentos, cenefas y grabados). No obstante, el texto del título no suministra una fecha en la última línea (como sí hacía el cuarto de Múnich) y está distribuido a lo largo de cinco líneas en lugar de ocupar cuatro, ya que tanto el nombre de Peregrino como el de Ginebra quedan cortados (en este caso, sin indicación de guiones) y se completan en la línea siguiente.

Por otro lado, el ejemplar en cuarto de Múnich empleaba letras góticas 285 (T:1) y 158 (T:2) para la primera línea del título y las siguientes, respectivamente; el ejemplar de París emplea (en esto seguimos a Griffin, que también para el uso de ambos tipos en los dos casos manifiesta reservas) el mismo juego, pero con cambios que afectan a la ele de caja alta en la palabra *Libro*, a la ese de caja baja final en *amores* y a la ge mayúscula en *Ginebra*. Estos datos, unidos a la perita apreciación de Griffin, pueden indicar misturas de última hora (recuérdese que este ejemplar pertenece a la época de franca decadencia de los Cromberger) en las fundiciones empleadas.

Asimismo, los cortes laterales (OM:351; OM:352) han sido estampados con poca delicadeza: si ya en el ejemplar muniqués se apreciaba una defectuosa impresión que llegaba a afectar a la portada, en el caso de París el desgaste y el descuido hacen que ambas figuras (dos ángeles con las alas desplegadas) aparezcan mal delimitadas y borrosas, sobre todo en el ornamento derecho.

Estas deficiencias de calidad se perciben a lo largo de todo el volumen: la impresión es borrosa en muchos casos (sobre todo en el cuerpo del texto, que vuelve a ser a línea tirada) y demasiado somera en otros (también en varios pasajes de texto, pero sobre todo en las capitales, las mismas empleadas para el cuarto de 1544).

Asimismo, el verso de la portada (seguramente por la menor calidad del papel empleado) deja ver demasiado los tipos rojos del título impreso en el recto.⁶⁰

No se aprecian reclamos. Los encabezados indican, como en el cuarto de Múnich, el prólogo y el título resumido de la obra: *De los honestos amores* (páginas pares) *de Peregrino y Ginebra* (impares). Hay foliación, pero no tablas de contenido. Tampoco muestra *marginalia* que puedan atribuirse a lectores (más allá de los correspondientes sellos y de dos anotaciones manuscritas en letra muy posterior en la portada, ambas claramente referidas a su número de catálogo).

La relación de cuadernos del libro (que parece completo) no varía con respecto al otro cuarto conservado y llega, según Griffin y nuestras observaciones, hasta *u*₈ (con la fórmula *a*₈ *aa*₈ *b-u*₈) y tiene, como su antecesor de 1544, ciento sesenta y ocho folios. El texto se dispone en ambos ejemplares de manera parecidísima (incluso en lo que se refiere a separaciones de palabras a final de línea o página); en los dos se aprecia una tendencia a distribuir los titulillos más largos (sobre todo de cuatro líneas en adelante) en forma de triángulo invertido, cosa que no sucedía en los folios (seguramente, a su vez, porque éstos presentan el contenido a doble columna, lo que deja un margen más estrecho para tales distribuciones).

Por último, merece la pena detenerse en el cierre del ejemplar. Desde el folio 166v, como el cuarto de Múnich, reproduce las coplas de Sequera, que se alargan hasta 167v. El folio 168r está ocupado por las coplas latinas que ya se reproducían en las ediciones anteriores y por el colofón. Este ejemplar no reproduce en el colofón los ornamentos tipográficos que sí presentaba el ejemplar de 1544, pero sí repite la errata *honestos amores*, lo cual indica un cierto descuido formal que, como antes se ha señalado, predomina en todo el libro. De hecho, el colofón reproduce con exactitud la distribución del creado para la edición de 1544, hasta las dos últimas líneas, en las que se sustituye la referencia a Juan Cromberger (muerto en septiembre de 1540, algo más de cuatro años antes de que se imprimiese el ejemplar de Múnich) por la de su hijo Jacome, que en efecto acaba (entre 1545 y 1546) de hacerse con las riendas del negocio familiar tras un período en el que su madre, Brígida Maldonado,

⁶⁰ Para un repaso profundo de todos los cambios que, en detrimento de la calidad tradicional de su imprenta, introdujo Jacome, consúltese la monografía de Griffin sobre los Cromberger, *op. cit.*, pp. 103-104.

ha dirigido en solitario la imprenta⁶¹: *Jacome Cromberger. Año de mill y quinientos y quarenta y ocho. A treze días del mes de julio.*

No cabe duda de que la tirada de 1544, por corta que hubiera sido, se había vendido realmente muy bien, pues ha de entenderse que estaba agotada menos de cuatro años más tarde. A su vez, la publicación de un nuevo *Peregrino* encaja a la perfección con la política decididamente conservadora que acabó por imponer Jacome Cromberger al taller⁶²: frente al más mínimo riesgo comercial, confianza en los títulos más asentados del catálogo.

⁶¹ *Op. cit.*, pp. 97-102.

⁶² *Op. cit.*, pp. 104-105.

5. Rastros bibliográficos diversos

5.1. Noticias bibliográficas heterogéneas: otras ediciones, otros géneros

Resulta necesario definir cuál es el origen de determinadas noticias bibliográficas, equívocas, contradictorias o poco fundamentadas, que no encajan en la data de ninguno de los ejemplares anteriormente mencionados. No se les puede, por lo demás, denominar sencillamente fantasmas, pues aunque la explicación más probable para su aparición en los catálogos sea esa, no puede descartarse de plano la posibilidad de que el *Peregrino* se editase en otras fechas, formatos e incluso imprentas distintas a las documentalmente conocidas; dada la aparición reiterada de alguna de estas noticias a lo largo de siglos enteros, cabe la posibilidad de que estas supuestas ediciones sólo se hayan perdido en fechas muy recientes, quizás a partir del siglo XIX.

Por una parte, en no pocas ocasiones se da 1520 como fecha de la edición príncipe de la obra. Palau trata como tal esta referencia, que no parece haber visto físicamente en ningún momento:

También tradujo [Hernando Díaz] la obra caballeresca de Jacobo Caviceo: *Il Peregrino*, Parma, 1508, bajo el siguiente título:

Historia nuevamente hecha de los honestos amores del caballero Peregrino y de Doña Hinebra. Sevilla, 1520, fol. gót. (Biblioteca Colombina) 721119.⁶³

Muchos son los detalles que hacen que este ejemplar parezca imposible, pero sobre todo la redacción del texto del título difiere muchísimo, demasiado, de los que atestiguan los ejemplares de 1516 y 1527, tanto en el nombre de Ginebra (aquí *Hinebra*, en una aspiración inédita en todos los testimonios) como en la redacción tal que *del caballero*, que aparece como *de un cavallero* en la príncipe de 1516. Palau

⁶³ Palau y Dulcet, Antonio, *Manual del librero hispanoamericano, Tomo IV*, Barcelona, Librería Palau, 1951, p. 410. Por otro lado, el primer volumen del *Repertorio de impresos españoles perdidos e imaginarios* habla en el primero de los cuatro asientos que le dedica a la obra de Díaz de lo dudoso que resulta dar por realmente existente esta edición (Departamento de Bibliografía de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, Instituto Bibliográfico Hispánico, 1983, p. 114, entradas 1584, 1585, 1586 y 1587).

menciona la Biblioteca Colombina, pero parece realmente apoyarse en primera instancia, en la autoridad de Bartolomé José Gallardo para elaborar la entrada⁶⁴. Gallardo (que a su vez, como veremos, introducirá otras ediciones de dudosa localización) se apoya, asimismo, en Lenglet du Fresnoy⁶⁵, que la supone del año 1520; pero ni para esto ni para la mención que hace a renglón seguido del ejemplar que poseía Fernando Colón, aporta Gallardo ninguna prueba ni ubicación, limitándose a señalar:

Cita esta edición Lenglet du Fresnoy, suponiéndola aproximadamente del año 1520. En el catálogo de la B.-Col. se menciona otra también de Sevilla, de Jacobo Cromberger, aunque sin expresar el año: «La Historia de Peregrino en español por fernando [sic] Díaz. Divídese en 208 capítulos, epitafios o números. El pról. empieza: Los esclarecidos filósofos... Al fin tiene unas coplas de Alonso de Segura [sic], fól., a dos col.» Como Jacobo ó Jácome Cromberger imprimió en Sevilla desde 1502 á 1528, es probable que la edición citada por Lenglet fuese la misma que tenía D. Fernando Colón, á no ser la que más adelante describiré, también de Sevilla.

Hay que recalcar que en ningún momento se señala la biblioteca o colección a la que pertenecería el supuesto ejemplar de 1520. El dato, casi con toda seguridad falso, se ha ido propagando hasta llegar a Lorenza Simona⁶⁶, que sólo menciona esa supuesta edición en la lista de traducciones del original italiano [sic para todo el título]:

Historia nuovamente becha de les honestos amores del Caballero Peregrino y de Dona Hinebra, Siviglia 1520.

⁶⁴ Gallardo, Bartolomé José, *Ensayo de una biblioteca española de libro raros y curiosos*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1863, p. 996.

⁶⁵ Lenglet du Fresnoy, Nicolas, *De l'usage des romans, où l'on fait voir leur utilité et leurs différents caractères. Avec une bibliothéque des romans accompagnée de remarques critiques sur leur coix et leurs éditions. Tome II*, Amsterdam, Veuve de Pollras, 1734, p. 21. Reza así la noticia bibliográfica: «Historia Nuevamente hecha de los honestos amores del Cavallero Peregrino, y de Doña Hinebra, in folio, en Sevilla. Sans date, mais très-ancien, & vers l'an 1520». Al hilo de este mismo libro, corregida *Hinebra* por *Ginebra*, y con evidente desconfianza hacia Lenglet, afirma Jacques-Charles Brunet: «Lenglet du Fresnoy, bibliographe en général peu exact, mais qui a vu beaucoup d'anciens livres espagnols, cite celui-ci dans sa *Biblioth. des romans*, pag. 21. C'est une traduction de l'italien de *Peregrino* de Jac. Caviceo.» Y añade, aportando la que quizás sea la primera noticia sobre el cuarto de 1548 hoy conservado en París: «Il en existe une autre édition de *Séville*, *Jac. Cromberger*, 1548, in-4 goth. (*Bibl. du roi*)» (Brunet, Jacques-Charles, *Manuel du libraire et de l'amateur de livres. Tome Premier*, Bruselas, Société Belge de Librairie, 1838, p. 465).

⁶⁶ Simona, Lorenza, *Giacomo Caviceo uomo de chiesa, d'armi e di lettere*, Berna y Frankfurt, Pubblicazioni Universitarie Europee, Sezione IX, Lengua e letteratura italiana, 4, 1975, p. 8.

Sólo podría pensarse que no es fantasma si se admitiera que está siendo confundido, en efecto, con la príncipe de 1516, pero el hecho es que la referencia está tan deturpada, que nada parece ligarlo al ejemplar hoy conservado en Palacio.

Gallardo sí menciona correctamente el ejemplar vienés en folio de 1527, y seguramente se está refiriendo al londinense de ese mismo año al describir un folio sin data en el Museo Británico (recuérdese que el ejemplar tiene seriamente dañado el colofón). Es probable, por otra parte, que los cuartos que menciona sean, respectivamente, los de Múnich y París (el primero, que no fecha, lo liga a la *Biblioteca Anonimiana*; del segundo, que sí data en 1548, cita la procedencia de sus noticias con una marca tal que *Brunet*).

Desconcierta, sin embargo, encontrar en su enumeración un cuarto, en letra gótica y fechado en 1548, sobre todo porque se da Salamanca como lugar de impresión⁶⁷ y, aun más, porque Menéndez Pelayo, como Palau recoge en la entrada dedicada a Hernando Díaz, menciona una edición salmantina de 1548 para el *Peregrino*. Esto afirma Palau:

Hay una edición sin fecha de Sevilla, 4º. Menéndez Pelayo cita la de Salamanca, 1548, 4º, que nadie ha descrito, y en la Biblioteca Nacional de París existe la de Sevilla, J. Cromberger, 1548.

Seguramente Palau se refiere a la siguiente anotación de Menéndez Pelayo en *Los orígenes de la novela*:

En el catálogo de don Fernando Colón se cita ya una edición de la *Historia de Peregrino en español por Fernando Díaz* sin lugar ni año, pero anterior sin duda a la siguiente:

[A continuación don Marcelino reproduce el colofón de 1527, según el impreso de Viena]

Se citan otras dos ediciones de Sevilla y Salamanca, 1548, y dos sin lugar ni año.

La obra original italiana ha sido impresa en Parma, 1508.⁶⁸

⁶⁷ Gallardo, Bartolomé José, *Ensayo de una biblioteca española de libro raros y curiosos*, Madrid, Rivadeneyra, 1863, p. 997.

⁶⁸ Menéndez Pelayo, Marcelino, *Orígenes de la novela. Tomo II: Novelas sentimental, bizantina, histórica y pastoril*, Madrid, CSIC, 1961, pp. 69 (en nota).

En definitiva, Menéndez Pelayo no hace sino reproducir las noticias de Gallardo sobre las múltiples ediciones del texto, y otro tanto hace Palau con ambos eslabones en lo que se refiere al ejemplar salmantino de 1548.

¿En efecto existió un *Peregrino* de Salamanca? ¿Se pudo imprimir la obra fuera de Sevilla antes de ser prohibida por el *Índice* en 1559? ¿Hubo dos ediciones de la obra el mismo año (1548) en dos ciudades diferentes? ¿Podría existir o haber existido, ser en realidad sevillana y tratarse todo el asunto de alguna confusión con el inicio del prólogo, en el que Hernando Díaz menciona su residencia en la Universidad de Salamanca? En su *Tipografía Hispalense*, Francisco Escudero y Perosso realiza una interpretación diferente de los materiales y referencias que hemos enumerado⁶⁹. Por un lado, es obvio que desconoce la príncipe de Madrid y ni siquiera le da una oportunidad de serlo al ejemplar datado en 1520 por Lenglet, de manera que yerra al considerar *princeps* la de 1527:

209.- Díaz (Hernando)

*Historia nuevamente hecha de los honestos amores del cavallero Peregrino y de doña Ginebra*⁷⁰. En Sevilla... (1520). En folio.

Así cita esta edición desconocida Mr. Lenglet du Frenoy [sic]. Á pesar de su innegable autoridad, por cuyo respeto reproduzco su nota en este año, me inclino á creer que la I^a edición de este rarísimo libro es la de 1527, que describiré minuciosamente en su lugar. [...] Cítanse además dos ediciones, una de Salamanca y otra de Sevilla, de 1548 ambas, si bien la 2^a también es para mí dudosa⁷¹; y otras dos, sin año, de Sevilla, que irán entre los inciertos del siglo XVI.

En la entrada número 260⁷², Escudero y Perosso describe los folios de 1527 (de los que él sólo conoce el ejemplar de Viena) y, acto seguido, afirma que se basa en Moratín:

En esta edición [1527], así como en la que Moratín cita de Salamanca de 1548, se expresa, como se ha visto, el nombre del autor.

⁶⁹ Escudero y Perosso, Francisco, *Tipografía hispalense*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1894, p.149.

⁷⁰ Nótese que Escudero Perosso cita como *Ginebra* y no *Hinebra* al analizar a Lenglet.

⁷¹ Le sucede a Escudero exactamente lo contrario que a nosotros.

⁷² Escudero y Perosso, *op. cit.*, p. 163.

En efecto, Moratín remite a Hernando Díaz como autor (que no traductor o adaptador) de la obra en dos ocasiones a lo largo de los *Orígenes del teatro español*⁷³. Por un lado, y como se analizará en su momento, Moratín cita entre las obras dramáticas de 1553 una *Comedia de Peregrino y Ginebra*; por otro, efectivamente, en la página 43 del catálogo precisa que, según sus datos, la novela original está publicada en Salamanca y firmada por Hernando Díaz. Sin duda el dato que transmiten muchos de los bibliófilos antes mencionados proviene de esta fuente. Las preguntas que surgen son, por lo tanto, las siguientes: ¿qué libro había visto Moratín?, ¿citaba también de oídas, o había tenido algún tipo de acceso al ejemplar? Nada dicen Griffin y Norton sobre este asunto, y nada hemos podido encontrar más allá de este punto a lo largo de nuestras pesquisas para apoyar o desmentir la existencia de un *Peregrino* no sevillano. Si entendemos que existió en realidad tal edición, sin duda el ejemplar descrito por Moratín se perdió en algún momento de los últimos dos siglos.

Por último, cabe destacar que Lorenzo Ruiz Fidalgo⁷⁴ lo cataloga en *La imprenta de Salamanca (1501-1600)* y lo menciona como un posible trabajo de impresión de Juan de Junta; pero lo cierto es que no lo ubica en ninguna biblioteca, ni le adjudica poseedor actual alguno, lo cual no termina en absoluto de clarificar el caso:

Caviceo, Jacopo: *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*. [Tr. Hernando Díaz. Salamanca, s. i.: Juan de Junta?, 1548]

FERNÁNDEZ MORATÍN. *Teatro*, p. 43, nota: “Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra, por Hernando Díaz, Salamanca 1548”.

CLEMENCÍN. *Libros de Caballería*, p. 50; –MENÉNDEZ PELAYO. *Orígenes*, II, pp 69-70. –GAYANGOS. *Libros de caballerías*, p. LXXXII.⁷⁵

⁷³ Fernández de Moratín, Leandro, *Obras de Leandro Fernández de Moratín. Tomo I: Orígenes del teatro español*, Madrid, Aguado, 1830, pp. 96, 181.

⁷⁴ Ruiz Fidalgo, Lorenzo, *La imprenta de Salamanca (1501-1600)*, Madrid, Arco Libros, 1994, p. 372.

⁷⁵ Gayangos, Pascual de, *Libros de caballerías*, Madrid, Rivadeneyra, 1857, p. 82; Clemencín, Diego, *Biblioteca de Libros de Caballería (Año 1805)*, Barcelona, Casa Provincial de Caridad, 1942, p. 50. Las demás referencias ya se han ido reseñando en este estudio.

5.2. 1503, absurdo fantasma

Por último, hemos detectado que en ocasiones esporádicas, la traducción de Hernando Díaz es fechada en 1503. De esta manera, Miguel Jiménez Monteserín, en *Literatura y cautiverio: el maestro Fray Pedro de Orellana en la Inquisición de Cuenca*, cita una posible copia manuscrita, de época, del *Peregrino*:

En la inmediata audiencia sólo quedó de manifiesto la enorme fecundidad productiva de Orellana. Salieron a relucir primero en las declaraciones de Alonso otros libros recibidos de aquél en préstamo:

*un Ovidio en romançe y otro que se llama bisión delectable y otro que lo llaman passio duorum escriptos de molde y también le dio otro libro que le llama peregrino, escripto de su letra del dicho soldado.*⁷⁶

Jiménez Monteserín explica, en nota, de qué *Peregrino* puede estar hablándose en la declaración judicial antes expuesta:

Puede tratarse de una copia manuscrita, realizada por el propio Orellana, de esta obra: *Historia nueuamente hecha de los honestos amores que un caballero llamado Peregrino tuvo con una dama llamada Ginebra*. Sevilla, Jacobo Cromberger, 1503.

Sorprende encontrar una fecha de traducción tan abiertamente anacrónica, imposible en primer lugar porque el original de Caviceo no vio la luz hasta 1508. La explicación puede provenir del siguiente equívoco: 1503 es la fecha en la que Jacobo Cromberger comienza su actividad, de manera que, ya la príncipe de Palacio⁷⁷ no tiene data explícita, en algún catálogo se le ha debido de asignar el año en que la imprenta sevillana del alemán inició, una vez independizada de la de Polono, su negocio. El rastreo del nacimiento de esta confusión nos lleva, si no fallamos en el camino lógico, al *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español*, que en efecto ofrece esta fecha tan poco afortunada en la consulta de la ficha dedicada al

⁷⁶ Jiménez Monteserín, Miguel, *Literatura y cautiverio: El Maestro Fray Pedro de Orellana en la Inquisición de Cuenca*, Cuenca, Diputación Provincial de Cuenca, 2004, p. 102. Más allá de las pesquisas sobre las ediciones de la adaptación castellana que ahora nos ocupan, es probable que Orellana conociera también el *Peregrino* de Caviceo, pues hacia 1530 pasó en Módena algunos meses. Cabe la posibilidad, no obstante, de que la obra citada en el pasaje en realidad aluda al *Vocabulario eclesiástico* de Fernández de Santaella (1499), que se titulaba, por cierto, *Peregrino*.

⁷⁷ Y sin duda de ese ejemplar se habla en esa referencia, dado el inequívoco título que transcribe Jiménez Monteserín.

Peregrino de Palacio (único ejemplar que, según las noticias hasta aquí recopiladas, se conserva en España). A su vez, el Catálogo Colectivo toma esta referencia del *Catálogo colectivo de obras impresas en los siglos XVI-XVIII existentes en las Bibliotecas Españolas* (Siglo XVI, H. 512⁷⁸), fuente que inicia la difusión del error.

5.3. La prohibición del libro

Quizás por el contenido escabroso y sexualmente poco disimulado de varios de sus pasajes, quizás por el encendido alegato de Anastasia, madre de Ginebra, contra los conventos, las monjas que los pueblan y las abadesas que los rigen, el libro ingresó entre los prohibidos en el *Índice* de 1559, once años después de su última edición conocida. El asiento⁷⁹, entre «*Peregrinación de Hierusalén*, compuesta por Don Pedro de Urrea, en romance» y «*Propaladia*, hecha por Bartholomé de Torres Naharro», es escuetísimo y sencillamente reza:

Peregrino y Ginebra.

Hay que recordar, a su vez, que el facticio de Palacio, a diferencia de lo que ocurre con el resto de ejemplares (conservados todos fuera de España) está marcado en su portada (que corresponde al *Novellino* de Masuccio Salernitano) con la palabra *Prohibido*, que muestra caligrafía del siglo XVIII. En menos de cinco décadas, la adaptación de Díaz había pasado de ser una obra de notable éxito comercial a estar completamente censurada, tanto en lo que a la edición como a la tenencia se refería. Puede que los ejemplares conservados de 1527, 1544 y 1548 fuesen exportados o llevados al exterior por sus poseedores antes del veto a la obra (y, no en vano, cuatro de ellos se encuentran en ciudades íntimamente ligadas a la Casa de Austria: Lisboa,

⁷⁸ *Catálogo colectivo de obras impresas en los siglos xvi-xviii existentes en las Bibliotecas Españolas*, a través del *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español*: www.mcu.es/bibliotecas/MC/CCPB/index.html (consultado el 1 de marzo de 2011).

⁷⁹ Valdés, Fernando, *Catalogus librorum*, Valladolid, Sebastián Martínez, 1559, p. 60. A modo de cierre, en la página 72 se recuerda que «Todos los libros susodichos en este *Cathálogo* se prohíben y viedan, y se manda que ninguna persona los tenga». Citamos empleando los criterios generales aplicados a la edición del *Peregrino*.

Viena y Múnich), pero ¿qué factor influyó en la salvación del ejemplar de Palacio, que no tiene sello real hasta la última veintena del siglo XVIII? Resulta curioso que el libro se marque como prohibido tan *a posteriori*, pero que no se destruya: sólo un detenido estudio de los antiguos poseedores del ejemplar arrojaría luz sobre este avatar, pero ni es este el momento apropiado para detenerse en el asunto, ni tal es el objeto de nuestro breve estudio introductorio.

También resulta peculiarísima, por otra parte, la mención de Fernández de Moratín a una anónima *Comedia de Peregrino y de Ginebra*, que el erudito fecha en 1553, seis años antes, por lo tanto, del *Índice*:

83. Anónimo. *Comedia de Peregrino y Ginebra*.

Se halla entre las obras prohibidas del citado índice de Inquisición. Probablemente el autor de esta comedia redujo en ella á acción dramática el argumento de una novela que se había publicado en el año 1548 con este título: *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, fecho por Hernando Díaz.⁸⁰

Resulta casi imposible rastrear la noticia primera que origina la nota de Moratín en los *Orígenes*: ¿qué mención hay en el índice a tal comedia?, ¿por qué fecharla en 1553?, ¿realmente es verosímil que un dramaturgo adaptase a las tablas una novela de tal calibre argumental y filosófico, y más cuando en ella se respetan tan poco las unidades temporales, espaciales y temáticas de la preceptiva aristotélica? En efecto, el *Índice* habla sólo de *Peregrino y Ginebra*, y nada dice de que sea una obra teatral, hasta donde hemos alcanzado a rastrear; tampoco hay, asimismo, indicación temporal alguna en la entrada correspondiente; sobre la pericia del supuesto adaptador teatral que habría convertido la extensísima novela en una farsa seguramente muy ligera, nada podemos decir; pero sí cabe la posibilidad de que, prescindiendo del título, un censor (o un erudito muy posterior) poco atento y aún menos versado en el género del *Peregrino* entendiera las intervenciones de los personajes (marcadas casi siempre por sus nombres propios) como diálogos puramente teatrales. Es más: si el propio libro a sí mismo se declara epígono de *La Celestina*, ¿por qué no interpretarlo también como una comedia, en el sentido celestinesco de la etiqueta?

⁸⁰ *Op. cit.*, p. 181.

Todos estos óbices (añadidos, insistimos, a la ausencia de fuentes explícitas que apoyen la ficha de Moratín⁸¹) ponen en tela de juicio la mera existencia de un subproducto dramático derivado de la novela italiana adaptada por Hernando Díaz.

En realidad, parece mucho más probable que existiera una nueva edición de 1553, por supuesto, en prosa, en la que una ligera variación o ampliación del título (o sencillamente, insistimos, una desatenta ojeada a la disposición textual de la novela) llevase a la errónea conclusión de que se trataba de una comedia: debe recordarse que la política editorial de Jácome, nieto del fundador de la imprenta sevillana, contrariamente a su abuelo, su padre y su propia madre Brígida (a lo largo de la minoría del último eslabón de la cadena) habían establecido para la selección de los títulos, apenas producía trabajos relativamente innovadores y económicamente arriesgados que renovasen el catálogo de la casa, y no se movía en sus intereses mucho más allá de los clásicos de la literatura devocional y de alguna afianzada creación de puro entretenimiento evasivo; de tal forma que menos de un tercio de las obras editadas eran nuevas a primeros de la década del 1550. Sin duda el *Peregrino* había de ser una ficción fiable en términos comerciales, suficientemente contrastada y solicitada por un público que se acercaba a ella como a una enriquecedora encrucijada de géneros (ténganse en mente el colofón que cierra la obra desde 1527, así como los epígrafes y demás reclamos comerciales destinados a ampliar el horizonte de lectores potenciales de la obra, como ya se ha mencionado).

Y tampoco puede descartarse, por supuesto, la posibilidad de que un simple cambio de imprenta (tal vez salmantina, tal vez de una tercera ciudad) reformulara la apariencia de la obra y provocase su incorrecta asimilación con el género dramático.

⁸¹ Casi idéntica, por cierto a la respectiva de Barrera. Veáanse las citas al respecto de Barrera (Barrera y Leirado, Cayetano de, *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español. Desde sus orígenes hasta mediados del siglo xviii*, Madrid, Rivadeneyra, 1860, p. 572). y, por supuesto, la literal que Eugenio de Ochoa recoge en su *Tesoro del propio Moratín* (Ochoa, Eugenio de, *Tesoro del teatro español, desde su origen (año de 1356) hasta nuestros días. Tomo Primero: Orígenes del teatro español, por D. L. F. de Moratín. Piezas dramáticas anteriores a Lope de Vega*, París, Baudry, 1838, p. 83).

6. A propósito de Hernando Díaz

Pocos son los datos conservados del traductor de la obra, Hernando Díaz, y a su vez poco ayuda a perfilar su biografía el hecho de que no tenga un nombre de pila ni un apellido demasiado característicos, en absoluto distintivos y sí fácilmente, como se verá más adelante, propicios a confusiones y superposiciones. Esas pistas, pobres y fragmentarias, aparecen en los prólogos del *Peregrino* y *La vida y excelentes dichos de los más sabios filósofos*, así como en las coplas castellanas que Álvaro de Sequera le dedica al cierre de su adaptación del original de Caviceo.

De esta manera, por una parte, Díaz se presenta como *residente* en la Universidad de Salamanca en la dedicatoria que hace a Lorenzo Suárez de Figueroa en el prólogo del *Peregrino*:

Prólogo para el ilustríssimo señor don Lorenço Xuárez de Figueroa, Conde de Feria etcétera. Fecho por Hernando Díaz, residente en la muy noble Universidad de Salamanca, sobre los honestos amores de Peregrino y Ginebra, fingidos por la mayor parte moralmente, y dirigidos a su muy ilustre señoría.

El término *residente* resulta más que ambiguo en este entorno, ya que no deja claro si se trata de un docente (la opción, por descontado, más probable), un discente, o incluso de una persona vinculada de cualquier otra forma menos estable a la institución.

Asimismo, la imprecisión abre un abanico de posibilidades para datar con fiabilidad la fecha de su nacimiento: más adelante en este estudio se volverá sobre el asunto.

El prólogo que dedica a Perálvarez Osorio, heredero del Marquesado de Astorga y todavía niño, es más escueto todavía en lo que se refiere a su profesión o cargo. En primer lugar, firma el prólogo tal que:

Hecho por Hernando Díaz, servidor y criado de su señoría

Es decir: servidor de Álvaro Pérez Osorio, padre de Pedro Álvarez, y a la sazón Marqués de Astorga.

Más tarde, aún en el prólogo, Hernando Díaz menciona una vez más su residencia salmantina y la servidumbre que ha prestado en Astorga durante un tiempo no precisado:

[...] el tiempo que del servicio así de vuestra merced como de los señores don Juan y don Antonio Osorio en Astorga me sobraba. Mayormente, que venido a esta florescida Universidad de Salamanca en servicio de sus mercedes, he seído de contino importunado de algunos para que en común utilidad lo publicasse. (2v)⁸²

Díaz hace estas menciones al hilo de su perdida traducción de la *Divina Commedia*, y aporta un dato más: estaba presente, pocos años antes de publicar el prólogo, en unas cortes celebradas en Burgos (las de 1511 ó 1512: es imposible precisar con claridad a cuáles se refiere basándose sólo en la posterior referencia *lo cual avrá cuasi quatro años*; si estamos ante la edición príncipe de *La vida y excelentes dichos*, bien puede tratarse de cualquiera de las dos; sólo en el improbable caso de que el prólogo fuera anterior a 1515 podría postularse con toda certeza que Díaz menciona las primeras), cuando recomendó a un *arçediano* (claramente Pedro Fernández de Villegas⁸³) que publicara ya el canto del Infierno que había traducido y decidió guardar para mejor ocasión, por sincero pudor literario o por mera imposibilidad económica, su traducción completa (de la que se adelantan, a su vez, algunos versos al final de la versión de la obra de Burley). Díaz declara que aún debe pulirla y, sobre todo, que necesita suficientes opiniones favorables para decidirse a darla a la imprenta en su totalidad. Álvaro de Sequera, en sus coplas laudatorias al *Peregrino*, abunda en esta idea.

Si todas las mesas de grandes señores
resciben manjares mejor de mejor,
¿qué menos España por este tenor
de nuestro poeta rescibe favores?
Pues luego tras esta, de coplas mayores
te da traduzido, muy bien, de thoscano
el Dante en romance, gentil castellano,
que nunca tú viste más altos primores. (p. 611)

⁸² Burley, Walter, *Vida y excelentes dichos de los más sabios filósofos que uvo en este mundo*, versión de Hernando Díaz, Sevilla, Cromberger, 1516 (Newberry Lybrary, Chicago, Case B 04.228) y Sevilla, Cromberger, 1520 (Biblioteca Regional de Castilla-La Mancha, Res. 83[2]).

⁸³ Alvar, C., Lucía Megías, J. M., *Repertorio de traductores del siglo XV*, Madrid, Ollero y Ramos, 2009, pp. 96-98.

¿Significa todo esto que Díaz era aún joven y no tenía prisa en publicar lo que, a buen seguro, consideraba su obra maestra de traducción? Parece que la ausencia de premura es evidente, pero tal vez no lo sea tanto la causa de su supuesta juventud: no cabe duda de que su renombre había de ser notable, como demuestra la confianza de Pedro Fernández de Villegas en su opinión de experto y, sobre todo, su autoridad moral sobre dos adolescentes (uno de ellos, en la práctica, un niño) destinados a heredar y manejar unas notabilísimas cuotas de poder nobiliario. Si Hernando Díaz era, como parece, preceptor (aunque lo fuera en el sentido más lato del término) de Lorenzo Suárez de Figueroa y de Perálvarez Osorio, lo más probable es que se tratara, al menos, de un hombre maduro, entrado en la treintena. Se añaden a este factor su convivencia en Astorga con la generación previa de la familia (Álvaro Pérez Osorio, don Juan Osorio y don Antonio Osorio), la perspectiva de madurez que imprime al prólogo del *Peregrino* (que analizaremos en profundidad un poco más tarde) y el probable cargo de ayo que debió de desempeñar, si las fechas vitales del joven Conde de Feria no nos engañan, para los Suárez de Figueroa durante la minoría del heredero del mayorazgo.

Más allá de lo ya apuntado, Álvaro de Sequera no aporta más información al respecto de Hernando Díaz: de hecho, si uno no conociera los pocos datos que aquí hasta ahora se han enumerado, casi podría llegar a pensarse que la publicación de la adaptación del *Peregrino* fuera póstuma, ya que las palabras de Sequera resultan tan elogiosas como las que se esperarían de un epitafio encomiástico.

Tampoco hemos podido rastrear ninguna pista concluyente en la historia de la Universidad de Salamanca. La única noticia relativamente cercana se encuentra en el cartulario elaborado por Vicente Beltrán de Heredia y publicado en 1970. Así, en la entrada 357 del Volumen II, figura una brevísima referencia a un tal Fernando Díaz de Alcocer, al que el Rey Católico le concede en Burgos la habilitación (a pesar de ser hijo de excomulgada y condenada por herejía: es decir, con probabilidad, un converso) para optar a una cátedra en Salamanca:

Declaración real de la habilitación hecha a Fernando Díaz de Alcocer para graduarse, opositar a cátedras y regentarlas en Salamanca: Burgos, 24 de octubre de 1511.

El Rey. Maestrescuela e rector e primicerio... de la Universidad e Estudio de la noble ciudad de Salamanca:

Por parte del licenciado Fernando Díaz de Alcocer me es fecha relación que, como quiera que él se graduó de licenciado e doctor en la Universidad e Estudio de Huesca, él tiene propósito de se incorporar o recibir los dichos grados en esta Universidad para poder gozar de las cátedras y otras prerrogativas del dicho Estudio. E que para lo poder hacer os mostró una habilitación que yo le mandé dar e otra del papa Inocencio VIII por haber seído condenada su madre por el delito de herejía; e que vos el dicho maestrescuela e rector e consiliarios le pronunciastes por hábile para recibir los dichos grados e gozar de ellos e de las preeminencias de ellos, e para se poder oponer a cualquier cátedra principal o sustitución o lectura e llevar la renta de ella seyendo de ella proveído, suplicándome que os mandase que así lo guardásedes e cumpliésedes sin embargo de las premáticas de estos reinos ni de las declaraciones de ellas ni de las cédulas dadas por mí o por la serenísima reina mi muy cara e muy amada mujer que haya santa gloria en que se contiene que por virtud de ninguna habilitación no pueda ser ninguna persona admitida a las cátedras de ese Estudio, o como la mi merced fuese. E yo tóvelo por bien. Por ende yo vos mando que guardéis al dicho licenciado de la dicha habilitación e guardándogela le admitáis a recibir los grados de licenciado e doctor en esa Universidad e cualquier de ellos, e a cualesquier cátedras, sustituciones e lecturas a que se opusieren; e si de ella o de ellas fuere proveído, le dejéis gozar de ellas o de los dichos grados e de las honras e prerrogativas dellos e de otras cualesquier cosa que pudiere gozar si la dicha condenación de su madre no fuera fecha sin embargo de las dichas premáticas e declaraciones e cédulas, que en cuanto a esto yo las abrogo quedando para en las otras cosas adelante en su fuerza e vigor.

Fecha en Burgos a 24 de octubre de 1511 años.

Yo el Rey.

Señalada de Zapata e Carvajal.

(Simancas, Libros de Cámara, 22, fol. 355v-356).⁸⁴

Pero, si bien podría encajar la localización del Rey en Burgos por aquella época con la estancia, ya mencionada, de Hernando Díaz en la misma ciudad por aquel entonces, en ningún momento de su producción firma nuestro Díaz como *de Alcocer*, ni hay referencia alguna en las obras a una procedencia oscense o alcarreña (y sí, más bien, como se verá más adelante, a una leonesa) ni, por último, parece verosímil pensar que, si por aquellas fechas estaba ya Díaz al servicio del Marqués de Astorga y era, tras sus años de probable vinculación a la Casa de Feria, un reputado preceptor, tuviera necesidad de semejantes peticiones. La declaración real parece, en definitiva, haber sido expedida a favor de algún homónimo, un tanto más

⁸⁴ Beltrán de Heredia, Vicente, *Cartulario de la Universidad de Salamanca, La Universidad en el Siglo de Oro II*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1970, pp. 379-380.

joven, posible converso, y presumiblemente menos o en absoluto estimado en los círculos nobiliarios ligados a la Universidad de Salamanca.

La imprecisión que muestra Hernando Díaz al no incluir gentilicio alguno en la declaración de autoría de sus traducciones lleva, como antes se ha mencionado, a una superposición bastante habitual con un coetáneo llamado Hernando Díaz de Valdepeñas. De nuevo, como podría llegar a suponerse con laxitud por la proximidad de una Puebla de Alcocer (y no del Alcocer alcarreño antes mencionado) a Zafra, la hipotética procedencia de Díaz no estaría lejos del solar de la Casa de Feria (aunque esto, dicho sea de paso, en absoluto se sostiene para relacionar a Díaz con Astorga). Pero ¿son realmente Hernando Díaz y Hernando Díaz de Valdepeñas la misma persona? Nuestras indagaciones parecen apuntar a que se trata de una segunda homonimia antes que de una misma identidad. No obstante, varios catálogos los identifican con el mismo nombre homogéneo, como es el caso de la British Library de Londres. ¿En qué se basa esta superposición? ¿Qué argumentos pueden utilizarse para disolverla? Examinemos el asunto con todo detenimiento.

Dedica Palau Dulcet dos entradas diferentes a Hernando Díaz y a Hernando Díaz de Valdepeñas⁸⁵. Al primero le adjudica las dos traducciones (*Peregrino y La vida y excelentes dichos de los más sabios filósofos*; esta última, no obstante, no es descrita en su totalidad, pues si bien menciona Palau las muestras petrarquescas y dantescas que cierran el volumen, omite la traducción del *De remediis fortuitorum* de Séneca; así como una *Farsa nuevamente trovada* (cuyo último ejemplar, conservado en la Biblioteca del Lander de Bavaria de Múnich, con la signatura Rar. 273 (Beibd.11/Verlust), resultó destruido durante la Segunda Guerra Mundial), que más tarde mencionaremos), y la participación en la corrección y ampliación del repertorio legal de Hugo Celso⁸⁶. En efecto, Celso publica en casa de Nicolás Tyerri (Valladolid, 1538) un repertorio legal alfabético titulado *Las leyes de todos los reinos de Castilla, abreviadas y reduzidas en forma de Reportorio decisivo por la orden del ABC*. El libro conocerá varias reimpressiones y revisiones y precisamente en una de ellas (la que realiza en Valladolid Juan de Vallquirán en 1543), conservada en la

⁸⁵ *Op. cit.*, p. 410 y p. 334, respectivamente.

⁸⁶ Celso, Hugo, *Reportorio universal de todas las leyes destos reynos de Castilla*, Valladolid, Tyerri, 1538.

British Library, un tal Hernando Díaz, *licenciado del Consejo Real* (junto al doctor Aguilera y al doctor Victoria) añade y corrige *leyes que faltavan* y asimismo, ve y examina (es decir, aprueba) el repertorio. Por esas fechas, como apunta Palau en su entrada para Díaz de Valdepeñas⁸⁷, un *escribano del crimen de la Audiencia Real de sus magestades, que reside en Granada* de ese nombre publica en Medina del Campo⁸⁸ (1548) una *Summa de notas copiosas y muy substanciales y compendiosas, según el uso y estilo que agora se usa en estos reinos*, en la que se documentan modelos de formularios administrativos tales como poderes generales, cartas de censo, inventarios, emancipaciones, etc. ¿Son o no el mismo autor? Lo cierto es que ambas materias son similares, y cercanas las fechas, con lo que no resulta arriesgada la identificación para estos dos casos de producción jurídica. Pero es más que probable, eso sí, que el reagrupamiento de estas obras del Díaz tardío provenga del nombre homogéneo que se le da a este autor en el catálogo de la British Library: no en vano, la institución conserva seis libros firmados por un Hernando Díaz (casi en todos los casos, indistinto) en la primera mitad del siglo XVI y primeros años de la segunda, y la igualación quizás sólo sea metodológica⁸⁹. Hay en Londres un ejemplar de *La vida y excelentes dichos* datado en 1527 (con la signatura c.63.b.13), otro de la misma obra (Toledo, 1541, con signatura c.20.c.20); a su vez, se conserva un *Peregrino* de 1527 (Sevilla, Jacobo Cromberger, G.10284); y con ellos, el *Reportorio* de Hugo Celso (Valladolid, Villaquirán, 1547, 1605/518) y dos copias de la *Summa de notas* (1543, Toledo, en casa de Juan Medina, c.63.I.18; 1553, Valladolid, en casa de Sebastián Martínez, T.89.[10]).

Pero hay que recalcar que, provenga de donde provenga la igualación por homonimia examinada en estas páginas, lo cierto es que ninguna prueba liga a Hernando Díaz a Hernando Díaz de Valdepeñas: sólo podría avalar tal relación una

⁸⁷ Palau, *op. cit.*, p. 434.

⁸⁸ Díaz de Valdepeñas, Hernando, *Summa de notas copiosas y muy substanciales y compendiosas, según el uso y estilo que agora se usa en estos reinos*, Medina de Campo, Pedro de Castro, 1548.

⁸⁹ A los que a continuación enumeramos hay que añadir dos ejemplares de una edición filológica de siete églogas castellanas de primeros del XX (AA.VV., *Sieben spanische dramatische Eklogen*, ed. Eugen Kohler, Dresde, Gesellschaft für romanische Literatur, 1911/1913, pp. 317-328) que adjudican a otro Hernando Díaz la *Farsa nuevamente trobada* que antes hemos mencionado (Burgos, Juan de Junta, 1554). En esto José Simón Díaz sigue nuestro mismo criterio y, seguramente por la considerable distancia cronológica, la separa del Díaz adaptador del *Peregrino*. El único ejemplar original de la obra, que se convertaba en Múnich, resultó destruido en la Segunda Guerra mundial.

hipótesis según la cual Díaz hubiera comenzado su tarea de traducción a una edad no muy tardía (lo cual, insistimos, no termina de acomodarse con sus tareas de preceptor) y la hubiese abandonado⁹⁰ por el oficio de jurista (que, por lo demás, no menciona en momento alguno en los prólogos que como inequívocamente conservamos) hasta su muerte. No debe olvidarse, como a su vez ya se ha mostrado, que tampoco necesariamente el *Reportorio* de Celso fue corregido y aprobado por Valdepeñas y que, por otra parte, Valdepeñas vive en Granada, a diferencia de Díaz, que menciona su residencia tanto en el *Peregrino* como en *La vida y excelentes dichos*.

Palau añade, como decíamos antes, una *Farsa* dramática a la producción del mismo Hernando Díaz⁹¹. Pero, si ya hemos demostrado lo poco fundada que está la asimilación con Valdepeñas, más todavía habremos de pensar de la misma manera en lo que se refiere a este poeta, cuyo nacimiento José Simón localiza en Burgos a primeros del siglo XVI: no es inverosímil (aunque sí difícilísimo por los pupilajes nobiliarios antes descritos) pensar que pudiera el traductor del *Peregrino* haber realizado sus obras de primeros de siglo y sin embargo seguir activo en 1553, pero no hay ninguna declaración ni en la portada ni en el colofón (por lo que hemos podido deducir de las noticias conservadas sobre la obra) que haga suponer que, en efecto, sean la misma persona (y por ello, entre otras cosas, Simón le dedica una entrada distinta a su autor⁹²).

En resumen, si bien podríamos estar ante la producción de una misma persona, no debemos ni podemos afirmar que sea así en absoluto. Por lo pronto, las dos obras de traducción sí están inequívocamente ligadas entre sí, pero nada indica que a su vez lo estén con el *Reportorio*, la *Summa* y la *Farsa* (tres obras que bien podrían, a su vez, ser de otros tantos autores diferentes).

⁹⁰ Casi a la manera de Fernando de Rojas.

⁹¹ Recuérdese la explicación al respecto de la nota 85.

⁹² Simón Díaz, José, *Bibliografía de la Literatura Hispánica. Tomo IX*, Madrid, CSIC, 1971, pp. 361, 365-366.

6.1. El mecenazgo de Lorenzo Suárez de Figueroa

Lorenzo Suárez de Figueroa, III Conde de Feria⁹³, tiene sólo nueve o diez años cuando hereda el mayorazgo de la Casa de Feria. María de Toledo, su madre, ha fallecido en 1499 y su padre, Gómez Suárez de Figueroa, II Conde de Feria, muerto en 1502, le ha legado un señorío casi cerrado, al que territorialmente sólo le queda la expansión de la villa de Savatierra, que el propio Lorenzo llevará a cabo en 1517.

En él, asimismo, recaen de nacimiento los títulos de Conde de Feria, señor de los estados de Villalba, Zafra y La Parra, Nogales, Oliva, Salvaleón, Morera, Alconera, Almendral y La Torre, Señor de las villas de Montealegre y de Meneses y de la Casa de los Manueles y alcaide de la ciudad, castillo y torres de Badajoz.

Precisamente en las fechas en las que Hernando Díaz le dedica su traducción del *Peregrino*, Lorenzo Suárez de Figueroa está ultimando la unión de su Casa con la Casa de Priego: en efecto, agotada la línea de actuación conducente a una ampliación territorial de sus posesiones, el joven conde recurre a las dos políticas que habían hasta entonces apuntalado su linaje y que, con el devenir de alguna generación más, habían de darle un esplendor realmente vigoroso a la familia: la fidelidad inquebrantable a la monarquía y, sobre todo, los casamientos favorables con otras casas nobles sobresalientes.

De esta forma, don Lorenzo colabora en la extinción de los levantamientos de las Comunidades de Castilla y se enlaza en matrimonio con Catalina Fernández de Córdoba. Así lo resume Juan Manuel Valencia Rodríguez:

Don Lorenzo «hizo su parte», como toda la alta nobleza. a la hora de sofocar el movimiento de las Comunidades de Castilla, manteniendo en paz y orden sus dominios extremeños y andaluces de la Casa de Priego, con cuya II Marquesa se había casado el 15 de agosto de 1518. Precisamente al poco de su boda pudo ser, si no testigo presencial, sí al menos cercano de algunos albototos protagonizados por los comuneros alzados en Valladolid. El Marqués-Conde había acudido a la Corte a presentar por vez primera sus respetos al monarca.⁹⁴

⁹³ Nacido en 1495 ó 1496, según las cuentas que pueden hacerse con respecto a sus capitulaciones matrimoniales (Valencia Rodríguez, Juan Manuel, *El poder señorial en la edad moderna: La Casa de Feria (Siglos xvi y xvii)*, Badajoz, Diputación de Badajoz, Departamento de Publicaciones, 2010, p. 154, en nota).

⁹⁴ *Op. cit.*, p. 155.

Por un lado, esta fidelidad a Carlos I le valdría la confianza personal de Rey (que en su correspondencia lo llama con cercanía *primo*) y alguna importante merced derivada también de su matrimonio. Tal y como sigue explicando Valencia Rodríguez:

su comportamiento en aquella coyuntura tan difícil para Carlos V le valió recibir algunas mercedes que antes había disfrutado en tierras andaluzas su suegro [es decir, Pedro Fernández de Córdoba], como una veinticuatría de la ciudad de Córdoba. El Emperador le concedió asimismo la tenencia del castillo de Antequera, que llevaba anexo un situado de 137.193 maravedíes anuales. Consiguió, pues tener acceso fácil al monarca, al que sirvió como Gentilhombre de su Cámara, como miembro del Consejo Imperial, e incluso encargándose de manera temporal del gobierno de la ciudad de Valladolid.⁹⁵

A esto, también por decisión real, se añade en 1520 la Alcaldía Mayor de la ciudad de Córdoba.

No obstante, las capitulaciones matrimoniales resultaron carísimas al joven Conde de Feria: aunque la unión que permitía seguir en ascenso a la familia había sido deseada largo tiempo, las condiciones impuestas por Catalina Fernández de Córdoba excedían en algunos puntos lo razonable, tanto en el apartado de las compensaciones económicas como en el de la primacía del Marquesado de Priego sobre la Casa de don Lorenzo⁹⁶.

Por un lado, de esta manera, se unificaba el escudo de armas y se obligaba al Conde a adoptar el apellido Córdoba (tal que pasaba a llamarse Lorenzo Suárez de Córdoba y Figueroa) y la ciudad andaluza con *asiento y casa principal*; por otro lado, el Conde aportaba quince mil ducados de oro en concepto de arras, hipotecaba varias villas en concepto de fianza de la dote, cedía a la Marquesa la mitad de los bienes ganados, sufragaba deudas previamente adquiridas por la Casa de Priego por valor de treinta mil ducados de oro, sostenía a todos los criados de la marquesa y, sobre todo, se obligaba a depositar treinta millones de maravedíes en concepto de fianza de las capitulaciones.

Tan duras eran las renunciaciones admitidas por don Lorenzo, que la propia doña Catalina revisó y lenificó, con el asesoramiento legal de varios catedráticos

⁹⁵ *Ibidem*.

⁹⁶ *Op. cit.*, 368.

salmantinos algunas cláusulas (sobre todo, las tocantes a la preeminencia de la familia Fernández de Córdoba) en 1523.

Para entonces sólo le quedaban apenas cinco años de vida a Lorenzo Suárez de Figueroa, que murió repentinamente (aún muy joven y víctima, con toda probabilidad, de alguna enfermedad fulminante) el 22 de agosto de 1528.

6.2. Lorenzo Suárez de Figueroa y Hernando Díaz

Don Lorenzo siguió (siempre que pudo y a pesar de que las necesidades conyugales en no pocas ocasiones hacían que enfocara su atención en las posesiones adquiridas a través de su esposa) considerando Zafra como su centro de acción. A su vez, como habían establecido sus predecesores a la cabeza del mayorazgo, puso no poco empeño en favorecer, mantener e impulsar varias fundaciones, como los conventos de Santa Marina y de la Cruz, en 1521 y 1526, respectivamente⁹⁷.

Por añadidura, poco antes de morir, consiguió que concluyera la fortificación definitiva del castillo familiar, y apenas cinco meses antes de su fallecimiento, firmó las ordenanzas municipales de la ciudad de Zafra.

No obstante, para el propósito de este estudio introductorio a la adaptación de Hernando Díaz del *Peregrino* de Caviceo resulta relevante destacar el notabilísimo interés cultural que Lorenzo Suárez de Figueroa mostró a lo largo de su vida. Por una parte, en un momento de efervescencia ideológica europea, fue protector de Fray Luis de Carvajal, franciscano enconado contra el erasmismo, durante sus estudios y posteriores actividades en La Sorbona. Asimismo, y esto es crucial, tuvo un enorme interés por los libros, y reunió (con el aporte de los muchos volúmenes heredados de su suegro, muerto en 1517) una más que apreciable biblioteca, cuyo inventario casi completo conservamos en la actualidad gracias al empeño que, entre finales de 1528 y primeros de 1529, Catalina Fernández de Córdoba, su reciente viuda, puso en catalogar todas las posesiones del Marqués-Conde.

⁹⁷ *Op. cit.*, p. 158.

De esta forma, a través de la formación libresca, Lorenzo Suárez de Figueroa evoluciona, como lo está haciendo en la práctica toda la alta nobleza de su tiempo, hacia posturas de mayor pragmatismo diplomático y, sobre todo, cortesano, hacia ámbitos de acción en los que el poder letrado tiene mayor peso que antaño.

Es, en efecto, muy probable que se produjera un determinado trasvase de volúmenes entre la biblioteca del Marqués de Priego⁹⁸ y la colección de don Lorenzo, que en el momento de su propia muerte contaba con unos cuantos volúmenes menos (trescientos nueve poseía Pedro Fernández de Córdoba al morir en 1517, algo por encima de los doscientos ochenta y cuatro que constan en las doscientas sesenta y cuatro partidas del Conde de Feria); pero a pesar de ese presumible aporte dotal y de su juventud, no cabe duda de que el Conde se inclinaba a reunir libros no sólo como muestra de poderío económico, sino también como herramienta para apuntalar sus convicciones políticas y religiosas.

En este contexto, no resulta aventurado suponer que Hernando Díaz pudo ser, en más de un sentido, impulsor de estos nuevos gustos, intereses y sensibilidades librescas del Conde de Feria. El traductor deja, en primer lugar, una velada pista en el prólogo al *Peregrino* (dedicado, como ya se ha señalado, a don Lorenzo):

Ni quiero escurescer con mis torpes palabras aquella (que se aventaja a perder de vista a la alexandrina liberalidad) magnífica grandeza de la cual, al principio de su gobernación, en los quinze años de su nascimiento con los gobernadores de su estado usó. (p. 181)

Si, como parece desprenderse de este párrafo, don Lorenzo tomó plenos poderes sobre su mayorazgo a los quince años, tras cinco o seis años de minoría y consecuente tutoría⁹⁹, resulta verosímil imaginar que Hernando Díaz estuvo al tanto de su educación, de una u otra manera, hasta ese momento. Era costumbre¹⁰⁰ que los

⁹⁸ Para el inventario del Marqués de Priego, véase: Quintanilla Raso, María de la Concepción, “La biblioteca del marqués de Priego (1518)”, *En la España medieval*, 1 (1980), pp. 347-384. Para la del esposo de Catalina: Valencia Rodríguez, “La biblioteca de Lorenzo Suárez de Figueroa, III Conde de Feria (1528)”, en *Congreso conmemorativo del VI centenario del Señorío de Feria (1394-1994). Zafra, 29, 30 de abril y 1 de mayo de 1994*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1996, pp. 283-303.

⁹⁹ Al respecto de esta minoría tutelada no hemos podido encontrar información histórica fehaciente, pero parece nítida la referencia hecha por Hernando Díaz.

¹⁰⁰ Lo recuerda Valencia Rodríguez en *El poder señorial en la Edad Moderna*, *op. cit.*, p. 152 y ss.

jóvenes de la alta nobleza fueran adiestrados en las armas e instruidos en las letras hasta los catorce años, y como bien sabemos por lo declarado en el prólogo a *La vida y excelentes dichos*, Hernando Díaz llevaba ejerciendo unos años (entre 1511 y 1516, aproximadamente) tareas de ese jaez para la Casa de Astorga¹⁰¹. Es muy probable, por lo tanto, que Díaz hubiera sido preceptor del joven Conde de Feria hasta 1510 (fecha que, insistimos, parece marcar el inicio efectivo de la acción de don Lorenzo como jefe de la Casa de Feria) y que desde esa fecha, una vez terminada su labor en Zafra y con el reconocimiento bien ganado a ojos de las demás altas familias nobiliarias, hubiera pasado a hacerse cargo de la formación de Perálvarez Osorio, otro heredero que debía ser educado según los nuevos parámetros de las cortes del siglo recién iniciado.

No cabe duda, a su vez, de que Díaz enfoca la adaptación del *Peregrino* como una lección extraordinaria para un joven que se enfrenta a un momento crucial de su existencia y, sobre todo, del gobierno de su mayorazgo: el matrimonio. Así, si las palabras del Burley que Díaz dedica a Perálvarez Osorio más bien apuntan aún a la consolidación de conocimientos concretos, el *Peregrino* advierte del poder disgregador y del empuje irreflexivo del amor, quiere poner freno al desbocado corcel del ímpetu carnal. Hernando Díaz muestra, con sutileza, estar al tanto de las maniobras maritales que se están diseñando para hacer que la Casa de Feria ascienda, gracias a su pupilo, un último peldaño en la escala nobiliaria.

El tema del matrimonio juicioso y provechoso suena como un bajo continuo a lo largo de toda la obra, como suenan (a efectos mucho más prácticos de lo que pueda parecer) las alianzas familiares y la sabia elección de los sirvientes: el amor es un territorio arriesgado, un desierto del que es imposible salir incólume, y sólo el noble joven que, bien guiado, avisado y guarecido, lo esquite podrá ver florecer la hacienda que le ha sido legada.

Quizás resulte arriesgado llevar más allá esta interpretación de la dedicatoria, pero también es probable que la mención que Díaz hace (en una paráfrasis alejadísima del original italiano) del Gran Capitán, tío abuelo de la futura esposa de Lorenzo Suárez de Figueroa, no sea en absoluto gratuita, sino más bien una

¹⁰¹ Recuérdese que de Perálvarez Osorio dice Díaz cosas muy similares a las que formula para la precocidad del III Conde de Feria.

indicación del casamiento más deseable¹⁰². Sea como fuere, si estamos en lo cierto al datar la obra en el primer trimestre de 1516, los movimientos de las dos casas para unirse debían de estar ya muy avanzados y, por supuesto, habían de serle evidentes a un hombre de confianza del Conde, como suponemos lo era Díaz¹⁰³.

En paralelo, podemos imbricar la adaptación del *Peregrino* dentro del plan didáctico global que parece alentar y sostener toda la tarea literaria de Hernando Díaz: la novela de Caviceo, con los pertinentes cambios y adecuaciones al ambiente español, quiere ser un manual del perfecto noble casadero; *La vida y excelentes dichos*, un breviario de filosofía práctica, pretende ser una guía de conducta para la nueva política de corte del siglo XVI; la versión del *De remediis fortuitarum* de Séneca, una consolatoria adulta y profundamente estoica, una sólida muestra del pensamiento clásico latino¹⁰⁴; los poemas de Dante y Petrarca, flores de una literatura que consagra el amor a Dios, carente de la perniciosa sensualidad carnal del fuego adolescente. En definitiva, traza Díaz una panorámica de géneros y contenidos de utilidad moral que recorre la hondura racional de la Grecia de Laercio y la Roma de Séneca, así como la poesía toscana de mayor calado y, en el caso del *Peregrino*, la novela en italiano que comienza, por su incipiente modernidad, a reventar las costuras compositivas y temáticas de la narrativa medieval. Ni más ni menos que un programa básico para la formación de una nueva nobleza cimentada en la cosmovisión del incipiente humanismo español.

6.3. Sobre el inventario de la biblioteca de Lorenzo Suárez de Figueroa

No obstante lo antedicho, sorprende que entre los libros inventariados por Ambrosio de Salamanca, librero de Zafra, no se encuentren algunos títulos habituales

¹⁰² Recuérdese, a la sazón, que el futuro suegro de don Lorenzo, Pedro Fernández de Córdoba, I Marqués de Priego, fue destinatario de obras como la traducción de la *Suma de todas las crónicas del mundo* realizada por Viñoles.

¹⁰³ Ha de tenerse en cuenta el hecho de que las demás menciones nobiliarias que Díaz incluye en su traducción atañen casi en exclusiva a la Casa de Feria y a los Osorio, por lo que en su mayoría deben entenderse como un signo de gratitud a las familias a las que ha servido y sirve por esas fechas.

¹⁰⁴ Consideramos, junto a Robert Newman, que la obra, si bien tal vez transformada en un epítome, sí es original del filósofo cordobés: Newman, Robert J., "Rediscovering the *De Remediis Fortuitarum*", en *The American Journal of Philology*, 109:1 (1988), pp. 92-107.

en otras librerías nobles (como el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, o el *Enchiridion* de Erasmo) y, sobre todo, que no figure ni un solo ejemplar del *Peregrino*¹⁰⁵: hay, sí, presencia del humanismo italiano, pero faltan *La Celestina* y la obra de cuyo patrocinio se hizo cargo el joven III Conde de Feria. ¿A qué factor se puede achacar esta atronadora ausencia, que también se aprecia en la biblioteca de su suegro? Se puede tratar de una simple y casual razón física (¿se perdió el ejemplar personal del Conde?, ¿tal vez no se encontraba en ninguna de las dos estancias que inventarió Ambrosio de Salamanca?, ¿estaba traspapelado entre los setenta y dos libros manuscritos que no llegó a censar el librero de Zafra por desavenencias contractuales de última hora con doña Catalina?, ¿era realmente uno de esos libros manuscritos porque lo que poseía el mecenas de Díaz era en realidad un original del autor o un manuscrito de imprenta?), o bien de una razón ideológica más profunda, que encaje con las ausencias erasmistas y maquiavélicas de la librería, así como con la púdica falta de una *Celestina* en el inventario. Si ésta fuera la razón, ¿se trataría de un claro presagio de la prohibición inquisitorial posterior?, ¿a pesar de la clara imprecación que contra Amor construye Hernando Díaz sobre el original de Caviceo, habían pesado más las estrategias comerciales y la obra ya se asimilaba a *La Celestina* hasta el punto de considerarse una novela de mala nota, impropia de la colección de un noble ideológicamente alineado con el caldo de cultivo de la inminente Contrarreforma? Es de temer que nunca obtendremos respuestas a estas preguntas, pero lo cierto es que don Lorenzo, en resumen, no parecía poseer ningún ejemplar del *Peregrino* en el momento de su muerte.

Por último, hay que señalar que no hemos dado con ningún otro ejemplar de la obra en los inventarios de bibliotecas de su tiempo recopilados en la “Suma de inventario de bibliotecas del siglo XVI”¹⁰⁶, si bien es cierto que algunos de ellos no se

¹⁰⁵ La misma ausencia presenta en 1518 la biblioteca del recientemente fallecido Pedro Fernández de Córdoba (véase al respecto el inventario de sus libros antes mencionado).

¹⁰⁶ Hernández González, M^a. Isabel, “Suma de inventario de bibliotecas del siglo XVI (1501-1560)”, en *Libro antiguo español IV: coleccionismo y bibliotecas (siglos XV-XVIII)*, al cuidado de María Luisa López-Vidriero y Pedro M. Cátedra, Salamanca, Universidad de Salamanca/Patrimonio Nacional/Sociedad Española de Historia del Libro, 1998, pp. 375-446.

desarrollan, por su excepcional volumen de ejemplares, en el artículo, razón por la cual, a su vez, no se menciona el que Fernando Colón decía poseer en su catálogo¹⁰⁷.

Sí había una considerable cantidad de ejemplares del *Peregrino* en el inventario que se hace a primeros de 1529 de los almacenes del recién fallecido Jacobo Cromberger. Es muy probable que se trate de ejemplares del folio de 1527; asimismo, es reseñable el cambio en el título que muestra el asiento: *Pelegrino e amores*, que remite al *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra* que ya se atestigua para las portadas de 1527 (y que tal vez proviniera de otra edición, intermedia entre ésta y la príncipe de 1516, impresa a primeros o mediados de esa misma década de 1520), más que al título de la *princeps*, en el que aparecían muchos otros términos laterales y, al cabo, superfluos para el público lector como *nuevamente*. En el *stock* de la imprenta enumerado en 1540, sin embargo, no hay ningún ejemplar de la obra, lo cual indica que los impresores ya habían agotado, al menos, el folio de 1527 y cualesquiera otras ediciones posteriores en cualesquiera otros formatos, y es posible que por esta razón se tirara de nuevo el libro, ahora en cuarto, en diciembre de 1544.

6.4. Los mecanismos de ocultación de la autoría: el traductor como autor original

En este apartado nos ocuparemos brevemente de la ocultación casi sistemática que Díaz realiza de la verdadera autoría de su texto.

De esta manera, son poquísimos los rastros sobre la obra original de Caviceo que Díaz va dejando a lo largo de su traducción; se ha optado por emplear aquí el término ocultación, ya que la novela italiana está plagada de esos índices, borrados casi por completo de su adaptación castellana de modo nítidamente voluntario.

Por una parte, no debe olvidarse en ningún momento que Caviceo está escribiendo desde una perspectiva *cuasi-autoficcional*: las claves de su autobiografía

¹⁰⁷ Griffin (“Giacomo’s Caviceo’s *Libro de Peregrino*”, *op. cit.*, p. 143) reproduce el asiento 4147 del inventario colombino: «La historia de Peregrino [...] co[m]puesta por ferna[n]do diaz [...] impresa en seuilla por Jacobo cro[m]berger».

están delineadas con las marcas geográficas y personales de muchos de los avatares de Peregrino, con lo que el libro español bien debería mostrar, si fuera fiel en este sentido, las trazas de esa cimentación real sobre la que el autor parmesano levanta su obra. Pero no es así.

En primer lugar, el prólogo a Lucrecia Borgia desaparece y nada queda de él, ni el más mínimo rastro, en las palabras preliminares que Hernando Díaz dirige a su mecenas, Lorenzo Suárez de Figueroa. Esta práctica es habitual en la traducción de la época, que (aunque en muchas ocasiones sí conserva, vertidos al castellano, los preliminares originales) también ofrece con gran homogeneidad un nuevo proemio que menciona, casi siempre, el original del que parte la adaptación; de hecho, en los propios prólogos se acuña con el tiempo una especie de lugar común del tipo “para que una obra tan valiosa sea más accesible, etc.”, que sustenta la pertinencia de la tarea de adaptación a una nueva lengua (factor al que se añade, a buen seguro, el hecho de que no pocas obras de traducción, al haber nacido circunscritas a un ámbito universitario, eran también ejercicios de erudición en los que necesariamente habían de ser declaradas las fuentes). Y, sin embargo, en esto vuelve a ser un tanto peculiar el *Peregrino* de Hernando Díaz, ya que no se declara en pasaje alguno de la dedicatoria que haya ningún texto italiano original entre los bastidores del libro: ni siquiera al vuelo hay mención que desvele la primera pluma de la cadena; tanto es así que el nombre de Caviceo no se atestigua ni una sola vez y que Italia sólo se menciona en el texto en tres ocasiones, siempre como mero paisaje sin mayor relevancia literaria.

En esta misma línea (y con toda probabilidad, en concomitancia con el impresor del texto) resulta más que revelador el título que encabeza la obra en su edición de 1516:

Historia nuevamente hecha de los honestos amores que un cavallero llamado Peregrino tuvo con una dama llamada Ginebra, en la cual por diálogos largamente se cuentan. Adonde se verán maravillosas ficciones, y discretos razonamientos, y grande copia de morales sentencias, y avisos, y otras cosas aplazibles a todo género de lectores con sotiles disputas y bivos argumentos. (p. 177)

El término *nuevamente* es la única pista que queda en toda la obra de *II Peregrino* y de Caviceo. ¿A qué motivos responde la ocultación también en este

contexto, en un lugar tan importante del libro? ¿Podría llegar a interpretarse, incluso, el adverbio *nuevamente* con el significado de ‘por primera vez’, ‘sin precedente’? En este juego de fuentes no declaradas aun esa palabra puede ser equívoca: si hubiera existido alguna voluntad de desvelar la procedencia del material traducido, se podrían haber utilizado expresiones tipo mucho más claras y, al mismo tiempo, usuales para los títulos de estas obras de adaptación, como “puesta en castellano”, “traída del italiano” o, directamente, “traducida de su original en castellano” (fórmula que, por ejemplo, el propio Díaz emplea para intitular su traducción del soneto “S’amor non è, che dunque è quel ch’io sento?” de Petrarca al cierre de *La vida y excelentes dichos*).

Faltan en el ejemplar de 1516 dos folios que podrían contener, como ya se ha mencionado, alguna alusión a *La Celestina*, pero lo cierto es que este título, unido al de la contraportada (bajo el escudo de armas (1v): *Libro de los amores de Peregrino*), se amoldaría perfectamente a las intenciones genéricas y comerciales que Jacobo Cromberger podría tener para la distribución de la obra. Y con mayor precisión todavía encaja el título que más tarde se impone (al menos desde las ediciones de 1527) para la obra con estas pretensiones: el resumido *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra* se ha despojado ya de toda referencia externa, esencializándose en la temática amorosa (y ocultando, por tanto, en todo lo posible las advertencias contra Amor que motivan en primera instancia tanto la obra como su traducción) y en la pareja protagonista (seguramente, a esas alturas, de sobra conocida para el público castellano). La rúbrica que encabeza el primer capítulo no hace sino apuntalar una supuesta ascendencia que entroncaría con Calixto y Melibea, pero en ningún momento se declara la génesis italiana del texto:

Comiença Peregrino, después de rogado, a querer contar el processo de sus amores, los cuales cuenta al auctor por diálogo, a imitación de los de Calisto y Melibea, con más honestidad aunque menor elegancia. (1527, 4r)

Si bien la optimización por parte del impresor de una técnica comercial es evidente, resulta algo más chocante (sobre todo, entendiendo los fenómenos en su correspondiente contexto histórico, desde nuestra perspectiva, tan apegada al sentido actual de propiedad completa de la autoría) que el propio Hernando Díaz esconda

deliberadamente *Il Peregrino*: aunque el parámetro de reconocimiento del autor original apenas tiene sentido a primeros del siglo XVI, en efecto sí sorprende que Díaz no mencione a Caviceo como si de una autoridad, al menos en el terreno de la ficción se tratase; uno de los principales motivos de la traducción, entonces y ahora, es precisamente esa autoridad. Por lo general, las obras se adaptan al castellano no sólo por la calidad intrínseca de sus contenidos y su estilo, sino porque también se les supone un interés inherente a la pluma y fama de su creador. Díaz, en este sentido, no menciona a Burley cuando traduce la *Vida y excelentes dichos*, e incluso en algunos pasajes del prólogo que dedica (por las mismas fechas en que publica su *Peregrino*) a Perálvarez Osorio, heredero del Marquesado de Astorga, genera un equívoco al señalarse como compilador del florilegio; pero el hecho (sí suficientemente declarado en esta ocasión) de que el texto original esté firmado, en último término, por Diógenes Laercio dota a la traducción del sustento de una autoridad relevante. El primer titulillo de la obra dice así:

Comiença el *Libro de la vida de los más sabios filósofos y de sus muy elegantes dichos y sentencias*, sacado de Diógenes Laertio y de otros antiguos autores. (3r)¹⁰⁸

Y lo mismo sucede en ese libro para las obras de Séneca, Petrarca y Dante (al que titula Díaz *divino* en el prólogo y en el encabezamiento de sus versiones):

Razonamiento entre la Razón y la Sensualidad sobre la muerte. La cual pone Séneca en el *Libro de los remedios de los males de Fortuna*. (42r)

Principio del canto primeco [sic] de la Cántica Primera del *Infierno*, del divino poeta Danthe. (43v)

Soneto de Petrarca traducido en castellano, que en toscano comiença: “Se amor e [sic], che e dunche, etc.” (44r)

Si Dante, Petrarca, Séneca y Laercio (no tanto Burley, que parece quedar difuminado dentro del impreciso *y de otros antiguos autores* del epígrafe antes reseñado) son autoridades indiscutibles, ¿qué factor excluye a Caviceo de tal consideración? No

¹⁰⁸ Siempre que se cita la traducción de Díaz de la *Vida y excelentes dichos* se hace por el ejemplar de la edición, posiblemente príncipe, de 15 de marzo de 1516 (Jacobo Cromberger, Sevilla) conservado en la Newberry Library de Chicago con la signatura Case B 04.228.

puede tratarse de un hecho ligado al mundo de la ficción, ya que el título de 1516 aún conserva la expresión *maravillosas ficciones*, como marca distintiva y junto a las palabras *historia* y *diálogos*, incluso en un rango superior a las también mencionadas *morales sentencias*, *avisos* y *sotiles disputas*. Asimismo, aunque los inventarios¹⁰⁹ de las bibliotecas nobiliarias de la época muestran una preferencia clara por las obras morales y filosóficas, nombres como el de Giovanni Boccaccio (y no sólo en la *Caída de príncipes* y en las *Mujeres ilustres*, sino también como autor del *Decamerón*) no tienden a aparecer en las librerías menos surtidas de ficción. También se encuentran con frecuencia ficciones sentimentales y libros de caballerías y, por supuesto, ejemplares de *La Celestina*, lo cual nos lleva a pensar que no se trata de una mera ocultación de género. Es más: el título de 1516 y los colofones de 1527 hacen hincapié, como ya se ha visto, en la heterogeneidad del posible público receptor, que siempre se verá satisfecho en su interés por el variado abanico de géneros que estructura la novela.

Sabemos¹¹⁰ que la fama de Caviceo era enorme, al menos en Italia, durante la primera mitad del siglo XVI. ¿Era un óbice esa fama para la castidad del texto?, ¿era Caviceo tenido por un autor decididamente procaz?, ¿acaso dificultaba la comprensión del texto en su dimensión de advertencia contra la destrucción a la que aboca amor a los jóvenes irreflexivos? Parece ésta una hipótesis coherente: por un lado, el *Peregrino* debe funcionar en su versión castellana con parámetros comerciales similares a los de *La Celestina* (y, a su vez, ampliar ese público potencial al describirse la obra como *honesto, sutil* y, al menos desde 1527, dotada de *mayor elegancia*); por otro, Hernando Díaz no puede perder de vista en ningún momento la intención didáctica de su proyecto general de traducciones y, en particular, el objetivo admonitorio que se liga a la corta edad de su mecenas y a la inminencia de su casamiento. De esta manera, al prescindir de Caviceo se logran de una vez todas las metas: Jacobo Cromberger puede encuadrar la obra en el ámbito de negocio de la más que boyante literatura celestinesca (además de recomendarla, por las diversas vías que ya se han señalado, a todo tipo de lector adyacente a ella) y el propio Díaz logra instituirse como autoridad (en todos los sentidos del término) que

¹⁰⁹ Según la suma de inventarios de Hernández González (*op. cit.*).

¹¹⁰ Básicamente a través de las obras ya mencionadas de Lorenza Simona y Luigi Vignali.

valida el texto y da fe de la utilidad moral de todos sus pasajes, por escabrosos que puedan parecer sacados de ese contexto. A Díaz lo avalan en esa suplantación todas sus traducciones (anteriores y simultáneas, como ya se ha explicado), su posición ventajosa entre la más alta nobleza y su (más que probable) puesto docente en Salamanca: en la madeja que a nosotros se nos presenta como un hermoso juego intertextual, Díaz encuentra un resquicio para elevar una ficción, *a priori* sospechosa, a la categoría de texto didáctico y moralmente provechoso.

Sin duda, la explicación de todos estos factores se había diluido en 1559, fecha en la que la Inquisición prohíbe el libro. Así, una vez desprovista de su justificación pedagógica, la novela no dejaba de mostrar lo que mostraba: para un censor plenamente sumergido en la incipiente Contrarreforma y menos avisado en lo que a estas sutilezas narrativas se refiere, debían pesar mucho más las anécdotas escabrosas y los poco velados dicterios contra la Iglesia que el desdichado y ejemplarizante final que la trama les depara a los amantes.

Recuérdese, además, que en la Italia la obra había gozado de una valoración cómica (ligada en varios pasajes a lances sexuales y apuntalada por sus propios impresores) difícil de soslayar en la versión castellana. En palabras de Griffin:

[...] a good deal of the work is comic. Indeed, the the publisher of the 1526 Venice edition, Niccolò Zoppino, advertised it as an ‘opera certamente ioco[n]da & diletteuole’. Sometimes the comedy is unsubtle, as in the episode when Peregrino steals via a sewer into what he believes to be his lady’s chamber and there has his way with her only to discover at the critical moment that he must have lost his bearings underground, entered a neighbouring house and, consequently, ended up in the wrong bed.¹¹¹

Clive Griffin describe, a su vez, muchas de las mutaciones que la novela de Caviceo sufre al pasar por el tamiz de Hernando Díaz: los nombres propios y las localizaciones geográficas, tanto explícitos como de lectura codificada, perderían todo sentido en una adaptación demasiado fiel de la obra al castellano, por lo que

¹¹¹ En la página 133 de su artículo monográfico sobre *Peregrino*: “Giacomo’s Caviceo *Libro del Peregrino*: the fate of an Italian wanderer in Spain”, en *Book production and letters in the Western European Renaissance: Essays in honour of Conon Fahry*, ed. de Anna Lauren Lepichy, John Took, Dennis E. Rhodes, Londres, The Modern Humanities Research Association, 1968, pp. 132-146. Sobre el pasaje de la cama equivocada y la incursión en las alcantarillas, ver más adelante la vertiente denigratoria para el amante que prefiere explorar Hernando Díaz.

Díaz evita mantenerlas casi como una constante. La cantidad de nombres propios de personajes desciende drásticamente en la versión castellana, que poco tiene que ver con el original en su entramado de intrigas y relaciones de poder:

Thirdly, and most important, Díaz gives the work a Spanish rather than an Italian setting. This involves the removal of the local allusions which are such a characteristic feature of the original. The narrative is no longer located in specific Italian cities and people by real individuals known to the author. It is thus radically altered, for Caviceo's originality in making historical figures act out an imaginary story is lost in what is transformed into a purely fictional romance.¹¹²

Así pues, para Hernando Díaz (y este detalle se corresponde a la perfección con las intenciones de ocultación antes descritas) es fundamental mantener los dichos de grandes personajes históricos y mitológicos (griegos y romanos, básicamente¹¹³) como argumentos de autoridad que realzan el valor moralizante de la novela, pero le resulta banal seguir las trazas de suceso real planteadas por Caviceo (y apuntaladas por los nombres propios que escoge para los personajes secundarios). Todo adquiere en Díaz, debido a una fuerte polarización de la ficción sentimental, un timbre alegórico que le falta al *Peregrino* italiano, mucho más pegado al realismo que su versión castellana, de tal manera que los nombres genéricos (tópicos y heredados de la prosa del siglo XV) de las damas que rodean a Ginebra remiten a un ambiente de irrealidad menos carnal, y lo mismo sucede con los cautiverios sucesivos de *Peregrino*, con las descripciones de los ambientes urbanos, de los juicios y sus abogados, con las visitas de sus viajes y las intervenciones de los hombres y mujeres de la Iglesia: en este sentido y por contradictorio que pueda parecer, es obvio que el original italiano (conociera o no Caviceo *La Celestina*) presenta unos rasgos mucho más celestinescos que la versión castellana.

En otro orden de cosas (aunque por obvios motivos de pertinencia y espacio este asunto habrá de constituir una investigación posterior a la aquí presentada), llama la atención el hecho de que el italiano polifileso, fuertemente latinizado, de

¹¹² *Op. cit.*, pp. 136-137.

¹¹³ *Op. cit.*, p. 136. Griffin apunta con agudeza el hecho de que Díaz, en muchísimas ocasiones, prefiere la mención explícita a un nombre propio antes que las alusiones indirectas a héroes y dioses de la mitología clásica (referidas a datos de parentesco o procedencia y quizás demasiado oscuras para la mayoría de los lectores potenciales de la traducción).

Caviceo resulte en una prosa castellana muy directa, muchísimo menos alambicada y artificiosa que la de los maestros castellanos de la ficción sentimental del siglo XV (sobre todo, en comparación con Diego de San Pedro¹¹⁴) y también lejana a la forma de expresión celestinesca: cabe preguntarse en qué modelo estilístico pensaba Díaz al acometer la traslación léxica y gramatical de la novela, pero lo cierto es que el aspecto general de la obra es sintácticamente más ágil de lo que cabría esperar. Incluso se llega, de hecho, al curioso caso de que los pasajes en prosa que se deben por entero a la pluma de Díaz tengan por norma general una apariencia más abigarrada que los que provienen de Caviceo. Asimismo, por supuesto, cabe la posibilidad de que el adaptador no tenga ningún modelo de referencia en mente para construir una expresividad distintiva en la lengua de destino y que simplemente esté, de manera deliberada, realizando una traslación viva y exenta de toda artificiosidad.

Hacia el final de la obra (profundamente reformulado y, sobre todo, aligerado de intervenciones y personajes), Díaz muestra (por amplificación en este caso) una nueva e interesante suplantación de la autoría: compone dos poemas (otra vez coplas) para adornar los epitafios de los enamorados (escuetísimos en el original). Con esto consigue no sólo exhibir su dominio lírico, sino también acercar la obra a los parámetros del *prosimetrum*, modo de composición consustancial a la ficción sentimental castellana del siglo XV: de esta forma, sin perder aún la pretensión de prosa literariamente dignificada que recorre el texto, Díaz vuelve a llevar el original italiano a un territorio mucho más familiar para el lector peninsular. Y más allá de esto, el resumen versificado de las existencias de Ginebra y Peregrino le permite exponer con claridad las conclusiones pertinentes. No necesita a Caviceo para entender como propios a los protagonistas y, sobre todo, para enunciar la correcta interpretación de la obra. El de Ginebra, que muere primero, reza tal que:

¹¹⁴ Sobre el influjo renovador de Diego de San Pedro en el lenguaje de la ficción sentimental, revísense la introducción crítica de Whinnom a la *Cárcel de amor* (San Pedro, Diego de, *Obras completas, II. Cárcel de amor*, ed. Keith Whinnom, Madrid, Castalia, 1971, pp. 7-72) y Whinnom, Keith, *Medieval and Renaissance Spanish Literature: Selected Essays*, ed. A. Deyermond, W. F. Hunter, y J. T. Snow, Exeter, University of Exeter Press, 1994.

Epitaphio de Ginebra

En este sepulchro reposa Ginebra,
 que fue combatida de Amor y Temor.
 Mas l'alta virtud, que tarde se quiebra,
 le puso corona de eterno valor,
 con flechas y engaños jamás pudo Amor
 vencer sus virtudes, mas antes se vido
 caer con sus armas el falso Cupido
 por ser ya de otro más cierto señor. (p. 603)

La virtud de Ginebra, incluso teniendo en cuenta que accedió a unirse a Peregrino, fue tal que Amor mismo salió derrotado: en cierto sentido la composición da a entender que ella ha reconducido desde su posición la locura pasional de su pretendiente, y que sólo ha concedido su cuerpo en el matrimonio, al cabo superadas las rencillas familiares. Díaz debe recalcar esta conclusión, pues justifica las intenciones de su tarea: el matrimonio aplaca los sentimientos desatados, la virtud ha de ser la única guía de la nobleza, sobre todo en lo que toca a los asuntos del corazón. Ginebra es faro y guía de Peregrino: por ella inicia él su periplo, por ella adquiere la integridad perdida.

El epitafio que le dedica Caviceo es, por su brevedad, mucho menos explícito:

Epitaphio de Genevera: "Lectore, aldi, resta, legi. Già fui ornamento, hora inutile cenere". Vergine arsi, casta amai. Amante e sposo me fu Peregrino, et io Genevera: crudele amore ambe dui ne strinse".¹¹⁵

Igual de sucinto es algo más tarde el autor italiano con Peregrino:

Epitaphio de Peregrino: "Vivendo arsi, li stratti amorosi cantai. Grato fu la donna, ma sorte maligna del mondo immatura la svelsi. Peregrino fui io, et ella Genevera: equale passione ad uno fina ne condusse. Legi, passa e vale."¹¹⁶

Por esta razón sorprende mucho más, sin embargo, lo que Díaz formula para el protagonista masculino de la narración:

¹¹⁵ Según la edición de Vignali, *op. cit.*, p. 352.

¹¹⁶ *Op. cit.*, p. 362.

Epitaphio de Peregrino.

Aquí yaze dentro la firme constancia,
 las fuerças y mañas del fiel Peregrino,
 el más fiel amante de España y de Francia,
 cual da testimonio la muerte a que vino.
 Los fieles servicios le hizieron tan dino,
 que dio la Fortuna tal buelta y rodeo,
 que a honra de entrambos cumplió su desseo,
 después que en trabajos se hizo más fino. (p. 606)

Es, en efecto, comprensible que la muerte le otorgue dignidad (*cual da testimonio la muerte a que vino. / Los fieles servicios le hizieron tan dino*), pues no de otra manera debe entenderse el destino de sus peripecias. Pero casi roza el sarcasmo Díaz al hacerlo habitante *de España y de Francia*: aprovechándose de la rima, oculta Italia a sabiendas e indirectamente ubica su Leonflos en la Península Ibérica. Por este camino, Peregrino desciende de la realidad en la que fue Caviceo y, en un segundo grado, de su condición de ciudadano ferrarense a un escenario ficticio convencional: tras pasar por el filtro de Díaz, es sólo un joven noble que habla de su experiencia para advertir a los que puedan caer en las redes de Amor. Anulada toda lectura en clave, el siguiente paso lógico es hacer del protagonista un personaje netamente literario, apenas real, estilizado y muy próximo a los muchos que como él se habían construido a lo largo del siglo XV castellano. Este drástico cambio de parámetros, que responde por encima de todo a una adecuación de la mentalidad creativa y lectora, resulta sencillamente fascinante.

Esto lleva a dos consecuencias narrativas directas: una, ya mencionada, supone la eliminación de capítulos enteros entre ambos epitafios, ya que Díaz considera suficientemente explicado por sus versos aquello a lo que Caviceo (por boca de varios personajes en clave, de nuevo con diálogos y discursos muy elaborados) dedica más espacio de reflexión; por otra parte, la eliminación total del último capítulo de la obra original (Libro III, CII), en el que el alma de Peregrino vuelve a dirigirse a su interlocutor:

Sollicito et anxio auditore, prima ch' l denunciatore del giorno la sua quadriga verso nui spenga, vatene in pace. Et si, de Peregrino pietà e studio, ocioso il tuo humanissimo pecto, de più riposata vita, de molesti pensieri vacuo, se ritrovarà, te piacia li affani mei al mondo manifestare. Et se di le amare cenere il busto vederai,

cum voce humile e bassa gli dirai: “Umbre amorose, in pace repositive”. Lazaromaria, especie divina, nel cui pecto natura haveva posto militia e poetica, modera alquanto tuoi passi, doppo lassasti il Vatican. Scio che gionto sei, ove il tuo Hercule Stroza, poeta fiorentino, hora ferariense, te aspecta. Digli non li sia noglia, insieme cum il Ficino, Policiano, il Piccha e Philippo Berovaldo, il Poeton da Parma, cum tutta quella altissima turba poetante, che aspectare vogliono il Peregrino e Genevera nel vestibulo del Campo Helisio, per vedere, odorare suoi stracii e manifestargli. Et io vacarò a la cura del pudico e nobil grege di Tarsia, Ursina, Rhadegonde, nobilissime matrone vicedomine, qual col tempo serano in compagnia. Et tu, vale. Finis.¹¹⁷

Nada de esto (la referencia a la noche que termina, la petición de que sus vivencias pasen al papel y se divulguen por el mundo, las citas a artistas y nobles, etc.) queda en la versión adaptada de Díaz, que tras un *lachrimarum valle* que no menciona el original, ofrece las coplas laudatorias de Álvaro Sequera.

Por último, se producen en el cierre del libro dos ocultaciones realmente sorprendentes y dignas de un análisis detenido: nos referimos a estas coplas, a Sequera y al poema en latín que precede al colofón.

Sequera dedica a Díaz y su traducción (que no se menciona aquí tampoco como tal) doce coplas de arte mayor. Nada hemos conseguido averiguar sobre este poeta¹¹⁸, nada sobre sus posibles conexiones personales con Díaz, nada sobre una

¹¹⁷ *Op. cit.*, pp. 363-364.

¹¹⁸ No obstante, sí aparece un Sequera (cuyo nombre de pila no figura citado) en LBI, British [Add. 10431], 38r, como autor de la siguiente canción:

Mirandos bien puedo ver
tanto dolor de miraros
que deshaga el desearos
la vida mas no el querer.
Porque en vós el querer puesto
sienpre deve de durar
el vivir desanparar
serviros es muy honesto.
Ansí que podéis creer
que puede çertificaros
que matando el desearos
quedara bivo el querer.

Resulta imposible afirmar, aunque las fechas sí son congruentes, que se trate del mismo autor (entre otras cosas, porque el tono de la composición es fuertemente cancioneril y dista no poco del empleado en las coplas laudatorias del *Peregrino*). Citamos por *El Cancionero del siglo xv*, ed. Brian Dutton, Salamanca, Universidad-Biblioteca española del siglo xv, 1990, vol. 1, pp. 175-176 [ID 0817]. Se trata de una mera conjetura, pero en más de un verso, y en vista del estilo y motivos (una vez más, la flaca barquilla, por ejemplo) que muestra el arte mayor con el que Díaz traduce a Petrarca y Dante en otros momentos, no parece descabellado pensar que el encomio provenga del propio traductor. Si el problema se observa con detenimiento, parece que el fin último de las coplas no sea tanto elogiar el

hipotética relación que lo uniese a los ámbitos universitarios y nobiliarios a los que pertenecía el traductor de la novela.

Verás los amores, la pena y pasión,
la cárcel oscura del buen Peregrino,
adonde Ginebra lo tiene contino,
ligadas las fuerças de su corazón.
Cubierta con esto verás la Razón,
tratando con saña la Sensualidad,
la cual, combatida su ferocidad,
despide las armas de su defensión.

Con esta te puedes tú claro valer,
bolviendo Fortuna sus casos mudables,
con doctos avisos, y muy saludables,
que leyendo por ella tú puedes saber.
Por ende, quien quiere contino tener
en todos peligros su nave segura
no ponga en olvido tan grande escriptura,
pues ella le puede tan bien socorrer.

Aquesta al discreto dará más biveza;
al poco sabido, saber y sentir,
gentil reportorio de nuestro bivir,
vergel florecido de mucha pureza.
Mas ya tú alañando, de ti la pereza
reveerla no cesses, lector avisado,
pues puede su útil y breve tratado
hazer que navegues con sabia destreza.

Si todas las mesas de grandes señores
resciben manjares mejor de mejor,
¿qué menos España por este tenor
de nuestro poeta rescibe favores?
Pues luego tras esta, de coplas mayores
te da traduzido, muy bien, de thoscano
el Dante en romance, gentil castellano,
que nunca tú viste más altos primores. (pp. 610-611)

Por último, la composición final que precede el colofón de Jacobo Cromberger muestra el caso más evidente de usurpación de la autoría original. Baste

Peregrino que se cierra en esa página, sino más bien hacer una enumeración de méritos encaminada a encontrar los apoyos necesarios (quizás económicos, quizás editoriales) para publicar su versión de la *Commedia*. No creemos que sea inverosímil considerar que todo el cierre del libro es, en realidad, un ejercicio de sutil *captatio benevolentiae*.

comparar los tres poemas laudatorios que cierran la edición de 1508 de *Il Peregrino* con el último material literario presentado (edición tras edición) en el libro castellano reformulado por Hernando Díaz:

FRANCISCI MARI GRAPALDI HEXASTICHON IN PEREGRINUM CAVICAEANUM.

Verus et unus amor, verique cupidinis artes,
Discursus varii hic, hic variusque labos,
Una quies, vero hic merces meritissima amori:
Haec lege sollicitis ueste cupidinibus,
Sisque diu atque diu miles infractus amoris:
Sit, non sit, siquis non amat, in dubio est.

ANTONIO CARPESSANUS PARMENSIS ART. ET MEDICINAE DOCTOR

Dum Venus hinc faculas, iacit hinc sua tela Cupido,
Excussit flammam Cypris, et arma Puer,
Mirantur, Cavicaee, tui figmenta libelli,
Blanditias, tecnas, nequitiam, et veneres:
Tunc Venus: "Huic operi flammas ego debeo –dixit–.
Et debent arcus tela Cupidinei".

IN PEREGRINUM IACOBI CAVICAEI. EPI. GEORGI ANSELMI.

Quae dea dic? Spei suam filia. Quod tibi nomen?
Fama. Quid huic haeres libro? Operi faveo.
Cur selidas quatis? Excutio senium. Ecquid in astra.
Tollis? Ut una iterum docta per ora feram.
Quae circumsiliunt comites? Amathusides aurae.
Qui pueri aspirant? Hic Amor, ille et Amor.
Pro quid centeno ore tonas? Oraculo pando.
Fare ecquae? Quae homines discere et inde queant.
Areat humanae ut vitae flos et varium Ver,
Ni propera ingenii fata moreris ope.¹¹⁹

Ferdinandi Detii dodechasticon in suum *Peregrinum*

Verus et unus amor, verique cupidinis artes,
Discursus varii hic, hic variusque labor.
Una quies, vero hic merces meritissima amori:
Hec lege sollicitis ueste cupidinibus :
Sisque diu atque diu miles infratus amoris

¹¹⁹ Vignali, *op. cit.*, pp. 365-366.

Sit, non sit, si quis non amat in dubio est.
 Dum veni hinc faculas jacet hinc sua tela cupido.
 Excussit flammam cypris et arma puer.
 Corripiant docti nostri figmenta libelli
 Blanditias, tecnas ne quiciam, et veneres.
 Non veni huic operi flammas ut debeat opto,
 Nec jaciant arcus tela cupidinei. (p. 612)

En efecto, Díaz no ha tenido el más mínimo reparo en suplantar la personalidad de Francesco Mario y Antonio Capesano (así como en obviar a Giorgio Anselmi, biógrafo de Caviceo) para loar su propia obra de adaptación. Del primero toma completos los seis versos de la composición y, por añadidura, la denominación del poema, que al tener doce versos pasa de ser un *hexastichon* a un *dodechasticon*, obviamente: parece evidente que Díaz no se percata de los pies métricos que constituían los hexámetros originales, a buen seguro dando por sentado que la partícula *hexa* indicaba número de versos y no de cláusulas versales. Del segundo sólo le interesan algunos pasajes (los laudatorios), pero es obvio que le sobra la mención explícita de Caviceo y que prefiere no darle voz a Venus, sino hacer que el poema desemboque en un confuso paralelismo entre el provecho del libro, las llamas de Amor y las llamas de la crítica ajena: al acusado carácter de centón, inconexo y excesivamente nominalizado, de los versos originales se unen, hasta convertir en ininteligible el texto, la eliminación del estilo directo y, por encima de eso, una desmañada y oscura transmisión textual.

6.5. Otros aspectos importantes sobre la adaptación de Díaz

La referencia más conocida al *Peregrino* en castellano, redactada a poquísimos años de su prohibición, es la que formula Juan Valdés en una tribuna literaria tan privilegiada como el *Diálogo de la lengua*. Así, ya muy cerca del final de la obra, van Marcio y Valdés hablando de las traducciones latinas al castellano, hasta llegar a un punto de la conversación en el que urge valorar el romanceamiento del italiano al castellano:

VALDÉS.- No es possible que vosotros concedáis que uno que no sea italiano tenga buen estilo en latín.

MARCIO.- ¿No avéis leído algún otro libro romançado que os contente?

VALDÉS.- Sí, lo he leído, pero no me acuerdo.

MARCIO.- Pues he oído dezir que el del *Pelegrino* y el del *Cortesano* están muy bien romançados.¹²⁰

Marcio equipara la labor de Díaz, así pues, con la del mismísimo Boscán, y los resultados de su tarea romanceadora con el *Cortesano*, modelo humanista clave para entender la recepción cultural, literaria y lingüística de los usos italianos en España.

Asimismo, al constituir la mención un catálogo tan reducido, de tan sólo dos títulos, parece a primera vista que quiera el autor destacar decididamente ambas obras por su calidad. ¿Pero es un elogio verdadero o una simple advertencia contra una creencia muy extendida, pero fundada en falso? Es decir, ¿sugiere Valdés, con sutilísima ironía, que se trata de dos traducciones sobrevaloradas? Resultaría muy intrincado y poco pertinente para el estudio que nos ocupa resolver la parte de esta duda que atañe al *Cortesano* de Boscán, por lo que resulta preferible centrarse en la parte que toca al *Peregrino* de Díaz. Así, ¿qué sigue acto seguido respondiendo Valdés a los dos romanceamientos que Marcio acaba de proponerle?:

VALDÉS.- No los he leído. Y creedme que tengo por mayor dificultad dar buen lustre a una obra traducida de otra qualquier lengua que sea en la castellana, que en otra lengua ninguna.¹²¹

De esta manera, niega por segunda vez: si en la primera ocasión no ha mencionado ninguna traducción digna con la endeble (pero, insistimos, a nuestro juicio muy irónica) excusa del olvido, en esta respuesta pone en duda, descendiendo un peldaño más en su escepticismo, la posibilidad de que pueda, por la naturaleza del castellano, llegarse a un resultado satisfactorio. De nuevo resulta poco o nada creíble que Valdés hable de estas dos obras sin conocer las fuentes de las que trata. Por ende, si este pasaje del diálogo se basó en una conversación real, no cabe duda de que Valdés

¹²⁰ Valdés, Juan de, *Diálogo de la lengua*, ed. Rafael Lapesa, Zaragoza, Ebro, 1946, p. 114. Las citas se realizan respetando los criterios de traducción del editor. La edición de Castalia de Lope Blanch (Madrid, 1984), por lo demás, remite a Lapesa para la valoración de *Peregrino* (p. 167)

¹²¹ *Ibidem*.

adoptó entonces una postura crítica no poco sólida; si se trata de un mero desdoblamiento literario, la ausencia de un juicio propio decidido empaña completamente la apariencia elogiosa de la cita.

El Valdés interlocutor ahonda un poco más en la consideración de esos romanceamientos acto seguido, cuando Marcio, evidentemente sorprendido por la tibia valoración de su contraparte hacia dos traducciones que él considera modélicas, le solicita una más detallada explicación¹²²:

MARCIO.- ¿Por qué?

VALDÉS.- Porque siendo assí que la mayor parte de la gracia y gentileza de la lengua castellana consiste en hablar por metáforas, atándose el que traduze a no poner más de lo que se haya escrito en la lengua de que traduze, tiene grandíssima dificultad en dar al castellano la gracia y lustre, scriviendo de su cabeça, le daría.[...]

MARCIO.- Digo que me parece essa una cosa muy bien considerada y muy verdadera.

Y Marcio queda convencido, lo cual sólo puede significar dos cosas (no necesariamente excluyentes entre sí, quizás complementarias): o bien Díaz se ha ceñido en demasía al original en lo que a estilo se refiere, por lo que ha traicionado el castellano de llegada, o bien el *Peregrino* romanceado está ya tan lejos del italiano que no es *stricto sensu*, una traducción mínimamente respetuosa y válida. Sólo podría entenderse que Juan de Valdés elogia el resultado de Díaz si se considera que la obra presenta un justo equilibrio entre genio castellano y respeto al material primigenio, una equidistancia entre los puertos de partida y de llegada. Pero nada de esto se lee en sus palabras. ¿por qué no ha respondido Valdés en ningún momento con una defensa firme del *Cortesano* y del *Peregrino*?, ¿por qué, cuando resulta increíble que no haya leído ninguna de las dos en castellano, se hace el olvidadizo y duda de la posibilidad de traducir bien siempre que es el castellano la lengua a la que se trasvasa un texto extranjero? A lo sumo, y siendo muy generosos en la interpretación, podría colegirse que son las de Boscán y Díaz las menos defectuosas que conoce.

¹²² *Ibidem*. Se han omitido del pasaje aquí transcrito los prolijos ejemplos sacados de Terencio que aporta Valdés como respaldo de su opinión. La elección del autor latino, atendiendo a los asuntos tratados en esta sección del *Diálogo* en absoluto es casual: téngase en mente el inequívoco influjo del dramaturgo latino en la configuración de la ficción sentimental y, por encima de esto, en la comedia humanística y la *Celestina*.

Al margen de estas valoraciones, no obstante resulta innegable un hecho de máximo interés para el análisis de la recepción de la adaptación de Díaz: el *Peregrino* (su *Peregrino*) no sólo era una novela que gozaba de amplísima popularidad, sino que también se consideraba de una calidad literaria notable. En esta línea cabe conjeturar, por un lado, qué hueco le habría deparado la posteridad de no haber sido proscrita por la Inquisición apenas meditado el siglo; por otro, en qué círculos (o, dicho con más exactitud, a qué altura de instrucción cultural) la apropiación de la obra no pasaba desapercibida y en cuáles sí era tenida por una narración originalmente castellana (y, en consecuencia lógica, si esos factores de enmascaramiento de la autoría por parte de Hernando Díaz no influyeron de manera poderosa en el juicio crítico de Valdés: en ámbitos suficientemente avisados debía de ser *vox populi* no tanto el hecho, poco relevante en la época, de que Díaz se hubiera apropiado la autoría, sino más bien de que hubiese adaptado tan drásticamente los contenidos y la apariencia de la novela original¹²³).

Por último, sería interesante dilucidar de qué manera afectaban todos estos factores a la propuesta comercial de los Cromberger, que en términos de público potencial la asimilaban, como ya se ha explicado, a la *Celestina*: ¿qué valoración se hacía del hecho de que una obra como el *Peregrino* tuviese (más *a priori* que en realidad) tantos puntos en común con la *Celestina*, pero fuese italiana en origen?, ¿cómo se entendían en la propia época sus cronologías de composición, impresión y distribución?

Por lo demás, y como conclusión a este breve apartado, debe destacarse la curiosa mistura que propicia Juan de Valdés al reunir a Díaz y Boscán en un binomio, pues no podrían haberse combinado en el mismo espacio dos maneras más distintas de entender la métrica y el aliento compositivo de la poesía toscana. Así, mientras (ocioso es recordarlo) Boscán introduce junto a Garcilaso el gusto italianizante en la versificación castellana, Hernando Díaz (recuérdese una vez más) ha sido capaz de verter, con unos resultados que por perdidos y nunca comentados

¹²³ A este respecto ha de recordarse el peculiar caso de Fernando de Colón, que da por válida la autoría de Díaz. Y tampoco puede soslayarse el hecho de que, al cabo, Valdés veladamente alardea de un profundo conocimiento de la obra italiana firmada por Caviceo, contrapuesta en su enorme catálogo de personajes y en su apariencia latinizante al más llano resultado de Díaz.

nunca se podrán enjuiciar en su justa medida, la *Commedia* dantesca a coplas en versos de arte mayor. Y tal vez los empareja Valdés a sabiendas, pues a uno lo ha de ver, necesariamente, entre los que empujan con la lengua de origen al castellano y al otro, sobre todo si se fija en sus traducciones líricas, entre los que aún respetan los moldes métricos tradicionales. Sea como fuere, lo que no resulta difícil de aventurar es la siguiente hipótesis: si bien no se sabe cuándo murió Hernando Díaz, sí parece más que claro que su traducción predilecta permaneció definitivamente inédita. ¿Fue así por meros motivos de edad y de mala fortuna editorial, o también (y quizás, sobre todo) influyó el dramático cambio de gusto que Boscán y Garcilaso habían introducido en la expresión poética castellana? ¿Constituyó esto un obstáculo externo, o se sintió el propio Díaz en inferioridad ante la marea italianizante que precisamente con el *Cortesano* comenzaba a imponerse en la Península?

6.6. *Peregrino*, Valdés y Mayans: entre bibliofilia y filología

En este punto, la pista de Valdés conduce a la figura de Mayans y Siscar, que, como ya se ha mencionado, fue poseedor del ejemplar del *Peregrino* hoy conservado en Palacio. ¿Qué nexos liga al erudito valenciano con la adaptación de Díaz? Sánchez Cantón, sin proponérselo, lo explica así en su introducción al *Arte de Trovar* de don Enrique de Villena:

En 1736, el bibliotecario mayor de S.M., don Blas Nasarre, compró a un librero de Zaragoza un manuscrito de varios, y por encontrar en él el *Diálogo de la lengua*, se lo comunicó a don Gregorio Mayans y Siscar, que a la sazón estudiaba los *Orígenes de la lengua castellana*, y que al año siguiente publicó, en el segundo tomo¹²⁴, el *Diálogo* y el extracto del *Arte de trovar* que en el mismo manuscrito figura.¹²⁵

¹²⁴ Mayans y Siscar, Gregorio, *Orígenes de la lengua española*, Madrid, Juan de Zúñiga, 1737, II, p.156 (la nota es nuestra).

¹²⁵ Villena, Enrique de, *Arte de trovar*, ed. F. J. Sánchez Cantón, Madrid, Victoriano Suárez Editor, 1923, p. 27. Toma el editor, según su propia declaración, los datos que a continuación citamos de Amador de los Ríos (*Historia crítica de la literatura castellana*) y de Cotarelo (*Don Enrique de Villena. Su vida y sus obras*). Cantón, por lo demás, vuelve a hablar de Díaz en su edición (p. 62), esta vez a cuenta de la adaptación del *Burley*.

En efecto, ¿podría tratarse del mismo librero (recuérdese la procedencia aragonesa del ejemplar palaciego) que le vendió el libro de Lastanosa a Mayans? Y más todavía, ¿no resulta del todo verosímil pensar que Mayans adquirió su *Peregrino* para mejor entender la opinión de Valdés sobre la obra? De esta manera, la presencia de un ejemplar de tan rarísima novela en la biblioteca del valenciano no debería entenderse como fruto de la casualidad, sino como parte de su incesante labor investigadora. Antonio Mestre Sanchís expresa con nitidez la postura que sustentaba la política de compras de Mayans:

Finalmente, el erudito exponía sus criterios para valorar una biblioteca y que, en principio, debemos pensar utilizó para formar la suya propia:

1. Debe poseer los autores principales en cada uno de los ramos del saber, aunque sean comunes.
2. También contendrá los “más raros y útiles”. Y para precisar su criterio, escribe con sinceridad: de “los meramente raros no hago caso, porque los que los aprecian, compran la vanidad de tenerlos i no la utilidad”.¹²⁶

A falta de una búsqueda exhaustiva en la ingente correspondencia de Mayans, puede afirmarse, sin temor a resultar por ello demasiado aventurados, que si bien no existe mención explícita de su juicio sobre la novela, si hubo de entender el *Peregrino* de Díaz como una tesela clave, digna de estudio, en el mosaico de saberes que propone el libro de Valdés. Si, como se desprende de todo esto, la compra del ejemplar fue científica, parece claro que Mayans y Siscar tuvo que tomarse no pocas molestias para encontrar un libro seguramente ya rarísimo a finales del propio siglo XVI, prohibido por la Inquisición y, en la práctica filológica casi del todo olvidado¹²⁷

¹²⁶ Mestre Sanchís, Antonio, “La formación de la biblioteca de un erudito de la Ilustración: Mayans y Siscar”, en *El libro antiguo español VI. De libros, librerías, imprentas y lectores*, dirigido por Pedro M. Cátedra y M^a. Luisa López-Vidriero, ed. al cuidado de Pablo Andrés Escapa, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2002, p. 222.

¹²⁷ Recuérdese que del *Peregrino* de Díaz no se habla, al menos según las noticias que constan, entre la fecha de su prohibición (1559) y los primeros decenios del siglo XIX.

7. Breve nota sobre Jacopo Caviceo

Por los datos de que se dispone en la actualidad¹²⁸, la vida de Jacopo Caviceo¹²⁹ (Parma, 1443 - Montecchio dell'Emilia, 1511) estuvo plagada de infinidad de anécdotas y vaivenes. Así, Caviceo, estudiante de leyes en Bolonia, y posteriormente ordenado sacerdote, alcanzó al final de su existencia altos cargos eclesiásticos, pero no sin antes haber dado claras muestras de una moral disoluta y, sin duda, poco acorde con los presupuestos de una carrera como la suya.

El manejo de las intrigas cortesanas que exhibe en su obra parece no ser sino un reflejo de sus azarosas correrías vitales. Los castigos y las detenciones le eran sumamente familiares, y así, fue desterrado de su Parma natal por embarazar a una monja y por participar en una trifulca que casi termina con la muerte de otro de los contendientes.

También sufrió pena de cárcel en Alejandría¹³⁰ y destierro permanente de la ciudad de Venecia¹³¹. Como afirma Lorenza Simona, en su biografía del personaje, Caviceo tenía una “mentalidad extravagante y rocambolesca”¹³², y esta misma línea sigue Clive Griffin al calificarlo de “cortesano intrigante”¹³³.

Parece ser, no obstante, que con la edad madura la actividad de Caviceo tendió a la creación literaria y ensayística, más incluso que a los oficios legales y

¹²⁸ En gran parte proporcionados, a su vez, por biografías contemporáneas y ligeramente posteriores al propio autor (y en particular por la biografía de Giorgio Anselmi que acompaña la edición parmesana de *Il Peregrino* de 1513). Es muy de notar que se admite en esas semblanzas que el autor nace un primero de mayo, el mismo día en el que su personaje se enamora de Ginebra. Parece ser que este dato (sugerido por el mismo Caviceo en su *Vita Petri Mariae de Rubeis*) figura también en una inscripción en el Duomo de Parma.

¹²⁹ *Giacomo*, obviamente, es el nombre de pila con el que aparece citado en italiano. Para François Dassy, su traductor al francés, *Jacques*. Hernando Díaz, como es natural, no lo cita de ninguna manera.

¹³⁰ A primeros de la década de 1470 había Caviceo retornado a Parma: sus enfrentamientos con Giacomo Antonio Della Torre le depararon una estancia en prisión (asimismo jaleada por Galeazzo Maria Sforza) y una breve reclusión en Alejandría; fue liberado por intercesión de Cicco Simonetta.

¹³¹ Entre mediados y finales de 1584, Caviceo entra al servicio del dogo veneciano Marco Barbarigo; a la muerte de éste en 1586, su hermano Agostino, enconado enemigo de Caviceo, lo expulsa del Véneto por su mala naturaleza y sus malignas maneras. Nuestro autor encontrará refugio en la cercana ciudad de Pordedone.

¹³² Para una mayor profundización de lo expuesto a lo largo de este capítulo, resulta imprescindible la consulta Simona, Lorenza, *Giacomo Caviceo uomo de chiesa, d'armi e di lettere*, Berna y Frankfurt, Pubblicazioni Universitarie Europee, Sezione IX, Lengua e letteratura italiana, 4, 1975, p. 42.

¹³³ Griffin, *op. cit.*, p. 143.

eclesiásticos propios de su formación juvenil. Luigi Vignali, en su introducción a la edición crítica del texto italiano, lo expresa en estos términos:

Quando si accinge alla stesura del romanzo, il Caviceo ha già sviluppato una propria attività scrittoria, iniziata con l'ingresso nell'età matura (poco dopo i quarant'anni) e probabilmente favorita dall'instaurarsi di condizioni di vita più stabili e tranquile rispetto almeno a quelle avventurose ed incerte della gioventù [...].¹³⁴

De esta manera, sus textos (breves y centrados, sobre todo, en la historia y la política) datan de la última etapa de su vida, constituyendo *Il Peregrino* (editado por vez primera en 1508), de alguna manera, el colofón de su obra escrita, además de la única incursión de Caviceo en el género novelesco.

El más antiguo testimonio de su producción lo constituye *Maximo humanae imbecillitatis simulachro fortunae bifronti Vita Petri Mariae de Rubeis viri illustris*, publicada alrededor del 1485. Le siguen *De bello Roboretano* (1487), *Severino Calccho regulari canonicho benemerenti* (sin datar exactamente, parece compuesta hacia 1489), *Lupa* (diálogo alegórico que podría fecharse, aproximadamente, en 1489), *In Exilium Cupidinis dialogus* (ca. 1490), *Urbium dicta ad Maximilianum Fedrici Tertii filium Romanorum regem triumphantissimum* (ca. 1490), *Libellus contra Hebreos* (escrito entre 1492 y 1493) y *Dialogus de raptu filiae* (impreso hacia 1491).

También se le atribuye al autor parmesano un *Dialogus de moribus nostrae aetatis*, y tres obras de las que no se tiene constancia material en la actualidad: *Dialoghi sulla miseria dei Curiali*, *De reditu Cupidinis* y un prolijo comentario sobre las *Epístolas* de Ovidio. Un año después de la aparición de *Il Peregrino* y sólo dos antes de morir, dio Caviceo a imprenta en Parma su última obra conocida, el *Confessionale utilissimum*¹³⁵.

Por lo que respecta al presente estudio, es necesario detenerse con mayor atención en algunos aspectos concretos de su biografía que afectan tanto a la composición del *Peregrino* como a la adaptación posterior que Hernando Díaz

¹³⁴ Caviceo, Jacopo, *Il Peregrino*, edición de Luigi Vignali, Roma, La Fenice, 1993, p. X.

¹³⁵ Puede que Rabelais la tuviera en cuenta años más tarde para construir algunos de los diálogos de tono confesional de Panurge (Huchon, Mireille, "Archéologie du V^e Livre", en *Rabelais en son demi-millénaire. Actes du colloque de Tours (1984)*, Ginebra, Droz, 1988, *Etudes Rabelaisiennes*, 21, pp. 19-28; en particular, p. 26, al hilo del pecado de la lujuria).

realizará de la obra, por la cual muchos de los materiales originales (sobre todo los referidos a anécdotas y personajes reales) serán suprimidos del texto castellano final.

En primer lugar, Clive Griffin resalta dos innovaciones en la técnica narrativa del *Peregrino*: por un lado, el recurso a la primera persona, es decir, al testimonio del espíritu que conduce toda la narración; por otro, la preponderancia del diálogo, tanto en escenas grandilocuentes de profundo contenido legislativo y filosófico-humanístico, como en las conversaciones más banales, pintadas con un color muy verosímil, tomado del natural con tino y sensibilidad especialísimas:

Despite its dependence on previous works, the *Peregrino* is innovative in two important aspects. The first is the narrative technique employed. The entire story is recounted by the hero's shade and is therefore in the first person. Within this framework, much of the book is composed of dialogues. Some are magniloquent disputations (Caviceo was a lawyer as well as making his career in the Church); [...] yet others, best exemplified by the scene in which Ginevra unexpectedly puts aside maidenly modesty and regales a companion with the most intimate details of her wedding night (*V*: Book III, Ch. 62; *S*: fols 149r-50r) are made up of the entirely credible cut and thrust of dramatic dialogue.¹³⁶

Esta notable capacidad para construir diálogos que al mismo tiempo, y sin restarle viveza a la narración, profundizan en la reflexión y ayudan al desarrollo de la trama debió de ser la cualidad más apreciada por los lectores del momento; a esa cualidad se suma la galería de personajes, más o menos disfrazados, que deambulan por la novela. Prosigue Griffin, en este sentido:

The second innovation is something which probably accounts for much of the *Peregrino*'s appeal to contemporary Italian readers: Caviceo includes in his fictitious narrative, and alongside his imaginary protagonists, a host of famous people, some recently dead but ost still living at the time that the book was first published.¹³⁷

¹³⁶ *Op.cit.*, p. 133. El episodio sobre Ginebra mencionado por Griffin es el Capítulo CLXXVIII de la presente edición.

¹³⁷ *Op. cit.*, pp. 133-134. Por otra parte, Clive Griffin (*op. cit.*, pp. 132, 143) acierta al desmentir a los comentaristas decimonónicos italianos de la obra (sobre todo la opinión expresada por Adolfo Albertazzi en *Romanzieri e romanzi del Cinquecento e del Seicento*, Bologna, 1861, p. 33), que atribuían la sobresaliente difusión de la novela a lo largo de la primera mitad del siglo XVI a una supuesta profusión de materiales escabrosos y eróticos. Coincide en el desagravio Vignali (*op. cit.*, p. xv): «fra Otto e Novecento alcuni studiosi locali si occupano del Caviceo e del *Peregrino*, soffermandosi più sui dati biografici che sui contenuti del romanzo». Con probabilidad todos se apoyan en Ireneo Affò, que si bien realiza un admirable y minuciosísimo catálogo de las obras de Caviceo, no duda en calificar al parmesano (y más teniendo en cuenta su condición de eclesiástico) de

El éxito de la obra, en efecto, fue fulminante (Tentolini lo califica de *best seller* del Cinquecento¹³⁸; Lorenza Simona¹³⁹ atestigua al menos veintiuna ediciones italianas entre la *princeps* parmesana de 1508 y la edición veneciana de 1559, a lo que hay que añadir no sólo la adaptación de Hernando Díaz, sino también la traducción francesa de Dassy, que se estampa en París en 1527 y conoce al menos seis ediciones más en menos de ocho años) y, lo que resulta más determinante todavía, sienta las bases de una literatura humanista que se cimienta en el diálogo y, en no pocos casos, en la candente proximidad espacio-temporal de los hechos e ideas debatidos. Así, en palabras de Fernando Gómez Redondo:

Impreso por vez primera en 1508, el *Libro* de Caviceo anticipa muchas de las cuestiones que abordan los dialogadores de *Il Cortegiano* de Castiglione, presididas por el valor que debe adquirir la palabra en el entorno de las relaciones curiales como hechura y asiento de la dignidad humana. Por consecuencia, esta obra, más allá de las peripecias sentimentales registradas, acoge numerosos discursos sobre temas muy variados que la convierten en una verdadera miscelánea enciclopédica, atenta a los asuntos que se podían estar debatiendo en las cortes italianas [...].¹⁴⁰

De esta manera, sin lugar a dudas, el factor determinante que impulsa el proyecto de *Il Peregrino* es la estrecha relación de Caviceo con la corte estense de Ferrara. Por ella conoce las últimas modas literarias europeas (con toda probabilidad y decisivamente la ficción sentimental castellana, tan del gusto de Lucrecia Borgia, al menos en las formulaciones de Diego de San Pedro¹⁴¹) y por ella, sobre todo, se

“indecente” y “lascivo” (Affò, Ireneo, *Memorie degli scrittori e letterati parmigiani. Tomo Terzo*, Parma, Stamperia Reale, 1791, pp. 79-93, y en particular, pp. 87-88 y 91-93).

¹³⁸ Tentolini, Renzo, “Un ‘best seller’ del Cinquecento. *Il libro del Peregrino* di Iacopo Caviceo da Parma”, *Parma per l’arte*, 11 (1961), pp. 3-9.

¹³⁹ *Op. cit.*, pp. 7-8. Valentina Nider subraya el hecho de que la novela de Caviceo (e incluso su traducción castellana) cosecha más éxito, en términos comerciales que el modelo del prestigioso *Polifilo*: «la traduzione del *Libro del Peregrino* di Giacomo Caviceo, considerata la prima imitazione del polifilescio in Italia; un’opera che in Spagna come in patria, a differenza del Polifilo, ebbe un grande successo editoriale, al quale concorse sicuramente la normalizzazione linguistica voluta da uno dei suoi editori.» (Nider, V., “Note sulla fortuna iberica dell’*Hypnerotomachia Poliphili* (1499): il commento del canonico Velasco”, en *Sogno e scrittura nelle culture iberiche. Atti del XVII Convegno della AISPI*, Roma, Bulzoni, 1998, pp. 63-72; especialmente, p. 64)

¹⁴⁰ Gómez Redondo, Fernando, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento*, Madrid, Cátedra, 2011 (en prensa), pp. 1538-1539.

¹⁴¹ No tanto, y a buen seguro en ningún grado, el fenómeno celestinesco, ya que parece claro que Caviceo consagró la segunda mitad de la década de 1490 al esbozo de su obra más ambiciosa (Vignali, *op. cit.*, p. x) y que sólo el impacto del *Polifilo* (Venecia, Aldo Manucio, 1499) supuso para él el motor de un hondo replanteamiento del lenguaje y los motivos de su novela. Véase, en este

familiariza con los diálogos de temática amorosa que sustentan el armazón compositivo de su novela. Por ende, la clave de lectura del original italiano no es sólo su superficial encaje con los personajes de carne y hueso que lo pueblan, sino, dando un paso más allá, la recreación de un auténtico y efervescente fresco cultural orientado al análisis humanista del amor. De ahí lo totalizador del mosaico diseñado por Caviceo, de ahí la arriesgada pretensión de reflejar poliédricamente todos los precedentes reseñables y el vivísimo estado contemporáneo de la cuestión.

Los lazos intelectuales que Jacopo Caviceo establece en las dos últimas décadas del siglo XV con la corte de Ferrara y, sobre todo, con Lucrecia Borgia quedan probados dentro del *Peregrino* en el prólogo a la obra (ella es la destinataria de la novela), pero también en el desarrollo de la trama y en los personajes que la conforman. Así lo plantea Luigni Vignali en su edición del texto:

La composizione effettiva del romanzo, tuttavia, può essere anticipata con plausibili argomentazioni all'ultimo scorcio del Quattrocento. I riferimenti, nel testo, a precisi fatti storici [...] ci consentono di collocare la cronologia interna degli eventi narrati fra il 1481 e il 1485. Altri elementi, interni al romanzo, avvalorano la congettura che el Caviceo abbia scritto l'opera fra 1494 e il 1500, quando egli era vicario generale della diocesi di Ravenna, ma aveva la residenza a Ferrara [...].¹⁴²

Y continúa, al hilo de la importancia de la corte estense para la creación del *Peregrino*:

il *Proemio* è dedicato a Lucrezia Borgia “ducissa di Ferrara”, citata come esempio di bellezza e di virtù, e con lei sono nominati ed encomiati i membri della casata estense, il marito Alfonso “duca invictissimo”, il suocero Ercole “che li tri Herculi superò”, il cognato Ippolito¹⁴³ “de la orthodoxa censura e militante ecclesia castigatissimo censore” e la cognata Isabella, “principessa mantuana”, “vera e mortale dea”; Ercole I è introdotto nel romanzo, come personaggio di notevole prestigio¹⁴⁴; gran parte dei personaggi storici, citati nel testo, appartiene alla corte estense.

En conclusión, ha de entenderse que a Hernando Díaz le incomodaba sobremanera la selvática profusión de nombres propios que exhibía el original

mismo estudio y al hilo de la traducción francesa del *Peregrino*, la justificación detallada de estas propuestas sobre el manejo de los materiales sentimentales castellanos en el círculo de Lucrecia Borgia.

¹⁴² *Op.cit.*, pp. IX-X.

¹⁴³ Destinatario de la última obra de Caviceo, el *Confessionale utilissimum* de 1509.

¹⁴⁴ De hecho, cabe añadir, se trata del *monarcha*, figura de incontestable autoridad que a lo largo de toda la novela se encarga de impartir justicia y de frenar la deriva de desgracia social a la que Amor aboca a *Peregrino*.

italiano (ya de por sí muy compositivamente enrevesado): por una parte, parece evidente que desafiaban y desbordaban sus propios conocimientos; por otro, no hacían al caso que le ocupaba en absoluto, pues entorpecían demasiado la intelección textual. Aplicándose a una perspectiva diametralmente opuesta a la de François Dassy, Díaz optó por adaptar y, en la mayoría de los casos, suprimir tales alusiones. De esta forma, perdidos casi por completo los asideros de la realidad, la obra sufre un segundo y todavía más profundo proceso de ficcionalización (sólo interferido por las breves menciones a determinadas casas nobiliarias castellanas); en cierto sentido, se trata de otra marca de autoría y apropiación, pues al alejarse del plano histórico, los personajes se mueven en un universo (indefinido, ejemplarizante y casi alegórico) similar no sólo al celestinesco, sino también (y en mucha mayor medida) al acuñado por la ficción sentimental castellana del siglo XV. Díaz despoja al texto de muchas de sus innovaciones, pero también de muchas correlaciones con la *novella*; al cabo, lo convierte en un producto de apariencia novedosa, atractivo para un amplio espectro de lectores, pero en el fondo apenas irrespetuoso con la ficción española precedente.

Hay que destacar el hecho de que Díaz no utiliza como autoridad a Caviceo (ese es uno de los motivos del respeto de la traducción francesa de Dassy), mientras que en todos los paratextos en los que le es posible menciona a Dante, Petrarca y Séneca. Y da la constante impresión de que no sólo el texto (y quién sabe si, asimismo, su propio autor) le resulta indecoroso, sino que también considera poco honroso y pertinente llevar a la ficción a tal cantidad de personajes reales.

Sirva como cierre el siguiente dato: en la adaptación castellana no queda ni uno solo de los más de ciento quince nombres propios de personajes contemporáneos mencionados por Jacopo Caviceo¹⁴⁵.

¹⁴⁵ Véase el minucioso y muy ilustrativo índice de nombres de persona (que también recoge apelativos históricos y mitológicos) que Luigi Vignali incluye al final de su edición del texto italiano (*op. cit.*, pp. 451-465).

7.1. La traducción al francés de François Dassy: características e intenciones

Sucede con la edición príncipe (fecha en 1257, impresa por Nicolas Couteau a expensas de Galliot du Pre) de la traducción del *Peregrino* de Dassy algo similar a lo que con anterioridad se enunciaba para el ejemplar de 1548 de la versión castellana conservado en París: el acceso al libro es muy restringido y apenas se autorizan reproducciones muy parciales de su contenido. Las razones de conservación aducidas son las mismas, y viene a concurrir el hecho de que el propio ejemplar ya fue, en su momento, restaurado de una manera un tanto precaria, como más adelante se explicará. A su vez, la inexistencia de una edición filológica contemporánea del texto dificulta aun más, si cabe, su cotejo con el original italiano y la adaptación castella de Hernando Díaz.

De esta forma, el ejemplar de la Biblioteca Nacional de Francia (Res. m. Y-2-1135) pertenece a la primera edición de la traducción de François Dassy, a cargo de Gallot du Pre fecha en 1527¹⁴⁶. Bernier de la Brousse (poeta, autor de unas *Obras poéticas* publicadas en 1616), anterior poseedor del libro, restauró los daños que presentaba a primeros del siglo XVII; bajo el título original a tintas roja y negra, dejó la siguiente nota rimada para atestiguarlo:

A ce Peregrin dechiré
 Tout rongé de Rats & d'ordure,
 Le donne & le iour desiré
 Et ceste blanche couverture.¹⁴⁷
 Bernier de la Brousse.

En efecto, las páginas habían llegado a estar tan deterioradas antes de acabar en manos de Bernier de la Brousse, que a duras penas sobrevivían retales de las páginas. De hecho el propio título es un irregular jirón triangular adherido a una nueva guarda blanca, cuyas frases incompletas (como sucederá en todo el ejemplar) se redondean con una caligrafía que, lejos de ser cursiva, imita la gótica de imprenta

¹⁴⁶ El privilegio de impresión de la obra está expedido en abril 1526, pero parece, por lo que la data del colofón declara, que el libro no salió a luz hasta el 25 de mayo de 1527.

¹⁴⁷ “Para este Peregrino desgarrado, roído por completo de ratas e inmundicia, el estado y el aspecto deseados, y esta blanca cobertura”. Como este caso y en lo sucesivo, para las citas francesas de la traducción de Dassy no se seguirán los criterios de edición seguidos para la adaptación de Díaz, sino la transcripción literal del texto.

original (en ocasiones con gran diligencia, aunque a una sola tinta incluso cuando remeda un pasaje original a rojo); reza así:

Dialogue treslegant inti-
tule le Peregrin/ traictant de lhonneste et pudique amour,
concilie par pure et sincere vertu/ traduit de vulgai-
re Italien en langue Frācoyse, par maistre Fran-
coys dassy conterouleur des Briz/ de la ma-
ryne en Bretagne/ secretaire Du roy de
Navarre/ et de treshauste et illustre
dame ma dame Loyse duchesse
de Valentinois/ et nouvellement Imprime a Paris.

En primer lugar resulta significativo encontrar la expresión “diálogo muy elegante” (en la línea inicial, a tinta roja y en unos tipos de tamaño notablemente mayor al de los del resto del título), tan similar a los calificativos empleados en el título español de la *princeps* de Díaz. ¿Supone esto una prueba de que François Dassy pudo conocer la adaptación castellana? Bien podría ser así, pero lo cierto es que en absoluto la tomó como base para construir su traducción, como se verá de inmediato. Esta alusión genérica (ausente de las ediciones italianas del original de Caviceo), a su vez, con verosimilitud podría atribuirse a una simple necesidad de categorización orientada a la correcta recepción del texto; a buen seguro de esa misma manera (y no como una traducción más o menos directa del título de la edición crombergueriana de 1516) ha de interpretarse la alusión a la honestidad y pureza de los amores de Peregrino (nótese que sólo él aparece aquí, y que nada se dice de Ginebra), así como a la supuesta virtud que impregna sus actos. Asimismo, y como también se tendrá ocasión de demostrar en los párrafos siguientes de este estudio, el término *nouvellement* ha de entenderse como ‘recientemente’, ‘hace poco’, y no como ‘una vez más’: con probabilidad alude al estado manuscrito en el que la traducción de Dassy llevaba circulando desde 1525 y, sin duda, responde a las expectativas que un texto tan conocido como éste debía de haber despertado en los lectores franceses tras el éxito innegable cosechado por Caviceo en Italia y Díaz en la Península, que en ambos casos había de extenderse unos años más allá de la mitad de la centuria.

Tras el privilegio, que ocupa el recto del segundo folio, las tablas detallan con gran minuciosidad los contenidos y distribución de la obra. Aquí comienzan a apreciarse con toda nitidez las diferencias de enfoque de Dassy y Díaz: si desde el comienzo de este trabajo se ha insistido en el término *adaptación* para calificar la labor del erudito español, para el texto del francés habrá de emplearse la expresión *fiel traducción*. Ya lo advertía Griffin en su artículo dedicado al *Peregrino* español; una vez más, se pone de manifiesto el borrado que Díaz hizo de todas las referencias profundamente italianas del texto original de Caviceo:

It may, therefore, seem surprising that the *Peregrino* was so popular in France where few, if any, of local figures would have been known to its readers. Yet the book was translated into French by François Dassy, a lawyer and secretary to Henri d'Albret, King of Navarre. The first French edition appeared in Paris in 1527, at a time when there would have been considerable interest among French readers in things Italian, and no fewer than ten further editions were published at Paris or Lyons in the next thirteen years. Dassy made no attempt to modify the passages of the original which deal with specifically Italian figures, settings or customs in order to make the work more accesible to a French readership. His translation appears to be a complete and faithful one, and does not conceal the identity of the original author. This was not the case with the Spanish version.¹⁴⁸

Ya a lo largo de estos índices, que ocupan, prolijos, diez folios (recuérdese que el libro castellano carece de ellos en todas y cada una de sus sucesivas impresiones), se puede constatar el respeto escrupuloso que mueve a Dassy: el traductor conserva los tres libros en los que se dividía el original, y mantiene con minuciosidad su distribución en capítulos. Éstos, que no aparecían titulados en las primeras ediciones del texto de Giacomo Caviceo, se ciñen al contenido argumental de cada episodio de la trama, con lo que no se produce la apropiación comercial que se refleja en el titulillo del primer capítulo de la adaptación de Díaz.

Terminadas las tablas, aparece el único material nuevo: un brevísimo prólogo que François Dassy dedica a Luisa Borgia de Valentinois (hija, recuérdese, de César Borgia, duque de Valentinois), por cuya orden ha sido traducido el *Peregrino* de Caviceo. Se trata, según sus palabras, de un encargo expreso de su señora:

¹⁴⁸ *Op. cit.*, p. 134. Como más tarde se detallará, y como el propio Clive Griffin sugiere en una nota posterior de ese mismo artículo (p. 144), si bien resulta sorprendente que el texto francés ofrezca completas todas las referencias políticas italianas originales, los cargos que Dassy desempeña no sólo para el Rey de Navarra, sino también para la Duquesa de Valentinois, encajan a la perfección con el mantenimiento de esos materiales culturalmente tan complejos.

que a pleu a vostre excellence me faire de translater ce petit oeuvre intitule le Peregrin τ le conuertir de langage et ydiomat Italiqne en nostre vernacule et familiere langue francoise (7v)

El texto construye una constante *captatio benevolentiae*, en la que se afirma con claridad que el texto italiano se ha seguido con escrúpulo y que sólo se le podrán achacar al autor errores y faltas ajenas a esa labor de vertido en la lengua de destino, más allá de los contados pasajes lingüísticos en los que ha debido desviarse mínimamente del original. Dentro, a su vez, de esta humildad obligada, insiste Dassy en colocar las virtudes de su señora, que a su parecer van acordes a la prudencia de las reflexiones que sobre Amor en el libro se vierten.

Por lo demás, el hecho de que el prólogo vaya firmado por *el autor*¹⁴⁹ en absoluto indica apropiación alguna del texto: aquí es Dassy autor de la traducción, y como tal se declara. De esta forma, el folio se cierra con el siguiente titulillo:

Prohesme du Peregrin de Jaques cauce a la Illustrissime Lucesse Borgie duchesse de Ferrare. (7v)

Este paratexto da entrada a una traducción casi exacta del prólogo original de Caviceo a Lucrecia Borgia: François Dassy (a diferencia de Díaz, que para esconder unas referencias incómodas en tantos sentidos llega a modificar el propio inicio de la trama) no esconde las referencias nobiliarias (a los Este, a la sazón y por vínculos familiares, Valentinois) ni escamotea la entrada en interlocución del alma de Boccaccio.

Una de las pocas diferencias que el libro francés presenta frente al italiano (en principio absolutamente tipográfica, no literaria) es la inclusión de adornos florales (picas y margaritas tras los nombres propios) al inicio de las intervenciones de los personajes. No se observan tales ornamentos ni en las ediciones italianas ni en las españolas salidas de las prensas de los Cromberger, y puede que sean meramente decorativas (se trata, sin duda, de un libro cuidadosamente editado) o que reflejen una marcada proyección oral y común de los pasajes dialogados. Si bien la obra

¹⁴⁹ “Proesme d lauteur” (7v, sic).

excede los límites genéricos de la comedia humanística, muchos de los diálogos originales tienen, no sólo un profundo aliento sentimental muy del agrado del público lector de la época, sino también una viveza, en ocasiones prácticamente teatral, muy digna de mención: ténganse en cuenta a este respecto, sobre todo, las reuniones femeninas en las que Ginebra es la emperatriz que juzga las disputas y, sobre todo, las conversaciones sobre temas subidos de tono que, casi al final del texto, Ginebra mantiene con Viante.

Por supuesto en el cierre del libro tampoco incluye Dassy ningún material poético, con lo que la historia termina exactamente en el mismo punto en que la deja Caviceo; huelga decir que las coplas laudatorias a la adaptación de Díaz no aparecen, pero resulta más significativa aún la ausencia de los poemas latinos originales en alabanza de Caviceo: o bien Dassy no consideró oportuno incluirlos o bien no manejaba una edición príncipe (la de 1508, recuérdese) de *Il Peregrino*.

Pero puede sin duda afirmarse que lo verdaderamente interesante de la traducción de Dassy no está en cuestiones de mera índole textual, sino en el círculo de recepción que su fidelísima traducción cierra al publicarse. Así, como se aprecia en el título a manera de *incipit* que más arriba se ha descrito, resulta fundamental el hecho de que François Dassy dedique su trabajo a aquella (según sus propias palabras) que *ha convertido su libertad en la más gozosa servidumbre*¹⁵⁰.

En efecto, el encargo de Luisa de Valentinoise (nacida en 1500 y fallecida en 1553) tiene una clara intención: persigue, movida por una nítida influencia de los gustos italianos de la época, la recopilación en lengua francesa de algunos de los textos erotológicos más relevantes de las décadas precedentes (última del siglo XV y dos primeras del XVI). Luisa es hija de Carlota d'Albret (1481-1514) y César Borgia (1475-1507), con lo cual es asimismo sobrina de Lucrecia Borgia (1580-1519): *Il Peregrino* que Caviceo le dedicó a Lucrecia es para ella, por lo tanto, un libro familiar, en el más estricto sentido de la palabra.

Para llevar a cabo esa asimilación textual, Dassy acometió, por lo que parece indicar el rastro previo de manuscritos anteriores a la edición de 1527, al mismo tiempo las traducciones de la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro (con casi total

¹⁵⁰ “A lexcellence qui ma liberte en plus heureuse servitude a cōuertie.” (7v)

probabilidad a partir de una traducción italiana intermedia¹⁵¹) y de *Il Peregrino*¹⁵². Ambas tareas debían de estar terminadas en 1525, y pronto (en 1526 y 1527 respectivamente) vieron la luz a través de Galliot du Pré. Myra Dickman Orth¹⁵³ explica así las relaciones familiares que impulsan esta recepción francesa del *Peregrino*, para lo que incluye en el panorama no sólo a Francisco I, aficionado a esta clase de obras, sino también las figuras de Alfonso de Ferrara e Isabela de Este, con las que también tuvo mucho que ver Caviceo en las dos últimas décadas de su vida:

The vogue for Spanish romances in Mantua and Ferrara may have been stimulated by the Hispanic culture and taste of Alfonso d'Este's wife, Lucrezia Borgia, whom he married in 1501. Isabella, Alfonso's sister, doubtless imported them to the Gonzaga Court at Mantua in an effort to emulate her sister-in-law. From Ferrara and Mantua the taste spread to France at the time of the accession of Francis I (1515), but did not achieve popularity until some ten years later.¹⁵⁴

Esto no sólo explica las traducciones de Dassy, sino que también (lo que resulta más importante para esta panorámica de la adaptación castellana del *Peregrino*) insinúa que en efecto se produjo un viaje de ida y vuelta, en lo que a ficciones sentimentales se refiere, entre España y la corte a la que se vinculaba Caviceo: no sólo pudo conocer *La Celestina* el autor de *Il Peregrino*, sino que a buen seguro le eran familiares (puede que en español, puede que en versiones italianas) las obras que a lo largo del siglo xv habían perfilado el género en la Península Ibérica. Dada esta evidente proximidad a, cuando menos, la producción de Diego de San Pedro, no resulta descabellado entender que (si bien su novela, por muy totalizadora

¹⁵¹ La de Manfredi, publicada en Venecia entre 1513 y 1515 (San Pedro, Diego de, *Obras completas II. Cárcel de amor*, ed. K. Whinnom, Madrid, Castalia, 1971, p. 69; muy interesante al respecto es el trabajo de Lucia Binotti, "Humanistic audiences: novela sentimental and libros de caballerías in Cinquecento Italy", *La coronica*, 39:1 (2010), pp. 67-113). El mismo Dassy (que a veces aparece como D'Assy en los manuscritos de su *Prison d'Amours*) declara en el prefacio de la obra que ha recibido de un habitante de Ferrara (quizás el propio Lelio Manfredi) la versión italiana que maneja como texto base (Reynier, Gustave, *Le Roman Sentimental avant «L'Astree»*, París, Armand Colin, 1908, p.56). Este hecho asimismo apoya la certeza de que Dassy no utilizaba para su traducción el texto de Hernando Díaz.

¹⁵² Gustave Reynier localiza un manuscrito del tercer libro *Peregrino* traducido por Dassy (con el título *Dialogue intitulé le Peregrin*) en la biblioteca La Vallière y otro, con el mismo título y completo, en la Biblioteca de Burdeos.; ambos, de 1525 (*Op. cit.*, p. 49 y ss.).

¹⁵³ Dickman Orth, Myra, "The Prison of love': a Medieval romance in the French Renaissance and its Illustration", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, Volumen 46, 1983, pp. 211-221.

¹⁵⁴ *Op. cit.*, p. 212.

que pretenda parecer, es básicamente un compendio de Piccolomini, Boccaccio y Colonna) Caviceo no desconocía en absoluto la vertiente amorosa de la literatura castellana en prosa del XV.

En su artículo de 1986 dedicado al *Peregrino* castellano Clive Griffin¹⁵⁵ redondea estos motivos con las siguientes razones maritales:

One reason for Dassy's interest in Caviceo's work may have been that Princess Renée, Francis I's sister-in-law and a close relation of Henri d'Albret, was, at the time of publication of the first edition of the French *Peregrino*, about to marry Ercole II d'Este.

Una vez más, como ya se ha sugerido para justificar en parte el trabajo de Hernando Díaz, el *Peregrino* se vincula a jóvenes casaderos o a recién casados. Al tiempo que subraya el interés de Lucrecia Borgia en la literatura sentimental castellana, insiste en esta razón de expansión familiar Myra Dickman:

More relevant than the King's admiration for the style of patronage of the Italian courts is the close political relationship between Ferrara and France which led to the marriage, in 1528, of Alfonso's and Lucrezia's son, Ercole II d'Este, to Renée, daughter of King Louis XII and sister-in-law of his successor, Francis I. [...] By the early 1520s, François Dassy was employed by Louise de Valentinois [...]. One knows slightly more about Dassy through his translation of *Le Peregrin et Geneuvre*, an adventure of unrequited love featuring a Ferrarese hero. Written in Italian in 1508 by Jacopo Caviceo for Lucrezia Borgia, the *Peregrin* is less bellicose than the *Prison*, but not less romantic. [...] Because of Dassy's employment by Louise de Valentinois, one can postulate her sure knowledge of these works, and her support of them. Her family link to the Italian patrons makes this more significant [...].¹⁵⁶

Por lo demás, cabe señalar que la traducción francesa tuvo un gran impacto y una no breve carrera de éxito entre lectores, editores y autores. Baste señalar (como recuerda Griffin en ese mismo pasaje) que la obra conoció numerosas ediciones durante la primera mitad del siglo XVI (al menos, otras cinco desde la de 1527, para ser más precisos), así como una adaptación en verso del librero G. Corrozet del cuento del ruseñor que aparece en el vigésimo segundo capítulo del Libro III del original de Caviceo¹⁵⁷. Michel Simonin¹⁵⁸ recuerda que el libro fue vituperado (junto

¹⁵⁵ *Op. cit.*, p. 143.

¹⁵⁶ *Op. cit.*, pp. 212, 214-215.

¹⁵⁷ *Ibidem*.

a varias obras caballerescas como *Magalona*, y a la mismísima *Celestina*¹⁵⁹) por el poeta moralista Antoine du Saix (1505-1579) en un poema destinado a censurar la lectura de ficciones perniciosas para la conducta de los jóvenes:

La Maguelonne & Pierre de Provence,
Le Pérégrin pour fraische souvenance,
Ou Scelestine [...]
Ce sont traitez qu'on ne doit estimer.

¹⁵⁸ Simonin, Michel, *L'encre & la lumière*, Ginebra, Droz, 2004, p. 181. Se siguen para este fragmento los criterios de edición de Simonin.

¹⁵⁹ La obra de Rojas había irrumpido con fuerza en Francia también en la década de 1520 (probablemente con una primera traducción anónima del texto fechada en 1527).

8. El prólogo de la adaptación de Hernando Díaz

A lo largo del prólogo (falta de un folio en el ejemplar de Palacio, pero restaurable gracias a las ediciones posteriores de 1527, 1544 y 1548) Hernando Díaz plantea las líneas maestras de su adaptación, al tiempo que justifica la pertinencia del texto que le dedica al todavía muy joven Lorenzo Suárez de Figueroa, III Conde de Feria, que posiblemente aún no había cumplido los veinte años.

Por un lado, Hernando Díaz encabeza el prólogo con la visión general de la prosperidad humana que, a su juicio, proponen como ideal los más renombrados filósofos¹⁶⁰, y enumera sus condiciones en un planteamiento ternario:

en tres cosas afirmaron consistir la humana prosperidad: la primera, en los bienes del ánimo; la segunda, en los del cuerpo; la tercera, en las gracias exteriores. (p. 179)

Las tres poseen en un alto grado, según Díaz, su protector, al que califica antes de nada de prudente. Recuérdese el grado de importancia que esta cualidad representa para la nobleza, en una visión directamente heredada de la *prudentia* latina: Díaz, asimismo, afirma que de esa fuente de prudencia *como de venero manan* la dignidad y la autoridad de su mecenas, a pesar de que la juventud que aún lo adorna pudiera hacer pensar lo contrario. De hecho, y como sucede también en las palabras que se dedican a Perálvarez Osorio al comienzo de *La vida y excelentes dichos*, Díaz hace hincapié en la rareza de esas virtudes y, más todavía, cuando se encuentran en un hombre joven:

La prudencia, que es maestra y nivel de las costumbres, no conforme a tan tierna edad, mas antes de maduro y singular consejo su gobernación de tal manera acompaña, que con justa razón se puede quejar todo el estado y universal señorío que no le consintieron ser regido por su alta discreción. (*idem*)

¹⁶⁰ No menciona explícitamente ninguno, pero como ya se ha explicado en este estudio, con toda seguridad Díaz tiene como moralistas de referencia a Dante y Petrarca, y como pensador de cabecera, entre otros, a Séneca. Diógenes Laercio debe ocupar una posición relevante en su valoración, y a la traducción de su florilegio parece referirse al hablar de *los esclarecidos filósofos* en la primerísima línea del prólogo.

Para Hernando Díaz, que coloca a Lorenzo Suárez de Figueroa entre los felices por el favor de fortuna, la raíz de tantas virtudes congénitas proviene con toda naturalidad y como causa lógica, de su padre¹⁶¹, a quien se dirigen (sin mención explícita, eso sí, del nombre) un largo pasaje encomiástico del prólogo:

Pero como la prosperidad de los mortales sin generación por defectuosa y manca sea reputada por el muy enseñado maestro de la peripatética secta, ¿quién no confessará lo mesmo de los hijos que carecen de padres cuyas hazañas imitando se puedan escrevir en la inmortalidad? Y si esto es assí, ¿quién más venturoso se podrá llamar (llevando delante la vadera la piedad divina), aviendo alcançado un padre de tanta excelencia cuanta en los modernos y antiguos pudo ser? (pp. 179-180)

Lorenzo ha de ser un buen señor pues su padre lo fue y de él ha heredado las más altas virtudes, propias de una dignidad que le corresponde por nacimiento. Sigue Díaz sobre Gómez Suárez de Figueroa:

En guerras, velador por que otros seguros dormiessen; cansado por que otros reposassen; oponiéndose a los golfos¹⁶² de adversidad por que otros viviessen pacíficos; seguía las pisadas del buen pastor que pone en condición su vida por su grey. Éste fue escogido, entre muy esclarecida copia de grandes, por visorrey de Castilla; por lo cual fue enalçado en fama tan inmortal, que no solamente entre los homnres en el supremo grado fue colocado, mas aun en el consistorio de los celestiales assentado. (p. 180)

Están suficientemente atestiguados los servicios que Gómez Suárez de Figueroa prestó a Isabel de Castilla a lo largo de su lucha por la sucesión y, asimismo, sus actos en la conquista de Granada. Así resume esta política Juan Carlos Rubio Masa¹⁶³:

De la actividad político-militar del segundo conde de Feria, resulta interesante señalar que, durante la Guerra de Sucesión, tomó partido en favor de la reina Isabel. [...] Su papel en la Guerra fue muy destacado, llegando a ser en los primeros [momentos] “el personaje de confianza y el brazo ejecutor de los deseos de los jóvenes monarcas” en la Baja Extremadura [...].

¹⁶¹ Gómez Suárez de Figueroa, II Conde de Feria.

¹⁶² Primera de las múltiples referencias de Díaz al mar bravo como símbolo de los peligros que acechan a la prosperidad y al buen gobierno de uno mismo.

¹⁶³ Rubio Masa, Juan Carlos, *El Mecenazgo Artístico de la Casa Ducal de Feria*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2001, p. 32. Los entrecomillados de estas citas son del autor, que utiliza como fuente (sin citar paginación exacta) Mazo Romero, F., “La intervención del Segundo Conde de Feria en la guerra de sucesión castellano-portuguesa”, *REE*, t. 37: 2 (1981), pp. 429-453.

Si bien este apoyo supuso un relanzamiento de la familia en el ámbito nobiliario y le atrajo la confianza inquebrantable de la Corona, resultó a la larga costosísimo y se convirtió en un manantial de deudas que la Casa aún arrastraba en los momentos del casamiento de su hijo; así lo confirma Rubio Masa:

La cercanía de la frontera portuguesa supuso para el Condado de Feria que fuesen “arrasadas sus tierras y villas, muertos sus hombres y arruinadas sus rentas”. El conde evaluó sus pérdidas materiales en treinta y cinco millones de maravedís, una cifra extraordinariamente elevada para la época.¹⁶⁴

Todavía en una situación económica muy precaria, Gómez Suárez de Figueroa intervino en la conquista de Granada:

Años después, y sin haberse visto libre de las deudas acumuladas por la guerra, el de Feria participa activamente en todas las campañas contra el reino nazarita de Granada, donde juega con sus tropas ciertos papeles de responsabilidad, a pesar de la nueva reestructuración del ejército.¹⁶⁵

Parece claro, por último, que Hernando Díaz al afirmar que *fue escogido entre muy esclarecida copia de grandes, por visorrey [virrey] de Castilla*, se refiere al puesto de Gobernador de Castilla que don Gómez ocupó brevemente a lo largo de 1499:

Tras la toma de Granada, Gomes II abandonó la vida pública para dedicarse exclusivamente a la gobernación de condado y a su nueva familia, propósito sólo roto por el breve tiempo que durante el año 1499 se encargó de la Gobernación General de Castilla.¹⁶⁶

No obstante, al respecto Juan Manuel Valencia Rodríguez aporta algunas razones un tanto menos etéreas para explicar la fidelidad de la Casa de Feria a la Corona de Castilla:

¹⁶⁴ *Ibidem.*

¹⁶⁵ *Ibidem.*

¹⁶⁶ *Ibidem.*

Desde el momento mismo de creación del *estado y señorío de Feria* (bajo esta denominación suele aparecer en los documentos de la época), sus titulares mantuvieron una trayectoria casi inalterada de lealtad y servicio a la Corona. Para una vez que, analizados los hechos en términos rigurosos, se salieron hasta cierto punto de esta norma, la elección les resultó de gran provecho, pues fue para apoyar al bando vencedor, el de Isabel la Católica, frente a Juana *La Beltraneja* [...].¹⁶⁷

Y añade:

No caeremos en la ingenuidad de pensar que esa acendrada lealtad al Trono era una especie de virtud congénita del linaje de los Suárez de Figueroa (la fidelidad al rey de la que se ufanaban tantas casas nobles chocaba de manera continuada con las prácticas levantiscas habituales en aquel tiempo). ¿A qué se debía entonces? Durante los tiempos de la crisis bajomedieval de Castilla, cuando una parte de la alta nobleza mostraba una actitud rebelde frente a la Monarquía, la Casa de Feria era aún débil. Fue su apuesta política por la Corona, puesta en marcha especialmente desde la palanca privilegiada de poder que le otorgaba el Maestrazgo de Santiago, la que permitió a la Casa crear un estado señorial en Extremadura, engrandecido en las décadas siguientes gracias en buena medida a sucesivas mercedes regias, que pagaban así los servicios de una Corona inmersa casi de continuo en graves peligros.¹⁶⁸

En Lorenzo, pues, descansa una tradición de fidelidad familiar a la monarquía (que es, a lo ojos de Díaz, más que conveniente perpetuar por el bien de los intereses de la Casa Ducal) y, a su vez, una clara disposición al aprendizaje de los asuntos bélicos (*mavorcias virtudes*, en palabras de Hernando Díaz), pero al mismo tiempo es un joven que huye de los peligros del envanecimiento y la soberbia. Tales virtudes debió de valorar Carlos I cuando el Conde de Feria le prestó su auxilio ante los levantamientos de las Comunidades y, más tarde, ya en febrero de 1528, apenas seis meses antes de la muerte de don Lorenzo, en su llamamiento a la guerra contra Francia:

«El Rey:

Marqués primo¹⁶⁹. Ya sabéys las guerras injustas que el Rey de Françia ha mouido los años passados contra nos y contra nuestros estados, y cómo no ha querido cumplir lo que assentó y juró al tiempo que le pusimos en libertad [...]. Yo vos encargo y mando que asý para lo susodicho como para otra cualquier cosa de guerra que se nos offrezca, estéys aperçebido para nos venir a seruir con vuestra persona y

¹⁶⁷ *Op. cit.*, p. 150.

¹⁶⁸ *Op. cit.*, p. 151.

¹⁶⁹ Recuérdese que en ese momento, casado como estaba con Catalina Fernández de Córdoba, Lorenzo Suárez tenía la consideración de Marqués-Conde.

casa en la mejor horden y más qantidad que pudiéreses, como de vos confio, porque demás de hazer lo que deuéys y soys obligado, en ello me seruiréys.»¹⁷⁰

Tras el repaso a la política y las virtudes de sus antepasados, Hernado Díaz pasa, utilizando el tono pedagógico en él tan característico, a enumerar los *diversos estudios y ejercicios* apropiados a cada edad. Dado que don Lorenzo aún es joven, pero ya no un niño, las actividades apropiadas a su edad deberán combinar el esfuerzo físico con el desarrollo y el afianzamiento intelectual:

porque unos convienen a la infantil hedad; y otros, a la fogosa mancebía; y otros, a la muy pesada vejez. Por el prossupuesto principio, la edad de vuestra excelencia pude con importunación que en su fragua nunca se sienta defecto de alimentos azerados, que son justas, cañas y toros. Festejando fiestas, porque con esto, los vientos que lievan su nao se prosperan y su governalle va en concierto industriosamente ordenado. (p. 181)¹⁷¹

De tal manera ha de regirse el joven noble que al tiempo se instruya (a través de herramientas como el libro que Díaz ha adaptado para él) y dé espacio a un entretenimiento influido por una dosis de relajada *sensualidad*:

No esté tan aprisionada la juventud, no se dé tanto disfavor a los gozos, tome las vanderas a la razón alguna vez la sensualidad. Sigamos el ancho camino de la vulgar sentencia: no vamos siempre por compás, pues todo se puede efectuar no injuriando al precioso medio. (*idem*)

Concede Díaz, incluso, que si bien los estoicos fueron la fuente de la más estricta disciplina, no puede relegarse por completo el ejercicio de cierta sensualidad de la vida de un corazón noble, siempre que la enseñanza prime sobre el deleite:

E, ¿quién vedará en el ejército de Amor ganarse templado sueldo? Pues que César dictador, Octavio Augusto, con otros maníficos y exclarecidos emperadores, no menos en el real de Cupido que de Mares contraste tuvieron. E aun el de eterna memoria padre de Vuestra Señoría, cuyo nombre y hermosas hazañas le fuerçan a las esclarescidas virtudes, de la vanda dicha no le desechan. (*idem*)

Al cabo, Amor es prueba de la que todo honesto corazón ha de salir indemne: sin duda Díaz, a través del entretenimiento de su traducción, quiere contrastar, para que

¹⁷⁰ *Op. cit.*, 157. Citamos según los criterios de transcripción del autor.

¹⁷¹ Segunda referencia de Díaz a la navegación en apenas un folio.

salgan aun más reforzadas, las virtudes del joven conde. No de otra manera que en el adiestramiento militar, es imprescindible conocer al adversario y haber transitado por sus territorios.

No se conserva en Palacio el fragmento restante del prólogo, pero a buen seguro los testimonios de 1527 conservados en Lisboa, Viena y Múnich atestiguan con suficiencia (y sólo con las variaciones propias de la imprenta y de ligeros cambios en los usos lingüísticos) el resto del discurso preliminar que Díaz dirige a sus mecenas. Así, a partir de este punto, el traductor vuelve a elogiar (y, una vez más, lo hace empleando una metáfora marina) la prudencia y el buen gobierno (de sí mismo y de su estado) que ha mostrado Lorenzo Suárez desde el tempranísimo momento vital en que heredó el mayorazgo¹⁷².

Díaz no desaprovecha la ocasión, cerca del cierre del prólogo, de volver a formular la dicotomía Razón y Sensualidad, para lo que afirma que su *Peregrino* (nótese que en momento alguno declara otra paternidad para la obra) no es sino un largo diálogo entre ambas, y que la ficción es sólo la excusa para exponer de forma el provecho moral que contiene:

que tal es el intento principal de intitular *Los honestos amores de Peregrino* (para los plebeyos así llamados) a vuestra señoría, aunque en la verdad sea un razonamiento, por la mayor parte mañosamente fengido, entre la Sensualidad y la Razón. (pp. 181-182)

Así, en su propósito didáctico la novela es una manifestación más del contenido moral apropiado para un noble en proceso de formación intelectual. De hecho, parece que por su forma ficticia es el idóneo, a los ojos de Díaz, para un joven que frisa los veinte, mientras que a Perálvarez Osorio, aproximadamente diez años más joven, prefiere su preceptor introducirlo en el ámbito del pensamiento a través de florilegios y diálogos formal y estructuralmente más canónicos (*La vida y excelentes dichos* y el *De remediis fortuitorum*).

No deja, por otra parte, de constituir esta última declaración de Díaz una excusa ante el primer plano de comicidad y no leve desvergüenza que muestra en

¹⁷² Sobre esto, nos remitimos al apartado correspondiente de este mismo estudio, en el que se explican pormenorizadamente los detalles de esa herencia.

muchísimos pasajes el original de Caviceo y que a duras penas logra disimular su adaptación al castellano. En no pocas ocasiones, más que un diálogo, parece el *Peregrino* un genuino monólogo narrativo de Sensualidad (no puede olvidarse que es la sombra de Peregrino la que narra toda la acción), y que sólo al final, a modo de condenación por la locura de Amor, Razón retoma las riendas del discurso.

Las líneas finales del prólogo constituyen una larga *captatio benevolentiae*, pero más allá del lugar común resultan útiles para perfilar algunos detalles (mínimos, eso sí), sobre el traductor. Por una parte, Hernando Díaz hace referencia a una oscura tarea que lo mantiene atareado y, por lo que se intuye entre bastidores, un tanto intranquilo; por otro, se nos revela que ya no es joven (los cálculos sobre la edad que tenía al publicar el *Peregrino* siguen siendo imposibles de realizar, no obstante) y que la autoridad y ausencia de soberbia de sus palabras proviene de una vida entera dedicada a las letras; por último, con cierta nostalgia evoca Díaz sus años infantiles, marcados, según declara explícitamente, por la enfermedad:

Y de aquí se infiere que, puesto en cuentos, penosos cuidados me enojan en tanto grado, que vencen todo el resto de los otros, por que pueda razonar alguna cosa digna de su auditorio. Pero también sale al encuentro consolándome que nunca por corto sacrificio alguno fue reprehendido no lo pudiendo dar más crecido. Y conciértase con esto la benignidad piadosa de vuestra señoría, que juntamente me da reposo cobriendo mi presuntuoso atrevimiento. Como largos años de mi niñez en trabajos de enfermedad y la presente edad con ondas de la juventud sumida me alivian este cuidado [...]. (p. 182)

Antes de dar comienzo a la ficción, una vez más, se llama a sí mismo autor, y emplea la imagen del barco en la tormenta para simbolizar el peligro (esta vez, de las opiniones ajenas, muchas veces críticas por naturaleza). Si su ingenio (nótese que el sustantivo que emplea está tradicionalmente ligado a la creación más que a la traducción) ha sido torpe, sólo a él, y en modo alguno a don Lorenzo, debe culparse; si el resultado no es satisfactorio, no será por falta de empeño:

pero aunque no alaben mi ingenio, no tacharán a mi industria: si no loaren el nombre del autor, no condenarán a quien las velas de mi nao se endereçan, por que con más prósperos vientos ya bien desplegadas, despedido el temor, cobrado esfuerço, como experimentado maestro rija mi flaca nao sin temor de las rocas de los tachadores, cuyo blanco es solamente leer para que reprehendan. Y porque ninguna cosa da tan firme esfuerço al servidor como el ánimo benévolo a quien su servicio se endereça,

pues que no sobra hazer mercedes liberalmente al recibir benignamente, a vuestra esclarecida señoría suplico el ofrescido servicio no menosprecie. (*idem*)

Todavía en el folio segundo del prólogo (tercero de los testimonios en folio de 1527, aún con letra gótica 98 (T:8 [b]), diferente a la que se emplea en el resto del libro) se hace declaración de la materia de la obra:

Y para la ficción, no huya la atención para la declaración de la presente materia, que esta que se sigue.

Las desasosegadas aves con su melifluo canto anunciavan la acostumbrada venida de la hija de Thitón, cuando vencido de un dulce sueño me pareció ver una sombra, a la cual los Campos Heliseos hazían acatamiento[...]. (pp. 182-183)

A partir de este punto, Díaz (exactamente en el momento en el que el autor se convierte en narrador en primera persona de la historia) ejecuta la primera modificación relevante para la adaptación del texto. De este modo, el original de Caviceo no va encabezado por un prólogo exento, salvo por unas brevísimas líneas en las que el autor pide benevolencia hacia su obra y advierte de que no se trata de una nueva *Iliada* ni de una renovada *Odisea*, sino de una historia de amores casi contemporáneos:

Libro mio, se aspertano o reiecto fusti, dire poterai: “Lectore, non l’exterminio de Troia, non le fortune di Roma, non li errori de Ulyxe, ma de uno pudico amore la historia porto e narro. Perhò securo vengo, per che amore e pietade me fano la schorta”. Et se del scriptore parole intende, respondero poterai: “Iacomo Caviceo da Parma, fidele recitatore, vive et vale. Et, come intese, scripse”¹⁷³

Tras esta declaración de objetivos, autoría y tono (préstese especial atención al sintagma *uno pudico amore*, que genera la expresión *honestos amores* que recoge el título de la adaptación castellana), Caviceo (ya en la dedicatoria a Lucrecia Borgia, Duquesa de Ferrara) sí baja a la ficción para recibir a las sombras que le han de narrar la historia de la novela, pero no de la manera resumidísima que hace Díaz, sino con elogios personales, prolijos y concretos, y detalles geográficos muy precisos. Caviceo no duda en mezclar el germen de la ficción que está presentando con la referencia a personajes reales, mientras que para Díaz el planteamiento del

¹⁷³ Según la edición de Vignali del texto original de *Il Peregrino* (*op. cit.*, p. 3).

prólogo nada tiene que ver con la ficción, por lo que ambos desarrollos deben permanecer como dos planos absolutamente diferenciados. Como decimos, Díaz descende en su adaptación a un plano en el que representa el papel de transcriptor de la voz del alma de Peregrino, pero sin intermediación alguna (no hay en la traducción un Boccaccio que introduzca el tema, como sí sucede en los preliminares de *Il Peregrino*¹⁷⁴) y, sobre todo (en lo que habrá de convertirse en un rasgo fundamental de la adaptación), obviando sistemáticamente las menciones explícitas a personas y lugares que pueblan (casi abarrotan) el original. Así resuelve Díaz la aparición de más de diez nombres propios y de varias ciudades italianas:

Yo fui de linaje más que patricio, muy propincuo a la sangre real, criado entre la felicidad de las letras y generación acostumbrada a producir grandes varones y magnánimos capitanes y gente militar que con Mares en guerra no conocerán ventaja, ni a César en fortuna, ni a Pompeyo en fama. (p. 183)

Alterna Díaz pasajes de traducción literal con una reformulación, muy acusada, en la que se introducen dos personajes romanos que no incluye el original (César y Pompeyo, ajenos por supuesto al ambiente de Ferrara que Caviceo retrata ora en clave, ora explícitamente, a lo largo del *Peregrino*), así como una mención mitológica (Mares) destinada a engarzar la narración con las intenciones directas del prólogo a Lorenzo Suárez de Figueroa, en que como ya hemos visto, la guerra (elemento, por lo demás, menos que secundario en Caviceo) ocupa el fundamento ideal para un corazón que desee regirse sabiamente ante las embestidas de Amor.

En esta misma línea, aunque Díaz acerca la historia de Peregrino al cambiar su lugar de nacimiento, no deja de emplear un nombre mítico para designar su nueva patria: en lugar de utilizar el nombre de León, Díaz introduce más todavía a sus personajes en una dimensión puramente ficticia al declarar para Peregrino ciudadano de *Leonflos*. Tal era el nombre que se le daba a la ciudad (en realidad, en dos términos distintos y en una expresión algo más larga: *Leon Flos civitatum*) en la obra

¹⁷⁴ Díaz no duda en repetir dos veces la primera intervención de su Peregrino, antes de entrar en el complejo juego narrativo del original.

de Lucas de Tuy¹⁷⁵, que asimismo había tomado el apelativo de la *Adversaria* Liutprando de Cremona (tal vez, Pseudo-Liutprando):

1. Duplex Legio: altera dicta *Septima, Cemina, Piu, Felix*, quae Gothis flos civitatum est.¹⁷⁶

De este modo, gracias a esta nota de erudición¹⁷⁷, Díaz alcanza un acertado punto intermedio en la construcción de los espacios narrativos en los que inserta a los personajes: por un lado, no se aparta (ni aparta al lector) de los antecedentes de ficción sentimental castellana que le son familiares, al dotar la obra de un ambiente casi mítico, más ficticio que real; por otro, aligerando esa tensión entre lo real y lo fingido, remitir en un segundo grado a León (aunque sea tras un velo, aunque se haga en clave culta) supone no traicionar el espíritu netamente urbano de la novela original y, más aún, aceptar las reglas del juego celestinesco en lo que se refiere a la construcción de una ciudad no por completo declarada pero sí reconocible para cualquier lector medianamente culto. En resumen, Díaz se encuentra en la encrucijada de dos tradiciones narrativas potentes y en gran medida contrapuestas, por lo que necesita borrar muchos de los elementos metaliterarios propios de los *novelieri* si quiere conservar una distinción decorosa entre ficción y realidad, y, al mismo tiempo, adaptarse a los moldes que reclama (ahora más que nunca por la eclosión del patrón celestinesco) un nuevo público lector que va perdiendo pie con respecto a los corsés genéricos de la ficción sentimental castellana del siglo XV.

¹⁷⁵ Lucas de Tuy, *Crónica de España (texto romanceado)*, ed. Julio Puyol, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y museos, 1926, p. 20, muestra la variante *flor*.

¹⁷⁶ Liutprando de Cremona y Pseudo-Liutprando de Cremona, *Obras completas* (en particular, *Adversaria*, pp. 1133-1134), a través de *Documenta Catholica Omnia*, en www.documentacatholicaomnia.eu/30_10_0922-0972-Liutprandus_Cremonensis_Episcopus.html (consultada el 1 de marzo de 2011).

¹⁷⁷ Que muy probablemente también exhibe más tarde el autor anónimo del libro de caballerías del siglo XVII *Leonflós de Tracia* (sin necesidad siquiera de conocer el *Peregrino*, aunque se trate de una posibilidad que no deba tampoco descartarse).

9. El inicio del relato de Peregrino: el Capítulo I

Como ya se ha mencionado en otras ocasiones, el ejemplar de la príncipe conservada en Palacio está mutilado en lo que toca al final del prólogo y al inicio del Capítulo II, y asimismo falta de todo el Capítulo I. No cabe duda de que estos pasajes resultan fundamentales para la comprensión global del texto: acudimos a los ejemplares de 1527 para solventar esta laguna.

Así, si bien Díaz ha aprovechado la drástica reformulación del prólogo original para presentar por vez primera al personaje, al volver a prestarle atención al original de Caviceo realiza de nuevo una descripción de Peregrino y de las circunstancias que lo abocan (casi podría decirse que lo despeñan) al servicio de Amor. ¿Cuál es la principal diferencia que el lector castellano encuentra a partir de este punto? Sin lugar a dudas, el titulillo que antecede el capítulo, del que ya Norton y Griffin hicieron en su momento mención:

Comiença Peregrino, después de rogado, a querer contar el processo de sus amores, los cuales cuenta al auctor por diálogo, a imitación de los de Calisto y Melibea, con más honestidad aunque menor elegancia. (p. 184)¹⁷⁸

¿Se abría el capítulo correspondiente de la príncipe también con tales palabras? No se puede, en modo alguno, asegurar tal cosa, pues no hay prueba que así lo atestigüe. Sin embargo, postulamos que sí fue así por una sencilla razón: la potencia comercial de tal declaración era demasiado evidente como para ser desaprovechada. De este modo, seguramente inadvertidas las sutilezas morales que antes describíamos, la edición de 1516 ya proponía al lector una obra celestinesca (con todos los matices que le podemos aplicar a estos términos, irrelevantes para un lector de la época), un epígono de calidad literaria superior (la *menor elegancia* del titulillo no es sino una *captatio*) y de condiciones morales más elevadas (o tal vez, ni siquiera eso, si tomamos, no sobreinterpretando demasiado quizás, la pretensión de elegancia como una ironía). Sería difícil delimitar cuán al tanto de esta estrategia comercial podría

¹⁷⁸ Recuérdense sus citas correspondientes: se trata de la ficha 142 de la monografía de Griffin sobre la familia Cromberger (*op. cit.*) y la página 580 (en *Addenda*) del catálogo descriptivo de Norton (*op. cit.*).

llegar a haber estado Hernando Díaz, pero a efectos meramente prácticos, el libro comienza en ese punto: los folios del prólogo no se unen a este contenido, llevan un tipo de letra diferente y van a línea tirada. El inicio de la doble columna es el inicio de la novela, cualquier lector indiferente a cualquier tipo de advertencia preliminar sabe, con un simple golpe de vista y con una somera lectura de esta breve declaración de intenciones, que puede salir del plano de la realidad y zambullirse, desde esa misma página, en la ficción. La yuxtaposición con el material preliminar de Díaz es completa, casi de espalda contra espalda: no hay diálogo alguno entre los objetivos que el traductor declara en el prólogo y esta llamada de atención netamente comercial. ¿Estuvieron desde la primera edición tan separadas ambas pretensiones y tan explícitos los objetivos mercantiles de Jacobo Cromberger? Creemos que sí, creemos que tal oportunidad no debía desaprovecharse, pero en justicia se podría llegar a entender el fenómeno de otra manera: quizás la edición de 1516 llevase un primer titulillo neutro, sin mención alguna a *La Celestina* y fuese la acogida popular la que moviera a los impresores a incluir, en nuevas impresiones de la obra, elementos de engarce genérico y temático con la obra de Rojas (esta postura podría, a su vez, estar avalada por el hecho de que el título cambie y se reduzca, al menos, de 1527 en adelante).

Hay que fijar una vez más la atención en la expresión *cuenta [...] por diálogo*: a lo largo de la novela, generalmente abreviados, aparecen los nombres de cada interlocutor y es rara la ocasión en la que las conversaciones no se plantean de tal modo. Ese discurso directo es muchas veces ampuloso y refleja un estilo discursivo fuertemente latinizante, pero en no pocas ocasiones se torna muy vivo, ágil y realista (como en el caso de la conversación sobre la pérdida de la virginidad de Ginebra): de nuevo a primera vista y gracias al material original, que se presentaba también de esta manera, puede el libro venderse como si se tratase de una continuación genérica de *La Celestina*, ya que cualquier lector asociaría automáticamente esa distribución del texto en la página con el modelo de Rojas.

Por otra parte, el titulillo, al describir una conversación entre un personaje real (el *auctor*) y un personaje literario (*Peregrino*) confiere a la narración una calidad de veosimilitud: si en los casos de manuscrito encontrado el lector ve validada la ficción por el mecanismo de verosimilitud del *scripta manent*, en el caso

de las sombras confidentes (que enraizan en último término con la *Consolación* de Boecio) los mecanismos de ficcionalización descansan en el testimonio intermediado por el autor, en la apariencia de testimonio verdadero que establece el juego de primeras personas narrativas. El autor transcribe, una vez dentro de la ficción y gracias a la voz homodiegética, la historia que otro personaje narrador (el alma de Peregrino en el caso que nos ocupa) le confía:

¡Oh qué gloria será a tu flaca musa, si mis cosas supieses publicar como yo te las manifestare! (p. 183)

Peregrino se presenta a sí mismo como un espíritu afligido que necesita, por doloroso que sea, narrar su desdichada vida en busca de una redención que sólo podría propiciarle el relato. Su existencia estuvo marcada por el error, y solo la extensa descripción de sus avatares podrá, casi a modo de catarsis, lavar la pena de sus trabajos. Unos trabajos que ni tan siquiera el Leteo puede sumir en el olvido:

E aunque tengo por muy cierto por la mención de aquesto recaer en dolor y tristeza, cualquiera pena determino de sufrir por te complazer. ¡Oh cuán dichoso principio, y qué tan triste y amargo será renovar el fin de mis passiones! ¡Ay de mí, que el callar me es pena y el hablar, trabajo! [...] Ya fui bienaventurado, y más lo sería si después de las passadas fatigas fuera lavado en la dulce onda lethea, adonde los trabajos se olvidan. (p. 184)

En este contexto, el valor ejemplarizante de la narración adquiere una relevancia fundamental. Así lo declara Peregrino:

Compelido y vencido de tus inflamados ruegos, de mi fortuna te haré sabidor, por que te sea manifiesto exemplo a saberte conservar de semejantes fuegos, o de aprender de aver compassión de quien por demasiado amor en vida y en muerte sufre pasión y tormento. (*idem*)

La confesión de Peregrino persigue (y de ahí el enfoque que Hernando Díaz ha querido desde el primer momento darle a la adaptación) un objetivo pedagógico: nadie caiga en los trabajos de Amor, nadie desprecie sin piedad a quien a ellos sucumbió. Y más aún: nadie piense que de Amor puede, si Amor se lo propone, quedar libre y jactarse de ello:

Era de edad de veinte y dos años, cuando presumí de tener sobre mí cualquier mando, y que no avría cosa en el mundo tan rezia que mi coraçón no me diesse esfuerço para hazerla y apartarme d'ella según el tiempo y lugar y necesidad. Confusso de aquesta mi fortaleza, no curava de Venus ni Cupido, pensando que en el cielo no avría poder que en amores en la tierra me pudiesse enlazar, e queriendo con pequeña diligencia provar qué era lo que en un coraçón dispuesto a defenderse podía hazer Amor, pensando no solamente vencer su poderío, mas antes del todo destruirlo. Indinado Amor de la poca cuenta que d'él hazía, a manera de sutil y ingenioso caçador me fabricó a los pies una red muy más artificiosa que la que hizo Vulcano cuando enlazó a los adúlteros Mares y Venus. E viendo que tan sin cuidado dexava las velas a los peligrosos vientos, con assechanças me prendió y hasta la muerte me tuvo captivo y siervo, como sabrás. (pp. 184-185)

Fundamental resulta este párrafo en el desarrollo posterior de los acontecimientos y, por supuesto, fundamental resulta también para apoyar sus valores moralizantes. Peregrino tiene veintidós años (prácticamente la misma edad, téngase en cuenta, que don Lorenzo en la época en la que Díaz redacta la adaptación) y se siente inmune a las intrigas y al Amor. Es un joven que se cree capaz de vencer cualquier obstáculo, no encuentra óbice en faceta alguna de la vida (más tarde, en los actos y dichos del protagonista, encontraremos un Peregrino prepotente, altivo y lenguaraz que, influjos de Amor a un lado, no desdice un ápice esta autodescripción; valórese de nuevo el práctico valor educativo de estas cualidades impregnadas de envarada soberbia, en absoluto deseables en un noble que comienza a regir sus estados); desprecia sobre todas las cosas a Amor, y ese será el principio de su fin, pues Amor acepta el reto y le tiende la trampa que lo llevará, en descenso constante y tras pasar por innumerables degradaciones, a la muerte y a la tristeza eterna más allá de la vida.

Todos estos planteamientos están en el original: Díaz es muy fiel en este pasaje (más allá de sus habituales simplificaciones de las referencias mitológicas que le resultan un tanto oscuras, como *onda amellita*, que cambia por *onda lethea*) y mantiene el planteamiento de Caviceo casi sin variación:

Già fui beato, ma beatissimo seria, se dopo le sostenute fatiche me fusse lavato ne la sacra onda amellita. Pur, puoi che allo immutabile ciel così piaque, de quello eternamente mi contento. Stricto e vincto da tue efficacissime preghiere, del caso mio te renderò certo, acciò te sia manifesto exemplo a saperte conservare da simili incendi, o vero de imparare d'havere compassione a chi per troppo amore in vita et in morte pena e stenta. (*ed. cit.*, p. 5)

¿Qué trampa despliega Amor para capturar a Peregrino? El primer día de mayo el joven entra en un templo a oír la palabra de Dios, pero se topa con una imagen que cambiará para siempre su existencia:

El primero día de mayo, que es tiempo dispuesto para con tales saetas herirse, sin otro pensamiento ni sospecha entré en un sancto templo adonde un excelente predicador declarava el Evangelio. Y por el día que era, de San Filipo y Santiago, era la materia del sermón no menos aplazible que dificultosa, quando del Padre y del Hijo se prueba una essencia y omnipotencia. Estava con todas mis fuerças atento, quando el mensajero de Amor me dio aviso de un lugar adonde secretamente a oír la palabra divina estava assentada aquella que después fue mi soberana señora, en cuyo regaço Amor reposava, ceñido de aquellas crueles armas con las cuales herió a la desdichada de Philis. (p. 185)

Díaz elimina la referencia directa al predicador que demuestra la esencia divina de Cristo (Dominico Ponzon, que con toda seguridad a él mismo le era por completo desconocido) y dos referencias cultas sobre Platón y Teofrasto, pero la base de la escena es esencialmente idéntica a la de Caviceo. Por una parte, se señala el primer día de mayo como momento idóneo para iniciar los amores: la primavera y su explosión de sensualidades contrasta con la devoción piadosa, en un paralelismo deliberadamente buscado. El templo contiene la tentación, pues Amor es el *contrafactum* del amor divino; los sentidos de Peregrino descienden de la más elevada racionalidad al suelo de la carnalidad, con lo que se plantea (ya lo anunciaba Díaz en el prólogo) la primera dicotomía entre Razón y Sensualidad, la primera disputa entre dos ámbitos, el sacro y el profano, dramáticamente contrapuestos. Sabemos¹⁷⁹, asimismo, que para Caviceo el primer día de mayo tenía un significado casi sobrenatural, por motivos literarios como el arranque de la *Hypnerotomachia Poliphili*¹⁸⁰ y personales (narrados por Anselmo), relacionados con el presagio de su nacimiento.

Por otra parte, Amor se sienta en el regazo de Ginebra: la imagen (a su vez inserta en el marco antes descrito) pinta casi un emblema, despliega un poder visual arrebatador y, de hecho, podemos afirmar que precisamente es la vista la que ciega en primera instancia la Razón de Peregrino. Amor es consciente del poder arrollador

¹⁷⁹ Simona, *op cit.*, p. 41.

¹⁸⁰ Sobre esto, véase más adelante en este estudio la sección dedicada al personaje de Peregrino.

de la mirada, pues no en vano es él mismo quien dirige la de Peregrino hacia el objeto de su destrucción. Es entonces cuando Peregrino llama a Ginebra, por vez primera, *soberana señora (summa imperatrice*, en el episodio original). Una vez más está claro el *contrafactum*, pues Peregrino desdeña desde ese punto a la Virgen (que siempre en el regazo sostiene al Hijo) para preferir a una nueva señora, a una nueva reina de su creación: Ginebra con Amor en el regazo. Por supuesto, como sucede con tantos elementos de la narración de Caviceo, este detalle tiene su raíz en la prosa boccacciana, ya que en términos muy similares se traza el arranque de la *Elegia de madonna Fiammetta*: desde los ojos de Fiameta contemplamos una escenografía narrativa casi idéntica, igualmente basada en el poder de la mirada, cargada de los mismos efectos que irán desgranándose en los párrafos siguientes. De este modo, Fiameta, tras su sueño premonitorio, acude al templo:

Aquel día era solemnísimo para todo el mundo; por lo que yo con solicitud vistiéndome los paños relucientes con mucho oro, y con maestra mano adornándome en todas las partes [...] a ir a la suma fiesta me dispuse. Mi fortuna, pues, a mí vanidosa y despreocupada, me empujó fuera y acompañada por muchos, con lento paso llegué al sacro templo en el cual ya el solemne oficio propio de aquel día se celebraba.¹⁸¹

Fiameta llega al templo (por lo demás, y a diferencia de lo que sucede en el *Peregrino*, ambientado en una difusa Antigüedad no cristiana) y ocupa el lugar que le está reservado:

La vieja costumbre y mi nobleza me habían entre las demás señoras reservado un puesto muy excelente, en el cual, después de que estuve sentada, siguiendo mi costumbre, los ojos súbitamente vueltos a mi alrededor, vi el templo de hombres y de mujeres igualmente lleno y en varios grupos diversamente ocupados. (*id.*)

El juego de miradas, que divierte mucho a Fiameta (también confiada en su resistencia a Amor, entretenida por la admiración que despierta la hermosura de la bancada de las doncellas entre las que las que se cuenta y, por su lozanía, ella misma destaca) ocupa la primera parte del sermón:

¹⁸¹ Según Boccaccio, Giovanni, *La elegía de doña Fiameta*. Corbacho, ed. Pilar Gómez Bedate, Barcelona, Planeta, 1989, p. 9.

[...] que, así como otras veces solía suceder, sucedió aquella, que no solamente los hombres los ojos desviaron para mirarme, sino también las mujeres, no de otra manera que si Venus o Minerva, nunca antes vista por ellas, hubiesen a aquel lugar donde yo estaba extraordinariamente bajado.» (*id.*)¹⁸²

Pronto Fiameta es la más observada, casi la única. Pero cuando piensa que es su hermosura la que habrá de cautivar a los hombres, por no se sabe qué fuerza obligada, tiende sus ojos a un solo joven y de él queda irremediabilmente prendada:

[...] no sé por qué espíritu movida, elevados los ojos, con la debida gravedad, entre la multitud de los circunstantes jóvenes con penetrante mirada tendí; y más allá de todos, solo y apoyado en una marmórea columna, directamente frente a mí vi a un joven; y lo que hasta ahora no había hecho de ningún otro, por ineludible hado movida, de él y de sus maneras comencé a prendarme. Digo que, según mi juicio, que todavía no estaba por el amor ocupado, era él de aspecto hermosísimo, en los actos agradableísimo y honestísimo en su vestido, y de su juventud daba manifiesta señal el crespo bozo que apenas se extendía por sus mejillas; y a mí, no menos piadoso que cauto, me miraba entre hombre y hombre.¹⁸³

Los elogios de Fiameta a su amado en poco se diferencian de los que Peregrino hace de Ginebra, hasta el punto de que la barba apenas brotada de las mejillas del joven se transforman en una *dulce sobreceja que todo su rostro adornava* en el caso de la doncella.

Ginebra tiene, en Caviceo y Díaz, quince años, por lo que acaba, como le sucede a Fiameta, de salir de la puericia (que termina a los catorce). Las correferencias del episodio serían inmediatamente percibidas por el público italiano como herederas de Boccaccio y, en último término, de Andreas Capellanus y, sobre todo, de Dante (recuérdese el proceso de enamoramiento de *La vida nueva*) y los *stilnovistas*. ¿Se produciría a los ojos de un lector español de aquel tiempo la misma filiación? No es improbable pensar que la escena remitiría a Boccaccio en el caso de lectores iniciados en el género amoroso, pues la historia de Fiameta era de sobra conocida por los autores de ficción sentimental del XV (ha de recordarse, sobre todos los ejemplos, el hecho de que Juan de Flores emplee el nombre del personaje boccacciano, con la forma *Fiometa*, para su *Grimalte y Gradisa*); pero tal vez, un público más amplio, que del autor de Certaldo sólo conociese directamente el

¹⁸² Percíbese la similitud de esta expresión con la imagen que Caviceo pinta de Ginebra en la iglesia.

¹⁸³ *Op. cit.*, p. 10.

Decamerón (libro, en efecto, difundidísimo en las bibliotecas de la época, a veces única muestra de ficción de algunas de ellas¹⁸⁴), la primera remisión fuese más bien la de *La Celestina*, sobre todo a medida que este Capítulo I va terminando y se acerca el inicio del segundo, en el que Peregrino (como a Calisto le sucede tras su primer encuentro con Melibea) se ve obligado a pedir ayuda para acercarse a Ginebra.

En el regazo, asimismo, Ginebra lleva escrita (no en una bordadura real, sino impresa en la mirada del amator) *una letra que decía: «¡Oh mortales, a todos os llamo, mas a pocos os doy la vida!»*. Desde aquí, a partir de este punto de inflexión decisivo, tal y no otro será el lema de las desventuras de Peregrino: le resultará inútil escapar, por mucho que trate de aferrarse a su antigua fortaleza; su única salida será, al mismo tiempo, su perdición. El propio Peregrino lo intuye, en mitad del doloroso ardor de la contemplación:

¡Oh palabra cruel, oh dañosa escriptura! ¡Oh principio desdichado a tan gran pelea, de la cual no ay quien quede vencedor! ¡Oh muy osada esperança, oh engañosa opinión humana! ¡Oh triste de quien de sí mucha confiança tiene! (p. 186)

En ese preciso instante sufre su primer desvanecimiento (*Con tanto espanto entraron las palabras en mi corazón, que poco menos que muerto caí*): por primera vez, y en público, Peregrino pierde todo dominio sobre sí mismo. Deja de una vez y para siempre de gobernarse para pasar a ser poco más que un títere de Amor.

Termina el primer capítulo con esta situación y se inicia (en perfecta correlación con el original italiano) el segundo. De esta forma, si el prólogo y el capítulo precedente sientan las bases de la ficción, el segundo despliega el esquema de mecanismos narrativos fundamentales que habrán de desarrollarse a lo largo de la obra: la intervención de los ayudantes, la comunicación dificultosa (generalmente, por escrito) y la tendencia a cometer actos del todo enloquecidos a mayor gloria de Amor. El epígrafe resume a la perfección este planteamiento:

Peregrino, arrebatadamente siendo preso de Amor, cruelmente acusa su fortuna y sotilmente busca persona que le pueda dar socorro. Y hallada, le comunica su secreto

¹⁸⁴ Al contrario de lo que sucede con la *Caída de príncipes* y *Las mujeres ilustres*, que engrosan la nómina de traducciones boccaccianas del siglo XV al castellano, no se conserva testimonio de versiones de la *Fiametta* hasta 1497; la obra conocerá impresión, precisamente cromberguiana, en 1523.

pensamiento. Y determinaron por la vía que se oviese de tentar la donzella, cuyo nombre era Ginebra, del nuevo amor que le era ignoto. (p. 187)

Peregrino ya no goza del libre albedrío y comienza, así pues, a buscar métodos anormales, contrarios a la dignidad personal y a la buena consideración social, para alcanzar sus fines: sólo con la estrategia adecuada podrá arrastrar a Ginebra, que aún nada sabe del destino que la aguarda.

A partir de este punto comienzan a desarrollarse plenamente las tácticas novelísticas de Caviceo, y adquiere especial importancia en esta estrategia un rico conjunto de resortes narrativos que convertirán a la obra en un mosaico coral de elevada complejidad formal. Así, cada amante contará con una tercera (Viante, que es Violante en el original, por el lado de Peregrino; Astana, siempre tentada por la traición, por el de Ginebra) y, a su vez, cada tercera con el recurso de los diálogos (larguísimos y de una vivacidad realística notable) y las cartas. La intensidad de la correspondencia crece a cada capítulo, de manera que las escuetas negativas que al principio dedica Ginebra a Peregrino van transformándose en largas misivas que sólo pueden conducir a la entrevista personal y, por ende, al diálogo. Se produce, en fin, una simbiosis entre los diálogos presenciales y en ausencia, de forma que a cada momento de la fluctuación que Amor y Fortuna deparan a los protagonistas, Caviceo le asigna un modo elocutivo particular. Y es más: tal será la importancia de la epístola, que el tercer sirviente protagónico, el fiel Achates, que en todas sus penurias acompaña a Peregrino, consigue resolver por completo el conflicto entre las familias de los enamorados al falsificar hábilmente las cartas que la abadesa dirige a Angelo, padre de Ginebra (Capítulo CLXIII).

A este entramado de terceras y ayudantes, a su vez sostenido por cartas, se unen las propias iniciativas de Peregrino, que añaden una variedad inusitada a las anécdotas argumentales de la obra. Por supuesto, los viajes (asimismo plagados de tormentas, raptos, cautiverios, mortificaciones y pintoresquismos¹⁸⁵) suponen el

¹⁸⁵ Sin duda, en el *Peregrino* de Caviceo se superponen las aventuras bizantinescas y los relatos de viajes: Italia, el Mediterráneo y la fachada Atlántica de la Península Ibérica (Lisboa, sobre todo) sirven al mismo tiempo para relatar las desventuras del protagonista, pero también para exhibir un conocimiento global de la geografía marítima, costera y urbana de la época. De nuevo, como se explicará más adelante, Díaz tiene que lidiar con un incómodo contenido que sobrepasa las intenciones literarias y comerciales de su trabajo de adaptación.

motor principal de su devenir como personaje, pero a esto se añaden con mucha frecuencia escondites y disfraces (toneles de vino, figuras de santos huecas, trajes diseñados para recorrer las alcantarillas, degradaciones físicas y de vestimenta, etc.).

También resulta narrativamente muy interesante (y así habían de percibirlo los lectores del primer cuarto del siglo, tan distintos a los consumidores de ficción sentimental del XV) la vida ciudadana que Peregrino despliega en capítulos importantísimos de la obra: Amor pone en riesgo toda su consideración social, pero no lo hace ya como noble a los ojos de otros nobles, sino como ciudadano sujeto a unas normas que todos han de acatar dentro de la ciudad de la misma forma; en este sentido, el paralelo con el Calisto de la *Celestina* (seguramente, no buscado por Caviceo) es evidente: ambos demuestran que el servicio, a la manera literaria, a Amor no encaja con las normas reales del mundo no ficticio. De los impulsos desquiciados que propone la ficción a estos personajes sólo pueden seguirse detrimentos sociales muy tangibles. Los juicios en los que Peregrino comparece en calidad de imputado nada tienen que ver con las disputas erotológicas de décadas precedentes, sino más bien con el uso de las armas y con el mantenimiento de la honra de las mujeres; sólo el personaje de Briseida parece estar construido sobre los ecos de las tensiones amorosas de los siglos precedentes, pero en realidad lo que en su vista se juzga es, sencillamente, la pertinencia de la defensa propia ante un abuso sexual¹⁸⁶. Las disputas sobre la condición verdadera del amador y sobre los perjuicios y ventajas de caer en las redes de Amor sólo se valoran en las largas conversaciones de Peregrino y Acates (resumidísimas por Díaz) y en el coloquio (que se presenta desde su mismísimo comienzo como un juicio fingido) en el que Ginebra, convertida en emperatriz, dirime un debate sobre el caso particular de dos amantes.

La casi innumerable diversidad de recursos empleados por Jacopo Caviceo en la redacción de la obra surge, sin lugar a dudas, de un afán totalizador realmente titánico. Por un lado, fiel a la tradición humanista en la que se ha formado, propone

¹⁸⁶ Una de las grandes aportaciones de Caviceo es la profundidad de comportamiento y pensamiento de algunos personajes: muchos de ellos no llegan a convencerse, por ejemplo, de que Peregrino no sea culpable de las tropelías que se le acusa, incluso aunque la justicia lo haya absuelto. Esta actitud es, sin duda, una puerta abierta a la novela moderna: el lector sabe a la perfección que Peregrino es inocente de la acusación de asesinato, pero en un perspectivismo admirable, también sabe que se le acusa con todo fundamento de violar a la hija de Petrucio.

como bajo continuo de su novela la literatura, la historia y la mitología grecolatinas clásicas, tanto en lo que se refiere al lenguaje empleado como en lo que toca a la propia narración, a la elección de mecanismos concretos y al trazado de los rasgos y acciones de los personajes; en muchos casos esas referencias constituyen una auténtica exhibición erudita, que se ve reforzada por el alambicado influjo del *Polifilo*, así como por las fuentes dantescas y boccaccianas que no deja en ningún momento de manejar en la construcción de su ficción. Por otro lado, se percibe una asimilación de materiales propios del amor cortés y de sus interpretaciones *stilnovistas*, así como una fina sintonía con las obras sentimentales italianas (*Filocolo*, *Fiammetta*) que le preceden. Caviceo pretende realizar una obra maestra en el sentido más estricto de la expresión, de manera que muestra su dominio de las técnicas precedentes y exhibe su pericia para combinarlas todas; persigue, al cabo, aunar la virtualidad del acevo cultural precedente con la tangible efervescencia del momento literario en el que vive. El producto de esa pretensión es una encrucijada de caminos genéricos, un jardín de senderos intertextuales constantemente bifurcados.

Hernando Díaz dejó constancia de su familiaridad con los textos de Dante y Petrarca, y hay que entender que no le era ajena la ficción en prosa *inaugurada* por la desbordante pluma de Boccaccio, pero sí cabe preguntarse hasta qué punto conseguía manejar una cantidad tan abrumadora de fuentes culturales esencialmente *quattrocentistas*. Las omisiones y simplificaciones que constantemente se observan en su adaptación se deben en primera instancia, sin duda, a una adaptación a los lectores potenciales, pero nunca sabremos hasta qué punto también le resultaban a él mismo incómodas o difícilmente comprensibles muchas de las referencias manejadas por Caviceo a lo largo del original¹⁸⁷.

En este sentido, y para agilizar el desarrollo de este sucinto estudio preliminar, a lo largo de las notas a pie de página que acompañan la obra se destacarán los mecanismos compositivos y contenidos narrativos más relevantes, así como la recepción que de cada uno de ellos realiza Hernando Díaz.

¹⁸⁷ Ya se ha explicado antes el borrado total que Díaz hace del prólogo italiano: esa simplificación no sólo altera el desarrollo de la ficción, sino que además elimina la mención explícita que Caviceo hace de Boccaccio. Y no se trata sólo de un mecanismo de apropiación del texto, sino que también plantea un nítido cambio de las coordenadas de interpretación del libro. De un plumazo, y al unísono con las referencias celestinescas de los paratextos, se soslaya el asidero cultural italiano de la obra.

10. La estructura de la obra. Sucinta sinopsis

A lo largo del *Peregrino* original se despliegan, constructivamente, tres análisis del fenómeno amoroso, de tal forma que en cada uno de sus libros se exploran respectivamente los prolegómenos y primeras fases del enamoramiento (así como los desarreglos de conducta íntima y social que afectan a los enamorados), las asechanzas de aquellos que se conjuran contra la relación, y los sufrimientos finales (tomados desde perspectivas de aprendizaje, privaciones y expiación y culminados con el matrimonio y la muerte de los protagonistas). Caviceo intuye en su construcción narrativa que las anécdotas y las valoraciones sobre Amor planteadas a lo largo de la obra deben exponerse en un crecimiento de tensión constante, en una estructura climática paulatinamente intensificada. Díaz no respeta la división tripartita clara que sí muestra la novela italiana (tal vez por razones buscadas, tal vez, e involuntariamente, por mero cambio de los parámetros editoriales), pero su adaptación preserva precisamente ese ascenso prolongado de la acción argumental y la reflexión erotológica: más allá de la uniformidad aparente que parece mostrar la larga serie de capítulos de la adaptación castellana, subyace aún en ella la tramoya compositiva diseñada por Jacopo Caviceo.

Así pues, se puede explicar la estructura del *Libro de Peregrino* a través de *Il Peregrino*, con los únicos cambios y salvedades (más bien paratextuales) propiciados por la dispar numeración de los capítulos¹⁸⁸.

El primer núcleo (con diferencia el más largo de la narración) se extiende del Capítulo I al LXXI. Los acontecimientos, como más arriba ya se ha explicado, se desencadenan al caer Peregrino en las redes de Amor. Tras unos momentos de ataraxia, decide el joven recurrir a Viente, pero Ginebra es aún del todo reacia a responder positivamente (Capítulos I-VII); sólo cuando Astana, una sirviente de su familia, entra en el juego de intermediación se decide la doncella a ablandar su corazón. Enterado de esto y completamente desesperado, Peregrino hace todo lo posible por encontrarse con ella, hasta el punto de verse envuelto en un turbio asunto

¹⁸⁸ Resulta más que comprensible la fidelidad que en este aspecto muestra Díaz: despojado de muchos de sus envoltorios y de todas las referencias que lo convertían en una novela en clave, es obvio que el *Peregrino* habría perdido toda su razón de ser si la estructura fundamental se hubiera visto también alterada significativamente en su vertido al castellano.

judicial en el que se le acusa de haber dado muerte a otro mancebo (Capítulos VIII-XVIII). Por fin juntos, se suceden los episodios de celos y comienzan los sufrimientos: Amor es quien los propicia, y los dolores y penurias pesan más en la balanza de los amantes que las retribuciones (XIX-L). Peregrino, que a esas alturas ha traspasado muchos límites de decoro social (el juicio ya mencionado, pero también, entre otras cosas, la profanación de una capilla, la peligrosísima estancia clandestina en casa de Ginebra y el ridículo ante otros caballeros al sentirse celoso sin ningún fundamento), comete un terrible error y traiciona a Ginebra: una noche recorre los albañares de la ciudad en busca del lecho de su amada; pero en lugar de llegar a la estancia de Ginebra, se encuentra a Cinthia y con ella se desahoga pasionalmente. Los celos de Ginebra, bien fundamentados, y un nuevo juicio público ponen en peligro toda la relación y añade aún más sufrimiento a los ya de por sí atormentados protagonistas. Peregrino se defiende (con dosis proporcionales de habilidad y cinismo) y logra el perdón de Ginebra, de la que recibe un rico cinto en señal de confianza. En un nuevo giro, y como cierre de esta primera parte, Ginebra se finge enferma y empuja a Peregrino a su primer periplo.

El segundo núcleo del libro propone, como antes se mencionaba, un prolijo catálogo de peligros para el amante y, en paralelo, el primer paso de la expiación amorosa que ha de culminar en el último tramo de la obra. De esta forma, Peregrino parte a limpiar sus culpas a un monasterio del monte Sión (se trata, sobre todo, de redimir el sacrilegio que cometió al ocultarse en una imagen de Santa Catalina, a la que está consagrado el lugar). En todo momento lo acompaña Achates, que conversación tras conversación irá poniendo cordura y calma a las desmesuras sentimentales de su señor. Su viaje de retorno es amargo, ya que son hechos prisioneros y pasan a ser esclavos de un poderoso *soldán*. Se trata del entorno perfecto para valorar los sufrimientos materiales frente a los propiciados por Amor: por supuesto, y desoyendo siempre la prudencia de Achates (que no deja de exponerle con mesuradas razones lo pernicioso de su enamoramiento), Peregrino afirma que mayor y más tirana penitencia resulta la amorosa frente a cualquier otra, por degradante que sea (Capítulos LXXII-LXXV). Caballero y sirviente consiguen regresar a la ciudad y, acto seguido, comienzan las tiranteces más graves entre Peregrino y Ginebra, al tiempo que se superponen las mentiras, conjuras y traiciones

dentro de la casa de la joven. Peregrino se entera de los planes futuros de Anastasia y Angelo para su hija, que pasan por el matrimonio concertado con otro hombre, y Ginebra amenaza en firme con entrar en un convento si no se escucha su opinión al respecto. El cinto que como prenda de amor guarda Peregrino desde el primer tramo de la obra embrolla todavía más la situación y propicia la precipitación de los acontecimientos: Anastasia sabe que su hija está enamorada, y empleará todas sus artes para impedir el éxito de la relación; Astana, hasta ese momento fiel a Ginebra y Peregrino, opta por el camino de la traición al alinearse en el bando materno. Angelo, que hasta entonces apenas había sido una intuida sombra de autoridad, toma cartas en el asunto (Capítulos LXXVI-CXIV). Peregrino ha conseguido burlar siempre todos los aislamientos de Ginebra, pero en esta ocasión pierde su pista por completo (sabe que está encerrada en un convento, pero no su ubicación; Capítulos CXV-CXVII): este segundo viaje, el definitivo, supondrá (por su calidad de martirio, por la puesta en divino a la que es forzado el amante) el comienzo del desenlace.

La peregrinación mediterránea del protagonista se inicia en el extenso Capítulo CXVIII y supone, a medida que los territorios visitados se hacen más exóticos, una paulatina profundización del sentimiento amoroso, que va aligerando su carga carnal hasta llegar a un resignado punto de honda espiritualidad: no en vano, la primera visita la hace Peregrino a una *sacerdotissa* experta en artes adivinatorias, pero poco a poco la astrología y las reminiscencias sibilares grecolatinas irán dando paso a la perspectiva del amor divino de los religiosos que lo acogen. Primero Polimio, morador de *Cirenes*, previene a Peregrino de la perniciosa pasión carnal; más tarde, el muy reticente Anselmo, de Damasco, viajará con él al Otro Mundo. Este descenso abisal (Capítulos CXX-CXXX) conmueve a Peregrino y lo saca (aunque él aún no lo perciba) de su trance amoroso; el recorrido lo aboca al matrimonio con Ginebra, pues comprende el dolor eterno de las almas pecadoras, cuyo lamento lo sobrecoge en lo más hondo, y la gloria que alcanzan (en este punto incluye Díaz una breve galería de piadosos enamorados castellanos) aquellos que, siguiendo el amor divino, reprimen la sensualidad en favor de la medida de la razón. Además, en el plano meramente argumental, el pasaje sirve para que Astana, muerta ya y condenada, declare el paradero de Ginebra. Peregrino se despide de Anselmo

(Capítulo CXXXI) y emprende, en cierto modo renovado, la búsqueda de su amada¹⁸⁹. Pero el destino aún le depara muchos tumbos y recodos: tras visitar unos cuantos monasterios, Peregrino y Achates (que de su señor no se separa ni un segundo) quedan por descuido olvidados en Macedonia y comienzan una breve peripecia pastoril¹⁹⁰ (Capítulos CXXXII-CXXXIV). Salen de allí para encontrarse en la isla *Diomedea*, donde conoce a Ernio (un *religioso cavallero* al que en los titulillos de estos episodios en ocasiones se le llama también Vanegas); el debate con Ernio termina, si cabe, de convencer más a Peregrino, que cada vez más maduro y trabajado por los acontecimientos, claramente persigue ya un amor muy distinto al que dejó en su patria (Capítulos CXXXV-CXXXVIII). Una *princesa* lo acogerá más tarde en su *granjería* y le ofrecerá un banquete (se trata de Elisabeta Malatesta y de su palacio de Rímini, pero Díaz ha borrado todo rastro del original también en este caso); el ejemplo que le cuenta (*una novela como istoria*, CXXXIX) lo empuja a seguir purgándose, a continuar en el camino del amor bien enfocado, leal, puro y provechoso.

Es apresado en su nueva travesía y termina su accidentada singladura en Lisboa (Capítulos CXL-CXLIII); allí intermedia entre el Rey y la Reina y sale airoso de las intrigas cortesanas en las que toma partido (CXLIV-CLXLVI). Su recorrido lo lleva a atravesar la Península Ibérica; tras muchos rodeos, llega a Rávena (Áurea en el titulillo, CXLVIII) y comienza los intentos por entrevistarse con Ginebra.

Los acontecimientos, una vez alcanzado el reencuentro y tras consumarse el matrimonio, se precipitan (y lo hacen en una simultaneidad de espacios admirable): Viante aprovecha la enfermedad de Anastasia para ablandarla, mientras Achates falsifica las cartas de la abadesa del convento para convencer de lo inevitable a Angelo. De esta manera, antes incluso de su regreso a la ciudad, los amantes no sólo han tenido ya ocasión de conocerse carnalmente, sino que ya se han casado dos veces (Capítulos CLVI-CLXXII). Achates y Peregrino urden una estratagema para volver a la patria, donde las familias (enconadas desde tiempos lejanos) se reconcilian; se

¹⁸⁹ Nótese, a partir de este punto, la reminiscencia dantesca: perdido en mitad del marasmo, el protagonista desciende al Infierno para purificarse y, tras purgar sus culpas, encontrar la verdadera esencia del amor y su conjunción óptima. Este detalle no le debió de pasar, en absoluto, desapercibido a Hernando Díaz a la hora de acometer la adaptación de esta tercera parte de la novela; tampoco el hecho de que en la *Triste delectación* ocurra lo propio.

¹⁹⁰ Muy rústica, real y prosaica para entenderla propia del género de pastores.

celebra con enorme boato un tercer matrimonio, los recién casados conciben y pronto tienen un hijo. Ginebra fallece muy poco después del parto y Peregrino la acompaña casi acto seguido (CXCVIII-CCVIII).

11. Una escueta nota sobre los protagonistas de la obra

11.1. Peregrino

Más allá de lo que el personaje de Peregrino significa en el original y dejando a un lado las concomitancias biográficas en clave que sobre sí mismo dejó en él trazadas Caviceo, no cabe duda de que el protagonista de la novela, el personaje en torno al cual giran todas las desventuras de la obra, sirve a la perfección a los propósitos iniciales de Díaz: si la narración va dedicada a un noble que empieza a gobernar y a gobernarse, ¿qué mejor que retratar la tortuosa vida de un caballero de noble familia que, por desnortado y amador, ha perdido todos los rasgos distintivos que poseía, todas las ventajas connaturales que lo adornaban? Acaba de salir del período vital en el que las niñerías y las inconsistencias estarían permitidas, pero se ha topado de bruces con Amor, y se ha convertido en una testaruda, iracunda e irreflexiva caricatura del hombre que debería haber sido en pocos años. Es un camino sin retorno, una vía vedada que sólo puede sortearse con dominio personal y sabios consejos; el infludo del enamoramiento es demasiado poderoso y los consejos que recibe Peregrino o bien son erróneos o bien quedan desoídos en aras de la locura amorosa. El joven se ha rendido (y eso que él pensaba, arrogante, ser del todo inmune a cualquier ataque de ese cariz) a las embestidas de la sensualidad. La sombra del prólogo se proyecta, como sucede en otros aspectos de la obra, en Peregrino: nada debe empañar la obligación de nobleza, y ciertamente Amor es el peligro más importante, el escollo más difícil de sortear en la singladura del deber. Díaz advierte a su mecenas, así pues, con el afán didáctico que lo caracteriza.

La novela, por lo tanto, recalca que el proceso de destrucción de Peregrino afecta tanto al ámbito público en el que se mueve el joven como a su esfera íntima y privada. El desmoronamiento es total: al convertirse el personaje en un *contrafactum* del prototipo de joven noble, desatiende todas sus obligaciones ciudadanas, renuncia por desinterés y omisión a todos sus privilegios familiares, recurre a una confianza impropia con sus sirvientes y, por último, va borrándose a sí mismo a fuerza de vejaciones, penurias, castigos y viajes autoimpuestos. La condición de enamorado se

superpone a todas las demás hasta anularlas: una vez prendida la llama de Amor, Peregrino no hace sino avivar la hoguera en la que su reputación y su existencia se consumen hasta reducirse a pavesas. En consecuencia, en buena lógica narrativa, el desatino de sus acciones sólo puede acabar con la muerte.

Las degradaciones a las que Peregrino es sometido por causa de Amor son casi inconcebibles: los juicios por los que sucesivamente debe penar (p. 234 y ss.), la figura de Santa Catalina y el altar en los que se esconde para aproximarse, incluso en sagrado, a su amada (p. 311 y p. 269, respectivamente), la lejía que lo baña mientras está escondido cerca de la casa familiar de Ginebra (p. 225 y ss.), los albañares que debe recorrer para aplacar la pasión que lo consume (p. 318 y ss.), el cautiverio y esclavitud que le deparan los sarracenos sin mediar guerra ninguna, etc.; en la esfera privada, los llantos, las enajenaciones, desmayos, desvanecimientos, vergüenzas, descuidos de la hacienda y la heredad, los problemas familiares (como los que sostiene, incluso terminados ya los viajes, con su madre), el empequeñecimiento de su categoría en la casa, hasta el punto de tener que tratar temas escabrosos con los sirvientes, subvirtiendo el orden natural de todas las escalas de mando.

Por todo eso, en lugar de plantearse en la obra una peregrinación profana, casi sacrílega, dedicada a un dios Amor que sólo proporciona penurias y cuya ley aplasta la Ley, los dos viajes de Peregrino (y muy especialmente el segundo de ellos) se despliegan como una búsqueda de la perfección. Al cabo son una larga penitencia redentora, una expiación del ridículo por el que Amor ha guiado sus pasos desde el instante del enamoramiento. Peregrino debe morir, pero lo hará habiendo cumplido una purificación obligatoria.

Asimismo, resulta más que interesante la elección del nombre del protagonista: Peregrino es, sin duda, un apelativo que disfrazaba el nombre de pila de Caviceo. Peregrino es Jacopo, Peregrino es Giacomo¹⁹¹. Este efecto, por el cual desciende el autor al plano ficticio de su propia narración, pierde mucho de su sentido último en la adaptación castellana, al diluirse, como ya se ha explicado, todo asidero a la clave de lectura de la novela. La intención de presentarse al propio autor

¹⁹¹ No parecen suficientes a este respecto las conjeturas de Vignali: «[Peregrino] preannuncia la qualità di pellegrino del personaggio, e forse richiama anche il nome di Bianca Maria Pellegrino d'Ariluno, amante di Pier Maria Rossi» (*op. cit.*, XVII).

como testigo directo y protagonista de unos hechos que se validan a través del diálogo filosófico y la ficción ejemplarizante está en la causa del desdoblamiento narrativo de Caviceo, pero el artificio no se mantiene en Díaz. Aun así, el polifacético juego nominal determina no pocos elementos del desarrollo del texto, como a continuación se explicará. Escribe Caviceo, al narrar el primer encuentro de Peregrino y Ginebra, que el primero de mayo asiste a la eucaristía a escuchar el sermón:

Et per lo natale giorno de li apostolici Iacobo e Philipppo, era la difficultà de la materia non men ioconda che ardua.¹⁹²

A primera vista, parece mencionar Caviceo a San Felipe Apóstol y a su discípulo Santiago el Menor. Pero lo cierto es que algo en la fecha mencionada (que no encaja con los santorales de la época) hace dudar de que Caviceo hable, en último sentido, de ellos: bajo estos nombres a buen seguro subyacen los de San Peregrino Laziosi y San Felipe Benizi. Caviceo llevaba muy a gala (como atestigua ya Giorgio Ambrosi en su biografía del autor de 1513) haber nacido el 1 de mayo; a su vez, San Peregrino, nacido en Forlì hacia 1565, había muerto el primer día de mayo de 1345 y desde ese momento, sin estar aún canonizado (su beatificación llegó en 1645 y fue reconocido como santo en 1671), su culto se había hecho, sobre todo en esa fecha primaveral¹⁹³, masivo en la Emilia-Romaña (se dice que por los milagros que obró ya moribundo, no fue enterrado, sino conservado en una hornacina en su Forlì natal¹⁹⁴). Es probable, por lo tanto, que Caviceo soslaye la raíz popular del acto al que asiste su protagonista, pero lo innegable es que el personaje nace para la ficción en ese momento y que es consecuentemente bautizado según los usos de su región de origen: es Peregrino por San Peregrino de Forlì.

¹⁹² Según la edición de Vignali, *op. cit.*, p. 6. Vignali directamente anota el pasaje como si de Santiago el Mayor se tratase, cuando en realidad no lo es (*op. cit.*, p.458). En la adaptación de Díaz: «Y por el día que era, de San Filipo y Santiago, era la materia del sermón no menos aplazible que dificultosa, cuando del Padre y del Hijo se prueva una essencia y omnipotencia.» (p. 185).

¹⁹³ En la actualidad, de hecho, su culto sigue reservándose a esa jornada.

¹⁹⁴ San Felipe Benizio, tampoco canonizado en el momento de la redacción de *Il Peregrino*, lo acogió en la Orden de los Siervos de María. Seguramente por ello juega Caviceo aquí con el nombre del apóstol.

Pero las superposiciones no terminan en este punto. De nuevo afanándose en su intención totalizadora, Caviceo se remite para crear su trasunto literario a los dos apóstoles llamados Santiago. ¿Cómo encaja en este esquema de cajas chinas el nombre de pila de Caviceo? Aceptando lo antes expresado sobre San Peregrino Laziosi, ¿por qué hacerlo coincidir al unísono con Santiago el Mayor y con Santiago de Alfeo? A continuación se verifica que no sólo por la homonimia que se plantea con el apelativo del novelista, sino también por superposición de los atributos de ambos apóstoles con las características del personaje de Peregrino.

En primer lugar, Peregrino pone de excusa una peregrinación a Santiago de Compostela para iniciar su segundo viaje, crucial en la expiación de sus culpas de amor:

sotto pretexto di volere visitare lo apostolo di Galicia, impretata la venia da la mia chara genitrice e da li confidenti, insieme cum Achate me departì. [...] Finisse il libro secundo del Peregrino.¹⁹⁵

El paralelismo con Santiago el Mayor es nítido: la peregrinación purificadora, si bien no desemboca en Galicia, sí parte de la carnalidad para desembocar en el amor divino. Por supuesto, en los naufragios sucesivos de Peregrino también subyace la traslación de Santiago a Galicia, ya que ambos periplos no se inician y guían sino por el noble fin de la consagración a Dios. Es más que probable que el ilustrador de la obra italiana fuera consciente de esta coincidencia, ya que en la edición de 1508 se retrata a Achates (bajo el rótulo *Hacate*) con vestimentas comunes, mientras acompaña¹⁹⁶ al protagonista (*Peregrin*), ataviado con un característico sombrero de romería y equipado con un zurrón, un báculo y una capa (probablemente cerrada con esclavina) no muy diferente a la que popularmente presenta Santiago el Mayor en la iconografía popular que lo retrata como peregrino¹⁹⁷.

¹⁹⁵ Según la edición de Vignali, *op. cit.*, p. 237. En Díaz «so color de querer visitar el apóstol de Galicia y de aí a otras muchas romerías, impetrada la licencia de la mi amada madre y de mis amigos, junto con Achates me partí.» (p. 461)

¹⁹⁶ El gesto del sirviente parece aquí, por lo demás, elocuentemente disuasorio.

¹⁹⁷ Nada de esto se aprecia en la ilustración que sirve de portada a las ediciones castellanas de 1527, 1545 y 1548. Tal vez una de las xilografías de 1516 sí lo refiera a vuelapluma (sobre todo en lo que al tocado de Peregrino se refiere). Cabe preguntarse hasta qué punto el lector español comprendería como parlante el nombre: seguramente, de hecho el apelativo del protagonista sugiriera al unísono los

Por otro lado, en *La Leyenda Dorada* se lee lo siguiente sobre Santiago el Menor:

Santiago en latín se dice *Jacobus*, y *Jacobus* significa dos cosas: *preparador* y *suplantador*, entendiéndose por suplantador, echar la zancadilla y hacer caer a alguien que camina de prisa. Pero, si nos atenemos a la etimología, la palabra *jacobus* proviene, o de *ia* (Dios) y de *cobar* (carga, peso), o de *jacopus*, que a su vez deriva de *jaculo* (dardo) y de *cope* (herida), y equivale a *herido por dardos*.¹⁹⁸

No cabe duda de que Caviceo tenía en mente todas estas elucubraciones etimológicas a la hora de construir su personaje, sobre todo en lo que a los dardos del amor se refiere. Pero son incluso más elocuentes las coincidencias argumentales que se observan al analizar las explicaciones que a esta entrada dedica Santiago de la Vorágine:

Este apóstol fue *preparador*, *suplantador*, *peso divino* y *herido por dardos*. Veámoslo:

Fue *preparador* de su cuerpo en cuanto que lo dispuso convenientemente para la ejecución de toda clase de obras buenas. Dice San Gregorio Niseno que las malas pasiones suelen provenir de alguna de estas tres causas: de la mala conducta, procedente a su vez de una educación también mala; de desarreglos corporales; de la ignorancia. Estas deficiencias, pueden remediarse de la siguiente manera: la primera, con un buen comportamiento; la segunda, con un buen funcionamiento orgánico; la tercera, con instrucción doctrinal adecuada. A estos tres procedimientos recurrió Santiago, quien en efecto, mediante un buen comportamiento, un buen funcionamiento corporal y una excelente instrucción doctrinal, estuvo siempre preparado y en condiciones de realizar buenas obras.

Fue *suplantador* del mundo y del diablo: del mundo, por el menosprecio con que lo miró; y del diablo, porque lo zancadilleó y venció.

Fue *peso divino*, por la gravedad de sus costumbres.

Fue *herido por dardos*, como lo prueban las circunstancias de su martirio. (*id.*)

En efecto, Peregrino tiene una correcta disposición espiritual y corporal hasta que topa con Amor, de manera que tiene que corregirse en los tres ámbitos que enumera *La Leyenda Dorada*: debe recuperar su comportamiento (como ya se ha dicho, distorsionado tanto en lo íntimo como en lo social); debe, como de la enfermedad que de hecho se trata, sacar la pasión de su cuerpo (sobre todo en su dimensión de

conceptos de peregrinación y de excepcionalidad (recuérdese que tal acepción conserva aún hoy el término *peregrino*). Véase la lámina *j* del repertorio adjunto al presente estudio (p. 172).

¹⁹⁸ Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada*, ed. Fray José Macías, Madrid, Alianza, 1982, p. 279.

aegritudo amoris); y, por último, recibir una disciplina doctrinal (como de hecho hace en su segunda peregrinación, y muy especialmente en su descenso al Infierno, gracias a los clérigos que lo acompañan y adiestran). Por otra parte, Peregrino menosprecia el mundo en muchas ocasiones (de la Vorágine llega a decir que Santiago el Menor es *fugitivo* por su desprecio de las cosas materiales), pero enfoca mal su distanciamiento, ya que sólo lo hace por amor divino al final de sus días. Por supuesto, se convierte en esposo y padre cuando la vida lo ha hecho grave y juicioso: sólo entonces es capaz de transmitir su valía. En postrera instancia, el martirio al que Peregrino es sometido por las flechas de Amor le supone la muerte, pero también la redención completa.¹⁹⁹

Si la fuente de *La Leyenda* se evidencia en la estructura misma de la novela, no menos clara se perfila en el fondo la figura de Eneas. Caviceo tiene en mente que *el pío Eneas* es el ideal al que debe aspirar a imitar su protagonista. Como él, Peregrino caerá en un primer encuentro sexual erróneo (Cintia corre paralela aquí a Dido); como él, recorrerá puerto a puerto el mundo conocido y descenderá al Infierno; como él, tendrá un Achates (literalmente) que lo acompañe y rescate en cualquier ocasión; como él impondrá la paz, se sobrepondrá a un matrimonio acordado (recuérdese el caso de Lavinia y Turno) y dará al mundo, una vez fundada la casa familiar sobre una base divina, un hijo que perpetúe los más altos valores humanos (repárese en el hecho de que Caviceo sonorosamente llama Alejandro al hijo casi póstumo de los enamorados)²⁰⁰.

Tanto las fuentes literarias como el santoral hacen que Peregrino tenga las características prototípicas de un *homo viator* y que sus peripecias ilustren con mucha exactitud una *peregrinatio uitae* en la que confluyen (como es habitual en Caviceo) las vertientes profanas y religiosas del *cronotopo* del camino, así como variantes argumentales que van de la mera aventura bizantina al equívoco sentimental, pasando por el sacrificio inherente a la expiación sagrada²⁰¹. No de otra

¹⁹⁹ Por supuesto, tampoco puede soslayarse el hecho de que Ferrara fuera en ese momento una de las más importantes ciudades de paso de peregrinos a Roma, como bien lo atestigua, entre otras cosas, la existencia en su catedral de una *Puerta de los Peregrinos*.

²⁰⁰ Recuérdese, por último, que Eneas es, con todo lo que ello acarrea, hijo de Venus.

²⁰¹ Véase, para una tipología desglosada, González Rovira, Javier, *La novela bizantina de la Edad de Oro*, Madrid, Gredos, 1996 (en especial pp. 130-134) y, como referencia primordial, Bajtin, Mijail, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989 (particularmente, pp. 239-282). Como se

manera funciona simbólicamente la figura de un peregrino; así, como si en la obra de Caviceo estuviera expresamente pensando, lo explica Juan Eduardo Cirlot:

La idea de hombre como peregrino y de la vida como peregrinación es común a muchos pueblos y tradiciones, concordando ya con el gran mito del origen celeste del hombre, su “caída” y su aspiración a retornar a la patria celestial, todo lo cual da al ser humano un carácter de extranjería en la morada terrestre a la vez que una transitoriedad a todos sus pasos por la misma. El hombre parte y regresa (*exitus, reditus*) a su lugar de origen. Precisamente porque la existencia es una peregrinación, ésta tiene valor como acto religioso. En el simbolismo del peregrino entran también todos los atributos de éste: la concha, el cayado o báculo, el pozo con el agua de la salvación que se encuentra a su paso, el camino, el manto, etc. Tiene este símbolo relación con el del laberinto. Peregrinar es comprender el laberinto como tal y tender a superarlo para llegar al *centro*.²⁰²

11.2. Ginebra

La *Genevera* italiana se convierte en la adaptación castellana en *Ginebra*²⁰³. Esto provoca que una de las explicaciones originales para el nombre parlante de la protagonista se desvanezca:

e cum forte e sagace animo feci ogni conato per intendere il nome de quela signora, qual era Genevera, che al iudicio mio altro significare non vuole, se no che de ogni humana cosa creata egli è vera genitrice.²⁰⁴

Así, esta forzada etimología pierde todo sentido en Díaz:

y con fuerte y sagaz ánimo intenté de saber el nombre de aquella señora, el cual era Ginebra, que según mi juicio otra cosa no significa sino de todas las cosas humanas verdadera genitrix y madre. (p. 188)

comprobará, fiel a su pretensión totalizadora, en las de Peregrino engloba Caviceo las peregrinaciones puramente simbólicas y las más prosaicas, las del amante desdeñado, las de aquellos amadores que creen perdida a su amada, las que conllevan una promesa, las que implican aprendizaje divino, las que son simple marco de una narración subordinada o excusa para un diálogo sobre amor, etc.

²⁰² Cirlot, Juan Eduardo, *Diccionario de símbolos*, Madrid, Siruela, 1997, pp. 363-364.

²⁰³ Es posible que Díaz conserve otra superposición más al adaptar el nombre de esa manera: es más que probable que Caviceo juegue con las características mitológicas del enebro, un junípero de la familia de los cipreses, plantas todas ellas consagradas, desde la Antigüedad Clásica, a Venus.

²⁰⁴ *Op. cit.*, p.8. A esta cita se refiere exclusivamente Vignali para explicar el nombre parlante de la protagonista femenina de la novela.

Lo que no se difumina sino que, muy al contrario, se muestra con mayor relieve en la adaptación castellana es la referencia a la materia artúrica: sin duda, debía de constituir un atractivo para los lectores potenciales, y no en vano así lo van reflejando los títulos escogidos para las sucesivas ediciones cromberguianas (lo cual, a su vez, se constituye en marca de género al enlazar con la acusada tendencia de etiquetar las ficciones sentimentales con títulos bipartitos en los que el nombre del enamorado precede al de la amada). ¿Ya estaba presente esta reminiscencia en la obra de Caviceo? Aunque otros autores no la mencionen en sus monografías, sí lo estaba, y constituía un elemento importantísimo para la caracterización del personaje.

De esta forma, no sólo el nombre fluctúa en las ediciones italianas entre *Genevera* y *Ginevra*, y no sólo supone, en paralelo a la reina, un símbolo del amor prohibido (no por adulterio en este caso, sino por un inflexible veto familiar), sino que, más allá de eso, remite a la catedral de Módena, con toda probabilidad la iglesia en cuyo interior conoce Peregrino (que dice de sí mismo *la patria fu Modena*) a su enamorada. De este modo, se lee lo siguiente en la entrada que Carlos Alvar le dedica a Ginebra en su *Diccionario de mitología artúrica*:

Debieron existir muchas versiones diferentes del rapto de Ginebra, anteriores, incluso, a Chétien, como demuestra el famoso bajo relieve de la catedral de Módena, donde, hacia 1106, un escultor lombardo esculpió una variante de la historia.²⁰⁵

En efecto, los habitantes de Módena sólo tenían que entrar a su *duomo* románico por la *Puerta de la Pescheria* (en un primer momento, *delle Beccherie*) para contemplar, grabada en la arquivolta, una escena artúrica que tenía como principal personaje femenino a Ginebra (en la piedra nombrada como *Winloge*, lo cual quizás añade un toque erudito al recordatorio de Caviceo). Peregrino accede a la ficción al caer enamorado, por la vista, de una mujer de todo punto imposible: no otra cosa simboliza esta superposición de narración y realidad. La polisemia de tal caracterización había de resultarle alada y sugestiva a todos los que frecuentaran o conocieran la portada.

²⁰⁵ Alvar, Carlos, *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza, 1991, p. 191.

Por lo demás, hay que destacar que la figura de la protagonista es en todo momento virginal (pues, al tiempo, permanece intocada pero es madre de todo lo creado), juiciosa (en más de una ocasión se dice de ella que es una muchachita con prudencia de vieja) y digna. A esos ideales, como se ha visto, ha de tender Peregrino, en ellos ha de desembocar su penitencia. Él se equivoca al interpretarla como si de Venus se tratase: las señales, como en el encuentro de Dante con Beatriz, son inequívocas, y sólo podrá consumarse el amor (despojado de cualquier traza de pasión, carne o impureza) cuando el amador limpie para siempre sus sentimientos. Ella aguarda en una iglesia porque su trofeo es la correspondencia casta. Peregrino rodea a lo largo de su historia ese *centro del laberinto* y sólo es digno de alcanzarlo, a través del matrimonio, tras haber transitado por las más bajas regiones de la existencia humana.

11.3. Viante, Astana, Achates

En lo que se refiere a los tres principales intermediarios de los amores de Peregrino y Ginebra, cabe decir que el entramado urdido por Caviceo es fielmente respetado por Díaz.

Viante (*Iolanda* y *Violante* en la versión italiana, quizás por exhibición de conocimientos de griego clásico²⁰⁶) es fiel a Peregrino en todo momento, incluso cuando su edad y honorabilidad lo desaconsejan. No es la suya una intervención celestinesca, sino de igual a igual para con los enamorados. Su discreción y su autoridad provienen de la edad, pero también de su posición social, cosa en la que se distingue decisivamente de la *puta vieja* de Rojas. Nadie teme, con razón, sus actos. Es respetable de principio a fin, en cada una de las etapas de la conciliación amorosa.

Astana, sin embargo, es una sirvienta de la casa de Angelo (*Angiolo* en Caviceo) y Anastasia (cuyo nombre fluctúa entre *Anestasia* y *Anastasia* en el texto

²⁰⁶ Y, tal vez, en castellano *Viante* por su condición de posibilitadora: ella es siempre la que marca los caminos adecuados, las vías de acceso de Peregrino a sus anhelos. Quizás, por añadidura, Hernando Díaz evitase a sabiendas el nombre de *Violante* por la licenciosísima vida de una de las protagonistas (homónima exacta del personaje de Caviceo) de la *Carajicomedia*, de la que se tiene un primer testimonio en 1519: podría conjeturarse que el cambio introducido por Díaz evidencia que ya corría con éxito la obra en el entorno de 1515.

italiano), padres de Ginebra, y es a ellos a quienes se debe por entero: cuando ha de decidir entre la fidelidad a la joven o el servicio a sus progenitores, elige traicionar a la doncella. Se trata de una actitud coherente, egoísta pero en absoluto censurable. Ante dos deberes contradictorios, Astana elige el más lógico. Hay que notar que el cinto que desencadena la pelea definitiva no está vinculado a envidias o a complejas avaricias monetarias (elementos celestinescos que de nuevo no se hallan presentes en la caracterización de los personajes del *Peregrino*), y que de hecho, gracias a su delación inicia Peregrino el viaje que habrá de desembocar en el matrimonio: cuando el joven encuentra el alma doliente de Astana en el Infierno, en cierto sentido sella una reconciliación argumental. Sin Astana tal vez el amor sólo se habría consumado en su vertiente pasional, es decir, de manera errónea y contraria al mensaje último de la obra. No es, pues, Astana en absoluto un personaje redondo, sino un tipo al servicio de la arquitectura general de la novela.

Y nada tiene tampoco Achates que ver con los sirvientes de Calisto, nada en absoluto que ver con las interacciones de poder celestinescas la relación que mantienen el viajero enamorado y su infatigable compañero. Ha de tenerse en cuenta que la mezquindad moral (y sobre todo la fundamentada en el materialismo) no aparece ni de soslayo en toda la novela de Caviceo: las tachas de los personajes surgen de la acumulación de acontecimientos, en muchas ocasiones generados por conductas adoptadas de manera poco reflexiva, pero nunca de una indecorosa avaricia vital. Así, los padres de Ginebra interpretan por naturaleza su papel de obstaculizadores y Astana, como ya se ha visto, comete la más leve de las traiciones a las que se ve abocada por la onda expansiva del amor de Peregrino. Todos los personajes, de una manera u otra, ven trastocada su cotidianeidad (la región de la ficción que no habría sido tal, el devenir tranquilo que no habría sido en modo alguno materia narrativa), pero ninguno de ellos se plantea siquiera la situación como una oportunidad de negocio. Achates representa a la perfección el funcionamiento de este mecanismo.

De esta forma, y de nuevo con la *Eneida* en mente, Caviceo dota al protagonista de un instrumento valiosísimo, que le ayudará con suma eficacia a llevar adelante todos sus planes. En cierto sentido, las quejas que ante multitud de actos ciertamente inopinados formula Achates (siempre, como saben de antemano ambos

personajes, estériles) son el reverso de la moneda lanzada al aire por Peregrino: él es el cómplice necesario en todo momento (en especial cuando el enamorado se introduce en una imagen y profana el lugar sagrado con palabras indisimuladamente pasionales, y más aun, pues la artimaña desembocará en el matrimonio de los jóvenes, cuando el sirviente falsifica la correspondencia entre Angelo y la abadesa), pero no ahorra a su amo la dureza de una argumentación racional que en todo punto y momento le es contraria. En esta línea, casi puede entenderse a Achates como un desdoblamiento de Peregrino, necesario para el devenir del argumento como entidad diferenciada; noble y culto como él; decidido y arrojado, pero consciente de la temeridad.

Sin duda, el relieve del Achates de Caviceo y Díaz es mucho mayor que el del personaje original presentado por Virgilio, que llega en ocasiones a ser tan pequeño en comparación con Eneas, que pasa inadvertido (tanto es así, que en no pocos pasajes de la *Eneida* sabe el lector que ha estado allí en todo momento mucho después de planteada la peripecia). Y, más allá, no puede dejarse a un lado el hecho, a buen seguro tenido en cuenta por Caviceo, de que Eneas es hijo de la mismísima Venus y de que el Acates de la *Eneida*, por esa familiaridad, se convierte en intermediario y testigo de las relaciones del héroe con su madre y con el mundo sobrenatural (basten como ejemplo, sobre todo, el pasaje del Libro I, vv. 314-585 en el que Eneas y él se encuentran con la diosa y se les concede temporalmente el don de la invisibilidad, y aquel del Libro VI (156-62) en el que reciben y comentan a solas las profecías de la Sibila)²⁰⁷. No parece descabellado pensar, por ende, que Caviceo bautiza de esta manera al sirviente de Peregrino, impecable intermediario a lo largo de toda la novela, teniendo en mente los significados simbólicamente venusinos que a su vez, por su entronque con la familia de los cipreses, posee el nombre de Ginebra.

²⁰⁷ Asimismo, para una profundización mayor en la etimología del nombre del personaje (a buen seguro, Caviceo manejaba aquella propuesta por Servio por la que se entroncaba con el ágata), así como para una visión panorámica de su influencia en la épica posterior, AA.VV. *Enciclopedia virgiliana*, Roma, Instituto della Enciclopedia Italiana, 1984-1990, I, pp. 8-9.

12. *Peregrino*, encrucijada y pléyade de géneros y estilos

Peregrino es un gozoso Baldanders narrativo: a cada paso se muestra distinto a sí mismo, siempre proteico, panorámico, cambiante, exhibicionista y abarcador. Por supuesto, el aliento de tan abigarrado mosaico formal y compositivo ha de rastrearse en el empeño totalizador de Caviceo, pero no por ello debe perderse de vista la recepción puramente castellana que hacen Hernando Díaz y (en segundo término, de manera diferida) los lectores de su adaptación, de ese riquísimamente heterogéneo material italiano. Este influjo, al que decisivamente contribuyen las técnicas comerciales de los Cromberger, se incardina asimismo en un momento crucial para la literatura española: se trata del instante preciso en el que varios géneros del siglo XV entran en vía muerta y en el que, en el lado contrario de la balanza, comienzan a forjarse las formas que habrán de delimitar la escritura de los Siglos de Oro. En esta línea, sirva como resumen la valoración que Fernando Gómez Redondo hace del texto de Díaz:

El *Libro de Peregrino*, que contiene todos los motivos y discursos de la ficción sentimental²⁰⁸, ofrece, a la vez, una amalgama de los géneros que se van a probar a lo largo del siglo XVI, de donde el valor de esta traducción. Así, en el *Libro*, y enmarcando las peripecias amorosas de sus protagonistas, se integran piezas menores que alumbran los sentidos con los que debe interpretarse la historia sentimental: muchos de los episodios funcionan como *novellae* y hay personajes que refieren “novelas” con lecciones aplicables a la acción principal; los amadores y sus sirvientes –dos mujeres, Viante y Astana, más un criado, Achates– no actúan sin confirmar sus decisiones con discursos muy variados en los que tratan toda suerte de asuntos, siendo los temas de amor y de la fortuna los analizados con mayor provecho; las peregrinaciones y penitencias a que se ve arrastrada la pareja protagonista acerca la obra a los libros de aventuras y anticipa el orden del bizantinismo que se acaba afirmando en la *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras.²⁰⁹

²⁰⁸ Para una caracterización completa del género de la ficción sentimental, consúltese, Gómez Redondo, Fernando, *Historia de la prosa medieval castellana, III. Los orígenes del Humanismo. El marco cultural de Enrique III y Juan II*, Madrid, Cátedra, 2002, en especial, pp. 3151 y ss. Asimismo, son imprescindibles Cvitanovic, Dinko, *La novela sentimental española*, Madrid, Prensa Española, 1973; Rohland de Langbehn, *La unidad genérica de la novela sentimental española de los siglos XV y XVI*, Londres, Department of Queen Mary and Westfield College, 1999; Cortijo Ocaña, Antonio, *La evolución genérica de la ficción sentimental de los siglos XV y XVI*, Londres, Tamesis, 2001; AA.VV., *Studies on the Spanish sentimental romance. 1440-1550*, ed. Joseph J. Gwara y E. Michael Gerli, Londres, Tamesis, 1997.

²⁰⁹ Gómez Redondo, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento*, Madrid, Cátedra, 2011 (en prensa), pp.1524-1525.

Y añade, como conclusión:

[...] es un compendio de géneros formado para engastar un continuo rimerero de sentencias y de acciones morales, así como de “exemplos” de la Antigüedad, en marcos narrativos que faciliten su asimilación y entendimiento. Tales valores son los que Sequera destaca en sus coplas finales, con ideas muy parecidas a las que envuelven a *La Celestina*.²¹⁰

Clive Griffin (si bien advierte en su artículo sobre el *Peregrino* castellano de lo engañoso del mecanismo comercial que emplearon los Cromberger para difundir el texto de Hernando Díaz y de lo inane que resultaría buscar paralelismos forzados entre la *Celestina* y la novela de Caviceo²¹¹) no deja tampoco de subrayar coincidencias muy dignas de mención entre las dos obras. Por una parte, Jacobo Cromberger había tirado su primera edición celestinesca en torno a 1511, con un éxito que llevó a la imprenta sevillana a reeditar la *Celestina* en por lo menos seis ocasiones más²¹², con resultados realmente influyentes, por ejemplo, en las impresiones italianas del libro de Rojas. En particular resulta interesante, en su opinión, el hincapié que se hace en catalogar la obra de Caviceo adaptada por Díaz de *diálogo*:

The title-page of the c. 1515 Spanish *Peregrino* stressed that the loves of Peregrino and Ginevra ‘por dialogos largamente se cuentan’ and, as we have seen, lively dialogue between the characters is indeed a striking, if not consistent feature of the work. Ironic and realistic dialogue is also one of the most original characteristics of *La Celestina*, although it is more skilfully handled by Rojas.²¹³

A su vez, recuerda Griffin a continuación, ambas obras se difunden con la garantía de aportar al lector no sólo una prosa de alta calidad estilística, sino también una cantidad más que apreciable de provechosísimas sentencias morales. Asimismo resultan, a juicio de Griffin, reseñables los contenidos legales de ambas obras, así como la formación legal que debía de ser común no sólo a Caviceo y Rojas, sino con

²¹⁰ *Ibidem*.

²¹¹ “It would be misleading to pursue these parallels too far”, *op. cit.*, p. 141.

²¹² *Op. cit.*, p. 140.

²¹³ *Ibidem*.

toda probabilidad también a Hernando Díaz e incluso a François Dassy²¹⁴. Por último, añade una lista de similitudes notables, que abarcan tanto aspectos propios de la ficción sentimental puramente enraizada en la tradición medieval, como relecturas paródicas del género amoroso (de las que, cabe recordar, a última hora abjura Peregrino con su regreso definitivo y subsiguiente matrimonio):

Similarities between *La Celestina* and the *Peregrino* are plentiful: both deal with the ill-fated love of a nobleman for an initially inaccessible lady; both contain entertaining and often comic passages of an intense eroticism; in both we see the dire results of servants' greed; both are largely concerned with the unexpected but inescapable reverses of Fortune, with deceit, 'mad' love, and with their consequences.²¹⁵

Más allá de todo esto, se muestra realmente decisivo, por un lado, imbricar la recepción de la obra en el panorama prosístico castellano posterior a la *Celestina* y, por otro no menos importante, delimitar con la mayor precisión posible el influjo que las obras sentimentales castellanas pudieron ejercer en la labor de reelaboración textual acometida por Díaz. En este punto, en suma, es obvio que confluyen los intereses económicos de los impresores sevillanos con un momento de franca definición de un género al que ya le quedan apenas treinta años de recorrido por delante. El eslabón imprescindible para reconstruir el mosaico literario en el que se encuadra el *Peregrino* castellano ha de ser, desde esta perspectiva, la *Penitencia de amor* de Pedro Manuel Ximénez de Urrea²¹⁶, publicada por vez primera en Burgos por Fadrique alemán de Basilea en 1514. Explica Domingo Ynduráin en su edición de la obra:

No es Urrea un autor excepcionalmente dotado para la creación literaria, pero sí posee una notable sensibilidad para apreciar las obras ajenas y un gran entusiasmo por la literatura. En consecuencia, sus producciones son un fiel reflejo de las corrientes dominantes en la época, algo así como una especie de síntesis de lo que se está haciendo e interesa en los ambientes cultos y cortesanos de los primeros años del siglo XVI. Ahora bien, Urrea, que imita, reelabora o desarrolla los motivos y formas de sus modelos, también interpreta, analiza y juzga los dechados que utiliza;

²¹⁴ *Op. cit.* m p. 141.

²¹⁵ *Ibidem*.

²¹⁶ En adelante se citará por Ximénez de Urrea, Pedro Manuel, *Penitencia de amor*, ed. Domingo Ynduráin, Madrid, Akal, 1996.

de este modo proporciona claves muy valiosas para conocer la recepción de las obras capitales en su tiempo y en su ambiente.²¹⁷

En este sentido, la *Celestina* ha de entenderse como el punto de inflexión que perturba de una vez y para siempre el desarrollo de la materia sentimental:

[...] la *Penitencia de amor* es una tardía novela sentimental, lo cual significa que ha sido afectada por la aparición de *Celestina* y por las églogas de Juan del Encina. La *Celestina* sobre todo ejerce una influencia determinante en todas las obras de tema amoroso [...]: de una manera o de otra, el realismo y la visión pesimista de Rojas se filtran en todas las narraciones amorosas, sea que se acepten sus planteamientos, sea que se nieguen y combatan, pero en cualquier caso ahí está la *Celestina* como alternativa frente a las convenciones de la literatura pastoral o caballeresca: el destrozo será irreparable, jamás se recuperará la ingenuidad sencilla y confiada que caracteriza a las primeras novelas sentimentales. (*id.*)

En efecto, *Peregrino* por sus similitudes externas (no tanto, en honor a la verdad, internas) con la *Celestina* bien puede satisfacer la recién nacida curiosidad del lector del primer cuarto del XVI: a pesar de su mensaje último, contiene suficientes pasajes escabrosos, relata traiciones e intereses impropios de la nobleza (de bulto menos redondo, eso sí, que las ingeniadas por Rojas) y plantea, sobre todo al desembocar en el torrente sentimental castellano, un abierto debate con los modelos narrativos desarrollados desde el *Siervo* y apuntalados, a finales del siglo recién concluido, por la *Cárcel de amor*. A esto se añade el ambiente burgués en el que se mueven *Peregrino* y *Ginebra*, a los que Díaz puede disfrazar con calificativos pretéritos (como *cavallero* y *dama*), pero que en realidad respiran en los ambientes burgueses delimitados por la *Fiametta* y, por extensión, por el universo urbano de las *novelle* italianas subsiguientes. En este sentido, recuerda Ynduráin que desde Padrón incluso las referencias directas italianas se tornan en los textos castellanos elevadas, profundamente metafóricas:

Sobre esta serie [*De las ilustres mujeres*, Boccaccio], Padrón reconstruye el proceso completo, la historia total, probablemente estimulado por las *novelle* italianas. Pero el hecho de continuar la serie de amantes clásicos [...] le lleva a situar a sus personajes en el nivel más alto de los caballeros y a dotar a su obra de elementos alegóricos.²¹⁸

²¹⁷ *Op. cit.*, p. 6.

²¹⁸ *Op. cit.*, pp. 11-12.

Y añade acto seguido:

Es procedimiento que ya se había utilizado en la *Sátira de felice e infelice vida* y, en definitiva, es recurso normal en la poesía cancioneril en cuanto los poetas elevan el tono y adoptan una finalidad doctrinal y docente: no es otra la diferencia que Santillana establece entre decidor y trovador y poeta: el poeta, como Imperial, utiliza la alegoría.

La complejidad genérica y la abigarrada factura del *Peregrino* alejan la obra de Caviceo de la de Urrea, pero también algunos otros factores importantes, como la ausencia de matrimonio de la *Penitencia*, que distingue dos maneras muy distintas de expiar la culpa amorosa. Sin embargo ambas (y en esto tiene mucho que ver la mano de Hernando Díaz, que sí ha leído con toda seguridad la *Celestina* y la ha valorado en comparación con los textos del XV) parecen explorar las grietas paródicas que las caracterizaciones de Rojas han abierto en la ficción sentimental. ¿Cómo pueden las normas sentimentales caballerescas adaptarse a un ambiente tan vivamente realista como el que plantea el bachiller?

La *Penitencia* no es ni pretende ser una parodia, pero sí una adaptación de los modelos antiguos a las forzosas nuevas realidades del género, mientras que el *Peregrino* (sin proponérselo Caviceo, pero gracias a la interpretación de Díaz) supone una amplificación de los límites temáticos y formales de la prosa sentimental. De esta manera por ejemplo, el título de la obra (que incluye, además del sustantivo *historia*, los términos *cavallero* y *dama* en 1516 y que se conforma de manera estable en el tópico formato de pareja de 1527 en adelante), las simplificaciones del catálogo de personajes (sobre todo en lo que a la nomenclatura italiana se refiere) o las alteraciones encaminadas a distorsionar en lo posible el ambiente urbano original para sustituirlo por una atmósfera de alegórica nobleza. Al aligerar la deuda de la obra con las *novelle*, Díaz entra con voz propia en el debate abierto tras la brecha celestinesca y no es fantasioso postular que, de haber sido realmente el autor de la obra, habría levantado su prosa sobre las mismas bases que Urrea, caracterizando los personajes a la manera de Rojas, recurriendo al modelo latino de Terencio, entablado conversación intertextual directa con la *Celestina* y empleando un desarrollo elocutivo y argumental muy parecido al de la *Penitencia*. Seguramente el adaptador tiene todo esto en mente al recortar las valoraciones originales sobre la

muerte de Ginebra y transformar el pasaje, muchísimo más largo en Caviceo, en un planto similar al de Pleberio.

Yolanda Iglesias²¹⁹ trae a colación, para explicar la construcción del personaje de Calisto como parodia del amator sentimental, las siguientes palabras de Dorothy Severin:

It is obvious that when the author of Act I of *Celestina* and then Fernando de Rojas decided to create a lover who is a figure of courtly parody, and to borrow the plot of a sentimental romance, they were treading a well-worn path which had already been mapped by the genre itself, right down to the parodic courtly lover ending up dead and (probably) in hell. It is the self-parody in the genre that makes possible the *Celestina* and the later evolution of the novel.²²⁰

Apuntala José Luis Canet:

Se resalta, además, el incumplimiento de las normas cristianas realizado por Calisto, cuya única ansiedad es el goce carnal, llegando muchas veces a caer en la herejía, al confundir el Sumo Bien o la felicidad con la posesión física de la amada, asimilándose así a la idolatría y por tanto contraviniendo el primer mandamiento de la ley divina [...]. Se pinta al perfecto antihéroe, al peor de los “peores”, a aquel que contraviene todas las normas conscientemente, a aquel que rompe con los preceptos establecidos bajo una aparente impunidad. Todo ello bajo una forma cómica y agradable, incluso con una clara parodia a los comportamientos extremos de las ficciones sentimentales en boga. Bajo ese punto de vista no podemos olvidar que la *Celestina* surge en un ambiente claramente universitario, y por tanto es el lugar idóneo para que unos profesores procedentes de la burguesía media critiquen los modelos culturales de una sociedad aristocrática, apartada de la realidad circundante, que se recluyen mediante sus ficciones en modelos cortesés del pasado.²²¹

Y, por lo que se refiere a Melibea, Iglesias añade:

La forma de proceder de Melibea no es la que correspondería a una dama de la novela sentimental: atiende a Celestina en su casa, permite que le exponga la razón de su visita y le brinda ayuda en lo que puede. Las intenciones de Melibea que, a simple vista, podrían calificarse de generosas están muy lejos de serlo, pues lo que ansía es que Celestina pida lo que quiere, “sea lo que fuere”, aun sabiendo que no puede ser nada decente por venir de quien viene [...]. A Melibea no le palpita el

²¹⁹ Iglesias, Yolanda, *Una nueva mirada a la parodia de la novela sentimental en “La Celestina”*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, 2009, p. 73.

²²⁰ Severin, Dorothy, *Religious Parody and the Spanish Sentimental Romance*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 2005, p. 12.

²²¹ Canet Vallés, José Luis, “La *Celestina* y el mundo intelectual de su época”, en *Cinco siglos de Celestina: aportaciones interpretativas*, ed. Rafael Beltrán y José Luis Canet, Valencia, Universidad de Valencia, 1997, p. 54-55.

corazón de temor sino de placer y deseo, razón por la cual no echa a Celestina de su casa.²²²

En el Darino de Urrea se observa el impulso de pasión irrefrenable que rige los movimientos de Calisto (que lo llevará, en consecuencia, a gozar de Finoya de manera brutal y a ignorar la conveniencia del matrimonio), pero aunque la caricatura de Peregrino no es menos desgarrada en varios pasajes (como ya se ha visto, el personaje de Caviceo llega a encontrarse carnalmente con una dama que no es Ginebra, cegado por la oscuridad, por las emanaciones del alcantarillado y por su propia agitación sexual), lo cierto es que el protagonista purga sus culpas a lo largo de todo el texto, vejación tras vejación y, sobre todo, viaje tras viaje, lo cual, para fortuna de Díaz, no deja de estar en evidente sintonía con la prosa del siglo XV castellano. En el *Peregrino* la expiación de la impureza carnal no se sitúa al final de la acción, ni fuera de ella como consecuencia lógica posterior, ni queda inconclusa (como sí sucede con Calisto, muerto ridículamente en plena vorágine de perversión), sino que es la trama misma.

Finoya y, en un grado altísimo, Melibea son mucho menos decorosas que Ginebra, que no deja de cumplir con el lugar común acuñado por multitud de ficciones sentimentales previas a la *Celestina*: la casi niña *vieja de seso*. Mientras aquéllas conceden todo sin marcar las reglas y límites de la relación (cuando no tomando ellas mismas las riendas de la lascivia), ésta impone claras prohibiciones a Peregrino, así como un amplio catálogo de mortificaciones destinadas a transformar el inmanejable erotismo en un casto amor a lo divino. De ahí, por supuesto que el matrimonio y la concepción del hijo marquen el punto de llegada de la ficción.

El mensaje pedagógico es claro y muy provechoso para las intenciones de Díaz: la *Celestina* muestra la desgracia de perseverar en los errores de amor y la *Penitencia* no deja de exponer un tardío, amargo y forzado arrepentimiento; pero historias como el *Peregrino* muestran a jóvenes y doncellas que la purificación siempre está al alcance de la mano, especialmente si uno de los amadores (en este caso, la mujer, inamovible en sus exigencias de honestidad) fuerza al sacrificio a su contraparte.

²²² *Op. cit.*, p. 83. Canet, en esta línea: «Melibea, que una vez ha probado el placer difícilmente se puede apartar de él» (*op. cit.*, *ibidem*).

Para cerrar esta valoración, debemos detener la mirada por un instante en la dimensión dialógica del *Peregrino*, tan explotada por los Cromberger en sus ediciones de la obra. Sin duda, el punto italiano de partida excede los límites fijados al respecto por la ficción sentimental, la *Celestina* y la propia *Penitencia*. Pero, siendo esto cierto, no lo es menos el hecho obvio de que Díaz se siente cómodo al tomar como asidero castellano el intento de Urrea de «elevar la materia de la comedia humanística a un ambiente nobiliario»²²³. La alternancia de enfoques de las conversaciones del *Peregrino*, que van desde los juicios a las hablillas más informales, pasando por los debates de amor y las disquisiciones filosóficas, dignifican el diálogo y, por ende, la comedia, convirtiendo sus recursos compositivos en óptimas herramientas para la transmisión de los valores morales pertinentes.

En lo tocante a los rasgos bizantinos y aventureros que sustentan muchos pasajes de la trama argumental, afirma Menéndez Pelayo en los *Orígenes de la novela española*:

El *Peregrino* no es sólo novela de amores, sino también de aventuras y viajes; abunda en episodios ingeniosos, aunque no siempre honestos, y a pesar de la afectación del estilo, que es archilatinizado, se comprende que en su tiempo gustase. En castellano tuvo seis ediciones, y aunque el Santo Oficio la puso con razón en sus *Índices* desde el año 1559, creemos que sirvió de modelo a Jerónimo de Contreras para su *Selva de aventuras*, y que del título por lo menos se acordó Lope de Vega al escribir *El peregrino en su patria*.²²⁴

En esta misma línea y ponderando en mayor medida la posible influencia del *Peregrino* en la literatura posterior, Antonio Vilanova afirma:

Con *Il Libro del Peregrino* de Jacopo Caviceo, impreso en Parma en 1508, y traducido al castellano con el título de *Historia de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, por un tal Hernando Díaz que se hizo pasar por el verdadero autor de la

²²³ Canet Vallés, José Luis, *De la comedia humanística al teatro representable*, Valencia, UNED/Universidad de Valencia/Universidad de Sevilla, 1993, p. 53.

²²⁴ Menéndez Pelayo, Marcelino, *Orígenes de la novela. Tomo II: Novelas sentimental, bizantina, histórica y pastoril*, Madrid, CSIC, 1961, p. 70. Por lo demás, cabe precisar que el estilo de la adaptación de Díaz no es tan alambicado como lo presenta el erudito cántabro, máxime teniendo en consideración el abigarradísimo lenguaje de la novela italiana original y, al mismo tiempo, el estilo imperante en las obras de temática sentimental, sobre todo desde el magisterio que en ese ámbito de creación imprimen Diego de San Pedro y Rojas. Quizás, asimismo, el eco de la obra de Lope sea lejano y sólo coincidente en lo que se refiere al motivo compositivo común de la peregrinación.

obra, el tema cobra de nuevo actualidad y ejerce una influencia decisiva en la creación de la novela española de aventuras.²²⁵

Y continúa, acentuando la figura del protagonista como hilo conductor de la narración:

Peregrino de amor como el Filocolo, cuya imitación es patente, no sólo en la forma estilística sino también en la concepción novelesca, *Il Peregrino* de Caviceo intenta representar bajo el velo de la alegoría la caprichosa volubilidad de la Fortuna, las angustias y azares de la vida humana, o como él dice, *l'ansietade e procella dell'umana vita*, simbolizados en la peregrinación de su héroe en busca de la hermosa Ginebra. El pretexto sentimental de la peregrinación amorosa, el simbolismo alegórico del hombre como juguete sin voluntad a merced de su destino, y las digresiones moralizadoras con que Ginebra intenta aquietar la pasión sensual de Peregrino y reducirlo a la virtud, contienen ya en germen los elementos esenciales que habrán de caracterizar la novela española de aventuras del segundo Renacimiento. Únicamente su contextura profana, su enfoque vital plenamente renacentista, y su escabrosa sensualidad, le alejan de la pureza esencial y del simbolismo trascendente de la novela del peregrino en el Barroco.²²⁶

A modo de conclusión, y tras constatar de nuevo el éxito editorial de la versión castellana, Vilanova recoge las palabras antes citadas de Menéndez Pelayo para concretar la influencia que el trabajo de Díaz podría haber ejercido en Contreras y Lope:

El tono de desengaño que caracteriza el final del relato, su intención ascética y moralizadora, y algunos episodios dispersos de la acción novelesca, como la entrada de Ginebra en un convento, han inspirado evidentemente ciertos pasajes de la *Selva de Aventuras*. Y aun cuando la fabulosa odisea de Peregrino desde Constantinopla a Chipre, de la India a Macedonia, de Lisboa a Córcega, esté muy lejos de la ascética peregrinación de Luzmán en la *Selva de Aventuras*, no cabe dudar que Contreras se inspiró en el libro de Caviceo en lo que respecta a la concepción de la novela y a la condición de su héroe.²²⁷

²²⁵ Vilanova, Antonio, "El peregrino andante en el *Persiles* de Cervantes", *Boletín de la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona*, 22, 1949, pp.106-107.

²²⁶ *Ibidem*. Tal vez, no obstante, el análisis de Vilanova soslaya aquí en demasía los factores de advertencia a los amadores que subyacen en la estructura más íntima de la novela de Caviceo. Más tarde matiza esta perspectiva al añadir que el libro, por su caracterización de un genuino peregrino de amor «constituye un hito decisivo en la evolución de la novela sentimental y en su transformación en novela amorosa de aventuras, ya iniciada por *Il Filocolo* de Boccaccio.» (*Ibidem*).

²²⁷ *Ibidem*.

En Vilanova y Menéndez Pelayo fundamenta Javier González Rovira su profunda y detalladísima opinión a ese respecto:

Antes de la aparición de *Clareo y Floriseo* de Núñez de Reinoso encontramos en España varias obras con numerosos puntos de contacto con la novela helenística, bien sea a través de la influencia italiana (*Peregrino y Ginebra*), bien como continuación de una tradición clásica medieval (*Apolonio*) o bien como pervivencia folklórica de una trama narrativa amorosa coincidente (relatos caballerescos). Aunque ninguna de estas obras ha de ser considerada como manifestación plena del género [...], creemos que inciden de manera decisiva en la aclimatación y popularización de la estructura y motivos de la novela clásica en España, en primer lugar porque se organizan como narración de una *peregrinatio amoris*, jalonada por distintas peripecias, que culmina con el reencuentro y el matrimonio; en segundo lugar, porque desarrollan el gusto por la narración de aventuras amorosas que, en aquellos momentos, parecía patrimonio exclusivo de unos libros de caballerías que empezaban a recibir serias críticas por parte de moralistas; en tercer lugar, porque todas incluyen una serie de elementos ajenos a la tradición griega, que anuncia la “permeabilidad” característica de las obras posteriores, como recurso para acentuar la funcionalidad ejemplar de la literatura de entretenimiento, de acuerdo con los postulados teóricos del Renacimiento; por último, porque en ellas, pese a la existencia de algunos rasgos paganos, las tramas amorosas se someten a un proceso de cristianización que anticipa una de las características de la novela bizantina barroca: su integración en el seno de la ideología contrarreformista.²²⁸

González Rovira, ya monográficamente centrada la atención en el *Peregrino* de Caviceo y en la recepción de Díaz, prosigue:

Sin duda, un hito decisivo en la conformación de nuestro género es el *Libro del Peregrino* (1508) de Giacomo Caviceo, traducido al castellano por Hernando Díaz en 1520 y reeditado otras cinco veces antes de entrar en el Índice inquisitorial en 1559. A pesar de un desenlace moralista (la muerte de ambos amantes según los cánones de la ficción sentimental), la obra de Caviceo ofrece al lector español una narración amorosa organizada a partir de las peregrinaciones del protagonista, en las que se encontrará con los obstáculos habituales (tormentas, cautiverios...), así como motivos amorosos [...] (oposición familiar, separación, necesidad de engaños...). Pero, al mismo tiempo, la posición moralista del autor añade a lo propio de la tradición clásica una serie de elementos (presencia de ermitaños con una visión estoica de la existencia, reflexiones sobre el amor humano e ingreso temporal de la protagonista en un convento) que se integrarán a dicha tradición renovándola, rasgos que incidirán en novelas posteriores, en especial, la *Selva* de Contreras y en Lope de Vega.²²⁹

²²⁸ González Rovira, Javier, *La novela bizantina de la Edad de Oro*, Madrid, Gredos, 1996, p. 157-158. Nótese asimismo la diferente y mucho más acertada opinión que se aporta sobre el moralismo de la obra, elemento imprescindible para entender el *Peregrino* como un eslabón evolutivo entre los géneros a los que sirve de encrucijada. En esta misma línea, Ehrlicher, Hanno, “*Inter fanum et profanum*: Peregrinajes textuales en la literatura española del siglo XVI”, *HeLix*, 1 (2009), pp. 26-51.

²²⁹ *Op. cit.*, pp. 159-60. Sobre las fechas de edición de la adaptación castellana, remitimos a los pasajes aclaratorios que al respecto se han presentado ya en este estudio.

Ha profundizado en la valoración de la novela González Rovira en el artículo “El *Libro del Peregrino* de Giacomo Caviceo y la traducción de Hernando Díaz”²³⁰, para hacer hincapié, sobre todo, en la popularidad de la que gozaba la obra en el momento en el que Núñez de Reinoso publicaba *Clareo y Florisea* y aparecía la primerísima adaptación castellana de Heliodoro (1552 y 1554, respectivamente). Asimismo ahonda en la influencia de la adaptación, de *marcado carácter hispánico*²³¹, realizada por Díaz en Jerónimo de Contreras; para ello, comienza por delimitar el sustrato helenístico que se puede apreciar en Caviceo:

[...] es indudable que en la narrativa italiana medieval existen algunos rasgos que parecen indicar un cierto conocimiento de la novela de la antigüedad. Si en Boccaccio estos ecos se perciben tanto en sus novelas extensas como en el *Decamerón*, en otros narradores, incluido Caviceo, aunque quizá de forma indirecta, son también numerosos. En todo caso, estos rasgos servirán de puente entre la novela helenística, el relato medieval de aventuras de amantes separados y las creaciones del Siglo de Oro, al potenciar “el interés de la acción exterior, los lances complicados y de difícil solución”, en palabras de Menéndez Pelayo, frente al estatismo propio de las narraciones sentimentales.²³²

Acto seguido, subraya la impotencia del motivo de la *peregrinatio amoris* de raíz clásica, la presencia de fondo de la peregrinación cristiana y la relevancia compositiva del cumplimiento del cautiverio (sobre todo, precedido y seguido de un itinerario tan accidentado como el del protagonista). Y prosigue, para concluir:

²³⁰ Publicado en *Studi Ispanici*, 1994-1996, pp. 51-60. Resultan interesantes las conjeturas que se plantean al respecto de la prohibición de la obra (p. 52, en nota): remitiéndose a una tesis doctoral inédita a la que por desgracia no hemos tenido acceso a lo largo de esta investigación (Cruz Casado, Antonio, «*Los amantes peregrinos Angelia y Lucenrique*»: un libro de aventuras peregrinas inédito, Madrid, Universidad Complutense, 1989, en particular, pp. 244-245), menciona González Rovira el erotismo de algunos episodios, las profanaciones inconscientes del enloquecido Peregrino y una supuesta relación de Hernando Díaz con grupos espirituales perseguidos por el Santo Oficio, quizás al hilo de las concomitancias que Griffin califica de *especulaciones* en su artículo ya reseñado en este estudio (*op. cit.*, p. 142). González Rovira coincide con nosotros en la opinión de que las invectivas contra las monjas que se formulan en el capítulo XCIII de la obra debieron de tener un peso determinante en la decisión inquisitorial.

²³¹ *Op. cit.*, p. 53.

²³² *Op. cit.*, pp. 55-56. Menéndez Pelayo, *op. cit.*, p. 70. González Rovira, a su vez, realiza en este punto (en nota) dos interesantes afirmaciones: por un lado, constata las enormes correspondencias entre la novela griega y la prosa italiana del tiempo de Caviceo; por otro, en vista del mecanismo compositivo del alma que se presenta en sueños para narrar sus desventuras, propone como fuente probable *Leucipe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio.

Pero quizás el episodio más destacado, por cuanto pudo haber inspirado varios de los encuentros de la *Selva de Aventuras* de Jerónimo de Contreras y los relatos de los ermitaños montserratinos de *El peregrino en su patria* de Lope de Vega, es la visita del protagonista a los eremitas del Nilo. Todos ellos son personajes ejemplares cuya existencia estática, al final de un proceso de arrepentimiento que termina en desengaño estoico, contrasta con el dinámico apasionamiento vitalista el joven héroe. [...] De acuerdo con esta visión pesimista de la pasión amorosa, el desenlace de la obra es eminentemente trágico, lo que se constituye en el elemento de mayor disonancia respecto a la tradición de la novela helenística que imponía un desenlace feliz [...]. En conclusión, la obra de Caviceo, adaptada a la realidad española, pese a conservar rasgos característicos de otros géneros y una insoslayable actitud de moralismo medieval, representa un paso más en la transición desde la tradición clásica hasta la creación barroca, ya que desarrolla la figura del peregrino solitario en busca de la amada o de olvido ante su desdén amoroso, que también encontramos en la *Selva de aventuras* [...], y anticipa el ascetismo de las manifestaciones barrocas con la presentación de unos personajes, los eremitas, que encontraremos en la mayoría de las obras posteriores pertenecientes a la narrativa bizantina o de aventuras amorosas.²³³

Es, en efecto, la presencia de los eremitas el nexo común entre las obras de Caviceo, Contreras y Lope. Para este último caso cabe preguntarse, antes de nada, no sólo en qué medida las obras posteriores a la versión de Díaz transitan los mismos lugares comunes del género, sin tener necesariamente lazos de filiación comunes, sino también hasta qué punto estaba vigente y disponible un texto cuya tenencia se había censurado en 1559, por más que parezca evidente que aún hubo de correr en versiones manuscritas durante algunas décadas. Pensar que en el título lopesco hay ecos de Caviceo puede ser una mera conjetura (ya que incluso Lope podría estar manejando una dilogía de sentido tal que ‘romero’ sumado ‘original, inopinado’, pues ambos sentidos se relacionan en términos paradójicos con *patria*). Pánfilo (nombre, por lo demás, muy boccacciano) entabla conversación con ocho eremitas a lo largo del Libro II de la obra, mas no quedan muchos otros rastros del *Peregrino* de primeros del XVI (prohibido más de cuatro décadas antes de la aparición del segundo) en el resto de la narración lopesca. González Rovira²³⁴ alude a la tesis doctoral inédita de Ruth Horne²³⁵ para admitir el carácter especulativo de los argumentos que

²³³ *Op. cit.*, p. 58-60.

²³⁴ *Op. cit.*, pp. 58-59, en nota.

²³⁵ Horne, Ryth, *Lope de Vega's Peregrino en su patria and the romance of adventure in Spain before 1604* (en particular, pp. 240-251). Inédita aún hoy, según las noticias que manejamos, no ha podido ser consultada para la confección de este estudio.

sustentarían una supuesta relación intertextual entre ambas novelas²³⁶; no obstante, trata de aportar algunas pruebas favorables al respecto:

[Ruth Horne] duda de que nuestro dramaturgo se inspirara en el modelo italiano. Pero creemos que, directa o indirectamente (a través del menos dudoso influjo en Contreras), Caviceo desempeña un importante papel en el *Peregrino [en su patria]*. No hay que olvidar, como señala Vilanova [...], la coincidencia en los títulos de las obras de Caviceo y Lope de Vega.²³⁷

Se trate o no de un eslabón entre Díaz y Lope, lo cierto es que las concomitancias con la *Selva* sí parecen muchísimo menos intangibles. En primer lugar, las fechas son mucho más cercanas: en 1565 (sólo seis años después de la inclusión de *Peregrino y Ginebra* en el *Índice*) se publica en Barcelona la primera versión (en siete libros, sin matrimonio en el desenlace) y aparece en 1582, en Alcalá de Henares, una segunda versión de la obra (más extensa, distribuida en nueve libros y culminada argumentalmente con un matrimonio)²³⁸. También el paratexto del subtítulo de la obra parece recordar los amores de Ginebra y Peregrino (*Va repartida en siete libros, los cuales tratan de unos extremados amores que un caballero de Sevilla llamado Luzmán tuvo con una hermosa doncella llamada Arbolea*) y puede que no sea casual el detalle de que Luzmán, natural de Sevilla, realice sus peregrinaciones por una Italia estilizada, pero de ciudades hasta cierto punto bien

²³⁶ En este sentido, y con todas las cautelas cronológicas expuestas para el caso de Lope por delante, consideramos que quizás fuera incluso más evidente la cita que Castillo Solórzano parece hacer del *Peregrino* en las *Tardes entretenidas*, de 1625 (citamos, respetando sus criterios, por la edición de 1909 de Cotarelo, Madrid, Bibliófilos Españoles, pp. 66-67):

y aunque de sus amigos fué aconsejado que no le convenía y aun del mismo Rey, mas él les facilitó que lo podía hacer sin daño suyo, ni peligro de que le conociesen, con que se partió proponiendo de dar presto la vuelta y desto le pidió la palabra el Rey, haciéndole merced de una grande ayuda de costa para la jornada, en la cual no llevó consigo más que á Lucindo, fiel acates de sus peregrinaciones [...]

No parece referirse aquí Castillo Solórzano al modelo virgiliano, sino más bien al creado por Caviceo e intermediado por Díaz. Por añadidura, es lícito preguntarse hasta qué punto influyó la obra en la popularización del término *acates* para estas acepciones, tal y como hoy en día aún se recoge en el *Diccionario* de la Real Academia.

²³⁷ *Op. cit.*, p. 59 (en nota).

²³⁸ Se hará referencia, de ahora en adelante, salvo que se advierta explícitamente de lo contrario, a la primera de las versiones mencionadas. Véanse, Contreras, Jerónimo de, *Selva de Aventuras (1565-1583)*, ed M. A. Teijeiro, Cáceres, Diputación de Zaragoza-Universidad de Extremadura, 1991, y Contreras, Jerónimo de, *Selva de Aventuras*, Palencia, Simancas, 2005.

identificadas; a su vez, podrían rastrearse nexos con el visionario personaje de Cuma (central en el Libro VI de la obra de Contreras) y con el misógino Soticles.

Pero, más allá de eso, los periplos de los protagonistas son en lo argumental muy distintos. No hay artificio por el cual el alma del amador se aparezca al autor del texto, por lo que la obra de Contreras no se presenta en narración homodiegética, ni son parecidas las actitudes de los dos ante el desdén de sus damas (definitivo en la primera versión de la *Selva*, por añadidura): Luzmán, al contrario de lo que sucede con Peregrino, transmite sosiego a sus interlocutores y al propio lector, es siempre calmado, curioso, dialogante y sobre todo, muy pacífico, respetuoso y honesto. En consonancia con la atmósfera un tanto etérea de todo el libro, Luzmán busca la perfección, pero sin haberse llegado a arruinar física y mentalmente.

Arbolea (que pertenece a una familia que no está enemistada con la de su pretendiente) es en la primera versión un personaje absolutamente pasivo; en la segunda (a diferencia de lo que sucede con Ginebra, que si bien sigue actuando mientras Peregrino viaja, no emprende una odisea, sino que permenece en un convento) ella misma se convierte en peregrina disfrazada para unirse en matrimonio a Luzmán y sólo así consigue conciliar virtud y amor. Luzmán, por otro lado, emprende el viaje solo, y solo lo termina: no tiene un Achates a su lado, y eso se refleja asimismo en las conversaciones sobre amor, que en Contreras no reflejan con la misma cantidad de argumentaciones el debate entre la advertencia medieval y la definición neoplatónica del amor. En este sentido, la curiosidad de Luzmán se encamina al descubrimiento de todas las variedades del sentimiento amoroso, pero en ningún momento adquieren la categoría enciclopédica (valga el anacronismo) que sí bordea en su catálogo de erudiciones y efectos narrativos la obra de Caviceo. La trama, por lo demás mucho menos urbana y marítima que la del *Peregrino*, es en todo momento lineal²³⁹, episódica, nunca enrevesada ni aderezada de intriga. Austera y sobria, la *Selva* no exhibe tampoco en momento alguno la joyería verbal y sintáctica de la que sí hace gala, prácticamente a cada paso, Caviceo. Resulta, por último, evidente que Contreras aún tiene en mente el *prosimetrum* sentimental cuando compone su obra: los poemas, de todo tipo de filiación métrica, constituyen

²³⁹ Recuérdese la salvedad antes expuesta, decisiva en la diferenciación de las versiones de la *Selva*.

un auténtico recurso narrativo en la *Selva*, mientras que, como ya se ha observado en este estudio, el recurso está ausente de la novela de Caviceo y sólo a la acción de Díaz se debe la inclusión de epitafios versificados a lo largo del texto del *Peregrino*.

Por lo que atañe a la literatura de viajes, quizás sea esa la faceta más deslavazada y con menos profusión de medios trazada de la obra de Caviceo. No obstante, el libro no renuncia a la maravilla del exotismo, ni escatima pintoresquismos balcánicos y orientalistas, resueltos con escueto detallismo y, en ocasiones, no desdeñable verosimilitud (destaca, por encima de todo, el bien perfilado problema idiomático, que hace que Peregrino, en efecto, no pueda entenderse ni con musulmanes ni con macedonios). No ha de olvidarse, por un lado, que Caviceo había sufrido cautiverio en Alejandría en la vida real, y que era un hombre cosmopolita deseoso de mostrar bien a las claras las múltiples facetas de sus conocimientos y vivencias; por otro, tampoco puede echarse en saco roto el influjo de la literatura de viajes italiana que lo precede, y un hecho todavía más interesante: la fascinación por la cartografía y la navegación que impulsaba muchas de las políticas exteriores de Hércules I de Este. Así lo explica Isabel Soler:

Al iniciar el siglo XVI, el italiano Alberto Cantino compró en Lisboa un planisferio de un cartógrafo desconocido fechado en 1502 para el Duque de Ferrara. Al extender el mapa, el duque pudo observar el rigor y la firmeza de la mano que había dibujado una imagen del mundo que empezaba a aproximarse a la realidad. La carta concentraba el saber occidental del mundo yuxtaponiendo, sin perspectiva histórica, la concepción geográfica del pensamiento clásico, la representación simbólica medieval y la lectura renacentista del espacio ya conocido. Y es justamente en la combinación de las diferentes concepciones históricas del mundo donde estriba la modernidad del *Cantino*. La mentalidad renacentista, al venerar el pensamiento clásico, respeta y, al mismo tiempo, se ve obligada a contradecir las descripciones grecorromanas del mundo a partir de la demostración de la realidad que proporciona el viaje; asimismo, el peso de la interpretación medieval ejerce tanta fuerza que perdura en las mentalidades aunque la evidencia desmienta ya ideas preconcebidas de los espacios geográficos.²⁴⁰

No se podría describir con mayor exactitud la dimensión viajera de la novela de Caviceo, por añadidura sazónada (o ficcionalizada, para emplear un término más preciso) con elementos aventureros y mitológicos. Parece más que probable, como

²⁴⁰ Soler, Isabel, “El aprendizaje de la *infirmas*: luz y tinieblas en los espacios del navegante”, en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo románico*, ed. Rafael Beltrán, Valencia, Universidad de Valencia, 2002, p. 99.

apuntalan las fechas aportadas, que Caviceo conociera de primera mano el mapa de Cantino. Y quizás, en esta misma línea, deban leerse en clave los capítulos dedicados a la estancia de Pergrino al servicio del rey portugués (al que, por ende, hay que presumirle el carácter de navegante) y precisamente en Lisboa, al cabo el último punto conocido antes del océano casi inexplorado. Peregrino es, por lo tanto, un personaje ubicado en la encrucijada del *homo viator* medieval y el navegante curioso de los últimos decenios del siglo XV, por lo cual representa a la perfección la perspectiva del mundo renacentista, a caballo entre el instintivamente deseado misterio del espacio no medido y la constatación personal y empírica de las diversas realidades que al unísono, y sin un centro prefijado, pueblan la geografía universal. En la conclusión de Isabel Soler:

La imagen que el Duque de Ferrara descubrió al desplegar el planisferio que le entregó en 1502 Alberto Cantino contiene el espacio de luz y tinieblas por el que se movió el navegante en los primeros años del siglo XVI y revela, asimismo, el esfuerzo de lectura de la exterioridad que lleva a cabo una mentalidad que ha empezado ya a modificar su manera de *ser* en el mundo.²⁴¹

No es éste, por lo demás, un aspecto al que Díaz preste una atención específica. Sólo destaca, en el ámbito paratextual, el cambio del nombre de Lisboa por el de una inventada *Litnea*: aunque la narración conserva la denominación original, parece que externamente resultaba preferible disfrazar el nombre, nada exótico a oídos de un castellano, de la ciudad lusa. Por extensión, cabe señalar que a Jacobo Cromberger le interesaban comercialmente las obras de viajes, como demuestra el hecho de que en 1520, pocos años después del *Peregrino*, publicase la versión castellana (esta vez no en términos de apropiación de autoría) del *Itinerario* de Ludovico di Varthema, a cargo de de Cristóbal de Arcos. La obra, que narra las peripecias del viajero boloñés desde finales de 1502 a 1508 (nótese una vez más la coincidencia de fechas, que no denota sino una coincidencia de inquietudes en la mentalidad europea, y muy en especial italiana, del momento), fue un enorme éxito desde su publicación en Roma, en 1510 (edición a la que siguieron traducciones a

²⁴¹ *Op. cit.*, p. 110.

más de treinta idiomas), por la profusión de detalles exóticos y nunca oídos (a veces fieles, en otros momentos meramente ficticios) que aportaba al lector europeo.

Por último, se menciona en ocasiones el carácter humorístico de no pocos lances de la novela²⁴². A este respecto, es necesario matizar un tanto la percepción de ese supuesto humorismo, y para ello es buen crisol el ánimo del adaptador castellano: si bien el propio Hernando Díaz es consciente de que adoctrina a Lorenzo Suárez de Figueroa con una obra que en no pocas ocasiones frisa la comicidad, no debe ponerse demasiado de la interpretación actual en las verdaderas intenciones compositivas del texto. Es decir: puede a primera vista parecer jocoso el episodio en el que Peregrino emerge mareado y casi intoxicado de las alcantarillas y, en plena noche, da a parar con la cama de una doncella que se le entrega carnalmente sin reparo alguno. Pero bajo esa apariencia caricaturesca subyace una advertencia contra el amor demasiado serio y profunda como para ser soslayada por una lectura desatenta. Cintia pierde sin remedio su honra y Peregrino se ve rebajado al más tangible infierno de la abyección corporal. Más que desenfadada y cómica, la interpretación de un lector de la época había de ser automáticamente trágica, al hilo aún a primeros del siglo XVI de la *reprobatio amoris* de Capellanus.

²⁴² Valga como ejemplo Griffin, que en su artículo monográfico sobre Caviceo recuerda que el libro italiano se vendía, ya en 1526, como una obra *certamente ioconda* (*op. cit.*, p. 133). Por agradable que resultase la lectura tanto del original como de sus adaptaciones españolas y francesas, el ridículo de algunas de sus anécdotas no debe interpretarse sino como un ornato dulcificador de fondo netamente admonitorio.

13. Criterios de edición

Se conserva *a* tal y como aparece en el texto; hay que reseñar que el vocalismo del texto muestra gran variedad de alternancias: *sapiencia*, por ejemplo, convive con *sepiencia* (y, de hecho, sólo se atestigua un caso de *sep-*).

Se mantiene *b* en los grupos *-bd-*: *cobdicia*, *dubdar*. Se conservan las grafías intervocálicas tal y como aparecen: *iva*, *cavallero*.

Se elimina *-cc-* innecesaria (*peccado*). Se mantiene en *sancto* (en muchas ocasiones desarrollando su correspondiente abreviatura). Se ha preferido regularizar a *c* en casos como *inicua*, *Torcuato*, *propincuo*, *licor*, *cuestión*, *cuatro*, *elocuente*, *elocuencia*, *delincuente*, etc. El mismo criterio se ha utilizado para nexos, relativos e interrogativos.

El grupo *ch* ha sido reflejado conforme al original, manteniendo cultismos y arcaísmos. Sólo se regulariza, por su profusísima aparición, para el nombre propio Achates. Las abreviaturas de *cristianos* y *Cristo* se han desarrollado con *ch* inicial.

Para *e*, se mantienen las frecuentísimas vacilaciones pretónicas: *hendedura*, *monesterio*, *defunto*, *seguinte*, *desculpa*, *presión* (que alterna con *prisión*), etc. En muchos casos sólo se observa el uso de *e* (como en *cevil*, que nunca aparece escrito con *i*). Es importante señalar que a lo largo del texto se emplean profusamente *fue* y *fuemos* como primeras personas del singular y el plural, respectivamente y con esa forma se reflejan en la edición. Asimismo, se mantiene como cópula en convivencia con *y*. En muchas ocasiones *E/e* introduce períodos nuevos, pero no parece seguirse originalmente ninguna norma²⁴³. Se mantiene la parage (no muy frecuente en el texto) en manifestaciones como *útile*. Se mantiene en *veloce* y *felice*, también únicos testimonios. Se ha conservado, asimismo, en formas como *vee* y similares. Suele producirse síncope (que conservamos) en *devría*, *delibrado*, etc. (y de hecho, sólo se atestigua un caso de *deverías*).

Se conservan otras variaciones vocálicas, relacionadas con *i*, como *destenguido*, *distinguido*, *artellería*, *artillería*, *importunas*, *emportunas*, *bevir*,

²⁴³ En efecto, *e* en muchas veces es inicio de período o introduce condicionales y concesivas. En la inmensa mayoría de las ocasiones, va en mayúscula en el impreso, y sigue a un punto. Sin embargo, y tiene un uso más flexible (al igual que el signo τ) y se presenta como mayoritaria a en enumeraciones y cópulas no precedidas por pausas.

experiencia, expiriencia, sintieron, sintiendo, sentieron, sintiendo, dirías, derías, etc. Se mantiene *i* en casos como *imágenes* y *dibilitado*. Por último, se conserva la variación en *scrit-* y *specie*, y también se mantiene la líquida *spiritu*.

Por lo que se refiere a *f*, se simplifican las dobles, al no reflejar variante fonológica alguna. Se mantiene un caso de *fasta* y tres de *fazer*.

En cuanto a la *g*, cabe decir que no se repone el grupo *-gn-*, ya que el texto dista mucho de ser homogéneo en estos casos: se mantiene la variación. Se conservan las formas *aora* y *agora*. También se respeta la distribución alterna de *g / j* en posición intervocálica: aparecen ambas para *magestad*, *coger*, *linage*, *ajeno*, *acogeta*, etc.

La *h* se mantiene en *hedad*. Se conserva *-rrh-* en nombres propios como *Pirrho*, *Mirrha*, *Cirrho*, así como en *arrayhanes*. Se mantiene la variación: no se restituye en *Oracio*, ni en *eredad*, *erencia*, *omicida*, *omicidio*, *onra* y sus derivados, *ora*, *onesto*, *desonesto* y sus derivados; *ábito*, *abitar* y sus derivados. No se restituye (como más adelante se explica) en *emisperio*. No se repone para *oy*, y se mantienen sin *h* formas como *elar*. Se editan tal y como las presenta el texto las formas *aya*, *ayáis*, *emos*, etc. Se acentúa la forma auxiliar del verbo *aver*: se prefiere tilde diacrítica para distinguir de la preposición. El texto presenta en muy contadas ocasiones la forma *ha*. No se atestigua *hay*, por lo que siempre se presenta la forma *ay*. Se reconstruye *ay* → *aí*. Se atestigua un *hundir* con el significado de 'fundir'.

En cuanto a *i*, se mantienen variaciones como *invincible*, *difinido*. Se sustituye en inicial absoluta con valor velar por *j*, al igual que en el grupo *-bi-*. La *j* aparece tal y como la presenta el texto, salvo en la numeración de las rúbricas (en la que la editamos como *i* en versalita). Para la familia de *hijo*, se mantiene la variación con *g*, ya que hay casos de *higito*.

Se conserva *-li-* con valor palatal cuando así lo presenta el texto: *llevan* y *lievan*. Se simplifica a *l* para *ll* sin valor palatal: *colocado* por *collocado*; salvo en los casos de nombre propio: *Apeles* y *Apelles*. Se editan según la distribución del texto *mármor* y *mármol* y se conserva la alternancia *-rl-/-ll-*.

Se llevan a usos actuales frente a *b / p* las abreviaturas que conllevan utilización de *m* (*tiempo*, *hombre*). El resto, se mantienen según la variación

atestiguada (*tiempo, senbrado*), si bien su distribución es minoritaria en el texto. Se conserva *mp* también en casos del tipo *presumpción, assumption*

Los grupos *-nm-* y *-nn-* innecesarios se suprimen: *inmaginado*→*imaginado*, *comunicación*→*comunicación*, *imitador, tirano*, etc. Se refleja la ñ en casos como *ñublado*.

Se añade a la *o* una hache diacrítica en *o* cuando se trata de exclamativos y vocativos. Se mantiene, obviamente, sin hache para la disyuntivas. No se interviene en la alternancia, muy habitual como ya se ha señalado, del tipo *sofrir y sufrir*.

Se mantiene el grupo *-pt-*. *Filippo* y *Gilippo* se simplifican, como en todos los nombres propios con geminación innecesaria, al igual que en *suplicio*. El grupo *-ph-* se conserva en los casos atestiguados por el impreso y se refleja en la edición su alternancia con *p* y con *f*.

Para la *q*, como antes se explicó, la intervención sigue las reglas actuales, por lo que en determinados casos se sustituye por *c* (*inicuo, cuatro, cuál, elocuencia*, etc.).

Se simplifica *rr* en vibración simple y tras *n*: *honrra*→*honra*. Para los demás casos, se mantiene cuando su valor es el de vibrante en múltiple. No se anula *r* en voces como *proprio* y *propio*, y se atestigua la alternancia *pelegrino* y *peregrino* (que, por lo demás, no se produce con el nombre propio del protagonista).

Se mantiene, obviamente, *ss* en subjuntivos, superlativos, etc. Alternan (y en consecuencia como tales se editan) las formas *Ulisses* y *Ulixes*. Se conservan otras alternancias del tipo *s / x* para *extra-* y *estra-*. Se mantienen las líquidas: *Scipión, específicamente, espectáculo, sculptura* (no se atestigua *escultura*, pero sí *esculpid-*), *statuto*, etc.

El grupo *-th-* se mantiene en los casos atestiguados por el impreso y se edita en su alternancia con *t* simple. Se simplifica *-tt-*.

Se añade diéresis en *argüir, vergüenza, Antigüedad*, etc. La *v* se muestra tal y como aparece en el texto, salvo cuando presenta valor vocálico (en cuyo caso, se edita *u*). Para *u* consonántica se edita *v*.

Se mantiene *x* en la alternancia *exclarescidos* y *esclarescidos* (un caso) y para los valores velares. Se conservan las formas latinizantes que atestigua el texto: *diestro* y *diextro*; *Ulixes* y *Ulisses*.

La *y* se edita como *i* cuando es totalmente vocálica: *egipcios* y no *egyptios*. La misma intervención se realiza en inicio de palabra: *yr*→*ir*. Se sustituye por *i* en casos del tipo *creía*(←*creya*) y *seído*(←*seydo*). Se sustituye por *í* en final de palabra tónica. Se conserva *y* como conjunción copulativa ante *i*-. Se conserva en finales de imperativos paragógicos, muy característicos del texto: *vay*, *sey*, *adelantersey*, *tomarley*, *matarley*, etc.(salvo al pasar a interior de palabra en la forma *vajte*, en la que se interviene sustituyendo por *i*). El signo τ , de valor copulativo en todos los contextos, se sustituye siempre por *y*.

Se conserva *z* en casos como *cizne*. Sin embargo, se edita *c* en los rarísimos casos de *çe* y *çi* que presenta el texto. Se conservan las lecciones de *-cc-* y su simplificación, así como la lección (en absoluto homogénea) de *sc*, tanto en interior como en inicio de palabra. Hay un caso de *-zc-*: *ezcurezca*.

En los grupos *-ay-*, *-ey-*, *-oy-*, *-uy-* se interviene editándolos con *i*. Esto vale también para los nombres propios, que en más de una ocasión presentan una *y* etimológica (o pseudoetimológica, según los casos), muchas veces heredada del original italiano.

En los nombres propios se respetan las grafías que aparecen en el impreso, salvo (como ya se ha indicado) en casos de geminaciones innecesarias y vocalismos pseudoetimológicos. Los nombres de los personajes se homogeneizan por la profusión de sus apariciones (*Achates* es el caso paradigmático en este sentido). Cuando en el texto el nombre aparece resumido en una intervención en estilo directo, se desarrolla en la edición siempre con una forma estable.

Los términos se unen o separan según las reglas actuales y se han seguido las normas actuales de acentuación.

Por último, cabe señalar que el texto muestra paréntesis aclaratorios y paréntesis de intervención de personajes: los primeros se han mantenido en la medida de lo posible; los segundos se han sustituido por el nombre en versales del personaje, seguido de punto y guión largo. Para los diálogos en los que el texto no marca nombres de personajes se han elegido comillas angulares; dentro de ellos, las intervenciones de otros personajes se marcan con comillas voladas. Hemos insertado paréntesis siempre que las aclaraciones descendían a un nivel de profundidad que no resultaba desentrañable con el mero uso de coma o punto y coma. Las exclamaciones

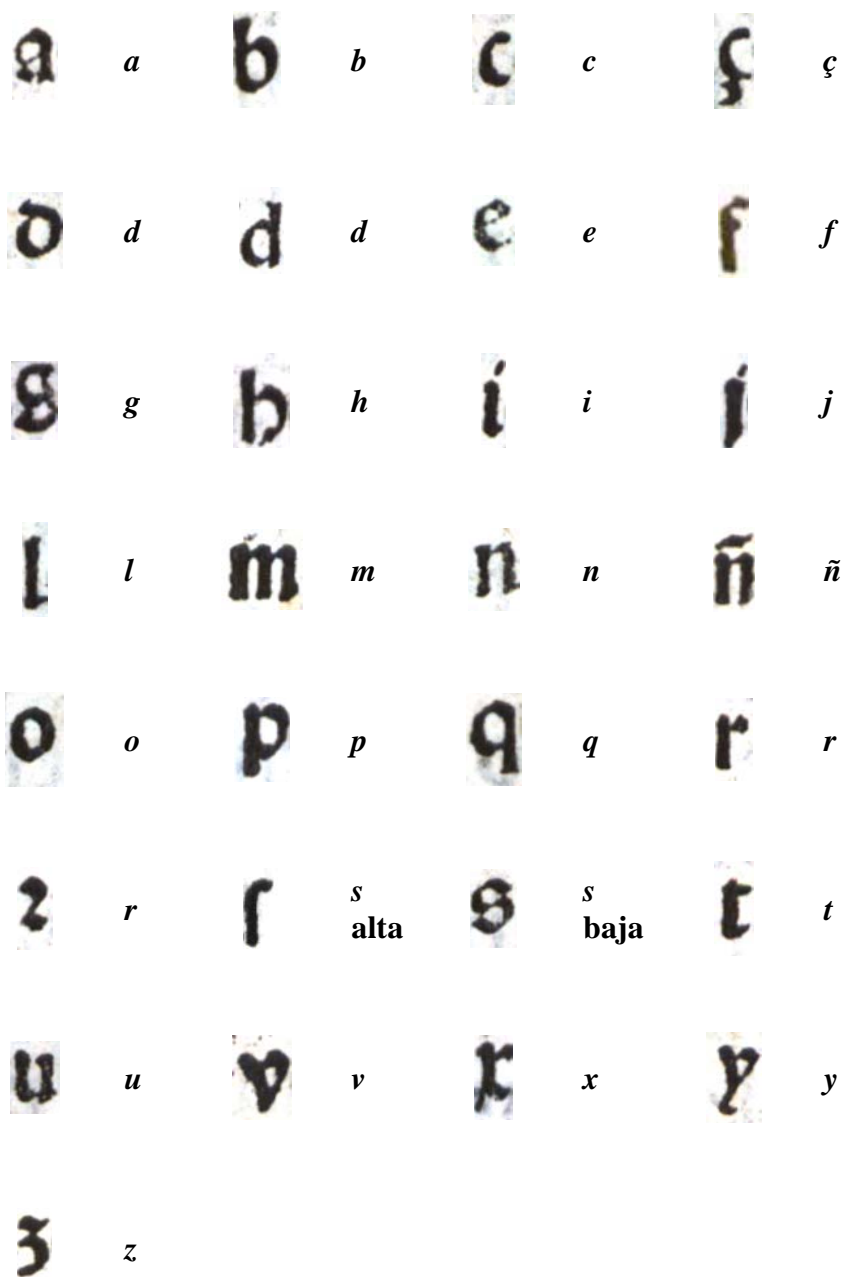
y los puntos suspensivos son producto de la intervención del editor: en no pocas ocasiones la expresividad de los personajes requería señalar con suficiencia tales matices. Asimismo, hay que señalar que el signo ? del original no sólo expresa interrogación directa, sino que muchas veces indica el fin de una interrogativa indirecta, exclamación e incluso enunciación neutra. Los calderones de rúbricas y numeración de capítulo no se editan; tampoco se reflejan los que marcan principio de párrafo, período o intervención de personaje, pero se han tenido en cuenta a la hora de distribuir nuestro texto en párrafos. Lo mismo puede decirse para las barras y los guiones de texto original.

14. Letrería y láminas explicativas

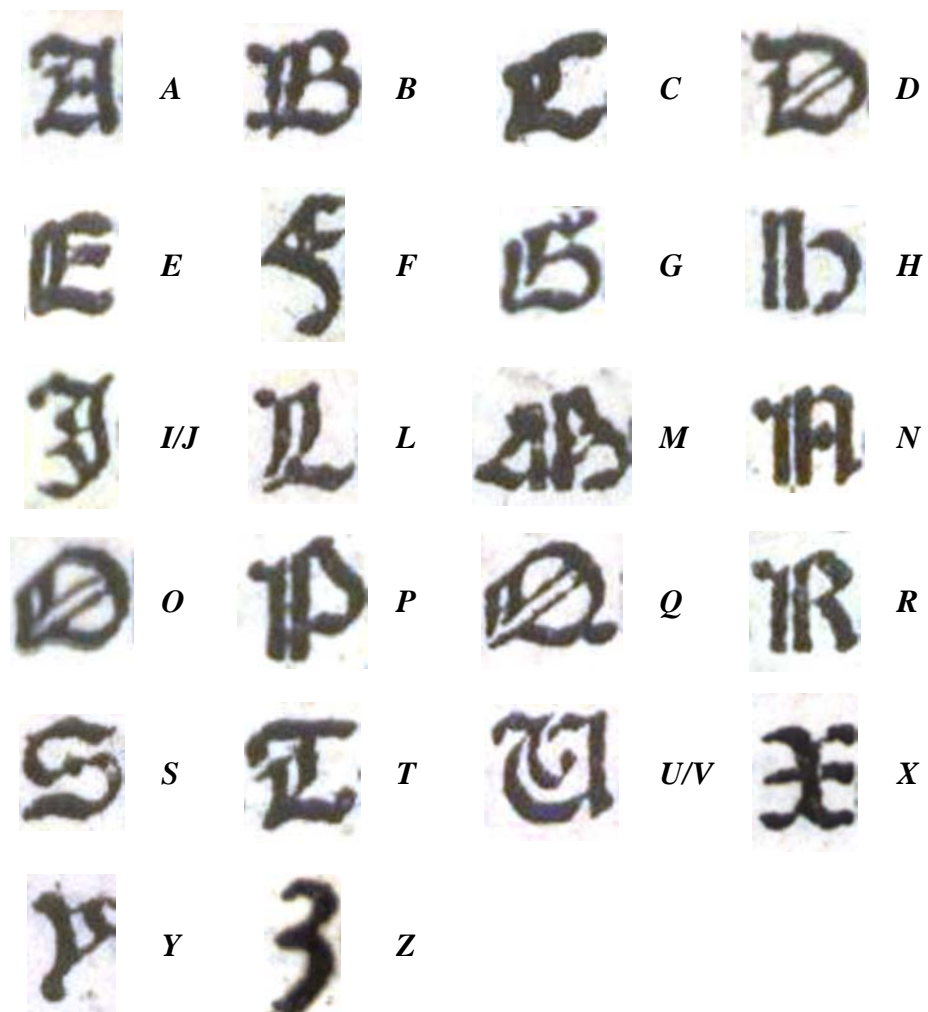
a. Muestra capitales de lazo impreso IX/7047 Biblioteca de Palacio



b. Caja baja impreso IX/7047 Biblioteca de Palacio (cuerpo de texto)



c. Caja alta impreso IX/7047 Biblioteca de Palacio (cuerpo de texto)

c (bis). Muestra de *d* de caja baja (158 G) desde agosto de 1516c (bis bis). Muestra de *d* de caja baja (158 G) hasta marzo de 1516

**d. Muestra de signos y abreviaturas impreso IX/7047 Biblioteca de Palacio
(cuerpo de texto)**



a con lineta
abreviatura de *n*

e con lineta
abreviatura de *n*

i con lineta
abreviatura de *n*

o con lineta
abreviatura de *n*













u con lineta
abreviatura de *n*

d con
abreviatura de *e*

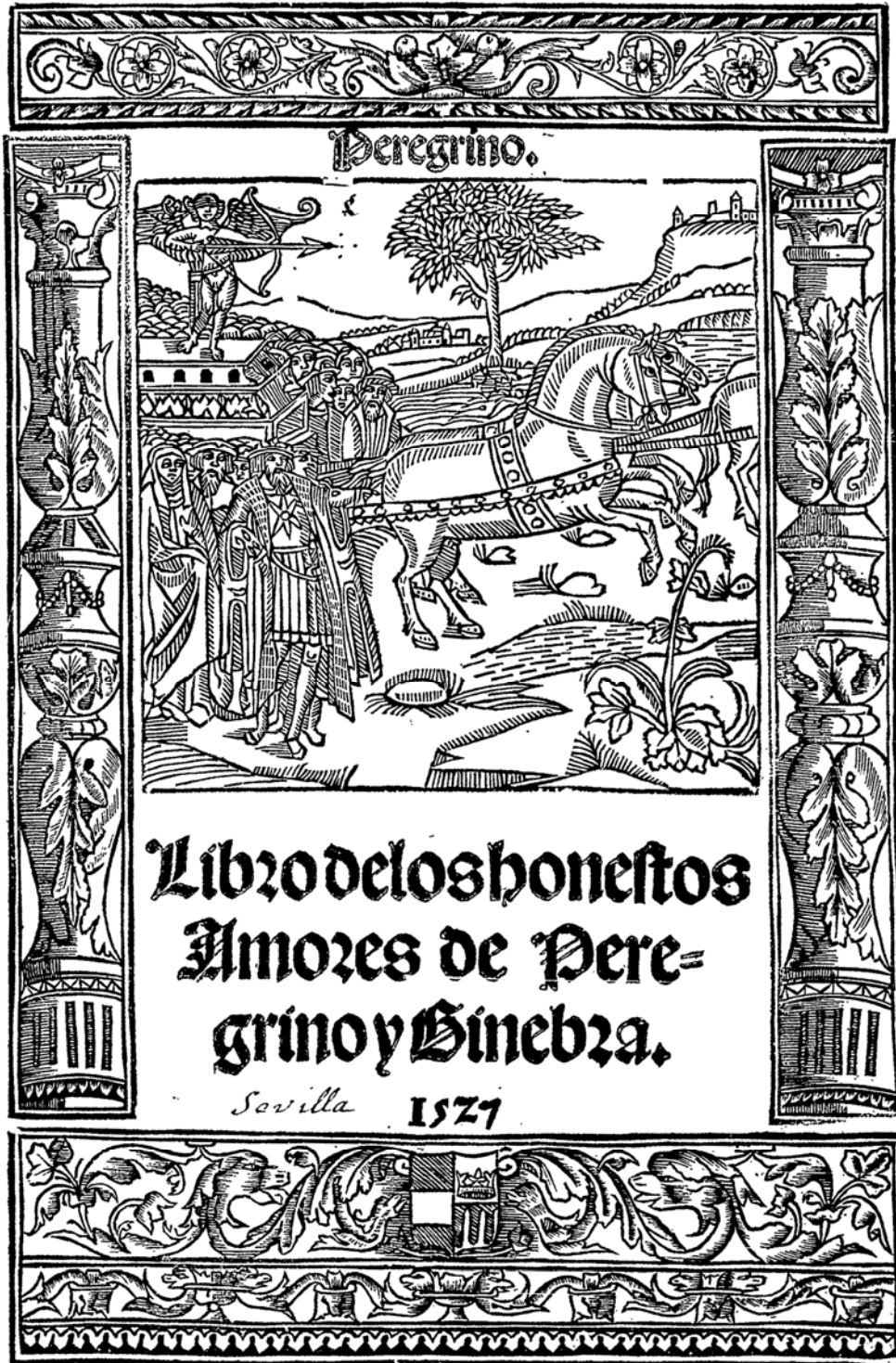
q con lineta
abreviatura de
ue

conjunción
copulativa

²⁴⁴ Para una mayor precisión sobre los usos de este signo, consúltense los criterios de edición.

	<i>ánima</i>
	<i>del</i>
	<i>enel</i>
	abreviatura de <i>gracias</i>
	abreviatura de <i>nuestra</i>
	<i>pre-</i>
	<i>per-</i>
	<i>pri-</i>
	<i>pro-</i>
	<i>qual</i>
	<i>qui-</i>
	abreviatura de <i>sancto</i>

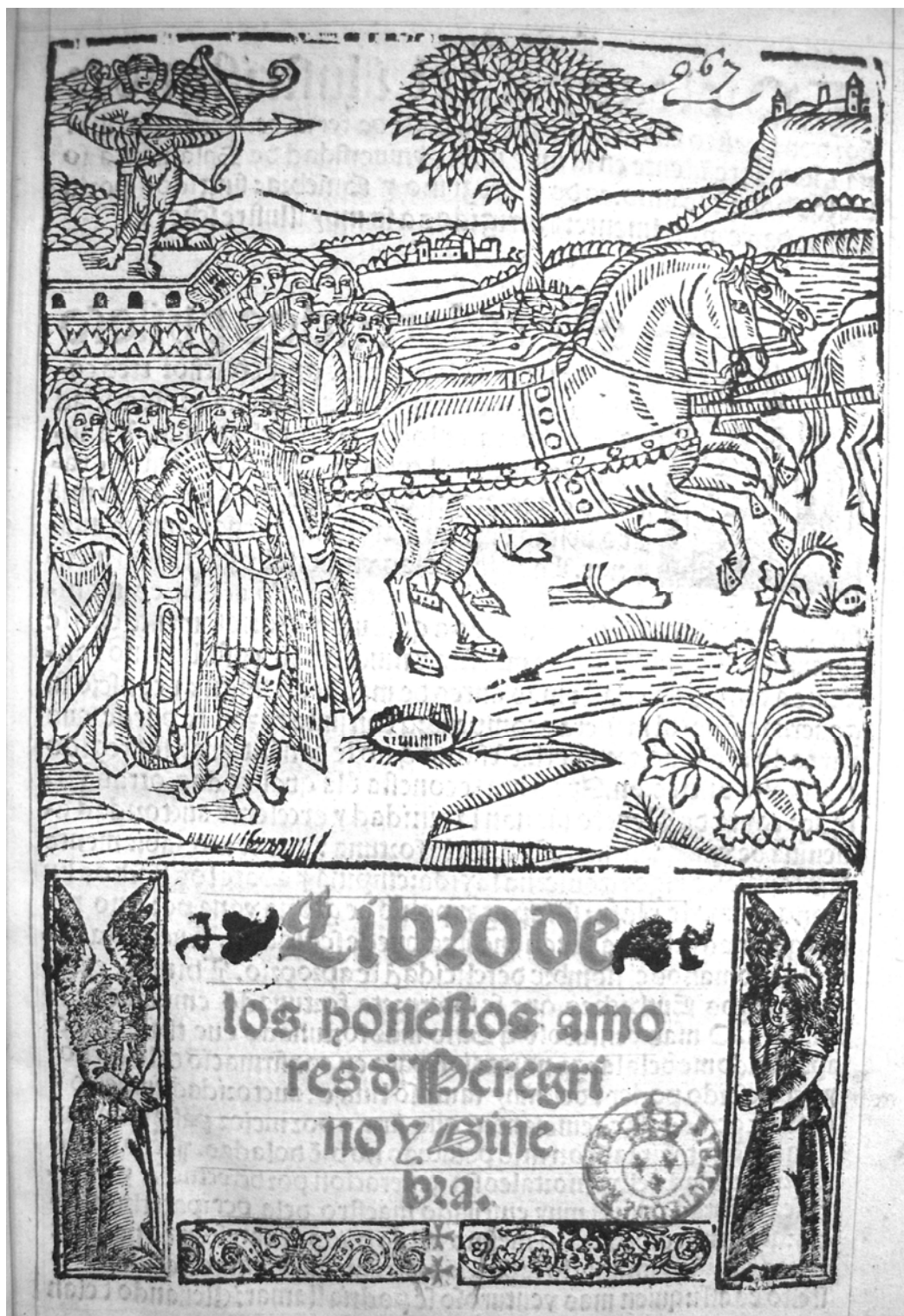
e. Portada edición de 1527 (según el ejemplar de Lisboa)



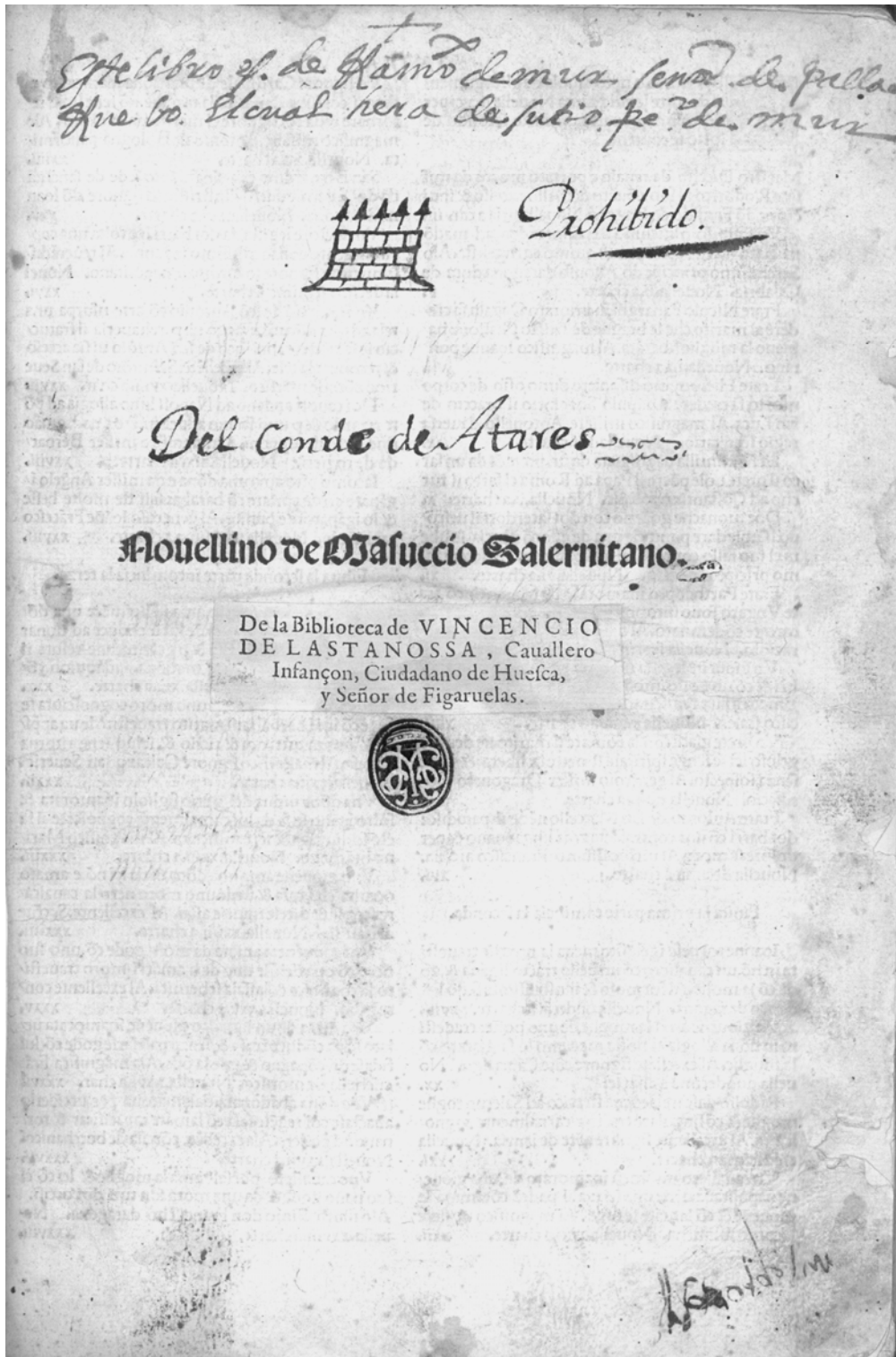
f. Portada de la edición de 1544



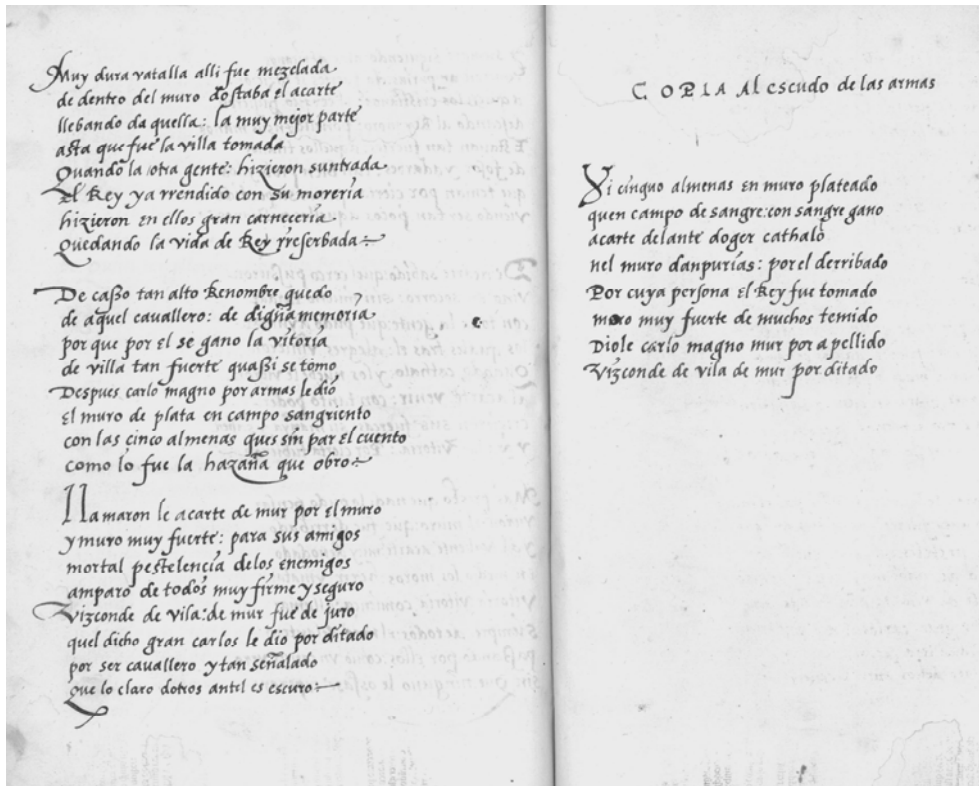
g. Portada de la edición de 1548



h. Portada del facticio IX/7047 (Biblioteca de Palacio, Madrid)



i. Coplas de los Mur en el facticio de Palacio (muestra)



j. Ilustración de portada de *Il Peregrino*



k. Distribución del texto (muestra del ejemplar de Palacio)



k (bis). Diálogo (muestra)

Uia. ¿Que cosa ay tã secreta que no se pueda
 escreuir? (Peregrino.) Desse licencia. (Uia.)
 Sin su consentimiento te prendiste: sin el te
 desfoltar: e si hablas con ella mas sujeto
 quedas que antes. (Peregrino.) Firme esta mi
 pensamiento. (Uia.) No es en tu mano. (Peregrino.)
 porq? (Uia.) Mucho te has abituado. (Pe.)
 Ligera cosa es lo que se quiere. (Uia.) Así te
 parece a ti q eres pobre de experiencia. (Peregrino.)
 Mucha voluntad es en nuestro aluidio ha-
 sta la muerte. (Uia.) Cesar rebuyo el fatal se-
 nado. Alexandro huyo la antigua Babilonia.
 Despues lo que el cielo quiso couino que viese
 se effeto. (Peregrino.) Luego forzados somos.
 (Uia.) Parece me que si. (Peregrino.) Quien
 lo dize? (Uia.) Apolo y Dapnoe mira como
 el ama y ella aborrece. (Peregrino.) Así me aca-
 esce a mi. Así q penado siempre seruire. (Uia.)
 yo te arguyo con exemplos contrarios por
 cenderte en tu voluntad que es tal que no po-
 dria aver otra de mas looz ni de mas honrra.

l. Colofón de la edición de 1527

A Fenece la hystoria de los amores de Peregrino y Sinebra: ambos de noble sangre. La qual es obra de tan sutil inuenció como discreta y alto estilo. Es muy aplazible a todo genero de lectores. Porque es como vn jardin en q̄ ay mucha diuersidad de frutales. Dónde cada vno coge del fruto que mas agrada a su gusto. Fue impressa en la insigne y leal ciudad de Seuilla por Jacobo cromberger aleman. Año de mil y quinientos y .xxvij. a .xxvij. de Enero.

m. Colofón de la edición de 1544

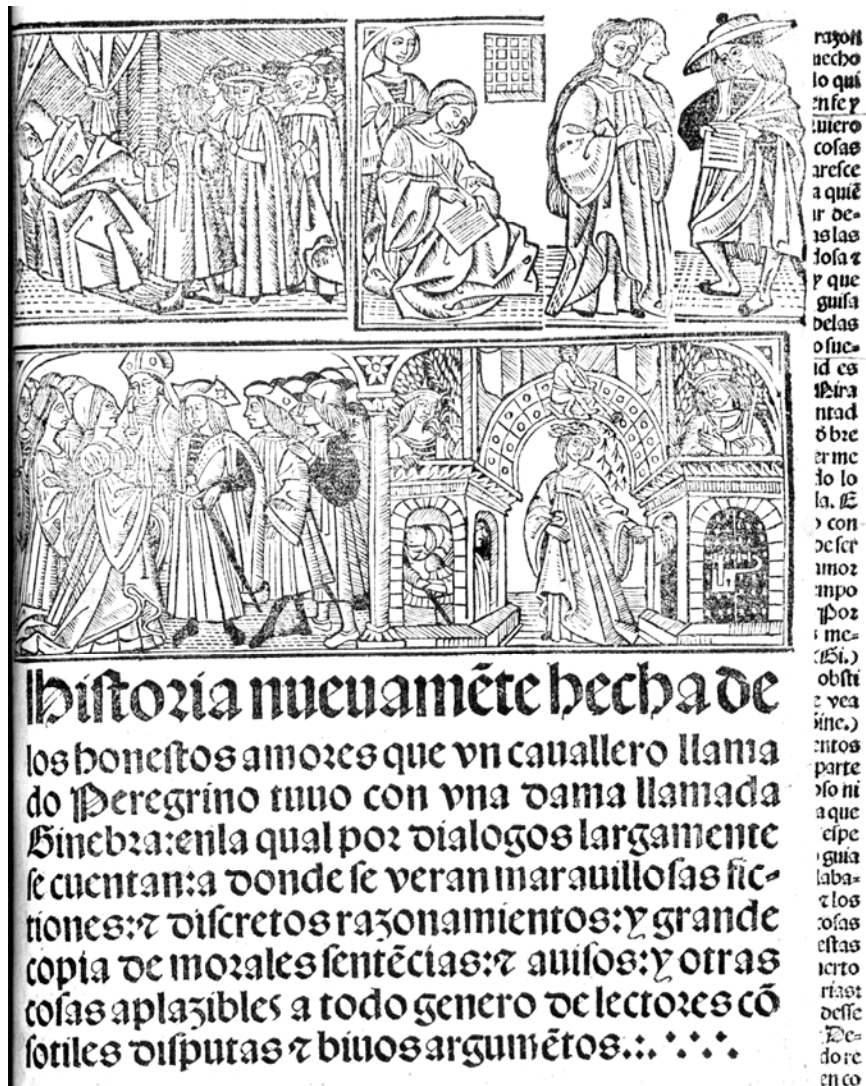
Acabose la historia de los honnestos amores de Peregrino y Sinebra: ambos de noble sangre. La qual es obra de tan sutil inuencion como discreta y alto estilo. Es muy aplazible a todo genero de lectores. Porque es como vn jardin en que ay mucha diuersidad de frutales; donde cada vno coge del fruto que mas agrada a su gusto. Fue impressa en la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla: en las casas de Juan cromberger que sancta gloria aya. Año de mill y quinientos y quarenta y quatro. A diez y ocho dias del mes de Diciembre.

(.:) ✠ (.:)

n. Colofón de la edición de 1548

Acabose la historia de los honnestos amores de Peregrino y Sinebra: ambos de noble sangre. La qual es obra de tan sutil inuenció como discreta y alto estilo. Es muy aplazible a todo genero de lectores. Porque es como vn jardin en que ay mucha diuersidad de frutales; donde cada vno coge del fruto que mas agrada a su gusto. Fue impressa en la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla: en las casas de Jacobo cromberger. Año de mill y quinientos y quarenta y ocho. A treze dias del mes de Julio.

B. EDICIÓN DEL TEXTO



Historia nueuamēte hecha de los honestos amores que vn cauallero llama do Peregrino tuuo con vna dama llamada Ginebra: en la qual por dialogos largamente se cuentan: a donde se veran maravillosas ficciones: y discretos razonamientos: y grande copia de morales sentēcias: y auisos: y otras cosas aplazibles a todo genero de lectores cō sotiles disputas y bivos argumētos.

razon
uecho
lo quis
nfe y
uero
cosas
arefce
a quē
ir de-
s las
fola z
y que
guia
delas
ofue-
id es
Pira
ntad
ō bre
er me
lo lo
la. E
con
de ser
moz
mpo
por
me-
(Si.)
obsti
e vea
inc.)
ntos
parte
so ni
aque
eipe
guia
laba-
e los
cosas
estas
icito
riast
dese
De-
do re
en co

Historia nuevamente hecha de los honestos amores que un cavallero llamado Peregrino tuvo con una dama llamada Ginebra, en la cual por diálogos largamente se cuentan. Adonde se verán maravillosas ficciones, y discretos razonamientos, y grande copia de morales sentencias, y avisos, y otras cosas aplazibles a todo género de lectores con sotiles disputas y bivos argumentos.²⁴⁵

²⁴⁵ Como se podrá observar, muy al hilo celestinesco. Dice el título de la *Tragicomedia* desde, al menos 1515 (pero con probabilidad, desde 1504 ó 1502): «Tragicomedia de Calisto y Melibea: nuevamente revista y enmendada, con adición de los argumentos de cada auto en principio. La qual



Libro de los amores de Peregrino.

Con privilegio real.

contiene, además de su agradable y dulce estilo, muchas sentencias filosóficas y avisos muy necesarios para mancebos, mostrándoles los engaños que están encerrados en sirvientes y alcahuetas» (*ed. cit.*, p. 181). Esto no sólo apoya la valoración que se realizaba en el estudio preliminar del término *nuevamente*, sino que ratifica nuestra intuición de que la primera rúbrica de la obra se refería a la *Celestina* desde la misma edición príncipe.

Prólogo para el ilustríssimo señor don Lorenço Xuárez de Figueroa, Conde de Feria etcétera. Fecho por Hernando Díaz, residente en la muy noble Universidad de Salamanca, sobre los honestos amores de Peregrino y Ginebra, fingidos por la mayor parte moralmente, y dirigidos a su muy ilustre Señoría.

Los esclarecidos philósofos, muy ilustre y assí magnífico señor, en tres cosas afirmaron consistir la humana prosperidad: la primera, en los bienes del ánima; la segunda, en los del cuerpo; la tercera, en las gracias exteriores. Y de la congregación y ayuntamiento d'estas determinaron nuestra bienaventurança manar, las cuales cosas, universal y particularmente contemplando, sin contradición alguna es manifiesto ser vuestra señoría uno de aquellos a quien más gloriosamente esto se comunicó. La prudencia, que es maestra y nivel de las costumbres, no conforme a tan tierna edad, mas antes de maduro y singular consejo su governación de tal manera acompaña, que con justa razón se puede quejar todo el estado y universal señorío que no le consintieron ser regido por su alta discreción. Aposéntase con ésta, de la cual todas las otras virtudes como de venero manan, la dinidad y excelente auctoridad, adevina de una cuasi magestad. De la Fortuna, que como sabiamente Theophrasto, rige y gobierna la vida, empina y abate los hechos humanos como le plazze, sin apegar polvo de gloria vana, por uno de los que más su ligera rueda encumbra puede ser loado. Lucio Sila entre los romanos el nombre de *Felicidad* se apropió. Thimoteo, entre los griegos, *Euthiches*, que se interpreta 'afortunado emperador', se llamava. ¡Oh más venturoso que Sila!, ¡oh más fortunado que Thimotheo! Apartándome de la larga narración para, en confirmación de lo dicho, y del crescido poder, del muy famoso linaje, auctoridad, imperio y gloria, y otras cosas semejantes que juzgo por mejor passarlas con silencio, que teñirlas con mis palabras no bien doladas.

Pero como la prosperidad de los mortales sin generación por defectuosa y manca sea reputada por el muy enseñado maestro de la peripatética secta, ¿quién no confessará lo mesmo de los hijos que carescen de padres cuyas hazañas imitando se puedan escrevir en la inmortalidad? Y si esto es assí, ¿quién más venturoso se podrá

llamar (llevando delante la vandera la piedad divina), aviendo alcançado un padre de tanta excelencia cuanta en los modernos y antiguos pudo ser? En guerras, velador por que otros seguros dormiessen; cansado por que otros reposassen; oponiéndose a los golfos de adversidad por que otros biviessen pacíficos; seguía las pisadas del buen pastor que pone en condición la vida por su grey. Éste fue escogido, entre muy esclarecida copia de grandes, por visorrey de Castilla; por lo cual fue enxalçado en fama tan inmortal, que no solamente entre los hombres en el supremo grado fue colocado, mas aun en el consistorio de los celestiales assentado.

Y aunque en la verdad a los sublimados en tan glorioso estado escurezca con sus abominables alas la tempestuosa sobervia, con su ligero y inficionado buelo (como somos enseñados por libros de maníficos auctores y más perfectamente nos lo muestra la sabia experiencia), pero aquí, mirando las sierras bivas de la discreción de vuestra señoría, desmayó de todo en todo y no tuvo atrevimiento para le acometer, de donde a los bivos (y aun broznos) entendimientos es manifiesto ser dino de su excelente prosperidad. E con gran osadía lo pueden afirmar, pues con claros ojos veen en el reposar el esmero de bienes naturales y de Fortuna, con las mavorcias virtudes de muy ordenada policia.

Viendo desde el principio de su flaca niñez las cavallerosas reglas todas las otras cosas sobrar, con grande exercicio en la mocedad (a imitación del púnico Haníbal) sus delicados miembros a las rigurosas armas ensayando, dechado muy hermoso de su prosapia, que quanto en guerras aya sido famosa (es curioso dezirlo) nos enseña. Y como la muy resplandesciente paz no sea menos preciosa, assí de los ciudadanos como de varones esclarecidos en batallas, sobra y representa las hermosas gracias de su padre, el cual en vuestra señoría, como en limpio espejo, reluze.

También se halla (según la diversidad de las hedades) diferenciarse los desseos y naturales inclinaciones. De adonde se averiguan diferentes hedades apropiar para sí diversos estudios y exercicios, porque unos convienen a la infantil hedad; y otros, a la fogosa mancebía; y otros, a la muy pesada vejez. Por el prossupuesto principio, la edad de vuestra excelencia pide con importunación que en su fragua nunca se sienta defecto de alimentos azerados, que son justas, cañas y toros. Festejando fiestas, porque con esto, los vientos que lievan su nao se prosperan,

y su governalle va en concierto industriosamente ordenado. Assí lo siente Cirrho con otros notables varones.

Conviene también afloxar el freno al desbocado cavallo de nuestro cuerpo, de manera que, mañosamente herido de las aborrescibles sofrenadas de aspereza, de todo en todo esté sujeto al cavallero; pero con tan mañosa industria sea castigado, que no sea forçado a quebrantar el freno, acossado de las agudas espuelas y fieramente lastimado de las rigurosas sofrenadas. Y por esto, el famoso orador nos enseña condescender a la hedad. No esté tan aprisionada la juventud, no se dé tanto disfavor a los gozos, tome las vanderas a la razón alguna vez la sensualidad. Sigamos el ancho camino de la vulgar sentencia: no vamos siempre por compás, pues todo se puede efectuar no injuriando al precioso medio.

Los rigurosos estoicos fueron fuente y madre por la cual, ensanchada su fiera y cruel (y aun a los sentidos humanos aborrescible) disciplina, corrió, porque nunca en gentes estrañas reposo halló. E, ¿quién vedará en el ejército de Amor ganarse templado sueldo? Pues que César dictador, Octavio Augusto, con otros maníficos y esclarecidos emperadores, no menos en el real de Cupido que de Mares contraste tuvieron. E aun el de eterna memoria padre de Vuestra Señoría, cuyo nombre y hermosas hazañas le fuerçan a las esclarecidas virtudes, de la vanda dicha no le desechan. Pero presumir con loca presunción, apear el inmenso piélago de perfecciones de las cuales está vuestra señoría adornado, es intentar la desconcertada osadía de la gigantea nación. Y en mar tan caudaloso es más dificultoso dar orden que no hallar venero de loores. Ni quiero escurescer con mis torpes palabras aquella²⁴⁶ *(que se aventaja a perder de vista a la alexandrina liberalidad) magnífica grandeza de la cual, al principio de su governación, en los quinze años de su nascimiento con los gobernadores de su estado usó. Porque si mi flaca barquilla en tan profundo mar a velas desplegadas navegar quisiesse, al puerto desseado (que es el intento principal de intitular «Los honestos amores de Peregrino» –para los plebeyos assí llamados– a vuestra señoría, aunque en la verdad sea un razonamiento, por la mayor parte mañosamente fengido, entre la Sensualidad y la*

²⁴⁶ Comienza aquí la laguna en el ejemplar conservado de la primera edición. Se completa con los folios de 1527 (impresos de Viena, Lisboa y Múnich; el impreso londinense contiene este pasaje, pero sus márgenes están seriamente mutilados). El injerto se marca, para favorecer la claridad de lectura, con cursiva.

Razón) nunca llegaría. No porque piense con atrevida osadía que de sentencias así ordenadas puedan manar crecidos provechos (y mayormente a quien está hermoſeado de los favores ya tocados), mas sólo por ſatisfazer a mis engrandecidos deſſeos (que ſiempre me han apreſſurado para poner efecto, con un menguado ſervicio) para el ſervicio de vuestra ſeñoría.

Deſſeando hazerme digno de las reſcebidas mercedes, y aunque el ſervicio que de muy baxo le ſubirá el afeción por que del todo no deſespere, no es a mí coſa nueva con cuán religioso acatamiento a vuestra magnífica ſeñoría, en la cima y enxalçada cumbre aſſentada, devan llegar aquellos que ninguna otra coſa procuran ſino sólo una reverente ſalutación. Y de aquí ſe infiere que, puesto en cuentos, penoſos cuidados me enojan en tanto grado, que vencen todo el reſto de los otros, por que pueda razonar alguna coſa digna de ſu auditorio. Pero también ſale al encuentro conſolándome que nunca por corto ſacrificio alguno fue reprehendido no lo pudiendo dar más crecido. Y conciértase con eſto la benignidad piadoſa de vuestra ſeñoría, que juntamente me da reſpoſo cubriendo mi preſuntuoſo atrevimiento. Como largos años de mi niñez en trabajos de enfermedad y la preſente edad con ondas de la juventud ſumida me alivian eſte cuidado, ſi en los exceſſos o cartas o razonamientos o mañosas perſuaciones o aſtucias o amores y deſdichados acaeſcimientos y fines no ſiga las leyes firmes y valederas, eſtablecidas y ordenadas por muy enſeñados varones, y ſolamente ſatisfaze mi deſſeo deſacompañado del efeto; pero aunque no alaben mi ingenio, no tacharán a mi industria: ſi no loaren el nombre del autor, no condenarán a quien las velas de mi nao ſe endereçan, por que con más prósperos vientos ya bien desplegadas, deſpedido el temor, cobrado eſfuerço, como experimentado maetro rija mi flaca nao ſin temor de las rocas de los tachadores, cuyo blanco es ſolamente leer para que reprehendan. Y porque ninguna coſa da tan firme eſfuerço al ſervidor como el ánimo benévolo a quien ſu ſervicio ſe endereça, pues que no ſobra hazer mercedes liberalmente al recibir benignamente, a vuestra eſclarecida ſeñoría ſuplico el ofreſcido ſervicio no menosprecie.

Y para la ficción, no huya la atención para la declaración de la preſente materia, que éſta que ſe ſigue:

Las desasosegadas aves con su melifluo canto anunciaban la acostumbrada venida de la hija de Thitón, cuando vencido de un dulce sueño me pareció ver una sombra, a la cual los Campos Heliseos hacían acatamiento. Todo espantado y recogido en mí, a manera de quien por intenso frío está enfermo, quise gritar. Mas fuera de los míseros labrios salir no pudo la debilitada boz, y cuanto menor fue el grito, tanto más creció el dolor al triste corazón. Y entre mí mismo dixé:

«¡Oh bienaventurada ánima, que a mi humilde cámara no te despreciaste venir, dime, por cortesía, ¿quién eres?»

Y a la hora me respondió:

«Biviendo regí el cuerpo de Peregrino. Fue natural y ciudadano²⁴⁷ de Leonflos, por contemplar una hermosura nunca oída. Yo fui de linaje más que patricio, muy propincuo a la sangre real, criado entre la felicidad de las letras y generación acostumbrada a producir grandes varones y magnánimos capitanes y gente militar que a Mares en guerra no conocerán ventaja, ni a César en fortuna, ni a Pompeyo en fama. ¡Oh qué gloria será a tu flaca musa, si mis cosas supieses publicar como yo te las manifestare!»

Estando en esto, le oí suspirando dezir:

«Piedad, ¡por Dios!, que muerto y bivo siempre soy muerto. ¡Oh Soberano Redemptor, socorre a mi grave pena, la cual acabar no pudo el cielo, la tierra, el libre albidrío ni humana virtud! ¡Oh mundo muy ciego, oh caduca nuestra forma!, ¿a qué me avéis traído?»

²⁴⁷ Ciertamente revelador resulta el empleo del término: se trata, según lo mostrado en el CORDE (Real Academia Española: Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*. <http://www.rae.es> [consultado el 1 de febrero de 2011]), de la segunda ocasión en la que la palabra se emplea en el género narrativo castellano (sólo precedido por el anónimo *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo* de 1493). Por una parte, es innegable la influencia original italiana (que, a su vez, hace que Díaz, por calco, emplee en doce ocasiones a lo largo de la adaptación la palabra *ciudadino*, como sustantivo, adjetivo y adverbio deadjetival terminado en *-mente*); por otra, refleja un nítido cambio de valoración del mundo urbano (evidente por la mención en el prólogo castellano: *Y como la muy resplandesciente paz no sea menos preciosa, assí de los ciudadanos como de varones esclarescidos en batallas*, sin referente italiano); y por otra, literariamente fundamental, muestra una nítida pretensión de entronque compositivo con la *Celestina*; en palabras de Michael Gerli: «*Celestina* is the first work of early Spanish literature to portray urban spaces in any concerted fashion» (Gerli, Michael, “Precincts of contention: urban places and the ideology of space in *Celestina*”, *Celestina*, 21 (1997), p. 65). Sin duda, el material de Caviceo se ajusta, del léxico a la construcción del espacio, pasando por la visión global del mundo real y la ficción, a los nuevos parámetros literarios abiertos por Rojas.

Movido de compassión, con muy instantes ruegos le supliqué no me negasse la causa de tantas lamentaciones. De mis humildes oraciones vencido, me mandó que estuviesse con mucha atención si quería gozar de saber el processo de su amorosa vida, la cual començó assí:

Comiença Peregrino, después de rogado, a querer contar el processo de sus amores, los cuales cuenta al auctor por diálogo, a imitación de los de Calisto y Melibea, con más honestidad aunque menor elegancia.

Aunque sé que ni tu favor y consejo a ninguna de las partes del trabajo que yo sufro puede dar remedio, pero por satisfazer a tu tan piadoso desseo, todas mis cosas te descubriré. Fortuna envidiosa, desagradescida suerte, amor de una señora me han traído al estado que vees.

Soy por nombre llamado Peregrino. Mi naturaleza es Leonflos. Como la memoria de las cosas aplazibles y alegres traiga al ánima un consolado plazer, assí el repetir las tristes y enojosas consume y aflige al espíritu. E aunque tengo por muy cierto por la mención de aquesto recaer en dolor y tristeza, cualquiera pena determino de sufrir por te complazer. ¡Oh cuán dichoso principio, y qué tan triste y amargo será renovar el fin de mis passiones! ¡Ay de mí, que el callar me es pena y el hablar, trabajo! Pues, oh Amor, si en las apartadas sustancias tienes algún poder, remédame. Ya fui bienaventurado, y más lo sería si después de las passadas fatigas fuera lavado en la dulce onda lethea, adonde los trabajos se olvidan. Pero pues que al inmutable cielo assí le plugo, para siempre de mi mal estoy contento.

Compelido y vencido de tus inflamados ruegos, de mi fortuna te haré sabidor, por que te sea manifiesto exemplo a saberte conservar de semejantes fuegos, o de aprender de aver compassión de quien por demasiado amor en vida y en muerte sufre passión y tormento.

Era de edad de veinte y dos años, cuando presumí de tener sobre mí cualquier mando, y que no avría cosa en el mundo tan rezia que mi corazón no me diese esfuerço para hazerla y apartarme d'ella según el tiempo y lugar y necesidad. Confusso de aquesta mi fortaleza, no curava de Venus ni Cupido,

pensando que en el cielo no avría poder que en amores en la tierra me pudiesse enlazar, e queriendo con pequeña diligencia provar qué era lo que en un corazón dispuesto a defenderse podía hazer Amor, pensando no solamente vencer su poderío, mas antes del todo destruirlo. Indinado Amor de la poca cuenta que d'él hazía, a manera de sutil y ingenioso caçador me fabricó a los pies una red muy más artificiosa que la que hizo Vulcano cuando enlazó a los adúlteros Mares y Venus. E viendo que tan sin cuidado dexava las velas a los peligrosos vientos, con assechanças me prendió y hasta la muerte me tuvo captivo y siervo, como sabrás.

El primero día de mayo, que es tiempo dispuesto para con tales saetas herirse, sin otro pensamiento ni sospecha entré en un sancto templo adonde un excelente predicador declarava el Evangelio. Y por el día que era, de San Filipo y Santiago, era la materia del sermón no menos aplazible que dificultosa, cuando del Padre y del Hijo se prueba una essencia y omnipotencia. Estava con todas mis fuerças atento, cuando el mensajero de Amor me dio aviso de un lugar adonde secretamente a oír la palabra divina estava assentada aquella que después fue mi soberana señora, en cuyo regaço Amor reposava, ceñido de aquellas crueles armas con las cuales herió a la desdichada de Philis.

Detenida mi vista por mirar quién fuesse aquella que con tanto sossiego y gentileza atenta oía (la cual como se bolviessse y por mirar a otras partes a caso me mirasse), vi salir de aquellos sus ojos un resplandor que invisiblemente el corazón me trespassó. Recebido el golpe mortal, sin otro cuidado ni pensamiento lo assenté en la silla de mi ánima, pensando que todas las vezes que yo quissiese, según mi voluntad, del todo lo apartaría de mí.

Codicioso de aquella dulce vista, vengo distintamente a mirar y remirar la cualidad de aquella señora, la cual era de forma excelente y gracioso meneo y semblante y dispusición; de edad de quinze años, persona de merescimiento, de gesto umilde, meneos de gran señora; los ojos, claros y verdes, húmidos, sossegados, inclinados a alegría, con una hermosa y dulce sobreceja que todo su rostro adornava; la sangre, sutil y clara, dispuesta de maravillosa proporción. Hallé que era tal aquella señora, que podría abaxar el cielo y alçar la tierra, escurescer el Sol y alumbrar al Infierno, secar las fuentes, ríos y mar, abatir los montes y sublimar los dañados y tornar a vuestro común bivar los bienaventurados. En este instante,

obrando una invisible y a nosotros no conocida virtud, fui de mí mismo sacado y no de otra manera fue su imagen en mis entrañas transformada que una cosa muy deseada de alguna muger preñada que después la criatura demuestra la semejança de aquello.

Dudava si eran algunos secretos hechizos, según sentía mi corazón frío y caluroso: de tantas cualidades se tornava de cuantas era el mirar de aquella señora, agora dulce, agora menos piadoso. Vencido y atado y herido, me pareció ser yo el mísero despedaçado Acteón, y de mí mismo hecho piadoso y reprehensor decía:

«¡Oh Peregrino!, ¿a qué eres venido? ¿Qué es d'aquel corazón delibrado a resistir? ¿Qué es de aquella facilidad del libre alvidrío? ¿Qué es de tanta fortaleza, con la cual querías vencer a los dioses? Mas si de un solo mirar eres captivo (del cual aún no estás cierto si era por tu causa), ¿qué haría cuando sentieses el efecto? ¡Oh cuánto mejor es dexar las cosas enojosas y vergonçosas y arrepentirse, que no perseverar con arrepentimiento! En tanto que estás en ti, muda tu sentencia y apártate d'esta pestilencial muerte.»

Algo más allegado a mi fuego, vi, entre ella y el Amor que en su regaço estava assentado, una letra que decía:

«¡Oh mortales, a todos os llamo, mas a pocos os doy la vida!»

¡Oh palabra cruel, oh dañosa escriptura! ¡Oh principio desdichado a tan gran pelea, de la cual no ay quien quede vencedor! ¡Oh muy osada esperança, oh engañosa opinión humana! ¡Oh triste de quien de sí mucha confiança tiene! Veníanme a la memoria Hércules y Archiles, con el hermoso troyano que en mal punto a la Venus vio:

«Mas si aquella tan grande alteza resistir no pudo a tan gran fuego, ¿qué haré yo que en comparación d'ellos soy hoja seca? E si aquestos fueron humildes captivos, ¿qué puedo yo hazer, o en qué he de esperar?»

Con tanto espanto entraron las palabras en mi corazón, que poco menos que muerto caí.

Peregrino, arrebatadamente siendo preso de Amor, cruelmente acusa su fortuna y sotilmente busca persona que le pueda dar socorro. Y hallada, le comunica su secreto pensamiento. Y determinaron por la vía que se oviessen de tentar la donzella, cuyo nombre era Ginebra, del nuevo amor que le era ignoto.

Capítulo II

El primero día del concebido amor, la llama esparzida excedía a mi sentido como si el çumo de la yerva ceguta oviera bebido. Di principio a dexar mis negocios públicos y privados, y quedé tanto perdido como una fiera acossada: la risa en lloro, la habla en silencio, la mansedumbre en desdén se convirtieron. La noche era de tanto desassosiego, que a todos los spíritus infernales les es más reposo concedido. Llorando clamava:

«¡Oh cruda suerte de enamorados, oh vida más mezquina que la muerte, oh cruel herida de amor, oh pensamiento que te hiere, ligeramente se vence quien no resiste! Mira, desaventurado, la mucha confiança a qué te ha traído. ¡Oh Amor, con pequeño pensamiento de una donzella me prendiste! ¡Oh mi señora!, ¿cómo sin ti podrá estar mi vida? ¡Oh luz de mis ojos, oh espejo de mi alma perdida! ¡Oh estrella fixa, mira a aquel cuya vida de ti depende!»

De aquestos y semejantes llantos toda la noche estuve acompañado.

Restituido el Sol a la tierra, buelvo solo al lugar adonde Amor me sojuzgó, y hallé enfrente de mi señora a un cavallero assentado, príncipe de gentileza cuyo gesto no sufrieron mis ojos de más mirar, que amor y celos en aquel instante con tanta fuerça me passaron el corazón, que con la mudança de la color (siguiéndose la amarillez de la cara, acompañada de profundos sospiros), con muchas maldiciones de aquel inocente galán, hize cuasi manifesto aquello que a cualquiera por ley de Amor devría ser secreto. Todo encendido de colérica sangre, salí de la iglesia con deliberación de vengarme de quien no avía rescebido offensa. Y si d'este pensamiento Achatés y la razón no me desviarán, no fuera la vida de aquel gentilhombre muy segura.

Assí que apartada de mí esta inicua y falsa intención, algo desviado sigo a esta señora hasta su casa, agora delante o detrás o de través, adonde más fácilmente pudiesse de aquella linda vista rescebir algún consuelo. E como supe que su casa era la de Angelo, por la antigua enemistad que naturalmente intervenía entre nosotros tuve poca confianza que se seguiría buen fin del principiado amor. Mas después, considerando que este señor era el reconciliador del mundo que todas las cosas quebradas torna en unión, torné a cobrar corazón, y con fuerte y sagaz ánimo intenté de saber el nombre de aquella señora, el cual era Ginebra, que según mi juicio otra cosa no significa sino de todas las cosas humanas verdadera genitrix y madre.

Después, secretamente anduve espiondo la manera de los servidores de casa, y principalmente de aquella que con más continua plática la servía. En aquesta curiosa solicitud, Amor le hizo saber de mí. E cuando acaecía que alguna muestra de favor hazia mí²⁴⁸ hiziesse, no avía alegría en el mundo que a la mía se igualasse.

Mira en qué la vida de los míseros amantes consiste: entre dulce y amarga vista de amada señora, Amor se rige y gobierna. En tanta manera fue vencido y con tanta fuerça puesto en poder ageno, que luego despedí mis gananciosas y honrosas alcarías, y incliné mi corazón a aquellas niñerías que en la tierna edad avía aprendido, que son cantar y bailar, dançar y solazar noche y día, sin pensamiento de mí ni de mi casa. En semejantes exercicios vida y fama y hacienda gastava y demasiadamente perdía, haciendo locamente mercedes, gastando en combites. Gratificava a cualquiera de quien pensasse (o en palabra o en obras) rescebir algún favor: no avía en casa de Ginebra quien con mercedes no me fuesse obligado.

E en este tiempo no hallé quien tan atrevido fuesse, que a la muy firme castidad suya de algún pequeño combate quisiesse dar principio. Assí que entre engañosa esperança y gran fuego metido, comencé entre mí mesmo a desfallecer:

«¡Oh Dios, oh Cielo! ¡Oh causas prósperas y ad²⁴⁹versas!, ¿qué vida es la nuestra? ¿cuál mármor, cuál diamante entre tantos contrarios podría resistir? La

²⁴⁸ Lon, Vie, Lisb, Mun27: me

²⁴⁹ Termina en este punto la laguna del ejemplar de Palacio. Sin embargo, también aquí se inicia el encuadernado defectuoso descrito en el estudio preliminar y que uno de los poseedores del ejemplar marca cortando las esquinas inferiores de las páginas mal colocadas, numerando a mano en las esquinas superiores de los rectos y haciendo múltiples llamadas.

esperança está en el aire; el temor, en el corazón. El amigo, de fuera; el enemigo, en casa. Pues, ¿qué es lo que he de hazer? Pedir es vergüenza, seguir es daño, rogar a sordo es vanidad. ¡Oh Vénere sancta, que el tercero cielo posees, no me consientas en tantas penas morir!»

Estava ya al corazón la extrema flaqueza juntada, cuando a mis ojos se me ofresció una ventanica adonde sin respecto ni sospecha la mi señora estando reposava. Estava, allí cerca, una imagen pintada de la Madre del verdadero único humanado Mexías, a la cual, inclinada mi cabeza, hize reverencia. Pensando mi señora ser de mí saludada y reverenciada, con ledo semblante y poca risa me mostró algún contentamiento. E después, se desvió.

Yo, por el beneficio rescebido, dixé:

«Ánima, da gracias al Cielo, el cual oy por ti ha intercedido.»

Ni sólo de un camino Amor me hizo sabidor, con el cual pensé a gran parte de mis trabajos ligeramente poner fin. Tove yo una ama que de las artes liberales era excelentíssima maestra, y por doctrinar a mi señora muchas vezes continuava su casa, a cuyo jardín salía su morada, assí que seguramente avía, de posada en posada, seguro passaje. Con tanto gozo se halló mi corazón, que aún acordándome d'ello, me alegro.

Venida la ora dispuesta para aver de hablar secretamente, voy a la casa de mi ama (cuyo nombre era Viante), de la cual con mucho plazer fue rescebido. Después de las devidas cortesías, cuan fiel y discretamente pude, le manifesté mi triste vida y estado, y que si por su obra no tenía algún remedio, ella vería presto mi muerte.

Mis palabras, de calientes lágrimas y hondos suspiros acompañadas, de mi martirio davan manifiesto testimonio. Viante, como vida de materna piedad, aviendo de mí compassión, con mucha lástima me pregunta qué llama tan ardiente me aya quemado. Con mucha afeción me amonesta que me guarde de los lazos de Amor, los cuales son pestilencia universal del mundo:

«Aqueste Amor es un cierto sueño lleno de miedos, de errores, de daños, de locura, de atrevimientos muy osados; ninguna consideración, poca templança; desvergüenza, codicia, malicia, pereza, loca pobreza; mucho hablar a do no es menester; callar sin tiempo. En fin, es una enfermedad incurable, de la cual nasce olvidar a Dios y a sí mesmo. Pérdida de tiempo, disminución de honra; infamia de

linajes, enojos de padres y parientes; consumir haciendas; desenfrenadas codicias, discordias, rebueltas, embidias, pleitos, renzillas, maldezir, fengir e dissimular, falsas acusaciones, destierros, muertes de hombres, ponçoñas, muertes subitáneas, hechizos, pérdida del cuerpo, condenación de la ánima, y al fin fruto ninguno.

»E caso que esta señora que tanto amas igualmente te quisiesse, ¿pues qué sería? Si es reina, señora o princesa, de su amor nunca estarás seguro. Si es de baxa condición, ni honra ni provecho, ni buen fin se te puede seguir. Si es tu igual y por cópula de matrimonio tú la desseas, ¿para qué es tanto penar? Dexa estos fuegos que convienen a gente ociosa. Hasta aquí has passado tu tiempo en obras de cavallero y en letras, y agora te arrimas a estas niñerías, las cuales repugnan a quien quiere subir en la silla de la Fama.

»Aquestos encendidos ardores sufren aquellos cuyos dioses son Venus y Ceres y Bacho. No te acostumbres, señor mío, a tristes ábitos, los cuales, después de arraigados en la ánima, con grandíssima dificultad se pueden desarraigat.

Cuanto más dezía Viante, tanto más me encendía. Llorando y perseverando en mi ardentíssimo ruego, me prometió el possible socorro, después que no pudo con el fiel y saludable consejo resistir a mi ardiente desseo. A la ora, desembaraçada mi lengua, abierto el coraçón, le descubrí mi pensamiento, el cual era que a Ginebra, hija de Angelo, sobre todas las criaturas del mundo amava. Oído el nombre de Ginebra, vi a Viante conmovida en su gesto, y más inclinada a negarme que a otorgarme su fe. Mi ánima (indinada y retraída a las vitales y secretas potencias, dexado el cuerpo), assí desamparado, en los braços de Viante como muerto caí. Amató la compassión el nuevo pensamiento y aviendo de mí piedad, con dulces consuelos trabajó de revocar mi perdida y errante ánima. E díxome:

«Peregrino, devrías bien de mirar que Ginebra es de linage de patricios: el padre, muy honesto; la madre, muy casta; ella, muy modesta y muy discreta (niña en los años, en gravedad, vieja). Bien sé que para hablar d'ella no es amor que me ciega. Ámola mucho, porque, según su virtud y condición, bien lo meresce. Y con tanto amor miro por ella, quanto la quiero. Assí que con mayor templança y con más consejo se ha de proceder en este negocio; con gran ardid has dado tu coraçón a los amorosos fuegos, al dolor, a los trabajos, y a la extrema desesperación. ¿Cuál tan loco marinero, sin más consideración, se pondría en el piélago no conocido y

confiaría su barca a los tempestuosos vientos? Por ende, debes caminar con más acuerdo, y acordarte de aquello que se suele dezir: “Poco dura lo que sin respecto se gasta”. Entraste con furor, y saldrás con dolor. De tus pensamientos poco fruto cojerás, si más discretamente tu vida no governares.

»Y no digo esto por dexarte de servir, sino porque es una cosa cuasi imposible.»

Lo cual le demostrava el antiguo odio que avía entre Angelo y mi linaje, por donde nunca se sufría vínculo alguno ni de cópula ni de verdadera amistad:

«De otra parte, no querría, por mi culpa, ver a Ginebra notada de infamia alguna. Pero si d’ella conosciere que te ama, en este caso haré lo que ella mandare. Mas primero que vengamos a descubrirle nuestra intención, conviene espíar algún nuevo camino por donde se sepa si está dispuesta a amarte, y según esto regiremos nuestra barca. Mi parescer sería que escriviesses alguna carta sin nombrar a ti ni a ella, y yo fingiré averla hallado en alguna parte, y abriéndola haré que entrambas la leamos. Y si por leerla la viere inclinada a amor, encenderla he con aquellas palabras que al tiempo y a la sazón y materia me pareciesen convenientes. E si Fortuna al contrario de aquesto hiziere, no quiero que perdamos tiempo en lavar el ladrillo.

»Toma, si te parece, mi fiel consejo y da principio a la obra con tanto ingenio que, si alguna desdicha a la començada empresa contrastare, no menos sabio que cuerdo con tu honra te puedas salir afuera.»

Aquesta razón, con tanta vehemencia de ánima pronunciada, me entró tan firme en la memoria, que delibré con mucha sagacidad qué era lo que podría hazer Amor en un corazón nunca exercitado. E assí a la presente carta di aquella forma que Amor y Viante me informaron, la cual es d’este tenor:

Peregrino escribió una carta sin nombrar a sí, ni a Ginebra, por consejo de la medianera, cuyo nombre era Viante

Capítulo III

¡Oh mi carta, sola sabidora de mis trabajos y ansias secretas! Dios te dé aquella felicidad que dio al desterrado Eneas troyano, cuando en el regaço de la reina Dido hizo assentar al hermano Cupido. Muy cuerda y discretamente toma el camino hazia aquella mi señora, la cual tú sola conoces y con mucha reverencia le dirás:

«Señora, en virtudes perfecta, de mucha excelencia digna, de aquesta mi súbita venida ninguna maravilla tu corazón altere. Porque, si fue de tanta fuerça la hermosura de la griega Helena que pudiesse conmover a armas a la Asia y a Europa, ¿qué maravilla si tu hermosura, no menos excelente, captiva y vence y ata a un hombre nascido en el mundo sólo para servirte? Ésta es una secreta virtud embiada al hombre del cielo: de amar una cosa gentil, honesta, discreta como tú, mi señora, eres.

»Hazme, señora, merced con corazón reposado y agradable y secreto, sea leída de ti, por que, sin tú merescerlo, no diesse ocasión a quien a ti me embía de cruel y violenta muerte, lo cual, si acaesciese, sé que mucho te pesaría. E siendo certificada, tendrías por bien de quererle como te quiere, y no sufrir que por crueldad la flor de tu juventud sin provecho se pierda, porque sería obscurecer tu muy noble condición, que de tu primero nascimiento parece que nasciste para amar y ser amada. E primero que manifieste el concebido pensamiento, guardaré la costumbre antigua guardada de los de Persia, que nunca se presentan a su rey vazíos de dones, y esto no lo causa la avaricia d'él, mas la gran veneración que le tienen. E no teniendo mi señor cosa de la cual con más honra y más fe te pueda servir, por mí, su intercessora, te ofresce por un perpetuo esclavo aquella que mejor cosa Dios eterno a los mortales dar no pudo, que es la ánima. E assí, te suplico con aquel corazón con el cual se te ofresce la rescibas.

»Bien sé que, según la grandeza de tu invincible ánimo, no sufrirás en amor ser vencida, pues que en todo eres mayor. Por ende, señora, toma y conserva el ofrecido servicio por demostrar el resplandor de tu grandeza y conservar la verdadera

servidumbre de aquel que más que a sí mismo te ama: solamente el triste se mantiene de lo que ningún enojo rescibirás en dar, que es la luz de tus ojos. La primera vez, señora, que en ti endereçó su vista, quedó sin ánima y libre alvidrío; y viviendo, por demasiado amor, muere. De contino da bozes y siempre calla; arde desnudo, tiembla en el fuego; muere la alma, bive el cuerpo; alegría le destierra, dolor le abraça; quexasse de quien nunca le ofendió, confía en quien nunca conoció.

»La esperança es dudosa; el martirio, cierto. Si se duele, el sonido lloroso de la boz le acompaña; si llora, como Orpheo solitario queda; si calla, no espera respuesta. Si descubre su pasión, no halla de quién se fie. ¡Oh cuántas vezes me dixo!: “¡Oh bienaventurada y más que bienaventurada carta, si de aquellas celestiales manos humanamente eres rescibida! ¡Oh digna del Cielo Empíreo²⁵⁰, si eres leída y releída de aquellos relumbrantes ojos y de aquella preciosa boca o, sobre todos los coros de los ángeles ençalçada, si merecieses ser puesta en aquel divino y blanco pecho adonde Cupido y Venus hazen su fiesta! Mas si por mi desventura eres desechada, a Amor el poder, y al escriptor la vida, y a ti, señora, la humanidad serán quitadas.

»Mas si (como espero) dichosa buelta hizieres, con perpetua immortalidad a todo futuro linage, alabaré tu sagrado nombre, cuya memoria de nueva alegría siempre me enciende.”»

Escripta la carta, con lágrimas fue presentada a Viante.

Capítulo III

Escripta (y no sin lágrimas) la amorosa carta, y sellada con un corazón en fuego ardiente, la di a la sagaz Viante, rogando a Dios que menos honrada no le fuesse la astuta invención que al hijo de Laertes la artificiosa oración, cuando del escudo achilleo vencedor quedó.

²⁵⁰ *P, Vie, Lisb, Mun27*: imperio

Tomada la carta, Viente, con los ojos en tierra, la cabeza baxa, como doliente, de pensamientos fengidos llena, adereçó su camino hazia el palacio de Ginebra, de la cual con mucha humanidad fue rescebida. Y después de las acostumbradas hablas de mugeres, con un cierto silencio significador de trabajo, la habla detuvo. Al fin, con un entrañable suspiro y congoxosa tristeza, su razonamiento assí començó:

La dicha carta artificiosamente fue dada a Ginebra por Viente.

Capítulo v

«Ginebra mía, si amor y fe de mucha confiança mi coraçón para contigo no me defendiessen entre tantas personas de las cuales soy amada y servida, no te avría elegido por mi consoladora y consejera y favorecedora en aquestos ocurrientes casos, a los cuales, por cierto tengo que según tu discreción sabrás ocurrir.

»Por ende, en aquesta muy rezia passión he escogido por principal consejo todo este negocio comunicar contigo, por lo cual te ruego que de ninguna otra cosa más afectuosamente me hagas merced que de un fiel y perpetuo secreto, por que en ningún tiempo daño ni vergüença la presente materia me pueda dar. ¡Ay!, ¡que tanto me siento angustiada, que nunca más paz ni sossiego creo ni espero poder hallar! No sé cuál cruel influencia del cielo, o mala planeta, o espíritu contrario, o mi pecado oy me han privado de mi consolación.

»Aquesta mañana, según mi usada costumbre estando con devoción en mis oraciones, hallé en mi capilla aquesta carta, assí tan cerrada. Estava el templo lleno de hombres de mucha cualidad. Rescebida alteración quísela manifestar, mas pensando, en esto me pareció mejor consejo guardarla, y primero que hablasse palabra, discretamente leerla y considerarla bien, porque del todo avisada puede proveer al nuevo fuego. La cara arrugada, la edad crescida, la buena fama me hazen segura. De otra parte, me fatiga el escándalo que podría poner sospecha en mi honesto y casto bivar.»

Dichas las palabras (como muerta, con gesto lloroso y triste), dio la carta a Ginebra, la cual, de filial amor conmovida, primero que a leerla se pusiese, con dulces hablas la consoló diziendo:

«Ten firme y fuerte corazón, y invinciblemente resiste a los engaños y fraudes d'este mundo ciego y con buen ánimo, porque a consciencia temORIZADA ni afán ni penitencia le conviene. El eterno Dios no dexará tanta ofensa sin vengança. Y porque el tiempo es breve, fíame aquesta carta, la cual (te doy mi fe) nunca alma biviente verá, ni d'ella sobrá. Ve y ten cuidado de pesquisar el autor, no para hazerle daño, pero porque seas más avisada.»

Ida Viante, Ginebra sola en su cámara se retruxo. Y abierta la carta, y después de muchas vezes leída, uvo misericordia de tan grande amor, y sospirando dixo:

Ginebra, leída la carta, se dolió de la mala fortuna de Peregrino, aunque no sabía que por él avía sido ordenada

Capítulo VI

«¡Oh bienaventurado, a quien el cielo es tanto enemigo! El desaventurado mancebo descubrió su amoroso pensamiento a do no era menester. Bien sin memoria estava, si no conoció el lugar de su amada señora o, según creo, devió de temer.

»¡Oh Dios!, ¿cómo es possible que un hombre quiera tanto y con tan gran fuego ame a una muger, quanto él por su carta manifiesta? Aqueste triste, sin culpa de otro, podría a sus trabajos por muerte dar fin. ¿Qué cosa ay tan áspera, tan dura, tan rústica, que a tanto amor su corazón no inclinasse? ¡Oh bienaventurada señora! ¡Oh dichoso a quien el cielo es procurador en semejantes casos!»

Hablando estas cosas, consumió el tiempo Ginebra hasta la venida de Viante, a la cual, como vino, sonriendo dixo:

«Viante mía, los pecados sin industria y malicia cometidos son dignos de perdón. El autor de la carta que hallaste está en tanta congoxa, que no halla ni muerte ni vida, y por manifestar su extrema miseria, ha escripto la presente, pensando que avía de venir a manos de aquella sin la cual parece que desprecia la vida. Por esso,

no te fatigues, dexa a cada uno con sus passiones. Cuando fueres requerida de cosa que menos fuere que honesta, en tu mano está de responder o callar.»

Después de assegurada, haziendo Viante las devidas respuestas, buelve a mí. Y mandóme que tuviesse buen corazón, porque esperaba de hazer una tal negociación, que sería de todo mi bien desseado glorioso principio.

Aquel día con la noche passé como las velas del sospechoso ejército. Mi pensamiento en diversas partes vagava. Dudava por el mucho acatamiento que tenía Viante a Ginebra. Sospecha me dava la suma belleza con la tierna edad de Ginebra. Los celos de casa mi corazón molestavan. Entre amor, temor y sueño y vela, llegué a otro día. Y dexadas todas cosas, me passé secretamente a la casa de Viante, la cual a mis instantes ruegos bolvió a Ginebra.

Y entrando (según costumbre de mugeres) en diversas razones, eficacíssimamente le preguntó Ginebra si le avían venido del auctor de la carta algunas nuevas. Viante, más con silencio, auto y semblante, que con boz le demostró aver tenido d'él noticia. Lo cual viendo Ginebra, mucho más se encendía, y de su futuro mal curiosa, humildemente le rogava no se lo negasse, y le dixesse quién era el que con tanto fuego amava. Viante hizo semblante de querer hablar, y después se detuvo. Y entre aquestos dos contrarios creció el desseo a Ginebra de saber aquello que más le valiera ignorar. Al fin inclinada, Viante dixo:

Viante buelve a Ginebra y, hallándola bien dispuesta, la inclina a amar. Y por razón evidente, le aconseja a que no quiera la muerte de Peregrino, el cual desseava su cópula matrimonial. Y Ginebra, respondiendole con razones, la contraría, pero con pretestación si conociere que Peregrino fielmente la ama, de no le defraudar de su devido premio.

Capítulo VII

«Es natura, oh mi Ginebra, de señoras (y mayormente de donzellas, las cuales a los ocurrientes casos poco atienden, a las vezes, por demasiado enojo, o desdén o

sobrada alegría, o por mucha confianza) fácilmente manifestar todo lo que la fantasía les da.

»Por ende, es menester mucha advertencia para confiar secreto a quien tiene poca fe para callarlo. Pero conociéndote, señora, por muy discreta y que tienes en mucho tu honra, de mi grande secreto te quiero dar parte. E si bien lo considerares, juzgarás que Dios tiene principal cuidado de tu persona. Cómo tú ayas sido de mí amada y honrada, tú misma puedes dar testimonio.»

Luego, con mucho saber, respondió Ginebra:

«Viente mía, que el estado de las mugeres no sepa conservar las cosas dignas de alto silencio cosa notíssima es, excepto las que por criança y costumbre lo han ganado. Y si bien con justo juicio mirares las tus insaciables fatigas y las de los que me criaron y mi vida passada, fácilmente me juzgarás de aquella inconstancia juvenil estar desviada.

»Gracias inmortales te doy por la buena y sana opinión que de mí tienes. E caso que assí no sea, por averme tú alabado procuraré de ser tal, que con seguro coraçón cualquiera sus cuidados sin sospecha a mis oídos fácilmente pueda confiar. Assí que sin miedo me puedes hablar.»

Teniendo Viente alguna más osadía, suspirando dixo:

«No porque yo piense aver en ti sentimiento alguno de dañosa voluntad, ni en mí alguna mala opinión de desviarte de tu sancto y casto propósito tengo esta habla contigo, mas sólo por tener cuidado de tu honra y perpetuo bien. ¡Oh cuánto es cruel quien priva a otro de vida! ¡Y muy más cruel quien, pudiendo socorrer, de onestos favores se desvía! Nuestra naturaleza está de tal manera ordenada, que a misericordia y mansedumbre siempre se inclina. Por desdichada juzgo a la criatura cuyo imperio es regido y gobernado de crueldad y dureza.

»Cómo estarían los cielos y la tierra, si Amor con mansedumbre no los governasse y regiesse. Pues que somos criados en este mundo a manera de blancas y limpias palomas, sin fraude y tristeza nos devemos dar a los suaves y aplazibles deleites, y bivar alegres, y aver compassión del dolor y trabajo ageno.

»La carta que tú viste es del más desseoso y honesto amante que nunca vio el Sol. Cuando me acuerdo de la pena y angustia de su vida y en qué ansias Amor le tiene metido, muero de piedad, y me maravillo cómo sin ánima aquel cuerpo tanto en

vida se conserva. Mas creo que le acontece como a los continos dolientes de fiebre, que sin manjar material su vida sostienen. Assí hazen los míseros enamorados que de su mal se sostengan.»

Ginebra, de virtud interior como vida, respondió:

«¡Ay de mí! ¿Quién en amar tuvo triste suerte?»

VIANTE.²⁵¹—El autor de la carta que yo hallé.

GINEBRA.—Dime su nombre.

VIANTE.—Temo.

GINEBRA.—A persona asegurada no es menester hazer salva.

VIANTE.—Verdad es...

GINEBRA.—Tiempo es que me quites d'este trabajo.

VIANTE.—Peregrino.

GINEBRA.—¿Cómo lo supiste?

VIANTE.—Dírtelo he. Después que sentí que yo avía hallado su carta, fue para mí, los braços puestos en cruz, pidiendo socorro y desseando morir. Movida de compassión, y no sabiendo la causa de tanto mal, le prometí el possible y honesto remedio. El triste callava y llorando se afligía. Al fin, confessando estar vencido de mucho amor, le pregunté de la señora que tanto amava, y me respondió ser Ginebra, hija de Angelo, la que desseava sobre todas las cosas del mundo en matrimonio, y si por alguna forma pudiesse, travasse de tal manera que su desseo llegasse al desseado fin.

GINEBRA.—¿Pues luego de mí está enamorado?

VIANTE.—No de otra.

GINEBRA.—¿Cómo assí?

VIANTE.—La luz de tus ojos le ha²⁵² hecho tu siervo.

GINEBRA.—Doy muchas gracias a Amor, que de mí se acordó.

VIANTE.—Señora, inclina tu corazón a alguna respuesta que a tu virtud y a su fe sea conveniente.

²⁵¹ En el original aparecen casi siempre abreviados y entre paréntesis los nombres de los interlocutores, pero sin homogeneidad. Se desarrollan de aquí en lo venidero todos los apelativos. Nótese que se trata de la misma presentación tipográfica empleada por Jacobo Cromberger en sus ediciones de la *Celestina*. Véase el ejemplo *k bis* del repertorio de ilustraciones (p. 173).

²⁵² *P, Vie, Lisb, Mun27*: han

GINEBRA.—¡No es en mi poder!

VIANTE.—Luego, ¿no eres libre?

GINEBRA.—En esto, no.

VIANTE.—Muda tu opinión.

GINEBRA.—¿Qué quieres que haga?

VIANTE.—Escrívele una cartezica por que sepa tu voluntad.

GINEBRA.—Gran bovería sería escrevir a quien no conozco. Si él tanto me amase, por otro camino lo deviera intentar.

VIANTE.—No se fio.

GINEBRA.—Quien la truxo pudiera hablar.

VIANTE.—Temí.

GINEBRA.—¿De mí?

VIANTE.—Sí.

GINEBRA.—¿Por qué?

VIANTE.—Tu edad y poca experiencia me hizieron temer.

GINEBRA.—No creo que fue esso, porque en tu facultad está puesta mi ventura, mas pienso que fue por no estar cierta de aquel cuya natura es siempre dispuesta a engañar y burlar.

VIANTE.—No fue assí, señora, porque creo que entre los hombres no se podría hallar otro de tanta fe.²⁵³

GINEBRA.—¡Oh, cuánta dificultad es poner su esperanza en otro! ¡Cuántas mugeres, por aver sido engañadas, andan por el mundo míseras y tristes! Repite, repite las antiguas y modernas historias: en todas hallarás quejarse de la fe quebrada. Aqueste nuestro infelice y desventurado estado del cielo nos es embiado: de ser siempre despojadas de honra, de hazienda y de la vida.

»Créeme que estas buenas hablas todas son frascas y burlas. Con aquella facilidad se olvidan con la cual se pronuncian. Mira cuán varia y mudable es la humana condición. Todo el mundo está lleno de traiciones y de simulación y de dissimulación. No perdonan cosa por un breve y particular pensamiento. Cuántas desaventuras, daños y trabajos; miserias y destroços; muerte del cuerpo y del ánima y

²⁵³ Aquí finaliza el salto de encuadernación. Desde este punto el impreso de Palacio está perfectamente conservado.

de la fama se sufren por mucho confiarse. Pues si todo el mundo de aquestos engaños se quexa y duele y aflige, ¿qué esperanza he yo de tener, donzella y niña sin experiencia? Pero no quiero que piense que aborrezco de ser amada de un virtuoso y gentilhombre, sino sólo porque conozco y alcanço qué tal es la condición de los hombres.

VIANTE.—Si yo supiese que Peregrino de corazón no te amava, primero moriría que dezirte falsedad.

GINEBRA.—Amor y piedad las más de las vezes engañan a quien de ligero se cree.

VIANTE.—D'esto bive segura, porque si a hombre del mundo en amar fielmente se le oviessen de dar gracias, Peregrino sería a quien Amor y los devotos amantes serían obligados. Este es aquel en quien reina piedad y verdadera servidumbre; pura fe y gran lealtad.

»Por servirte perderá enojos, enemistades públicas y privadas. Por amarte, no se dolerá del tiempo perdido, ni de haciendas ni de su propia vida. Por ser tuyo, será humilde servidor a cualquiera persona que te serviere. Por obedecerte, pospondrá el cielo y el mundo, y todas las cosas criadas.

»No entiende en cosa que de tu imperio no proceda. De ti reconoce la vida y acepta la muerte. No sufras, señora, que sea tan triste a quien lágrimas y oraciones no aprovechan. No te desdeñes²⁵⁴ de conservar a quien por tu salud y honra, con corazón dispuesto y ánima prompta, está aparejado de sufrir la muerte. He aquí, Ginebra, la arca de la fe. He aquí a quien todas las cosas son fáciles, sino hazer traición. Doma algo esta tu dureza. Dexa ese fiero corazón que no conviene a persona de tan alto linaje. Mira cómo por naturaleza nos es dada esta virtud de clemencia: que si vemos a nuestros públicos enemigos en extrema fortuna puestos, nos inclinamos a piedad y misericordia. Pues si a quien nos tiene enemistad acostumbramos hazer esto, ¿qué devríamos hazer a aquellos que siempre andan solícitos en nuestro servicio? Y si las lágrimas del donzel romano que a su hermana por mucha piedad mató pudieron comover las justicias, ¿cuánto más es razón que yo,

²⁵⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: desdeñes *P*: desdenes

que tanto te amo y de tu honra y provecho soy tan solícita caçadora, te deva comover?

»No quieras, señora, privar de tu gracia a aquel que en fe y en servicio a todos los del mundo vence. Quiero, señora, que sepas que en el mundo de todas cosas ay abundancia, salvo de fieles amigos. Parésceme que debes mostrar en esto que tú eres tal, a quien aplaze el excelente y discreto bivar, y no curar de los devaneos de necios, de los cuales todas las vilezas proceden.

GINEBRA.—Aunque tu muy piadosa y amarga habla me da recreación y alegría, y que me disponga a querer lo que quieres, conviene, a guisa de buen marinero, cerrar las orejas al canto de las serenas, porque de la mucha vela al profundo sueño no seamos traídas. Porque adonde virtud es la guía de la vida, no puede aver flaqueza. Mira, Viante, tu habla no desconcierte de la voluntad del tu Peregrino, que sería manifiesta señal de breve amistad. Como yo claramente supiere tenerme tan limpia voluntad, entonces trabajaré todo lo que a mí posible fuere a que quedes consolada. E también sería bueno que comunicasses esto con mis padres, en cuya mano está el fin que ha de ser de mí, porque con más reputación y perpetuo amor nuestro vínculo se gobierne.

VIANTE.—No es tiempo de tal comunicación.

GINEBRA.—¿Por qué?

VIANTE.—Por la discordia que entre ellos ay.

GINEBRA.—¿No es menor trabajo amar que aborrescer?

VIANTE.—Sí.

GINEBRA.—Como los tentaren de la amistad, dexarán la obstinada voluntad.

VIANTE.—Haz primero que te vea yo dispuesta; el otro, déxalo a mi cargo.

GINEBRA.—Siempre estaré aparejada a tus mandamientos.

VIANTE.—Si las dulces hablas con alguna parte de tus desseos se concertassen, ni más dichoso ni bienaventurado hombre en el mundo bivaría que Peregrino. Mas temo no venga con falsa esperanza al laberintho adonde la ayuda del hilo guiador no le falte. A las vezes, la tardança es alabada y estimada, como dan testimonio Roma y los Argonautas, y el rey Póntico. Mas en las cosas de amor, la presteza es digna de loor. Aquestas tus suavísimas razones darían salud a un muerto,

según son polidas, firmes, rezias, altas, varias, elegantes, puras, figuradas, preciosas... pero desseara que comprehendieran más.

»Solía dezir Demócrito que el cuerpo maciço y en sí restriñido recibe mas calor, y mejor la conserva. Porque en cosas tan varias no ay quien se pueda fundar, mi Ginebra, en tanto que el tiempo útil nos es concedido, pensemos cómo se pueda perpetuar este sagrado amor, que ni Fortuna ni caso adverso, ni cosa alguna lo pueda impedir. ¡Oh cuántos gloriosos amores por luenga tardança y disfavor se han resuelto en viento! No te consejo cosa que, tu honestidad salva, no puedas conceder. Créeme de cierto que es imposible poderse manifestar el secreto y ardiente desseo de Peregrino, al cual te plega (o por presencia o por carta) hazerle saber que está en tu gracia; o tengas por bien que en algún lugar secreto se represente a tu gentileza, adonde con mucha confiança hablara y descubriera aquello que, por ventura, confiar a otro no es lícito.

»Abrirte ha su corazón, obedescerte ha. Hará según fuere tu voluntad. Sacarte ha de duda, lo cual más que todos los thesoros del mundo querrás. Provee, señora, por la vía que esto mejor se pudiere hazer, y lo más secreta y cuerdamente que possible fuere, de manera que ni a ti daño, ni a mí desonra, se pueda seguir de su venida. Y esto es lo que te suplico.

GINEBRA.—¿Quién, si no fuese fuera de seso, podría pensar de hazer cosa que tanto contraria fuese? ¿Quién nunca desseoó cosa que tanto repuna? Yo no quiero vender a otro lo que a comprar me sería mucho trabajo.

»Porque aquellos que con continuo estudio en fingir son ocupados no pueden pensar ni obrar cosas de honra; mas siempre están con la ánima suspensa y el cuerpo cansado, y al fin destruyen a sí y a los otros. Si miro por mi honra, sé que no se te haze grave, porque, haziéndolo assí, me mostraré verdadera hija de mis padres y de mi generación, y dina de tu doctrina, a la cual siempre trabajo con vida casta y virtuosa de satisfacer.

»Yo no voy contando el tiempo, sino por negar aquello que nunca delibero de dar. Solamente entiendo de trabajar a la conservación del justo, y casto y honrado bivar, de lo cual, si plazer oviere Peregrino, con igual amor nuestros corazones ligaremos. Y a lo que me dizes (que quería comunicar conmigo secretos de grave importancia) no ay cosa tan oculta que no se pueda fiar de una muy fiel carta, o de

una habla muy secreta como la tuya. Aquestos secretos son fraudes de Amor para engañar a quien ligeramente cree, el cual vicio ha corrompido tantas famosas y excelentes mugeres, antiguas y modernas, cuantas por las historias a ti es manifiesto.

VIANTE.—Ginebra mía, si otra cosa excepto el beneficio de hablar por terceros entre los enamorados no oviesse, nunca se verían juntos, ni sería necesario tanto penar. Es de persona de mucho seso discurrirlo todo y pensar y imaginar. Y después, al pensamiento dar la obra conveniente. Furio, Fabio, Horacio o Paulo (famosos romanos) no defendieron la patria con sólo pensar. Vasme hablando de la virtud como si yo te hablasse de cosa que no fuesse lícita. Goviénnaste a manera de aquellos que el palo es guía del cuerpo y del entendimiento. Tú tienes por una gran maldad dar audiencia a hombre de tanta estima. ¿A cuál siervo, a cuál labrador, a cuál hombre de baxa suerte que viniesse a hablar contigo no escucharías? Pues, si esta facilidad es concedida a viles hombres, ¿por qué a los siervos de Amor ha de ser negada?

»Por ventura tiene sospecha tu corazón porque dixes “en lugar secreto”. Las palabras con limpieza pronunciadas no se han de juzgar a mal fin, mas antes a conservación tanto del amor, quanto de la honra. Assí que si entiendes mi habla como del corazón limpiamente salió, no es menester tanto comentarla. Peregrino con mucha fe y cuidado te ama, el cual de ti dessea lo que de su ánima propia. E para saber esto, provee de lugar y tiempo que sea bueno para que te pueda comunicar su ardiente desseo. Consuélame, señora, con alguna respuesta, la cual convenga al acatamiento que te tengo.

GINEBRA.—Falsa y mala y injusta fue, a mi parescer, la sentencia de Eurípides, recitada del grande Cicerón, que dize: “Si la fe se ha de quebrar por reinar, se ha de quebrar”. Quién creería que el pueblo romano, de tan puríssima y casta fe, por apetito sensitivo uviesse cometido el cruel robo de las fieles Sabinas: no es razón de hazer a otro señor ni poseedor de sí, con esperança que se ha de tener más fe de lo que viere que a la disposición del tiempo convenga. Si la hija de Leda no se creyera tan de ligero, no enseñoreara el griego al famoso Ilión. E si la reina de Carthago no diera tanta audiencia, con alabança etherna uviera seguido la sombra del amado Sicheo. ¡Oh desdichadas y tristes de aquellas a las cuales, por breve apetito, la fama les es escurecida! Mas muy más desdichadas son las que por su propia culpa de

su estado son privadas: ¡oh cuánto es bien aconsejado quien cuerdamente sus cosas mira! ¡Cuántas desaventuradas damas y señoras hemos leído y oído, por creerse de ligero, en un mismo tiempo de la honra, y de la patria y de su estado descaer!

»Mas si a nuestra naturaleza el mirar es dado a vicio, ¿qué sería el hablar, cuando viniese a descubrirse? Así que es provechoso consejo amatar aquesta pasión. Y tú no te enojas si no vengo a lo que quieres. La edad, el poco saber, el peligro me escusan de culpa. Cree que no tengo tanto mando ni corazón ni fe en otro que fuese a hablar con hombre del mundo. Porque, si d'esto se supiese o presumiese, más dulce me sería la muerte que la vida, y si bien considerares, mi madre es muy cruel; mi padre, muy honrado; mis hermanos, presumptuosos; los criados, livianos; las servidoras, de poca fe; la casa, alta; la calle, passadera; el huerto, cerrado. Pues, ¿qué es lo que puedo hazer yo sola?

»E caso que con tu consejo me conformasse, mis flacas fuerças lo empiderían. Conviene de necesidad olvidar aquellas passiones que siempre pueden entristecernos. Por vana es juzgada aquella medicina que a la salud no aprovecha, así que entendamos en más saludables ejercicios y no en pensar de tierra seca cojer rosas frescas. Pero por no ser ingrata a tan grande amor, si facultad alguna se me ofresciere, yo me acordaré d'él, al cual virtuosamente, como a mi propia vida, amo.

VIANTE.—Si la elocuente Grecia así de verdades como de fábulas y fingidas invenciones abundasse, Reino del Cielo se podría llamar. Mas están tan vinculadas y encadenadas las falsas con las verdaderas, que a muchos y discretos lectores les es dificultosa la noticia d'ellas. Algo, mi Ginebra, me es amarga esta tu contraria respuesta, que ninguna firmeza contiene, sino de manifiestos denuestos. Y hablando la lengua de consentimiento del corazón, no puedo juzgar otra cosa sino que alguna mala opinión tienes contra mí. No es costumbre de señoras de sangre con tan sutil ingratitud galardonear a sus fieles servidores.

»Considera a qué desventura el triste, por amarte, es venido. Tú triunfas de su caída, pues claramente sabes que sin ti bivar no puede. Él te demanda o la muerte o más dulce ventura. Si esto no le concedes, a tus pies, adonde te encontrare, con sus propias manos de la vida se privará. Y d'esto, siendo tú noble, sé que te pesará. Solamente con tu vista de tantos trabajos le puedes librar.

»Cimón, de natural sentido ajeno, por la vista de una gentil señora, al perfecto seso fue restituido. No es dificultoso de creer que, viéndose el triste de tu gracia desviado, de algún humor malencónico sea ocupado, y contra su voluntad manifieste la causa de tan gran martirio. Mira, señora, la Divina Justicia, que cruelmente suele castigar, no descienda sobre ti, y por perpetua penitencia no consienta públicamente el desfavorecido amante quejarse cómo ingratamente de ti ha sido preso y encadenado, y después, miserablemente destrozado.

»Ginebra mía, cuando ni a Dios ni al mundo tuvieres acatamiento, a lo menos mira, mira cuán mal es en juvenil edad tomar siniestros tan presuntuosos y soberbios y sin consejo. Mira, señora, lo que desprecias: tú eres su dios, tú eres el médico del cuerpo cuasi muerto. Tú eres el asiento de su alma. ¿Cómo te sufre el corazón sin causa echar a perder su vida, que por servidumbre es hecha tuya? Y solamente en el mundo nació por te amar y servir y obedecer. ¿Cuál enemigo tan cruel sufriría tan gran inhumanidad?, ¿meresce este galardón la insaciable fatiga?, ¿es esta la merced de los continos trabajos?, ¿es este el premio de tantas malas noches? Finge, señora, que vees aquellas hervientes lágrimas con el corazón traspasado, cuya piedad movería a misericordia el Infierno, y seré cierta que mudarás tu propósito, en el cual, si perseverares, desviarás de tu buena condición y verás del excelente Peregrino un cruel fin.

GINEBRA.—Cuando quisieron los Centauros, hijos de la Tierra, contender con Júpiter, primero fue la guerra acabada que principiada, así que raíz d'ellos no se halla. Yo presumo de ser tal, que no me pueda dañar ninguna fingida mentira, aunque de la verdad tenga algún parescer. Según soy de hábitos y naturaleza instituida, bien sé que las cosas pronunciadas por furor faltan de autoridad. Por ende, si por enfermedad de algún mal humor tornasse loco el mísero amante, antes a su locura que al defeto de mi virtud la culpa se atribuiría. Ay una especie de hombres en el mundo tan malenconiosos, enojosos y airados, que cuando las cosas no les suceden según su apetito, luego querrían morir. Y esta es clara señal ser más libidinosos que verdaderos y virtuosos amantes, cuyo oficio es ser estudiosos tanto de la honra de otros como de la suya propia. E caso que por él fuesse desinfamada, él vendría en mucha mayor vergüenza que yo, porque no es la injuria de quien la sufre, pero de quien la haze.

»No sé con qué cara o corazón osaría dezir de mí, si tanto me ama como tú dizes, y según lo que él aora de mi virtud publica. Salustio hasta los cielos alabó y después infamó al cónsul Cicerón, y por esta variedad fue reputado por hombre de mucha liviandad y de inconstante condición. Bien creo que no querrá desviar de su buena y virtuosa manera, la cual siempre fue cortés y bien criada, y prudente. Bien sé que semejante vida con aquella virtud morar no podría; pero aviendo compassión del sobrado amoroso dolor, le perdono. Amor más que es razón le ciega. Voluntad le trasporta. Adonde el desseo cresce, la razón falta. Según su honra y varonil experiencia, es obligado tener más respeto a la hedad y a su condición que a un breve y desvariado apetito. E cuando a mí me faltasse el verdadero consejo, siempre acudiría a él. Viante mía, ten fe: sey segura y consolada, porque todas las cosas tienen su tiempo determinado. Yo no tengo tanto poder que pueda dexar de hazer lo que tú mandares, ni tú eres de tanta paciencia que quieras esperar aquella merced que el honesto amor a los que le siguen suele dar. Y cree que lexos huye quien por impaciencia de sí se parte, y aquel solo es llamado mísero, que en miseria de vicios siempre bive. ¿Cuál hombre dessea mercedes y no espera tiempo?

»Si a ti te parece la fatiga de aqueste amor ser incomportable, como por fantasía la tomó, por discreción la podrá dexar, porque a tan presta voluntad no puedo dar remedio por el aparejo del tiempo, e porque la condición de la tierra assí lo requiere. E considera bien que las cosas originadas de buen consejo suelen tener perfeto fin. E mira que a loco marinero no ay viento próspero.

»Yo te ruego que de oy más quieras cessar de aquesta importunación, por dar reposo a mi flaca vida.

VIANTE.—Ginebra mía, no es humana sino divina la virtud que puede resistir a un tan entrañable amor. No ay tan gran paciencia que de sobrado dolor a las vezes vencida no se confiesse. Mira a Catón uticense, y a aquel Mithrídathe, perpetuo enemigo de romanos. Considera el fiero Haníbal, con el cruel Nerón. Mira a Helisa, Sophonisba, Philis, Medea, Dianira, Phedra, Sapho... las cuales, por verse libres de los enojosos trabajos, a su triste vida pusieron fin. Yo alcanço qué tal es el estado de Peregrino: desnudo de su desseada esperança, privado del devido galardón, bivar no podrá; y aunque él lo dessease, no sería en su mano, por tener muy subjecta la ánima a las ardientes passiones. E si tú de su muerte eres servida, con mucho descanso la

aceptará, y por ventura lo que no ha podido el cuerpo vivo, el muerto lo obrará. Luego que fuere desterrado de la vida, tú, de natural compasión conmovida, llorarás, y la pregonera Fama de tan cruel muerte tu nombre infamará. Y con pública voz viéndote clamará: “He aquí aquella cruel que por mucho desamor a muerte truxo el más fiel enamorado que en baxo de la Luna nunca nació”. E tú, de tanta desesperación compélida, te darás la muerte. E si Amor no te vence, para mientes que eres nascida de noble sangre y con esta divina belleza, a la cual clemencia y humanidad son propia virtud. Pues si es verdad que la ánima sigue la compulsion del cuerpo, ¿cómo puedes tú usar de aquesta ingratitud?

»Quiero que sepas que si por la letura de la hallada carta no supiera que estabas inclinada a Amor, nunca con tantas razones procurara de dar a ti enojo y a mí trabajo y a Peregrino, la muerte. Necesario será, si deliberas de bivar, de mudar opinión. Y pues la fortuna te ha vestido de tan alto principio, no la desprecies, porque no te acontezca lo que de la loba se escribe: que siempre al de más poca suerte se allega. Si pierdes la flor de tu primera belleza, gemidos, solloços y llantos serán el resto de tu vida, y pesar te ha del tiempo perdido que, por potencia de Natura, cobrar no se puede. Pluguiesse a Dios que esta tu hermosura se passasse a mí, o mi ánima a ti, por que cessasse la cuestión. Pues acuérdate, señora, que huye el tiempo, y acepta por perpetuo servidor a aquel que en la tierra por Dios eterno te adorará.

GINEBRA.—¡Oh cuán covarde es aquel que con la muerte quiere remediar sus males! Si así uvieran hecho Fabio y Coriolano, no uviera sido Roma triunfante. Leemos de Júpiter varias trasmutaciones por amores hechas, pero no que eligiesse la muerte. Solos los frenéticos y poco considerados con aquestos extremos suelen las amorosas passiones remediar. ¡Oh mi Viente, no quieras con exemplos impropios la virtud de la verdadera fortaleza de ánimo destruir y vencer! Por no estar la humana virtud tan arraigada que defenderse pueda de los adversos accidentes.

»¿Qué cosa tan grave causa a Peregrino morir? Tú me responderás: “Amor”. Pues si Amor de su natura alegre y consuela, ¿cómo puede obrar tan diversos efectos? Temo no le acaezca lo que a la matrona romana que, no pudiendo por dolor de las nuevas de su hijo muerto dexar la vida, después por presencia como le topó, cayó muerta. Si viesse Peregrino que tiene en mí todo lo que quiere, vendría tanto plazer al corazón que fuesse incomportable, y agora dessea morir. Créeme, Viente, que el

cuerpo destruye a quien viciosamente vive, y las más de las veces, es obra de crueldad ser piadosa.

»Y porque de mí misma no proceda materia que con razón reprehenderse pueda de los malinos elocuentes, he por bueno de perseverar en esto, y creo que no avría cosa de que daño se me siguiese que tú la consintieses. Así que por ti, en quien tengo toda mi esperanza, me aseguro, y con el tiempo te mostraré que en tu mano están²⁵⁵ mi honra y fama.

VIANTE.—Ginebra mía, si los ojos de Júpiter fueron veladores a la salud de aquel que el apaziguado mundo años sesenta y seis regió, no pienso que para conmigo son menos piadosos. Quien nunca pensó cosa sino honesta no deve ser injustamente castigado, porque la divina justicia al fin lo vengaría. Y porque veo consumir el tiempo en vano, y a Phebo, cansado, tornar a su casa, pondré fin a tanto enojarte, siempre rogándote, como tu humilde captiva, que tengas compasión a tanta servidumbre. Con sossegado pensamiento, con reposado corazón, mira al devoto siervo. Créeme que con menor subjeción uviera inclinado Mithrídates a los romanos; Massinissa, a los carthaginenses; Haníbal, a Fabio; Gilipo, a Nicia.

»Hazle, señora, merced de oírle. Escucha sus tantas fatigas, entiende sus hervientes suspiros, mira su gesto triste. Considera el mudado color, atiende al negro corazón. Mira el cuerpo y la alma dispuestos a servirte. ¡Oh Ginebra, si de tanta merced te parece indigno, mira a tu gran valor y no a su poca manera! Pues que eres su señora y reina, sey liberal. Aquí, señora, tu honra. Aquí consiste tu inmortalidad. Cree, Ginebra, que, si el Sol mirasse a la humana miseria, no aclararía infinitas ceviles playas y suzios lugares, mas antes, con su recogida luz, se conservaría en el su divino palacio. Pero por dar favor a los míseros mortales, sin disminución de su claridad, presta sus rayos.

»¿Qué daño te viene señora de contentarlo en sólo oírle?, ¿o qué infamia? ¿Qué es lo que te puede acaescer? La casa es grande, la sierva es fiel; la noche, obscura. Yo soy aquí vezina y diligente. Peregrino es nocturno velador, esforçado, magnánimo, diestro y desseoso. ¿Qué dureza, qué locura, qué necios pensamientos estorvan el tan grande amor? No ay cosa que a mayor fama traiga a un hombre que la

²⁵⁵ P, Lon, Lisb, Vie, Mun27: está

humanidad. D' ésta las lenguas discretas, los celestiales ingenios, las gentes beatas piensan, razonan, dizen y escriben. Señora, en tu querer consiste su presente y futuro contentamiento. E si tú, señora, con²⁵⁶sientes, bivirá vida dichosa. E si de otra manera dispudieses, luego despidirá el bivir. No seas de menor condición que han sido las antiguas medio deesas, las cuales antes quisieron ser privadas de su honra y estado, que burlar al ardiente desseo de sus amantes. Peregrino es tu prisionero, y él lo confiessa. Pídete de merced la vida, la cual al humilde enemigo justamente negar no se puede. Con mucho temor espera saber de mí, su embaxadora, qué tal es tu última voluntad, según la cual dará principio o a la vida o a la muerte.

GINEBRA.—No te aflijas, Viante mía: bienaventurado es aquel trabajo que a su desseado fin trae al hombre. Séneca el Moral más a la trabajosa y triste vida que a la descansada y alegre deudor se confiessa. De la primera, virtud, paciencia, fortaleza y magnanimidad; de la otra, muerte del cuerpo y de la ánima, e infamia se ganan. Cuando tus palabras escucho, parésceme estar con Peregrino, y con más libertad hablo contigo que no haría en su presencia, adonde del todo estaría muda.

»¿Cómo podría Peregrino un gran enojo sostener, cuando una pasión pequeña assí lo aflige? Si es verdad el amor que muestra, yo le juzgo por de poco corazón. Y si es fingido, en engaños y en burlas estudia, lo cual a los cavalleros no conviene. Devría de acordarse de Andrómade en la torre guardada; de Medea en Colchos; de Helena en Micenas; y después, mirar si los tractos de Amor son assí fáciles. Quien ha de seguir a Cupido conviene que sea varonil, paciente y exercitarse en aquellas cosas que hazen la vida beata, y el fin glorioso, porque a hombre prudente y sabio le es mejor el contino combate que el siempre descansar, por no sufrir aquestas llamas y tan ardientes conceptos, de los cuales proceden hastíos, trabajos, pereza, gastos universales. Y no basta tener el cuerpo casto, si el corazón y vista y lengua no están so la devida custodia. Conviene cerrar el oír a las dañosas fábulas y firmar el espíritu a mejores usos, porque puesta en olvido aquesta mortal pasión, todos los trabajos después se olvidan. Muy buena cosa es morir de propia y no agena muerte. Al presente, ¿quién le fatiga?, ¿quién le atormenta?, ¿quién le mata, sino él mismo? Y aquesto procede de los vanos pensamientos. No ay persona en el

²⁵⁶ Termina aquí nuestra enmienda de los folios desordenados del ejemplar de la Real Biblioteca de Palacio.

mundo que le tenga culpa, sino una desvariada pasión que a su voluntad muere y pena y bive.

»Viante mía, vaite en paz, que cuando no pensares, el viento traerá la flaca barca a mejor puerto. E mira que las cosas con tanta vehemencia desseadas primero que vengan al desseado fin, enojan; y después de provadas, son tenidas en poco. Assí que ordenadamente se quieren las cosas dessear, porque el propio y verdadero amor es el que siempre sube y no abaxa. Si él tanto en ausencia me ama, ¿qué más podría en presencia? Por ventura entonces le sería menos agradable, y por tenerle atado en aqueste perpetuo amor, delibero (lo más que possible fuere) apartarle de mí, con firme propósito de no defraudarlo de su devido galardón al tiempo que al Regidor del Cielo y de la Tierra le pluguiere. Y dile que no dude de estar firme en el campo, porque a fuerte combatidor gran esperança le da victoria. Ve en paz.

Peregrino con mucha congoxa espera a Viante. Y no le pareciendo la respuesta ser conforme a lo que desseava, quiso morir. Y ella le reprehende, prometiéndole con buena paciencia gran esperança.

Capítulo VIII

Nunca fue nao entre los tempestuosos vientos assí perturbada como estava mi ánima por la desseada venida de Viante. Amor, temor, esperança y celos al flaco coraçón tenían puesto cerco. Cuando con los ojos en tierra la veo bolver, saliéndola a rescebir, le pregunto:

«¿Qué nuevas me traéis, señora?»

«Tú lo sabrás», me respondió.

Assentados, me contó todo como avía passado. Lleno de incierta esperança, como hombre sin seso, comienço a dar bozes:

«¡Oh mi cruel suerte! ¡Oh despiedados cielos! ¡Oh bienaventurada la simiente que nunca concebí! ¡Oh más bienaventurado a quien la leche de su madre fue ponçoña, y mucho más a quien la cuna fue sepultura! ¡Oh sobre los cielos muy dichoso quien del fuego de Amor nunca centella sentí! Del bivar incierto, del penar

muy cierto, no sé adónde me buelve el pensamiento. Mi ánima, de tanta congoxa ocupada en una y en otra cosa pensando, no rescibe a su salud reparo alguno.

»¡Oh Dios! ¡Si muero, será mi muerte sin fama! ¡Si bivo assí, amargura, dolor y afán más poderoso que áspera muerte de contino me acompañarán! Amor, señor: veo a tus fuerças sin poder, con tus propias armas eres vencido. ¡Oh consuelo de mi vida, mi fiel Viante, dame algún remedio!«

VIANTE.—A llaga desesperada la medicina es vana. ¿Cómo desseas remedio, pues desprecias el consejo? Ésta es una verdadera sentencia: que quien mal bive, siempre comiença a bivar, por ser su vida toda imperfecta. Vosotros, enamorados, regís vuestra vida sin saludable consejo. Assentáisla en la parte sensual, y bivís a manera de los que nadan en los muy rezios ríos, adonde no vais de voluntad, mas contra vuestro querer sois llevados: cual de la agua es detenido, cual a la ribera alañado, cual es ahogado, cual la vida medio muerta retiene, cual sobre la arena su flaco espíritu reposa. Tales son los cursos de los amantes. Vosotros, gente de poco saber, primero ponéis fin a la vida que principio. ¡Oh! ¡Que no ay cosa en el mundo tan tierna, flexible, mudable, ligera y varia, quanto es el amor de las mugeres, que siempre sin razón discurre!

PEREGRINO.—Viante mía, si Natura y Fortuna y mi fatal predestinación en mí tan malinamente obraron, ¿qué puedo yo? Pues que a cualquiera del Cielo le es dada su suerte, ¿quién nunca fue tan sabio y tan cuerdo que de aquesta llama desviarse pudiesse? Este mal en nuestra mano esta tomarlo, mas no dexarlo. Déxame triste, cual soy nascido: tal morir me conviene.

VIANTE.—¡Oh seso de niño! ¡Oh fabulosa ficción! ¿Cómo seríamos señores de nosotros²⁵⁷ mismos, si el querer no tuviésemos libre?, ¿cómo meresceríamos el nombre de la verdadera razón, si nuestro poder se nos vedasse? He que es una cierta vuestra pusilanimidad que a toda vil obra se somete. Estos requiebros con las dulces cartas y mentirosas y artificiosas mensageras, junto con las lisonjas y esperanças açucaradas se representan a vuestro entendimiento, so specie de virtud y de piedad. E con todo vuestro corazón las abraçáis, tomáis lo malo por lo bueno; la locura, por esfuerço; la cobardía, por templanza; el temor, por discreción; la pereza, por suave

²⁵⁷Lon, Lisb, Vie, Mun27: nosotros P: notros

reposo. Éstas son las artes de vuestro ingenio. Estos son los lazos adonde de continuo sois ligados.

»No es Natura, no es Fortuna la que a esto os fuerça, pero es vuestra flaqueza. Socorre a ti mismo, perdona a tu vida, que está para morir. Sigue a Natura, que ha concedido más fácil ley, dulce de seguir. Con ciertas vanas y soñolientas ficiones te vuelves infame, el político y justo y sancto bivar confundes. Templa esta tu vida, pues que en el principio es mucho mejor el emendarse que en el fin.

PEREGRINO.—Viante mía, tú me afliges: ¿qué término he yo de poner a tantos males?

VIANTE.—Con aquella facilidad suelta a tu ánimo con la cual la ataste.

PEREGRINO.—Viante, todas las cosas criadas dessean su bien, el cual por cualquiera vía se conviene buscar. Claramente sé que para mi salud conviene que aquesta cruel muera y quede yo. Porque, de otra manera, en mi libertad no me podré restituir.

VIANTE.—¡Oh muy desdichado Peregrino!, ¿es este el tanto amor que tienes a Ginebra? Aquesta palabra no suena onestamente en boca de hombre varonil: porque el generoso nunca atiende a vengança feminil, salva a la otra y condena a ti mismo, pues que a tu voluntad te asiste. Bien sé que no podrías de tanta crueldad armar²⁵⁸ tu mano para ofenderla en parte alguna. Pero por lo que toca a tu honra, sey tan corto de palabras vergonçosas como de obras malvadas.

PEREGRINO.—Viante mía, dýxelo por su respuesta.

VIANTE.—Antes fue cortés y digna de ser loada: ¿no basta que de grado y con paciencia me ha querido escuchar, que es señal manifiesta de no tener su amor puesto en otro? E si la respuesta a tu parecer ha sido templada, su cara estava tan alegre que, viéndola, fácilmente juzgaras la habla ser muy diferente del corazón. E allende d'esto, no es costumbre de muger discreta tan ligeramente descubrir su pensamiento. Por ventura de mí no se fía e para satisfazer a tu intento querrá servirse de otros medianeros.

»Por esso, no pierdas la esperança, solicita aora por una, aora por otra vía. Conócete con su criada Astana, escrívelle algo más claro. El uso de las mugeres es ser

²⁵⁸ *P, Lon, Lisb, Vie, Mun27*: amar

rogadas: si vee que la amas, dársete ha a braços abiertos. Es donzella hermosa, concebida de carne y sangre como tú. E su piadoso mirar promete cualquiera desseado premio. Assí que ay razón para consolarte. Vosotros los hombres sois tan impacientes e importunos (y en estos vuestros desenfrenados desseos tan metidos), que primero queréis la execución que la sentencia. ¿Qué obligación, qué contratada amistad tiene Ginebra contigo para que assí, fácilmente, deva abaxarse a tus deleites? Cuando a la iguala estuviéssedes, no devrías, por hartar un apetito, escurecer y desinfamar una tan noble casa. ¿Qué malvado enemigo, qué famoso cossario, qué robador no tiene consideración a la honra virginal? ¡Oh hombre sin consejo, templa tu furor, porque el fiel servicio te hará de tan gran amor digno!

»Señor Peregrino, caso que mi fama sea buena para con Ginebra y los de su casa y pueda hazer en ella todo lo que quissiere, no querría por la continada solicitud caer en sospecha de la madre, que con mucha diligencia a su hija siempre guarda. E aunque yo esté desviada, siempre entenderé en cosas que a tu provecho y honra cumplan. Y porque no falten los continos mensajes, te haré tener amistad con Astana, su secretaria, que de mañana vendrá a mi casa. Y sea tu venida assí tan secreta, que no dé a ninguno ocassión de sospecha. Y traerás contigo la carta escripta. E cuando estuvieres en mi presencia y algo te preguntare, responde cortamente, habla modestamente, por que sepa qué hombre eres, y por que pueda de tu gran cortesía y honestidad ser fiel relatora.

Consolado de las eficaces y amorosas amonestaciones de Viante, me conformé a su voluntad, aunque a los enfermos hablarles de música poco les aprovecha. Pero a sus consejos allegado, assí escreví:

Peregrino, por consejo de Viante, escribe una carta a Ginebra. E Viante introduce cuerdamente a Astana a hablar con Peregrino, a la cual suplicó que quisiese dar a Ginebra la carta.

Capítulo IX

«Señora mía, pues que Dios y Fortuna y tu virtud me han hecho tu siervo, piensa lo que a tu estado es conveniente. Tú eres alta; yo, baxo; tú, señora; yo, servidor. Pues no te conviene otra mejor cosa sino al fiel servicio dar el premio, yo con todas mis fuerças soy obligado y subjecto a tu merced. E aunque yo sea de poco valor (no como merezco, pero como tú, señora, eres), te suplico me des el galardón. Si el trabajo es pequeño, la gana de servir es grande, la cual de ti más que de ninguna otra cosa deve ser apreciada. Yo por tu gracia bivo y cuando ésta me faltasse, más agradable me sería el morir.

»Si mis ruegos, señora, tienen algún lugar para contigo, hazme digno de oírme, porque será mucho contentamiento a mi flaca vida, al sostentamiento de la cual te suplico seas solícita.»

Scripta y sellada, la llevo conmigo y a la hora concertada, me voy a casa de Viante. Ya estava salido fuera de su lugar el carro febeo antes que Astana veniesse. Y como me vio, quiso bolver las espaldas, si no fuera detenida de Viante, so color de quererle encomendar ciertas labores. Estuvimos sin lengua: ellas de vergüença, y yo de trabajo cargado. Al fin, Viante la habla soltó:

VIANTE.—Peregrino, no es uso de mancebos estar así callados. Aunque el callar a todos sea gran atavío, conviene estar hombre alegre por no hazer hábito al humor malencónico, el cual es pestilencia de nuestro cuerpo.

Yo le respondí:

PEREGRINO.—Viante mía, comencé de mi niñez dar sostentamiento de tal manjar al triste cuerpo, el cual me durará hasta la muerte.

VIANTE.—¿Para qué tanto enojo?

PEREGRINO.—No sé.

VIANTE.—¿Quién sufre lo que no siente?

PEREGRINO.—Pues no, porque no me saca el corazón.

VIANTE.—Dame parte d'este dolor. E cuando de otra cosa no te pudiere remediar, acompañarte he con aver de ti compasión.

PEREGRINO.—Obligada eres a fazerlo, pues desde los mis primeros días fasta agora me tengo por hechura de tus manos.

VIANTE.—Di ya.

PEREGRINO.—Amo.

VIANTE.—¿Assí, con tanto hervor?

PEREGRINO.—Mucho más que dezir se puede.

VIANTE.—¿A quién?

PEREGRINO.—Temo.

VIANTE.—¿No te fías de mí?

PEREGRINO.—Sí

VIANTE.—Despéname ya.

PEREGRINO.—Por Ginebra muero.

VIANTE.—¿Por cuál?

PEREGRINO.—Por la hija de Angelo.

VIANTE.—¿Por qué te enamoraste assí?

PEREGRINO.—Su grande hermosura me ha hecho su siervo.

VIANTE.—¡Ay, triste! Mira cómo fablas, porque esa donzella es suya.

PEREGRINO.—Quien a ella serviere será mi señora. Ni por esto pienso que la ofendo.

Buelta Viante a Astana, le dixo:

«No te enojés por esto. Costumbre es de mancebos querer bien. Yo te aconsejaría, si pudiesses, que a tu provecho serviesses a uno y a otro, por ser la vivienda de vosotras, servidoras, incierta: aora aquí, aora allí. Y cuando cayesses en algún desconcierto, siempre tendrías recurso a casa de Peregrino como a cosa tuya.

»Assí que, si puedes con tu honra salva, te ruego quieras dar favor a la amorosa empresa.»

ASTANA.—Difícil sería provar semejante negocio, porque sé que la intención de Ginebra está puesta en otra cosa...

PEREGRINO.—¿En qué? ¿En amar a otro?

ASTANA.—Esso no digo yo. Pero piensa de ejercitarse en aquellas cosas que a las señoras de linaje son honestas y convenientes.

PEREGRINO.—Si tú entendiesses el fin, ninguna otra cosa más virtuosa te parecería.

ASTANA.—Siempre estaré dispuesta a tus mandamientos, y cuanto me encomendares, tanto fielmente pondré por la obra.

PEREGRINO.—¡Oh mi Astana! En tu querer consiste mi triste vida: ten de mí aquella compasión que desearías para ti misma, cuando estuvieses en semejante fuego. Y esta sola cosa te suplico: que hagas de encomendarme a Ginebra y secretamente darle esta carta, y con toda diligencia procurar la respuesta con aquellas amorosas palabras que a tan gran deseo verá convenir. Y por memoria de la nueva amistad, te suplico que de grado rescibas el pequeño don de aqueste anillo.

Partida de mí con la prometida fe, ella a su casa y yo a la mía nos fuemos. Y retraído en mi cámara clamava diziendo:

«¡Oh Dios!, ¡piedad, piedad quien puede! ¡Mi corazón se quema como en bivas llamas! Deshágome como plomo en hornaz. Piedad, pues no puede durar más mi vida. Piedad cruel a quien piedad es enemiga.»

De aquestas diversas congoxas estava acossado mi pensamiento. Temía de la servidora (o por negligencia o poco saber) que no supiesse buscar tiempo y sazón. O que Ginebra, de otro enamorada, al dulce amante la carta dicesse. O de otra desdicha que a tanto amor en un instante no pusiesse término. Assí atribulado, mi vida passava.

Llegada Astana a casa, con semblante humano y alegre fue preguntada de Ginebra por qué causa impedida tanto tiempo en bolver uviesses tardado. Fingiendo Astana necesidad, con prudencia assí le respondió:

ASTANA.—Si de corazón no te amasse, oy me despediría de tu servicio.

GINEBRA.—¿Por qué, triste? ¿Qué enojo has rescebido de mí? ¿Por qué assí, tan livianamente, te uviesses de despedir? Siempre entre nosotras ha sido una continua conversación, no de criada, mas de hermana. Ni creo que en otra parte con tanto amor te pudieran tratar. E si alguna cosa te falta, házmelo saber, que tanto por mi honra quanto por tu provecho se satisfará.

ASTANA.—Tal me produjo la Natura, que conviene que siempre sirva. Ni jamás pensaré estar en tu servicio, pues que de libertad soy señora, y de tus beneficios tan satisfecha cuanto yo siempre quise pedir. Mas porque no querría, sin merecerlo, ser castigada de aquello adonde nunca malos pensamientos tuve, tenía deliberada la partida.

GINEBRA.—No te entiendo. ¿Qué cosa de tanto escándalo te puede aver acaescido que sin licencia de la casa te quisieses ir? Si la demandas, negártela han; si huyes, tendrán de ti sospecha, e aun tu vida no será muy segura. Y por que en esto se pueda proveer, déxate entender.

ASTANA.—No tengo d'esso cuidado.

GINEBRA.—El callar tan bien puede proceder de mala como de buena parte. Conviene tener silencio en tiempo y lugar y en aquellas cosas que pueden dar materia de honra o de escándalo. Y si tu intención es de eximirte d'este trabajo de servidumbre, no avía nescessidad de comunicar conmigo lo que no estava salido a luz. Si desde el tiempo que veniste a servir me fallas que te aya ofendido, descubre tu corazón: con paciencia y amor te oiré y responderé, y de tal manera que de todas mis cosas podrás disponer según tu alvidrío.

ASTANA.—Cualquiera gracia que te diesse, comparada a la humanidad con que me has tratado, sería o ninguna o poca. Y por esso es mejor callar que nesciamente principar. Mas antes que de ti me aparte, secretamente te descubriré la causa, la cual creo que juzgarás por muy suficiente. Sé que por la biveza de tu ingenio conoces muy perfectamente la condición de tus padres, cómo son sospechosos y en la ira tan arrebatados, que para con sus servidores fácilmente se encrudelescen. Yo no querría por el atrevimiento de otro, sin merescello, ser castigada. Y en tanto qu'el negocio está salvo, quiero dar lugar al tiempo. Aunque me es muy cruda muerte pensar que de tu linda conversación aya de ser apartada. Pero a do quiera que la Fortuna me llevare, siempre te seré fiel y subjecta. Agora quiero que veas cómo la ciega Fortuna me ha enlazado.

GINEBRA.—¡Por Dios te ruego que acabes ya, que en menos fuera acabada la historia troyana!

ASTANA.—Comienço...

GINEBRA.—Agora, pues.

ASTANA.—Yendo a visitar a mi cuñada, no la hallé en casa, y assentéme, tanto por estar cansada, quanto por folgarme con su higita de siete años, que sola guardava la posada. Estando assí, con gran humildad, sin otro movimiento, entró en casa Peregrino, congoxado por hablar a Ortensia. Díxele que no estava allí, que era ida a hazer no sé qué, y que bien podría esperarla. Metidos en diversos razonamientos, me preguntó quién era y a quién servía, y como supo que era tuya, sospirando dixo: "¡Oh, dichoso servicio, y sobre toda libertad enxalçado!"

»Y no habló más. E arrimado, parecía querer desterrar la vida. Y después, variamente me preguntó de tus cosas. Siempre alabando sobre todas las criaturas tu belleza, y cortesía y humanidad, al fin concluyó no conocer en la Tierra ni en el Cielo otro Dios sino a ti. E después me hizo una tal oferta, que a cualquiera muger de más manera que yo fuera muy gran matrimonio, si quisiesse conceder a lo que me suplicasse, lo cual era que te encomendasse, y secretamente te diesse una su carta, y le hiziesse saber de cierto si le amas o no.

»Oída la demanda, salí de mi propio sentido, y dando bozes quise huir como de público malhechor e infamador de castidad. Pero el temor de la infamia y de mayor escándalo me detuvo en los términos del profundo silencio. Y por desasirme de su importunación le prometí de hazer todo lo possible. Y allende d'esta palabra, me constreñió a juramento. Assí que por no traer perdición a mi ánima, fueme forçado que todo te lo contasse, por que sepas que no me movía locura a quererme ausentar de ti, con la cual estando, cierto sé que no podré resistir a su continua importunación. E cuando lo supiesen en casa, adelantarsey á la penitencia al pecado. Assí que es mejor consejo con trabajo estar ausente, que no con tanto peligro presente.

GINEBRA.—Gran novedad me cuentas: yo no conosco a esse hombre. ¿Qué quiere de mí?

ASTANA.—Bien lo entiendes.

GINEBRA.—No puedo, ni devo.

ASTANA.—No te ruego, ni te fuerço.

GINEBRA.—¿Con qué cara entró a ti?

ASTANA.—Dulce y triste.

GINEBRA.—¿Qué hablas fueron cuando de mí razonava?

ASTANA.—Muy honestas.

GINEBRA.—¿Qué auctos?

ASTANA.—Humildes.

GINEBRA.—¿Qué promessas?

ASTANA.—Grandes.

GINEBRA.—¿Crees que burla?

ASTANA.—No.

GINEBRA.—¿Por qué?

ASTANA.—Porque es cavallero e inclinado a amar.

GINEBRA.—¿Qué sabes tú?

ASTANA.—En todos sus meneos lo demuestra.

GINEBRA.—¿Qué heziste de la carta?

ASTANA.—Dexéla en casa de mi cuñada Ortensia.

GINEBRA.—Mal consejo fue el tuyo: ¿por qué no la truxiste?

ASTANA.—Por no te ofender.

GINEBRA.—La ofensa ha seído en dexarla, porque si la Fortuna permitiesse que a manos de algún malo veniesse, ¿qué se diría? ¡Oh Dios! ¡De cuántos males es causa esta servil ignorancia! Vay presto y tráela. Y ten aquel secreto que conviene en semejantes cosas, y reposa tu coraçón, y sossiega. No tengas sospecha, porque a quien fielmente sirve, ningún mal le puede venir. Y no solamente en fablas, mas en autos y semblante y meneos conviene que tengas templança. E haziéndolo assí, las cosas tendrán buen fin. Creo que en la carta se deve contener alguna reintegración entre nosotros, por la cual le daré cualquiera favor, con tanto que busque lugar.

La solícita Astana, paresciéndole tiempo, metió la mano a una su compañera, y sacada la carta, se la presentó.

Ginebra, rescebida la carta, se retruxo en la cámara y largamente dispuso lo que devía hazer.

Capítulo x

Tomando la carta, Ginebra sola en su cámara se retruxo, adonde assentada con la mano embaxo de las coloradas mexillas, con los ojos en tierra fixos mucho tiempo, primero que la carta leyesse, pensativa estuvo. Amor y miedo turbavan aquel su no experimentado coraçón, y no sabía a cuál parte se inclinasse. Y entre sí misma dezía:

«Si la rescebida carta leyere, no responder será gran descortesía. ¿Cuál capital enemigo podría tener silencio, cuando con tanta humanidad fuesse requerido? E aunque entre nosotros interceda alguna enemistad, por ventura será causa nuestro amor de convertirla en amistad. Mira con cuánta fuerça entre los hombres reina y enseñoorea Amor, que en tanto que bivió Julia, ni por embidia ni malicia, ni por las poderosas amonestaciones del gran Catón nunca se pudieron claramente desconvenir César y Pompeyo, aunque gran rencor en sus coraçones estuviesse. ¿Cuántos hombres vemos mediante esta sancta llama reconciliados y más amigos que de antes? No creo que Peregrino me induzería a cosa alguna no lícita y menos que honesta. Porque amor es virtud natural a los generosos, los cuales no saben hazer vileza. Ora, pues, mejor es leerla, porque la lectura no da materia a ser hombre más malo de lo que quisiere.»

Después de los passados razonamientos, Amor le presentó mi fe, y le quebró el coraçón, y poco a poco dio principio²⁵⁹ aquella niñez a tener algún sentimiento de amor. Leída la carta, quedó más con cuidado y congoxa que antes: o de responder o por presencia satisfazer o usar del servicio de la criada. Y entre sí dezía:

«El escrevir es un testimonio que no se puede negar. E aquesto sería una hipoteca de mi libertad, y sería una sentencia difinitiva de toda la vida corrupta, de la cual resulta una inmortal infamia. Aprendido he de la doctrina de los sabios hombres que es acto de persona discreta por sí mesma curar sus negocios. Pues, ¿cómo tanta

²⁵⁹ *Lon, Lisb, Vie, Mun27*: principio *P*: princio

licencia has de dar a tu juvenil edad, de combidar a un mancebo no conocido, sospechoso y enemigo, a tus hablas? Pues luego, ¿qué diferencia avría de las públicas a las encerradas donzellas? ¡Oh cuánto es más secreto por Astana embiarle las gracias!

»Mira, Ginebra, al fin: siempre las servidoras no están en un servicio, como mugeres que de natura son varias, mudables, sobervias y avaras, y de poco sentimiento. Poco es menester a hazerles dezir, publicar y fengir lo que nunca se pensó. Y de sus propias cosas son públicas pregoneras, ¿cómo tendrán de las ajenas secreto? Pues si d'estos partidos ninguno me agrada, ¿qué he de hazer?, ¿qué consejo me dará la instante necessidad? ¡Ay! ¡Que el principio es la principal parte del todo! Por bienaventurado es tenido quien al fin de sus obras mira.»

Después de las muchas congoxosas disputas, creo que por desasirse de mis importunaciones, deliberó de escrevirme y fue la carta de aquesta forma:

Ginebra responde a la carta y fue dada a Peregrino.

Capítulo XI

«Quienquiera que tú eres, sabe que amor, según leemos, es una pasión, la cual no está en nuestra mano de aceptarla ni despedirla. Goviérnase con prudencia, témplassse con ingenio, véncese por trabajos y otros onestos exercicios.

»Mira y para mientes: la rescebida empresa de tal forma la sigas, que no te traiga a aquella su antigua y acostumbrada desventura, so la cual todo el mundo llora y se quexa y brama. Y si el principio te parece dulce, el fin te será amargo. Por dichoso serás reputado, si por exemplos de otros te remitieres a más modestos términos. Cuando yo, por mi edad, pusiesse los pies en esta trabajosa lucha, siempre te antepondría a todos los otros d'esta nuestra ciudad. Mas al presente delibero de estar desviada de sus saetas, las cuales indiscreta y cruelmente ofenden. Y tú, tomando de mí exemplo, corrige y castiga tu vida, la cual pienso por la incomportable fatiga de amor estar más angustiada y afligida de lo que a hombre conviene.

»Ruego a Dios que te dé descanso y reposado sosiego.»

Vista esta carta, crecióme en el corazón una congoxa que por humano trabajo mayor no pudiera ser, assí que escogí por último mi consuelo o de la patria, o de la vida privarme. Pero antes que a tanto peligro me pusiese, deliberé de provar si constante y firme crueldad en el corazón de delicada donzella luengo tiempo durar pudiesse.

Vencida Astana de mis ruegos, fue contenta de bolver a llevar otra mía, la cual rogué a Dios o fuesse principio de verdadero amor o fin de mi vida.

Peregrino responde a la carta de Ginebra, en la cual, por refrigerio de sus males, le demanda que le oya. Y Ginebra, con sutil invención, se quiso desviar de Peregrino.

Capítulo XII

«Señora, las cosas humanas de nosotros los mortales no se pueden de otra manera ni aceptar ni poseer, sino como plaze al principiator de todas las cosas, en cuya facultad es el poder de mudar y permutar y trocar. Bien conozco que a causa de tu crueldad aquesta fatiga se assienta de tal manera en mi corazón, que será ocasión de apartarme de la tierra. Quexarme puedo; socorrer, no.

»Mas pues mi cruel fortuna me ha predestinado a perpetua enfermedad, algo me consuelo por estar en poder de quien no podrá sino con templança y piedad juzgar. E si de los últimos mis días tu pensamiento te da pena, primero que tan desdichadamente fenescas mi vida, te ruego, por aquella tu divina belleza, me hagas digno de brevemente oírme. Lo cual bivo y muerto me será eterno contentamiento.

»¿Por cuál desventura no me es otorgado mi secreto pensamiento en tu presencia manifestar? Porque sé cierto que, según tu nobleza y condición, te comoverías a compassión, yo no te demando cosa que otorgarla sea imposible, mas

solamente el premio de tantos trabajos, que consiste en sólo oírme. ¿Cuál señora en amar fue tan al revés, que a su presencia no admitiese el fiel servidor? Seguir exemplo de otras no es dado a vicio: cuántas antiguas y modernas señoras de alta y mediana y baxa manera, siendo discretas, han tenido amor a sus amadores.

»E aunque tú no me amasses, por lo que requiere mi fe devrías de mirar y tener respeto a tu nobleza. E lo que por mí no merezco, de merced me devría ser concedido. Si d'esta empresa te quisieres desviar, yo te suplico que, por lo que cumple a tu honra y a mi provecho, no quieras usar del servicio de persona nascida, sino de ti mesma, por que d'esta manera pueda resfriar el ardiente corazón, que no paresca que huelgas de mi muerte.

»Queriendo más cosas escrevir, la flaca mano, de las devidas fuerças desterrada, me dexa. Queda en paz, flor de hermosura.»

La fiel sierva con mucha diligencia la rescebida carta a su devido y conveniente puerto guió. Amor, que aún el no exercitado corazón de Ginebra con la dorada saeta no avía comovido, la dexava vagar (por hazer mas pruebas de mí) adonde el pensamiento juvenil la llevava. Deliberó de tanta inquietud y congoxa por vía de oculta invención soltarse, por que por mí mesmo, confuso, del nuevo amor me desarraigasse. Hizo tomar un lagarto bivo, y atóle una letra que dezía:

«Busca el camino: prudencia rije, el tiempo todas las cosas modera.»

En una caxita de marfil muy ligada y cerrada, en respuesta de la escripta carta me lo hizo enbjar. Maravillado²⁶⁰ de tanta magnificencia, humanísimamente lo acepté, y abundantamente le di las gracias, y a perpetua mi memoria me ofresce de conservar el celestial don, pensando que sería cosa de nuestro amor verdadera principiadora. Miro la ligadura artificiosamente hecha: no era con mayor dignidad la arca de Darío adonde la homérica Iliade conservada estava. De admirable alegría movido, doy en finitas gracias a Amor, que de tan gran señora me avía hecho digno servidor, porque no ay cosa en el mundo que más descubra el secreto pensamiento, que de propia voluntad hazer mercedes.

²⁶⁰ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: maravillado *P*: maravillada

Retráyome a la cámara. Allí asentado, me regozijo con el celestial don, y quísolo guardar como cosa sagrada y digna de gran veneración. Pero comovido del gran desseo, diestra y amorosamente lo desato. Vi entre una yedra atado aquel animal, el cual, con sus dientes agudos y miembros de dos colores, con huir procurava su salud. Espantóme su airado mirar y no de otra manera quedé desmayado, que si de la ponçoñosa serpiente entre la yerva escondida fuera ofendido. Cruel fue la muestra y más la significación, y cuasi incomportable la invención.

Discurrí en saber qué uso era el de aquestos animales. Hallé que era vario, incierto, mudable y solitario. No sé si quiso Ginebra propiamente comparar la naturaleza d'estos a la mía, y darme a entender ser yo tal, o demostrarme el amor de las mugeres ser de tal condición. Miro la estancia, que era fría y seca, y el suelo de blanco revestido, por donde me asegurava en la dicha interpretación. Ira y desdén el corazón me armaron. La sangre con tanta abundancia y vehemencia las partes exteriores me enciende, que cuasi conosce enfuriarme. Miro al animal, noto la mugeril astucia, condeno mi poco saber: comunicarlo es vegüença, callarlo es daño.

Privado de consejo, tuve refugio a la mi Viante, de todos mis secretos fidelíssima conservadora. Después que todo lo supo, sonriendo dixo:

«¡Oh Peregrino, poco fruto has cogido de tu estudio natural! Laurel, yedra y box, y semejantes yervas, en este tiempo son acojetas y moradas de aquestos animales. Pesquisa de saber si al palacio de Ginebra confina o pared o casa de aquestas yervas cubierta. Considerado el lugar, discretamente lo que significa podrás entender.»

Cargado de solícitos y congoxosos cuidados, vengo a la casa de Ginebra, detrás de la cual vi una casita que confinava con la primera pared. Y estava tan desusada, que a cualquiera hombre de honra fuera infamia ser topado allí. Considerado el antiguo cimiento, vi abundancia de semejantes yervas y, entre otras, una yedra verde espessa, la cual cubría desde la tierra hasta el tejado aquellas paredes, en las cuales estavan secretos un postigo y una ventanica sin uso alguno de la casa de Ginebra.

Atónito de la invención, amansada mi tristeza, y algo más certificado del amor de Ginebra, bolví a la posada de Viante, con la cual concerté cómo hablaría con Astana, por saber qué fin avían de tener mis trabajos.

Peregrino, yendo a hablar con Ginebra como ella por la secreta invención le avía dado a entender, fue en aquella hora muerto un mancebo, y dudándose no oviesse sido él, fue preso. En la cual presión cruelmente se quexa. E a la mañana fue sacado para hazer d'él justicia.

Capítulo XIII

Dos vezes avía el Sol passado los sinos, primero que Amor de algún pequeño favor de Ginebra me hiziesse dino. Venida Astana al lugar concertado, me dixo que aquella casita era conveniente lugar para colar paños, adonde algunas vezes a solazarse iba Ginebra junto con las otras servidoras de casa, y a tiempos passavan hasta medianoche en varios y mugeriles cuentos. No con más palabras y con este desseo me dexó.

Llegada aquella hora dichosa y bienaventurada sobre todas las otras, paresciéndome que avía tardado, con mi espada en la mano tomo el camino al desseado lugar. Allegado algo a la pared, con la sagaz mano voy palpando qué era lo que en baxo de la yedra estuviesse. Hallado el postigo, que no menos alabador del ingenio de Ginebra, que adorador de la potencia del señor Cupido era, pensando aquí en mi felicidad, me assenté mirando cuándo aquella mi señora baxasse.

Fortuna, del mundo ciego hecha emperadora, cuya rueda siempre a nuestro bien y provecho fue movable, permitió que un mancebo, en aquella hora hablando con su amiga de su competidor, que le aguardava, fuesse malherido, y muerto en el suelo cayesse. La maldad del cometido homicidio vino a oídos del monarca. Las velas nocturnas son embiadas a saber y pesquisar toda la ciudad y tierra con comission que adonde fuesse el nephario hombre y rebolvedor de roídos tomado, sin otra pesquisa, fuesse a muerte sentenciado.

Yo, de todo esto ignorante, como fiera de los lebreles acossada, entre la yerva y la puerta estava metido. Ya el frío demasiado en los huessos me avía entrado, de manera que tenía sobrepujado el húmido radical con tanta fuerça, que de mí mesmo ninguna cosa sentía, cuando con sossegada boz oí dezir:

«Astana, vamos, que es ya tiempo.»

De vana esperança consolado, procuro con todas mis fuerças de revocar el espíritu (que por el intenso frío estava reduzido al corazón). En esto sentí abrir la desusada ventana y, creyendo que era para oírme de allí, alcé la cabeça por ver qué cosa nueva uviesse aparecido. Vi por la ventana una sombra que pensava ser de salud y paz dichoso principio. Y estava Astana assentada, teniendo en la mano una caldera de lexía herviendo, la cual, inconsideradamente, con toda su fuerça sobre mi cabeça vertió. Estava tan bañado, que parecía salir de naufragio, y en tanta agonía, que no podía embiar ni recibir el huelgo. Assí que quedé como hombre muerto.

Siento, en esto, venir a Astana al postigo. Y las velas nocturnas, sintiendo en aquel callejón algún pequeño roído, pensando que por ventura sería el autor del comisso homicidio, entraron dentro y de la tierra postrado me alçaron, lo cual oyendo Astana (que por anunciarme algún secreto era venida), con el huir se le fue el temor. Y yo fue atado por que se cumpliesse el mandato que el monarca avía mandado. El sobrevenido temor con el espanto exterior me tenían tanto de mi sentido ajinado, que de mí mesmo no sabía. Y ya el verdugo presa y ligada la garganta me tenía, cuando el centurio de la capitania, por antigua amistad, aviendo de mí manzilla, me soltó. E hízome depositar en aquel lugar que a los reos de la lesa magestad por último suplicio les es reservado.

Después de algún tiempo, tornando en mí comienço a maravillarme y a preguntar si era yo o no. Ni veo cielo ni luz ni siento movimiento alguno. Los pies ligados, los braços encadenados me hazían creer que no fuesse yo. Doy tantas bozes y bramidos, que el carcelero, con saña clamando, vino para mí diziendo:

«¡Oh Peregrino!, ¿cuál adversa y enemiga fortuna te ha metido aquí?»

No pude, por el gran dolor, responderle, pero congoxado y afligido, con temblante boz comienço, a dezir:

«¡Ay de mí, si estoy trasmudado en otra forma, o si quiso Phebo vengarse de mí por aver amado cosa más digna que él, o si compite Júpiter conmigo por apartarme de tanto amor, o si se arrepentió Cupido por aver más dado que retenido! ¡Maldito y quebrado sea tu dardo! ¡Maldezido sea tu poder y descomulgado el tu furor! ¡Oh cuán mísero es quien en ti se tiene! ¡Oh Peregrino, tarde conoces las assechanças de Amor! ¡Oh olvidado de ti y de tu estado! ¿Son estas las fatigas de tantos años?»

»Por consuelo embiarás estas nuevas al padre viejo. ¡Oh madre desconsolada!, ¿por qué a los perros no eschaste la resebida simiente, por que no fuera concebido? ¡Oh vientre a mis daños fertil!, ¿por qué tan vergonçosa carga al mundo truxiste? ¡Oh desdichados nueve meses, oh cruel partera!, ¿por qué después de nascido no me mataste, pues que sin infamia de la vida pudiera salir? ¡Oh ingrata hedad de un hijo a sus padres! ¡Oh cielos, oh tierra, oh cuerpos superiores, oh cuerpos vagabundos, oh ánimas sin sossiego!, ¿por qué no conspirastes en mi nascimiento, de forma que muriera? ¡Oh crueles Hermanas!, ¿por qué tanto tiempo avéis guardado el hilo mortal de la mi mísera vida? ¡Oh Charón!, ¿por qué cessa tu barca de llevarme d'esta cruel ribera a la tuya, la cual me sería más dulce morada? ¡Oh Fortuna, más inhumana que sierpe, más movible que tigre, más rezia que viento, más cruel que Arpía, más incierta que onda! Agora conozco tus fraudes y engaños. ¿Quién podría a mi desdichado estado dar algún socorro?, ¿cuál hombre en el mundo más triste que yo bivió?

»Sin causa, sin culpa soy condenado. ¡Oh Dios!, ¿en qué tierra bivimos, adónde la justicia está desterrada? Cuál en olorosos acipreses, cuál en los altos álamos, cuál en verde selva, cuál en la sombra aplazible y deleitosa sus ansias de amor suele cantar, e yo, en triste y obscura presión, mi cruda y áspera suerte lloro. ¡Oh alto regidor del Cielo, a quien justicia y clemencia son propias virtudes, con aquellos ojos mira a mi inocencia, con los cuales libraste a la inocente Susanna del aparejado fuego! ¡Yo sé que por tu virtud no permitirás la limpieza ser vencida de la malicia!»

En aquestos llantos passé aquella amarga y triste noche.

Peregrino dize que le pareció ver en essencia a Ginebra, la cual le puso grande ánimo. Y fue sacado de la presión y llevado delante del monarca.

Capítulo XIII

El guardián de la enojosa cárcel con piadosas lágrimas me acompañava, pues que en otra cosa socorrer no me podía. Y la causa de la presión me manifestó. Y porque el tiempo era breve, me aconsejó o que fuese paciente a la muerte o osado a la vida.

Parecióme, a la hora, en verdadera essencia ver a Ginebra, que consolándome dezía:

«Ni lugar, ni trabajo, ni pena exquisita de ti me apartarán.»

Y esto dicho, desapareció, y porque en las cosas nunciadas ninguna tiene más eficacia que las que vienen del oráculo, teniéndola por boz divina, le di gracias diziendo:

«Cualquiera extremo trabajo me será pequeño, y por tu beata visión me dispongo con invencible ánimo a sufrir todo lo que por mi dicha fuere determinado.»

La Fama pregonera ya avía tendido las alas por toda la ciudad, publicando el omicidio y mi triste presión. Restituida la luz al nuevo día, llamados los magistrados, preso y de públicos ministros y lictores cercado, con gran pesar de la ciudad fue presentado al monarca. El cual, comovido de entrañable piedad, buelto hazia mí propuso esta habla:

El monarca, con corteses y convenientes palabras, le apercibe a que pacientemente sufra lo que la razón requiere.

Capítulo XV

«Digno de imperio ni de administración de públicos oficios puede ni deve ser alguno juzgado, si no excede a todos sus súbditos en bondad y en industria y

templança. Sentencia fue filosófica, y Alexandro macedónico, preguntado de sus amigos y parientes a quién después de su vida avía de dexar por heredero de tan grande imperio, respondió: “Al mejor”. ¡Oh palabra de tal rey verdaderamente digna! Pues a sus hijos, verdaderos sucesores del reino, antepuso al que fuesse mejor que ellos. También se dize, por sentencia del divino Platón: “Bienaventurados son aquellos negocios que de los sabios, o dados al saber, son regidos y gobernados y conservados”. Lo cual es necesario a quien por divina comiseración es elegido para gobernar a otros. De otra manera todo, con infamia de los regidores y daño de los regidos, se destruye. Y mejor es ser reprehendido de rigor, que de mucha piedad. De lo uno procede el recto bivar; de lo otro, la continua licencia de pecar.

»Yo vengo con mucha tristeza al juicio criminal. De una parte, el particular amor, la piedad de los viejos padres, las lágrimas de los presentes, los llantos de los familiares. De la otra, lo que por justicia soy obligado y la compassión de la sangre derramada me comueven. No puedo ni devo hazer otra cosa que de lo que voluntaria y locamente has cometido: assí, de grado y pacientemente, seas castigado. Pues que a tu defensa no tienes reparo alguno, el cual conviene que por ti mesmo y aquí, en presencia, hagas. Y porque mejor lo sepas, con reposo escucha de tu adversario la justa querella.»

El padre del muerto mancebo contra Peregrino depone su querella, a fin que sea privado de la vida.

Capítulo XVI

«¡Oh muy gran monarca y vosotros, señores! Veo los ojos de todos puestos en mí, el cual justo y entrañable dolor me ha forçado de subir a este excelente lugar, usado de perfetísimos oradores y ceviles defensores. E aunque mi envelescida costumbre aya siempre sido agena de aqueste oficio, por ventura la mudada opinión admiración no pequeña os causará.

»Si el sossegado, honesto y ocioso bivar en acusar se aya trocado, assí lo quisso mi cruel suerte, y los malvados hombres cuya demasía y crueldad y soberbia

elevación de ánimo todo lo corrompe, estraga y destruye. ¡Oh Dios, socórreme por que en este camino no me pierda! ¿Cuál copia de orar se me podría ofrescer?, ¿cuál desembuelta lengua contar?, ¿cuál hombre oír?, ¿cuál paciente la tan gran crueldad podrá sufrir?

»Soberano monarca, soy delante tu presencia traído por paternal comiseración, por fe, por misericordia, por oficio de buen exemplo, por institución de las leyes (assí humanas como divinas), por reputación, autoridad y dignidad. Sé que del triste caso menor trabajo a tu virtuoso corazón no congoxa que al mío. ¡Ay, cuán difícil me es el principio, trabajoso el medio, muerte el fin! ¡Oh muy alto regidor del cielo!, ¿cuál cruel, cuál inhumano con piedad no me socorrerá? ¿Quién con lágrimas no me acompañará?, ¿quién no me favorecerá? Veo la ciudad deshonorada, la libertad perdida, el cuchillo discurrir por el cuerpo de los inocentes. Siendo el peligro común, no ha de ser la defensa particular.

»He aquí, oh monarca, el ciudadano patricio preso y ligado delante de ti, el destruidor de nuestra libertad. El cual, en maligna natura vence a Sila, Mario, Catilina y Nerón. Aquesta noche, assechando a nuestras vidas, contra la orden de la ciudad y contra toda humanidad, ni acometido ni injuriado, privó de la vida a este mi único hijo. Mira, señor, el cruel espectáculo, el cual no tendría paciencia a mirar la obstinada voluntad del enemigo capital. ¡Oh mi angélica cara!, ¿qué es de tu hermosura? ¡Oh vida tan bién passada, cómo tan sin tiempo la florida edad te fue robada! ¡Oh monarca, no quieras que particular tiranía infame tu estado! Considera la presión, nota la amarilla color, el gesto indinado, el vergonçoso silencio: el hábito, la espada, el lugar y el tiempo del cometido omicidio dan claro testimonio. Mira qué se puede juzgar de la vida passada, pues que semejantes hazañas no se aprenden en aquesta edad. Cuántas muertes secretas, cuántos hurtos y alborotos creemos que aya cometido aquesta impuríssima alimaña. No Dios, no tu presencia, no la equidad, no la amistad, no la fe, no la piedad, no la honra de la patria le han podido retraer del malvado omicidio. Justa cosa es que muera como ha bivido.

»Monarca, para con el malo más fuerça tiene un vil deleite que la fundada razón. Y si voluntariamente ha pecado, contra su voluntad sea punido. E quando no fuesse más que ser privado de la vida, poca injuria se le haze por no ser la muerte sentenciada por tormentos, pero por sossiego de nuestras fatigas y miserias, resecebirá

el malvado contento de su mal bivar. E assí será satisfecho a sí mismo, y a tu oficio y honra, y al alto Dios, al qual suplico que largo tiempo tu estado conserve.»

Después que el adversario a su habla puso fin, toda la familia del muerto, a bozes dezía:

«¿Adónde estamos?, ¿cómo bivimos?, ¿qué justicias tenemos? Manda, monarcha, o que se cumpla justicia o que seamos desterrados. Por mejor ternemos con paz y tranquilidad ser vagabundos que no vezinos con tanta amargura. Adonde estuviere aqueste perpetuo enemigo de paz no se podrá fundar ni dirigir el bivar de nadie a buen camino. Assí que (por acrecentamiento de tu honra y por conservación de la patria) manda que tenga la justicia sus fuerças.»

Al fin, puestas en silencio las amargas palabras, assí respondí yo:

Peregrino con argumentos manifiestos y razones demostrativas se defiende.

Capítulo XVII

«No puede el muy perfecto pintor, oh excelente monarcha, con su arte la tan gran tristeza demostrar. Y por esto, el agamenónico Horestes con su vestidura la cabeça se cubrió, teniendo por mejor en las cosas assí llorosas y estremas con silencio, y no con vanas muestras, proceder. A lo qual fácilmente en tan gran peligro me allegaría, sino te conosciesse por verdadero juez de los hombres favorecedores de la virtud, y conservador de justicia y principal desterrador de los vicios. E por esto, con razón a tu persona es cometido el cuidado y universal disposición de todas nuestras cosas públicas y privadas.

»Este es aquel tiempo muy bienaventurado que, so tu imperio, todas las cosas corruptas, viciosas y odiosas, abominables serán destroçadas y dessarraigadas. Y lo que el furor de una impuríssima sombra de hombre procura de destruir, por tu autoridad y saber se restaurará.

»Y si mi habla fuere flágil, y desnuda y sin fuerça, la divina justicia delante tu presencia la hará acepta. No terná la grossera y rústica, varia, desordenada, fingida,

loca y vulgar declamación del mi adversario tanto vigor que encender ni enojar pueda para conmigo a tu persona; ni a la recta justicia, ni al alto Dios, pues que claramente sabe su hablar no ser otra cosa que una llorosa astucia, engañosa invención y fraude compuesta. Y por no ser juzgado como él, refrenaré mi encendida voluntad²⁶¹ a que calle lo que la razón me dicta. E por no dar enojo a tan honrado auditorio, al cual nunca plugo de nadie oír mal, y antes holgaré de ser condenado por honesto silencio, que alabado por demasiado hablar.

»Sé que es condición de rústicos mastines más ladrar que morder, pensando con el ladrido sin efecto espantar a los otros. E a lo primero, alabo tu santo propósito, que con justicia de tal manera tu estado conservas, que antes tú a la dignidad que ella a ti honra. Y de tal manera templas la justicia con clemencia, que verdaderamente eres tenido por señor y no tirano. Por ende, entre los dotes del cuerpo y de la ánima esta sola propia y natural es atribuida a César, de la cual, según común juicio, tú eres el dechado. E de aquesta comovido, Antonio, filósofo y emperador gravíssimo, escribiendo a Faustina dezía ninguna otra cosa ser más digna de loor ni que más grato haga al emperador romano para con sus súbditos que la clemencia. Por ende, señor, mezcla justicia con mansedumbre y hallarás el amor que me tienes no ser vano, ni la boz de la sangre derramada dar bozes contra mí.

»Excelente monarca: como la inocencia por ciertos grados distintos descende del hombre y le torna magnánimo y sin temor en las cosas graves y de cualidad, assí la maldad le haze temeroso y pussilánimo. Por ende, d'estos fundamentos esforçado, no dudo de contradezir la inicua y maligna acusación del mi adversario. Grande argumento en todas las cosas es la vida passada del hombre, por lo cual, si argüir es lícito y honesto, sin miedo puedo dezir que nunca hazañoso, cruel o malvado hecho aya cometido por que de semejante traición deva ser acusado. Mira, monarca, quién tiene más justa causa de quejarse: o el malvado muerto, o el inocente bivo. Al uno la vida con razón le es quitada; al otro, sin merescello, su fama es desonrada: pues mira qué va de uno a otro. ¿Cuál discreto puede negar que por sus méritos no aya sido muerto como hombre que de cualquiera desonesta luxuria era muy osado violador? Andaría por robar la castidad de alguna honesta donzella,

²⁶¹ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: voluntad *P*: valuntad

tomarley han, matarley han. ¿Qué culpa tengo yo?, ¿quién le dio más facultad de ir armado de noche que a mí? ¿No es la ley común? Si en contradicción del mandamiento le mataron, ¿no era él rebelde? Y si es así, ¿de qué se queja, salvo si no es por escusar su mala y dañada vida con infamia agena?

»¿Fue nunca oída más nescia, loca y simple y inconsiderada razón, y de todo discreto juicio desviada que un hombre muerto matasse a un bivo? ¡Oh nescios argumentos²⁶² y de tal auditorio indignos! Tal es la acusación cual es el hombre. Trae el triste por testimonio del cometido omicidio la cara, ¿cuál hombre, si no fuese loco, mostraría señal alguna de alegría en tanta multitud por semejante causa? El callar es vergonçoso, por sentir lo que en nombrar es común infamia. “El hábito en el tiempo fue conveniente”, “La espada por sí manifiesta el delicto”, ¿quién vio cuchillo de muerte sin sangre? Ningún justo juez creará a semejantes ficiones y mal fundados indicios, los cuales más demuestran malignidad que ordenada razón.

»Poco antes dexiste (por encender al monarca y al presente pueblo a mi mal) que ni acometido ni injuriado avía hecho el cruel noturno omicidio: ¿cuál hombre en el mundo (sino Diomedes y Busiris, crueles tiranos) tomaría plazer de ver matar a otro? Yo del defunto mancebo no tengo razón de quejarme, del cual ningún género de afrenta he rescebido. Ni amistad, ni conversación nunca entre nosotros fue, ni pasión de amor nunca nos rebolvió, ni embidia de públicos y privados negocios puso entre nosotros discordia. No sé por cuál sueño así, tan osadamente, contra mí hablaste.

»E si la nocturna guardia fuera más discreta, con más prudencia se uviera en mi presión. Mas ay una especie de hombres tan atrevidos, que no perdonan a ninguna cosa ilícita, con tanto que muestren servir en algo. Quien ha de gobernar conviene que de gran prudencia se provea, mayormente en las cosas criminales, para discernir y pesquisar. Mira cómo la poca consideración de Florio romano permitió el lloroso fuego de la celestial ciudad. ¡Ay triste, que más la fortuna que la verdad del cometido omicidio me adversa! Por ninguna parte me veo desgradado de mi perpetua onra, la cual, en cuanto se aya de tener por breve exemplo, se puede comprehender. Archiles fue de su madre amonestado si vengava la injuria del muerto compañero que luego se

²⁶² *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: aumentos

acercaría su muerte. Respondió el magnánimo cavallero: “Mejor es muerte honrada que vida vergonçosa.”

»Conozco, monarcha mi extrema desventura. Pero cuando de la injusta presión y de la falsa querella no me dieres vengança, por mí está la razón, justicia y honestidad. Tú que sabes y puedes, juzga como mandares. Más dispuesto me hallarás siempre a obedecer que a bivar.»

Después de las luengas disputas, fue hallado el malhechor y librado Peregrino.

Capítulo XVIII

«No sé, oh manífico monarcha, si de razones vencido, o de vehementes persuasiones comovido, o de sobrada amistad aficionado, o de lastimera oración engañado, o de pensamiento de satisfacer a quien justamente se duele y quexa, por limpiar los lugares²⁶³ de malvados hombres, tanto silencio te aya ocupado, el cual me parece que demuestra tener inconsiderada clemencia, más que discreta y recta justicia. Y si te parece que las artificiosas defensiones tuvieron semblante de verdad, no es razón en cosa de tanta cualidad fácilmente creer. Por no ser mi hijo de poca suerte, ni nascido de robles y piedras para que se deva passar en olvido la justa vengança. E cuando por él no lo hiziesses, mira, a lo menos, a la honra de la ciudad, porque²⁶⁴ en tierra libre el bivar honesto a cualquiera sea²⁶⁵ concedido.

»¡Oh, monarcha! La tardança es vergonçosa, porque para con los señores tardos y perezosos la ley muere. La mucha misericordia es dañosa, la cual siempre procede o de pussilanimidad, o de avaricia, las cuales son partes en el príncipe muy odiosas. Siendo la ánima recta y limpia, de tal modo se deve consultar, que tanto de la sospecha quanto de la culpa esté desviada. Y porque me parece, señor, que quiere dar principio a disputar sobre los ciertos indicios (lo cual sería gran consumir de

²⁶³ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: lugares *P*: lugures

²⁶⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: porque *P*: porpue

²⁶⁵ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: se ha

tiempo), quiérome allegar a lo que ni negar ni contrariar se puede. Mas por propia virtud tiene la aparejada ejecución, que son las razones del estatuto, al cual no es lícito contradézir. E soy cierto que siendo tú, como eres, perfetíssimo, y en todas las cosas marcado, más valdrá para contigo una pura verdad que mil adornadas mentiras. No te comueva, oh monarcha, el suelto bivir, la depravada costumbre, el mal uso de la ciudad. Mas mira a tu alto estado, y acuérdate que en linaje y en criança, y por nueva afinidad, eres todo de sangre real, a la cual el verdadero juizio es virtud natural.

»En las causas ceviles se ha de proceder según el uso de la tierra. En las criminales solamente se ha de seguir la pura justicia. Manda, señor, sin miedo, que la razón tenga su fuerça, la cual no sólo el particular, mas el público provecho descierne. E mira que por defeto de coraçón no pierdas en una hora lo que por muchos siglos de tus antepassados con virtud y trabajo ha sido adquerido. Tres cosas principales hazen encrudelescer a un pueblo: la mucha licencia con mugeres y la hambre y la negada justicia. Si d'estas cosas fueres diligente conservador, por tus méritos serás referido en el número de los celestiales.»

Vi en su gesto al monarcha estar movido a mi daño, quando con mucho esfuérço pospuesto el temor, assí respondí:

«No se puede, oh invencible monarcha, jamás dividir el plazer del dolor de manera que el fin del uno no sea principio al otro. Poco antes estuve con mucha angustia por la falsa, pintada y fingida acusación (más de embidia que de discreto juizio). Agora, mediante Dios, d'ella librado quedo, muy consolado no tanto por la salvación de mi vida, quanto por la honra de la nuestra patricia orden, y por tu reputación.

»Por que se notifique a todos que mandas y gobiernas a virtuosos y no scelerados hombres, a lo primero gracias inmortales doy a Dios por tan gran beneficio, y a ti, monarcha, cuya honesta y prudentíssima tardança ha salvado mi inocencia. Gracias a mi adversario, el cual, confuso de la razón, ha reconocido su yerro. Ya de oy más, señor, despedir puedes esta gente, pues que la sentencia es difnida. He aquí mi contrario confiessa la culpa no ser mía, pero pide que el estatuto en semejante caso sea guardado, a cuya declaración más tienpo será menester. El pobre hombre, poco considerado, no entiende de la fuerça d'él, mas ha hecho a guisa

de quien por camino dudoso camina, que por el más trillado (aunque no tal) se va, y ha imitado esas simples amas, que primero hieren al niño que llora que sepan la causa del llanto. Con ojos airados, con corazón furioso, ha discurrido por lo que no entiende, lo cual, después que fuere desañudado, sometiéndome a la razón, pacientemente sostendré lo que mi suerte me diere.

»Mas yo te suplico que no te enoges de oír mis razones con tu usada piedad y prudencia, porque en ninguna parte de la verdad me desviaré. E si falsedad dixere, viviendo me sea la vida enemiga, y muriendo quede mi cuerpo sin ser sepultado, comido de perros y fieras; y mi desdichada alma, por playas obscuras siempre vagando, holgança no halle. Bien sé que no es oficio de magnánimos los breves yerros comparar con los extremos casos, los cuales a los malvados de voluntad son propios y convenientes. Un honesto atrevimiento, un corazón virtuoso, aunque parezca algo digno de reprehensión, tiene desculpa, según la cualidad de las personas, y mejor es pecar por mansedumbre que por crueldad, la cual a Dios y al mundo siempre fue odiosa. E si contra mi condición fuere prolixo, perdona a la edad, y escusa el caso.

»Manifiesto es, oh alto monarca, la enemistad que está entre los Quincios y Ponzes²⁶⁶, de lo cual dan testimonio la sangre derramada, los palacios deshechos, las dissipadas haciendas, los perpetuos destierros, las continuas persecuciones, assí secretas como manifiestas, y de tal manera, que toda la ciudad es contra los Quincios, no casa, no iglesia, ni palacio privilegiado les vale. Teniendo yo firme propósito de querer engrandescer mi patrimonio, puse mi pensamiento en la hacienda de Arlante Quincio, el cual mora en su alcaría con tanta sospecha, que siempre le parece tener la vida en compromisso. Secretamente con cartas nos concertamos que de mañana, en abriendo la puerta de la ciudad, él se hallasse aquí en casa de Petronio, su amigo y fiel mercadante, a do haríamos el contrato. Venida la hora concertada, estando el tiempo algo ñublado y obscuro, temiendo de algún contrario caso (aunque fuesse de día), tomada mi espada en la mano, en el hábito que me hallé, me fue. Y antes que allegasse a medio camino, de una muy alta ventana con tanta vehemencia sobre mí fue vaziado un caldero de agua herviendo, que postrado caí en tierra, assí que no

²⁶⁶ En este pasaje las familias que menciona el original de Caviceo son los Bentivoli y los Canedoli de Boloña (*ed. cit.*, p. 48).

pude acabar el principado y desseado camino. En esto sobrevino la tu honrada guardia, la cual, como ves, me prendió y truxo.»

Todo furioso y fuera de seso, el mi adversario en tales palabras saltó:

«¡Oh impío y cruel ánimo! ¡Oh scelerada opinión! ¡Oh maldita osadía! ¡Oh osada soberbia! ¿Qué haría, qué diría, qué pensaría el malvado, si la presión fuera secreta, cuando, siendo tan manifiesta, la viene herloseando? ¡Oh Dios!, ¿ha de poder más una desvergonçada osadía que una clara verdad? ¡Oh monarca, una compuesta falsedad no devría tener tanto favor! Bien sé que no eres tan ciego que no descienes la luz de las tenieblas.

»¡Oh boca sin verdad! ¡Oh cara sin vergüença! ¡Oh alma vana, lengua falsa! Si era de día, ¿cómo ivas a cuerpo? Si era de noche, ¿cómo acertaste allí? Asido te tengo. ¡Oh monarca! ¡A las vezes, no queriendo, confiessa hombre lo que le condena a muerte. Aquesta deve de ser alguna acojeta de traidores que de noche se juntan por rebolver esta nuestra ciudad. ¡Oh Dios, no consientas tanto peligro! ¡Oh monarca, sey prudente! El familiar enemigo está en tu poder: con mucha industria conviene pesquisar la verdad. Paréceme comprehender de tanta importancia la presente materia que de tu estado y de nuestra vida se puede negociar el último destierro. Malina es la prisión, peligrosa es la venida, que por otra parte (excepto por los muros) no se puede pensar que él podría entrar, pues cuánto desplugo esto al edificador de Roma, testimonio da la fraternal sangre. Aquesta presumptuosa edad no suele perdonar a ningún peligro, por hartar su apetito.

»Dos cosas no conocen fe ni daño: codicia de reinar y aparejo de luxuria. Mira, monarca, que la mucha clemencia no te dañe. De tal forma (mediante la justicia), conviene embravescerte, que venga en exemplo a toda la ciudad, por que aprendan de retraerse en los términos de la honestidad. Torcuato, cónsul romano, por menor delito privó a su hijo de la vida. E Trajano, justíssimo emperador, a la pobre muger su hijo ofresció por dar exemplo al pueblo. ¡Oh monarca, el tiempo se passa, el pueblo está enojado; los regidores, maravillados! La propiedad del reo es de huir, porque quien es rico de tiempo no es pobre de partido. Mira que alguna secreta conspiración no empida tu honesto pensamiento. No clamava otra cosa César, sino que sus cosas tuviessen celeridad y presteza. Manifiesta es la prisión, clara la ley: sólo resta la execución.»

A la hora respondí yo:

«¡Oh robador de agena honra! ¡Oh imbidioso de mi fortuna! ¡Oh sediento de sangre justa! ¡Cruel, sobervio, temerario, perverso, nascido en el mundo siempre para mal obrar! Mira, monarca, qué mancebo es esta sombra de hombre que sobre edad de sesenta años pronuncia aquello que de la boca de una impuríssima alimaña honestamente salir no podría. Mira cómo astutamente se esfuerça de armar tu ira contra aquestos fidelísimos ciudadanos, a los cuales quiere tachar la liviandad de la fe. Claro está que yo no sería suficiente a tan gran empresa si otros no me favoreciesen, los cuales conviene que sean d'esta tierra y d'esta ciudad.

»¡Oh ciudadanos!, ¿qué estáis parados?, ¿veis aquí el malvado, envejescido en pecados, que a todos os llama traidores? ¡Hierro, fuego, piedras, sean la respuesta! Corred y desterrad aquesta casa de vicios, por que no corrompa con sus cosas la vuestra fidelidad. ¡Oh monarca, a las vezes semejante reprehensión haze nascer nuevos pensamientos, y pensar a lo que nunca el corazón fue dispuesto! Aqueste simulador con depravado ingenio te procura poner en enemistad del pueblo, el cual, como supiesse que te era sospechoso, nunca más fiel te sería. Meresce aqueste traidor que aquella falsa y mentirosa lengua incontinente sea cortada. ¡Oh monarca, perdonar a los semejantes es acrescentamiento; a los malos, de osadía!

»Mas por no usar de lo que él, quiero que la razón, y no la malicia a mi inocencia defienda. Y por no dexarte, sin confusión a tus preguntas responderé, que la cualidad del tiempo era de manera que honestamente podía ir en este hábito. Porque en aquella hora, todos los nocturnos adúlteros, ladrones y violadores (como fue tu hijo) buelven a su casa: cuál de sus pensamientos mal satisfecho, cuál por el sobrado plazer vanaglorioso, cuál de robos cargado, las más de las vezes se encrudelecen, adonde no ay culpa. E por no ser locamente ofendido, sabia y cuerdamente quise ir armado. La venida de Arlante Quincio fue por la puerta que en aquella sazón estava abierta por causa de los negociantes forasteros. E si d'este beneficio gozan aquellos, ¿por cuál razón emos nosotros ser privados d'él?

»Agora resta que el malo de su maldad sea punido y yo, por justificación, librado.»

ADVERSARIO.—Manda, señor, que lo prueve y de la venida de Arlante se saque la pesquisa.

MONARCHA.—Alguazil²⁶⁷.

ALGUAZIL.—Señor, aquí estoy.

MONARCHA.—Confiesa la verdad.

ALGUAZIL.—No la puedo negar: ni sé, ni quiero.

MONARCHA.—¿Qué ora era cuando tomaste a Peregrino?

ALGUAZIL.—Cuasi a las cuatro.

MONARCHA.—¿Cómo lo hallaste?

ALGUAZIL.—Postrado en tierra.

MONARCHA.—¿En qué lugar?

ALGUAZIL.—En un retraído callejón.

MONARCHA.—¿A qué fuese allá?

ALGUAZIL.—Por buscar al homicida.

MONARCHA.—¿Quién te embió?

ALGUAZIL.—La grita del barrio.

MONARCHA.—¿Adónde estabas tú?

ALGUAZIL.—A esta hora, en casa.

MONARCHA.—¿Cómo tan presto?

ALGUAZIL.—Entonces cessa la guardia.

MONARCHA.—¿Es así el uso?

ALGUAZIL.—Assí me parece que se ha guardado.

MONARCHA.—Guarda, no me engañes.

ALGUAZIL.—Informarte puedes.

MONARCHA.—Agora vete. Y tú, Peregrino, ¿cómo diste de cabeça en aquel desusado lugar? Creo que heziste a manera de fiera corrida, que en la primera cueva que halla se esconde.

PEREGRINO.—No fue assí, pero por ir más secreto.

ADVERSARIO.—Señor, estas cosas no son de sustancia (la puerta abierta y el reposo del alguazil), porque lo uno y lo otro podía ser que toda la noche estuviese la puerta abierta, y el alguazil cessasse de rondar. No haría Natura que a las tres el

²⁶⁷ Es un centurión en Caviceo.

primer día de mayo se uviessa de contar por de día. Pues que te consta de su presión, de la hora y de las armas, verdugo, haz tu oficio, y he aquí tu salario.

Tiempo no me pareció de esperar, mas como medio bivo dixé:

«Monarcha, Nerón el cruel fue rogado que firmasse una sentencia de muerte. Respondió que desseava no saber escrevir por no consentir en muerte de otro. Pues si el cruel tuvo tanta clemencia y piedad, ¿qué es obligado a hazer el hijo de mansedumbre? En semejantes causas, señor, mucho mejor es ser acusado de dilación que de celeridad. No sin causa se ha fabulado Paris el troyano en aquel juicio querer ver las tres deesas, en exemplo que el juez ha de pesquisar toda la verdad antes que venga a dar la sentencia. Si alguna duda a tu juicio altera, no ayas enojo en las cosas de justicia tomar acuerdo. No uvo vergüença el divino Platón dar lugar a la profesión de Euclides.

»Y aunque eres muy discreto, mucho más lo serás con comunicación de otros. Si con razón fuere sentenciado, de ninguno me quejaré. Aquí se hallan hombres de alto ingenio, mayormente aquellos que entre el pueblo plebeyo y nosotros sobre ciertos pleitos han de determinar. Los cuales son Scévola e Ilioneo. Manda traer el statuto y sabrás la hora de mi presión no ser de noche. E quando estos al mi adversario fuessen sospechosos, aquí están Pontino²⁶⁸ y Orlando²⁶⁹, de cuya integridad y sciencia todos hazen fiesta.»

Luego fue traído el cuaderno de la ley, cuyas palabras eran tales:

«Quien de noche fuere tomado con armas sin otra pesquisa alguna muera por ello.»

Luego, el monarcha dixo:

«Tú, Scévola del bivo, e Ilioneo, del muerto²⁷⁰, la causa defenderéis.

Parésceme que la dificultad consiste en esto: si cuasi a las cuatro es de noche o de día.²⁷¹»

²⁶⁸ *Felino* o *Filino Sandeo* en el pasaje de Caviceo (Libro Primero, Capítulo XVIII).

²⁶⁹ *Alessandro* o *Alexandro da Imola* es el nombre que le adjudica, inspirado como siempre, en la realidad, Caviceo a este personaje.

²⁷⁰ Scévola e Ilioneo son *Ioanne Maria Riminaldo* y *Antonio di Lenti*, respectivamente, en Caviceo. Nótese la latinización sin apellidos, muy en la línea celestinesca, de los nombres adaptados por Díaz (sobre esto, Reichenberger, Kurt y Theo, “Fernando de Rojas como comentarista político: los nombres de los personajes en *La Celestina*”, en *Tras los pasos de «La Celestina»*, editado por P. Botta, F. Cantalapiedra, K. Reichenberger y Joseph T. Snow, Kassel, Reichenberger, 2001, pp. 225-250).

Callaron un poco los altos letrados, y de ahí algún tanto parecióme ver dos hambrientos leones cuando sobre la presa riñen, que cada uno los ojos y la frente embravescen, la cola añudan, los dientes muestran, el pie ponen delante, toman el campo, con veloce y violento curso se encuentran. Al uno y al otro parecía la ordenanza en provecho del principal estar clara. Puestos todos alrededor, designados los lugares, les fue mandado que incontinentemente sus razones dixessen. Y a Scévola, por ser el defensor, la primera disputa le fue dada. A la cual, dando principio, dixo...

Ni primero soltó la habla que el mi adversario dicesse un grito mayor que suelen dar las aladas serpientes, y comenzó, clamando, a dezir:

«Fácil fue la navegación de Colchos, sin trabajo el Laberintho cretense, simple la inteligencia del alma inmortal, a respeto de aqueste legal estatuto. En comparación de lo cual no es nada todo lo que imaginarse pudiesse, ¿y tú quieres que disputando se halle lo que el ingenio nunca pudo hallar? Yo quise que se supiesen los manifiestos indicios por no contender, los cuales, si desmenuzados fueran, sin duda era dino aqueste homicida de la capital pena. Por ende, pensando que te allegarás a la pura ejecución, me remetí a lo que decía el estatuto, el cual, siendo más claro que la luz del mediodía, más se intrincará que el secreto del Laberinto cretense. Esta es una forma para ganar haciendas ajenas: bolver de blanco, negro, y pervertir la devida justicia. ¿Qué cosa es ley, sino fraudes y engaños, robos, traiciones? Por docto es reputado a quien el mentir y trafagar está más aparejado. E tanto se haze, quanto se ofrece. Primero miran a las manos que a los pies. Yo soy pobre y viejo y enfermo; mi enemigo, rico y sano y mancebo. Por lo cual, no solamente los hombres, pero aun las leyes me son contrarias. ¡Oh nuestra desventura! ¡Oh bienaventurada edad, del puro natural contenta! Si quisieres elegir a quién en cosa tan manifiesta dicesse su sentencia, devrías de dexar estos legistas, robadores, mentirosos, engañadores, avaros. Muy mejor será el juicio de un oficial si aquella ora es de noche o de día. ¡Oh triste, que todos tienen que burlar de mí!

»Es muerto mi hijo, único refrigerio de mi vida. Agora me conviene destruir mi hacienda, la cual guardava para refugio de mi vejez. Pero pues tu voluntad es esta,

²⁷¹ Sin duda, conserva Hernando Díaz este pasaje no sólo por su valor forense, sino también por el nexo de unión que supone con *La Celestina*: las precisiones temporales eran una marca distintiva muy reconocible de la obra (Fernández Rivera, Enrique, “El reloj, la hora y la economía del tiempo en *La Celestina*”, *Celestinesca*, 34 (2010), pp. 31-40).

conviéneme callar. Y en protestación de la justa vengança, imploro a Acherón y Minos, y a las tres Hermanas, cuya sentencia será incorruptible.»

E diziendo esto, como muerto cayó en tierra, agora por industria o por demasiado dolor. Todo el pueblo se pareció comover, de lo cual muy congoxado quedé. Y ya sossegado, dixo assí Scévola:

«Después del repudio de Terencia, oh gran monarca, fue rogado Tulio que en una causa súbita quisiesse orar. Respuso el discretíssimo orador que avía tres días que tenía vacaciones de leer. Yo, cansado, con mucho trabajo, un mes vagando, y de cualquiera manera de libros privado, en tan agra y luctuosa causa, ¿cómo podré hablar?, ¿cuál apercibido hombre, cuál ingenio ulixeo, cuál experiencia nestórea, cuál adivinança de Calchas no espantaría la presencia de tantos cavalleros y letrados, a los cuales la ley dará la gloria? E si no pensasse enojarte, pues que de servirte y obedescer tu mandamiento soy codicioso, rehusaría la cometida empresa. Pero confiando en aquel que dixo: “Cuando estuvierdes delante de los reyes y presidentes, no curéis de lo que ayáis de dezir, porque en aquella hora os será dado todo lo que a hablar será necessario y conveniente”, a la proposición haré principio, persuadiendo ser verdad la presión ser ninguna, por las palabras del estatuto, las cuales son: “Quien fuere tomado de noche armado, sea punido.”

»La una se concede, la otra se niega. Que no era de noche y, por fundamento, digo assí. Aquellos que distinguieron los tiempos, después de la medianoche han designado el día (en el número de los cuales son Marco, Varrón, Macrobio y los sabios juristas). Assí lo escribieron. Y según aquella ley se ha de gobernar aquesta ciudad, y que esto sea assí claramente lo confiessa Tulio en las *Philípicas*, y el poeta cordovés en el primero de su *Pharsalia*. Irrefagable es la confirmación de la nuestra Madre christiana, la cual, en el verdadero celestial Maestro fundada, errar no puede. Amonesta el evangélico pregonero que acabado el tiempo de la medianoche se levanten las vírgenes a rescebir al esposo que viene, lo cual avía de ser de día por la contradición que dize: “Quien camina de noche tiene en odio la luz”, y aborrescer la luz es acto de depravada consciencia, la cual no habita en aquellos que solícitamente el Reino de Dios procuran. A la mañana, aquesta oración se lee: “Ten, Señor, por bien de guardarme este día sin pecado”, lo cual claramente assí no se diría, si de noche fuesse. Confirmarse puede este dicho por la autoridad del gemiente profeta, el

cual dize: “Después de la medianoche me levantava a confessar el tu Sancto Nombre”. ¿Cómo creeremos nosotros que aquestos hombres, de la divinidad inspirados, dixessen cosa que fuesse menos que verdadera?

»Pues nota aora, allende d’esto, la pontifical orden, la cual de los tiempos escribiendo, assí determina: “Si nosotros hablamos, según opinión de todos, de la mañana a la tarde se comprehende un día. Si de juizios, desde que sale el Sol hasta que se pone. Si de treguas, de la mañana a la tarde. Si de abstinencia corporal, de tarde a tarde. Si de contractos, de medianoche a medianoche.”, lo cual aprueba Paulo. Añádese más: “Siendo la ley onesta, justa y sancta, copilada, dicha y escripta en provecho del hombre, no vedará a su pro, ni concederá cosa alguna nepharia. Mas pudiéndose contratar todos los conciertos después de medianoche, es de conceder ser aquella ora más de día que de noche.”

»No es de callar aquello que la infalible sepiencia nos enseña. Oíd la voz divina que clamando dize: “Ved que os anuncio un gran gozo, que oy es nacido el Salvador del mundo.” Y aquella ora era de mañana, assí que verdaderamente por día es reputada. Confirma la sentencia la alta transmigración del Hijo Divino concebido. ¿Cómo uviera la eterna sapiencia amonestado al viejo como marital guardia, que sólo acompañado de una virgen donzella en tierras ajenas de noche passasse? Assí que, seguramente, concluir podemos esta hora no ser la del estatuto.

»Oh gran monarcha, oh excelentes regidores, oh muy piadoso concilio: con mucha gravedad conviene atender más a la voluntad que a las palabras. La firme opinión del ordenador d’esta ley fue de castigar los sobervios y lascivos hombres, por que todos se detuviessen en los términos del honesto bivar. Y si assí fuesse, no avría nescessidad de ley ni statuto. Pues aviendo Peregrino siempre sin reprehensión bivido, por un dudoso yerro (caso que lo fuesse) no se ha de punir con la severidad del statuto, el cual solamente se entiende para los malos y scelerados hombres.

»El divino Platón, passeándose por la ciudad, halló a un mancebo que, por ventura, por depositar sus cuidados jugava, y como le vio, ásperamente le castigó. El modesto mancebo, alçado del apazible juego, respondió no ser merescedor de aquella cruda reprehensión, por ser aquella la primera vez que en el juego avía puesto sus manos, y sin pensamiento de perseverar. Luego respuso Platón: “Pues que assí es, no me enojo, pero temía que en semejantes exercicios no hiziesses hábito.” Aora, pues,

mira, señor, si una primera y liviana culpa con propósito de nunca recaer merece tan grave pena. Despide, monarca, a tanta multitud de gente, salva al inocente cavallero. Lo cual sé que será con satisfacción universal de todos. Y con mucho contentamiento del muy sabio hombre, y en esta parte, mi contrario.»

Acabados los argumentos de aquel que cuasi todo lo sabe, respondió el discreto Ilioneo:

«Apeles, muy excelente pintor, oh muy invencible monarca, fue induzido a pintar un feminil Alexandro macedónico que, por ventura, no fue sin su infamia por aver despreciado de semejante exercicio varias sculpturas reales y famosas. Pero porque assí lo quiso la real autoridad y, sobre esto, viendo la su gran hermosura, no quiso ni pudo sino obedescer. Yo, que tenía deliberado en causas de maleficio odiosas y criminales ya de oy más no abogar, mal me puedo templar por la entrañable manzilla del presente cuerpo, ni puedo resistir a tus altos mandamientos. Por ende, trabajaré de ser tal que ni por mucho ni poco dezir ofenda a la justicia, de la cual sé que eres perfetíssimo executor. E tanto más al trabajo me dispongo, quanto veo en un aplazible artículo estar la dificultad y mayormente aviéndolo con el mi Scévola, al cual el Catón de Amphión, y Orpheo y Apolo harán reverencia.

»E por satisfazer, con manifiesta razón contradezirá, oh alto monarca, y por no enojar a tanto auditorio (llegándose ya la ora), no curaré de arengas, pero respondiendo mostraré la verdad estar en la alta parte colocada.

»Y a lo primero, digo que la ingeniosa alteza de Varrón, con los otros autores, de aquesta distinción de tiempos, ha introduzido nuestra costumbre diferente de los estrangeros athenienses, babilonios, umbros, egipcios. Los primeros han contado el día de poniente a poniente. Los segundos, de oriente a oriente. Los terceros, desde mediodía hasta otro medio. Los cuartos, desde el principio de la noche. Los romanos de medianoche a medianoche, pensando que tenían el punto más verdadero: aquestos han hablado de un día natural, el cual dura veinte y cuatro horas. Y en todo este tiempo es lícito y concedido al hombre el virtuoso obrar, según su nescessidad, y de aquesta cantidad de veinte y cuatro oras se haze una distribuición devida y conveniente y nescessaria, de la cual la primera específicamente se entiende para Dios; la segunda, para negociar; la tercera, para la refeción corporal; la última, que es la noche, quando todas las cosas reposan, tanto para el cuerpo quanto para la ánima es

deputada. No se puede negar que hombre en todo tiempo y sazón no pueda obrar lo que le conviene por honesta necesidad, porque ésta es la voluntad y pensamiento de la ley natural y escrita. Assí que se puede conservar lo no dividido, y cuando dos cosas concurren juntamente, si la una se concede, la otra se niega. Y si el negociar en todo tiempo es permitido, el traer armas es vedado por ser acto siempre odioso. Y aunque la ley común lo concediese, la del statuto lo puede moderar.

»Vista la cualidad de la tierra y usos y peligros, a los de la parte oriental, por ser su clima caliente, es les vedado el uso del vino por no los encender a mayor fuego. Pecando aquesta ciudad en humor colérico, conviene vedar las armas, y mayormente en el tiempo que sin árbitros con más licencia se puede pecar. Lo cual se entiende hasta tanto que el Sol no sea sobre nuestro hemisperio, del cual era distante por muchos grados cuando Peregrino fue preso.

»¿No te parece cosa digna que quien falta de efecto falte de nombre? Lo propio de la noche es tinieblas, y del día, la luz. Ahora, pues, mira cómo se pueden compadecer juntamente, y si el día comienza a medianoche, ¿qué es de la otra media? Lo cual, si assí fuese, parecería que aquel gran Maestro no uviesse criado todas las cosas perfectas como dize el sagrado *Génesis*.

»A lo segundo, si con pública boz fueron llamadas las vírgines que saliessen a recibir al esposo, mandado les fue que traxiessen lámparas encendidas, porque por el largo espacio de la noche no estuviessen sin olio.

»A lo tercero, siendo nosotros los mortales a todos los tiempos inclinados a pecar, assí emos de ser solícitos para por nuestras culpas orar. Porque este es un acto (según dize el Apóstol) que sin cessar se deve hazer, por que la ánima, de la malicia prevenida, no se ocupe en cosas dañosas que la puedan privar del Gozo eterno. Por esto no se concluye ser de día.

»Pareció, por ventura, a los escudriñadores de las cosas ingeniosas mejor fenecer el tiempo del natural día, al punto de la medianoche por el sossegado movimiento que no a otra hora. Por ende, al principio de la nueva luz se dan gracias a Dios, que la ha traído.

»A lo quinto, no es contradicción que, induziéndolo la necesidad, no se pueda hazer contratación. Paulo y los otros d'esta materia scriptores han destinguido los extremos por que fuessen más avisados los escrivanos, porque el primer extremo

que va a la medianoche se atribuye al día cuasi pasado, y hasta aquel punto dura. El otro extremo es del siguiente, por esso no han determinado aquestos extremos que claramente sean del día.

»A lo sexto, la divina Natividad fue anunciada en la ora de los verdaderos oráculos, y cuando semejante boz con más atención oírse suele, y fue tiempo conveniente a semejante nueva.

»A lo séptimo no fue la Transmigración sin gran misterio, porque a todo el mundo fuesse secreto aquello que a las Tres Divinas Personas era manifiesto. Por ende, viniendo a encarnar Dios y Hombre hecho, según las obras humanas se exercitó por que de la humanidad mostrasse el despojo. Pues quién duda que si del vientre sin abrir la puerta salió, que sin vista humana transmigrar no pudiesse, pero no lo quiso hazer por no tener hora de sossiego para demostrar al hombre cómo en el mundo no avía alguna felicidad.

»Claro está que por respeto del día viene la noche, la cual de la luz trae su origen. Assí que se puede concluir la presión de Peregrino ser jurídica y obligada a la pena del estatuto. ¡Oh monarcha, la ley en las cosas lícitas y honestas siempre ha de ser favorable; en las viles, sceleradas y odiosas, apretada quanto pudiere ser! E si los animales fuera de razón se detienen en sus moradas hasta el alva, ¿qué deve hazer un hombre, de razón capaz? No conviene tan cumplidamente privilegiar un malhechor. Por que el mucho favor no sea causa del propio peligro, las más de las vezes de la clemencia procede la licencia; de la licencia, la sobervia; de la sobervia, la calumnia; de la calumnia, el maldezir; del maldezir, la rebuelta; de la rebuelta, el herir; del herir, la muerte y la destrucción de las tierras, y ésta es la perpetua infamia de los señores. Assí como en el último principado romano se comprehende, y bienaventurado es aquel que por exemplos de otro se corrige.

»Por ende, con quanto sé y puedo, te amonesto a no perdonar a semejantes delincuentes, tanto por tu honra, quanto por salud de tu tierra.»

A las vehementes persuasiones de Ilioneo conocí estar angustiado al monarcha, por los ojos del cual vi salir piedad y justicia. Y en tanta variedad²⁷² de

²⁷² *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: variedad *P*: veriedad.

opiniones, mandó al muy sabio Pontino que dicesse su parescer. El cual, del funesto caso aviendo misericordia, assí començó:

«Disputando Mario y Catulo de la gloria del Tropheo, oh justíssimo monarcha, entre la multitud de muchos excelentes hombres fueron elegidos los oradores de mi patria no por estremada suficiencia, pero por la buena opinión que d'ellos se hazía. Quedaron contentos que el juicio fuesse libre en ellos. Bien sé de cuánta integridad y doctrina sean aquestos excelentes letrados, a los cuales cualquiera muy difícil y secreta causa sería fácil. No por arrogancia, ni por propria confiança, mas por satisfacer a lo que de mí se presume, lo que tú quieres, sin injuria de nadie, assí me parece determinar.

»Natural instituto es que a cualquiera por medios más convenibles le parece ir a su desseado fin, lo cual, quando se hiziere sin injuria ni daño de otro, conviene atribuirlo a actos virtuosos. Por las disputas ya ventiladas, me parece la vida de Peregrino ser ayuna de la muerte de Garlindo, e muy templada de defensiones. Pero enbevescido (como es costumbre de aquella edad) del plazer de la nueva erencia, no advierte a la cualidad de los tiempos, la cual podría engañar a otro hombre muy sabio. E tanto es más digno de perdón, quanto lo escusa la puerta abierta y el reposo de la guardia, que es manifiesto juicio ser antes día que noche.

»Esta es mi sentencia, de la cual creo que no desviará tu alto juicio.»

Como mi adversario entendió aquestas copiosas y breves razones respuso:

«¿Quién eres tú, que de científico ingenio armado veniste a desbaratar mis cosas? Bien demuestras que eres de la fortuna más que de la verdad amigo. ¿Cuál razón sufre, cuál honestidad requiere, cuál piedad manda, cuál escrito lo amonesta, cuál conciencia lo dicta, cuál ley lo aconseja, que una tan gran injuria passe sin castigo? Mira la manera del muerto, considera la cualidad del tiempo, si te parece que meresce tal absolución.»

PONTINO.—No fue yo, mas la ley que lo mandó, pero assí le parece a quien es mal mirado.

Ya se començava nuevo bullicio, quando vimos venir a una muger adornada con hábito adulterino a la presencia del monarcha. E allegándose a él, secretamente le habló. En aqueste instante fue embiado el alguazil, el cual preso y atado cueradamente truxiesse a Polidoro, el omicida de Garlindo. El cual, después de la

cometida maldad, como topo vagando, entró en la desonesta casa de aquesta muger propincua, a la calle donde el delicto fue cometido. Preguntado el triste de lo que sabía de la muerte, respondió ser él el auctor. La Fama, de todas las cosas pública pregonera, derramó las nuevas cómo por el omicidio estava preso Polidoro, y en otra cosa non pensavan sino en la capital y extrema sentencia. El padre, con los parientes, con hábito triste y lloroso rogava, suplicava y humilmente largas dádivas prometía por la vida del hijo. Firme en el corazón del monarca estava la justicia, por la cual tanta disputa avía passado. Llamado en el medio Polidoro, del tiempo y de la hora, del lugar, de las armas, de la causa del omicidio de Garlindo, assí depuso:

«Fue la noche passada, a las tres, en la vía pública, en el barrio de San Miguel, con una espada armado, con ánimo maligno y a malhazer dispuesto, y por celos me vengué en la vida de Garlindo, a la cual muchas vezes avía assechado. Esta es la suma de la verdad: haz tú según te pareciere.»

Tomado por testimonio, fue por el monarca sentenciado Polidoro por público y voluntario omicida a que fuesse privado de la cabeça. El acto repentino espantó a la ciudad. Diversamente d'él se hablava: cuál dezía: “Mira a qué trae Amor a quien le sirve”; otros dezían: “Con temperança conviene amar.” Entre tantos diversos razonamientos, el verdugo ordenava el lugar y la artellería a aquel exercicio conveniente.

En esto llegó la Fama a Briseida, hija de Mavorcio²⁷³, por la cual el omicidio se avía cometido. A manera de sacerdotissa de Bacho, despreciada la vergüença virginal y su natural cortesía, toda furiosa, con los vestidos despedaçados, los pechos desnudos, con los cabellos rebueltos, las manos entravadas, llorando y dando bozes, sola, con mucha priessa, más ravisosa que una onça, en la espessura de la gente se lançó diziendo:

«Perdona, monarcha, a la crueldad; perdona a la sangre justa; perdona al caso necessario; perdona a la tanta celeridad. El mísero y pusilánimo, más de la agena que de la propia vida pensativo, ha confessado sin tormento lo que no podía ni devía. Deposita su vida, concede libertad para hablar. Con temor fue examinado, con niñez ha declarado lo que no sabe. Con aquella facilidad lo revocará con la cual confessó.»

²⁷³ Este personaje se llama *Pompeo* en el original de Caviceo.

Atónito y espantado, como estatua de mármol quedó el monarca por la tan grande admiración que una donzella de dezisiete años, hermosa, fresca y gentil, bien criada, de muy honrada fama, de alto linaje, que veniesse a ponerse en medio de tanta multitud de gente, adonde una de las públicas dificultosamente sufriría a estar. Pero assí le plugo al eterno Dios, al cual todas las cosas del Cielo y de la Tierra son deudoras, el cual altera y modera y muda los coraçones humanos; da el ingenio y cuando quiere, lo quita; haze magnánimo y pusilánimo; rico y pobre; leal y traidor; mentiroso y verdadero; sobervio y humano; hermoso y feo; muerto y bivo.

A tan gran cosa todas las dueñas y donzellas como a perdone venían, entre sí diversas cosas hablando. También Mavorcio, con sus amigos, vino a la presencia del monarca, y humildemente le suplicava que mirasse a su honra y a la de su hija, la cual creía que, de algún humor malencónico comovida, estava fuera de seso. E afetosamente rogava que le fuesse restituida. Antíoco, padre de Polidoro, reziamente lo contradixo, y demandó que no se hiziesse sin que primero diesse razón de su venida, la cual podría ser de tanta eficacia que al hijo la vida y a la donzella contentamiento se le siguiesse. El justo monarca fue contento de escuchar las partes, y llamados Polidoro y Briseida, en esta forma, con mucha humanidad, les habló:

«No sois de tan tierna edad, oh míseros mancebos, ni tanto de experiencia privados, que en las cosas que a vuestra vida y honra pertenescen sea menester mi aviso, pues cuasi por industria a este criminal juicio os ofrecistes. Pero no puedo sino mucho maravillarme de ti, oh castíssima Briseida, que entre tanta multitud vergonçosa prueba, no necessaria ni honesta, quieras hazer. E aunque en alguna cosa te satisfiziesse, no llevarás de aquí sino un perpertuo descontentamiento. Las donzellas han de ser tan sin mácula que de cualquiera sospecha estén libres, lo cual, biviendo bien, con grandíssima dificultad se puede guardar. Mayor don no os ha dado la Natura que honestidad y silencio, de las cuales cosas oy te veo muy desviada. ¡Oh cuánto juzgo por malo y nephario a quien una gentil e inocente donzella por escusar a otro condenasse! Corrompes la fama, infamas el linaje, atormentas a los padres, afliges a los parientes, y quedas hablilla del pueblo. Pero pues que de los primeros movimientos no somos señores, te doy por consejo que te remitas a más honestos términos. E aprende de bivar más templadamente. E si en algún tiempo de

algún pueril amor fuese abrasada, el tiempo y lugar y el caso te devría de desculpar. Costumbre de donzellas es amar, mas no tan dissolutamente, lo cual es propio de muger pública, con la cual más fuerça tiene un libidinoso ardor que un honesto bienquerer. E si la celestial suerte a vosotras las mugeres ha dado un corazón dispuesto a amar, honestidad con templança nunca se os deve de desviar. Agora d'oy, más arrepentida de tu pecado, de aquestas señoras acompañada te buelve a tu casa, y será tu ida de más consuelo a los tus amados y tristes padres que no fue la venida. Polidoro en el juizio se quedará, al cual se tendrá mas respecto que razón y honestidad comportan. Ve con Dios.»

Viendo Briseida, las palabras amorosas y discretas y dignas de tal señor humanísimamente pronunciadas, assí respondió:

«Entre tantos bullicios de guerra²⁷⁴ y circunstancias de pasión, pérdida del cuerpo y del tiempo, gasto de haziendas, variedad de fortuna, el justíssimo Dios (oh, muy piadoso monarca) a tan alta silla reservado no te uviera, si manifiestamente no supiera ser Hércules en Hércules²⁷⁵, del cual tanto eres diferente, cuanta mayor excelencia tienes. En ti está la sciencia literal y militar, y conciencia justa y libre. De más ojos que Argo, velador más que Phebo, solícito más que Mares, benigno más que Júpiter, elocuente más que Mercurio, amoroso más que Venus.

»¡Oh bienaventurado, y más que bienaventurado pueblo, al cual tal monarca es presidente! Éste es aquel juizio, ésta es aquella censura, la cual oy de perpetua inmortalidad entre todas las otras tus divinas y propias virtudes te puede hazer bienaventurado. Por ende, te suplico me hagas digna de tan grata audiencia cual hizo Dido a Eneas. Bien sé que, sabida la verdad, lo que de otros es reputado por desvergüença de ti será juzgado por prudencia, por ser más que todos los mortales sabio y discreto.

»Yo no vengo a tu presencia por defensa de Polidoro con deleitosa afición, ni por amor ilícito, ni de aquella llama encendida de la cual Biblis y Cleopatra fueron, pero de la que Lucrecia y Porcia y Cornelia. Con razón me quexo de la injusta injuria. Ni devo ser condenada si esforçadamente he defendido la desvergüença de

²⁷⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: guerra P: guera

²⁷⁵ Este juego de palabras basado en la homonimia en realidad sólo tiene sentido en el *Peregrino* italiano, ya que Caviceo se refiere a Hércules I de Este (*ed. cit.*, p. 61).

aqueste libidinoso muerto, y tanto más de voluntad lo he hecho, por que venga a notificarse qué tal en corazón juvenil aya sido la constancia, amor y fe, y corazón y esfuerço.

»Mucho tiempo ha (oh, famoso monarcha) que de secreta llama encendidos virtuosamente Polidoro y yo emos perseverado. Y en ésta dulcíssimamente queríamos biviendo morir, y muriendo bivar, si aquel no menos sobervio que malvado (digo del muerto Garlindo) desvergonçadamente la mi constante virginidad con vías diversas y emportunas y enojosas a Dios y al mundo combatido no uviera.

»¡Oh monarcha, el Cielo se goza, la Tierra es libre, Amor se ríe, cualquiera amante se alegra, la virginidad da inmensas gracias a Dios, porque el vicio es ya amatado! ¡Oh, suciedad de hombre scelerado! ¡Ya no assecharás más! Libre será el amor, por mano de una muger. Como inútil tronco te veo derrocado. No ay en el mundo género de muerte que espantar ni enojarme pudiesse, después que una vez he salvado mi honra.

»Fue tanta, oh monarcha, la importunidad de aqueste, que no le pudiendo sufrir admití a Polidoro a mis no tantas hablas, el cual de la liviandad de la amorosa fe parecía temer, dadas y rescebidas las amorosas saluciones assí me dixo: “Briseida mía: no menos casto que fiel amador siempre te he sido, y si con tanta diligencia he procurado de venir a tu presencia, no ha sido por algún mal pensamiento, ni con dañada opinión, mas sólo por satisfazer a la limpieza de mi corazón, que después de Dios otra cosa no dessea sino estar en tu gracia, de la cual, según yo alcanço, siempre liberalmente me has hecho merced. Pero porque temo que el ardiente fuego no esparza alguna centella; e si se manifestasse, por la incomportable condición de tu padre, serías encerrada, lo cual me sería muy peor que la muerte. Y por assegurar el presente y futuro temor, te suplico seas contenta por hablas de presente aceptarme por marido, y si el nombre de marido no te aplaziere, con tanto que sea tu siervo, de cualquiera manera me contentaré. Y si la demandada rucuesta me negasses, pensaría que a otro tuviesses obligada tu fe. E si assí fuesse, de súbito querría morir. Estoy algo congoxoso de la continua conversación de Garlindo. Y aunque de ti tengo mucha confiança, tu hermosura, de muchos desseada, me haze sospechoso, a lo cual te suplico por esta vía y vínculo matrimonial tengas por bien de remediar.”

»E dicho aquesto, de sus ojos manava una fuente de lágrimas que hizieran aver compassión a un fiero y capital enemigo. Yo, niña y enamorada, que luego lo creí, no le pude negar lo que con tanta fe y mansedumbre me pedía, mas con prompto corazón y con mi mano puesta en la suya por su esposa y muger me di. Acabado esto, parecióme tiempo de buscar la casa, por ver si persona de peligro en ella estuviesse.

»Ya el gallo de la medianoche passada señal manifiesta me avía dado, cuando sintiendo un sossegado bullicio, de miedo me salta el corazón y de aí algún tanto, vi la cabeça de uno que con escalas intentava de subir a mi cámara. Más por necesidad que por voluntad osada, me levanté y he aquí el desinfamador de las vírgenes está ya en la ventana para entrar. Vínome a la memoria una arma que en mi cámara avía mi hermano dexado y tomada en la mano, le di un golpe, el cual (más por divino juizio que por quererlo yo) le passó el corazón y junto con la escala cayó muerto en tierra.

»Varios pensamientos en aquel momento me saltaron: ¿con qué cara y boz pudiesse hablar con Polidoro, que de mí no tuviesse sospecha?, ¿quién creería que hombre en el mundo sin concierto de su señora a tanto peligro se ofresciesse? “E por ventura, pensando de desculparme, me acusaré; si digo que sola fue en ello, no lo creerá; si acompañada, tendrá sospecha. Quiçá es mejor callar”.

»En este medio algunos vezinos por la gran caída sintieron el roído. Y salidos a las ventanas, vieron en medio de la calle estar el muerto. Y por las bozes d’estos súpolo todo el barrio. No me pareció que era ya tiempo de esperar más, y en viniendo Polidoro, le di cuenta de todo. Él, atónito de aquesta hazaña, después de algunos sospiros dixo: “¡Oh Dios! ¡Próspero y felice sea el matrimonio, el cual quisiera que de otro sacrificio que humano fuera honrado! Éste era el día de coronar las ventanas y puertas de guirlandas y ramos, y no de mortal sangre. Briseida mía: no son tus polidas y blancas manos nascidas para tan vil y cruel exercicio, mas ya pues que es hecho, con profundo silencio se conviene olvidar. Y porque temo de la grita del barrio, por el postigo del huerto me saldré.”

»E caminando juntos, más bivo que muerto le vi, como el efecto ha demostrado. No se fio del lugar seguro, y después se metió en casa de aquesta cevil muger, que por un cuarto venderá a Dios. Partido el triste de mí algún tanto, me dolió aver penado tanto tiempo por ganar un hombre de poco esfuerço, y después dixe: “La

pusilanimidad por dos modos se puede considerar: si es de natura, no es defeto de hombre; si es por piedad, aquesto es muy natural, a quien honestamente bive de ser piadoso. Por ventura el triste se aflige, que una donzella y desposada tome tal hábito.” Y entre las muchas dudas perseveré hasta aquella ora que me dixeron que Polidoro era el que avía muerto a Garlindo, y que por su propia confessión estava sentenciado a morir. No me pareciendo en las cosas humanas más pestífera infamia que la ingratitud, cuasi contra mi voluntad de mi entrañable consciencia, por dar testimonio a la verdad no me he podido detener que no viniesse aquí, por que sabido cómo passa, mudes la sentencia y vaya como puede y conviene.

»Ésta es la suma del comisso omicidio: ni con más fuerça nadie lo podría contar. Tú, señor, no menos piadoso que sabio, juzga lo que a la justicia convenir te pareciere.»

Dicho esto, la habla en silencio mudó.

«Discreta y ordenada ha sido tu habla, y bien satisfatoria... si yo la creyesse.»

BRISEIDA.—Si a las palabras no, a las obras creer conviene.

MONARCHA.—Cierta es la muerte, pero el autor está en duda.

BRISEIDA.—Antes claro quanto basta, ¿qué cosa ay de mayor eficacia que la propia y verdadera confessión?

MONARCHA.—Sobrado amor te haze hablar, y no la afición de la verdad. ¿Por qué se avía de acusar Polidoro, si la consciencia a ello no le constriñera?

BRISEIDA.—Ha vergüença en causa criminal nombrar una donzella.

MONARCHA.—Con razón, porque semejantes atrevimientos no suelen reinar en las temerosas damas.

BRISEIDA.—Niego lo primero y lo segundo concedo: ¿qué cosa ay tan osada y fuera de seso que el furor de una muger no se aperciba a cometerla? Mirra mató al padre; Progne, al hijo; Medea, al hermano e hijos; Clitnestra, al marido. Infinita es la turba de semejantes osadías, cuya costumbre ha sucedido en nosotras. E si fueran medrosas, no se pussieran en tan espantables y estremos casos.

MONARCHA.—Mucho más parece que de Polidoro antes que tuya aya sido esta muerte.

BRISEIDA.—A las vezes, duerme Achilles y el cobarde Thersites pelea. ¿En tiempo de guerras nunca has visto un pusilánimo hazer más que un magnánimo? No

te niego ni te confieso que Polidoro en algún tiempo no aya sido omicida, pero de una cosa estoy cierta: la muerte de Garlindo ser de mi mano. Haz buscar la confesión de Polidoro y hallarás ser verdad lo que yo digo.

MONARCHA.—Notario, léela.

NOTARIO.—“Esta noche, passada a la tercia ora de la noche, en la vía pública por celos privé de la vida a Garlindo.”

BRISEIDA.—Aora mira, monarcha, la simpleza pueril que se gloria de lo que nunca hizo. Hazle que disponga de la condición de la espada, y verás cómo claramente no sabe lo que dize.

MONARCHA.—Polidoro.

POLIDORO.—Señor.

MONARCHA.—¿Qué espada era la tuya?

POLIDORO.—De Piero²⁷⁶, luenga, ancha, con una punta larga.

MONARCHA.—¿Adónde está?

POLIDORO.—De temor la dexé en la chimenea.

MONARCHA.—¿Y por qué te escondiste?

POLIDORO.—Por no ser preso.

BRISEIDA.—Considerar puedes, oh monarcha, de aqueste magnánimo mancebo, cómo tendría coraçón para matar a otro, pues que no osó traer las armas. Y pues que dize que a las tres cometió este pecado, pregunta, señor, a la muger a qué ora entró en su casa.

MONARCHA.—Gayosa²⁷⁷.

GAYOSA.—Señor.

MONARCHA.—Haz juramento de dezir verdad de lo que te fuere preguntado.

GAYOSA.—Sí, juro.

MONARCHA.—¿A qué ora entró Polidoro en tu casa?

GAYOSA.—Antes de las cinco.

MONARCHA.—¿Qué armas llevaba?

GAYOSA.—Ningunas.

MONARCHA.—¿Qué te dixo?

²⁷⁶ *Epirotica* en Caviceo: ‘del Épiro’, por lo tanto.

²⁷⁷ *Albertina* en Caviceo.

GAYOSA.—Sospirando llorava y mostrava temor de ser preso, por aver reñido con alguno.

BRISEIDA.—Manda, señor, buscar de qué armas es la mortal herida, la cual no fue de espada ni de lança, pero de un dardo agudo y ensangrentado. En mi cámara lo hallarás, y la ventana, de sangre teñida, da testimonio.

Hecha la diligente pesquisa, alcançada la verdad, no restava sino la última sentencia, la cual a muerte condenava a Briseida. Los gritos, las bozes, los llantos de las mugeres quebravan el aire, todos estavan solícitos por darle la vida, cuando buelta al monarca assí dixo:

«¡Justicia, oh señor! No reconozcas gracia, no permitas que el clamor de las dueñas en algo te dome. Sey firme como castillo. Yo mucho más dispuesta estoy a morir que a rogar, porque si con semejantes medios salvasse mi vida, juzgarmey á por indigna de la patria y de mi linage. Este más y menos bivar es un cierto apetito que para con personas discretas no es de mucho precio. Por lo que toca a tu honra, te amonesto que en causa dudosa no quieras determinadamente sentenciar, sin que primero no sea todo bien examinado. E si bien mirares qué cosa es justicia, más templadamente procederás.»

MONARCA.—Briseida, pues que Dios y Natura te han dotado de tan alto ingenio, assiéntate en esta silla, y juzga lo que te paresciere ser razón.

BRISEIDA.—Señor, una grande humanidad se deve recompensar con devida discreción. Mucho más huelgo de ser condenada por tu juicio que no libre por el mío, el cual no podría ser reputado sino por injusto: si fuesse por mí, sería sospechoso; si contra mí, dezirse á loco. Por tu medio será limpio y justo. Fielmente te aconsejo que de tal manera juzgues, que en ninguna parte la justicia sea ofendida. A mí me tocaron en la honra y sin mi culpa; a este, en la vida y con razón. Mira el medio que entre nosotros se puede dar. Razón lo quiere, el estatuto lo manda; la honestidad lo aconseja; el buen enxemplo assí lo amonesta, que aunque éste sea muerto, le mandes ahorcar por más su vergüença. A lo primero, por ser hallado con escala, la cual demuestra ser ladrón. Lo segundo, por la virtud del estatuto. Lo tercero, por aver tentado con violencia la castidad virginal, por cuya defensión me ha sido lícito privarle de la vida, por lo cual yo merezco ser loada. Si al Tulio, hombre advenedizo, fue dado un tan gran tributo de ser llamado padre de la patria por aver destruido a

Catilina, ¿qué galardón se deve dar a mí por aver desterrado un mucho más scelerado que él? Oh monarca, si el sancto nombre de la virginidad en los retraimientos de la casa propia no está seguro, ¿cómo será en la vía pública? El principal cuidado tuyo ha de ser punir los sobervios y malos, y no solamente por las obras, pero por las palabras desonestas. Justo trueque me parescería que por dos maneras fuese satisfecha. La primera, darle la pena que el ladrón meresce. La segunda, hipotecarme su hazienda, la cual por justa ley quitar no se me puede. Y esto no por afición, mas por honra del severo juicio, por ser el delito de tal condición que otro fin no meresce.

Dichas estas razones, no de otra manera Antíocho, padre de Garlindo, perdió la paciencia que hizo Archiles cuando la muerte del su caro amigo supo. A todas partes con diversos movimientos mirava, a guisa de hombre que por sobrado humor malencónico del verdadero sentido natural ajonado fuese. Y al fin, assí arrebatadamente habló:

«¡Siempre fue cierto y tuve por fe, oh gran monarca, el género de las mugeres ser de muy conosciado atrevimiento! ¡Y si en alguna cosa algún tiempo dudé, el presente acto me lo haze manifiesto! Veo qué tanto²⁷⁸ en una scelerada hembra puede un prohibido deleite, de lo cual todos están espantados, y esta mala tiene esfuerço para con quien cualquiera buen consejo es vano. ¡Oh libidinosa desvergüença!, ¡oh malvado desseo!, ¡oh rabiosa libido!, ¡oh mísera vergüença! ¿adónde estás condenada? ¡Oh prodigiosa novedad! ¡Oh desdichada suerte de padres!, ¿cómo engendrastes semejante monstruo? Estoy atónito a repetir el admirable caso, y dissimular no puedo que una donzella por salvar a su adúltero se confiesse culpada de un nocturno omicidio; y del venéreo ímpetu esté tan vencida, que antes de la vida que del fornicario privarse quiera. ¡Oh si Dios me hiziesse ciego y sordo por no ver ni oír la nuestra juventud sepultada en el profundo de tanta suziedad!

»Oh monarca, conviene pensar las cosas que a la verdad son más propincuas: ¿cuál hombre podría creer que un mancebo, cortés ciudadano y enamorado, sin licencia, de su amiga con tanta solicitud, con escala y armas apercebido, se despussiesse a manifiesto peligro de la vida por enojarla? Pues que

²⁷⁸ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: tato

amor no es otra cosa sino un común querer, si fue combidado de ti, ¿por qué lo mataste? Si no, ¿cómo tan presto lo hallaste? Porque las cosas no acostumbradas suelen criar espanto... Si temías que era ladrón, con una sola boz le pudieras hazer huir. Pero primero fue herido que visto, lo cual es cierta señal de manifiesta traición.

»Muchas cosas te hazen sospechosa y ser tú sola en culpa, y con razón digna de la extrema sentencia: dexar en casa solo al adúltero, hallarte despierta en aquella misma hora que mi hijo llegó, la ventana abierta, las armas en la cámara, el tanto silencio, por que hablando le pudieras rescebir o despedir... Ello fue una cierta demasía de amor libidinoso, la cual, por gratificar al nuevo amante, te haría ser muy cruel. ¿Qué cosa ay en el mundo más inhumana y inconportable que es una muger metida en aqueste libidinoso deleite? Catilina dio la muerte al hijo por casarse con la segunda muger, e tú privaste de la vida al mísero amante por aplazer al adúltero. Si tú le desseavas por marido, devieras perdonar a mi hijo, y con su vida salvar tu honra. ¿No sabes tú que la noche, el lugar secreto, sin árbitros, hazen sospechoso el matrimonio? Por ventura te faltava persona con quien comunicasses tu pensamiento. Convenible cosa es que, como de grado y del malhazer vanagloriosa y muy ufana has pecado, assí contra tu voluntad²⁷⁹ seas punida.»

Estava el monarca como Minos, constante y firme, y parecía en sus movimientos inclinarse a la severa justicia, cuando Briseida en el siguiente modo habló:

«Quien condena a la Natura, oh sabio monarca, a sí²⁸⁰ mesmo condena por ser de todos nosotros universal madre. Si nuestro género es de manifiesta crueldad, ¿qué puedo yo hazer, pues que en el mundo fue assí producido? No ay cosa que menos fatigue a hombre que el mal universal. Por esto no tengo mucho dolor con todo el número de las mugeres de ti, hombre simple, rústico, descortés, malcriado, mezquino y pobre, ser reprehendida. Ay una suerte de hombres tan sobervios y bestiales, que a do falta la razón, por remedio acuden a las injurias y desonestas razones, y hazen como malos ballesteros, que primero sueltan que vean el blanco. A ti te parece que dezir estas descortesías es una gran satisfacción; en muchas cosas te esfuerças de desculpar a quien por sí manifiestamente se acusa. Pero poco temor

²⁷⁹ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: voluntad *P*: volutad

²⁸⁰ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: a sí *P*: assí

tengo por averlo con persona delante quien la verdad será tan libre, que no te aprovecharán tus declamaciones. Acordarte devrías de lo que scrivió Semiramis al rey Indiano, que la pelea consiste en las obras y no en las palabras. No emos de contender de lo que otro piensa de hazer, ni con qué ánimo se haga, ni de lo que se devría de hazer, mas de lo que es hecho y se haze, y sobre esto se fundará la sentencia. Las presumpciones suceden a los casos secretos, pero cuando son manifiestos vanidad proceder por virtud d'ellas, ni Dios ni Natura ni razón permiten que hombre en su casa sea ofendido, la cual a todos ha de ser seguro amparo.

»Que mi marido sea más o menos legítimo de lo que la Sancta Madre Iglesia manda no has tú de tener cuidado.

»Responde por qué razón defenderás que tu hijo no sea obligado primero a la pena del ladrón, después al fisco de bienes que por sentencia fueren declarados ser suyos. Discutida la presente dificultad, tendrán fin las tantas discordias.»

Estava el monarcha por dar fin a la execución, cuando Briseida quiso començar; ni primero embió la primera pronunciación que Anthioco a altas bozes dixesse:

«Monarcha, no ay en el mundo tan perfecto ingenio, ni tan constante auditorio que la habla de aqueste género no enhastíe. Si quieres oír tantas razones, no abastará la presente edad; pues está ya concluida la causa, determinada la sentencia, no resta más de la pena.»

En esto estando, fue llamado el verdugo, el cual incontinentemente se presentó. Parecía en verle una alma infernal mal purgada. Aquella belleza, por la venida del ministro justiciero, quedó amarilla y triste y sin esfuerço, a manera de rosa de cuatro días cogida. Poco a poco, fue llevada adonde los sentenciados²⁸¹ por sus graves delitos suelen dexar la vida. Passando vio a Polidoro, que aún estava preso y encadenado, y dulcemente hablando le dixo:

«Ya fue rosa fresca, y agora soy sin fruto. Bienaventurada nascí, dichosa muero, fiel amor en uno nos juntó. En paz voy, con la cual queda; varia Fortuna, manifiesta injusticia te hazen guerra. ¡Oh justiciero Dios que todo lo vees, tu favor imploro!»

²⁸¹ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: sentenciados *P*: setenciados

Y sin movimiento de algún mal contento, el blanco cuello al cruel verdugo puso. La tan gran constancia comovió a piedad el pueblo. Todos, de varias partes clamando, por su salud se congoxavan. Parescióme ver a Héctor cuando a las naos griegas fuego ponía. Todos afirmavan que Briseida era digna de nueva defensa. El monarca, por satisfazer al apressurado pueblo, mandó tornar a Briseida al lugar adonde se defienden las causas. E algún tanto sobreseída, alaçados los ojos al cielo y humilmente inclinados, assí dixo:

«Por ventura, monarca, te parece ver a Gneo Carbón, el cual por mandamiento del gran²⁸² Pompeyo, siendo traído en Cicilia para su último suplicio, no uvo vergüença de demandar tiempo para aliviar su vientre, por codicia de una breve vida, la cual es mucho más triste que una vida honrada. ¿Crees tú, señor, que si fue osada a acometer el omicidio, que no seré suficiente a defenderlo? No te enoges, no te fatigues sin causa honesta: la ira sea perezosa; la audiencia, presta; la sentencia, libre; el consejo, muy pensado; la compassión, al lado; la justicia, presente. Y después, de lo que se ha de seguir tenga Dios el cuidado, el cual con claros ojos mira todas nuestras obras.

»Aora atienda quien pudiere, y oya quien quisiere. Escripto está en el título de los robadores que no sólo el robo violento, pero tentarlo es pena capital. La violencia consiste en acto, y en hablas y en malas costumbres, lo cual todo se puede comprehender en aqueste malvado. El mancebo muerto fue desatinado, con mucha licencia, y armado con aquellos hábitos que son demostrativos de una muy perfecta maldad. Este desseo es más de considerar que no el efeto, pues por él no quedó de complir su cruel y celerado pensamiento, y este acto no es de menor pecado que si realmente se acabara.

»Dize el adversario que gritando uviera yo de proveer: ¿el loco no considera en qué peligro estava mi vida, y la de Polidoro?, ¿él quería que primero fuesse privada de la honra, y que después me pusiesse en defensa? Si bien lo miran los discretos, hallarán que de más loor fue Dido que Lucrecia: la una, por guardar la castidad, con el fuego dio fin a su vida; la otra, después de la fe marital violada, con el cuchillo la fenesció. Si yo he sido imitadora de las más que mugeres, ¿por qué

²⁸² *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: gran P: aran

razón he de ser punida? Y cuando todo faltase, aquel espanto de la su no pensada venida devría de salvar, porque no ay tan constante hombre que con muerte agena no salvasse la suya, si pudiesse. Y si el barquero de la laguna infernal tuvo temor de ver al armado troyano Eneas, ¿qué avía yo de hazer, siendo una donzella de natura temerosa, y de ningún exercicio experimentada? Dime, señor, quien de noche assí armado intentase de escalar algún tu castillo (aunque muy fortalecido fuesse), ¿que pensarías, que derías, que harías? ¿No crees tú que tiene en tanto una casta donzella su honra como tú tu estado?

»No ay cosa que se pierda que no se pueda restaurar, excepto la corrupta virginidad, la cual con tanto aviso conviene guardarse, que del pensamiento a la obra ninguna diferencia aya, y mayormente cuando por el agressor no queda de complir su mal concepto. Pongamos caso que con sana voluntad viniessse: sola aquella presencia es digna de muerte. Como César supo que su muger avía sido tentada de Clodio, luego hizo divorcio, y si no fuera por ruego y favor de muchos, procediera en matarla. Si el robo de la hija de Ínacho, y el de Europa, y Medea fuera punido, más templança tuviera el pastor troyano con la hija de Leda, por la cual Asia y Europa aún agora se afligen y quexan. Tú, que eres sabio, templa y modera el caso como te paresciere.»

Después de algún tanto declamado, puso los labrios en silencio, y un poco después dixo Antíocho:

«¡Oh alto monarcha, bien veo cuánto es lo que puede una desembuelta lengua en esclarecida hermosura! Las polidas y suaves pronunciaciones de aquesta de tal modo han vencido a los presentes, que resistir no podría la issocrática vehemencia: yo soy en tan extrema desventura puesto, qual nunca nadie vio. La ganancia es poca; la pérdida, dañosa; consiento que hagas pazes. La inocencia está caída, la malicia enseñorea, el favor vence a la ley; la crueldad, a la piedad; el hablar, al saber; la maldad, a la linpieza: assí lo quiere mi triste desventura. ¡Oh no concedido perdón!, ¡oh pecado sin vergüença tolerado! En los venideros tiempos siempre será en facultad de una desonesta donzella por señalada merced dar a su servidor una violenta muerte. Vosotros mancebos, andad sobre el aviso: mirad la desventura del mi triste hijo, el qual por ser muy humilde, ha venido a lo que veis.

»Ya, ya, monarca, si te parece tomar vengança del cuerpo muerto considera que Amor ha sido la causa, y no otra mala intención: la tanta afición le desculpa, de la cual se ha seguido el funesto caso, que el hijo de la muerte, los padres de dolor, el linaje de perpetua infamia, han sido maculados.»

Tras esto, saltáronle las lágrimas, más ardientes que fuego. E sobre el cuerpo como medio muerto cayó. De gran piedad fue la ciudad comovida. Temiendo el monarca el nuevo tumulto, hizo llamar a Peregrino y a Polidoro y a Briseida y a Antíocho, padre de Garlindo, y con boz clara y alegre pronunció:

«Peregrino por su inocencia sea libre de toda infamia, assí de hecho como de dicho, como si nunca de tal cosa se uviera hecho mención.

»Y vosotros, Polidoro y Briseida, verdaderos casados, seréis restituidos en la gracia de vuestros padres y absueltos de cualquiera pena que mande la ley.

»Y a Garlindo le sea dada una honrada y conveniente sepultura. E tú, Antíocho, por lo que has perdido de toda tristeza sea libre tu casa.»

Despedida la gente, parescióme en aquel instante ver a Tulio tornar a Roma y a Scipión de África: tan grande fue la consolación que rescibió el pueblo. Dulces lágrimas, suaves renillas, estrechos abraçados, besos encarnados, canciones, danças y bailes demostravan una común alegría, no menos por mí que por todos los otros.

El monarca hizo las amistades entre los litigantes, y dize Peregrino cómo le aconsejó que se apartasse de aquellas liviandades.

Capítulo XIX

«Assí como en las cosas de tumulto y discordia ningún socorro ni mejor ni más propincuo se halla que es un desembaraço súbito, assí en las judiciales y poderosas, una considerada tardança. Por esto solía cantar el Homero antuano cuando hablava en Fabio: “Éste es aquel cuya honesta tardança nuestra patria ha salvado”. E por que para con Dios de tanto beneficio no seamos ingratos, quiero y mando que, depositados todos los enojos passados, ciudadina y hermanalmente biváis.

»E tú, Peregrino, que al edicto diste alguna causa, perdona la injuria, pues no se te á hecho con mala intención. E aun por tener tu adversario más justa razón de quejarse de ti que no tú d'él.»

Dexadas, assí, de la una y de la otra parte todas nuestras enemistades, con licencia del Monarca nos despedimos y, acompañado de muy honrada gente, me fue a casa.

E aunque mi honra y salud me fueron muy agradables, muy más acepta me era la presencia de Astana, la cual, por ver el fin de todas las cosas, avía venido. Tornada a Ginebra, le llevó nuevas de mi salvación. Retraído en la cámara, en mis trabajos pensando, entre mí mesmo dezía:

«Pocas vezes acaesce que un dichoso principio tenga próspero fin. No poco, secreta y humanamente, fue del monarca reprehendido. E de mi voluntad, por mi honra movido a deliberar, por cualquiera vía saludable de amatar estas mis bivas llamas, las cuales inmoderadamente me consumen.»

Comunicado esto con mi fiel Achates, me induzió a que me retruxiesse algún tiempo adonde començasse a olvidar tanto amor:

«El cual cuánto a sus vassallos sea pestilencial, claro y verdadero testimonio da la Antigüedad. ¿Ves a Silio por Mesalina, Marco Antonio por Cleopatra, Archiles por Polixena, el troyano por Helena, Demetrio por Lamia, Leandro por Hero? Infinita es la multitud de aquellos que por mucho amar míseramente pusieron término a su vida. Por ende, conviene, primero que más daño rescibas, a seguro puerto retraer la nao.»

Firme y constante en este propuesto mi sancto pensamiento, e ya todo aderesçado para mi partida, acaesció que la madre de Ginebra juntamente con ella y otras señoras y damas deliberaron de ir a visitar y consolar la mi debilitada madre. Era Anastasia (assí era el nombre de la madre de Ginebra) conjunta con la mía en pequeño grado de parentesco, assí que secretamente, a las vezes, se visitavan. Estando en presencia Amor (a quien todos los mortales somos deudores de continos sacrificios, porque no consiente que sus humildes captivos se desminuyan), comovió a Ginebra a una cierta piedad, que por ventura no tuvo tanta a Massinissa Scipión. Entrando aquellas damas y señoras, Amor con tanta fuerça el corazón me ligó, que la boz quebrada assí se retruxo, que en mi mano no fue en aquella oportunidad formar

alguna breve razón. Parecíame ver todas las cosas transformadas y lo que la pronunciación me negava, los meneos y sentidos exteriores lo demostravan. Después, restituido al corazón su sossiego, llegado a Ginebra (la cual estava a una ventana con Astana) humildemente le demandé premio de tantos trabajos. Ella, fingiendo burlarse con Astana, respondió:

«Bive seguro, ten firme desseo: escrever contino premio atiende.»

El sentido de las palabras, no bien comprehendido, me dexó todo dudoso. Al fin, desatada la duda algún tanto después, de la fiel secretaria me quedé consolado.

Peregrino por comparación no halla cosa alguna que igualarse pueda a su demasiada alegría, y habló con Astana y Viante.

Capítulo XX

¿Quién sería de tanta elocuencia dotado y tan familiar a todas las Musas que pudiesse declarar ni con el pensamiento comprehendier, ni con la fantasía imaginar, el tan alto plazer en mi corazón nascido? Depositados todos los cuidados, cobradas las fuerças, con todo mi pensamiento deliberé de escrever y obedecer a Amor:

«¡Oh soberano dios, qué graciosidad de lengua!, ¡qué virgiliana pronunciación!, ¡qué erudita doctrina!, ¡qué dulçura!, ¡qué gracia!, ¡qué dignidad de palabras celestiales, breves y copiosas! A tan gran señora (antes, a tan gran diosa) sin contienda darían la victoria la gravedad de Catón, la dulçura de Lelio, el ímpetu del griego, el hervor de César, la distribución de Hortensio, las sotilezas de Calvo, la presteza ciceroniana, la brevedad salustiana, la socrática razón, la divinidad platónica, la aristotélica invención. Si Dios en lengua humana hablasse, fácilmente esta señora sin injuria se podría juzgar por Dios.»

Repetiendo el su benigno rescebimiento con la discreta y prometida merced, olvidado todo el pensamiento de mi partida, deliberé con todas mis fuerças de trabajar en la gloriosa empresa, la cual sola puede beatificar a un hombre. E a do faltassen las fuerças del cuerpo, las del ingenio satisfiziessen.

Con sutil arte truxe a Astana a casa de Viante y después de las vulgares hablas, le demandé qué es lo que sentía y razonava de mí Ginebra. Respondióme que mucho amor y cortesía. Informado particularmente de la condición de la casa, assí proseguí:

«Astana mía, ya de oy más ay entre nosotros un vínculo de una divina amistad, que por ningún caso desatarse puede. De cierto tengo que assí me quieres como te quiero. Y si otra opinión tuvieres, yo te ruego me la quieras manifestar.»

ASTANA.—Más maravillada que consolada tus dichos escucho, porque demuestran tener conmigo poca fe: hasta agora no han sido mis obras sino fieles. No sé por qué razón has de tener de mí poca confiança. La primera vez que contigo hablé, te obligué mi servicio, con aquella entereza como si de tu casa uviera sido mucho tiempo criada. Y en ésta perseveraré en tanto que biviere. Y si has pensado que no soy digna de servirte, siempre me conformaré a do conosciere inclinarse tu voluntad.

PEREGRINO.—Astana mía, ni mayor ni tanta fe pude yo poner en ti de la que he puesto. De mi vida, como sabes, tú eres la defendedora. Porque creo de venir a más secretas particularidades he usado de aquestas hablas. No por enojo ni desconfiança, mas sólo por encenderte a mayor trabajo. Como yo te he descubierto mil vezes, he requerido a Ginebra que solo me oya, y nunca he sido certificado de su voluntad. Si tu consentimiento se conforma con el mío, trabajaré de hallar entre tantos males un dulce reposo.

ASTANA.—¿Cómo?

PEREGRINO.—Querría por la puerta falsa secretamente entrar en su casa y estar hasta aquella hora que a ti pluguiesse, y después presentarme a Ginebra, la cual, siendo tan humana, yo creo que no será avara de una libre y grata audiencia.

ASTANA.—¡Ay señor, que sería gran osadía y mi última caída! ¿Cómo crees tú, señor, que callará viendo de sobresalto a un hombre dentro en casa? Sé yo que de miedo y dolor se daría la muerte. Mejor consejo me parece que le escrivas otra vez, y con mucha diligencia procuraré la respuesta, y me esforçaré a encenderla en más amor.

PEREGRINO.—Con tanto que sea presto...

ASTANA.—Pomé toda mi posibilidad. E porque el tiempo es breve, entiende en escrevir.

Vencido de su razón, por este modo le escreví:

Peregrino escribió una carta a Ginebra.

Capítulo XXI

«Señora, aquella tu divina belleza, con la luz de tus ojos rescebida por los míos, con tan gran ardor mi corazón han encendido, que como en bivas llamas se consume mi triste vida: ni por mano de otro, sino por la tuya, espera de aver remedio. Yo te suplico, por aquella tu divina hermosura que me ha hecho tu siervo, que con más dulces ojos mires aquel que por tu causa bive y muere. Lo más de mi pensamiento sabrás de la presente portadora.»

Sellada y presentada la carta, y acompañada de aquellas razones que pudiessen producir los desseados efetos, al fin merecí aquesta respuesta:

Ginebra responde.

Capítulo XXII

«Siempre de honesto premio mi corazón para contigo fue desseoso, quanto por mi edad y honra me es concedido. E si a tu ardiente desseo pongo debilitado socorro, pon la culpa a ti, que sin consideración amas. Suplícote que sossiegues algún tanto el peligroso furor, por que igualmente amando nos podamos conservar y al simple vulgo no seamos hablilla. Lo demás de las cosas entre nosotros tratadas más copiosamente de la mensajera las sabrás.»

Tornada Astana a mí, después de leída y releída la carta, me dixo no ser de tanta autoridad ni fuerça que pudiesse desviar a Ginebra de su casto camino, pero que le parecía que me passasse hazia allá, y que vería con alguna industria llevarla a aquella casita en cuya significança me avía sido embiado el lagarto. Y me mandó que me presentasse allí.

Aceptado el consejo y guardada la hora conveniente de la noche, llevado del sobrado desseo, me represento al postigo, al cual una yedra dava sombra, adonde solazando discurrían todas aquellas donzellas de casa, que parecían una cabaña de gamos según la desemboltura.

Peregrino fue amonestado de noche, en sueños, de una fiesta que se avía de celebrar fuera de la ciudad. Y en aquel día tuvo ocasión de hablar con Ginebra, y dissimulado con hábito de mendigante, pidió limosna. Y Astana le dixo que Ginebra avía de salir fuera a confessarse a la tarde, adonde la podría hablar.

Capítulo XXIII

Estava el postigo cabe la pared, por la antigüedad algo desgastado, y la Luna, de nuestro amor favorecedora, tanto resplandor dava, assí que podía ver y contemplar la llama de los ojos, a todos los movimientos del cuerpo muy conveniente, y era de tanta fuerça, que a la barca de Acherón y a las puertas del reino de Minos uvieran quebrado. Estava entre ellas una melodía de hablas obrando la luz de sus ojos, que mudaran de un cuerpo bivo en un muerto.

La sagaz Astana, muy diestramente, la apartó y allegóse tanto, que me fue concedido de poderla saludar. Fue gran consuelo a las sostenidas penas. Sin otra palabra nos despedimos.

¡Oh felicidad de enamorados, cuál bienaventurança, cuál contentamiento al vuestro se podría igualar!, ¡cuál contrario caso, cuál especie de muerte os podría temORIZAR! ¡Oh dichosa presencia!, ¡oh lograda assitencia!, ¡oh silencio florido de

amorosas hablas! Ésta es la cadena de los amorosos coraçones, éste es verdadero mantenimiento de la alma desconsolada. Bienaventurado fue el trabajo, y muy más el martirio que a tanta gloria me truxo.

Partido con el cuerpo, dexé allí el ánima. Llegado al fiel reposo, apartados los cuidados para adormescer los miembros, siento una sombra que dezía:

«A los siervos de Amor, profundo sueño no conviene.»

Despierto alborozado, pregunto quién me aya quebrado el sueño. “El mensagero de Amor”, me bolvieron por respuesta. E assí, sin más dezir, desapareció. Y levantado, oí luego hablar:

«Aquesta mañana, fuera de la ciudad, se soleniza una fiesta adonde irá mucha gente.»

Venida la hora, tomo el camino hazia el desinado lugar, adonde hallé a Ginebra, que iva con muchas damas. La multitud me dio osadía para que con ellas hablando las acompañasse. Andando nuestro camino, el Sol, con gran ímpetu enojado por ver mayor resplandor que el suyo, retruxo sus rayos. La Ira, del cielo armada, embió delante sus mensajeros con relámpagos y truenos espantables, con tanta superabundancia de aguas, que pensamos ser venidos en la miseria de Deucalión. El aire, tenebroso, con cara muy negra y oscura, otra cosa no demostrava sino el Chaos de quien los poetas tanto cantaron. Las damas, a manera de palomas, con suave gemido llorando, a Dios se encomendavan. Estava allí un antiguo passadizo que la calle atravessava a do nos recogimos para huir el tempestuoso diluvio.

Yo, entre las damas algún tanto asegurado, agora a una, agora a otra, andava consolando. E con más licencia vine al lugar adonde Ginebra, encogida con mucho temor, estava. Paresciéndome que el Cielo de todo mi bien fuesse solícito procurador, sin ser de persona visto ni notado, llegado le dixé:

«Mi vida, mi alma, descanso de todos mis males, por un dulce favor de tu habla soy muy contento y seré hasta que muera de sufrir este entrañable fuego que assí me consume.»

Su respuesta fue:

«Tuya soy y tuya seré.»

Sentí de aquellos rosados labios respirar un odorífero olor, con un cierto meneo de lengua más dulce que néctar. Mis sentidos turbados, con boz quebrada le comienço a dezir:

«¡Oh señora, que el demasiado plazer me causa morir!, ¿no ves salirse de su aposento a mi ánima, si no la detienes?»

En este instante, el Sol de su manto se revistió, después que de tan gran don me uvo gratificado. Alumbrada la haz de la tierra, a la solene fiesta nos fuemos. Amor con una increíble ira nos perturbava: a vezes alegres, a vezes tristes, amarillos, pensativos, y en mil semblantes nos mudava.

Anastasia, por los nuevos accidentes algún tanto sospechosa, atendía a todos los meneos de su hija Ginebra. Mirávale los ojos, notávale los sospiros. Afligíase en pensar con quién hablava en su casa, o con quién tenía más estrecha conversación. Con tanta diligencia la començó a guardar, que a salir de la cámara con dificultad le era otorgado. ¡Cuántas vezes mudado el hábito, agora de labrador, agora de servidor, agora de joyero, tenté de verla, y nunca de tan alta merced Amor me hizo digno! Vencido del dolor, y no pudiendo en ausencia tanto trabajo sufrir, ofresciéndose la cualidad de un tiempo, a semejantes exercicios dispuesto, escuro y pluvioso, so especie de enfermo peregrino con hábito conveniente, ida la madre fuera de casa, me presenté a la puerta llamando y pidiendo limosna. Una sierva cruel, con turbado semblante y airadas palabras, me mandó que me desviasse de allí, si no quería llevar palos por limosna.

Con ruegos más aquegados y humildes (passada la segunda puerta) perseveré en mi demanda, y he aquí a Ginebra a la ventana de la cámara, sin sospecha ni respecto de quién yo fuesse, con la mano en baxo de las mexillas, callando reposava. Tornado en mí, con boz baxa y sujetos meneos, le pido merced (y no de pan). Juntado su pensamiento con aquella divinidad de ojos, en el despedaçado y servil hábito me conoció. Y no sé si alegre o triste quedasse: de una parte, la piedad la movía; de la otra, el no poder la fatigava.

Estava para dezirle cosas que a las peñas hizieran mover, quando su madre dio la buelta a casa; la cual, aviendo manzilla de la aparente pobreza, mandó a Astana que me socorriesse con alguna ración con que mi triste vida sustentasse. La criada, informada bien de mí, dilatava el tiempo, hasta que Anastasia se retruxiesse a

la cámara, para poderme dar una fiel relación de las cosas presentes y passadas, razonando brevemente qué tal fuesse la vida de Ginebra, y de su amor y pasión, y de la continua memoria que de mí tenía, e por qué causa estava sospechosa la madre, y si hazía alguna mención de mí.

Después ya de todo sabido, seguro y alegre y contento quedé. Y después d'esto, me dixo ella y la madre avían de ir a confessarse:

«Por ende, provee de usar de tu ingenio, y de tal manera enredar al fraile (de cuyo nombre me dio aviso), que sin venir a su noticia te puedas aprovechar de la oportunidad para hablar a Ginebra y poner fin a vuestras cosas, y dar una firme conclusión a tantas dilaciones.»

Peregrino se metió dentro del altar adonde Ginebra se confessava, adonde tuvo oportunidad para hablarla.

Capítulo XXVIII

Estava en el oratorio de la sagrada capilla, entre el altar y la pared, un espacio de ocho pies. Aquí se ponía la silla sacerdotal. La otra parte del lugar ocupava la persona que, de rodillas hincada, delante d'él se presentava. Todo considerado, deliberé de mi voluntad hazerme prisionero en aquel lugar, por saber qué tanto me amava Ginebra, o si estava presa de otro amor, y aun también ofresciéndose tiempo de abrirle mi corazón. Comunicado todo esto con el mi fiel Achates, ordenamos que como él viesse a Ginebra llegar cabe el fraile ya assentado, lo llamasse, fingiendo quererle dar parte de algún negocio de grave importancia. Era el fraile sophista, prolixo, curioso de querer saber qué hazen los bivos y los muertos.

Dada esta orden, me soterré en aquella ara adonde por la vezindad podía dar y rescebir respuesta. No tardó mucho aquella que en el mundo es sola, con aquella divina templança, de representarse a los pies del sacerdote. Mi fiel compañero amaestradamente la orden siguió: levantado el fraile del devoto misterio, entró en altos y profundos razonamientos, assí que me quedó tiempo para satisfacer mi desseo.

Yo que conozco cómo fácilmente en los coraçones juveniles el miedo se engendra, no sabía deliberar cuál me estuviese mejor, o hablar o callar:

«Si hablo, y por ella espantarse me hallassen aquí dentro, ¿no sería esto peor que la muerte?, ¿qué excusa me salvaría? La religión sancta desonrada; la honra de la señora, escandalizada. Agraviarían mi buen pensamiento. Pues, ¿qué haré? Si no hablo, ¿cómo seré oído?»

Amor y Temor combatían juntos. Entre mí mesmo digo:

«Ginebra es discreta, no hará movimiento... aunque los sabios por yerro se engañan. E si errasse, ¿qué culpa sería la suya? Agora, pues, mío será el trabajo. La Fortuna a los osados ayuda.»

Consolado y esforçado del Amor, con humilde boz le digo:

«Piedad señora, yo soy el tu siervo Peregrino.»

Espantada de aquesto, quiso con gritos vencer el temor. Vi aquel celestial rostro bolverse amarillo, y el miedo no de otra manera aquel virginal pecho perturbava que hazía a Zéphira cuando entre las hojas respirando movió las silvestres y secas cañas. Y no sabía con el dudoso pensamiento deliberar si se estaría o si se iría, por oír cosa que antes la muerte que biva forma le parecía. Yo, por socorrer al manifiesto peligro, comencé algún tanto a alçar la boz y dezir:

«Señora, ave de mi merced, que el demasiado amor adonde vees me ha traído. En tu mano está la muerte y la vida. No ay de quien puedas temer: yo soy aquel tu verdadero siervo, que aquesta mañana en hábito mendigante vine a ti. Torna, señora, en ti, por nuestra común honra.»

Algo amansado el temor, con boz medio pronunciada, dixo:

«No es uso de discretos querer con infamia de otro buscar sus deleites. Y si el amor es común, no devría de ser el apetito particular. Y no basta ser enojoso a las gentes, sino molestar a Dios, el cual, aunque tarde, ásperamente en nuestras culpas procede, cuando pensamos que están más olvidadas.»

PEREGRINO.—Señora, si tuviste por bien por boca de aquella mi intercessora, escuchar mis angustias, no ayas enojo de mis pocas palabras.

GINEBRA.—El lugar ni el tiempo no lo consienten.

PEREGRINO.—No hallo que puede ser otro mejor.

GINEBRA.—Assí piensa quien del cuerpo más que de la ánima es curioso amador.

PEREGRINO.—Señora, el tiempo es breve: sey paciente a oírme, y no des lugar que la presente venida sea en vano. Lleno de llamas soy venido a ti, la cual te me muestras más fría que las nieves, por comunicar contigo mi honesto desseo. Ocasión de tan gran peligro, quanto la esperiencia muestra. E si de aquesta mi voluntad el efecto por tu causa faltasse, razón tendría de maldezir al Amor y a tantas mis fatigas. Conozco y confieso el tiempo y lugar no ser convenientes a estas mis hablas. Pero conviene a quien no puede más hazer de la necessidad voluntad, y porque creo que temes no sea yo aquel tu fiel servidor, por sonar la boz en aqueste angosto lugar de otra forma que sonaría en descubierto, si te viniesse a la memoria el contino combate hecho por Viante y Astana y mis cartas, fácilmente tendrías seguridad que sin duda sea yo Peregrino.

Assí hablando, aquella celestial cara, a manera de piropo precioso, de su color natural se revistió, y despedido el temor, estando con devoción leyendo y hablando, fue contenta de escuchar mis razones, las cuales de aqueste tenor fueron:

«Señora, no es a quien fielmente sirve menor premio ser conocido, que por sus trabajos ser con abundancia galardoneado. Por ende, tengo propuesto aquí, en presencia, hazerte entender qué tal para contigo es mi antiguo desseo. Y aunque la mayor parte, como muy discreta, por la sublimidad de tu ingenio, ayas alcançado, yo te seré más fiel y verdadero relator. Bien creo que te es manifiesto con cuánto amor y temor te aya servido. E si lo quieres considerar, los principios demuestran y concluyen en lo que yo digo ser verdad.

»Acuérdate con qué arte con la fengida carta hallada por Viante te truxe en opinión de amar, y cuánta ha sido la instancia de Astana y la mi solicitud de noche y de día, y con tanto secreto quanto el divino entendimiento imaginar podría. Supiste la mi arrebatada prisión, a la cual, si Dios no uviera sido piadoso, sin merecerlo, de la vida fuera privado. Las continas transmutaciones no las repito, porque estar aquí adonde me vees me haze²⁸³ que las calle. Si más pudiesse, más haría por que fuesse tu pensamiento libre de toda sospecha.

²⁸³ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: hazen

»E si yo creyese al Amor, el cual de continuo me guerrea, ya por fuerça y con mucha industria te uviera robado, porque más estimo a tu persona que no a la patria, ni renta, ni a mi propia vida. En el medio del mar tú me serías patria firme; en los peligros, continuo socorro; en el fuego, gran refrigerio; en la pobreza, estremada riqueza; en enfermedad, cierta salud. No puedo dessear más de a ti. Qué cosa más grata ni más acepta, ni más alegre, ni a mi ánima más propia me podría otorgar el cielo que de estar siempre contigo, de la cual acompañado a todo el mundo que contrario me fuesse no temería. E si no pensasse tenerte por señora, no me uviera puesto en tantos peligros. Cuán cruel sería el cielo al mundo si de ti me apartasse.

»Yo nunca quise de ti sino fama honesta, y que con aquella limpieza fuessen los coraçones juntos, con la cual desseo tener los cuerpos encadenados. Nasciste en el mundo por mi señora. Doy gracias a Dios de tan alta y soberana merced. Antes que te viesse te amé, e siempre he despreciado cualquiera otra conversación. Bienaventurada fue aquella hora que en aqueste lugar te me representó, y desde aquel tiempo hasta agora, tan fixa has estado en mi coraçón, que mi ánima en otra cosa excepto en ti pensar no puede.

»E si uviesse conocido la condición de Angelo estar algún tanto aplacada, ya uviera tratado con medios convenientes el vínculo matrimonial entre nosotros. E si a mis palabras das aquella fe que la razón requiere, nosotros concluiremos lo que después todos por bien hecho juzgarán, por no aver en la tierra persona con quien más a tu honra te puedas juntar. E porque a nuestras hablas el tiempo es avaro, yo te suplico con Astana quieras proveer de lugar conveniente adonde, con tu discreción, puedas criar en mí un perpetuo consuelo. He aquí mi claro coraçón, una ánima esclava, un pensamiento ligado, un cuerpo vencido, y mis fuerças dibilitadas, que si de ti no, no pueden ser socorridas.

»Señora, dulce es aquel fruto que en su tiempo se goza. Los muchos respetos las más de las vezes consumen a la ánima y destruyen el cuerpo. Tú eres no menos generosa que hermosa. E según tu manera, poco te haze la consideración de tus padres: Angelo es cruel; Anastasia, de tu contentamiento poco solícita; tus hermanos, sin cuidado. Assí que debes pensar y determinar aquesto que fielmente te aconsejo, y no querer desgastar tu florida edad en esperar lo que mejor no podría venir.

»Yo soy tuyo y con testimonio del sagrado y presente Dios, te obligo mi fe. E tú no la desprecies y con esta firme opinión biviremos siempre constantes y consolados, hasta aquel tiempo que más fácilmente podamos dar muestra de nuestros desseos. Assí Dios de aquesto sea testigo como de todo es conocedor.»

Ni le pude más dezir, ni respuesta atender, por la venida del fraile. E por una hendedura vi aquellos celestiales ojos de lágrimas rociados, que parecían dos preciosas perlas relumbrantes en tinieblas. Entrados en el piélago de la sacramental confesión, y puesto fin a la obra, le impuso por saludable penitencia, allende de otras obras meritorias, que diesse a comer a un pobre pelegrino, el cual le pareciesse más digno de compasión, porque ni mayor ni más acepto ni más grato beneficio se puede hazer a Dios que aver passión de la miseria humana. Luego, entre mí mesmo di gracias al fraile, que sin conoscerme me avía sido tan buen procurador.

Acabado el oficio, Anastasia se levantó para llevar a casa a Ginebra. Viéndola llorar, toda comovida de maternal piedad la consolava, que no dudasse de la misericordia divina, la cual siempre acepta al que con fiel corazón a Él se allega. Ginebra, que en otra parte tenía su pensamiento, alabó la saludable dotrina y demandóle espacio para que pudiesse satisfazer a la sacramental penitencia. Apartados la madre y el fraile, la dexaron sola, y de aí algún tanto, buelta la cara a la pared con el devoto libro en la mano, muy atenta pareciendo, assí començó a dezir:

Ginebra sabia y discretamente respondió a Peregrino.

Capítulo XXV

«Peregrino, si por tomarme desapercibida no supiere responder a tus agudas proposiciones, atribúyelo a la edad, y al poco exercicio de prudencia, de la cual la Naturaleza me haze muy desviada. E quando me viene a la memoria que nascí muger, maldigo mi mala fortuna por ser privada de aquella virtuosa costumbre que buelve al hombre inmortal. Pero respondiendo, con más paciencia sufriré ser tenuta por inorante, que por ingrata.

»A lo primero, te tengo en merced las fatigas passadas y presentes a mi causa sostenidas, y el fiel y honesto amor que me tienes. Lo que yo querría es que fuesse con menor passión, porque el trabajo demasiado y sin provecho quebrará la vida. Ni más presto ni más tarde de lo que Dios permitiere nuestro desseo puede aver efeto, porque ninguna nuestra obra tiene poder contra la potencia celestial. Pero aunque aquesto sea, yo trabajaré con mi posibilidad de no parecer ingrata. E como la oportunidad se me ofresciere, por Astana de mi voluntad y de lo que acaesciere te daré parte.»

Acabadas las graves y puras y compendiosas palabras, llorando puso aquella preciosa lengua en silencio. No tuvo tanto vigor ni fuerça que pudiesse responder, mas solamente por la hendedura estava atento a la lumbre angelical de aquellos lindos ojos, los cuales, adornados de algunas lágrimas, parecían perlas orientales en oro encastonadas. De tan gran luz turbado, no respondía, mas antes con tardíos sospiros le dava a entender de cuánta dulçura y gracia eran sus razones.

Començando Apolo esconder su cabeça, la luz inclinada amonestava la partida a Ginebra. Socorrido del Amor, así le dixe:

«Señora, en el mundo sola tu gentileza, la cual siempre juzgué ser dina del fiel aposento de Amor, junto con tu muy humano gesto para la piedad nascido y dispuesto, me persuadió de grado hazerme tu siervo. Porque tenía por cosa cierta de mis servicios coger igual galardón, agora mi opinión no se siente del todo burlada, de lo cual doy gracias al Amor y después a Naturaleza, que de tan noble corazón te dotaron.»

Y con mucho temor y reverencia le supliqué me fuesse otorgada tanta merced que las lágrimas por mí derramadas con mis propias manos pudiesse enxugar, la cual me respondió que no era uso de solícito mercader por poca ganancia perder mucho premio. Aquesta sabia y discreta razón me puso una firme fe a todos mis martirios. E así, sustentado de aquel celestial manjar que a néctar y a ambrosía vence, contento quedé.

Salidos todos del templo, cerradas las puertas, aparejan los frailes la corporal refeción, quando secretamente me salí de la muy dulce cárcel, y hallé un postigo medio abierto, el cual a mi vida y honra fue entera salvación. E por recrear los ojos de las ventanas (siéndome la presencia de Ginebra negada) passeando me fue por su

casa. Después de saludada y honrada y adorada, me passé a la mía, más de mil veces repitiendo el nombre de mi señora y la felicidad de aquel día, diciendo:

«¡Oh tiempo dichoso, oh próspera cárcel, oh plazer celestial! No creo que mayor ni tal le gustó Júpiter. ¡Oh alegre trabajo y consolada pena! ¡Oh galardón divino al cual darían ventaja²⁸⁴ la Venus con su Mares! ¡Oh mil y más de mil veces beatificado, a quien por especial gracia le es concedido ver en su presencia, a causa de su compassión, las lágrimas de su señora! ¡Oh glorioso llanto, remediador de mis males, mitigador de mis adversidades, moderador de toda culpa! ¡Oh sola excusa del crudo corazón! Y vosotros, mis bienaventurados ojos, que vistas el licor de aquellas celestiales llamas, ¿qué mayor don os podría dar Amor?, ¿a cuál mayor bienaventurança enxalçar?

»Agora de oy más el bivar sea alegre, el morir consolado. ¡Oh santa deidad, que en un momento hazes de muerto bivo! ¡No seas de semejantes días avarienta, pues que no ay cosa en que demuestres más tu divinidad que en ser liberal!»

Con aquesta alegría se me passó la noche, paresciéndome que estava ya mi nao llegada al seguro y desseado puerto, adonde de tempestuosos vientos y de cruel tempestad estuviesse segura. Quería a tan grande amor dar algún reposo, por que por breve audiencia cresciesse, el cual por presencia, a las vezes, pone hastío, porque la raridad de las cosas trae más admiración.

Peregrino, conbidado a una caça, uvo celos de Ginebra a causa de un capirote labrado de ginebros.

Capítulo XXVI

Venido el siguiente día, conbidado de unos galanes mis amigos, fuemos a una alquería a caçar y a holgar. Entrados en la escura selva, con los sagazes perros llegamos a una fuente abrigada y aplazible. Por buscar cuál senda tuviesse gamos o ciervos, y no con menor diligencia nos disponíamos que si el puerco montés de

²⁸⁴ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: ventaja

Calidonia y Athalanta por allí anduviera, a la cual por excelencia se presentase la cabeça, unos de otros tanto se maravillavan, que parecía que todos por amores al tal exercicio fuessen movidos.

Todos retraídos en corona, dieron principio a razonar de amor, y cuál de nosotros fuese más querido de su señora. Uno, más que los otros libertado, sobre la fuente puso un capirote de falcón, obra (a mi parescer) dina del divino consistorio, la cual dixo aver sido premio de la noche passada con su amiga. Remirando la artificiosa obra, vi alrededor algunos arbolezitos, que representavan el nombre de mi señora con una letra que dezía: "De dos coraçones se haga un solo querer."

Consideradamente miro a todas las particularidades, y claramente me pareció comprehender que era daño²⁸⁵ y hechura de Ginebra. En aquel instante, sentí mi coraçón resfriarse, y la color mudarse, las piernas debilitarse, y mi lengua enmudecerse. Assí que era señal de un triste y congoxoso caso, fingiendo tener negocios de grave importancia, con la mejor manera que pude pedí licencia para despedirme, la cual de mis compañeros con mucha tristeza me fue concedida, y no uvo hombre d'ellos que mi mal sentiesse. Puestos a cavallo, yo y el mi fiel Achates nos partimos.

Los celos, de mi contentamiento envidiosos como carcoma en madero, en mi triste coraçón entraron. E con tanto furor mi ánima se consumía, que muchas vezes con mi propia mano de la vida me quise apartar, maldeziendo mi cruda fortuna, y a mí mesmo comienço a clamar:

«¡Oh ánimas vagantes en estos esparzidos campos, oh sombras sin ser sepultadas, oh spíritus dañados!, ¿cómo no entráis para del todo acabarme en aqueste cuerpo? ¡Oh moradores infernales: si piedad alguna con vosotros tenéis, tomadle y hazedle pedaços! ¡Oh muerte, a todos los mortales triste y enojosa!, ¿cómo a quien tanto te dessea no vienes? Suplícote que no tardes, y serás descanso de mis males tan graves, y gran refrigerio de mi triste ánima.

»¡Oh cruel hembra, vaso de crueldad, casa de traiciones, morada de maldades, reposo de todas las cosas fingidas y falsas! ¿Adónde están las dulces y ponderadas

²⁸⁵ P, Lon, Vie, Lisb, Mun27: daño. Podría tratarse de errata por *pañ*, pero también de una traducción errónea de *donno* [sic, 'regalo'], término que emplea en el original Caviceo (*donno e factura de Genevera, ed. cit.*, p. 85).

palabras?, ¿qué es de tu tanta temperança?, ¿adónde está el velo virginal, más estimado que la ánima?, ¿qué es de aquel desprecio de todos los amores?, ¿adónde está el desseo del virtuoso bivar?, ¿cuál señora, si no fuese pública, en actos libidinosos suele galardonear a su enamorado?

»¿Parescíte yo merecedor para trocarme por un particular ciudadano y con tanta licencia de pecar? ¿Qué es de aquella secreta fe que ayer me obligaste?, ¿qué son de aquellas encendidas lágrimas que quebraran a un diamante? ¿No tenías otro premio más conforme a mis tantas fatigas? ¡Ay, qué tarde caí en saber que quien se fía de muger de libertad se despoja! Para con semejantes que aquestas no basta fe ni humildad ni menos discreción. ¿Cuál sabio, cuál bienaventurado o cuál hombre angélico no creyera las dulces palabras de aquesta cruel hembra con aquella cara para engañar siempre dispuesta?»

Llorando mi desaventurada suerte, vengo al monesterio de aquella santa cuyo cuerpo en Sinaí reposa, por mitigar mi pensamiento con una mi singular amiga. Estaba con ella una su compañera, de grave y excelente semblante, cuyo nombre era Policena, de la cual con mucha humanidad fue rescebido y preguntado de qué lugar viniese tan pensativo. Respondíle que de caça. E por querer saber más curiosamente el monte y la orden y la compañía, venimos a la particularidad de los caçadores.

Nombrándolos a todos, le hize mención de Cornelio, el cual del capirote se avía vanagloriado. Como supo Policena el nombre, solícitamente me preguntó si avía considerado la excelente labor que consigo traía. Oída aquesta palabra, la ánima desvelada, el oír aparejado crescen en sus fuerças para saber la origen del capirote. A la hora dixo Policena:

«La nuestra abadessa ha embiado a nuestras novicias para que saquen la muestra de semejantes lavores.»

En aquel punto le respondí:

PEREGRINO.—¿E cómo vino a manos de Cornelio?

POLICENA.—Ayer, a la tarde, vino a visitar a su hermana, y, entrados en semejantes razonamientos, desseo de ver la artificiosa labor, por adornar de otro tal a su halcón, el cual por dos días se le fue prestado.

PEREGRINO.—¿Por qué está labrado de ginebros y no de otra arboleda?

POLICENA.—Porque están plantados en nuestras claustros, los cuales significan verdadera penitencia.

PEREGRINO.—No entiendo el secreto misterio.

POLICENA.—La verdura es la virtud, la aspereza es la perseverancia, pues quien quisiere llegar a lo que dessea, conviene que sea solícito. Y por bienaventurado es tenido quien de aqueste árbol es plantador.

Salidos d'estos razonamientos, entramos en otros, como es uso de religiosas, hasta tanto que el tiempo nos despartió. Después de las infinitas gracias replicadas, subimos en nuestros cavallos Achates y yo, y algún tanto desviados, reziamente me reprehendió diziendo:

Achates castiga a Peregrino por aver desenfrenado su lengua, el cual se defiende.

Capítulo XXVII

«Peregrino, los hombres furiosos no son para cosa mejores que para aver de destruir sus propias y agenas cosas. Mira cuán presto esta tu pestífera lengua, (miembro diabólico, consumidora del mundo, pestilencia del bien) sin razón se desenfrenó para desinfamar la fama de tan alta señora. ¡Oh hombre sin seso y de poca fe!, ¿no te has vergüença? ¿Cuál dissoluta muger sería dina de tantos denuestos y maldiciones? ¡Triste, mezquina, e ingrata suerte de hombres! ¿Quién forçava a esta señora hazerte merced de su amor, excepto una limpia y entera afición?»

PEREGRINO.—Quiçá fue su liviandad.

ACHATES.—Tal meresce quien a ingrato sirve.

PEREGRINO.—Son astucias de mugeres de nunca querer estar en la proa sin marinero.

ACHATES.—Antes es que ay una suerte de hombres malencónicos, a los cuales les parece todo lo que se les representa a la fantasía ser verdad, y con esta vana opinión mantienen su vida. Otros son de color atán quemada, que primero temen que vean de qué. Ay otros, flemáticos y bovos, y por la poca esperiencia tan

rudos, que poco veen y menos alcançan. Otros, de sus secretos tan buenos guardadores, que por ningún caso descubren sus cosas, y de la costumbre y natura de aquestos tú eres muy ageno. Aquel presuntuoso mancebo ha hecho como el nescio pintor, que por honrar alguna no tan hermosa figura, la atribuye al principal maestro de aquella arte, por que a fama del ingenioso oficial aquello que por perfección falta por autoridad cresca. Cuántas estatuas, imágenes y pinturas en Troya y Creta y Rodas y Chipre y en la parte restante de la famosa Grecia son intituladas de Apolo y Zeusis y Lisipo, que nunca fabricadas ni pintadas ni entalladas d'ellos fueron.

»Aqueste sobervio galán, por no hallar en su fantasía cosa mejor que aqueste capirote, se lo ha querido atribuir por un especial don, pensando que la arte ha de ser igual al maestro y por aquesta vía ser reputado por famoso amator. E tú, que en pocas cosas tienes atención las más de las vezes, piensas lo imposible, y porque aqueste árbol es la causa de tu dolencia, cuanto vees, crees que es él, y aver procedido de aquel verdadero principio, como si en el mundo no uviesse otra señora de aqueste nombre. ¡En cuántos yerros te veo metido por ser hombre ingrato, desconocido y sin fe! Mira qué ha obrado la furia de una traidora lengua, cuyo fruto es de maldezir y dar materia a peor obrar.

PEREGRINO.—Amor haze temer lo que nunca fue.

ACHATES.—En lo que no alcançares, obligado eres a dubdar y no a determinar. ¿Cuál letrado tan sabio juzga primero que sepa la causa? Assí que con razón debes de templar aquestos tus arrebatados y simples movimientos, y no te dexar domar de pasión ni apetito. Y sigue lo que debes seguir, porque la tierra y el aire están llenos de falsos relatores y zizañeros.

PEREGRINO.—Tú desvarías: esta es la natura de las mugeres, que siempre meresce estar sometida a la cruel reprehensión, porque quando de lo falso son acusadas, más fácilmente se retraen de lo verdadero. E también lo que dezíamos entre nosotros estoy seguro que no saldrá de aquí.

ACHATES.—Si es verdad que la ánima del amator bive en el cuerpo de la amada y que ella sea capaz de todas nuestras passiones, ¿crees tú que Ginebra como verdadera morada de tu coraçón no sabe tu mala intención para con ella? Y mayormente que los spíritus dados en nuestra guardia son de nuestro bien y mal bivar denunciadores, mira, Peregrino, que el transcurrir de tu lengua no te prive de los

trabajos de muchos años. La natura de quien fielmente ama hase de fundar en servir y obedescer y alabar. ¡Oh desdichado Peregrino, más enemigo eres a ti que a otro!

PEREGRINO.—Con humildes oraciones venceré al Amor para que no se acuerde de mi yerro.

ACHATES.—Assí es razón. Principia tu rogativa.

PEREGRINO.—Amor, señor cuya concordia todas las iras mitiga y reconcilia toda discordia y junta los discordantes: acuérdate de mis largos y trabajosos servicios. Pues que sabes que, vencido del demasiado ardor, con la desvergonçada lengua y con el corazón no malino he dicho mal de aquella mi señora, toma de mí aquella vengança que de una ánima trabajada conviene tomar.

Con aquestas y semejantes llorosas prerrogativas y humildes palabras de celos y esperança, perseveramos hasta en tanto que Astana vino a mi casa.

Astana, criada de Ginebra, da consejo a Peregrino para que vaya a hablar con su señora.

Capítulo XXVIII

Llegada la fiel mensajera, consuelo de mi ánima, me dixo, de parte de mi señora, aver enduzido a su madre a que fuesse contenta de darle licencia para cumplir la penitencia por sus culpas impuesta, la cual era de dar a comer a un pelegrino que el primer viernes a su puerta se presentasse. Por ende, que devría vestirme de aquel hábito a semejante exercicio conveniente, y que viniesse con tiempo, y que ella tendría cuidado para que otro no me tomasse la vez, adonde para hablar juntos nos daría osadía la peregrina comida.

Venido el día desseado del combite, trabajé de ponerme tal, que por miseria y hábito fácilmente fuesse juzgado dino de compassión. Descalço, con agua fuerte de cal y xabón lavé mis piernas y manos, de forma que el cuero tenía rescebido en sí un lustre húmido que no podía ser conocido salvo por lepra. Nunca arco de Persia con tanta violencia fue tendido como mi carne estava. No era en mi mano de poderme ayudar para alçar mis miembros: la barba, fingida, rara y hecha a pedaços, declinava

a bermeja; los cabellos, raros; la cabeza, ornada de diversas imágenes; una capa de más colores que primavera, un pie calzado y otro desnudo. Armado de aqueste feo hábito, con mi confusión y espanto me voy a la puerta antes que otro venga.

Vi a Astana, mirándome, saltarle las lágrimas de compasión. Llegada la multitud de los mendigantes, por el más miserable me hizieron entrar en casa. La comida no era de peregrino, pero de rey. Parecíame ver a Júpiter servido de Aganímedes.

Era una gloria ver a Ginebra por aquella sala, con cuánta cortesía y diligencia y piedad trabajava en el muy piadoso servicio. Sobrevenida la áspera y cruel madre, agramente la retruxo de aquella solicitud, deziendo que no convenía a personas de linage servir a gente mendigante, mísera y vagabunda:

«E si a todos es devido y honroso guardar su honestidad, tanto más a las donzellas, que siempre están sometidas al nublado de su fama. La tanta humildad las más de las vezes se suele causar o de pobreza, o de pusilanimidad. Assí que, hija, debes entender en mejores y más honestos ejercicios. No creo que es tu vida tan manchada que para limpiarla sea muy necessario aqueste trabajo.»

Obedesciendo Ginebra a las amonestaciones de la madre, sin otra contradición o respuesta, ni demostración de algún mal contentamiento, junto con Astana se fue. Y cometió a una de las muchas servidoras que aí estavan que, después de aver comido, me acompañassen hasta salir de casa.

Cerradas las potencias del apetito, sin comer más bocado, con la cabeza baxa, todo vergonçoso, lleno de enojo y malenconía, sin licencia ni ofrescimiento de gracias, solo me salgo fuera de la posada, dañando y maldiziendo la tanta desmesurada sobervia de aqueste desleal género, que cree que todo el mundo le deve perpetuo fuero:

«Cuanto más las sirven, tanto más se pierde; quanto más d'ellas confían, tanto más yerran; quanto más las aman, tanto más se ofenden. De aquestas nunca se gana sino trabajo, llantos, sospiros y mala vida. ¿Y no tiene por bien que sea yo su siervo?, ¿por qué? Ella es rica, ni yo soy pobre; ella es generosa, ni yo villano; ella es hermosa, yo no feo; ella, moça; yo, no viejo; ella, sana; yo, no enfermo; ella, discreta; yo, no sin letras. Y pues que concurren todas estas qualidades juntas, no devría de tener tanta presunción.

»Determino de exemirme de tanta servidumbre. Más tiempo he gastado en servir a esta que aquel judaico legista en gozar de la visión divina. Ni creo que hombre en el mundo pudiesse hazer ni más ni tanto por cosa que bien quisiesse como yo he hecho por ella e aún tenía intención de hazer. Yo propongo de apartarme de su servicio: ni a ella amador, ni a mí a quien ame faltará. No creo que el Sol ha visto ni verá más obediente hombre que yo soy. No merecía mi incorruptible fe tan pequeño galardón. Por tu potencia, dios Cupido, juro de no venir más adonde de aquesta ingrata sea visto.»

Sellada y firmada aquesta mi irrevocable sentencia, la siguiente mañana, tomando el mísero hábito, so color de limosna, me voy a la acostumbrada casa por demandar licencia a Ginebra. Amor, por prenderme mejor, me privó de lengua, e sin tener de mí alguna noticia, la truxo hazia donde yo estava, y como por pobre me conoció, con aquella mano que el mi corazón abría y cerrava, me dio *por amor de Dios*. Ni con menor dignidad estava en aquel lugar que Júpiter en el divino consistorio. A la hora, hecho más frío y temeroso que acochado ciervo, olvidado de mí, hincadas las rodillas como hombre que justicia teme y misericordia demanda, le dixe:

Peregrino no pudo acabar de hablar a Ginebra por la venida del padre, Angelo, y deliberó con Viante de despedirse.

Capítulo XXIX

«Señora...»

No pude dezir más por la venida de Angelo, cuya sombra, como Ginebra la conoció, en el momento se retruxo. Entrado Angelo, cerrada la puerta, por el instante dolor no me pude mover hasta que vergüença y desdén me llevaron. Considerando todos los principios de nuestro amor no aver suscedido bien, y los extremos trabajos ser muy crecidos, del todo confirmé la sentencia de despedirme.

Pero primero quise experimentar qué tal era el consejo de Viante, a la cual me fue. Y hecha sabidora de mi triste estado, la supliqué que con toda industria y arte,

diligencia y promesas de cualquiera cualidad, induxiese a Ginebra que me hablase por la ventana de la cámara que passava al jardín de Viante (lugar conveniente, secreto y honesto a semejantas hablas), y de mí no curasse, que en todo tiempo y hora estava dispuesto a satisfacer a este común desseo.

VIANTE.—¿Qué cosa ay tan secreta que no se pueda escrevir?

PEREGRINO.—Desseo licencia.

VIANTE.—Sin su consentimiento te prendiste, sin él te puedes soltar, y si hablas con ella, más sujeto quedas que antes.

PEREGRINO.—Firme está mi pensamiento.

VIANTE.—No es en tu mano.

PEREGRINO.—¿Por qué?

VIANTE.—Mucho te has abituado.

PEREGRINO.—Ligera cosa es lo que se quiere.

VIANTE.—Assí te parece a ti, que eres pobre de experiència.

PEREGRINO.—Nuestra voluntad es en nuestro alvidrío hasta la muerte.

VIANTE.—César rehuyó el fatal senado, Alexandro huyó la antigua Babilonia: después, lo que el Cielo quiso convino que uviesse efeto.

PEREGRINO.—Luego forçados somos...

VIANTE.—Parésceme que sí.

PEREGRINO.—¿Quién lo dize?

VIANTE.—Apolo y Daphne: mira cómo él ama y ella aborresce.

PEREGRINO.—Assí me acaesce a mí, assí que penando siempre serviré.

VIANTE.—Yo te arguyo con exemplos contrarios por encenderte en tu voluntad, que es tal que no podría aver otra de más loor ni de más honra. Dexa dezir, que todo es palabras: tanto haze hombre quanto quiere. Mira a Absalón, cómo amató presto el fuego que a tanto extremo le avía traído. Infinita es la multitud de aquellos en los cuales amor más caliente que fuego y más frío que yelo en poco tiempo es hallado. E si aqueste vicio está en todos, mayormente tiene su dominio en el género de las mugeres. Pues comprehendes que no eres amado de aquesta ingrata, no te quieras más humillar de lo que requiere tu persona, porque no es menor vergüença una sometida servidumbre que agradable una alta señora. Mira a Sansón y al gran

Hércules, cómo por dañosa subjeción fueron hablilla de todo el pueblo. Assí que con invencible ánimo debes perseverar en tu sentencia.

Confirmado por la auctoridad de Viante, del todo me dispuse a hazerlo assí, con tanto que tuviesse oportunidad para dezirle una vez mi intención, por que en ningún tiempo de la quebrada fe se pudiesse quejar:

«Déxame, que yo se lo digo.»

«Ella es suelta, y yo soy preso: no se puede quebrar la cadena sin su presencia. Por ende, cuanto más secretamente lo hizieres, tanto mayores gracias te daré.»

Con mucha alegría partida, Viante a holgarse en casa de Ginebra, adonde halló de señoras y donzellas tanta abundancia, que por aquel día no tuvo aparejo de dezirle sola una palabra, pero discretamente, más con los ojos que con la lengua, la hizo entender la instante necesidad de comunicar consigo algunos secretos. Con ledo semblante la mandó que bolviesse otra vez.

Otro día, con gran desseo estava esperada Viante, y como llegó, le dixo:

«Ginebra mía, Peregrino se te encomienda, y otra cosa no dessea salvo amarte, y por cierto que él es digno del tu amor. E por que sepas enteramente que es tal cual yo te digo y él lo muestra, te suplica le hagas merced de una breve audiencia para fenescer quanto los días passados avéis hablado.»

«Lo que dessea ni lo que quiere yo no lo entiendo.»

«Pues eres discreta, acordárselo puedes.»

Viante habló con Ginebra induziéndola a amar a Peregrino.

Capítulo xxx

La sequedad de las palabras de Viante pusieron en gran admiración a Ginebra, y temía de algún accidental caso. E por muchas razones se escusava de no poder satisfacer a la humana recuesta, por aver mucha falta de lugar apartado de toda sospecha. Viante diestramente la avisó de aquella ventanica, a la cual respondió Ginebra la noche ser peligrosa:

«Y si Peregrino estuviese en su seso, toda su vida se devría de acordar de la passada prisión. Yo antes querría la muerte que por mi causa en semejante peligro recayesse, y si la importancia es de tanta eficacia, él la podrá confiar al beneficio de una carta, la cual fielmente todos los secretos conserva.»

Respondióle Viante:

«No de mi consejo, porque sería poner en una vez fin a tanta solicitud.»

Luego le creció en el corazón el futuro matrimonio, y fue contenta que viniese en hábito de romero a su puerta, adonde siendo presentes Astana y Viante, humanamente me escucharía. Acepté el lugar, confirmé la orden, concerté el día, que fue el siguiente.

Aquella noche no me fue menos enojosa que fue a Príamo cuando el fruto del fingido cavallo en sus extremos daños vio derramado. La ánima, incierta, agora una, agora otra cosa me representava:

«Dexar a Ginebra es una gran crueldad. Ella es hermosa, gentil, discreta, amorosa. Pues si ella no puede, ¿qué defeto es el suyo? Conviene perseverar. Aquesta es la virtud, y aquí será la vitoria.

»Peregrino, sigue la razón. Dexa los apetitos, aquestos son defensivos de la extrema lascivia, la cual es sierva de todos los crueles vicios. Considera la astucia de aquesta muger: si ella te amasse, más cuenta haría de ti. ¿No vees, bovo, que goza de tu miseria? Aunque yo fuesse un guardaganado, ¿qué más mal me podría hazer? Ella es presuntuosa, sobervia, desdeñosa y si fe. Pues si assí es, ¿cómo no la dexas? No, que parescería poquedad. Quiero que conozca su yerro. ¿Quién, si no fuesse algún perdido, quién, salvo el loco, se mete en el fuego a tomar refrigerio? Creo que en semejantes empresas entran como león y salen como ovejas. Una palabra, una risa, un mirar, un mover de ojos, o mostrar un cierto contentamiento de tu venida te ligará con más fuertes cadenas que de antes. Pues muda la sentencia de hablarla. No quieras ir adonde empeores tu llaga.»

En semejantes afanes, sin sossiego, passé la noche.

Peregrino con palabras amorosas, en hábito mudado, se presenta a Ginebra.

Capítulo XXXI

Venido el día que fue consagrado a la muy alabada Reina cuando del parto saludable fue anunciada, por cuya fiesta vacava la casa de personas sospechosas, presentéme según la orden, y vi por una cierta hendedura resplandescer aquellas dos llamas que, en el momento, de vida, de lengua, de ánima y de espíritu me privaron. Entonces quisiera ser más avaro de mi propuesto.

Al fin mudada la sentencia, le dixé:

«¡Ay señora!, ¿para qué tanta crueldad en cuerpo muerto?, ¿para qué tanto perseguir a quien no siente?, ¿para qué es correr a quien no se mueve?, ¿qué aprovecha el contino herir a quien no tiene sangre? Si te fue liberal a darte el cuerpo y la ánima, ¿por qué de tan poca cosa me eres avarienta? ¿No sabes tú que es gran vicio a los señores ser ingratos? Manifiestamente conoces que un leal servicio con entera fe no tiene premio suficiente. Porque, señora, en tanta congoxa me permites morir, no sé qué esperanza me tenga, o si diesse Dios fin a mi miseria, o a ti principio de gracia.»

Acabadas las passadas razones, quedé muy triste, cuando mi señora con aquella divinidad de lengua, con un cierto resplandor de aquellos lúzidos y amorosos ojos, que fácilmente ovieran despedido las tinieblas del gran Chaos, assí respondió:

«El contino amor, las demasiadas mercedes hazen presuntuoso al hombre y traen materia de pensar que todo lo que procede de buenas entrañas sea para eterna obligación. Por esso, me parece mejor consejo andar sobre la rienda, pues he de hablar con hombre que perfetamente no conozco. E si de bien querer me eres liberal, de lo mesmo no te soy avara, y de aqueste cambio se devría contentar cualquiera fiel y virtuoso amador. Manifiesta señal es de mal corazón querer engrandescer sus cosas con mengua de las agenas: poco consideras en cuánto peligro estamos, y cuán peligrosa es aquesta nuestra edad siempre enlazada, aunque honestamente bivamos.

»Pues piensa qué se diría si d'esto se supiese. Conviene tener mucha cordura en lo que una vez perdido nunca se puede cobrar. Todas las otras cosas, de mal o bien que sean, se pueden restituir. La honra perdida, jamás. Y es razón que aquesta, hasta la muerte, sea leal compañera a todos los que biven.»

PEREGRINO.—¡Oh cuán cruel eres!

GINEBRA.—Cruel es quien su fama poco estima. Si te doy igual premio, ¿por qué no te contentas? Paréscete a ti que no serás satisfecho si no quitas la honra a la que finges tanto amar. Agora lee y relee las historias antiguas y modernas, y verás a qué vinieron aquellas mezquinas que a las largas promessas dieron la indubitada fe.

PEREGRINO.—Señora, no palabras, pero verdaderas obras te he yo dado. Y la ara consagrada claro testimonio te puede dar: tú sola me entiendes, que sola me oíste. Y si el partido te agrada, ¿qué esperas? Si no, ¿para qué me matas? Bien veo lo que piensas: tú eres reina; yo, esclavo; tú suelta, yo preso; tú alta, yo baxo. De mi mal te gozas, y yo d'él me duelo. Si peno, ¿qué consuelo es tuyo? Si muero, ¿qué gloria? Si me despides, ¿qué honra? Si me fatigo, ¿qué premio sacarás? Si de mis trabajos te demando el pago, ¿en qué te ofendo? Muda, señora, la sentencia, y rescibe a quien más que a sí²⁸⁶ te ama. E pues lo puedes salvar, no dilates el tiempo. ¡Oh cuán grato es el don que viene antes del ruego! Dime, señora, ¿recompensar el ageno trabajo no es obra virtuosa?

GINEBRA.—Sí, por cierto.

PEREGRINO.—¿Quién por hazer virtud puede ser reprehendido?

GINEBRA.—Ninguno.

PEREGRINO.—Pues luego no puedes caer en infamia, si me das lo que por mi fe y sudor me conviene.

GINEBRA.—Yo lo consiento, mas la merced ha de ser conforme al servicio.

PEREGRINO.—Assí lo afirmo yo.

GINEBRA.—El mi premio es a mí perpetuo, los tus trabajos son temporales, de los cuales cuando te pluguiere te podrás retraer. Yo, de la merced que me demandas, nunca jamás. Pues agora mira qué va de uno a otro.

PEREGRINO.—¡Ay triste!

²⁸⁶ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: a sí *P*: assí

GINEBRA.—Calla, que no estás en lugar adonde puedas exclamar.

PEREGRINO.—No puedo menos.

GINEBRA.—¿Por qué?

PEREGRINO.—Porque me hieres hasta las entrañas.

GINEBRA.—¿En qué?

PEREGRINO.—Con aquestas amargas palabras.

GINEBRA.—No lo creo.

PEREGRINO.—Escucha la razón que tengo: si mi corazón, junto con la voluntad, está en tu libre alvdrío, ¿cómo puedo yo, sin tu consentimiento, desasirme?, ¿quién, aunque fuese loco, penó de su grado?, ¿cuál triste está captivo pudiendo ser libre? Pues teniendo tú mi querer y poder, ¿qué andas hablando de libertad?

GINEBRA.—¿Cómo te transformaste en mí?

PEREGRINO.—Mediante la luz de tus ojos.

GINEBRA.—¿Y qué tanta fue?

PEREGRINO.—Tanta que escureció los ojos de la razón.

GINEBRA.—Dexa amatar algo del fuego...

PEREGRINO.—No es en mi mano.

GINEBRA.—¿Cómo?, ¿tan grande es?

PEREGRINO.—Sudo entre la nieve y el yelo. Tan gran llama me ha puesto Amor en mis sentidos, que ni el mar, ni ríos, arroyos y fuentes, regueros, lagunas, piélagos y todo lo que al calor es contrario en ninguna parte los podrían resfriar.

GINEBRA.—¡Oh artes muy astutas, oh ficción simulada, oh pensado combate!, ¿quién podría resistir si de la gracia del Cielo no fuese acompañado o si la noticia de las cosas passadas no fuese aviso a las de por venir? ¡Oh ánimas mudas que de la castidad por ligero creeros avéis sido privadas! ¿Para qué calláis?, ¿cómo justamente podéis reposar? Mi venida con vosotras en confederada ley sería mucho más agraviar vuestro género. ¡Oh cuánta inconveniencia es a engañar a quien fielmente cree!

PEREGRINO.—Mayor es no creer a quien no sabe mentir.

GINEBRA.—Aqueste es vuestro propio dote, concedido de la Natura, de siempre engañar. ¿Quién fue en demandar merced más humilde que Theseo? E después de alcançado su desseo, de igual premio satisfizo a Ariadne, dexándola en la

playa solitaria, presa de lobos²⁸⁷, manjar de ossos, pasto de leones. ¿Cuál oración fue más llorosa y rezia que la de Jasón? ¿Qué merced se pudo dar mayor de muger a hombre, y con más facilidad que hizo Medea? Y después, por galardón le dio destierro, y necesidad a pedir ageno socorro. ¿A cuál tigre, a cuál fiero corazón no uvieran comovido a compassión las piadosas lágrimas, la destrucción de la patria, las memorables batallas y peligros del desterrado Eneas? Y mira qué contracambio meresció la magnánima reina. Mira a la enamorada Philis: quien quisiese nadar por el alto piélago de las burladas donzellas y señoras sería gran trabajo de cuerpo y de ánima. Vosotros, los hombres, todos sois de una massa, de una suerte, ligeros a prometer, perezosos a lo mantener.

No fueron las palabras de Ginebra sin algún movimiento de corazón, para cuyo sossiego humanamente así le respondí:

Peregrino humildemente le responde, y contraría su opinión con exemplos y razones eficaces.

Capítulo XXXII

«¡Oh de cuánta pena es digno quien sin razón se quexa! Agora mira en cuánto yerro estás. Pero bien se dize que creer de ligero procede de poca prudencia, e si con divino juizio lo considerasses todo, luego determinarías que mayor oficio de piedad no podía usar Theseo para con Ariadne del que usó: mirando la dama la singular pelea entre el hermano y el hijo de Egeo, tanto de su amor fue arrebatada, que por satisfazer a su encendido desseo determinó de huir. Hecho el amador vitorioso, tomados los mancebos (los cuales para ser tragados avía traído a Creta) junto con la amada señora en su nao, tendidas las velas, vinieron a la isla de Venus. Y no pudiendo la reina las ondas tempestuosas sufrir, y temiendo Theseo de la armada de su padre Minos, a los moradores de la isla, en cuanto pudo y supo, la su Ariadne encomendó, no solamente con eficacia de palabras, pero con buena cantidad de oro.

²⁸⁷ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: robos. No obstante, Caviceo emplea *preda di lupi* (*ed. cit.*, p. 96) que sí resulta coherente con el resto del contexto.

Y tanta fue la priessa del navegar, que olvidando de mudar las velas, al padre la muerte y al mar el sobrenombre dio. Tomada la possession del paternal reino, bolvió a la isla, adonde con gran tristeza halló su amada Ariadne aver sido muerta. E por no dexar añublada tan grande memoria, le hizo fabricar dos estatuas (una de oro, la otra de plata), y llevados los dos hijos de aquel primero y último parto (que a la muerte de la madre dieron mucha ocasión), a la patria tornó. Pues agora bien vees que no es digno de castigo el muy esforçado Theseo.

»¿Cuál fiel, cuál sancto y paciente hombre uviera sufrido la servidumbre y crueldad de Medea, si no fuera el muy piadoso Jasón, que de su destierro no fue la causa, pero fueron sus homicidios, hazañas y hechizerías? Y es muy más digno de reprehensión y de admiración de la usada clemencia con la nigromantessa Medea, que no de castigo por averla apartado de sí.

»La humaníssima huéspedea Philis por impaciencia puso términos a su vida, lo cual fue sin culpa del su caro amado, porque no es en dispusición humana moderar las cosas superiores.

»Si el mar no permitió navegarse, ¿qué pena meresce Demophón? Eneas, a manera de caminante muy humilde, demandó que le hiziesse merced del puerto a restaurar su trabajada gente. La muy piadosa Dido del puerto y del cuerpo le hizo gracia. Ni por aquesto no quedava el humano troyano deudor de morar perpetuamente en Carthago.

»Bien vees, señora, cómo injustamente reprehendes la blanca y muy pura fe. Condenas a las palomas, disculpas a los cuervos. Y pues el tiempo nos sirve para semejantes razones, yo te suplico no ayas enojo de escucharme, porque sin calunia de vuestro género te demostraré de cuánta excelencia y sossiego y longura de tiempo el nuestro amor (sin comparación más que el de vosotras) sea firme y constante, tanto por los antiguos, quanto por los modernos exemplos. El gran David, ¿en qué pudo más honrar a la amada Bersabé de lo que la honró? Hércules a su Jole, Alexandro a Helena, Demetrio a Lamia hasta el cielo la enxalçaron. Y Petrarcha a Laura. Antonio emperador, a su Cleopatra con el reino de Soria la servió. Aristótiles a su Hermia sacrificó. Callo a otros infinitos por evitar prolixidad, porque andar por tantos exemplos sería arar la mar, senbrar las piedras, según la copia de los fieles enamorados, que sólo a pensarlos no bastara cualquiera divino entendimiento.

»Pero sin injuria de todos los passados y presentes, diré que jamás uvo en el mundo hombre que con tanta subjeción y acatamiento amasse como yo. E antes podría toda la humana generación resolverse²⁸⁸ en nada, que mi ánima de ti se pudiesse olvidar. Yo no vine a tu perpetuo servicio por luxurioso amor, pero por verdadero y legítimo poseedor, según la marital cadena permite. Aprende, señora, de oy más a ser piadosa, y acepta con aquella limpieza mi corazón que a mí fe conviene.»

Acabados los varios razonamientos, y muy satisfecho en oírme Ginebra, estava ya para irme, cuando sentimos una grande multitud junto con los hermanos de Ginebra llegar a la puerta. Y temiendo, como es uso de mancebos, que no rescibiesse afrenta mi persona, avisado de Viante y Astana, aderescé mis passos hazia la bodega. E antes que entrasse, sentí una boz que dixo:

«Astana, tráenos aquí algo que almorzemos, de manera que podamos reparar nuestros trabajados y ayunos estómagos.»

Ásperamente les respondió Astana, diziendo que no era aquella estança para tan honrada gente, ni a honra de Angelo; por ende, que se subiessen arriba, adonde a su plazer podrían reposar. Perseverando en su obstinada voluntad, les rogó Astana que se saliessen un poco afuera para poner una tabla a semejantes exercicios dispuesta. Toda atónita, se fue para mí y me puso entre las cubas y la pared, adonde con tanto dolor estuve, que pensé dexar allí el espíritu.

Acabado el almuerzo, y ya todos despedidos, Astana me consoló a que tuviesse buen corazón, porque un mal día podría ser dichoso principio de bien eterno, y sacóme de aquel angosto lugar, y me metió en una cuba vazía adonde fácilmente podían mis cansados miembros reposar.

²⁸⁸ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: se podría toda la humana generación resolverse

Peregrino con gran peligro estuvo escondido en casa de Ginebra.

Capítulo XXXIII

Era el tiempo que Phebo herió el cuerno primero de Aries, cuando Amor y Temor me depositaron en aquella peligrosa cárcel. Venida la hora de comer, Angelo con toda su gente se retruxo a casa. Y primero que subiese la escalera, hablando y andando determinó de saber qué tales estaban sus cubas, y si se podría conservar el vino. Assí me pasó aquesta palabra el corazón, como saeta con yerva teñida. Medio muerto en la cuba estava deziendo:

«¡Oh Peregrino, enemigo al mundo y a Dios!, ¿cuánto has trabajado oy por ser preso?, ¿qué ánimo tendrás si en prisión te vees?, ¿qué excusas, qué preámbulos te defenderán?, ¿qué harás de ti? Parésceme que algún desastrado caso será fin de tu vida.

»Si confiessas el amor de Ginebra, no te será creído. Acordarte devrías que las cosas que no llevan razón quanto más se porfian, tanto más son molestas y odiosas. Cuánto fuera mejor allegarte a bien bivar que seguir aquestos arrebatados apetitos, cuyo fin siempre fue desventurado. Cree tú, triste, que no se sigue tanto peligro de cuanta gente armada ay en el mundo quanto de aquestos dañosos deleites. ¡Oh bienaventurado quien con prudencia sabe vencerlos! Mira, desdichado, qué se te ha de seguir de aquesta prisión: o muerte o perpetuo destierro, el cual para los discretos es peor que morir!

»Ligeramente creerá cualquiera que, según nuestra antigua enemistad, aya venido a matar a Angelo, o a desinfamar la onra de su hija. Dios y el juez siempre se inclinarán a lo que justicia fuere. Aquesta es la merced que ganan los muy osados, aqueste es el premio de los presumptuosos. Este es el desseado consuelo, este es el penado trabajo, aquestas son las tristes jornadas. Aquesta es la fortuna de tus servidores, pues en otra cosa no les pagas, y aunque mi mal me aflige, lo que por ti, mi alma, siento me descoraçona. ¡Ay, desventurado amador! La penitencia antecede al pecado; la sentencia, al juicio; la pena, a la culpa. Por un triste y malo será punida tu inocencia. ¡Oh angélica cara, por mi defecto te veo desinfamada!»

Estava tan perturbada mi ánima, que por la poderosa pasión no sabía ni podía proveer a ninguna necesidad, y en tanto que me fatigava, permitió mi triste fortuna que viniessen los que avían de trassegar el vino, lo cual no se podía bien hazer sin aprovecharse de la cuba adonde yo estava escondido. Ya la agua se calentava para averla de lavar.

La astuta Astana, viendo el común peligro, so color de hazerles provar otro vino, sacólos fuera de la bodega, y diome tanto espacio que pude salir. Y como me vio estar en salvo, por proveer en si alguno avía sospechado algo, con palabras injuriosas me castigó de tanta presumpción que osasse, assí mendigando, de venir a perturbar sus caserías.

Peregrino salió, sano y salvo, de donde estava.

Capítulo XXXVIII

Tan espantados y atónitos estavan mis sentidos por la intrínscica dulçura que sentía de la mi señora, que del lugar sospechoso no me sabía mover, cuando al clamor de las palabras descendió Angelo, por saber qué bozes fuessen aquellas, al cual con turbado semblante dixo Astana:

«Aqueste vagamundo sin licencia alguna se ha entrado hasta acá por hurtarnos algo. Por mi vida, no he estado sino por apalearle. Pero por darle más conveniente penitencia, delibero de servirme d'él, y hazerle deshazer las cubas y limpiar la bodega.»

Angelo, sonriéndose, le respondió:

«Muy brava estás, pero haz como te pareciere. Y si quieres que te sirva, dale a comer.»

Sin otra dilación, me fue a la encargada bodega, de preciados vinos muy llena, adonde honradamente pudieran sacrificar a Bacho. Y en un momento me encomendó tantas cosas, que a diez esclavas fuera obra de un mes. Ginebra, que todo

lo vía y escuchava, conociendo que era ya en seguro puerto, con una muy pequeña palabra me puso grande esfuerzo, cuando buelta hazia mí me dixo:

«Trabaja cavallero, que tu desseado galardón se te pagará.»

¡Oh razón más aguda y penetradora que el rayo de Júpiter, oh saeta de mi corazón! ¡Oh gran moderadora de tantos afanes! ¿Quién creería que en breve momento tanto peligro se olvidasse? ¡Oh incomprehensible potencia de Amor, cómo bives presto y mueres!

No pude, de plazer, cosa alguna responder, ni sabía qué hazer de mí, y como acossada fiera buscava adónde me esconder. A una y a otra parte mirava en que me pudiesse ocupar, cuando se me ofresció a los ojos una escoba. La presencia de Ginebra, con su natural cortesía, a más vil exercicio uviera abaxado a Júpiter.

La madre de mi señora agora por la edad, agora porque aquel estado lo requiere, agora porque la patria es notada de avaricia, le dixo:

«Pues que este pobre hombre no busca otra cosa salvo el comer, bien lo podemos tener dos o tres días en casa para lo que d'él uviere nescessidad. Mira cuán buena maña se da: parece que nascido y criado aya sido en aqueste officio.»

Amor y vergüença cercavan a Ginebra, y alabó el maternal pensamiento y por Astana me mandó llevar a una torrezica para alimpiarla.

Aquel jornal se me passó con mucho consuelo. Venida la parte extrema del día, cuando a los jornaleros se les apareja la cena, fue sustentado de un manjar no menos bueno que delicado: Ginebra, arrimada a una ventana, començó en un monacordio a cantar:

Quien triste vida sostiene
no le falte la esperança,
pues la gloria que se alcança
las más vezes se detiene.²⁸⁹

Con tanta melodía que la harpa y canto de Apollo venciera, acabada aquella suave canción (verdadero consuelo de mi peligrosa vida), me embió con Astana a dezir que

²⁸⁹ Díaz modifica bastante el episodio original: entre otras cosas, no aparece esta redondilla, sino una mera mención a una canción de amor (*ed. cit.*, pp. 100-101).

la siguiente mañana bolviesse, a lo cual primero me ofrescí que fuesse combidado: tan grande fue el desseo.

Peregrino a la tarde se fue con Ginebra, que iva a visitar a Polixena, su prima.

Capítulo XXXV

Aquel verdadero remunerador de nuestras fatigas, el cual con mucha celeridad comovió a Neptuno por dar deseado palacio al nieto de Egeo, con gran accidente mudó la firme salud de Polixena, prima de Ginebra, con tanto furor, que su vida estava incierta. Angelo, movido de compassión, deliberó de embiar a Ginebra en aquella tarde a consolarla. Sabido el propósito, mudé la sentencia de no bolver más al prometido lugar. E tanto tiempo aguardando estuve, que acompañé a Ginebra hasta la casa de la enferma. Llegados a la puerta de la posada, Ginebra, con suave mirar buelta, y con humilde y sossegada boz dixo:

«Vete en paz, oh fiel compañía.»

Yo, del saludable amor consolado, no me sabía ir. E allegado al portero, le rogué, por la salud de aquella señora, me quisiesse en aquella noche hospedar, que era un pobre pelegrino, y que no tenía adónde descansar pudiesse. Humillado el buen hombre a mis oraciones, creyendo aplacar la ira de Dios con usar de misericordia, y por que más favorable fuesse a su señora, me metió en su casita, que estava en el jardín que él a cargo tenía.

Sentía la frecuencia de médicos, parientes y vezinos, que por su servicio subían y descendían, la cual por algunos umores gruessos subidos del estomago a la cabeça, estava caída en tierra, assí que tenían por mortal su mal. Estando la gente atenta a la cura de Polixena, solo avía quedado en la choça adonde, según mi costumbre, celebrava ciertas devociones en reverencia de la reina del cielo. Y rezando sobrevino el portero y me dio por nuevas que Polixena estava mejor, y creo el simple hombre que por intercessión de mis oraciones avía dado Dios salud a la

señora. Curioso de manifestar su diligencia, se presentó a la presencia de Polixena, y con gran humildad le manifestó aver sido diligente procurador de su salud, por aver aposentado en su casa un pobre pelegriño, cuyas oraciones devotas avían aplacado la divina misericordia. Agradescióselo Polixena, y encargóle no se partiese sin su licencia, porque quería por sus medios satisfacer a un voto que la avía puesto en aquesta congoxa. Alabó Ginebra la intención de la prima, porque desseava comunicar algunos spirituales pensamientos con aquel médico.

A la mañana, Peregrino se llegó a hablar con Ginebra y sobrevino Polixena con graves renzillas.

Capítulo XXXVI

No eran salidos del océano los ligeros cavallos de Phebo, cuando Ginebra se puso a una pequeña ventana que del florido jardín recebía claridad, y al portero mandó que allí me truxiesse. La cual, después de algún tanto suspirando dixo:

«Peregrino, no es en mi libertad darte aquellas inmortales gracias que tus fatigas y graves trabajos merescen, a los cuales querría que pusiesses algún termino. Porque temo que de tu solicitud des tales muestras, que lo que finges con hábito descubras con contrario efecto. E si por dicha veniesse a noticia de mis padres, considera qué vida sería la mía. Ya mi madre está algo zelosa de mí, pues mira qué haría si de cierto lo supiesse cuando imaginándolo se altera. Cree que no ay cosa en el mundo que aumentar pueda mi amor tan casto. E cuando te veo en aquestos peligros, no puedo dexar de dolerme. Por ende, conviene retraernos a términos más onestos, por que por alguna mala suerte no nos tornemos hablilla del pueblo. E a causa de aquesto debes, señor, de templar aqueste fuego.»

Acabadas las razones, hizo semblante de quererse ir, cuando gritando le dixe:

«Señora, muévate piedad: no huyas de mí, que soy tu siervo. El lugar lo consiente, honestidad lo sufre, no ay quien de nosotros pueda sospechar. Brevemente acabaré.»

GINEBRA.—No puedo.

PEREGRINO.—Antes no quieres.

GINEBRA.—Dura suerte es amar a quien no quiere ser amado.

PEREGRINO.—No busco otra cosa.

GINEBRA.—Antes lo rehúyes.

PEREGRINO.—Dime cómo.

GINEBRA.—La experiencia lo demuestra: andas sin discreción solicitando las casas ajenas con tanto peligro. Aquestas tus penas, con tus voluntarios afanes, ni onra ni provecho dan a uno ni a otro. Las obras han de ser convenientes a los obreros porque, de otra manera, es su mengua. Verte assí, mísero y vagante, me da materia de entristecerme. Por dos causas y con razón se puede hombre quejar: o cuando le ha salido en vano su desseo, o cuando cae de lo que poseyó. Ni lo uno ni lo otro tú tienes. Quien de su voluntad pena no se deve quejar de nadie.

PEREGRINO.—¡Oh cruel y desdichada suerte de amantes!

GINEBRA.—Llorando, contra razón perseveras. Di la causa de tanto mal.

PEREGRINO.—Querría ver a mi corazón juntado con el tuyo.

GINEBRA.—Sí está, cuanto es lícito. Bien te veo ahogado en el hondo de la vileza y miseria. Pues que despreciado el verdadero amor (el cual consiste en virtud), te allegas al cevil. Dexa este inmoderado furor. Corta aquesta sensualidad. Renuncia las encendidas y dañosas diligencias. Regla tu ánima en baxo de la disciplina de los verdaderos amadores que por amar han adquerido gloria y fama. Amor no es otra cosa salvo una contemplación de la cosa amada, de la cual se rescibe más deleite con el pensamiento que con acto corporal.

PEREGRINO.—Señora, si algún tiempo tuvo hombre suficiente causa de quejarse yo soy aquel, pues que dos instantes cosas concurren en uno. La primera, por ser defraudado de mi pensamiento; la otra, por ser privado de lo que por amor y fe devía poseer. Querría saber cómo se conosce el gozo del pensamiento, exepto por un acto derivado del corazón en las muestras exteriores, que son verdaderas y no fingidas. Siendo essa su firme opinión, tal sería un pobre cual un rico. E si hombre se puede contentar con esto, júzgalo tú. Si nosotros no nos deleitásemos sino por el amor de la imaginación y pensamiento, no avría poca ni mucha nescessidad de fatigarnos, porque en toda parte estaría hombre satisfecho. ¿Sabes tú lo que da

contentamiento a la ánima? Es la memoria de los passados plazeres. Cuando yo supiere de cierto tu voluntad ser conforme a la mía, a la hora me tendré por bienaventurado y contento de mi pena. Aquesta obligada merced tú la reputas por furor desordenado. E no es assí, pero antes es señal de verdadero amor. ¿Crees tú que Julia, Cornelia y Porcia con las otras famosas señoras se ayan ofrecido a tantos peligros y muerte sólo por amor concebido en la memoria? Verdad es que cuando las operaciones corporales cessan, las del pensamiento susceden en su lugar. Las cosas divinas y invisibles no de otra forma se aman, sino por gozar d'ellas. No te entre aquesto en la fantasía, que una cosa pensada da aquel efecto que una realmente passada. Hazme dino de tu amor con tal certenidad que pueda juzgar ser tú assí mía, como yo soy tuyo. De otra manera, yo me tengo por privado de tu gracia.

GINEBRA.—Grave cosa es confiar la salud a médico sospechoso. Vosotros los hombres, de onras ajenas poco considerados, tanto sois codiciosos de amar, quanto de la sensualidad sois compelidos. Dulce es aquel amor que por virtud se determina. E a do falta el efecto, la vista deve suplir.

PEREGRINO.—La agua de la clara fuente a los de hiebre apasionados no les quita la sed, mas antes de contino a beber les enciende el desseo.

GINEBRA.—A estómago mal dispuesto cualquiera manjar es dessabrido. Y por ende, conviene purgarse, por que después resciba gusto. Ve en paz: he aquí a Polixena. Temo no tenga sospecha.

PEREGRINO.—No temas. Dexa tú a mí aqueste cuidado y pacientemente escucha. Hállase una especie de psalmos que deziéndolos al estrellado cielo tienen maravillosa virtud de sanar enfermos.

A esta palabra llegó Polixena, la cual con mucha cortesía fue resebida de Ginebra, y le dixo de mi buena vida. Rogado de la una y de la otra, les conté la virtud de muchas oraciones. Assí que quedo algo maravillada y sospechosa Polixena, la cual, agora a mí, agora a Ginebra, sospechosamente mirava. Y desviada algún tanto de mí, dixo assí a Ginebra:

«Amada prima, costumbre es de quien quiere bivar casta y honestamente de guardarse no menos de la sospecha que de la obra. Tú has passado tiempo con aqueste peregrino, del qual si el hábito es vil, la disposición no es mala. Mira cuán bien pronuncia sus razones, a las cuales conforman sus meneos de cuerpo y gesto.

Aquestos hombres, a las vezes, so color de santidad vienen tanto por caçar los cuerpos como las ánimas. Por ende, conviene bivar más cuerda y avisadamente, por no caer en la ponçoña de las pestíferas lenguas. ¿Cuántos cavalleros crees tú que van tristes y pobres so la simulación de aquestos falsos hombres, cuyo pensamiento a otra cosa no atiende, sino al mal de nosotras?»

La poca distancia del lugar me dava verdadero entendimiento de aquellos razonamientos. E más la mudança del color de Ginebra. A la hora, cruel y tristemente fue despedido de casa. Parescióme más honra y provecho salirme callando que ponerme en defensa. Todo desdeñoso y angustiado, con mi trabajado cuerpo me voy. Y caminando a mí mesmo digo:

«¡Oh Peregrino, cuál nigromancia de Zoroastre y Beroso, cuál misterio de Orpheo, cuál pythagórico secreto, cuál socrática sanctidad, cuál platónica magestad, cuál Aristotélico ingenio en tan cruel caso socorrerme podría! ¡Oh cielo, a míseras plegarias ciego y sordo! ¡Oh planetas, a todos mis daños muy diligentes! ¡Oh tiempos prestos y aparejados a mis males! ¡Oh Dios, a qué soy venido! Llegado es el tiempo que te apartes de la tierra y peregrinando vayas a la morada infernal, pues que no fueste dino ni prudente a saber conservar tan grande amor.»

Ira y desdén a mi corazón afligían, compassión más de Ginebra que de mí mismo me fatigava. E mil vezes dixé:

«Destruidor de tus cosas, ¿por qué bives?, ¿para qué esperas tanto? Amor no huelga que seas suyo, el mundo te rehúsa. La muerte para mayor mal el tiempo te prorroga. ¿Qué será de ti, importuno, enojoso, cabeça sin seso, hombre perdido, alma sin lumbré, corazón sin cuidado, entendimiento boto, cuerpo sin ánima? Pues por tu culpa de tu señora eres desviado, y de tal manera que nunca espero bolver.»

Paresciame estar en la arca de Atilio Régulo según de mis pensamientos era afligido. De contino mi alma estava cercada de aquellas varias representaciones que en semejantes casos vienen a los amadores y a los que de alto estado caen en miseria. A tanto extremo me truxo Amor, que por último remedio me eché en la triste cama sin esperança de mi salud.

Peregrino, enfermo y estando cuasi a la muerte, fue visitado de Astana y consolado.

Capítulo XXXVII

La cruel noche, por la conjunción de la Luna con el Sol, obró en mí una tan rezia hiebre, que no solamente las arterias y venas, pero las juncturas, entrañas y nervios, huessos y tuétanos tan cruelmente consumía, que caminé hasta los términos de la azeda muerte. Pisada la entrada de Prosérpina y todo ya rodeado, fue buelto a las elementadas potencias. E parecióme, en el profundo de la oscura noche, ver un lúcido y resplandesciente sol. Saliéndole a rescebir, le adoré y suavemente así me dixo:

«¡Oh cuán vil es el trabajo que contino nos fatiga!»

La pregonera Fama abrió las alas y de mi adversa dolencia dio noticia a mi señora, la cual, comovida de entrañable piedad, embió a Astana a visitarme. E antes que bien la conociesse, gritando dixé:

«¡Oh consuelo de tanta congoxa! ¡Oh física del debilitado cuerpo! ¡Oh remediadora de la vagante ánima! Dios te consuele. Sana y salva esté mi señora y yo muera. Astana mía: bivo sin alma, reposo sin cuerpo, estoy sin vida, camino sin moverme. En aqueste estado me ha traído Amor. Agora me di qué nuevas me trae tu venida.»

ASTANA.—Ginebra, apassionada del cruel caso, me embía a ti, y dize que no es la vela pero el timón el que rige y que claramente sabe que la presente enfermedad se ha causado de la peligrosa curiosidad, a la cual medecinar conviene con su contrario en ser más discreto y cuerdo, porque en huerto abierto ni flor ni fruta se conserva.

Dile las gracias según mi debilitado poder, pues no estava en mi facultad de poder más hazer. Con mucha instancia la conjuro me quiera interpretar qué es el entendimiento de Ginebra cerca de la propuesta embaxada, porque siempre estaría en contino trabajo dudando si la avía en algo ofendido. Y aún temo de ser gratificado de la común merced que suele hazer la humana variedad, que jamás hombre llegó al

devido premio. A las hablas seguieron las lágrimas, más calientes que fuego. E si el primero trabajo fue grande, no me fue menor el segundo. Y queixándome assí dezía:

«Cuál Eresithón de sí mesmo, cuál Acteón de sus perros despedaçado fueron tan crudamente de dolores angustiados como yo soy. La vuestra muerte fue súbita, oh spíritus desesperados: la mía es continua. ¡Oh mi cuerpo, mesón de Furias! ¡Oh Scilla y Caribdis, más tranquilas y sossegadas que yo! ¿Cuál hombre de guerra, cuál labrador de montes, cuál silvestre vaquero, cuál marinero, cuál mecánico, cuál esclavo, cuál siervo de convento, cuál fatigado animal está sin paz como tú? Traidor, muérete, que no pido más, ¿por qué dilatas para mayor mal mi pena? Todas las potencias han conspirado contra mí para hazer de mí ensalada de miseria humana. Cuál Pelops de los dioses comido, cuál hijo tragado del padre Tereo, cuál Absirthon despedaçado, cuál Pelias en nueva edad transformado, cuál Thiasio de los perros comido, ¿quién nunca tuvo mayor causa de llorar que yo?»

Los agudos dolores, el poco comer, las dessossegadas noches a aquel extremo me han traído, que sospiros y gemidos y lágrimas eran mi manjar. De aí a pocos días, Astana cueradamente, por medio de Viante (como era su costumbre), tornó a mí para hazerme entender el sentido de la embaxada. El cual era este:

«No es la vela (conviene a saber: el apetito) pero el timón, que es la razón, la que gobierna al hombre. E mayormente cuando las aparencias vencen al efeto. E aquí se demuestra la prudencia del hombre: en saber moderar, templar, desarraigat de sí lo que es dañoso. Por ende, sería mejor consejo dexar las ociosas passiones y darte a tal vida, que demuestre ser hombre y no niño. Porque sufrir de ser vencido de aquestos viles cuidados arguye tener poco coraçón, e da señal de ser hombre inútil a las cosas que ocurrieren. Tú vees que Ginebra te ama quanto conviene, no es menester de solicitar lo que a la honestidad repuna, porque sería querer secat el mar, arar el cielo, desarraigat las estrellas, destruir el fundamento y tornar lo todo en el passado Chaos. Si aquesta su vida templada te agrada, goza y sigue, no te muestres curioso de aquello que siempre con razón te será negado. Tú estás assí, y no piensas sino de hartar la furiosa lascivia: aora torna en tí y no quieras con tanto mal apascentar el gusto y despedir la razón. Álçate arriba, consuélate, cobra tus fuerças, que, quando no pensares, la Fortuna te favorecerá.

El domingo que viene tenemos ordenado de ir a pescar. Tú, vestido como pescador, podrás ir allí y del común plazer tomar deleite. E si de más de tu opinión la Fortuna te fuere favorable, quedarás por su deudor. Mas yo te aconsejo que no firmes el pensamiento adonde fácilmente puedes ser engañado, porque consumir el espíritu sin provecho ni honra puédesse atribuir a vicio de pusilanimidad. Con mucho desseo te espero, y en lo que pudiere te favoreceré. Y a do faltare la facultad, Viante con la autoridad y presencia satisfará. Queda con Dios, al cual le plega de te dar el desseado consuelo.»

Peregrino fue avisado de una pesca a do ivan Ginebra y Polixena, y responde a Astana.

Capítulo XXXVIII

«¡Oh mi visitadora, del Cielo Empirio embiada! ¡Oh argumento a la futura salud! ¡Oh celestial consoladora! Bivo y muerto te quedo obligado. No es tu consejo menos sabio que amargoso. Aquesta tu prudente consideración de la verdad, acompañada con una cierta alegría secreta, me saca de tanto enojo. E cobradas las fuerças del ingenio, con mucho consuelo quedo, y infinitas vezes suplico a Phebo que sus rayos con más liviano curso traya hazia el ocidente por abreviar el tiempo que guíe aquel día que tiene parte para hazerme bienaventurado.»

E tan gran desseo en mi coraçón assentado, no menos me dava pena que los trabajos passados solían hazer. ¡Oh cuán flaco es quien de cualquiera accidente se torna turbado!

Aquel pequeño espacio que avía del viernes al domingo procuré con diversos exercicios abreviallo. Assí que mi ánima, en muchas cosas atenta, no podía sentir particular trabajo que mucho la ofendiesse. Llegado con mucha esperança al desseado día, vestido del ábito como por Astana era avisado, fueme al río adonde avían de ir Polixena y Ginebra. Allí, solo, pensativo, assentado y a mí mesmo castigando dezía:

«He aquí, Peregrino, tu salud cercana, he aquí tu soberano contentamiento, he aquí el verdadero gozo, que ni el Cielo, ni el mundo, ni adversa Fortuna te podrán quitar. ¡Oh bienaventurado trabajo, de tal premio acompañado!»

Peregrino, por la venida de Ginebra, amonesta a sus miembros.

Capítulo XXXIX

Estava mi ánima por los consolados plazerer vagando, quando vi a Ginebra como Sol entre los otros planetas, muy reluziente, de muchas señoras acompañada. Y como reina, de la mula descendía. Algún tanto assentadas, a descansar se detuvieron y no estuvieron mucho en dirigir su camino al lugar adonde yo estava. A la hora, a mí mesmo digo:

«Peregrino, si el Cielo por gracia especial te concediesse de ser visto, conocido y saludado y tocado, sey modesto. Lengua, yo te suplico que desembuertamente cuentes tus passiones. ¡Oh ojos, por cuyo medio en tan gran fuego mi coraçón ardió, cortésmente hartad la desseosa voluntad y mostrad codicia de honestamente hablar! Manos, con mucha reverencia llegad, porque cosa tan divina no ha de ser corrupta. Pies, no seáis curiosos en cosa que enojar ni ofender pueda a mi señora. Ordenaos, miembros, a vuestro casto y devido officio.»

Entre las verdes yervas y movibles hojas estava escondido, quando aquella que en el mundo es sola gloria y alabança del género de las mugeres, con tardo y cortés y bien ordenado passo, no de otra manera andava que haze el Alicornio entre los otros animales. Su vestido era carmesí, los cabellos acopados y largos y algún tanto ondeados y esparzidos por aquel divino cuello. Passando espirava tan suave olor, que a los muertos bolviera a vida.

Avía del lugar adonde yo estava al bosque adonde entraron las señoras un vallecico regado de una vidriada y dulce fuente, la cual, si la vieras, juzgaras ser la del muy alabado Campo Elíseo. Asentada alrededor la generosa compañía, en tanto que se ordenava el servicio del exercicio de pescar, parecióles que no era bien que ociosamente el tiempo se passasse. Assí que escogieron entre ellas una emperatriz

por cuyo imperio dispensassen la festival jornada. No pareció ageno del tiempo y lugar a la emperadora Ginebra que consumiessen tiempo en alguna moderna historia, a lo cual las damas no fueron menos diligentes que obedientes.

Lucrecia, que después de la principal el lugar primero tenía, alcançada licencia dixo assí:

Prepónese una cuestión con preámbulo.

Capítulo XL

«Venido a mi noticia, oh altas señora, de cuánto acatamiento sea el lugar oratorio adonde las más de las vezes qualquiera excelente ingenio falta (de aquesto dan testimonio Demósthene, Tulio y Hortensio), e si no pensasse de ser acusada de desobediente, uviera remitido esto a otra señora, porque con más plazer sería humilde discípula que aparente relatora. Pero bien sé que la sublimidad de nuestra emperatriz, en cuyo pecho reposan doctrina, buenas costumbres, linaje y humanidad, escusará la baxeza de mi pequeño ingenio. E aun también tendrá respecto a la falta del tiempo. Por ende, os suplico me hagáis dina de agradablemente oírme, y sabréis de cuánta templança y virtud aquesta nuestra ciudad abunda, lo cual a muchos trabajados hombres podrá passar en exemplo.

Descripción del tiempo de aquello que se prepone.

Capítulo XLI

»Fue en estos días passados (como a vosotras, señoras, creo que es manifesto), en esta nuestra ciudad un noble cavallero tan entrañablemente enamorado de la angelical vista de una nuestra dama, que en poco estuvo por el rezio amor de embiar el espíritu. Andando el triste representava cuerpo sin ánima; estando, antes coluna o statua de mármol parecía. Solamente mirando con los ojos y sospiros

demostrava aquel entrañable trabajo que a mil lenguas elocuentes contarle sería dificultoso. E algunas vezes la señora con onestidad y común premio le socorría. Assí que entre mil muertes con biva esperança su mísera vida sostenía. Siendo el cavallero a tal extremo llegado que más sufrir no podía, con los braços en cruz paz demandava.

»No estuvo mucho que Amor el corazón de la dama visitasse y de nueva llama assí la encendió, que en el olvido del amante primero toda su memoria assentó, y al nuevo amador mostró tal semblante, que al penado cavallero fue de manifiesta licencia verdadera conclusión. El cual, viendo que la Fortuna tan adversa se le mostrava, con mucha paciencia a tan gran amor puso fin. Pues, si en corazón juvenil virtud puede tanto y vale, ¿qué será en aquellos do la edad, esperiencia y discreción concurren? Cosa dina de admiración (si en mi discurso no yerro), cómo tan presto el mísero amante se soltasse. Pero parésceme que fácilmente se deve y puede conceder que Amor y la señora con el nuevo sucesor al desamparado cavallero quedan deudores. Mas preguntovos, oh damas, cuál queda por más.»

Acabada la linda proposición, la gentil Camila, que ni en hermosura ni en gravedad a ninguna daría ventaja, assí respondió:

Camila responde a lo propuesto.

Capítulo XLII

«Muy noble dama, en cuya fábrica Natura y Dios pusieron todo su estudio: muy agradable me ha sido escuchar tu propuesta razón, la cual no es llena de menores sentencias que de palabras. E no puedo sino gravemente condenar la juvenil nescedad que assí, tan fácilmente, del dulce trabajo se desarraigó. E si consideradamente en la lucha de Cupido uviera entrado, más dificultosamente uviera salido. Pero por refrán antiguo se suele dezir: “Quien locamente principia miserablemente acaba”.

»Aquestos ardores de mancebos tan presto baxan quanto suben, y con aquella facilidad se amatan que se encienden. Y aquesto se causa de la poca firmeza de la

tierna edad. Si él lo sentiera de tal modo, lo uviera rescebido y enclavado en el corazón, que no fuera en su mano desarraigarlo. E primero sufriera dos mil tormentos que privarse del amor. E por aquesta su pussilanimidad no concedo serle alguno obligado, porque a medrosa y cevil natura amor no conviene.

»Ha de ser el hombre en amar solícito, secreto, solo y curioso, cortés, magnánimo, y en todos los accidentes, sofrido. No sobervio, no enojoso, no obstinado, pero dulce y, a lo que ocurriere, paciente. A hombre de poco saber ni cosa magnífica, ni pública, ni privada le es concedida. La turba de aquestos pussilánimos dexa a la potencia de Amor imperfecta y dessolada. E a las vezes, le torna infame, sinvergüença, desonesto, ingrato y desconoscido, y da ocasión a cualquiera discreto de desviarse de su famosa y triumphante lucha. Assí que pocos quedan verdaderos amadores.

»No sabía el cavallero de poca esperiencia aquella palabra provada que dize: “Cualquiera cosa esclarecida es dificultosa”. E si faltassen las fuerças de poder alcançar lo que quería, la voluntad nunca deviera de cessar. Porque, assí como andando la edad la ánima se haze más perfeta, assí el amor en los continos trabajos rescibe mayor fuerça y dulçura. Mucho más es loado el sabio phísico que antevee la adversa dolencia que pueda venir al cuerpo humano, que el que, deteniéndose, sufre que venga y después le libra d’ella. Por muy bueno es juzgado el capitán del ejército que con el ingenio sabe hurtar los consejos y provisiones de los enemigos. Y en aqueste oficio no es de menor loor el amador que sabe proveer a todo lo que conviene para conservarse en el amor de la amada señora, que el capitán de mantener y guardar su armada. ¡Oh de cuánta infamia sería notado el guardián del campo si fuesse hallado sin armas!

»Pero, ¿qué ofensa avía rescebido el mancebo para que tan vilmente del amor se deviesse apartar?, ¿qué razonable excusa tendría uno que voluntariamente se despeñasse? ¡Oh cuán vergonçosa es la salud que con huir se compra! Dichosa es aquella muerte que procede de la fortaleza del ánimo. No es de menor infamia notado que fue Eneo, que de hombre se mudó en muger. Quién vio mayor vileza que por nuevo amador dexar su empresa.

»Assí que se puede juzgar ninguno quedar por deudor al cavallero. Amor no, porque essencia divina por méritos humanos no se deve obligar. El nuevo amador

queda obligado al efeto y no a la afición, por avérsele hecho merced de lo que vender no se le podía. La dama en ninguna manera le queda deudora, porque señora amorosa (aunque tibiamente ame) no huelga de ser desechada. E tanto aquesta señora lo tendría por enojo, quanto más a merced conveniente su corazón inclinava. A ella juzgo por dina de alabança; al mancebo, por medroso, dino de reprehensión. Y si en aqueste ardid de edad es cobarde, ¿cuándo será esforçado? E si temió sin aver de qué, ¿qué haría quando fuesse amenazado?, ¿y qué esperança podía tener en él la amada señora, si del peligro de su vida tuviesse necesidad? No deviera el simple de sufrir que Amor en su pecho assentase, ni por temor desistir de la grande empresa, mas con perpetua diligencia y con los braços abiertos demandar merced, la cual nunca se desvía de quien con entera fe la pide. ¿No vemos muchas vezes en los desafíos el vencedor perdonar al vencido? Pues si aquesto es assí, ¿qué emos de pensar de una generosa, delicada y hermosa donzella, que pudiesse hazer otra cosa salvo dar paz y consuelo al perseverante amador? Si él assí continuara²⁹⁰, yo fío que el nuevo competidor fuera vencido. E lo que ella hizo fue por encenderle a más rezia solicitud.

»Por ende, no a la señora, pero al poco saber del mancebo la culpa y daño con la infamia se deven atribuir, porque se juzgó por indino de los rescebidos favores, los cuales no convienen a hombres de poca memoria.»

No de otra manera estava la angélica Delia que la Reina de Carthago a las llorosas conmemoraciones del piadoso troyano, y humana piedad del despedido cavallero a la memoria le ocurrió, y con gran cortesía assí respuso:

²⁹⁰ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: continara

Delia humanamente respondió.

Capítulo XLIII

«No porque a la dulce fuente de Helicón o de Parnasso jamás con mis labrios aya llegado, ni porque Amor su ardiente hacha en mí exercitasse començaré mis razones, pero por ser inclinada adonde, a mi parescer, justicia y piedad tienen el ceptro. E si en alguna cosa, oh sabia emperatriz, fuere prolixa o de otra forma lo sentiere, no sea atribuido a mala parte, porque la opinión no riesga la amistad.

»Liberalmente concedo que Amor puede encender, amatar, comover y alterar nuestras ánimas a su alvidrío. Pero que al apasionado cavallero no le sean devidas las sempiternas gracias... quien aquesto negasse sería una denunciación de la divina justicia. E assí nos lo induze la natural razón, que todo nuestro obrar voluntario o es pecado o virtud. Pero presuponiendo (como es de creer y conceder) que con firme y determinada voluntad el mancebo se aya dispuesto a la amorosa servidumbre, y en ella perseveró hasta en tanto que a Amor y a la señora plugo, y si por sus secretos mandamientos (querer contrariar aquesto sería una cosa vana y ociosa) él se ha desviado, ¿por qué es obligado de sus tantos trabajos perder el premio?

»Amor el corazón de la donzella resfrió, sus servicios con disfavor despreció. No fue en mano del amator tornarla a encender ni conservarla en la passada gracia sin consentimiento de Amor y de la señora. Y por esto el mancebo no es en culpa, porque a ninguna determinación y afrenta perdonó hasta que al reconciliador del universo le plugo de traerlo de sí. Razón es que de tanto trabajo deva hallar merced. ¿No vemos nosotros al eterno Dios por los sufridos trabajos pagar con mayor premio de lo que han merecido nuestros trabajos, no por obligación, pero por voluntad dispuesta y ordenada?, ¿por qué ha de ser privado el cavallero a que no resciba premio o le queden en obligación? Aquesta mesma razón contraría a la amada señora, a la cual si más le agradó servirse del segundo que del primero, en quanto le ha dexado el lugar, le ha hecho aqueste grato servicio, y a ella conviene una natural y perpetua obligación, y queda deudora a alabar la tanta constancia y virtuosa costumbre del cavallero.

»El sucessor, por ser hecho de tan gran bien poseedor (salvo el juicio de quien lo contrario siente), le queda obligado. Pero no oso delante de tan discretas señoras querer determinar allende de lo que al muy grave juicio de nuestra alta emperatriz parescerá conveniente. E porque ya de oy más Phebo con el primero cavallo va al alto monte, me parescería bien dirigir el camino para lo que principalmente somos venidas. Pero para que todas quedemos satisfechas sépasse la determinación, la cual se conserva en el pecho de la sabia emperadora.»

Ginebra emperatriz definió la propuesta cuestión.

Capítulo XLIII

«Discretas señoras y damas, devéis de saber que cualquiera cosa deve de ir al devido fin con medios proporcionados y convenientes. Amor es una essencia²⁹¹ para gozar, a la cual con trabajos, sospiros, paciencias y incomportables dolores llegan. E quien más pena y sufre es juzgado dino de vitoria, assí como de Júpiter, Alcides, Mars, Perseo y Leandro la historia manifiesta, porque a hombre ocioso ningún premio de virtud jamás le fue atribuido. Por aquesto dize Homero que embió Juno la Iris del cielo al poderoso Agamenón, diziendo que a hombre negociante nunca ocio le convino. Si el mancebo de quien razonava la propuesta novela, aparejado con devidos medios entrara en la pelea de Amor, no uviera dexado cosa alguna que a gozar del celestial amor pertenesciera. E con mil assechanças y peligros y muertes devía la tomada empresa seguir, aunque los cielos le fuessen adversos, porque no ay dama tan cruel que al solícito amador no dé algún contentamiento.

»Mas averse perdido en el camino demuestra que poco del amor de la señora curava. ¿Cuál bovo uvo en el mundo que de una tumba con hierros fuertemente cerrada buscasse de cavar thesoro, si no fuesse con aguda açada y solícito ingenio? Nosotras leemos que la hija de Leda (cuasi contra su voluntad), con importunaciones continas solicitada, a Paris troyano se dio. Aquesta infalible dotrina deviera de

²⁹¹ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: essencia P: ensencia

aprender y seguir el mancebo, y después, si uviera sido forçado, de compassión era dino. Pero si de la señora fuera combidado, assí como de Mirrha, Biblis y Phedra canta la historia, tendría lugar la opinión de la muy dota Delia, mas tanto son aquestas damas rezias de opinión, que primero sufrirían mil muertes que rogar a otro que las serviesse. E aunque son rogadas y procuradas, es dificultoso sacar d'ellas amoroso cambio.

»Por ende, conviene reglar el combate primero de amor, por que allende del extremo trabajo no se pierda con el tiempo el galardón. Cuando tú dizes, oh Delia, que a cualquiera penado conviene premio, no te lo niego. ¿Paréscete poco galardón que por unos breves sospiros aya sido el amante dino de mil dulces bueltas de ojos con algunas breves palabras que a un muerto podrían restituir la salud?

»Y porque ya, señoras, veo a nuestros servidores al oficio de pescar atentos, sea fin por agora a la propuesta novela, con intención de tornar a ella si al Alto Rey del Cielo pluguiere.»

Las damas se levantaron del lugar adonde razonavan, y Astana, con breves y dulces palabras, despidió a Peregrino.

Capítulo XLV

Alçada de los dulces razonamientos, aquella divina compañía, caminando, solazando, templadamente reyendo, hablando, replicando, y cortésmente motejando, por aquella ribera acá y allá discurrían. Yo, siguiendo como pescador, sin ser conocido, me mantenía de aquel celestial manjar, que era una muy suave recreación a mi ánima. Divina cosa me parecía aquel sonido de sus palabras, y bien creo que Amor se las ordenava.

Llegadas las señoras al sacar de las redes y maravillándose de tanta prisión, Astana, con discreta manera, hizo de mí sabidora a Ginebra, la cual con un solo mirar dulce y baxo y sossegado me trespasó hasta las entrañas. Assí que, firme y plantado, como coluna de Hércules en el espeso bosque quedé, adonde di gracias al Amor,

maestro y señor, y de todas las cosas moderador, por el cual todo el universo se rige y conserva, y del cual procede toda nuestra felicidad:

«Yo te suplico como maestro me enseñes, como gobernador me conserves, y como señor me ames. Dispuesto estoy en cualquiera tiempo no a otra cosa sino a servir y obedescerte.»

Discurría mi ánima con la dulce memoria. Repetiéndolo todo, me parecía ser yo solo al que ninguna felicidad se pudiese igualar. En aquesto estando, veo hazia mí venir a Astana con sagazes passos dissimulando. Y llegado me dixo:

«Ve con Dios, que vienen los hermanos de Ginebra con mucha gente.»

No de otra manera en el doloroso corazón la boz se imprimió que a los sentenciados del último suplicio en la cárcel cuando por el pregonero de la pública justicia la muerte les viene manifestada. La ánima, en sí recogida por la fuerza del agudo dolor, puso en olvido los rescebidos plazerres, como si muchos años uviera estado en el portal Letheo. E no fue mi partida acompañada sino de celos, lágrimas, y sospiros. Assí que con gran pena me fue concedido poderme partir, por no me saber desviar de tan gran luz, a la cual quedé como talpa a los rayos del Sol.

Peregrino fabricó una imagen de Sancta Catalina, de dentro de la cual se hizo llevar a casa de Ginebra.

Capítulo XLVI

Ya tres vezes a la posada de Aries era el Sol tornado, cuando de mis trabajos cogí el premio, que fue una recitada nueva. E para vencer a tanta pena, Amor (con exquisita vía y solícito pensamiento) me fabricó en la fantasía una artificiosa máchina, la cual con aquel engaño fenesciese mis ansias, como el simulachro de los griegos dedicado a la Palas. Fengí por la passada dolencia aver servido con una imagen a la virgen Sancta Catalina, la cual era de tanto altor y profundidad, que fácilmente en el cóncavo vientre podía assentado reposar. En el centro estava una puerta con tanto artificio fabricada, que los ojos del ciervo no la devisaran, puesta

sobre una adornada carreta, con aquella muestra de tormentos que para eternal bienaventurança igualmente con el cuerpo la ánima sostiene.

La ciudad, de tal cosa maravillada, procurava de verla y reverenciarla. Estava en aqueste tiempo Anastasia algún tanto enferma, la cual mucho desseava ver la devota representación, pensando poder a la adversa enfermedad por intercessión de la Virgen socorrer. Con secretos ruegos pidió a mi madre que la hiziesse tanta merced que la pudiesse ver y contemplar. Yo, que en otra cosa no estudiava, sin dilación de tiempo, siendo Astana la embaxadora de la tal negociación, la hize assentar sobre la carreta. E sin comunicación de ánima biva entré dentro, a lo cual me ayudó Astana, que de todos mis pensamientos era sabidora. Ella, no menos desseosa de servir que yo de ser servido, me dio la fe de ponerme en un lugar seguro adonde con reposo podría descansar hasta en tanto que de ver a Ginebra oportunidad se ofresciesse.

Dada la orden, después de algún espacio fueron uñidas las mulas al carro que me llevaron a la casa de Ginebra, adonde fue depositado en el tiempo devido en la estança que me prometió. Los suyos y la vezindad, maravillados, apressuradamente venían a la veneración de la imagen: cuáles sobre la carreta subían, cuáles delante, cuáles detrás, cuáles de lado. De forma se juntavan, que me parecía ser visto y palpado: uno loava el maestro; otro, la arte; y otro, la autoridad con grandes loores proseguía. Acabada la devida veneración, todos a sus posadas se retruxieron.

Cerrada la cámara, cueradamente, cerca de la medianoche, con grandíssimo silencio vino a mí Astana y, abierta la portezica de la estatua, me sacó fuera, y assentados razonamos con cuál vía se pudiesse engañar Ginebra a que fuesse contenta en la propia cámara de oírme. Grave, dificultoso y quasi imposible pareció a Astana assí de improvisso saltar a Ginebra con tan grande recuesta. Pero bien creía de poderla traer a la ventana del huerto para hazer ciertas oraciones al estrellado cielo, como es costumbre de donzellas quando son de algún trabajo angustiadas, o quando para casarse del Cielo buscan socorro.

Tanto me agradó la astuta invención, que todas las penas passadas se me bolvieron consolaciones. Salido del lugar, me fue al jardín adonde salía la cámara de Ginebra, de la cual salía un olor de gran suavidad. Estava para saltar sobre la cerrada ventana, quando sentí un terrible roído, la puerta de casa con clamores y aldabadas

reziamente fue combatida, y no con menos furor que si los enemigos uvieran entrado por los muros de la ciudad. Todo espantado, con la fiel Astana y no sin grandíssima amargura de ánimo, a mi estatua me vuelvo. La gente, desvelada, desciende por entender la causa de tantas bozes. Respondiéronles el hermano menor de Ginebra por amores de su amiga estar alanceado.

Más seguro de la muerte que de la vida, fue traído a casa. Atónita y turbada por la tan gran pérdida, toda su gente con llantos y gritos hazía ressonar el cielo, en diversos ejercicios todos entendían. Cuál al médico, cuál al cirujano, cuál con yervas y otras cosas a la salud del cuasi difunto procurava. Ginebra con hervientes lágrimas y afetuosas plegarias, postrada delante de la imagen, por el hermano rogava y amargosamente se dolía de la variedad de la Fortuna, diciendo:

«¡Oh soberano Júpiter! No soy yo la que al tu sagrado reino juntamente con los gigantes puse el cerco, ¿por qué me fatigas tanto? No bastava la maternal dolencia, sin permitir tan forçosa muerte. ¡Saturno, yo no soy la que del reino de tu padre te quitó! ¡Oh santa Venus, yo nunca la artificiosa red a tus daños y a los de Mars fabriqué! ¡Oh roxo Apolo, no soy la que el hijo de vida te privó! ¡Oh Mercurio, a ninguna tu osadía fue assechadora! ¡Oh Luna, de tus largos amores yo nunca te turbé! ¡Oh guardas infernales, ni al gran Hércules, ni a los fieles compañeros para despojar vuestro reino jamás di favor! ¿Por qué avéis assí conspirado contra mí? Mirad en cuánta desventura me hallo. La madre enferma, el padre angustiado, el hermano muerto, los servidores desconsolados. Y yo, de todo plazer desterrada, ¿qué he de hazer?

»¡Oh Dios, acuérdate de mi tierna edad! Yo por mí ni valgo, ni sé, ni puedo. E si tu favor no me socorre, más que la hija de Niso seré corrida. Nunca vio Hécuba con tanta tristeza la destrucción troyana, ni la cruel muerte de los hijos.»

Escuchava yo el llanto de Ginebra. E tanto más el dolor me crecía, cuanto menos palabra alguna para su consolación le podía responder, mas como muerto de cualquiera meneo que algún sentimiento pudiesse dar, me retraía. Principiándose la manifestada muerte, hasta en tanto que Phebo los sus rayos recogió, todos aquellos que a la casa de afinidad o benevolencia o cualquiera grado de parentesco tenían de manzilla juntamente a dolerse venían. Yo no menos medroso estava que los que el cavallo formaron, el cual al reino de Príamo el último llanto dio. No era menor el

concurso de la gente en aqueste tiempo a casa, agora por la llorosa muerte, agora por la visitación de la imagen, que solía por el camino ir cuando algún triumphal carro a Roma llegava.

La raridad tanto del comer quanto del dormir, con la entrañable tristeza a tal extremo me avían traído, que más respirar no podía, quando Astana, de virtud interior comovida, salidos todos de la cámara, algún tanto de mantenimiento corporal me dio.

Ginebra guarda el cuerpo de su hermano.

Capítulo XLVII

Ya passava Phebo al ocidente quando la amarilla y temerosa muerte con la mortal saeta el corazón del hermano de Ginebra passó, assí que, no menos desdichado que azedo, a la Natura concedió. Nunca en Troya fueron tan llorosos llantos: todo el cielo ressonava de aquellas dolientes bozes. Yo, que a mi señora con otra cosa no podía socorrer, solo, triste, encarcelado, llorava.

Ordenado el mortuorio, tomó por consejo Ginebra de ser aquella noche sola guardiana del cuerpo muerto, por poder sin árbitros con mayor arroyo de lágrimas sacrificar a las tristes sombras fraternales. Y ya estava puesto silencio en casa, y eran en olvido la imagen y el autor y la sanctidad, por el sobrevenido pesar. Astana discretamente vino a mí y me dio por consejo que diesse lugar a la tristeza porque en los llantos no concordan bien las canciones. E trúxome a la memoria que con mi carta por Viante quisiesse visitar a la llorosa Ginebra, porque no sería de menor consolación que la presencia. Paresciéndome el consejo más nescessario que voluntarioso, lo acepté. E haziéndolo saber primero todo a Viante, assí le escreví:

Peregrino le escribe una carta de consuelo por la muerte del hermano.

Capítulo XLVIII

«Eurípides, oh única mi señora, de la humana flaqueza disputando, concluyó nuestro bivar no ser mas tiempo de una hora. Y Demetrio Phalerio dixo no ser más de un momento. Y el mantuano Homero, breve y que nunca se cobra llama a nuestra vida. Y el principal de la elocuencia, Quintiliano, clamando dixo: «Oh mísera nuestra mortalidad, ¿qué aprovecha por muchos años bivar y retener por tiempos infinitos la ánima en la cárcel del cuerpo pues que nuestro bivar no es mas de un día? ¡Oh cuán discretamente el psalmista lo manifiesta diziendo: “Los días del hombre son como heno y flores, que luego se secan”! Pues, ¿cuál discreto entendimiento tuvo en mucho las cosas que son de poca valía? No es la muerte la que se teme, pero el temor d’ella, el cual procede de aver ofendido a Dios. Por aquesto quien del pecar se desvía, del temor se aparta. Aquellas cosas son de temer que de la natura son ajenas: ¿qué cosa es más natural al hombre que la muerte, la cual el divino Platón escribe ser el más pequeño de todos los males? ¡Oh Dios, qué cosa es más justa, más igual, más sancta y de menor reprehensión dina! Aquesta junta lo que el mundo aparta. Aquesta es aquella que a todos los mortales haze iguales, para con la cual no ay distinción alguna de dignidades ni personas. A ésta, llamando el doctor de las gentes dezía: “Desseo mi resolución y estar con Christo, por cuyo medio van a el”.

»Aqueste es verdadero, firme y no dudoso camino de dessear. ¡Oh cuán sabio es y prudente quien a la nescessidad haze bolver la cara! Y pues que la orden fatal a morir nos constriñe, ¿a qué son nuestras lamentaciones, quejas dolores y lágrimas, por las cuales, si desviarse pudiesen nuestros pensamientos, en más serían tenidas que orientales perlas? Pero llorando a tres cosas ofendemos: a Dios la primera, que tal ley a Natura dio; y a la ánima del defunto, como invidiosos de su bienaventurança; la tercera, a nosotros mesmos que, sin esperança de fruto alguno nos atormentamos.

»Señora, la Fortuna tanto de nosotros se conoce quanto es favorable. E por ventura, según su variedad uviera traído a más desdichada muerte a aquel por quien en vano te fatigas. Por ende, da gracias a Dios y a Natura, que te han librado de

aquesta congoxa, en la cual fueron metidos Agamenón, Menalao, Archiles y Horestes. E si ausencia del amado hermano te enoja, tanto más te deve consolar la esperança de la verdadera inmortalidad de la ánima, a la cual todos los naturales y de buena fe y opinión consienten. Gabieno, embiado del Infierno por ruego de Sexto Pompeo, muchas y varias cosas le anunció. Platón el divino nos amonesta que no devamos ofender los pueblos, porque las ánimas de sus padres no tengan inclinación alguna contra nosotros. Claro se lee que las ánimas de los marianos solicitaron y turbaron a Sila. E si al trágico creemos, las sombras comovieron al furioso Horestes. El degollado Polidoro por el amor de la patria aconsejó que uviessen la cruel y avarienta playa. Archiles con instantes plegarias demandó que la real Polixena por vengança le fuesse sacrificada. Manifiestos exemplos nos da assí la antigua como la moderna escriptura la ánima ser inmortal, y pues que assí es, devíaste de alegrar que la ánima de tu hermano fuesse salida de la tenebrosa y cruel cárcel por morar con aquel que para su criación puso toda su diligencia.

»Pues, cobra, señora, las debilitadas fuerças, no turbes aquesta tu belleza, no prives la patria de tan gran tesoro. Guárdate a mejores usos y acuérdate entre aquestas miserias mortales de mi servidumbre. Y lo que la grossera mano escrevir no ha podido satisfará la fe de la presente portadora, la cual ruego a Dios que torne consolada. Queda señora en paz y ten memoria de dos cuerpos en una ánima.»

La escripta carta fue llevada a Ginebra por Viante

Capítulo XLIX

Esripta la carta y confiada de la fiel Viante, no menos diligente que sabia se representó a la común consolación de casa. Y hecha primero reverencia a los tristes padres, con diestra manera se retruxo a la parte adonde Ginebra, llorosa, assentada estava. E hablando de la causa de su tristeza, la persuadía a que se consolasse, porque tal era el curso del mundo, que de la muerte nadie puede huir. Después, con sossegada boz, le hizo saber el rezio dolor que su enojo avía rescebido, y que cosa en el mundo no me podía ser de mayor pesar que verla consumir entre sospiros y llantos, lo cual es señal manifiesta de poco coraçón: nunca leemos persona

magnánima por semejantes causas aver derramado lágrimas, y pues que era señora de singular ingenio, devíase de mostrar tal cual la Fama la publicava. Y por los efetos y dotrinas se comprehendía, y quando por otro respeto no lo hiziesse, mirasse a mi fe y a la leal servidumbre:

«Lo cual por la presente carta te suplica que hagas, lo que haziendo por presencia, le sería más grato y conveniente. Mas pues que el cielo contraría a este onesto desseo, seas contenta leer el consuelo de la passada muerte. E quando fueres restituida a más alegre vida, te acuerdes de darle algún favor.»

Dada y aceptada humanamente la carta, retrúxose a la cámara, adonde, después de leída (y no sin lágrimas), assí me respondió:

Ginebra responde a la carta de Peregrino.

Capítulo L

«Dulce y apaziblemente, oh singular amigo, he visto tu carta y he sabido lo público y secreto de tu embaxadora. E por tus exhortaciones con todas mis fuerças pondré fin a tantas lágrimas, pues que a Dios assí le ha plazido. De cuánto dolor y trabajo sea la perpetua pérdida de los amigos exemplo nos dan Phéniz y Chirón. Los cuales, después de la muerte del amado discípulo, no quisieron más bivir. Y el viejo Laertes, vista la partida de su hijo Ulixes, dexó los reales palacios y fuesse a una alquería. Sila, de dolor amargoso comovido, después de la muerte de su compañera y muger Metela, por más honradamente hazerle el mortuorio, reformó la ley que él avía ordenado cerca de los gastos de las honras. Si tantos famosos hombres han llorado y por rezio dolor han dexado la vida, yo no puedo tan fácilmente apartarme que no caya en uno o en otro.

»¡Oh tiempo cruel! ¡Oh día de aziago²⁹² y lleno de miseria! ¡Oh cruel y desastrada muerte y de todas maldiciones digna!, ¿por qué tan sin tiempo en aqueste cuerpo entraste? ¡Oh ánimas elegidas, no me desechéis, pues que de ir a vosotras soy

²⁹² P, Lon, Vie, Lisb, Mun27: día de aziago. Caviceo emplea un polifilescio *giorno erumoso* (ed. cit., 120).

contenta, por no estar en el peligroso mundo sobre el cual fielmente ninguna cosa fundarse puede! Pero todavía te lo tengo en merced y ruego a Dios de aquel consuelo que a verdadero y amado amigo conviene.»

Peregrino con nuevo ingenio halló un camino seterraño para ir adonde estaba Ginebra.

Capítulo LI

Rescebida la carta, muchas cosas a la memoria se me ofrescieron y temí de algún siniestro accidente, por ser las mugeres de poco corazón, que podría caer en alguna adversa dolencia que fuesse causa de su muerte, y aun por estar sola y agena de cualquiera dulce alegría.

Deliberé con nueva vía de saber lo que en casa se hazía. Ni me aseguré de solicitarlo por Viante, porque su no usada diligencia podría dar cualquiera sospecha; de Astana ninguna cosa sabía. Luego embié a uno mío a que truxiesse la imagen y a espiar lo que se dezía. Agora por la fuerte imaginación, agora por la gran devoción, Anastasia de su enfermedad fue libre. Yo, no menos glorioso por la alcançada merced que si justando uviera quedado por mantenedor de la tela, a perpetuo contentamiento la puse en mi cámara en memoria del celestial don. E aunque el que la truxo rodeó la casa, no fue en su facultad de ver a Astana ni a Ginebra.

Passados los llorosos días, Amor con tanta fuerça los tibios desseos tornó a encender, que la potencia de Neptuno la menor parte no uviera amatado. Astana, cuya solicitud fiel y continua me era gran refrigerio, gravemente enferma en la cama reposava, por donde me fue nescessario buscar otro camino con el cual a poderla hablar me fuesse concedido.

Discurriendo con la memoria por todos los lugares adonde Amor, por hazer pruebas de mí, me avía traído, ocurrióme la estança del vino adonde ya con gran peligro avía estado escondido. E parecióme que estava allí uno como albañar para el servicio de casa y por la poca esperiencia que de geometría en mí morava, no sabía adónde se fuesse a fenescer. Dissimuladamente me fue a un principal edificador, y en

muchas cosas hablando venimos a la particularidad de los albañares que conservaban la ciudad. E díxome que el de Angelo era el más artificioso de toda la tierra y que tenía discurso de mas de ciento y veinte passos. Y que salía al público arroyo, el cual como una puerta se podía abrir y cerrar. Mas, por aver venido en mucha desusança, estava que no se sabía. Con nuestros razonamientos assí passeando, llegamos al lugar adonde con manifiesta sciencia hallé ser verdad lo que aquel oficial me avía descubierto.

Peregrino, queriendo ir a Ginebra por el hallado camino, entró en casa de Petrucio y estuvo con la hija, cuyo nombre era Cinthia²⁹³.

Capítulo LII

La noche (a hurtos y engaños muy conveniente y fiel conpañía) me induzió a querer pesquisar qué fin tuviese el sobredicho albañar. Vestido de una vestidura de cuero y muy calçado, con una lanterna de hierro en la mano, invocada la santa deidad de Cupido, di principio a rodear el lugar, por ver cuál próspero fin a tan grande fuego quisiese poner la Venus. Estava en la entrada una portezica de hierro, y no vulgar, la cual de la antigüedad representava semejança. El camino de ladrillo, cercado de paredes, de hondo tres codos, de anchor algún tanto más. El contino correr de aquel cuajado humor de tal manera con áspero olor tenía el lugar maculado, que allende mis fuerças era dificultoso y incomportable el camino. Muchas vezes de lo principiado quise desistir. Pero conortado del sancto amor y passada una gran parte, llegué a una salida, la cual pensando que era la de mi señora.

Salí del oloroso albañar por no poder de tanta corrupción sufrir la demassía. Despojada la vestidura de cuero y botas, limpiado el sudor, revocados algún tanto los sentidos, miro considerando si era aquella la cámara adonde otras vezes escondido con gran peligro estuve. El apetito, señoreando a la razón, no me permitió discernir la verdad. E assí, sin más mirar sagazmente, abrí la puerta y tomé el camino hazia la

²⁹³ *Lionora* en el original: parece que Díaz quiera jugar con su apelativo y el cinto que traerá la discordia entre Anastasia, Astana y Ginebra.

escalera. Mi corazón, medroso, con diversos estímulos vagaba y más que nieve al sol se consumía.

Agora una cosa, agora otra, con confusión en la fantasía se me representava celos, poquedad, osadía, temor de infamia, lascivia, codicia, fortaleza, discreta razón en el mal: a tanta congoxa me truxieron, que no sabía adónde inclinasse mi corazón. E a mi mesmo dezía:

«¿Cuál nunca oído y furioso deleite en cuerpo humano jamás tanto pudo y valió que pudiesse a un hombre guiar a tanta maldad? ¡Oh cuán nescio es quien responde a quien no le llama! ¿Sin hazerlo saber a mi señora serás tú osado con obras solicitar su casta cámara?, ¿y cuál amor no se quebraría?, ¿cuál amistad no se desataría?, ¿cuál paciencia lo podría sufrir? Ginebra con dificultad te ha oído de día, ¿y crees tú que te ha de oír de noche?, ¿y adónde? En la cama. ¡Oh mal considerado pensamiento, oh gran grossería! El tiempo lloroso no es conveniente a estas cosas.

»Seré cuerdo... ¿en qué manera? Hablaré con Astana... está enferma, bien lo sé... por esso mejor, que estará velando... espantarse ha... tornando en sí, fácilmente se escusará atribuyendo la culpa a la furiosa dolencia... seré oído... hablaré passico... seré visto... la noche es oscura... no podré entrar... ¡cuando otra cosa no pueda, será señal aver venido, por que sepa que ni me falta diligencia ni amor!»

Diziendo assí, temía y no sabía de qué. La ánima, de su futuro mal adevina, me compelió a buscar lo que no me era conocido. La tiniebla muy profunda me hazía osado.

Subida la escala de mármol, entro en una cámara adonde estava una multitud de pergaminos artificiosamente puesta, en la cual, con mis pechos topando, con tanto estruendo la derroqué, que parecía un terremoto. Mas los corazones, del profundo sueño ligados, no sintieron el roído. Yo, por oír si movimiento alguno en casa se hazía, paréme. E todo temORIZADO a todas las cosas ponía el oído: estoy atento, miedo me saltea, Amor se me llega, razón se desvía, la fuerza falta, la flaqueza cresce.

En tanta variedad perturbado, determiné de bolver atrás. Guiado más de los pies que del juicio, entré una sala adonde las señoras sin temor ni sospecha altamente dormían. Estando en mí, oyo los dulces y suaves sueños. Estiendo la mano, siento la cama, allégome, pongo atento el oír a la vista de quien gravemente dormía. Comprehendí que rezio sueño la tenía sojuzgada. Con la sagaz y sensible mano

palpando, hallé dos encarnadas perlas que de las de mi señora semejança representavan. De nada favorecido, pago al Amor las devidas gracias que assí, vagando y fuera de mí, me avía traído a tan desseado lugar. A la ora, con humilde y baxa boz digo:

«Despierta un poco, mi alma, no duermas tanto: yo soy el tu fiel servidor. Levántate de aqueste sueño, mi vida, ¿por qué duermes tan sin cuidado? No es este uso de enamorados, tan profundamente reposar.»

Eran acompañadas las palabras de dulces besos y estrechos abraçados, teniendo por cierto ser las razones superfluas adonde las obras quieren ser prestas. Porque muchas vezes es costumbre de señoras de negar hablando lo que el coraçón dessea, ya desnudo reposo y huelgo entre aquellos delicados braços, y comienço:

«¡Oh Dios, tengo en mis manos la blanca paloma, la dulce presa, la paga de mis trabajos! ¡Oh dichosa noche, que de un muerto has hecho un bivo! ¡Oh maravilloso espejo de mi ánima! ¡Oh mi felicidad, oh inestimable ganancia!»

Deziendo assí, di las velas al viento y con la nao embrocada, herí una peña que fue dificultosa al passar. El guardián de la roca, sintiendo la barca armada, revocado el espíritu en acto y potencia, buelto a mí con los braços al cuello quiso hablar, quando una servidora despertó mostrando tener algún sentimiento de nosotros. Muy más constreñidos estávamos, sin habla circunligados, como ramos enxeridos.

«¡Oh bienaventurança incomprehensible, oh ánimas vagantes por los Campos Elíseos, no es nada vuestra gloria, ninguno es vuestro contentamiento según el que yo siento! Aquesta es la verdadera celestial harmonía. Aqueste es el sagrario de todo firme y perdurable deleite. Veníos a mí, ánimas desconsoladas que sin fruto de amor de aqueste mundo os avéis ido. Y de mi gozo toma parte. Dios os conceda aquella salud y holgança que mi ánima siente.»

Cinthia, viéndose engañada del falso amador, gritó, y Peregrino, por la vía soterránea huyendo, se escapó.

Capítulo LIII

Ya comenzaba la parlera y vana golondrina del nuevo día pronunciar la venida, cuando doblados los besos así habló la señora:

«¡Oh mi Eliseo, única esperanza al afligido corazón. Pues de mí estás contento, yo te suplico que satisfagas a la prometida fe.»

Aquesta palabra me traspasó el corazón y, por tomar tiempo para la respuesta, enbrocada la vela, con estrechos abrazos navegué el mar. Y entre mí decía:

«O Ginebra esta presa de otro amor, o yo he errado la cámara. Si hablo seré descubierto, y no sé adónde ir. Callar no puedo, siendo preguntado. ¡Oh sancta deesa que por Adón penaste, socorre al mísero caso!»

La dama (cuyo nombre era Cinthia) con besos entre los labrios impressos así me dize:

«Señor mío, ¿cómo no hablas?, ¿por qué estás mudo?, ¿cómo tardaste tanto?»

A la hora, con boz ronca y quebrada, le quise contar una historia: ni primero formé la habla que toda espantada embiasse un gran grito, diciendo:

«¡Ay triste, que soy vendida!»

E no de otra manera huyó de mí que una assaeteada cierva del caçador. La criada, luego que entendió las llorosas queexas, a altas bozes clamó:

«¡Oh malvado violador de honras ajenas! ¡Oh nephario salteador de la santa virginidad, que tan desvergonçadamente vas la cámara de las castas donzellas solicitando! ¡Levantaos moços! ¡Armas! ¡Armas, que el ladrón está en casa! ¡Fuego! ¡Fuego, todos le quemén y abrasen! ¡Todos vengan y socorran! ¡Prended al traidor, haze d'él tal estrago cual meresce su estragada vida!»

La gente, medio dormida, cuál las armas, cuál fuego en las manos para mi mal traía; la casa, llena de horribles clamores y quexosas bozes, como si Vulcano de todas las partes la encendiera, contra mí se opuso. Tomando mis vestidos, rogando invoqué al Amor que en tantos peligros me favoreciesse. Y así, de lugar en lugar huyendo, decía:

«¡Oh mi singular amparo, oh entrañable espiculador de mi corazón, oh perdurable testimonio de mi fe, oh sancto socorro a tus fieles siervos, hazme de tu amor dino! Muero, como tú vees, sin culpa. Señor, que del mar a Leandro tantas veces libraste, y a Jasón la dichosa buelta concediste, y al amansador de las gentes la descendida al reino de Dites no negaste, y al gran troyano de la barbárica assechança salvaste: ayúdame.»

Parescióme oír una boz que dezía:

«Amor es tu fiel adalid.»

Conortado de la divina santidad, tomada mi espada y assí en camisa, por acá y por allá rodeado, sin ser ofendido ni conocido, me retruxe a la puerta del albañar, a la cual abaxé con tanta priessa, que olvidé allí un jubón de cuero²⁹⁴. Lo que quedava, apressurando truxe conmigo, y de los ojos de los perseguidores como sustancia apartada desaparecí. El jubón, por ser cosa estrangera y nuevamente venida, dava alguna muestra ser yo, por averlo primero usado. Estava una donzella en casa que porfiava conoscerme. Ira y desdén y infamia armaron a Petrucio, padre de Cinthia. Y de mí quexándose a Dios, a la presencia del justo monarca me hizo citar, y tal quexa contra mí cruelmente denunció:

El padre de Cinthia denunció de Peregrino al señor de la tierra por la adulterada hija.

Capítulo LIII

«Justíssimo monarca, embaxo de cuyo imperio la recta justicia todas sus fuerças retiene: de tu muy excelente presencia entero juicio y varonil mansedumbre proceden. Rescibe con tu propia clemencia las graves ofensas del tu fiel súbdito y ten aquel cuidado al cual te obliga la dignidad de tu estado, para con quien de cierto sé no aver acepción de persona alguna que de la onestidad desviarte pueda. Por ende, me será lícito y concedido esperar tu muy justa sentencia en mi favor declarada.

²⁹⁴ Unos coturnos traídos de Grecia, en Caviceo (*ed. cit.*, p. 124).

»La mucha claridad, oh muy famoso monarca, me compele a mirar por mi honra, porque ligeramente se cree lo que se teme. Aqueste maestro de engaños, sembrador de todo mal, posada de deleites carnales, infamia de tu estado, confusión del casto y sancto bivar, pestilencia universal de nuestra juventud... digo de aqueste mal hombre de Peregrino: aquesta noche armado fue visto en mi casa (ni sé si por hurtar o por infamarme con perpetua infamia) y de su venida y huida haze provança el olvidado jubón, y el testimonio de una mi criada, que en semejantes cosas se deve admitir. E porque, príncipe invencible, las casas de los nobles no solamente deven ser desviadas de efetos que los puedan traer desonra, pero también de sospecha bivir libres (assí como de sí mesmo lo testifica César contra Clodio), y aunque el malvado concepto no tuviesse el imaginado fin, no ay razón para que por el desseo no deva de ser condenado. E assí, como sin consideración ha despreciado la honra de su excelencia y quebrado la ley, desonrado la patria, ofendido la vezindad, violado la amistad, con aquellas mismas condiciones deve ser castigado.

»¿Cuál rufián, cuál ladrón, cuál adúltero y infame, cuál omicida a este traidor compararse podría? He aquí cómo tan sin vergüença la virginal castidad escandalizó. Para con este la desvergüença es virtud, el carnal apetito es virginidad, la fraude es fe. La traición es inocencia y el furor es clemencia. ¡Oh osadía nunca oída, a medianoche venir a violar la casta cama! ¡Cuál malvado y capital enemigo no tuviera algún piadoso respeto! Hércules de la crueldad de la marina bestia libró a Esiona y restituyóla al padre. Alexandre, vencedor de Darío, aviendo piedad del estado virginal, humanamente guardó las hijas. Scipión Africano a la cativa dama, por no macular el don de la castidad, haziéndole muchas mercedes al nuevo esposo la embió. ¿Para qué es andar por muchos exemplos, los cuales para con aquesta muy suzia alimaña no tienen lugar alguno?

»Demuestra, señor, y haz que sepa el mundo que moran en ti prudencia y diligencia, y que tienes excelentes oficiales, fuertes y sabios regidores, armas, cárceles y devidas penas. E juizios para semejantes malvados. E assí se conoscerá tu resplandor y gran claridad.»

Acabado el razonamiento, el monarca, con semblante algo menos que humano buelto a mí, dixo:

«O de tan gran fealdad te salva, o sey dispuesto a sufrir lo que mandan nuestras leyes, por que passe en manifiesto exemplo a todos los que la honra de sus ciudadanos desprecian.»

Aquestas agras palabras, templadas con la dulce pronunciación, no me passaron tan profundamente el pecho que mi vigor en alguna parte a la defensión faltasse. Y acordado del divino socorro, con humildad respondiendole, assí comencé:

Peregrino con razones evidentes se defiende y prueba aver sido alguna visión que viesse en sueños su hija.

Capítulo LV

«¡Oh alto monarca! Confiado de tu justicia y de mi inocencia, no he temor de las falsas acusaciones de hombres desvariados, y si Dios de su gracia me haze merescedor, parésceme comprehender que Petrucio sueña. Y cuando pusiere la mano en su corazón, considerará que siempre de su honra y provecho he sido solícito, y su amistad he tenido.

»¡Ay, ay, Petrucio! ¡Ay, triste querella! ¡Ay, título de infamia no considerado! El justo juez no castiga las quejas de burlas y falsas lágrimas llenas. Son muchas cosas, Petrucio, adonde devría bastar cerrar los ojos, bolver la cara, callar y maravillarse, pues que el dezirlo no aprovecha. David el Sabio supo la corrupción de su hija y calló, cuyo exemplo imitó Tancredo Tarentino. De los modernos no hablo por no ser juzgado semejante a ti. Guarda a tus exclamaciones, cierra la vergonçosa boca, pon freno a tu desmesurada lengua, no infames a ti mismo, no desonres tu casa y a los que de ti vinieren. No desflores la honra virginal, la cual ha de ser más pura que el Sol.

»Agora, cogiendo alguna parte de tus denuestos contra mí, con razones te mostraré el contrario, y por ti mesmo confuso, saldrás de aquesta opinión. Siempre, oh invencible monarca, de paz sossiego y concordia he sido autor y conciliador y favorescedor. No sembrador de nuevos odios; antes, de los antiguos muy diligente remediador. E hasta agora onestamente he bivido, como a toda la ciudad (a la cual

llamo por testigo) es manifiesto. E quien no sabe mi vida es rústico, quien la niega es perdido, quien la calunia es maldito. Oh mi Petrucio, sabio y discreto, cómo has perdido el seso. ¿Cuál pasión te venció, cuál furia te agenoó de tu verdadero sentido, a poner a mí y a tu casa tan grande infamia? Bien parece que no te son manifiestas las diligencias de los amadores, los cuales en más formas que hizo la encantadora Circes se transforman. Cuántas vezes se toma forma y ábito ajeno por poder atribuir de sus yerros la culpa a otro, o cuántos son los que pecan en baxo del escudo de muchos inocentes. Por aquesto no se ha de creer al jubón. No me acuerdo, oh muy piadoso monarcha, que en algún tiempo fuesse conocido en aquesta profesión de la cual cuánto esté desviado la patria, la vida, la casa, el hábito, la criança, la costumbre responden por mí.

»¿Eres tú, Petrucio, tan desviado de buen juicio que crees que un amator ha de venir a los plazerres de su amada con denominación de su proprio nombre? Para corroborar tu yerro, arguye la grito de las mugeres, prosuponiendo, como es verdad, que quien amando espera no clama ni duerme. Si como amator yo fuera venido, la señora callara. Si como enemigo entrara yo, oviera dexado de mi enemistad eterna memoria. Entró Tarquino a Lucrecia y corrompióla, y ella con el clamor desculpó la tan gran violencia. Cuando semejante caso acaesciera a tu hija, sería dina de misericordia y el agressor, de muerte; mas cree, verdaderamente, que fue en sueños. Nuestra ánima es aguda a mover el sentido por el sujeto y mudarlo a toda forma. E según se halla el sujeto constante y dispuesto, assí le buelven o en temor o alegría. Mira la Dido: dormiendo llora y grita “¡Armas, armas!”; comueve al pueblo, llama a la hermana y después de despierta dize. “¿Cuál cruel sueño me turba?” Tales son, a las vezes, las representaciones de nuestra ánima cuales son los pensamientos, y en aquel hábito parescen las semejanças en el cual las desseamos ver.

»Tú has de saber, Petrucio, que tenemos dos principales en cualquiera cosa que nos acompañan: uno bueno y otro malo. No porque sean de mala suerte o natura, pero según que nos hallan conquinados, muchas vezes nos rebuelven y pertuban, y parece que nos apartamos de nuestro principal bien; lo cual no es assí la verdad, pero es una detestable costumbre en malos hábitos confirmada. E según se halla la criatura bien o mal dispuesta, tales son las fantasías. No es maravilla si a tu hija le ha parecido uno de aquellos principales, el cual, apremiándola mucho, le significasse lo

que su corazón desseava. Porque assí como a los que velan por señas y bozes vienen denunciados los ocurrentes casos, assí a los que duermen por fantasma y imaginación por sus genios les son representados. A Dion, discípulo de Platón, fue denunciada su muerte. Y a Bruto le dixo su genio: “Mañana me verás en los Campos Philipos”. Petrucio, costumbre es de aquestas potencias a tiempos pronunciar lo verdadero y lo falso, por lo cual muchas vezes quedan burlados. E principalmente los niños y donzellas y locos, los cuales por flaqueza caen en grave temor de aquello que piensan ser verdad, y después no lo es. Cuántos hombres vemos de las sombras caídos en dolencia por aver creído ser sustancias dañosas y no lo son.

»Paresce que no entiendes que está en facultad de una sustancia tomar una o otra forma. ¿Cuántos de imaginación pavorosa mueren? Porque la ponçoña de la cosa vista viene a macular nuestra ánima, y sin enfermedad se consume. Aquesta arte de Mercurio de tal manera turba nuestros ojos, que no permite dexar ver ni discernir lo verdadero de lo falso. Al legífero Moisés cuando, para redimir el pueblo judaico fue embiado a Pharaón, mira cuántas transmutaciones le hizieron Jannes y Mambres: y quien no tuviera los ojos puros con sanctidad no los uviera visto. La mágica Circes cuántas vezes transformó los compañeros de Ulisses en diversas formas. Orpheo por tornar a la amada Eurídice decendió al Infierno (adonde habló con el rey Minos) y por su muger le fue demostrada una phantasma. E assí ha acontecido a tu hija, la cual, comovida de secreta inteligencia, ha pronunciado lo que la fantasía le representava.

»Cuando gritavan tú dizes que fue conocido: digo que a los servidores²⁹⁵ no se deve de dar fe sino contra sí. Ni ley ni onestidad lo consiente que en tu favor fuessen a la prueba recibidos. Y del jubón del cual hazes fundamento, verdad es que fue hábito de cavalleros, pero agora ya es de gente común y pobre. Por ventura algún mendigante lo dexó allí olvidado. De buena consciencia sería lo propio hazerle pregonar, o venderle y dar los dineros por amor de Dios. Si yo soy tal cual me llamas, júzguelo quien me conosce.»

El gravíssimo monarca, oídas las partes y hecho silencio, assí determinó:

²⁹⁵ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: servidores *P*: servidoros

El monarca, oídas las partes, interpuso su diligencia para concertarlos, pues que otra cosa probar no se podía.

Capítulo LVI

«Cuánto seamos a la Natura deudores, la cual de onesto y necesario principio toda cosa criada según su especie nos ha dado, cualquiera creo que lo tiene por vulgar y manifiesto. E si queremos discurrir por sus operaciones, juzgaremos en cosa alguna no ser defraudados d'ella. Mirad y considerad de cuánta doctrina y exemplo sea el pobre labrador, el cual sin temor del tiempo adverso todo el año con sus fuerças entiende en la labrança de su tierra. E si de alguna dañosa yerva por el abundante umor la vee frutificar, con gran diligencia atiende a desarraigarla para coger doblado el fruto. Por ende, tomemos exemplo de tal manera corregir y curar nuestras mugeres, para que paran hijos semejantes a sí. Notad la maravillosa doctrina de la muger de la Morea, que estando para defensión de la patria su hijo en el ejército, muertos los compañeros solo bolví a casa, pensando que por aver comprado la salud, por huir, sería más amado y acepto a su madre, a la presencia de la cual, como se presentó, no teniendo otra cosa en la mano, con una teja le mató diziendo: “Ve, mala simiente, indina tanto de la madre quanto de la patria”.

»Pues si cualquiera ha de ser recto juez y gobernador de sus pocas cosas, ¿qué tales emos de ser nosotros que tenemos cargo de pueblos? Y si somos perezosos y soñolientos, mal conviene a nuestros oficiales y súbditos ser diligentes y veladores. Es cosa razonable traer el imperio al grado que al emperador se le siga honra y al pueblo, provecho. Lo cual se haze con dos medios: obediencia y benivolencia. De las cuales proceden el dichoso seguro y amparo de cualquiera reino. Por esso solía dezir Helena²⁹⁶ a Príamo: “Mi amado suegro: yo te amo y te temo”.

»Porque el amor no quiere ser presumptuoso ni atrevido, mas siempre de acatamiento y honra acompañado. E aquí consiste la gloria de todos los señoríos. ¡Oh cuán provechosa es la respuesta de Alexandre de Macedonia! El cual, compelido de sus parientes con mucha instancia a que les dixiesse adónde tenía sus thesoros y

²⁹⁶ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: Helena P: Halena

crescidas riquezas, respondió: “En los amigos”. Nosotros leemos Elvidio²⁹⁷, filósofo y senador muy excelente, aver concluido los muy verdaderos amigos ser instrumentos de la próspera fortuna. Cuántos honrados, grandes señores y poderosos reyes por la maldad y desvergüenza de los desleales malos y fengidos amigos han venido al extremo de toda miseria. E a questo acontece las más de las vezes por la mucha clemencia y paciencia de los señores que a quitar de sus huertos las dañosas plantas tardan y emperezan. E assí como la justicia, liberalidad y fortaleza de ánimo son virtudes que conservan todos los señoríos, assí la mucha livianidad, superfluidad y destemplança obran el contrario.

»Por ende, Peregrino, a ti solo llamo y contigo solo lo he. Lo que no puede el castigo satisfagan los exemplos, con los cuales te aconsejo por tu provecho y nuestra honra quieras inclinar el corazón a onesto bivar, por que te conserves en tu dinidad y cortesía. Ulisses de la hija de Atlante con mucha instancia fue rogado a que se quisiesse con ella detener, prometiéndole por premio la inmortalidad. Antes escogió el hijo de Laertes morir buen mortal que con infamia entre los dioses ser reputado. Y si extrema necesidad de los compañeros no le compeliere a gozar de la Circes, nunca con ella se viera juntado. Si el acatamiento de la prometida fe a su Penélope, por tantos años ausente, fue de tan grande eficacia que pudo templar al vagabundo Ulisses de los deleites de la tal reina, cuánto más ha de ser a la patria, a la cual después de Dios de todas las cosas somos deudores.

»Yo, por cierto, no juzgo alguna no lícita cosa ser de ti cometida, mas por que en lo por venir de tal modo te ayas, que ningún caso de infamia te pueda macular.

»Tú, Petrucio, socorre con piedad: sé cuánta tristeza trae la honra ofendida, aunque en ti ni en tu gente no ha auido cosa de desinfamia, pero fue sospecha que a esto te movió. Despide aqueste enojo por poder más limpiamente bivar. E acuérdate que es propio de magnánimo y invencible ánimo en los dolores, trabajos, tribulaciones y injurias presentes no pensar ni cometer cosa alguna. E quando el contrario de aquesto hiziesses, assí como somos piadosos señores, seríamos ásperos y crueles juezes. E aprended a honrar la justicia, guardar la amistad y amaros unos a otros.»

²⁹⁷ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: el Vidio

Luego que acabado uvo el monarca, fue puesta pena de muerte al que de semejantes cosas en algún tiempo hiziesse mención. Muy satisfechos nos fuemos cada uno a su posada.

Celos congoxaron el corazón de Ginebra por aver sido fama que Peregrino avía sido hallado con Cinthia.

Capítulo LVII

La triste Embidia y oscura moradora del muy baxo valle, jamás alumbrada de claridad alguna, negra, suzia y toda amarilla, teñida la lengua de ponçoña, y del ageno bien siempre congoxosa, soberana dissipadora de mi contentamiento, con sus acostumbradas armas fuertemente herió el muy ligero corazón de Ginebra, de forma que embió a Pámphila, criada de Cinthia, a visitar la enferma Astana.

Estava con ella Ginebra, y procediendo en varios razonamientos le dixo querer servir a otra señora, que no podía sufrir la áspera servidumbre de Petrucio porque se avía tornado furioso, inoportable, enojoso, colérico y terrible, y mayormente por el caso passado. Antes que bien pronunciase la habla, luego Ginebra la demandó qué cosa de tan siniestra fortuna le avía acaescido. Arrepentida la criada, tarde conosció su yerro, y cessó su habla. A la hora le creció el desseo de saberlo a Ginebra, por la privación, que es causa del apetito. Con instantes ruegos la pidió que no le negasse la verdad de cosa alguna. Respuso Pámphila ser de tanta importancia, que sin su peligro no lo podría dezir, pero que le dava la fe como se despidiesse de su señor, le contaría la historia de todo.

Ginebra, hecha desseosa y impaciente, con palabras y juramentos la asseguró. Assí que a su habla dio principio: cómo la tercera parte de la noche passada, cerca del último canto del gallo avían sentido un hombre en la cámara de Cinthia. Y según afirmava una donzella, fue Peregrino, contra el cual hazía alguna fe el olvidado jubón. Cosa de gran maravilla que de tantos perseguidores salvo se escapasse, ni qué camino tuvo al venir, ni al salir nunca saberse pudo. Por lo qual a Petrucio le ha

nascido tanto enojo, que cuando por matrimonio en uno no se juntassen, delibera de quitarle la vida.

Aquestas palabras, con la antecedente cualidad, privaron a Ginebra en aquel instante de su verdadero sentimiento, y como llagada cierva de la parlera sierva huyó la compañía, y estuvo hasta que de Astana (que avía bien sentido su pena) Pámphila fue despedida. Tornada, con semblante turbado, dixo a Astana:

Ginebra se aflige con Astana por la traición de Peregrino.

Capítulo LVIII

«¡Oh cuánto emos sido solícitas a nuestro común mal, tú en induzirmelo, yo en aceptarlo! Mira con cuánta fe y limpieza el desleal, malvado traidor, dissimulava el nuestro amor; con cuánta humildad y abundancia de palabras me pedía el vínculo y cópula matrimonial, a fin de traerme en su dañada opinión. ¡Oh gran Dios, con justo juizio has considerado mi puridad de corazón, que no caí en aquella dañosa creencia que suele dañar a quien mucho se fía!

»Y porque las cosas passadas más presto se pueden castigar que corregir, con gran paciencia conviene sufrir lo que a cualquiera su arte concede. Y en lo por venir mas cuerdamente a nuestra costa aprenderemos a entender en semejantes cosas.»

Y después, con los ojos al cielo alçados, llorando dixo:

«¡Oh alto regidor del cielo, o enxalçado Dios, pon fin, te suplico, a tantas ansias y haz que un mal sea fin y no principio de otro! Cuál desaventurada señora a vezes no tiene algún reposo sino yo. Siempre la Fortuna me ha sido áspera y cruel, pestilencial y brava. A otros el fin de penar es alegría, y yo siempre bivo con tristeza. Tiempo sería de oy más de convertir en mejor los tragadores cuidados. Astana, socórreme.

ASTANA.—Deposita el furor.

GINEBRA.—Tarde es el consejo...

ASTANA.—No es tarde lo que bien se haze.

GINEBRA.—Con mucho fuego me encendiste.

ASTANA.—No fue a mal fin.

GINEBRA.—Tú no vees el efecto.

ASTANA.—Creía lo contrario.

GINEBRA.—No es sin infamia a la lengua edad dexarse engañar.

ASTANA.—Llegada eres a tiempo que te puedes salir afuera.

GINEBRA.—De buenos consejos cualquiera es maestro.

ASTANA.—Pues que no son dañosos, aceptarse pueden.

GINEBRA.—A mancha encarnada xabón no basta.

ASTANA.—No te aflijas, por ventura no fue verdad.

GINEBRA.—Claro es el testimonio.

ASTANA.—¿Qué sabe ella?

GINEBRA.—Entendístelo.

ASTANA.—Cerrada fue la prueba.

GINEBRA.—Antes muy patente a quien la siente.

ASTANA.—La razón no lo quiere.

GINEBRA.—¿Por qué?

ASTANA.—¿Cuál dama tan nescia manifestaría su fealdad?

GINEBRA.—Parece que no lo entiendes: descubriólo la donzella.

ASTANA.—O lo sabía o no.

GINEBRA.—¿Qué más?

ASTANA.—Si era sabidora, no es la culpa común. Si no, ella osara contradzirlo.

GINEBRA.—Pero el hombre fue.

ASTANA.—Ni lo sé, ni tengo cargo de esso.

GINEBRA.—¿Quién crees que fuesse?

ASTANA.—Por ventura fue otro.

GINEBRA.—¿Cómo se atribuyó la culpa a Peregrino?

ASTANA.—Por hazer esperiencia.

GINEBRA.—¿De quién?

ASTANA.—De ti.

GINEBRA.—¿De mí?

ASTANA.—Sí.

GINEBRA.—¿A qué fin?

ASTANA.—Teme de tu matrimonio.

GINEBRA.—¿Quién le ha dado sentimiento de aqueste amor?

ASTANA.—El temor.

GINEBRA.—No entiendo.

ASTANA.—¿No crees que Cinthia considera dos cosas? La primera, no aver persona que más la pueda defraudar de su opinión que tú, y aun por verlo algunas veces passar por aquí, avrá sospechado. Y por armar a este miedo, ha embiado la sobornada sierva, la cual con industria ha contado aquestas hablillas que en parte alguna no tienen semblante de verdad. Si notaras las mudança de la color, la boz quebrada, la pronunciación varia, las simples palabras, los torpes meneos, fácilmente lo juzgaras assí. No conviene creer tan de ligero, pero antes desmenuzarlo y acrivallo, y después sentenciar. No te lo digo a fin de verte congraciada con él, mas solamente por dezir lo que razón consiente. A mí me plaze que creas que es un traidor porque tú al trabajo y yo al dolor pongamos fin. Si quieres seguir la empresa, manifiestamente conozco que ha de quebrar por mí: yo sé bien que no es concedido trabajar en cosas que pueden traer hastío y enojo y tristeza porque no se espera otro fin sino triste. Tú sabes que de aquesto yo tuve poca noticia y escusarme quise, por no caer en hoyo de adonde no pudiesse salir. Pero assí acontesce a quien nasce sin ventura, como yo desde el principio de mi nascimiento. Agora mira con cuánta solicitud aya comprado tu desgracia con mi vergüenza y infamia, y si de la ilícita práctica señal alguna a luz viniessse, creo que sería lo último de mi vida. Queda, pues que eres sabia, prudente y humana; de tal modo te gobiernes que ni en habla, ni en meneo, ni en gesto, en cosa alguna te descubras, por que yo desaventurada de las ajenas culpas no padezca el castigo, y siquiera por tanto espacio que de la angustiada cama levantarme pueda para procurar otro lugar adonde sin sospecha ni temor pueda bivar. ¡Oh fe corrompida, oh humana liviandad, oh bondad hecha pedaços, oh mi angélica cara, cómo sin merecerlo te han vendido! Ginebra mía, lloro contigo mi mala fortuna.

En semejantes hablas perseverando, vienen²⁹⁸ entrambas a dos en gran arroyo de lágrimas. Y llegando Anastasia, de entrañable piedad comovida, así le dixo:

Ginebra, llorando, fue consolada de la madre, la cual creía que llorase al muerto hermano.

Capítulo LIX

«Hija Ginebra, ¿hasta cuánto²⁹⁹ has deliberado de poner fin a estas lamentaciones? El estatuto de Dios ni por llorar ni gemir se muda. Perdona ya de afligir aquesta mi postrera edad y piensa por otra vía de consolar la ánima del hermano muerto. Porque la tanta memoria es un nuevo acrescentamiento de dolor, el cual más a quien lo sufre que por quien es sufrido daña.»

Consolada así, la hija, sin bolver la respuesta, embió la madre en paz, la cual se fue a otra parte. Puesto fin al doloroso y salteado llanto, así comenzó Ginebra:

«Astana, sería muy ageno de piedad castigar las agenas faltas en cuerpo inocente. Bien sé que no fue tu pecado ni industria a que yo viniessse a amar. Fue por mía desventura, y por mucho fiarme: ni por cosa que acontezca no quiero que creas ser en parte alguna de mi amor desviada, por averte escogido por fiel, callada y de linda condición. E si para contigo algún tiempo valió amistad o mando, yo te ruego que no hables en despedirte, porque no me sería de menor trabajo que la traición de aqueste malvado y la fraternal muerte. Agora, removida toda pasión que pueda turbar un verdadero juicio, razonemos un poco de aquesta tan gran maldad.»

ASTANA.—Pues que eres salida por agena culpa de tan gran ardor, huye no solamente los lugares, mas aun las hablas por no encender fuego en paja seca. Dexemos a los malos con sus passiones, sea muerto Amor para contigo.

GINEBRA.—Gran tiempo me amó Peregrino.

ASTANA.—Verdad es.

²⁹⁸ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: venimos. La primera persona del plural parece aquí incongruente.

²⁹⁹ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: cuánto. Es calco, por lo demás, de la expresión del original italiano (*ed. cit.*, p. 133)

GINEBRA.—Y con gran fe.

ASTANA.—Grandísima.

GINEBRA.—¿Cómo me ha vendido?

ASTANA.—Natural es al hombre.

GINEBRA.—Muchos amadores fieles se hallan.

ASTANA.—Hagamos ya, señora, fin, por que no sea peor la recaída. Estoy cansada y enferma: ve en paz, Ginebra, y piensa de bivar.

Yo, de todo aquesto inocente, procurava de dar conocimiento a Ginebra de la nueva vía que avía hallado para que juntamente gozarnos pudiésemos. Estava muy afligido por estar Viante ausente, la cual entendía en su hazienda. E Astana era enferma y de otra no quería recibir fe. Trabajo era estar assí, peligroso fiarme. Al fin ocurrióme a la memoria Polibia³⁰⁰, cuñada de Astana, las cuales a un tiempo avían venido de su tierra a morar a la nuestra. Sin más detenerme, me fue para allá y díxele que tenía unas cartas dirigidas a Astana y que el mensagero estava detenido por la respuesta. Por tanto, le rogava que diligentemente se las llevase, porque no hallava otro tan fiel mensagero. Polibia, que de su natural era aparejada a servir, se ofreció a muchas más cosas, yo se lo agradescí. Después le di la carta de aqueste tenor:

Peregrino con una cuñada de Astana escribe a Ginebra.

Capítulo LX

«Señora mía, aquellas que ya fueron la lumbre de nuestra fe no tienen poder para nos ayudar: la una en su hazienda, la otra en enfermedad ocupada. Por tanto, me ha sido necesario usar el servicio de la presente portadora por tener fiel conocimiento de tu estado, y aun de quien a entrambos a dos juntamente rige y gobierna. E porque agora me ocurre de comunicar contigo un alto y profundo secreto, hazme saber si eres contenta de oírme en tu huerto, adonde la ventana nos

³⁰⁰ En el original italiano, *Lena* (*ed. cit.*, p. 134).

dará atrevimiento de hablar, y cuando el cruel y avariento tiempo nos turbasse, yo vendré con el acostumbrado hábito al usado lugar.

»Pues eres discreta, escojo lo que mandares, cuya elección me será agradable y acepta.»

Dada la carta, le encargué con mucha instancia que no la confiase de persona del mundo sino de Astana y, en su ausencia, a su señora Ginebra. Informada assí Polibia, con diligencia a la obra se dispuso. Visitada Astana en presencia de Ginebra, la confiada carta le dio. Con mucha consolación rescebida, le tuvo en merced el mensaje. E le preguntó que quién avía sido tan solícito en aqueste apressuroso caso. Polibia liberalmente respondió: “Peregrino”. Inclínadas las hazes en tierra, Ginebra y Astana no hablaron más hasta en tanto que se despidió la mensajera. A la hora, assí tibiamente començó Ginebra:

«¿Cuál traidor es tan osado de ofender y no temer y venir en fuerças de su enemigo? De grado espero tu parescer.»

ASTANA.—Sin mi participación, pues eres discreta, gobierna tu vida.

GINEBRA.—No busco consejo, pero un familiar razonamiento.

ASTANA.—En verdad que creo que el pobre hombre devanea, pues que en el muy cerrado jardín, adonde a las aves es dificultoso el bolar, quiere venir. Él cree que se puede hazer todo lo que se piensa. Amor le trae, furor le guía, importunidad le vence, desseo le atormenta. Escribiendo lo niega: peligrosa es la prueba, dificultosa la sentencia. Por agora, estén sus cartas sin respuesta: andando el tiempo veremos cómo se avrá.

Bolvió a mí Polibia, y solamente me dixo aver dado la carta. Entre mí mesmo, temeroso, no supe qué cosa pudiesse ser causadora de tan profundo silencio. Temí de nuevo amor deziendo:

«La frecuencia de muchos visitantes avrá³⁰¹ ajenado a Ginebra de mí. Muy dificultoso es guardar lo que de muchos es desseado. Ginebra es hermosa y muy dispuesta a ser amada. Su casa está agora sin sospecha: cualquiera que sea, so color de visitar a sus padres, se llegará, familiarmente hablará, y de las ansias de tantos años en poco momento me privará.

³⁰¹ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: avrán

»O también, por ventura, no se fio de Polibia, o está enojada de mí. Si así es, no lo podré remediar, porque a médico ignorante imposible es el curar. ¡Oh cuánto trabajo es servir a quien presume de sí mucho! Propio es de las mugeres pensar que no ay cosa en el mundo que según su merecimiento las pueda servir: tanto son sobervias, presumptuosas y incomfortables. Ya de oy más voy de vencida, y si Amor no me socorre, yo saldré presto de la vida.»

E así llorando, púseme en oración a Cupido:

Peregrino ruega al Amor que le sea favorable.

Capítulo LXI

«¡Oh Amor, señor de mi vida, vencedor de toda malicia, favorable y caritativo padre, deseoso de todo bien, esforçado, defensor de peligros! Yo te suplico, por tu creída potencia, quieras mudar el concebido enojo de Ginebra en su acostumbrada clemencia y darme tanto favor que en la presente afrenta no desfallezca tu gloriosa mano que³⁰² de tantos fuegos me ha librado y conservado. Por ende, no sufras que para mi daño sean más prompts los amigos que han sido los enemigos.»

Pronunciadas aquestas palabras, con mi secreto pensamiento sentí mi corazón de una cierta alegría rociado, que me fue lícito poder esperar buen fin, y algún tanto conortado así le escriví:

Peregrino, algún tanto consolado, le escribe una carta.

Capítulo LXII

«Señora mía: oficio es de verdadero amigo y servidor juntamente gozarse y atribularse según las cualidades de los tiempos, y mayormente con aquellas personas a quien somos en mucha deuda. Si yo soy solícito, por diversas vías, a querer saber

³⁰² *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: mano que de *P*: mano de

en qué estado está tu excelente vida, no lo atribuyas a mala parte, porque no se dize sin razón: “quien ama teme y siempre duda”. Tengo mucha congoxa, assí con presencia como con cartas, de satisfazer a este tan gran desseo de contemplar aquel divino rostro de donde se deriva todo el curso de mi vida.

»Suplícote, señora, me hagas digno de la demandada audiencia, por que de pecado nunca cometido no sienta la penitencia.»

Escripta la carta con mucha tristeza, de nuevo me concerté con Polibia, a la cual induzí por provecho de Astana, por no despreciar al detenido mensajero, quisiesse llevar aquesta otra carta, la cual era respuesta hecha en su nombre por ver si le contentava. Dificultosamente lo alcancé, pero con mucha templança rogada (pues que claramente suplicárselo no podía), al fin la llevó.

Luego que fue dada y leída, con semblante menos enojoso respondió Ginebra que se aconsejaría Astana, y que después bolvería la respuesta. Tornada Polibia sin otra cosa, veraderamente creí perder la vida. Y assí fuera si no me dixera que Viante era venida, a la cual me fue sospirando, y con calientes lágrimas de mi mal la hize sabidora. Quedó muy turbada, y sin más hablar, se fue a Ginebra y assí le dixo:

Viante presenta la carta a Ginebra y con muchas razones la induze a amar a Peregrino.

Capítulo LXIII

«Ginebra mía, con mucha tristeza te veo en aquestos términos llorosos. E si se ha tardado mi venida, descúlpanla las muchas ocupaciones, la edad y aun el piadoso amor que te tengo, porque ver a los que bien quieren en tantas angustias es una muerte común. Mas pues que assí está ordenado en la alta silla, conviene se armar de paciencia, conformarse con el tiempo: pues que más no puede hazer, es soberana virtud.

»De otra parte, no dexaré de avisarte de tu honra y provecho. Creo que bien sabes que árbol traspuesto las más vezes se seca, porque³⁰³ a cada uno es más natural la propia tierra que la agena. Peregrino está plantado en ti como en su tierra natural, y tiene ya echadas³⁰⁴ sus raíces con tanta firmeza, que con todas sus fuerças no se puede desarraigar. Por razón de amor obligada eres a hazer lo semejante, y quando no lo hiziesses merescerías de no bivar en el mundo. E si igualmente os amáis, ¿a qué son tantos enojos y odio entre vosotros?, ¿cuál Labrador avría tan triste, que tanto tiempo estuviese sin quitarse su huerta el árbol sin fruto?, ¿cómo creéis vosotros con limpieza de amor perseverar, si siempre estáis ocupados con tantos enojos?

»Lo más del tiempo se consume en semejantes burlas. O que lo ames, o que no lo ames: una vez sey contenta de ser entendida. Porque mejor le sería acabar que estar siempre suspenso. Tiempo es que te determines a la parte que más te pluguiere, y adonde tú te inclinares, yo me dispondré.»

Fenescidas las palabras, Ginebra le tuvo en merced su visitación. E después, así començó:

«Si la fe estuviese adonde devría de estar, no sería menester tanto fatigarse. Pero es cosa muy cruel querer que se crea el contrario de aquello que es el hombre. Peregrino en las obras es un traidor, y en las hablas quiere ser reputado por fiel. Viante mía, quando hablas de aqueste hombre desordenado Amor te engaña: mis raíces nunca las quité de adonde las comencé a plantar, y otra cosa no le afirmo. E porque en las cosas odiosas el replicar engendra hastío, hagamos fin.»

VIANTE.—¿Luego por odio secreto o falsa acusación se ha de sentenciar un amigo y ausente?

GINEBRA.—Sí, quando el pecado es manifiesto.

VIANTE.—¿E cuándo por pecar meresció aquesto Peregrino?

GINEBRA.—Él no es niño: bien lo puede dezir, él te responda.

VIANTE.—¿No quieres más paz con él?

GINEBRA.—No digo yo esso.

VIANTE.—¿Qué mandas que haga?

GINEBRA.—Él se aconseje.

³⁰³ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: porque *P*: poque

³⁰⁴ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: echado

VIANTE.—Busca alguna cosa.

GINEBRA.—Revea su conciencia.

VIANTE.—Es muy cerrada.

GINEBRA.—Sí, en los de baxa suerte.

VIANTE.—¡Ay! ¿Qué emos de hazer?

GINEBRA.—Como siempre ha hecho, que sea un traidor.

VIANTE.—¡Oh Ginebra, dale licencia que se presente delante de ti!

GINEBRA.—¿Para qué?, ¿para mentir?

VIANTE.—Antes para verificarse, y sobre su delito podrás fundar el juicio y la sentencia. Hazlo, señora, por evitar muchos inconvenientes que podrían nacer. Apartarlo de ti sería dar materia a creer que procedía de nuevo amor. E aunque bivas mil años, no hallarás hombre que tan sin arte te ame como Peregrino. E por aquesto merece que sea satisfecho.

GINEBRA.—Por servirte le escucharé.

VIANTE.—¿Cuándo?

GINEBRA.—Cuando quisiere.

VIANTE.—¿Adónde?

GINEBRA.—Adonde él escribió.

VIANTE.—Habla más claro.

GINEBRA.—Aquesta noche, y ve en paz.

La airada Viente, creyendo las quejas de Ginebra, no olvidó especie alguna de denuestos que no me dixiese:

«Traidor siempre fueste, malo y sin fe: el fuego del Cielo te consuma. ¿Merescía la hermosura, el estado, la graciosidad, la fe y el amor de Ginebra que siempre te demostró que así la enojasses? No creo que sin razón se queja. Si tú la ofendes, despídete de su amistad. Si no, ve, justificate en aquel lugar que con tanta instancia le has pedido. Y sea aquesta noche, a la ora que mejor te pareciere. Lo que entre nosotras pasó otra vez lo sabrás.»

Peregrino, por mandado de Viante, fue por la hallada vía a hablar con Ginebra.

Capítulo LXVIII

Esforçado con la obra de mi Viante, hechas las tinieblas de la general madre, revestíme el acostumbrado hábito nocturno, y tomo el camino hazia el albañar. Depositada la suzia vestidura y secretamente escondida, limpio las sudosas carnes y todo me lavo con agua de azahar mexclada con agua de almizcle y mosquete y algalia que conmigo entonces traía. Dirijo el camino al huerto, adonde hallé abierta la puerta. Allegado a una ventana de hierro medio cerrada, voy asechando si oiría alguna boz. Ya sobido, sagazmente, con mucho sossiego la abro. Siento un pequeño movimiento, y queriendo dezir con humilde boz la devida salutación, me fue respondido:

«Vete con Dios, que no es aquesta estança de semejantes presumptuosos.»

Subjeto más que un esclavo, repliqué:

«Heme aquí, señora, congoxoso y aflegido y más que muerto, con los braços en cruz, las rodillas en tierra y la cabeça inclinada. Muerte o merced te demando. Mucho detienes el devido socorro. ¿Para qué es, señora, tanta crueldad?, ¿a qué son los disfavors?, ¿para qué tantos enojos? ¿A qué son los continos amenazos?, ¿no sabes tú bien que no solamente a tu presencia, pero aun tu nombre temo?

»¡O cuán rezio es el fuego que siento! Ya veo que hablo a sordo, pido a mudo, ruego a una peña. Aquesta facultad te da la gran llama que me abrasa y consume. Si en algo te sientes ofendida, decláramelo, porque más aparejado estaré a padecer la pena que tú a mandarla. E si te soy fiel, ¿por qué me atormentas?»

Ginebra, secretamente induzida de Astana a la respuesta, con coraçón indignado assí me dixo:

GINEBRA.—Si los efetos respondiessen a las palabras acompañadas de tus fingidas lágrimas, tendría aquella limpia voluntad que siempre retuve. Mas tu reboltosa y traidora vida y depravada opinión dan materia a la mudança que tú vees y pruebas. Por esso no te fatigues, que a todas tus oraciones seré sorda.

PEREGRINO.—Señora, si tu pensamiento es perdurable, hazme merced de la muerte.

GINEBRA.—Sería sacrificio y verdadero jubileo privar de la vida a un hombre como tú.

PEREGRINO.—¡Ay, cruel!

GINEBRA.—Cruel no; justa, sí.

PEREGRINO.—¿Cómo lo puedes juzgar?

GINEBRA.—La prisión, el contradictorio juicio, la corrompida Cinthia son claras y suficientes pruebas.

PEREGRINO.—Yo te conjuro, por tu salud, por el maternal amor, por reverencia de Dios y por mi lealtad, me des tanta audiencia, que a ti y a mí y a la verdad pueda satisfacer.

GINEBRA.—Aqueso sería contar los trabajos de Hércules, y porque el tiempo es breve, de mi opinión te daré certenidad.

Ginebra indignadamente responde a las razones de Peregrino.

Capítulo LXV

»Creo y por cierto tengo que Amor, ceñido de monstruosas Furias, armado de Iras, acompañado de espíritus vagantes para mi tormento con su malvada saeta el corazón me traspasasse cuando la primera vez puse los ojos a leer la fengida carta. Si algún punto de consejo uviera estado conmigo, no deviera dar fe a este mancebo, antes despreciar y destruir su potencia. ¡Oh de cuánta ceguedad es nuestro sentido a pedir socorro a quien para sí no lo tiene! ¿Cuál, si no es fuera de seso y razón, procura sacar çumo de las piedras, sangre de cuerpo muerto? ¿Quién comprará salud en hospital de dolencia?, ¿quién gustó cosa dulce mexclada con assencios? ¿Quién quiso jamás riquezas en la casa de los mendigantes? ¿Quién embalsamará a los bivos? ¿Quién es más pobre que aqueste amargo Cupido? Desnudo, sin vergüença y sin casa, seco siempre, buela sin estar en un ser. E como assehador, de contino a las puertas ajenas está: osado, rezio, sagaz, anzuelo de coraçones, componedor de faltas,

contencioso, engañoso, mil veces al día muere y vive desamparado de todo bien. Infame, cruel, del mal siempre se goza, y del bien se entristece. Con su industria y engañosas promesas a tal miseria trae a quien en él se fia. Paz ni holganza no pueden morar consigo, y de continuo el mísero corazón de tristes pensamientos y amargas lágrimas se apacienta y cría.

»¡Oh cuán desaventurada y mal mirada es la que en aquesta lucha pone el pie! Bien pensé que estaba ya mi vida alegre y reposada cuando tomé de ti tal seguro (como da testimonio la ara consagrada), que ningún temor ligitimamente entre nosotros pudiese venir. No tuve entonces la vida por buena, cuando vino a mi noticia que te avían sentido de noche en la cámara de Cinthia. Por aquesto, claro conozco ser tu amor para conmigo fengido, falso y simulado, por cubrir la secreta amistad de la otra. Pero el muy piadoso Dios tu crueldad con común vergüenza de la patria á hecho manifiesta. ¡Oh muy movable y debilitado nuestro género! ¡Oh nuestro desaventurado estado! ¡Oh muy dañosa nuestra piedad! ¡Cómo somos de vuestras promesas y fees de lágrimas, suspiros y diligencias y falsos juramentos presas y engañadas, y después, al fin, miserablemente con infamia desamparadas! ¡Oh sancta deesa, que tan agramente nuestras ánimas enciendes, y tú, cruel hijo, de quien mi corazón fue llagado! Si heridas de vuestras saetas algún tiempo sentistes, por aquella pena os ruego ayáis de mí piedad. Soltad el lazo, amatad el fuego y sacadme de tanta congoxa, pues que fe y discreción para con vosotros es ya muerta.

»Lloro mi desventura juntamente con Cinthia, cuyo amor alabo y tengo en mucho, por ser dama de mucha nobleza. Y pues que por tu diligencia es desonestada su buena vida, con vínculo matrimonial conviene enoblecerse. Y si te ha sido liberal de la honra y vida, no seas escaso de guardarle la fe. De lo cual tendré aquel verdadero contentamiento que de cosa propia, por que lo que a ella ha acontecido a mí o a otra según la liviandad de vuestra fe pudiera ocurrir. E pues que es humanidad aver compassión, yo te aconsejo que (olvidado otro cualquiera amor) te llegues al suyo. Y ruego a Dios que os dé buen fin.»

Dichas las palabras, puso en silencio aquella divina boca hasta en tanto que yo respondí:

Peregrino contrarresponde a Ginebra.

Capítulo LXVI

«Señora, mayor contentamiento no otorga la Natura al hombre que ver su servicio agradable cuando con sano y limpio corazón es ofrecido. Acordándome del nuestro divino amor, ayudado de tu suave costumbre, no podría satisfacer a tan gran deuda ni a mí mismo cuando desistiese de tu continua visitación. La fiel Astana está enferma; Viente, hasta agora, ha andado en sus labranças; en fe de otro es peligroso confiar sus secretos, porque toda cosa divisa es flaca y inconstante. El estar ocioso es señal de ingratitud y descortesía.

»Por ende, he pensado ser más honra buscar ajeno favor y perder la vida con buen agradecimiento, que de tanto amor bivar olvidado. E si con agudo ingenio he hallado de satisfacer al común desseo, no tienes por aquesto razón de quejarte de mí. Si antepongo mi honra a lo que podría escurecer tu fama, ¿por qué me acusas? Si he tenido en más tu estado que mi propia vida, ¿para qué te quejas? Si quieres sostener nuestro amor, no ayas enojo. Si la gran llama me señorea, ¿qué puedo yo?

»Pluguiesse a Dios que una vez supieses lo que por amarte sufro, porque más mansa que una duenda paloma te me mostrarías. Cierro sabes que en tu voluntad consiste el bivar y el morir. Si tienes enojo de mí, yo te suplico que me lo digas. Y si ha sido alguna falsa relación, ten por bien con ánimo sossegado escuchar con cuánto ingenio y servicio Amor me aya socorrido»

Por dar consuelo a mi ánima afligida, alcançada licencia, no como quise pero como pude, assí proseguí:

Peregrino recuenta todas las passiones y trabajos a causa d'ella en paciencia sufridos.

Capítulo LXVII

«Señora mía: si por adquerir tu gracia deliberasse todos mis trabajos (allende de los manifiestos) contar, si la verdad no me engaña, no bastaría el curso de mi vida. Pero por salvarte de lo que el corazón te apremia y abrasa, con ligera facilidad abreviando, por respeto del tiempo breve, te relataré la causa. Y si del cometido yerro te pareciere tomar vengança, haz como vieres, que como tu siervo te obedeceré. Mayor merced no me podría el cielo hazer que ver y sentir aquesta celestial mano manchada de la sangre de mi corazón. E por bienaventurado en el angélico consistorio me reputaría, si a tu causa mi ánima fuesse de aquestas ansias salida. Pero antes que tanta bienaventurança me sea concedida, ten por bien de oírme.

»En tu bodega, señora, ay, como tú sabes, un albañar que por luenga vía descende en el público alberque de la ciudad, y cuasi a ninguno de nosotros es manifiesto. Con secreto juizio busqué el rastro del lugar. Parecióme ser fácil y oculta y segura venida delante de ti. Después del concedido pensamiento, di principio a la obra. Passado menor espacio que pensava, y no pudiendo de los corruptos humores sufrir más el hedor, llegado a la primera salida, creyendo ser la tuya, salí fuera. Y guiado del ardiente desseo, debaxo de la teniebla nocturna errando, fue traído (más a caso que por industria) en la cámara adonde la hija de Petrucio reposava.

»Pensando que estava contigo, comencé a despertar la adormida dama, la cual, a mis pregarias no respondiendole, junté a las palabras suaves tactos, por los cuales despedido el sueño, y no sabiendo de quién fuesse molestada ni tratada, dio una alta y peligrosa boz. Assí que en un momento contra mí fue toda la gente armada. Y si a mi inocencia el justíssimo Dios no socorriera, ya era venido el fin de mis días. ¿Cuál temerario violador, cuál cruel omicida en tierra de justicia sería osado a tan gran maldad? Ya son muertos los Tarquinius y Clodios, ¿no es la edad de Júpiter transformado?, ¿no la de Mars encadenado?, ¿no la de Mercurio hecho pastor? ¿Cuál señora avría en el mundo tan loca y fuera de sentido, que con infamia y

peligro común bozeasse contra el que avía llamado? ¿Quién espera cosa tan deseada y duerme seguramente? ¿Quién desprecia lo que tanto desseó?

»No creas, señora, que en ninguno de nosotros fue libre consentimiento. Fortuna me truxo adonde no desseava: por ser solícito y diligente no devo yo ser culpado, porque sería gran repugnancia a quien fielmente ama. Tu vees mi claro corazón y la manifiesta causa sin fraude ni engaño. E aunque todas las fuerças de los acusadores del mundo arguyessen contra mí, no serían de tanto precio que adonde supiere de poder satisfacer a alguna parte de mi deuda no atienda con todo mi corazón, aunque fuesse cierto de dexar la propia vida.

»Y de aquesto sey segura, e si de alabança inmortal es digno un caballero, a las armas suficiente, a los peligros prompto y dispuesto, de ánimo prestante y esforçado, en trabajos invencible, sólo por una vil presa, ¿qué devo yo hazer por conservar un tan grande thesoro, que ni mayor ni tal nunca lo tuvo Midas, ni Darío, ni el grande Alexandre? Cree, señora, que es cosa de burla tirar barra, jugar cañas, correr toros³⁰⁵, hazer justas, quebrar lanças, andar a caça, exercitar los miembros, a respeto de lo que un triste amante con el cuerpo y la ánima siempre sufre. No es en mi mano de poderme templar de tantas fatigas, por las cuales satisfago a mí mesmo. Tú eres mi señora, mi corazón, mi ánima, mi espíritu, mi vital potencia. Por ende, si de contino trabajo no es maravilla, el contino obrar es mi yerro; mi falta, el engaño; la fraude, los deleites y plazerres que tengo con la sospechosa señora.

»Siempre he rogado a Dios me dé tanto saber, que me pueda conformar a tu voluntad. ¡Oh cuán trabajoso es echar a quien huye y llamar a quien no responde y hablar a quien no oye! Pero hagan el cielo y el mundo y la Fortuna todas sus fuerças: deliberado tengo a ti sola servir. Aunque de tu gracia me hallo privado: si tardo a venir, acúsasme; si vengo, quéxaste; si me desvíó, eres impaciente; si me allego, disfavorécesme; si me abraso, ríeste; si te ruego, no me escuchas; si te juro, no me crees; si callo, piensas mal; si hablo, no me oyes.

»¿Qué he de hazer? Ando, corro, estoy: en hazerlo por ti no me pena, con tanto que conozca de poder satisfacerte. No seas desdeñosa, ni contra mí sin razón te quexes. Yo te suplico, por aquel poderío divino que al Apolo dio el saber, a Minerva

³⁰⁵ Los entretenimientos en Caviceo son diferentes y, por supuesto, no se menciona la tauromaquia (*ed. cit.*, p. 143).

el artificio, a Júpiter el gobierno y a Orpheo la amada muger hizo restituir, te plega de apartar aquesta crueldad de tu corazón: ¿qué gloria te será sobrepujar el vencido? Poco loor fue atribuido a Apolo por, después de la vitoria, aver dessollado a Marsias. ¿Qué sería, señora, si Thersites con Archiles, y las Musas con las labradoras contendiessen?: no otra cosa, excepto locura. Yo de voluntad te soy hecho siervo: no despendas tu ira en mí. Yo me doy por vencido, pues que mi fortuna te ha dado sobre mí todo el imperio: si me desechas, seráte vergüença; si me amas, mayor honra.

»¿Parécete conveniente premio a tanta servidumbre por unos falsos y vanos celos privarme de mis tantos trabajos? Cidipe, por ser a su amante ingrata, agramente de la diosa fue punida.»

Cuántas vezes, assí hablando, la conocí, por los movimientos, toda turbada. E con crueles palabras desechándome, me llamava traidor. Yo con gran paciencia callava, por no turbar la amorosa reformación. E tantas vezes mudava las sentencias, cuantas ella las palabras. Al fin, vencida de mi mucho sufrimiento, con más piadosa pronunciación, assí me dixo:

Ginebra respondiendo se escusa.

Capítulo LXVIII

«Peregrino, porque no es menor virtud el guardar que el adquerir, no te maravilles si he excedido la donzellil templança con palabras de mucha licencia, y no bien limadas, contra ti transcurriendo. Amor y temor son dos cualidades de una mesma fuente procedientes, de las cuales conviene igualmente acordarse. Porque mucho más es lo que yo temo en ti que lo que tú amas en mí. Assí que, sentida de aquestos devidos celos, a los cuales vi conjunta la fama, no he tenido paciencia. Mas quién creería que un mancebo hermoso y osado en tanta licencia de pecar fuesse honesto. Aquestas tus aparentes desculpadas se suelen vender a las vulgares mugeres, y no a personas generosas ni criadas en algunas letras que, aunque pocas, son tantas que nos dan lumbré para sabernos desviar de vuestras assechanças. Pero si de cosa propia que mucho amaras semejante peligro oyeras, dime qué corazón fuera el tuyo,

cuál razón, cuál excusa, cuál sancta compañía, cuál justo juramento, cuál creíble invención te induzería el contrario de aquello que fuese propio de creer.

»Yo pienso que no eras tan nescio ni tan fuera de ti (ni aun tiene tanta semejança la casa de Petrucio con la nuestra) que deviesses errar sino a sabiendas.»

PEREGRINO.—La noche era oscura.

GINEBRA.—Ni era de día cuando veniste a mí. Entraste en la cámara con gran silencio, llamando y despertando, rogando y palpando.

PEREGRINO.—No lo niego, creyendo que fuesses tú. Mas ella gritando descubrió quién era.

GINEBRA.—Ella gritó no por llamar, pero a causa de estar la ánima recogida en sí y las partes exteriores fuera de sí, que primero que se reformen no se haze sin miedo, y mayormente cuando es por alguna fuerça revocada. Acaesce, las más de las vezes, que al hombre de grave sueño ocupado se representan diversas especies de fantasmas, de una y otra cosa. E según se halla el humor predominante al dormido, assí le parece comprender por verdad todo aquello que se ofresce a la vagante fantasía, y son de tanta fuerça aquestas potencias, que reziamente comueven a nuestra virtud. Por aquesto no es maravilla si la amada y afrentada señora gritó contra su voluntad, porque no es en nuestra facultad poder retener ni reprimir las passiones de la ánima, pues que en ella no tenemos dirigido imperio, assí como es en aquellos tiempos. E si un hombre se dispusiese a velar y fuese arrebatadamente compremido del sueño, no puede de presto en otro acto salir sino en el que le demuestra la imaginación.

»Por ventura cuando gritó se quexava de ti y se agraviava de tanto esperar, o se dolía de alguna sospechosa señora cuando despertó. Mil vezes, no queriendo, a sí mesmo y a otro se dañó. La desdichada en un tiempo ofendió a entrambos a dos. E si la divina bondad por aquesta patente y manifiesta vía no lo uviera descubierto, tú lo comendaras al profundo silencio. Mas pues que de desculpa no tienes verdadera forma, lo mejor que es possible la vienes ataviando. Aqueste contentamiento en el corazón te podrá quedar, que la presente invención del oculto albañar te dará tantos deleites y plazerés quantas son las estanças por cuyo provecho fue fabricado, porque de todas las obras del mundo el principio es la principal parte, y con muchos menores comienços se han acabado infinitos amores de los cuales ninguna esperança avía.

»Tú has estado en su cámara de noche, con la consecuencia de lo sobredicho. Aquestas no son señales de persona no conocida. Y aunque entonces no tuviesses perfecta noticia, ¿no te parece que de tanto atrevimiento podrás tener seguridad de venir en más estrecha amistad? Mas pues que claro veo de no poderme ayudar, yo te ruego que, a las veces, acordándote de mí me agradescas que de tan grande amor aya sido la principiadora. ¡Ay reboltosa Fortuna, con qué servicio y engaño has traído a la triste señora en tantas ansias! La obligación de nuestro amor requería darme parte de la nueva invención, por que no cayeras en el peligro de tu vida, el cual, cuanto fue más grave, más acepto te haré para con la nueva amada, a la cual ruego a Dios dé aquel glorioso fin que hizo a Progne y a su hermana.

Eran aquestas palabras con tanta vehemencia y facilidad pronunciadas, que tenía por cierto fuese todo verdad aquello que tan ordenadamente contava. No me pareciendo tiempo de callar, así comencé a dezir:

Peregrino jura y perjura que siempre le fue fiel.

Capítulo LXIX

«Señora, si en cosa alguna te he sido desleal, la ira de Dios me destruya, el Sol y la Luna de su resplandor me priven, todas las elementadas potencias me sean contrarias. Todo mi desseado bien en perpetuo llanto se convierta. Prisión cruel y oscura sea mi eterna morada, lo que aconteció a Athán y a Abirón venga sobre mí. Las tres Hermanas el hilo de la vida antes de tiempo me corten. Sano y vivo sea pasto y manjar de fieros ossos y leones.

»Mas si te fue fiel y leal, ¿por qué sin razón me castigas? Si tu secreto pensamiento es por nuevo amador despedirme y de vuestra natural ingratitud satisfacerme, con más limpio corazón me lo devrías mostrar. Porque assaz menos enojo me será ser dexado por complazer a otro que por semejante invención.

»Pero no estoy tan olvidado de mí que no conozca tu alta manera ser merescedora de hombre más que mortal. Yo como perdurable esclavo a tu servicio me prometí con firme propósito de servirte, aun después de la muerte. Si me

quisiesses con aquel limpio amor que a la inviolada mi fe conviene, no me condenarías por tantos trabajos. Créeme, señora, que el muy duro freno a cualquiera perfeto cavallo consume. Qué podría tu memoria imaginar, el corazón dessear, el apetito querer, que por complazerte no lo hiziesse.

»Señora, si bien considerares, hallarás que no fue hombre de tanto poder en el mundo ni de tanta gracia que a las vezes no tuviesse necesidad de algún fiel amigo. El gran Pompeo, después de la pharsálica pelea, tanto fue de la Fortuna abatido, que suplicando pidió el favor de un su amigo. Sertorio, Demetrio, Haníbal, Nerón: de sus leales desamparados, miserablemente fenescieron sus días. No desprecies, no maldigas, no quiebres, no infames el sancto nombre de la verdadera amistad, el cual con propia sangre conviene conservarse.

»¿A quién en el mundo más fiel ni que más te amase podrías hallar? A lo que quisieres estoy prompto y dispuesto. No ay trabajo que me canse. No ay pérdida que me detenga. No ay peligro que me espante. No ay accidente que me retraya. No ay instancia que me remueva. No ay cárcel que me retenga. No ay delito que de mí te aparte. Con tantas muestras devrías tener tu ánima tan sossegada, que con las contrarias operaciones no creyesses cosa que dañar pudiesse nuestro indivisible amor. Si me conservares, tuyo sería el fruto. Si me matas, la culpa y el daño a ti serán atribuidos.

»Piensa de oy más, señora, de firmar y establecer tu vaga opinión y no ser tan sutil maestra de nuevas artes por fatigarme, porque a los trabajos cualquiera vía está clara y manifiesta; a los placeres, avara y estrecha y cerrada. Delibera ya de perdonar a ti y a mí juntos.»

Ginebra perdió el enojo de Peregrino y, en señal de nueva amistad, le dio un cinto de oro.

Capítulo LXX

Aquel que por Phísiche a sí mesmo se llagó, de nueva llama encendió a Ginebra y, hecha de mí piadosa, a estas palabras dio principio:

«Peregrino, todas las passiones que en nuestra ánima se reservan son derivadas de aquesta essencia de amor. Y a quien con prudencia no destingue la una de la otra acontece que assí dan trabajo las buenas como las malas. Y si Amor tiene sus principios deleitosos, las más de las vezes se buelven en ansias y congoxas. Por lo qual, entendimiento prudencia y discreción assí como en su verdadera posada en mí habitan, y moderan mi vida, que a otras cosas no es nacida, ni más propiamente dispuesta sino a servir al verdadero y casto amor.»

Acabadas sus razones, con aquella su celestial mano, en testimonio de la reintegración, allende de las suaves palabras me ennobleció de un cinto texido de oro que estava labrado con unos árboles representadores de su lindo nombre, sobre los cuales bolava un halcón pelegrino que de aquel hermoso fruto se mantenía.

Sentíme debilitado a pagar las devidas gracias a tal celestial don convenientes. Pero de que más no pude, alabé la divina obra, engrandescí la merced y maravilléme del maestro. Ya víamos el alva llegarse y nos aconsejava la despedida, cuando en lugar de satisfacción assí le dixé:

«Si todas las mercadurías indianas fuessen junto con los metales de plata y oro, y todas las riquezas que el río Ganges trae consigo, no trocaría el presente don. Ya de oy más enógese quien quisiere. Hállese a la ofensa nueva materia: ya no temo de la Fortuna ni de su variedad. No tendrá más lugar para conmigo algún desastrado caso, ni tristes hombres, ni falsos acusadores, ni temor de muerte, ni palabras nepharias, pues que en la gracia de mi señora me veo restituido.»

Dicho aquesto, después de los convenibles loores, la dexé en paz. Partido, con el cuerpo cansado y la ánima triste, tomo mi camino, pensando con cuán trabajosa suerte Amor se conserva. E parecióme que me vía desfallecer entre tantas angustias. La ánima, confiada poco de sí mesma, me aparejava alguna cosa de mucha tristeza. Concedido al cuerpo aquel poco reposo que el breve espacio de la noche me dava, venida la mañana, solloçando, con mis compañeros llegamos a mi fatal predestinación. E vi la servidora de Cinthia salir de casa de Ginebra: el corazón de su triste mal pesquisidor, diligente discurre por todo lo que le parecía que le pudiesse ofender. Pero no fue de tanto discurso que pudiesse llegar al blanco de la ordenada cautela contra mí, la cual me fue después claramente contada por la mesma servidora, que tenía amistad y parentesco con la mía. Sentida Ginebra de los

incomportables y dañosos celos, so color de algunos servicios de casa, hizo llamar a Polibia, criada de Cinthia, que de antes el acaescido caso la avía demostrado. Y entradas en diversas hablillas, al fin le preguntó cómo estaba Petrucio con Peregrino por la rescebida injuria.

La fiel servidora, por no saber cómo más onestamente pudiesse cubrir la vergüença de su señora, respondió que, secretamente por los principales de la ciudad se tratava el desporio. Oída aquesta palabra, Ginebra hizo fin al hablar y con modo onesto y discreto la despidió de sí. Mudada toda la color de su gesto, cercada de mil furias, salteada de súbita hiebre, cayó en la cama. Cruel dolor sin templança enfuriava el amoroso corazón de Ginebra.

Pero no fue la enfermedad de tanta vehemencia que quisiesse perdonar a la execución de la imaginada traición. Luego Astana me embió a rogar que le escribiesse la respuesta de la carta que aquel su pariente le avía embiado. E antes que las últimas razones fenesciesse, la hiziesse participante d'ella, y que me devría ir a la iglesia al tiempo y hora que el día passado estuve, porque ella trabajaría de hallarse allí. Amor y maravilla me espantaron: no sabía la causa de tan presta y no usada embaxada.

Entre tantos congoxosos cuidados, guardado el tiempo y la hora, me voy por el albañar en el acostumbrado jardín, adonde hallé a Astana muy flaca, con gesto lloroso y baxo, y, saludada, con dificultad me responde y me dize que Ginebra estava en la cama enferma, debilitada y triste, y como muerta no hazía movimiento. A la hora, abundoso de lágrimas, trago las palabras con continos solloços diziendo:

«¡Oh días de plazer, cuán ligeros y breves sois! ¡Oh tiempos dichosos, cómo passáis veloces! ¡Oh Peregrino, entre todos los otros mortales desdichado y mísero! ¡Oh dolorosa y agra mudança, venido es el día que sin reparo alguno a vosotras, Furias infernales, me lleva! ¡Oh abismo infernal, oh Cielos! ¡Oh tierra, oh potencias altas y baxas, oh estrellas firmes y errantes, tened cuidado de mi Ginebra, pues que vuestro poder y saber no es bastante para fabricar otra cosa semejante a esta!»

Perseverando en aquestos llantos, la mi señora, a manera de vieja ayudada de un palo (que me comovió a tanta compassión que cien lenguas no lo podrían dezir), vino a mí, y con aquel gesto venerable a Dios y al mundo breves palabras formó:

«Peregrino, perdona a la doliente boz: bivo y no hablo.»

Preguntando la causa de tan grande accidente, estuvo algún tanto callando. E adornados aquellos lúzidos ojos de unas lágrimas, assí me respondió:

Ginebra, fingiendo una gran dolencia, rogó a Peregrino que quisiese por ella cumplir un voto de Santa Catalina en el monte Sinaí, y Peregrino aceptó la romería.

Capítulo LXXI

«Tu grande amor a tanto extremo de vida (como vees) me ha traído, que cuando las cosas humanas no te bastaron, aun las spirituales has profanado por satisfacer a un tan breve y liviano apetito, por donde tú de contentamiento y yo de la vida quedaremos privados si con presteza no provees al instante peligro. La sancta virgen de cuya imagen los días passados mal usaste, cuando del sagrado vientre heziste escondrijo de suziedad, ayer, passada la postrera parte del día, estando sola y ociosa en la cámara, en aquella forma que fue martirizada me apareció, y con tanto temor, que cuasi muerta caí en tierra. E me anunció lo que avía de ser: o que de la vida me apartaría o que el autor de la fabricada estatua adonde su cuerpo humano reposa con la presencia visitasse, y con devida satisfacción la ira de Dios y la suya aplacaría.

»Con mucha pena me he llegado a esta ventana para darte cuenta de todo, y aquesto es la causa de tu venida. Agora mira cómo de todas partes soy angustiada, y mucho más tu trabajo que el mío me congoxa, porque si yo muero, librarme he de tanta ansia y en contina congoxa te dexaré. Si tú caminas el largo viaje, al uno y al otro de nosotros causará la muerte por ausencia. Si no partes, acabarán mis días. Haz lo que te pareciere mejor.»

Fenescidas las palabras, como muerta calló. Passado el corazón hasta la división de la ánima, ronco del llanto, assí respondí:

«Señora mía, ni los rodeos del Laberintho cretense, ni las penas del bramante toro, ni las hervientes ondas infernales, ni tormentos exquisitos me podrán mayor fuego poner de lo que haze la tu presente miseria, por cuyo remedio y salud me daría

por perpetuo esclavo al cruel Acherón cuando aquesta o otra semejante obligación a tu salud aprovechasse. Consuélate señora, que poco o ninguno es el trabajo que me mandas según lo que yo hazer querría. Pero antes que al dichoso camino dé principio, dame muestra de algún favor, por que aplazible y grato me sea el ir y tornar.»

Alçados algún tanto los ojos al altíssimo Dios, assí me dixo:

«¡Oh estrellados cielos! ¡Oh soberano Dios! Si tu inrevocable concepto fue de produzirme en aqueste mundo por amigable compañía de specie humana, ¿por qué no me desviaste de tanto poder del fiero Cupido, cuya potencia cruelmente se siente y nunca se vee? Bienaventurados son todos los otros animantes, que de su propia pasión quedan contentos, porque acabado el acto, cessa la pena; mas triste de quien sin refrigerio siempre pena y se arde y consume. Siempre de gemidos y solloços me sostengo.

»¿Qué vida será la mía después de tu partida? Ni Porcia por Bruto, ni Cornelia por Pompeyo, ni Laodomia por Prothesalao, ni Penélope por su Ulysses, ni Danthe por Beatriz tanta ansia sentieron cuanta yo por ti. Pluguiera a Dios que de aquesta mi opinión por tercera persona te pudiera hazer sabidor, por no te ver. ¡Ay triste! ¿Quién quedara que me consuele? ¡Oh cuánto me era más suave el morir tú presente que bivar ausente! Mas pues que tanta fuerça tiene el cuidado de mi salud para contigo que estás dispuesto para ir el largo y trabajoso camino, gracias inmortales te doy. Y aquella vida que partiendo dexas por tuya, biva y muerta la hallarás.

»Vay en paz, con perdurable memoria de mí.»

¿Cuál constelación del cielo, cuál rayo, cual terrible terremoto, cuál distinción del fuego en el aire tuvo en sí jamás tanto poder quanto tuvieron las palabras de aquesta mi señora en mí? Recogido en mí de plazer, regada la cara de abundosas lágrimas, bolví las espaldas sin otro movimiento hazer.

Caminava Prosérpina a la casa de Cancerbero, y Phebo el carro al Zodiaco llegava, quando una llorosa sombra assí me dixo:

«Afligido, cansado, hasta aquí te he traído: si las provadas passiones tienen en sí cosa que te deleite, de satisfazerte soy contento. Vaite en paz hasta el tiempo que

la estrella de Júpiter a nosotros diere la vuelta. Entonces, si al venir fueres solícito y curioso, con todas mis fuerças te cumpliré la prometida fe.»

Ni más habló, cuando entre hojas y árboles desapareció la hablante sombra, que más dolorioso me dexó que el hijo de Egeo a la reina de Creta. Pero, consolado en la promessa, cobré mi vigor hasta en tanto que se presentó.

Peregrino comienza su viaje.

Capítulo LXXII

Ya de la casa de Libra era Apolo poseedor, cuando, alcançada la licencia (con grande industria) de mi madre, hize el passage al lugar de Salacia con compañía del mi fiel Achates. Allegado allí, hallé una trirreme que para llevar mercaderías se aparejava. Concertados del flete, assentadas nuestras provisiones, subimos en ella. Aquella noche, con mucha prosperidad de viento, venimos al puerto. Detenidos dos días (que me parecían diez años), dadas las velas passamos la Dalmacia, con todo el Épiro y Macedonia. Sin más desembarcar, llegamos al golfo de Corinθο. Passado el estrecho, pisamos el reino del antiguo Saturno. Rodeada la región, hartada la vista de la artificiosa obra de Dédalo, prósperamente nos echó el viento a la isla de Venus, adonde reposamos por tres días. Alçadas las velas, en poco tiempo entramos en la ciudad que del grande Alexandre el nombre retiene. Visitada la tierra, con trabajo de cuatro días fuemos a la nueva y muy populosa ciudad de Babilonia, de la fertilidad del Nilo regada.

Reposados sin reposo, tomamos el camino hazia la ciudad de Salén, adonde por soledad y aspereza de la vía y falta de provisión, al fin de ocho días llegamos. Saludado, venerado y adornado el Santo Lugar que fue terrena morada del verdadero único y humanado Mexías, contemplada la presencia del famoso templo, corrí la patria del viejo Joseph y el reino del fiero Herodes.

Con trabajo de cuerpo y alma en quinze días vimos el monte adonde la bienaventurada virgen la angélica sepultura possee. Humana y caritativamente fuemos rescebidos de unos santos monjes. Satisfize con todo mi poder al encargado

voto por la mi señora. Acabado el tiempo de diez días, restauradas las fuerças, más ligeros que un rayo caído del cielo, pagadas las devidas gracias, tomamos el camino para bolvernos. Llegados al río adonde fue la institución de nuestro bautismo, remiradas las antiguas sepulturas de los primeros patriarchas, veninos a aquel pequeño llano adonde revestidos de carne y hueso de nuestros trabajos emos de rescebir el devido premio.

Con veloces passos fuemos hazia Rama, por saber si Rachel de su llanto estava harto. Deseosos de ver la limpieza de la sangre de los niños derramada por Herodes, nos paramos. He aquí contra nosotros cómo venía la bulliciosa malvada multitud de arábigos de la cual fuemos presos y captivos.

Desonrados de aquellos sus usados denuestos, apaleados y despojados, fuemos vendidos a uno de aquellos, el cual con el soldán tenía la capitania de mil otros esclavos. Traídos a la gran Babilonia, fuemos encargados del servicio de casa para traer del Nilo con bestias y dromedarios agua continua. ¡Ay que el mundo ni el cielo más triste suerte de señor no nos podría dar! Era una sentina de vicios, cruel, imbidioso, avaro, beodo, desvergonçado, dissoluto, capital enemigo de la Fe y de toda bondad, menospreciador de Dios y no temeroso del mundo. Rebelde obstinado, de contino nos amenazava hambre o sed o cárcel perpetua o muerte violenta.

Peregrino, preso de los arábigos, sufrió muchos y demasiados trabajos. Y con varios razonamientos con Achates se esforzava a consolarse.

Capítulo LXXIII

Vino a tanta presumpción el malvado, que a manera de bueyes nos puso a las continas y incomportables fatigas del arado. Muchas vezes con áspero castigo de varadas eran contadas nuestras espaldas. Los pies, enlodados y desnudos; el vestido de saco, el cinto de sogas, la cabeça sin bonete; el manjar heno, o biscocho; el beber, suziedad de agua y con desseo; la cama de estambre y, las más vezes, en el suelo.

En tantos trabajos fuemos metidos, que a la afligida vida otra cosa de salud ni de plazer quedava sino la piadosa memoria de Ginebra, cuya ausencia de tantos

en ojos mi ánima tenía llena, que el tiempo que me sobraba para recrear mi trabajada vida en lágrimas y gemidos lo gastaba. E si el día era cruel, la noche muy más sin holgança. El fiel Achates, que no menos de mi pena que de la suya se dolía, viendo la tristeza de la ánima y el desmayo del cuerpo, con palabras dulces me consolava diziendo:

«Peregrino, ¿por qué en tantos llantos consumes aqueste tu espíritu?, ¿por qué con espessos gemidos te fatigas?, ¿por qué de lágrimas sin provecho afeas tu varonil y alegre cara?, ¿por qué quiebras el cielo y la tierra con clamores vanos?, ¿por qué no reservas tu vida a mejores usos? No estamos tan olvidados que aun Dios no se acuerde de nosotros: ¿cuál glorioso, desseado triumpho sin trabajo se puede adquirir y, adquerido, poseer? Los trabajos y rodeos han dado fama a Ulixes. Los peligros y naufragios han celebrado a Eneas. Los ásperos y incomportables mandamientos han deificado a Hércules. Más cavalleros y medio dioses nos dio el breve exercicio de la Olimpia que la famosa y alta Grecia.

»Consuélate, que algún tiempo será dulce acordarte de tanta miseria. Mayor contentamiento no tenían las matronas griegas que oír a sus maridos las passadas fatigas. Cuando estuvieres de adonde Amor te embió, por hazerte provar aquestas no acostumbradas penas, con un solo mirar de Ginebra todas se te olvidarán. Pues cobra tu ánimo, que Amor al fin te dará vitoria.

»Cuanto la fortuna es más adversa, tanto más clara es la virtud del hombre. Por gran prosperidad nunca fue loado ingenio humano, las cosas menos prósperas tornan al hombre grande y famoso. Alexandre macedonio sin comparación fuera más alabado si alguna vez experimentara la contraria fortuna, la cual no te es enemiga por consumirte, pero por ponerte en hábito de verdadera virtud.»

Cuanto más Achates me consolava, tanto más me entristescía, y quexándome decía:

PEREGRINO.—¡Triste de mí! Del todo me veo muerto, ya he renunciado a mi saludable esperança. Ahogarme o matarme o despeñarme: conviene que una de aquestas cosas sea mi último remedio.

ACHATES.—¿Qué es lo que a tu ánima más de lo acostumbrado atormenta? ¿Qué es lo que lloras? ¿Quién te renueva aquestas lamentaciones? Háblame con

ánimo más limpio y de pasión templado, si que Amor no es temor ni defeto de castidad, de lo cual de oy más sey seguro. E una breve paciencia a tu desseo satisfará.

PEREGRINO.—Achates, no me aflige que sea mísero y de patria y parientes y servidores privado, ni que sea presa del mezquino señor, ni esclavo del triste hombre, ni que esté cerrado en aquesta dura y áspera cárcel, y de toda mi renta y amigos deseredado, y de la vida, como tú vees, incierto. Mas solamente me pena que a mi mucha fatiga no veo galardón alguno que del venidero consuelo sea manifiesta señal.

ACHATES.—¿De quién desseas tú aqueste galardón?

PEREGRINO.—De Ginebra.

ACHATES.—¿Cuándo?

PEREGRINO.—Al presente.

ACHATES.—¿De qué manera?

PEREGRINO.—Con cartas.

ACHATES.—¿Con quién y adónde se han de embiar?

PEREGRINO.—Adonde estamos.

ACHATES.—¿Quién lo sabe?

PEREGRINO.—Como sabía Penélope de Ulixes.

ACHATES.—Si bien lo considerares, tarde lo supo.

PEREGRINO.—Fuesse yo cierto que me amasse, que de lo otro yo me contentaría. ACHATES.—Sin razón te quejas.

PEREGRINO.—Pluguiesse a Dios.

ACHATES.—¿De qué cosa es más cierto el hombre?

PEREGRINO.—De lo que tiene.

ACHATES.—¿Cuántas vezes en palabras y en efetos se te ha ofrescido?

PEREGRINO.—Infinitas.

ACHATES.—¿Pues de qué temes?

PEREGRINO.—Del Sol, de la Luna, de los planetas que la veen, de la tierra que pisa, de la casa que mora, de los paños que viste, de la cama adonde reposa, del manjar que come, de la agua que bebe, del camino por donde va, de cualquiera con quien habla: todo me haze guerra.

ACHATES.—Impossible es proveer a tanto.

PEREGRINO.—También es impossible bivar yo.

ACHATES.—¿Quién te ha tan maltratado?

PEREGRINO.—El resplandor de sus ojos.

ACHATES.—Si aquel resplandor como cosa spiritual y invisible fue rescebido de ti en la ánima, ¿cómo no lo posees sin tristeza y contradición? Pues que claro está que los hábitos de la ánima dan su contentamiento por la memoria y no por otro exercicio.

PEREGRINO.—Aqueste es un hábito que poco plazer trae sin la presencia del real objeto.

ACHATES.—¿Pues luego amar no es hábito?

PEREGRINO.—Hábito es él, cuando se toma assí como se deriva del su primitivo.

ACHATES.—Por la falta del tiempo abreviemos la materia y tomemos el fundamento: ¿qué cosa es Amor?

PEREGRINO.—Es una essencia mezclada: divina y humana en un sujeto.

ACHATES.—¿Cómo se conoce?

PEREGRINO.—Por lo que obra

ACHATES.—No lo entiendo.

PEREGRINO.—Aquesta potencia, visible y invisiblemente, obra sus efetos, porque en un día, en una hora y en un momento mata y resucita al hombre.

ACHATES.—¿Cómo assí?

PEREGRINO.—En un solo mirar, y en aquel instante se haze de bivo muerto, y de muerto, bivo. Hete aquí dos operaciones representadoras y significadoras de dos potencias: la una con medios y la otra sin ellos, y es grande señal de la humana y divina.

ACHATES.—Peregrino, tú no me respondes si Amor es hábito o accidente. Si es hábito, tú te lo gozas, y no ay quien te prive; si es accidente, cuando quisieres te puedes salvar. E si assí es, ¿por qué de voluntad penas?

PEREGRINO.—Assí como es potencia mezclada, tal es lo que d'ella se deriva.

ACHATES.—¿Pues luego qué será? Hábito no, por su variedad; accidente menos, porque profundamente hincan sus raíces. Cómo esté en nosotros de lo uno y de lo otro te quiero dar exemplos. El rey Assuero, que de la vista de su amada señora bivía, en breve momento se soltó d'ella. Hamón hebreo en un punto amó y dexó de amar. Si aquestas fueran divinas operaciones, no se les pudiera resistir; si fueran

hábitos, no se olvidaran tan presto, porque la cosa imprimida dificultosamente se dexa. Dido y Philis por amores violentamente fenescieron sus días. Si uviera sido accidente, no fueran con tan gran pensamiento a tan desesperada muerte traídas. Y porque a hablar de cosas adonde manifiesta razón dar no se puede, por estatuto de Athenas es vedado, y por aquesto fue condenado el oráculo de sapiencia, créeme, que la mucha vuestra afición os haze fengir tanto poderío a este dessabrido mancebo. Vosotros, amantes, sois tan apasionados, que queréis que la vuestra obstinada locura y presunción sea una celestial deidad. ¿Qué cosa en el mundo es más dispuesta a destruiros que aqueste falso dios? Amor de hermosura no es otra cosa salvo un olvido de la razón, el cual no conviene a libre ánimo ni a hombre prudente, porque turba el consejo, quiebra los altos y generosos spíritus. Aparta las saludables amonestaciones, haze al hombre triste, airado, pródigo, temerario, mandón, sobervio, mal acondicionado, enojoso y desacordado de Dios y del mundo y de sí mismo, siervo de cosas no onestas, insaciable, incomportable y siempre pensativo del mal, él es omicida y médico de sí mismo, a su voluntad desmaya muere y sana.

»La vuestra flaqueza ha dado nombre de dios a estas estatuas vanas y falsas de Venus y Cupido. ¿Quién es señor de la vida y dessea la muerte? ¿Quién puede tener descanso y busca trabajo? ¿Quién considera prudencia y sigue lo malo? ¿Crees tú, si fuessen dioses, que tantas vezes variassen, pues que la divina ordenança es inmutable? ¿No leemos nosotros las fatigas, los trabajos, los ardores, los celos, los adulterios, las rufanías de Venus y Cupido? Ello es una gran locura, atribuir divinidad a quien no tiene alguna. Aqueste es un plazer, al principio voluntarioso, de amar y querer una cosa aplazible, lo cual después, por no poderla alcançar se convierte en pasión. Y aquesto procede del corazón desdeñoso que por la potencia sensitiva querría lo que dessea. E si le acontece que de la cosa desseada se halla poseedor, por miedo que no sea d'ella privado, se buelve solícito al guardar, el cual cuidado no puede ser sin pasión de ánimo, y sin orden de razón. Y por hermostear hombre su yerro, dize que es forçado de Dios

«¡Ola, ola! ¡Perezoso! ¡Oh muy viles esclavos! ¡Id de aí a cavar, traidores! ¡A palos lo pagaréis, descreídos!»

PEREGRINO.—¡Oh, Achates!, ¿qué boz es aquella?

ACHATES.—Nuestro amo me parece: vamos.

Peregrino fue llevado a la labrança de una huerta, y razonando con Achates disputavan qué cosa fuesse Amor, con muchas razones y lamentaciones.

Capítulo LXXVIII

Levantados del breve reposo, fuemos llevados a la labrança de una gran huerta, y no sin salutación de nuestros hombros. E como la lúzida rueda del Sol crio el día, cargados los dromedarios³⁰⁶ de vazijas vazías fuemos al Nilo para traer nuestra agua. En el camino, tornados a nuestras razones, proseguió Achates deziendo ser vencidos de nosotros mismos y no de otra potencia:

«Hipólito fue tentado, rogado, requerido y provocado a los libidinosos amores de la madrastra. E no quiso consentir, pero por aquesto no fue compelido. Penélope de mil cavalleros fue requerida y bivió casta. Vosotros, amadores, sois una turba de buetres que seguís los cuerpos muertos. Todas aquestas vuestras passiones son pusilanimidad y dañoso abatimiento. E quanto más amáis, tanto más sois despreciados. Menalao amó a Helena, y ella, echada atrás la vergüença, se fue d'él. Mira lo que al fiel marido hizo la malvada Clitenebra. Aquesta es la natura de las mugeres, que tanto dessea quanto vee. Animal avaro, presumptuoso, sobervio, siempre desleal.

»Por ende, destierra de ti aquesta sentencia de seguir a Amor diziendo que es dios. Él es un mísero pobre que para con excelentes hombres no tiene crédito ni estado. No te niego absolutamente que aqueste nombre, *amor*, no sea dino de ser loado, porque mediante aqueste venimos en conoscimiento de todo sujeto amado, porque amando consideramos, considerando somos traídos en el verdadero sentimiento por contemplación y memoria. Mira, Peregrino, que el acordarse de las cosas saludables passadas siempre produze deleite a la ánima, y tantas vezes se alegra cuantas se acuerda. Mas la memoria de vuestros vanos amores siempre es acompañada de lágrimas, sospiros y enojos: ¿quién nunca jamás lloró cosa con tanta fatiga adquerida?, ¿quién nunca se quexó de sus voluntarios trabajos, quién se duele

³⁰⁶ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: dromedarios *P*: domedrarios

de lo que más le aplaze? El que passa tierra y mar y peligros infinitos por aver una cosa agradable, después con gran diligencia y contentamiento de sí mesmo la conserva.

»Vosotros nunca dexáis de quejaros. E parece que no desseáis otra cosa sino de ser agenos de vuestros provechos, los cuales (si bien lo piensas) en tierra arábiga por siervo te han traído. Agora de mi consejo depositarás aquesta locura, y no penes por persona que de tu miseria se triumphá. Tú lloras y ella ríe; tú penas y ella huelga; tú eres preso y ella libre; tú pobre y ella rica. Ya el Sol es renovado después que d'ella te partiste: nuestra secreta venida nos hará tener por muertos, lo cual por la larga tardança se confirmará, y ella de nuevo amador estará proveída, porque para con aquesta generación destierro de ojos es olvido de corazón. Dexa el furor, porque agramente y más que conviene a hombre generoso penas. Por ende, con tu honra puedes poner fin a tanta tristeza.»

PEREGRINO.—Achates, con razones bien persuasivas te esfuerças firmemente negar la potencia de aquel dios que sobre todos tiene el poder y principalmente con aquesta universalidad la procuras de destruir, cuando dizes que de las cosas que en sí no tienen demostrativa razón por estatuto de Athenas no se pueden hablar. Agora distingue el tiempo y entenderás la escriptura.

»Paresció al pueblo de Athenas grave y enojoso el juicio de Sócrates de querer anteponer un dios no conocido a los penates, lo cual era querer introducir una nueva religión de dioses. Y porque el intelecto humano no puede dar clara razón de la divina essencia, pensó el vulgo ignorante que Sócrates desatinava, y por aquesto fue condenado. Mas nosotros no estamos en caso de querer provar cosas nuevas, mas antes, por razón, confirmar las antiguas. Bien sé que no ay espíritu criado ni sustancia apartada que demostrativamente pueda dezir aqueste es dios. Solamente conviene estar por la dotrina de nuestros antiguos padres. Tú no me negarás que Amor no sea una essencia real y nescessaria, la cual modera todo el universo y en tantas especies se puede dezir de dentro de cuantas viene comprehendiendo. Amar a Dios debaxo de aquesta specie especificada se llama *Amor Divino*. Amar al mundo es amor mundano. Amar a mugeres se llama amor sin razón. E aunque sean species diversificadas, todas proceden de aqueste género, *Amor*, que es una sola essencia.

»El vulgo, siguiendo su parecer, agora le alaba, agora le condena, según los plazerres y enojos. Mas siendo en sí la essencia buena, ninguna cosa mala puede produzir. Assí que se sigue que Amor, en cualquiera significado, o estrecho o largo, que se halle, no es mal. E sí, por ventura, te parece que amor de mugeres es desonesto, estás en grande error, porque lo que de todos es alabado, celebrado y onrado no se deve tachar, maldezir ni mudar de su cualidad. E si bien discurrieres, Amor es la bienaventurança, es el sumo gozo. ¿Cuál spiritual, cuál alumbrado, cuál sabio no á creído a esta potencia? ¿Quién fue más amigo de Dios que David, y por tener amores cometió omicidio y adulterio, y mereció ser perdonado? ¿Quién más sabio que Salomón, y no uvo vergüença debaxo de specie de amor cometer idolatría?: no adoró a la señora como señora, mas como a semejança representadora de amor. Aristótiles, príncipe de los naturales, en la su Hermia adoró a Amor, ¿cómo te cae en la fantasía, Achates, que todo el mundo se pueda enlazar y engañar?

»Han sido algunos entendimientos astutos: por caçar con nuevo ingenio los mortales y por demostrar un alto saber, han persuadido amor ser aborrescible y dino de huir. ¿Qué cosa se puede hazer más grata a Dios que la creación de las ánimas, la cual necessariamente procede de la muger mediante el amor; que quando cessasse, cessaría el culto divino y la adoración celestial? Y si bien lo mirares, otra cosa no nos manda la divina y humana escritura salvo amar.

ACHATES.—Conviene ser ordenado.

PEREGRINO.—¿En qué manera?

ACHATES.—No sea arrebatado, no dañoso, no cruel, no mortal.

PEREGRINO.—Quando Amor tuviesse en sí todas essas cualidades, no sería verdadero amor, mas antes sería una loca amistad. ¿Los que por la patria y por sus amigos se han puesto a forçosas muertes han sido amadores desordenados? Quien tal dixiesse sería una confusión.

ACHATES.—No digo de esse.

PEREGRINO.—¿Pues de cuál?

ACHATES.—De aqueste amor sin seso de las mugeres.

PEREGRINO.—Pues si te parece lícito, concedido y onesto por un amigo perder la vida, ¿por qué no por una amiga, de la cual se consigue más fruto por ser principiadora de todo nuestro ser?

ACHATES.—Podemos morir por causa onesta y no lasciva.

PEREGRINO.—¿Por cuál causa más onestamente puede hombre morir, que por cumplir lo que la ley nos manda? Si aquestas fuessen movimientos imaginarios y no celestiales impresiones, no tendrían en sí tanta fuerça por ser transitorios, y son como accidentes. ¿Cuántos hombres y mugeres, juntamente encadenados, han deliberado de soltarse y nunca han podido? ¿Cuántos por aquesta pasión son muertos y ningún sabio procura morir? ¿No crees tú que aún se halla algún sujeto que no es dino de la recebida gracia? ¿Cuántos sin consejo han muerto desesperados? ¿Cuántos han destruido sus haciendas? ¿Cuántos han sido despojados de sus rentas no por defeto del objeto, pero por el del triste sujeto? Por aquesto, de todas las cosas se suele dezir según el paciente, o bien o mal dispuesto.

»Pero créeme: si Amor de su verdadera fuente procede, que firma un tal hábito que de dexarlo no es en nuestro poder, e si el amor de Ginebra no me fuesse sino imaginativo, presto me desasería. Mas pues que por el cielo soy assí constreñido, deliberado tengo de seguir mi infalible influencia. Por ende, proveamos la huida, cuando más no pudiere ser.

ACHATES.—Secretamente vas quitando el libre alvidrío, pues que no es en mi facultad de poderme apartar de una pasión que procede de mi verdadera disposición.

PEREGRINO.—Más grande que la mar es la presente materia, flaca la barca, cansado el barquero, y de passar tan alta ribera no se confía. Pero por breve respuesta oye aquesto. No te niego absolutamente el libre alvidrío, mas digo assí: que el nuestro querer y no querer se halla tan confirmado entre nuestros crecidos hábitos, que parece al hombre no poder hazer de otra manera. Y las más de las vezes se persevera según ellos. Pero concedo que quien se dispusiesse se relevaría de toda pasión... pero dificultosamente.

ACHATES.—No ay cosa (excepto la razón) que atarme pueda. ¡Oh cuánto fueron profanos y dinos de maldezir los poetas y philótophos que tan presuntuosamente hablaron de la divinidad, a la cual han atribuido adulterios, generaciones, iras, errores, huidas, destierros, y todos aquellos defetos que pueden caer en un muy famoso adúltero! Agora mira de cuánta pesadumbre y pena incorporable es aqueste Amor, que el hombre innorante, según su apetito, agora le haze dios, agora una cosa vana según que le alegra o le fatiga. E si viene a ser

satisfecho de su desseo, da gracias al Amor como a dios, del cual procede todo nuestro contentamiento. Quien está penado atribúyete todo defeto. Mira cómo conviene ser y no ser dios en un momento. Por aquesto pienso que vosotros, amantes, sois las más vezes agenados de vos mesmos. Por ende, yo hallo que aqueste amar es una cruda passión.

PEREGRINO.—No es assí mala, pero tu habituación te buelve algún tanto rezio.

ACHATES.—¿Por qué?

PEREGRINO.—Por el predominante humor.

ACHATES.—Luego los malencónicos no se vencen del Amor...

PEREGRINO.—No tan presto, pero después de presos nunca se sueltan. Mira con cuánta eficacia amó Phármacas, Alcides, Platón, Aristótiles, Virgilio y Sapho. Y de los batalladores, Haníbal, Sertorio, Demetrio, Philipo de Macedonia y Lucrecio Epicurio, el cual con gran furor tomó la muerte. Agora mira lo que puede Amor en un sujeto malencónico.

ACHATES.—¿En natura humana qué cosa es aqueste amor?

PEREGRINO.—Es una passión llegada a malenconía.

ACHATES.—¿Cuáles hombres le son más sujetos?

PEREGRINO.—Los coléricos.

ACHATES.—¿Por qué?

PEREGRINO.—Por el ímpetu del caliente humor. Y aunque aquestos son más prestos, más fácilmente se desasen. Pero los malencónicos como tú, por la pereza y tardança del terreno humor, primero mueren que dexan de amar.

ACHATES.—Ya de oy más me siento en días tan entrado, que de sus saetas no tengo temor.

PEREGRINO.—Mucho más arden los viejos que los mancebos. Mira cómo en edad crescida ardieron David, Massinissa y Catón Porcio...

ACHATES.—¿Luego dos generaciones son a esta potencia muy sujetas?

PEREGRINO.—Pues otra gente ay que mucho más se consume.

ACHATES.—¿Cuál?

PEREGRINO.—Los coraçones prohibidos, ¡oh cuánto es en aquestos el amor peligroso, escandaloso, y vergonçoso! Y con tanta fuerça pone su dominio, que no se

puede resistir. Lee, lee de Phedra con Hipólito, Canace con Macareo, Mirrha con el padre, Biblis con el hermano, Semíramis con el hijo. Por ende, a semejantes amores no te llegues, porque es una ponçoña que trespasa la ánima y el cuerpo.

ACHATES.—¿Para aquesta enfermedad ay medicina alguna?

PEREGRINO.—Poca.

ACHATES.—¡Oh sancto Dios! ¿Cuál crueldad produjo tal mal, al cual no se halle remedio?

PEREGRINO.—Guárdate de los principios.

ACHATES.—No es posible: obrando invisiblemente, ¿quién podrá guardarse?

PEREGRINO.—Avisarte he de lo que a mí no me aprovecha. Ni de otra cosa haze mención la escriptura: exercicio corporal, mucho beber, luxuria continua dan todos por remedio. Porque debaxo de gran templança está escondido Amor.

ACHATES.—¡Oh cuán diversos efetos (y, a mi parescer, impossibles) proceden de una causa! Quién nunca supo dezir que la templança y beodez produxiessen un mesmo efeto...

PEREGRINO.—El Sol es una essencia: en un tiempo aprieta y deshaze; el ocio es una causa que engorda y enflaquece.

ACHATES.—¿Pues luego más las sagradas que las profanas personas de aquesta llama son apasionadas?

PEREGRINO.—Sí.

ACHATES.—¿Por qué?

PEREGRINO.—La ánima, en sí constreñida tan vigorosamente, otra cosa no piensa, quanto el objecto que le es deleitable. El objeto de la ánima cierto está que es Amor, pues síguese que retraída en sí nunca piensa sino en aquello que tiene más a par de sí. Por ende, quien es privado de exercicio conviene que embaxo de la llama de Amor se arda y consuma. E con razón se dize que la reina Dido sola y ociosa del demasiado amor se quexava.

Achates amonesta a Peregrino que desista de oy más de tanto trabajo.

Capítulo LXXV

«Tiempo sería ya de oy más de poner fin a lo que no aprovecha y obrar cosas de varón y dinas de loor, y despedir aquestos cuidados de niño por no ennegrescer nuestra ánima, la cual, en sus tristes hábitos criada y confirmada, suele hazer como los niños cuando haziendo casillas si les cae alguna teja sobre el pie, échanse en el suelo, ni de allí se levantan, ni de otra cosa curan, mas de gritando y llorando miserablemente consumir su tiempo a par del lugar adonde se hirieron.

»¡Oh cuánto es de hombre sin razón, flaco, enfermo y medroso perseverar en lo que al cuerpo daña, a la ánima aflige, y de inmortalidad nos priva! Considera lo que al hombre es más propio y semejable, como es templança, honestidad, facultad de bien obrar, mansedumbre, buenas costumbres, magnanimidad, fortaleza de ánima. Las cuales virtudes han glorificado a nuestros passados. Huye los contrarios, que son lascivia, vida desordenada, pereza, pusilanimidad de corazón, mucho regalo de ánimo, que son propias niñerías. E mira al Sol cuando va al Poniente y vuelve los rayos en sí: mucho más resplandece y todo nuestro emisperio alumbra, y según la común opinión vulgar entonces es señal de serenidad. Ya devrías más discretamente mirar el género de las mugeres, considerar la edad y pensar el pago que a los largos servicios suelen dar. Y después de todo bien visto, poner más duro freno al desbocado cavallo. ¿Cuál hombre sabio a sus contrarios tanto se llegó como tú?»

PEREGRINO.—Con grande instancia me induzes a buscar y amar mi semejable, por ser injuria y crueldad consentirme mudar de lo que me es conforme. Agora mira con cuánta amistad y servidumbre se juntan el pobre con el rico, el debilitado con el fuerte, el médico con el enfermo, que todos son desemejables y tienen mayor conveniencia en sí que los conformes, como sería sano con sano, sabio con sabio, rico con rico: la esperiencia te enseña la natural razón. Mira cómo lo seco dessea a lo húmido, lo frío a lo caliente, lo amargo a lo dulce, lo oscuro a lo claro, lo vazío a lo lleno, lo negro a lo blanco, el nescio al discreto, el siervo a la libertad, el odio a la amistad, la guerra a la paz: agora déxame perseverar en mis ábitos, los cuales a la Natura no son contrarios ni repunantes como tú quieres demostrarme.

ACHATES.—Aquestas cosas, que tú dizes ser contrarias en sí, no son desseadas de sus dessemejantes, como contrarios, pero como sus perfecciones.

PEREGRINO.—¿Qué cosa haze el hombre más perfeto que amor, aora sea semejable, agora no? Si es conforme, sigue a Natura; si no, házese más perfeto, según tus solapadas razones. Agora, pues, entendamos en amar.

ACHATES.—Por una de tres cosas se torna hombre sujeto: o por natura, o por criança, o por dotrina. Cuándo de vicios, cuándo de virtud. Pues muestra agora tú cómo por ninguna d'ellas eres esclavo de vicios, a lo cual naturalmente tu natura repuna, y no permitas que un dañoso accidente corrompa el tan grande don del cual Dios y Natura tan noblemente te han dotado.

Peregrino fue llamado de su señor para acompañar al soldán en Alexandria adonde halló a un cavallero, por cuyo medio pensó cómo avía de hir.

Capítulo LXXVI

No eran acabados nuestros razonamientos, cuando el arábigo nos hizo llamar para que con él acompañásemos la presencia del soldán, el cual iba a visitar a Alexandria. Depositadas las vazijas de la agua, vestidos a manera de esclavos, íbamos en ordenança de guerra.

Llegados a la ciudad, muchas nasciones estrangeras venieron a la veneración del soldán. Al entrar del palacio conocí a un cavallero, cuyo nombre era Phorbante³⁰⁷, hombre de grande ingenio y alto juicio, con quien tenía una antigua conversación. Juzgué en verle que Dios de súbita salvación me quería proveer. Quedado Achates en guarda del señor con quien bivíamos, por una secreta calle seguí al cavallero, por no ser a aquella inhumana y desleal turba sospechoso. Llegado a su posada, me paré, por que la razón de la desacompañada vista no me engañasse. Confirmado en ser él, acerquéme más. Él, pensando que fuesse algún mendigante,

³⁰⁷ En Caviceo, *Hieronymo Marcello* (ed. cit., p.162).

queríame dar limosna. Yo, humanamente rehusándola, por propio nombre le saludé, diciendo que de mayor socorro tenía necesidad. Con los ojos atentos me miró, y como me uvo conocido, de plazer llorando, assí me dixo:

«¡Oh Peregrino! ¿Cuál enojosa y indina fortuna te ha traído aquí? Y, según me parece, tú eres esclavo y sospechoso: por ende, no te llegues a mí, mas assí paseando de tu caso y desventura me da noticia.»

Andando le conté mi contraria fortuna. Después de algunas calientes lágrimas, otra cosa no me respondió sino:

«Vay en paz, Peregrino, que Dios lo endereçará.»

Por donde, no mejor contento de la ida que fue de la venida, buelvo con gran enojo, y comunicado todo con el fiel Achates, me esforçó a que tuviesse buen ánimo, porque la respuesta al tiempo y lugar y al hombre era muy conveniente. Quexándome de la cruel Fortuna, sobrevino el cavallero, el cual en breves razones me dixo:

«Aquesta noche vendrás a mi posada, adonde tendrás tanta oportunidad, que fácilmente a tu huida se podrá dar principio y fin.»

Aguardado el tiempo de la noche, quando el sueño en el primero ímpetu al corazón del hombre más reziamente saltea y vence, Achates y yo nos fuemos al concertado lugar, adonde el verdadero amigo, de ningún grado de benivolencia olvidado, hasta en tanto que la furia de los paganos fuesse amansada, entre unos costales de especias nos hizo esconder.

El señor de Peregrino con solícita diligencia lo hizo buscar. Y hallado, lo echó en prisiones hasta que fue rescatado, para lo cual embió a Achates a su tierra.

Capítulo LXXVII

Como de la otra parte el Phebo se mostró, no solamente el arábigo, pero toda la ordenança militar, notadas nuestras señas y vestiduras, a la pesquisa y vengança dieron diligente y solícita inquisición. E no faltó un familiar malsín que lo descubriesse. Aquella bulliciosa y furiosa multitud, juntada con las justicias de la

ciudad, con gran furor de armas cercaron la casa del cavallero, de la cual, todos los escondrijos buscados, fue claramente amenazada la muerte al señor de la casa si los escondidos esclavos no descubriese. Pero más de la prometida fe que de la propia vida fue el amigo solícito, y cavallerosamente negó no estar en su posada hombres de tal manera.

La Fortuna, que a los míseros siempre fue enemiga, permitió que, yendo a negociar Phorbante, el señor de la tienda, por vender su mercancía truxo a un forastero mercader. Pensando nosotros que era de casa, y no pudiendo más sufrir la calor de la pemienta, alçamos algún tanto la cabeça. Un árábigo que estava con el mercadante, que posseía los ojos de Argo, por el movimiento conoció a los tristes escondidos y con boz manifiesta testificó ser nosotros los huidores. Apartados a un lado los costales, fuemos hallados y arrebatados, y ofrecidos a la justicia. E luego, metidos en la profunda cárcel, adonde del último suplicio y tormento la cruel pena esperávamos. El mi amigo, con nueva industria, tal gracia alcanzó del soldán, que después de algunos castigos fuemos sacados de la cárcel y condenados a dos libras de oro, para las cuales el cavallero dio fiadores al señor cuyos éramos.

Yo, que por la fe tantos trabajos sostenía, por no faltar d'ella, con licencia de Phorbante embié a mi Achates a la patria a traer el oro para nuestro rescate. Y de mi estado hize sabidora a Viante. Dada la orden, partió Achates en una nao que de Alexandría hazia mi tierra passava, y con próspera navegación, passadas Chipre y Rodas, llegó a tierra, por la cual, después de muchos días, vino a la ciudad, adonde con tristeza fue rescebido. Dissimulada la causa de la súbita y solitaria venida, puso deligencia en hazer hundir el oro y embiar una mi carta a Ginebra, la cual era de aqueste tenor:

Peregrino escribe a Ginebra de su estado.

Capítulo LXXVIII

«Señora: si en parte alguna la aplacada virgen a tus desseos ha sido favorable, gracias infinitas doy que de mi pequeño y voluntarioso exercicio has cogido el fruto.

Y porque fácilmente acontecer podría que mis pregarias delante la divina presencia uviessen sido escassas y avaras, no he osado bolver hasta que de tu salud sea hecho sabidor. Por tanto, te embío a mi Achates, por cuyas razones y por el medio de Viante de mi vida podrás saber. E si por algún otro acidente te deleitasse mi ausencia, no menos agradable me sería que la presencia, con tanto que sea cierto de satisfazerte en algo.

»E si en algún grado de benivolencia está mi fiel servicio, yo te suplico no buelva a mí el presente portador sin carta, lo cual tendría por más cruel que cualquiera arrebatada muerte. Acuérdate de mí, señora, y queda en paz.»

La muy piadosa Viante, con mucha consolación recebida la carta, se passó a Ginebra, a la cual, con palabras convenientes, le hizo saber que tenía certenidad de la salud y presta buelta de Peregrino. Y por que más lo creyesse, le presentó mi carta. No de otra manera le acaeciò a Ginebra cuando la vio que a uno no experimentado cuando se vee librado del peligroso naufragio, que por el gran temor queda sin aliento y conoscimiento de sí mismo.

Después de algún tanto tornada, con boz quebrada, ronca y doloriosa, dixo:

«¡Ay triste! ¿Qué es de mi leal Peregrino?»

Besada y abierta la carta, de toda mi fe, pena y servidumbre hizo gran conmemoración, que fue un alto socorro a mi captiva vida. Después de muchas razones, quiso dexar de escrevir, por miedo que no fuesse descubierta, y aun por hazerme más solícito a venir. Pero comovida, incitada y rogada de Viante, a la carta dio tal principio:

Ginebra humanamente responde a la carta de Peregrino, el cual, pagado el oro, se rescató.

Capítulo LXXIX

«Peregrino, la distancia de la tierra, la mucha tardança, los sufridos trabajos, mi esperar el fiel mensagero, no breves letras, pero gran carta requerían. Mas temo

que la cortedad del escrevir no proceda de alguna indinación que conmigo ayas tenido, por aver sufrido más de lo que mi pensamiento y tu voluntad fue. O, por aventura, estás puesto en algún siniestro accidente, o de cuerpo o de ánima, que no has podido escrevir de tu fiel diposición. Como ella se halle, mucho mejor siendo tú presente que por cartas lo podré saber. Gracias a Dios y a tus sanctísimas pregarias, yo estoy en términos de muy buena y rebuena salud. Assí que no tengo más necessidad de tu ausencia, a la cual te ruego que pongas fin.

»Las devidas gracias yo las guardo a tiempo que al uno y al otro pienso que será más agradable. Otras cosas de mi vida y estado más largamente las alcançarás por las cartas de Viante. Dios te dé dichosa buelta.»

Escrepta y sellada, tomado el oro, bolvió Achates para mí, al cual con mucho desseo esperaba. Por la esperiencia que de mí tenía el arábigo, con toda diligencia procurava de perpetuamente tenerme en su servicio. Y yo, que estava ya cansado de servir al amor, me consentía persuadir la mudança de la patria, por ser la tierra oriental más deleitable y libertada que la nuestra. Y aun temía que la estada de dos años apartado de su vista no me uviesse privado de la gracia de Ginebra:

«Y pues es dificultoso poder conservar en presencia, armado y deligente, lo que a muchos aplaze, qué será en ausencia y sin solicitud de algún fiel mensagero. Fácilmente puedo creer que aquesta es la ora que Ginebra está copulada en matrimonio con alguno más dichoso hombre que yo.»

Estando en aqueste dudoso pensamiento, vi del puerto abaxar a Achates. Como me uvo dado la carta, ni lo que el mundo posee, ni lo que el mar trae ni la tierra cría, ni lo que el cielo promete me podía retener de la presencia de Ginebra. Pagado el oro, librados los rehenes, dadas las gracias, según mis fuerças, al cavallero Phorbante, venerados los santos, hize oración a la Fortuna en aqueste siguiente modo:

Peregrino rogó a todos los celestiales le fuesen favorables y con próspera navegación le tornassen a su tierra. Y fuese para casa de Ginebra, y Astana secretamente en una cámara le escondió.

Capítulo LXXX

«Celestiales, a todos humildemente os suplico a tan soberano desseo deis favor y ayuda. Y tú, cruel y muy poderosa Fortuna, ya de oy más a tanta persecución pon fin. Si sano y salvo, por tu intercessión, a mi casa la buelta yo diere, de contino serás de mí sacrificada. Sea ya hartada tu ira con tantos mis miserables trabajos. Sey ya de aquí adelante el socorro de mi libertad, el puerto de mi verdadera salud. A ti sola quedaré deudor. A ti ofresceré sacrificios: aquesta tu desataviada y mal adornada cabellera ataviaré. A tu muy cruel rostro tendré en veneración, y en tanto que la ánima mi cuerpo regiere, adonde natural o estrangero me hallare, con perpetua obligación tu fiesta celebraré. Y en mi cámara tu celestial imagen assentaré. Tú serás mi gobernadora y mi verdadero gozo y mi bienaventurança. Por todo el mundo te loaré, y a los por nacer daré a conoscer tu fama.

»¡Oh, no te sea grave de salvar a un hombre! Pues que a Phrixo con el vellocino de oro en el mar escapaste. E a Arrión sobre el delphín governaste. E a Europa sobre el toro conservaste. A Júpiter en buey transformado passaste. A Cirrho, puesto a las fieras, de pueblos infinitos libraste. A los fabricantes de la alta Roma a la soberana cumbre del alto imperio enxalçaste. A Gerión, de los perros amamantado y criado, el reino reservaste. Al de Abidos de los peligros del mar y a Moisés legista en la cesta sano y salvo pusiste. Pues a tantos has salvado, no desprecies a quien con fe y corazón te llama, no me niegues, señora, después de tanta pelea, la vitoriosa buelta a la secreta estança de la mi señora.

»Yo te ruego, por aquel sagrado ñudo de amor con el cual me ataste, que no me detengas. Y cuando por hartar tu enojo la dichosa tornada me negasses, muerto y desenterrado me haz venir adonde, con mi pena, de aquellos lindos ojos humanidad y compassión pueda sacar.»

A tantas pregarías interponía muy espessos sospiros. Fenescidas las oraciones, prósperamente embarcamos en una nao, por salvarnos de aquel cruel y

avaro tirano. Navegando, Achates y yo razonávamos de Ginebra y de su casa, y de lo que de mí se dezía. Él me respondió que, según secretamente le avía dicho Viante, Anastasia no estava sin alguna sospecha de su hija Ginebra, pero que no sabía de quién pudiesse ser avisada. La causa del temor le ponía un cinto, el cual tenía Ginebra y avía echado fama que de un arca le avía sido hurtado, y atribuía la culpa a los hermanos. Anastasia dissimuló de creer todo aquello, de lo cual estava muy desviada, solamente por pesquisar si lo avía dado a algún amador secreto:

«Por ende, conviene estar sobre el aviso porque en ningún tiempo venga a noticia de su madre.»

De semejantes cosas hablando, abaxamos a la isla de Minos, adonde humanamente fuemos rescebidos. Después de algunos días, hallando oportunidad de una nao, con próspero y favorable viento passamos las aguas adriáticas hasta el puerto Arimino. Y de aquí, solos y solitarios, cuando a Dios plugo a nuestras dulces y desseadas casas llegamos.

Y dexados todos otros cuidados, fueme a la posada de mi Viante, la cual, de entrañable piedad comovida, se me echó entre los braços cuasi sin ánima. Revocada la fortaleza del corazón, celebradas aquellas gozosas consolaciones que a nuestro amor convenían, detenido con ella secretamente embié a Achates a mis amigos y parientes que les dixiesse que mi venida sería de aquí a cuatro días, por que más sin embaraço pudiesse usar de la presencia de Ginebra, si del cielo me fuesse tan grande don concedido.

Ya del nuestro hemisperio declinava Phebo, quando de mi venida por Viante hize sabidora a Astana, a la cual plugo que en hábito arábigo me presentasse a la puerta de mi señora, porque sin participación de alguno me pondría en aquel lugar adonde en la imagen avía estado una noche.

Elegida por fiel compañera Viante, con debilitados passos la voy siguiendo. Llegado a la casa y algún tanto mirada, fue metido con gran tristeza por Astana, la cual me guadó su fe. Escondido en la fiel cámara, después de algún poco de tiempo veo por la ventana de mi estancia a Astana con Ginebra, con gran secreto de hablas y meneos. Acabadas sus razones, se venieron hazia el huerto. Llegadas cabe la puerta adonde yo estava esperando, sientto a Astana que dize:

«¡Oh ya dichosa posada de un hombre y una imagen, agora desnuda y desconsolada!»

GINEBRA.—Siempre a los que bien se quieren fue tal la Fortuna.

ASTANA.—A quien fielmente ama, todas las cosas prósperamente le suceden.

GINEBRA.—Hago cuanto puedo y devo.

ASTANA.—Ten buen corazón, que el cielo te ayudará.

GINEBRA.—Sí: a penar.

ASTANA.—Nunca tardó la desesperación.

GINEBRA.—Comigo mesma me enojo por ser desdichada.

ASTANA.—Antes muy dichosa.

GINEBRA.—¿Hay algunas alegres nuevas?

ASTANA.—Achates es venido.

GINEBRA.—Antigua es la nueva.

ASTANA.—Agora otra vez.

GINEBRA.—¿Cómo lo supiste?

ASTANA.—Hablé con él.

GINEBRA.—Tarde me lo has comunicado.

ASTANA.—Fue a buen fin, esperé tiempo más conveniente.

GINEBRA.—Para hablar de cosas aplazibles cualquiera hora es bien dispuesta.

ASTANA.—Verdad es para quien escucha y no por ventura para quien lo cuenta.

GINEBRA.—Dime, ¿qué hablastes?

ASTANA.—Entrava en casa de Viante y estava muy alegre.

GINEBRA.—O que me prendas o que me sueltes, ¿hame traído carta?, ¿adónde dexó a Peregrino? Agora ya veo que me burbas³⁰⁸: véndeme lo que me traes, hasme alterado la sangre.

ASTANA.—Sosiega tu corazón, todo te lo contaré.

GINEBRA.—Presto, por tu vida.

ASTANA.—Queríate ver.

GINEBRA.—¿A mí?

³⁰⁸ Curiosamente, Hernando Díaz parece usar un italianismo (*burbare*, ‘burlarse, hacer escarnio’) inédito en castellano, cuando Caviceo emplea, en lugar de éste, el verbo *scornere*.

ASTANA.—Sí.

GINEBRA.—¿A qué fin?

ASTANA.—Para consolarte.

GINEBRA.—Aquessa novedad no me agrada. Si algo trae, por ti lo embíe.

ASTANA.—Si Peregrino fuesse venido, darley as audiencia.

GINEBRA.—¿En qué lugar?

ASTANA.—En el jardín.

GINEBRA.—Negarla sería gran crueldad.

ASTANA.—Con tu licencia le traeré.

GINEBRA.—¿Luego él venido es? Inhumana has sido en tanto callar, mas porque sé que me burlas, haz como quisieres.

Acabados aquestos y otros semejantes razonamientos, venida la primera tiniebla, por Astana fue llevado al acostumbrado lugar, y como sentí abrir la ventana, quedé sin ánima. Entrando aquel Sol que alumbrara a los Infiernos, algún tanto perdió la color: pensando que mi vista fuesse alguna fantasma, quiso huir. Y si por Astana no fuera compelida, quedara sin oírme. Yo, que parecía uno de la familia de Prosérpina, no tenía en mí cosa alguna que de la primera vista diesse testimonio. Por aquesto, no osé hazer movimiento.

Assegurada ya Ginebra, algo más se llegó. En el primero combate dos grandes enemigos se presentaron: Amor y Temor. Amor con sus plumas y saetas combatía el corazón, diciendo: “Abre, que primero fueste mi aposento”. Temor lo fatigava, y a las palabras se hazía sordo. E si con la suave salutación no me favoreciera Ginebra, iva ya a caer muerto. Entre dos tan grandes contrarios fue a tal punto llegado, que del afligido pecho la boz salir no podía.

Mi señora muda y yo ciego y sordo quedamos. La escuridad, que más alta, sobrevino, compelió a Ginebra a antes de tiempo irse. Quedé solo y en mi vida pensando, no sabía dar razón de mi ser, si fuesse yo o otro. Saltava de pensamiento en pensamiento. Rogava a Dios que me truxiesse a mejor y más favorable fortuna. Estando en aquesta pena, Astana, por consolarme, vino a mí y todas las consolaciones que pudo me dixo, prometiéndome tanto tiempo que con mucha oportunidad fácilmente podría hablar. E con eficaces palabras y estrechos juramentos me juró que el corazón de Ginebra no estava encendido de otro fuego que del mío, el

cual tanto de lexos quanto de cerca ardía, y que perseverava en aquella amorosa llama que de primero.

E assí como los ásperos trabajos de la ausencia devían amatar al Amor, cada día lo inflamavan más, y que depositado cualquiera otro cuidado, tuviesse por firme y constante ser amado de Ginebra con mayor fe y lealtad que nunca fue hombre nascido. Y por que yo supiesse cuánto avía sentido mi estada, avía votado de nunca dexar el lloroso hábito hasta que yo tornasse y que perseverava en aquella mesma vida que en los primeros días de la muerte fraternal, so color que nunca se ataviaría ni en matrimonio se juntaría, si antes la muerte de su hermano no fuesse vengada:

«Agora mira, Peregrino, cómo eres amado y querido. Assí que tienes gran razón de dar muchas gracias al Amor y gratificárselo.»

Rescebidos los amorosos y entrañables esfuerços, quedé consolado. Astana, porque se avía de hazer una fiesta en su casa y por no caer en sospecha, se fue. Temor de infamia, celos, cansancio, me hazían guerra y tenían mi triste corazón afligido.

Peregrino, esperando el consuelo de Astana, fue empedido de una gran pluvia, y fuele nescessario salir de donde estava y esconderse en una bodega, de la cual saliendo, a caso, entró en la cámara de Ginebra.

Capítulo LXXXI

Era diviso en más de mil partes, assí que no sabía qué era lo que desseasse. Reposado mi cuerpo, en quanto la instante necessidad quería, comencé a pensar qué fin pudiesse dar a mis cosas, porque el contino penar por semejantes passiones es manifiesta señal de poca prudencia. Al fin, vencido del sueño, comencé a abraçar la nuestra criadora madre por rescebir algún descanso. Luego se me representó una terrible y espantosa visión: parecíame ser robado en el Cielo Empíreo, adonde Júpiter con gran imperio lo rige todo y modera, el cual, a causa del reino con los hermanos contendía. Y eran de tanto furor encendidos, que todo el palacio divino estava confuso y oscuro. Ni Phebo, ni Lucina, ni otra planeta del Zodiaco aparecía

que a la real casa dicesse claridad. Estando en aqueste cruel espectáculo, sobrevino uno que conoser no pude, el cual contra mi voluntad me sacó y llevó adonde con gran tristeza era detenido.

La ánima, comovida de aquestas visiones, me quebró el sueño. Siento a la ora a aquel Dios que por vadera trae el tridente, no menos turbado que fue por la imposición del nombre de la tierra que después Theseo miserablemente quitó, y a muchos sus defensores en pago de sus trabajos dio la muerte. Llamado su Tritón y Palemón, con la muger de Peleo, y la virgen Panopea con todas las nuves y pluvias, con el fiero tridente comovió las aguas, assí que en un tiempo hizieron su oficio. Ni le faltó el favor de Eolo: en un punto el cielo y el aire y la tierra de tanta escuridad fueron cubiertos, que uvieras juzgado del uno y del otro hemisperio las fixas y errantes estrellas ser desviadas.

De aguas abundava la casa como barquete quebrado en medio del mar, de forma que ningún lugar de tanto naufragio estava seguro. Por último socorro deliberó Angelo baxar a la cámara adonde yo mal seguro me hallava. Astana, con mayor priessa que cae el rayo del cielo, bolvió a mí y dixo que toda la casa manava en agua y que Angelo tenía opinión de venir aquí. Assí hablando, siento el bullicio de la gente por la escalera. Yo, más ligero y ciego que talpa, buscando a dó me esconder, metíme en una bodega y, lo mejor que pude, me puse en un desfondado tino. Ocurrióme al pensamiento el socorro del albañar por escaparme de tanta congoxa, mas ya Neptuno tenía ocupada la puerta y sus mensageros con tanta fuerça avían entrado, que el tino adonde yo estava alçaron de su lugar, assí que me parecí estar sobre el monte Olimpo, en la barca del antiguo padre que la humana simiente en poca madera salvó.

A la ora tuve por gran suavidad la prisión arábica y las fatigas de Alexandría (¡oh cuán presuntuoso es quien de su suerte nunca se contenta!). Siento los clamores y llantos. Parecíame que la ciudad de Príamo con la de Nerón ardiessen, o que los franceses ocupassen aquel castillo que después a Roma salvó. Angelo, con toda su gente en aquella cámara se enfortalesció, la cual era algo más alta y de arcos y bóveda bien adornada, como si de sus muy fuertes enemigos esperara el campo.

Licencia³⁰⁹ me fue concedida de andar vagando por casa, por estar todos en aquella estancia retraídos.

Subo las escaleras. Hallo una cámara abierta, la cual juzgué ser de Ginebra, adonde era tanto habitable cuanto la cama ocupava. Cruel partido era el estar, muerte el andar. Si estoy, ¿qué será de mí si soy hallado? Si me voy, ¿adónde iré? ¿Quién me será guía?, ¿quién me abrirá la puerta? Mejor consejo me pareció esperar el día con la ventura que Fortuna me truxiesse.

Ginebra, creyendo que Peregrino estaba en el albañar, mandó a Astana que supiese d'él si era vivo o muerto.

Capítulo LXXXII

Venida la hora que Phebo suele desde la alta casa embiar sus cavallos, el trompeta de Neptuno las aguas sosegó. La cansada gente, por aver trabajado la noche, fue solícita en irse a reposar. Como siento el roído, soterréme en baxo de la muy casta y virginal cama de Ginebra, la cual llegada a la cámara, con un grave suspiro comienza dezir a Astana:

«¡Oh fatigas sin provecho, oh espesos trabajos! ¡Oh del todo mísero quien en triste constelación nasce, como Peregrino! Ya son muchos años que descanso ni plazer nunca pueden morar con él. Testigo es la buelta del fatigoso viage, y agora está en peligro de la vida. Dime, Astana, adónde le embiaste.»

ASTANA.—A la bodega, por más seguridad.

GINEBRA.—¡Toda estava llena de agua!

ASTANA.—No avía cosa sin ella...

GINEBRA.—Pobre y mezquino.

ASTANA.—E bien es pobre a quien no dan gracias. Agora vamos a reposar lo mejor que pudiéremos.

³⁰⁹ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: licencia *P*: lisencia

GINEBRA.—Mal reposa quien no tiene contentamiento.

ASTANA.—¿Qué mandas que haga?

GINEBRA.—Procura de proveer: o que muera o que salga.

ASTANA.—Es ya de día.

GINEBRA.—La gente duerme.

ASTANA.—Así te parece a ti, que lo querías.

GINEBRA.—¡Oh cuán trabajoso es bivar con vosotras, malvada generación de servidoras! ¿Cuál condición, cuál ingenio con el vuestro se podría conformar? En el corazón de baxa suerte cosa perfecta no se halla. A este cruel y desleal género ningún secreto se puede confiar. Por ende, no se dice en vano que a los que a servir son sujetos Dios les ha privado de alguna perfección. ¿Por apartarme de aquesta pesadumbre de continuo rogarte me desviaré de su amor? ¡Quién nunca ha visto mayor enojo que lo que tú heziste! Echástele de la cámara como si fuera un esclavo. Ora ya, ya vay con Dios, que más vale estar sola que mal acompañada.

ASTANA.—Señora, la culpa del cielo no deve redundar en mí: ¿qué podía yo ni más ni mejor hazer en aquel estrecho de tiempo? E si no proveyera a tan gran peligro, yo te pregunto, ¿adónde estuviéramos? Siempre te he servido con aquella fe y humildad que soy obligada (y aun por ventura más de lo que devía), y cuando veniesse a noticia de tus padres lo que yo he hecho y hago por ti, ¿qué sería de mi vida? Mira en cuánto te he yo tenido, pues todo mi provecho y honra y vida he pospuesto por hazerte plazer. Y porque agora tengo cuidado más de ti que de mí mesma, estás airada. Pero porque es muy mejor caer de la tierra que no del cielo, e pues mi servicio alcanza a queste galardón, yo te suplico me des licencia. Por ventura otra más dichosa tendrá mejor dicha contigo. Sé con cuánta dificultad a vuestros apetitos se puede obedecer. De todas las rebueltas y inconvenientes la culpa nos atribuí. Bastarte devría que de voluntad y fe hago lo mejor que sé y puedo; mas pues que claramente me veo caída en tanta porfía que ninguna paz entre nosotras con leal corazón jamás podrá ser, quédate con Dios.

Ginebra y Astana, después de muchas discordias, se apaziguaron. Y Peregrino se descubrió y hizo una habla a Ginebra, y después se fue.

Capítulo LXXXIII

«No la llama del libidinoso amor, el cual vence a las crueles madrastras³¹⁰, doma a los leones, liga a los animales, embravesce a los santos, sobrepuja a los cielos y pone rezia ley al universo, mas el temor de tan gran fuego que podría nacer me ha comovido a travar renzillas contigo. Por esso no te maravilles si fuera de mi condición y costumbre he pronunciado lo que no devía. Mi intención, Astana mía, nunca fue de ofenderte en cosa alguna, y si la lengua por yerro resbaló, no lo atribuyas a malicia de ánimo, pero a la mucha nuestra osadía. Tú, mi consoladora; tú, mi ánima; tú, mi cuerpo: vay sin temor, que en corazón generoso ira nunca mora.

»E mira a dó está Peregrino, por que por algún caso no se vea en más peligro.»

ASTANA.—Ginebra mía, cuando creyesses que de todo tu contentamiento yo estava menos alegre que tú, desviarías de la verdad. Y si a la experiencia quieres dar fe, déxolo a tu parescer. ¡Ay triste! ¡Que viene Angelo y trae una cara turbada! Dios no permita algún triste acaescimiento, desvíe el caso y aparte el accidente, que Peregrino no sea topado. ¡Ay que siento grandes bozes!

ANGELO.—¡Astana!

ASTANA.—¡Mezquinas!

ANGELO.—Desciende acá abaxo: mostrarte he tus obras sanctas.

ASTANA.—¡Ay Ginebra, que somos muertas!

GINEBRA.—Vay y niégalo todo.

ASTANA.—Conoscerlo ha.

GINEBRA.—A hombre atrevido una prueba no daña. El hábito lo defenderá: dexa el cuidado a mí, y provee tú, por una manera o por otra, que él huya.

Salida de la cámara, Ginebra dize:

³¹⁰ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: madrastras

«Padre mío, ¿qué novedad á acaescido? Astana está en mi cámara limpiándome el manto. Venid, moços, acá; buélvete tú, Astana.»

ANGELO.—No es sino un tino, que pensava que era el más seguro y por la violencia de la agua hase alçado y derrocado como si fuera una artesa. Querría que tuviesses más cuidado de mi hazienda, pues de ti mesma la fio.

GINEBRA.—Ella no tiene culpa.

ANGELO.—Verdad es: tiénela el albañar, el cual luego haré cerrar porque mejor es un mal que no tantos.

GINEBRA.—Vámonos a reposar.

ANGELO.—¿Y tú qué harás?

GINEBRA.—Acompañaros he.

ANGELO.—Mas quédate tú.

GINEBRA.—Andad en paz. ¡Oh Dios, cuán fácilmente de sí mesma se acusa una ofendida y maculada consciencia! ¡Cuán dificultoso es cubrir por los ojos corporales la culpa concebida en el corazón! ¡Ay qué cansada estoy! Creo que la temerosa ánima con el miedo se ha apartado de mí. Toda tiemblo, y cualquiera pequeña sombra de verdad me hazía confessar mi pecado. Aora mira a qué soy venida. ¡Astana, Astana!

ASTANA.—Señora.

GINEBRA.—Ven luego en un punto.

ASTANA.—Heme aquí.

GINEBRA.—Muerta soy.

ASTANA.—Ni yo muy biva.

GINEBRA.—¿Cómo van las cosas?

ASTANA.—No parece aqueste hombre: el tino esta vazío; el albañar, lleno de agua. Perdida soy.

GINEBRA.—¡Ay triste! Avráse ahogado: vamos a ver si es muerto o bivo.

ASTANA.—No, señora: dexa hazer a mí. Sossiega tu corazón. Cierra la cámara, buscaré la casa y cuando no le hallare, iré a Viante, por ver si es ido allá.

GINEBRA.—Aora vay, y haz como sueles.

Cerrada la puerta, paresciéndome ya ser tiempo de sacar a mi señora de tanta congoxa, y fuera de mi esperança serme ofrescida oportunidad muy conveniente a hablar de nuestros amores, póngome en pie, y con boz sossegada comienço:

«Señora, he aquí tu siervo. Mira lo que mandas que haga.»

No comueve tan presto a la humana virtud el ojo del lobo cuando es visto primero del hombre como hizo mi palabra a Ginebra. Y algún tanto turbada, dixo:

«No se querrían tan familiarmente visitar los retrainientos virginales, y si el amor es igual, la infamia no es tal.»

Salida de la cámara por Astana (la cual aún no era ida), me hizo cerrar en aquella estança adonde su hermano avía espirado, que salía a su retrete. Y estava allí una ventanica, la cual pienso que fuesse puesta por descanso del uno y del otro, por aver sido aquel lugar un secreto oratorio adonde ninguno entrava, por no acordarse de la súbita muerte. Cerrada la puerta, abierta la ventana, amansada la ira, sossegada aquella cara en el mundo sola, assí apartados nos assentamos. E cuál uviesse sido mi vida le comencé a contar. Ni a los passados trabajos avía puesto fin, quando vi llorar aquellas dos celestiales hachas, que fue eterno premio a las sostenidas penas.

Fue una suave armonía a mi ánima, un verdadero consuelo, un perpetuo gozo. Si todo el plazer de aquellos razonamientos parte por parte quisiesse contar, lengua no humana pero divina, ni tiempo perdurable bastaría. Por aquesto me parece mejor dexarlo a tu contemplación que tomar trabajo impossible. Después de mil y mil vezes retoricadas y cortadas las palabras, comencé a pensar algún nuevo camino, pues que la artificiosa vía del albañar me era vedada.

E antes que la dixiesse, vi la cara de Ginebra algún tanto revestida de nuevas colores. Más con señales que con boz me manifestava acordarse de Cinthia. Yo todo lo dissimulava, por no entrar en aquesta trama y por no hazer mas viaje. E alçada un poco la vista, se me ofreció una gentil ventana que estava hazia el huerto. Y era de tanta altura que de sí mesma se assegurava: ni d'ella avía sospecha ni consideración ni razón de guardarla. Assí considerando, me parecía estar sobre el monte Ida y mirar las circunstantes playas. El desseo a la empresa me induzía. La razón temía: los

peligros se presentaban³¹¹. Infamia y muerte se ofrescían: no me pareció possible vencer cosa tan alta.

Ocurrióme a la memoria de querer aprovecharme del beneficio de una escala de cuerda, la cual avía Ginebra de atar a la ventana por que sin peligro pudiesse subir y baxar. Dada la orden, con participación de Astana, prósperamente me passé aquel día. Después de muchas ofertas y dulces cortesías, con grande abundancia de lágrimas, Astana me induzió a que me saliesse.

Peregrino con grande alegría fue a visitar al monarca y a sus amigos y parientes. Y después se retruxo al lugar adonde estaban Ginebra y Polixena y algún tanto llegado, hablaron juntamente.

Capítulo LXXXVIII

Ya era de mi venida la ciudad sabidora, assí que no me era ya lícito encubrirme. Aquella mesma tarde me fue a la posada de Achates. E juntos hablando de Ginebra, tomamos el camino hazia la casa de mi padre. E con aquella piedad y vehemencia de amor de mi madre fue rescebido, que sería Lamia de Demetrio. Saludada toda la gente, amigos y parientes, a la mañana hize reverencia al monarca, el cual no de otra manera me festejó que haría Menelao a Ulixes cuando del Ilión pensava la destrucción.

A mi visitación cuasi toda la ciudad concurrió. Parecía el día señalado al alarde³¹². Después de algunos días combidando a parientes y amigos, y entre comer hablando varias cosas, oí que la hija de Angelo estava prometida en matrimonio a un gentilhombre de gran linaje. No menos enojosa me fue la entendida razón que sería el combite del hijo a Tereo. Mudada la color, salteado el corazón, pensé de salir de todo mi sentido. No sabía juzgar cuál crueldad y desusada generación de muerte no me fuesse agradable. Acabada la comida, el día siguiente, armado de ira y amor y desdén, fueme hazia casa de Ginebra, a la cual con toda industria demandé que

³¹¹ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: presentavan *P*: prsentavan

³¹² En Caviceo, *giorno a le comitie designato* (*ed. cit.*, p. 175), en referencia a los comicios romanos.

brevemente me oyese en el concertado lugar, por saber si de la publicada nueva se hallaría fundamento.

Armado, a la noche, de la nudosa escala, me fue por el jardín de Ginebra a la concertada ventana, adonde hallé el hilo, por el cual fue llevada y puesta según el concierto. Quitada mi capa, comienço a subir. E cuando alçava la vista parecíame ver a Egeo, que al hijo vitorioso esperava. Algún tanto llegado a la ventana, parecía que avía passado por todo el reino de Dites y visto a Prosérpina, Acheronte y a Cérbero. Venido al seguro lugar, me assenté y fue rescebido con una celestial salutación, que no Júpiter de Alcmena ni Adón de Venus, ni Hércules de Dianira nunca con tanto desseo fueron vistos ni aposentados. Assí que no menos onroso que amigable fue el rescibimiento.

Peregrino cuenta a Ginebra lo que oyó estando en el público combite que él avía hecho.

Capítulo LXXXV

Estava, no sé por qué causa, Ginebra vestida de aquel hábito en el cual me pareció cuando, por consolarme, junto con Polixena venieron a pescar. La cual, assí súbita y considerada mudança, con la mucha soledad de la cámara a la madre del secreto amor y a mí del nuevo matrimonio puso sospecha. Ofresciéndose el tiempo y la oportunidad, y la materia muy abundosa, assí comencé:

«Señora mía, no creo que sea nescessario con mucha afluencia de palabras polidas, ni varias, ni lisongeras contar el grande amor que siempre te he tenido desde la ora que primero te me mostraste. E si yo he sido solícito, secreto y curioso, tanto de tu honra quanto del amor, por ti mesma lo puedes juzgar. Y al extremo que me obligares con dispuesta voluntad lo aceptaré, porque sé que siendo tú sabia, discreta, generosa y única en el mundo elegida, no podrás ni pensar ni hazer sino lo que a ti sea conveniente. Y si de otra manera es tu opinión, yo te ruego y suplico me lo quieras hazer saber porque de todo tu plazer y provecho tendré aquel verdadero contentamiento que tú mesma, lo cual sin juramento lo puedes bien creer.

»E si mi habla fuere breve y no bien concertada, disculparme ha el autor incierto. Mas tú, de la verdad mejor informada, a lo incierto podrás ocurrir con lo cierto. Ayer, estando en mi público conbite, entre muchas razones que entre comer passaron, dixieron que en breve se avía de salir a velar la hija de Angelo. La palabra fue de tal suerte, que de sangre y manjar me privó. Y clamando digo: “¡Oh mis prolixos trabajos! ¡Oh largas y nunca cansadas ansias! ¡A qué soy llegado! ¡Oh señora, más cruel que la crueldad! Cómo te sufre el corazón, assí tan dessabridamente desechar aquel que sobre todos te ama.”

»E antes que de aquesto pesquisasse la verdad, he recurrido a ti, de cuya voluntad depende aqueste efecto. Lo que es o lo que se ha de seguir, si en tu pensamiento por cosa secreta se guarda, yo te suplico me lo quieras manifestar. E si en algún tiempo para contigo mi fe ha merecido algo, no me lo encubras ni niegues, porque esconder las cosas públicas antes es acto de curiosidad que de prudencia, de la cual tú eres la verdadera maestra.»

No fueron mis razones sin lágrimas y entrañables sospiros, de los cuales tuvo gran piedad.

Ginebra esfuerça a Peregrino a que tenga buen corazón y esperança, que no será engañado de la devida merced.

Capítulo LXXXVI

Estava mi señora assentada a la ventana, y no con menor magestad que Juno se assienta en el celestial consistorio. En la otra parte de la cámara estava una ardiente y clara y lúzida vela, y (más que nieve) blanca, la cual, no por virtud del fuego, mas por la luz de sus ojos alumbrava la estança. E quando acaescía alçar o baxar la vista, tanto más o menos la cámara resplandecía.

Era una cosa divina el ver relumbrando hablar aquella sublimidad de ojos, de la cual sin injuria se dexaría vencer el mundo. Oída mi proposición, assí me respuso:

«El replicar no es menester a quien de voluntad escucha y fielmente ama. El Amor, la fe, los trabajos, el gastar de tiempo, la pérdida de hazienda, los manifiestos

peligros me dan noticia cómo me quieres. E mucho me pesa de no poder ser la que mi corazón dessea, por que supieses cuán entrañablemente te amo. Pero lo que se dilata no se aparta de la liberal voluntad del pagador que a mayor oportunidad de tiempo lo guarda.

»De lo que me dizes, por no saber algo d'ello, no te responderé tan cumplidamente como tu corazón dessea. Pero yo te aseguro que de lo que se ha de seguir sólo Dios es el conocedor. E cuando la paternal obediencia a otra cosa me compeliessse, de lo que es mi voluntad, por agora yo me lo callo. Mas cuando tu corazón con aqueste pensamiento ardiessse, no sería ageno de la razón, con medios dispuestos y convenientes hazer tratar la materia con aquellos cuyo consentimiento acrescentará el amor y aumentará nuestra reputación. Y tendrásse de nosotros una tal certenidad, que siempre seremos con aquella verdadera fe que a los generosos es devido y condecete.

»Podrá, por ventura, la sobredicha fama tener origen de lo que agora sabrás. Son tres días que un grande amigo de Angelo me hizo combidar a que fuesse madrina de su primero hijo, cuya regeneración se ha de celebrar y honrar el domingo siguiente. E algunos frenéticos, más de los agenos negocios que de los suyos propios³¹³, avrán fengido a aquesta mi salida ir a este fin. Yo iré, y pues que sin conclusión no se puede quedar, no te enojés, y aun te aconsejo que allí no vengas, porque como fuesses hallado, siendo mi madre no bien saneada de ti, podrías dañar a ti y a mí, y aun dar algún empedimento a lo que tanto desseas. Después que fuese en aquel espantable y capital peligro, por aver sido la prisión adonde fue, muchas vezes burlando habla honradamente de ti, por ver adónde yo me incline: cuanto más ella dize, tanto más yo callo. Ni por alguna evidencia nunca jamás pudo comprehender qué corazón fuesse el mío, y con mil modos harto ingeniosos ha espiado de mi bivar con Astana, la cual no menos discreta que fiel siempre ha sido. Y muchas vezes repitiendo lo que avía acontecido del cinto que fengí averme hurtado, todavía no puede imaginar qué es lo que aya hecho d'él.

»Agora ten fe y no dubdes, que tu trabajo no será en vano.»

³¹³ Parece faltar un adjetivo o un verbo (seguramente en participio), que ninguno de los ejemplares atestiguan; en Caviceo se lee, sin embargo: *qualchi frenetici, più de le altrui facende che de le proprie curiosi* (ed. cit., p. 176).

Peregrino aconseja y suplica a Ginebra que tome el cinto del cual ella le avía hecho merced.

Capítulo LXXXVII

Entrados en hablar del cinto, por querer prevenir a toda pasada y futura sospecha, le dixe:

«Señora mía, vine a ti por servidor y por esclavo me iré, tanto por la grandeza de tu corazón fundado en verdadero saber, quanto por el amor que me tienes. Y haga el cielo lo que quisiere, que en toda próspera y adversa te soy obligado por perpetuo siervo. E infinitas gracias te doy por la buena y sana opinión que me muestras. Y porque del cinto emos hecho mención, cuando tu consentimiento concertare con mi voluntad, juzgarás ser astutamente pensado que lo tomes y siempre podrás dezir que estava escondido en alguna arca y que rebolviéndola a dicha lo has hallado. E si alguna contraria opinión les diesse, una cierta labor que cercan los troncos de los arbolezicos podráslas quitar, y por mi memoria tenerlas contigo. Por lo cual te daré aquellas sempiternas gracias, como si de muerte a vida me tornasse.»

Dichas aquestas palabras, dereseó en mí aquella excelencia de ojos, que no menos me deshizo que el sol a la nieve. E assí me respondió:

«Peregrino, a cualquiera tu parescer me conformaría, por ser todo con discreta razón bien determinado. Mas creo que haziéndolo assí levantaríamos mucho mayor fuego de lo que se puede sospechar: ya es muerta aquella llama que primero nació, y si agora pareciesse, tu venida haría grande indicio que lo uviesses tenido. Por ende, determino que perpetuamente sea tuyo. E suplicote me lo muestres, por tenerte en merced aver assí ricamente enoblecido una cosa tan vil, la cual no te di por valer ella algo, pero por una fiel memoria de quien te ama.»

A la hora se lo presenté y le dixe:

«Ruego a Dios que no de otra manera te ate y encienda que hizo a mí.»

Cortésmente sonriendo, respondió:

«Al mar furioso y tempestuoso no hazen menester más vientos.»

Tomado el cinto con aquella gloriosa y hermosa mano, y remirando el gentil y rico atavío, en quanto pude y supe le supliqué que le fuesse concedido aquella

noche estar en la cámara, lo cual al señor era negado. A las instantes pregarias no rehusó: alçólo de la ventana y púsolo sobre la bienaventurada y virginal cama. Buelta al lugar, pie ante pie, estuvimos sin habla, muy pensativos. Al fin, quebrando el callar, assí començó:

«Peregrino, por Dios, ¿qué cosa es aquesta? Siéntome muy angustiada.»

Yo, que mucho mayor dolor sentía, la consuelo y digo:

«Aquestos temores, que a las vezes proceden de nuestra ánima o de algunas celestiales influencias, no son de temer, por ser cosas vanas y sin efeto, a manera de sueño. Pero por proveer a todo lo que quebrar o alterar pudiesse a nuestro amor, yo te ruego que estés muy avisada, y que en ausencia mía no des fe a quien de mí alguna dañosa nueva te truxiesse. Aquesta nuestra ciudad está llena de falsos acusadores, y por desviar nuestro divino amor se podría fengir alguna nueva invención, por la cual sin nuestra culpa veniésemos en dessabrimiento. Por ende, es menester a manera de áspero sordo tener cerradas las orejas y no creer más de lo que a semejante persona convenga. Y si de mí en parte alguna fueres mal informada, no se te faga grave hazérmelo saber por que pueda limpiar mi inocencia.»

Diziendo assí, en medio del estío me resfriava, y ella sin frío se desmayava. Yo, que sabía que temor no es otra cosa sino una esperança de mal, quanto más me quería assegurar, tanto más la sangre en el coraçón se elava. Entre nosotros las amorosas hablas eran tibias; el amor, dessabrido; los sospiros, cortados; el mirar, no favorable. Assí que parecía que Natura de sí mesma se maravillasse.

La madre, muy de mañana, visitó a Ginebra en la cámara, la cual hablava a la ventana con Peregrino. Y por la súbita venida abaxó Peregrino por la escala y desacordadamente dexó el cinto, en el cual estava una carta cosida de Ginebra. La madre, reprehendiendo a la hija, sin ella sentirla, secretamente lo guardó.

Capítulo LXXXVIII

El alva hazía muestra de su venida cuando por Astana fuemos avisados y requeridos que nos fuésemos, por aver sentido algún roído en la paternal cámara. Doblada la licencia con lágrimas y suspiros, y despedidos con aquellas humildes palabras que el escandalizado Amor nos ponía, aún no nos despedíamos, cuando sientto a Anastasia que dize:

«Abre aquí, hija.»

A la hora, cerrada la ventana, algún tanto abaxo me retruxe. El maternal corazón, no sé de cuál de sus ángeles comovido, fuera de toda su costumbre en el retrainimiento de Ginebra se metió, adonde temblando, llorando y suspirando y ataviada la halló. Mi señora, maravillándose de tan gran aceleramiento, le demandó la causa de tan presta venida, pues que a tales horas, por la humedad del aire, es tiempo más dispuesto a reposar que a otra cosa.

La sabida y astuta madre le respondió que tanta era la fuerça de sus lágrimas, que por una secreta violencia la avían turbado el sueño y que venía a consolarla. E con solícita y curiosa instancia la pregunta cuál sea de tanto lloro la causa. Respondió Ginebra ser la muerte del hermano, a la cual replicó la madre:

«El verte muy ataviada, con tu muy adornada crencha, y a esta ora velando y llorar al hermano son muy contrarios. Tu exercicio, desviado de buenas obras, el amarillo gesto y pensativo más de lo que a tu juvenil edad sea condeciente, el poco comer y dormir, y la soledad de la cámara, y el contino escrevir y leer cosas amorosas con otros nuevos acidentes me dan alguna mala opinión de tu vida. Y cuando se seguiessse algún efeto que pudiesse infamar nuestro estado, sería tu vida más amarga que la muerte.

»Por ende, te aconsejo que tomes aquellos términos de onestidad y templança que aprendiste de mí. E si alguna llamezica tu coraçón enciende, máatala y no la creas, porque sería echarnos a perder. Y aunque bien como madre de alguna piedad te acompañasse, no podrías por aquesto escapar la crueldad y ira de los hermanos. Por ende, trabaja de dexar el mal pensamiento, si alguno tienes.»

En tanto que assí hablava, yo, que estava diviso entre la escala y la ventana, todo lo oía, y permitió Dios que, por la arrebatada venida de Anastasia, Ginebra inconsideradamente dexasse el rescebido cinto sobre la cama, en el qual estava una carta suya cosida que por gran bienaventurança comigo traía. La sagaz madre, sin algún sentimiento de la hija, secretamente lo tomó y guardó. Después de algún tanto averla induzido a mejor vida, calló. Ginebra, hecha cuasi impaciente, assí le respondió:

Ginebra responde a la madre y la assegura de su buena vida. Y salida de la cámara se bolvió a hablar con Peregrino, el qual la rogó que fuesse humilde y obediente a su madre.

Capítulo LXXIX

«Si los tiernos años han sido modestos y templados, no deven los del seso ser livianos ni de mucha licencia. Ni aun por estar levantada, sola y muy adornada no devrías por aquesto sospechar mal. E si jamás en el mundo fue donzella de virtud y castidad estudiosa, creo yo ser aquella a la qual mala opinión contrariar no puede. Y hasta agora de tal manera es mi vida ordenada, que ni por loor cresce ni por vituperio mengua. E aunque todos los caluniadores conjuntos contra mí conspirassen, de infamia alguna no hallarían principio ni fin. E bien te puedes loar que hasta aquesta edad entre tanta multitud de locos mancebos con maravilloso seso aya llegado. E si algunas vezes onestamente me regozijo con vestidos y ricos atavíos o leyendo o cantando o tañiendo, no es este vicio, pues que semejante facultad dio Minerva a sus donzellas. ¿Cuál estrecho y casto monesterio está sin dar recreación a sus monjas?, ¿no sabes tú que el arco muy flechado o se quiebra o tanto se ablanda que no vale

nada? Pero biviendo assí, entre dos extremos, de tal modo me conservaré, que ni a ti vergüença ni a mí daño podrá nacer. Y de aquesta mi opinión bive segura.»

La vieja madre, que por el hallado cinto tenía fundada su intención de la cuasi violada castidad, en ninguna cosa se descubrió. Pero deliberó por otra manera refrenar la osadía de la hija. ¡Oh cuán dificultoso es engañar a Ulisses y cuán trabajoso burlar a Argo! ¡Oh cuán impossible es con falsa mentira amatar la verdad, la cual por sí reluze como sol! Saliéndose, Anastasia dio por respuesta:

«Las señales manifiestan a los mercaderes. Quédate a Dios: reposa con cuerpo y ánima.»

Aquesta palabra me traspasó el corazón y puse el pensamiento a la universidad de lo que me podía ofender. Mas la varia y ocupada memoria no acudió adonde era menester. Yo, por las passadas razones temiendo de la juvenil firmeza de Ginebra, me acobardé. Ni descender ni subir osava. La fácil y creíble tornada de la madre me ponía estorvo. Al baxar temía no se olvidasse de soltar la escala, o que tan sin tienpo la desatasse que sin poderme valer muriesse despeñado.

Parescióme mejor bolver a saltar sobre la ventana y dar noticia de mí a Ginebra, la cual, como me uvo sentido, a la hora vino. E con grande amor la aconsejé que fuesse humilde y subjeta a la madre, y que no soltasse la cuerda primero que me sentiesse ser llegado a la tierra. De suaves promessas conortado, y no sin gran temor, baxé al suelo. Cogida la escala, secretamente salido del huerto, solo de Amor acompañado, hallé en el camino alguna gente y cuasi cercana a la casa de Petrucio. La resplandesciente estrella del nascido y relumbrante día significava el bolver de las velas nocturnas a la posada, cuando encima de la puerta de Petrucio fue topado. Preso, fue llevado al monarcha. La prisión, el cinto con la leída carta, junto con otras cosas hizieron cierta a Anastasia de nuestro amor. La cual con gran prudencia lo dissimuló todo. Petrucio, temeroso, adonde miedo no convenía, de nuevos títulos desinfamadores contra mí se armó. Traída la causa al secreto y solo juizio del monarcha, de mi desdichado caso assí le informé:

Peregrino haze una habla al monarcha, y Petrucio, padre de Cintia, se quexa de Peregrino al monarcha, el qual con dulces palabras satisfizo a Peregrino.

Capítulo XC

«¡Oh alto monarcha! Ninguna otra cosa es más conveniente ni de mayor loor dina que conservar los súbditos, y antes con clemencia y graciosidad que con furia y crueldad, porque entre todas las otras virtudes la piedad es alabada y acatada, la qual nos haze semejantes a Dios. Aquesta es el propio dote de cualquiera que en el mundo bive: perdonar los delincuentes y ser humilde a los sujetos. E si a todos somos deudores por oficio de clemencia, mayormente a aquellos con quien tenemos larga y honrosa y amigable conversación. Por verdad tengo que tú no eres tan ingrato ni injusto censor de las cosas passadas que no sepas cuál y cuánta aya sido mi humildad y reverencia a tu dinidad. E assí por muchos servicios no en aquestas burlerías, pero en gravíssimos pecados, merezco perdón. E tanto más porque de la ofensa me hago penitente, y confieso contra mi voluntad aver pecado, por donde de toda misericordia soy dino. La falta que procede de piedad y no de malicia no se quiere atribuir a vicio. Amor ha sido causa de aquesta mi prisión. La mala noche, el poco plazer, el gran peligro, el incomparable pesar, la guerra que siempre espero con mi señora: los trabajos de cinco años me sean por penitencia.

»Por ende, señor, no des alas a la súbita cólera, la qual es enemiga de buen consejo, y no te demuestres dulce ni muy plazerero a los falsos acusadores, los cuales no solamente de las cosas privadas, pero de las públicas y de los reinos y señoríos son pestilencial caída. Por aqueste respeto nos manda el divino Pithágoras que no devemos consentir criarse las golondrinas de dentro de casa, por ser parleras, de lo qual siempre has sido ageno y capital enemigo. Por aquesto no ay oy en el mundo rey ni señor con tanta nobleza, humanidad y resplandor de justicia, y reto juizio y estudio de buenas y limpias artes, y de cualquiera otro oficio de virtud más glorioso que tú. Tanta es tu dinidad en juzgar, cuanta tu misericordia en perdonar. Pues perdona el pequeño yerro, por ser pecado más de infamia que de castigo.

»Mundo, mancebo romano de la orden ecuestre, encendido de una muy rezia llama de Paulina, patricia romana, castíssima señora, con favor del principal sacerdote de Isis fue corrompida. El vanaglorioso mancebo el cometido adulterio que por dineros avía comprado manifestó, por lo cual la señora junto con su marido Saturnino por la acometida traición gravemente a Tiberio, emperador romano, se quexaron, el cual, después de los sacerdotales tormentos, destruido el templo, con la derrocada estatua en el río Álbula, condenó a destierro al amante mancebo, juzgando no ser dina de mayor penitencia aquella culpa que del furioso Amor procede. Pues siendo en libre dispusición del juez de poder mudar y minuir el yerro y la pena, haz que sienta que tú eres mi señor y yo tu servidor.»

El manífico monarca, con ledo y piadoso semblante, con un humilde y piadoso castigo en paz me embió, conociendo que en parte alguna no estava ofendido quien de mí sin razón se quexava.

Peregino trata de palabra mal a Petrucio, y Achates amorosamente aconseja a Peregrino que ya de oy más dexé aquestas locuras de Amor.

Capítulo XCI

Dada la sentencia con satisfazió de Amor y Razón, el dessabrido Petrucio tal cosa acriminava y tachava como injusta y parcial, al cual osadamente assí respondi:

«No te parezca grave ni desviado de justicia, oh Petrucio, vil hombre, falso y mentiroso acusador, si, a mi virtud inclinado, el monarca justamente por mí ha sentenciado, pues que por semejantes causas fue por los dioses assí determinado. El troyano mancebo, de otra tal passió vencido, dio la mançana a la Venus, y a las vezes por algunos nescessarios respetos se juzga lo que a otros parece ser contrario a la verdad. Al poderoso guerrero Ájace fue preferido el pobre Ullises. ¿No hizo otro tanto el grande Alcides entre los nobles cavalleros de Grecia cuando Palamedes con falsas acusaciones fue condenado?

»Tiempo será de oy más de dar reposo a tu muy osada lengua y abonar a tu hija de mejor manera. No es un punto, si bien lo miras, en tu facultad de poder

desviar a los que pasan del público camino. E si tu casa es a ti particular, a nosotros es la calle común. Poco enojo te devría de dar el mi passear de noche, pues no va para mal fin.»

Atajadas las palabras y renzillas por mandado del monarca, cada uno bien satisfecho, de su presencia se partió y fue hazia su casa. Achates dulcemente me reprehendía diziendo:

«Ya devrías de restituir las armas, el arco y las saetas al cruel y fiero Cupido. Devría hombre biviendo por tal modo ordenar su vida, que no solamente a sí mesmo pero a la patria, a su linaje y parientes y amigos satisfiziesse: ¿qué gloria, qué loor será en aqueste hábito a ti y a los que de ti descendieren? Devría el nuestro monarca tanto de las sanctas costumbres como de las haciendas ser diligente conservador. No fue menos provechoso a los romanos Cato Censorino que la guerra de Scipión Aphricano.

»Cuando solamente se uviesse de contender de las fuerças corporales, el hombre sería el más vil animal del mundo. La virtud, las buenas costumbres, la vida reglada es la que nos distinguen y apartan de las brutas alimañas. ¿Parécete a ti aquesto pequeña injuria, pues es universal? Las ofensas que a muchos son puestas se pueden y deven vengar. O dexa aquestas locuras o despide la vida, por que no seas pestilencia de nosotros.»

PEREGRINO.—Achates, si una vez por prueba entendiesses cuánta sea la bienaventurança de Amor, no perdonarías a los trabajos por grandes que fuessen.

ACHATES.—Peregrino, ¿qué tienen que ver mis consejos con tus hablillas?

PEREGRINO.—Quiero que sepas de cuánta fuerça es Amor. Cuando entré en casa de Ginebra, fue mi pensamiento de salvarme de tanto fuego.

ACHATES.—¿Pues por qué no lo heziste?

PEREGRINO.—Dezértelo he: como la señora se me mostró, mis entrañas començaron a temblar; los ojos, espantados de tan gran luz, no pudieron sufrir la vista; el gesto se mudó en diversas colores; y la lengua quedó muda. Acaecióme lo que acontece a quien en baxo de la ceniza va buscando el fuego, que lo que parecía amatado en un momento se torna a encender. Aquesta es la potencia de nuestro dios inmortal. Esforçado después de aquellas divinas palabras, acompañadas de suaves risas, todas las penas arábigas se convirtieron en gozo. ¡Oh Dios, qué entrañable

dulçura es con poca pena del florido rosal coger semejante fruto! Créeme, Achates, que no ay tormento ni trabajo que detener pudiessen o deviessen de mil partes la una de mi contentamiento.

ACHATES.—Si tanto te pesasse del mal obrar quanto plazer y deleite d'él rescibes, por bienaventurado te podrías juzgar³¹⁴. ¿Cuál prudente, cuál sabio y discreto concedería el atrevido bivar tener en sí alguna onestidad?

PEREGRINO.—Muy deudores somos al señor Amor por las muchas mercedes que nos haze.

ACHATES.—¡Ay, cómo eres variable y fuera de ti! ¿Qué simpleças son aquestas?

PEREGRINO.—Haze al hombre prudente, magnánimo, elocuente, vencedor, osado gracioso, sabio, discreto y liberal.

ACHATES.—Nunca se te acordó de aquestas qualidades quando veniste a ser preso por el apetito de aqueste, ni aun fuese tan constante y invencible como agora te muestras. Tú eres un hombre que tanto te calientas quanto vees el fuego. ¡Oh cuánto es dañoso, quando a la verdad enseñorean las hablillas de aquestas tus malvadas operaciones, de las cuales solamente queda una niebla de humo! Mira cómo tan simplemente tienes por mejor la tiniebla que la luz, la muerte que la vida, la prudencia que la nescedad, la ceguedad que la vista, la miseria que la gloria, la pusilaminidad que fortaleza, la pobreza que la riqueza, la servidumbre que la libertad, lo verde que lo seco, lo dulce que a lo amargo, lo malo que lo bueno. ¿Qué cosa santa, religiosa, justa, piadosa, onesta, digna del cielo ni de la tierra tienen en sí aquestas tus abominables passiones?

»Créeme, que solos los virtuosos son poseedores del cielo y de la tierra. No creas que los sanctos y famosos hombres uviessen consumido su tiempo en semejantes exercicios para ser escriptos en la divinidad. Porque de aqueste inflamado y amoroso desseo proceden continua osadía, tristeza vehemente, indignación de ánimo a las ofensas de Dios y del próximo y de sí mesmo. Guerras, rapinas, fraudes, traiciones, robos, muertes y a todo aquello se dispone hombre que es contrario a Dios y a la ánima y a la honra. Aquesta es la condición del impaciente Amor, que siempre

³¹⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: juzgar P: juzgas

procura en aver lo que dessea y es sin juicio y razón y descripción y discurso natural. Jamás nunca piensa sino en aquello que ama. E aunque de la cosa amada la possession sea imposible, no sabe rescebir consejo ni remedio alguno.

»Tanto se turba, entristece y mata, cuanto de los varios apetitos él viene comovido. Mas la virtud que al cielo sube resiste a todos los vicios, remedia la corrupción de las cosas mal hechas, destruye toda maldad. Aquesta es la medicina de todas las passiones del apetito sensitivo. Aquesta consume todo lo malo. Vence toda pusilanimidad. Aquesta es la verdadera hija y hechura del alto Dios. Aquesta es la sancta y religiosa restitución de los sufridos trabajos. A esta conviene amar y abraçar, por ser sola dina que la loen y acaten y tengan en veneración.

PEREGRINO.—Si en mi mano fuesse, yo me llegaría a tus fieles amonestaciones.

ACHATES.—La voluntad nasce del consejo, y el querer y no querer procede d'ella. Y en tanto que estás cerca de tu salud, tómala, porque peor es perder lo de cabe ti que lo desviado. Mejor es conservarse sano, que por medicina arzeziar y sanar. Las passadas fatigas solamente con la memoria te devrían de espantar.

PEREGRINO.—Pensaré en tus razones.

ACHATES.—Guarda no sea tarde...

PEREGRINO.—Pues llegamos a casa, hagamos fin.

Anastasia, madre de Ginebra, estava muy congoxosa por ver a la hija enamorada.

Capítulo XCII

Anastasia, algún tanto de mi prisión resentida, secretamente considerava que la pena redundasse en mi persona. Retraída en su cámara, començó a remirar la obra del cinto y aquel halcón cuya sinificación le fue muy fácil de interpretar. Dexado el cinto, depositada la aparente ira, fuesse al retrainimiento de Ginebra. Y estando assí, enojo la comovía, caridad la aplacava. Enojávase, amansávase; callava, hablava entre sí, se deshazía. Quexarse a Angelo agraviava su estado; el callar dava testimonio de

su consentimiento. Ponerla en casa de sus parientes no era honra, porque menor mal es ser malo en su posada que infamar casas ajenas.

Después de algún tanto mirando aquella ventana que era el mi socorro, dixo que entrava por ella gran viento, y que fácilmente podría engendrar alguna mala dolencia. Por ende, tanto por provecho de los habitadores, quanto por el atavío de la cámara, deliberava de hazerla mudar hazia otra mas salubre parte. E a las palabras añadió las obras, que en el momento de cantos y arena y cal la hizo cerrar. Y no estuvo mucho sin que, apartado el retrete de árbitros y acercándose más a Ginebra, con fengida humanidad assí le dixiesse:

Anastasia, salida la gente de la cámara, humanamente habla con Ginebra.

Capítulo XCIII

«Ginebra mía, si a ti por ventura te parece que tu padre y yo en las cosas de tu provecho y honra ayamos sido perezosos y tardos, no ay razón porque lo pienses. Antes de contino estamos solícitos y diligentes. Por cierto la culpa es de la condición de los malos tiempos, que nos empide complir lo que Dios y Natura y la razón nos obliga, a lo cual tanto más nuestro coraçón encendemos quanto por tu doctrina y virtud y templança somos induzidos y provocados.

»E como contigo tenemos mucha clemencia y amor, assí creemos que serás a lo que quisiéremos obediente. E aunque de mala voluntad nos apartemos de tu dulce conversación, queremos antes proveer a tu perpetuo bien que a nuestro sensual amor. Sabe que por palabras de futuro te tenemos prometida a un cavallero, gentilhombre, rico, sabio, discreto, bien acondicionado, muy grande amigo de todos nosotros y principal en su ciudad, por la cual causa has sido llamada y combidada. E antes que consentiésemos en esta nuestra sancta determinación, diligentemente emos pesquisado la manera y cualidad de los cavalleros de nuestra tierra, por tenerte más cercana en nuestra consolación continua. Pero espiado todo, no hallamos cosa que a tu matrimonio convenga, porque los principales están a nuevos casamientos obligados:

Albino con Dalida; Ortensio con Iseo; Peregrino con Cinthia, hija de Petrucio, y han consumido ya la cópula y matrimonio. Otro que te mereciese no se hallaría.

»Bien sabemos que aquestas cosas te dan poco enojo, porque no eres obligada con el cuerpo ni pensamiento a persona bivalente. E sí, por dicha, alguna llama en tu pecho se criasse, amátala, porque pocas vezes acontece que casamiento por amores no tenga mal fin. E aquesto procede por los continos celos y por los passados trabajos, por la pérdida de tiempo y hacienda, lo cual los míseros amantes han sufrido por seguir al Amor. E acordándose de aquesto siempre, lo ponen delante, que es peor que la muerte. No lo digo porque yo piense que eres de aquestas, mas como madre te aviso de lo que se podría seguir.»

Fenecidas las razones, tomada por la mano, la besó y puso fin.

Ginebra, dissimulándolo todo, sin temor respondió a la madre y le dixo que avía prometido de ser monja.

Capítulo XCIII

Oídas las palabras, dissimulado en la cara lo que el triste corazón sentía, con gran onestidad y discreción assí respuso:

«Si a persona biva fue o soy o he de ser deudora, principalmente soy obligada a ti, por el oficio de madre que con mucho amor siempre has usado conmigo. E tanta pena tengo de no te poder satisfacer, quanto es el plazer que esperavas de mí. Como de aquesta materia me començaste a hablar, luego me pesó (no queriendo ofender la paternal clemencia), pues con tanta solicitud has trabajado de proveerme de lo que naturalmente todas las donzellas se inclinan.

»Pero si no quisieres hazer injuria a Dios, conviene mudar la sentencia de lo que a ti enojo y a mí por perpetua tristeza sería por lo que tu crees aplazerme más. Ya haze cinco años que, comovida de una divina visión, retraída mi ánima en sus principios, vagando contemplo la dignidad de las apartadas sustancias, a las cuales llegar no puede excepto quien se halla notado de la gloria de la virginidad. Tanto me agradó entonces ser levantada en aquel contemplativo estudio, que del todo deliberé,

en tanto que la vida me durasse, ser contada en aquel coro virginal al cual (siendo tú discreta, piadosa y devota) sé que me induzirás. Y tú mesma me debes compeler a perseverar en aqueste voto. Y mayormente, que mentir a Dios es pena capital tanto para quien lo haze, quanto para quien da materia y ocasión para ello.

»Por ende, madre muy piadosa, no quieras por deleite transitorio resistir a la divina inspiración, cuya contradicción sería pena eternal. E con aquesta firme y última voluntad siempre bivré.»

Maravillada la madre de la prompta y ordenada respuesta, con tanta grandeza de ingenio, compuesta de palabras y gravedad de sentencia, claramente comprehendió salvo por la muerte no se poder el tan grande amor amatar. Pero con razones airadas y dulces la persuadía a mudar su opinión, trayéndole a la memoria cuánto no solamente sea dificultoso, mas cuasi imposible en aquesta edad, poder refrenar los ardientes desseos de la carne, repunante al espíritu, y aun de evitar los lazos de amor, de los cuales todos los profanos y sagrados lugares están llenos: las plaças, las calles, los rincones, las casas y todo el mundo de aquesta llama se abrasa:

«Ni a mancebos ni a viejos perdona, enciende los santos y consume el cielo: lee la una y la otra escriptura, y verás con cuánto trabajo las bienaventuradas ánimas han hecho resistencia. Acuérdate de las velas y ásperas disciplinas. Tú, que eres nascida y criada en tanta licencia de bivr, ¿cómo tan presto te podrás mudar? Los pensamientos de la cámara, hechos en vida ociosa, no tienen aquellos efetos tan executivos como son pensados. E las más de las vezes del pensamiento a la obra va tanto, que después el hombre, agora por trabajo o por impotencia o desesperación, de sí mesmo falta, de forma que el cuerpo y la ánima se pierden juntos. Cree que de onestos principios muchas vezes nace un malo y siniestro fin.

»La Natura de mejor cosa no nos ha podido hazer merced que de libertad. Y quien de aquesta se priva es rebelde a Dios y a ella. ¡Oh cuán grave es a los generosos y nobles bivr embaxo de la ley de servidumbre! Aquel animal que de los egipcianos es juzgado por muy bueno, a quien la Natura de virtud de león proveyó, con ligereza de cavallo, y fuerza de toro, siendo de dispusición que no se sojuzga de los golpes y tiros de los ballesteros, con dolos y fraudes de los caçadores en una soterraña fuessa viene a ser preso. En la cual, como se vee captivo, acordado de la primera libertad, se priva d'ella. Pues si los brutos por aqueste celestial don tanto

hazen, ¿qué deven hazer los mortales? Aquestos tus pensamientos son muy coléricos y no digestidos. Créeme que algún ángel malo, so especie de bien, te induzirá a esta vida, de la cual después te arrepentirás. Cuántas vemos encerradas y cuán pocas venir a aquella bienaventurança que tú piensas ganar con sueños y fantasías. ¿Quién con tanto ardor mostró abraçar las cosas puerilmente fundadas?

»Temo que no seas de la condición de los locos que por medicinar una pequeña herida beven la ponçoña. ¡Oh cuán triste y de poco seso es quien piensa con la muerte mitigar su dolor! E si tú no puedes bivar entre tus onrados y amorosos padres con aquesta libertad, ¿cómo bevirás entre mil gentes advenedizas, nescias y inorantes, de las cuales todos los monesterios están llenos? Y persona nunca entró en ellos, salvo por niñez o por fuerça o por temor de pobreza o por poco corazón.³¹⁵

»¿Qué fama dexarás después de entrada? Mayor fundamento conviene hazer de los loores y maldezir de otros, que de lo que persuadimos de nosotros mismos, porque en cosas propias somos juezes muy sospechosos. E si tú considerares bien la tu primera causa motiva, apartarte has de aquesta fantasía. A muchos darás qué pensar de tu vida y si tú caes en el dezir del vulgo, no querrías ser nascida. Quiçá que tú tomas entre las humanas desaventuras la más dañosa y que aflija más el espíritu, que es la pobreza, la cual resiste a todos los actos virtuosos. Ni más mala ni más cruel pestilencia en el mundo se halla: cuántos cavalleros de muy noble sangre por aquesta verás perdidos. Cuántos mueren, cuántos acaban en servidumbre. Aquesta traidora ha deshecho el mundo y destruido infinitos generosos, desonrado mil monesterios, defundado innumerables ciudades. Aquesta es la caída del universo, la fornicadora de la castidad: ésta pone el campo a la onestidad embaxo de la cual la virtud cae. Por aquesta el padre en el público mercado vende los amados hijos. Aquesta enemiga a los religiosos haze malvados. Entre tavernas y bodegones y desonestos lugares siempre se assienta ociosa.

»¡Oh cuánto te pareceria dificultoso y áspero servir, siendo acostumbrada de mandar a otros! Mayor mal no ay en el mundo que obedescer a sus inferiores, los cuales más por presumpción que por utilidad mandan. Mira a cuánto furor truxo al

³¹⁵ Este duro vituperio, como ya se ha señalado, pudo ser la causa principal de la inclusión de la obra en el *Índice* de 1559 (no obstante, no sólo el fin moralizador global de la obra, sino también la inmediata respuesta de Ginebra, suponen un claro contrapeso de las valoraciones de Anastasia). El pasaje es casi exactamente igual en Caviceo (*ed. cit.*, pp. 187-188).

gran Hércules la obediencia impropia. Aquesta incomportable, desdeñosa y vil carga repuna a cualquiera alto y generoso espíritu. Cuántos hombres de excelente ingenio han desechado riquezas, divinidades y señoríos, y solamente con libertad se han contentado. El hombre a ninguna cosa con mayor cuidado deve atender que a bivar y a tener descanso. Para lo cual no ay medio alguno más cercano que el don de la libertad, por cuya causa honradamente podemos morir. E si te hazes súbdita a gente estraña, como desesperada te matarás: mira, hija, cuántos a la religión por votos solemnes han sido obligados, los cuales, despreciado Dios y su honra, sin otra licencia han tornado a ser libres.

»Por ende, Ginebra mía, no menosprecies el tan grande beneficio por que el segundo arrepentimiento no te aflija. Tu estado no te da tanta facultad que sin nuestro consentimiento te sea lícito el votar. E si en algo el ligero ímpetu te uviesse movido a prometer lo que no podías, haremos que el pontífice misericordiosamente dispense contigo. Agora muda tu sentencia, por no entristecer a tu padre ni atribular la casa ni desconsolar los parientes ni privar de vida a la madre vieja, la cual te ruega que te contentes de tener hijos de bendición. Porque mejor se te llegará la vida activa que la contemplativa por ser más provechosa y universal, y de muchos loada.»

Fenescidas las palabras, amorosamente la abraçó y rogándola que dexasse aquesta dureza de corazón.

Ginebra por ruegos de la madre no quiso mudar su opinión, teniendo por mejor ser monja que casada.

Capítulo XCV

No tuvieron tanto vigor los ruegos de la madre que en parte alguna de la obstinada voluntad la pudiessen mover. Después de algún tanto sobreseída, assí respondió:

«No creo que la especie humana sea en su principio assí divisa, que aquello que es concedido a uno no se pueda otorgar a otro cualquiera, por ser criatura de un solo maestro. E aunque, a las vezes, acontezca que uno sea más sabio, más templado

y más casto que otro, no es por defeto del primero oficial, el cual de sus gracias es justo repartidor y muy liberal dispensero. Pero precede que la ánima no retiene el debido imperio en la cárcel corporal, y está sojuzgada de la parte sensitiva, la cual naturalmente a las cosas más frágiles se allega. Mas cuando la razón posee en nosotros el principado, ¿qué cosa ay que al hombre no sea fácil, aunque de otros sea juzgada por difícil? Aquesta nuestra voluntad no de otro, sino de sí mesma es forçada.

»Cuántas señoras famosas han antepuesto la virginidad a la generación y la castidad al matrimonio, siendo en su libre poder de llegarse a lo más deleitable. Si queremos, discurriendo distintamente, rodear la histórica selva hebraica, griega y latina, más exemplos se ofrescerán que estrellas ay en el cielo. Athalanta, virgen de Calidonia, por conservar la dinidad del virginal estado, entre bosques, matas, montañas y montes y valles hizo su vida. La Camilla reina de los volscos varonilmente en las armas se exercitó. Ni de mayor título la pudo honrar Turno que de llamarla virgen. De cuánta autoridad sea la casta vergüença Iphigenia lo mostró, los contrarios vientos placando. Cuántas han prophetizado por aquesta virtud, como fueron Casandra y Chries, prophetas de Apolo. Aqueste glorioso nombre entre los sinos del Zodiaco es anumerado: cuántas vírgenes hebreas, griegas, lacedemonias, sparcianas, thebanas, castellanas y romanas por conservar su estado a violentas muertes se han puesto.

»Otras, rehusando el casar, han escogido castidad. ¿Quién forzó a morir al rayo de la castidad romana, Lucrecia, sino el amor de la perdida virginidad? Aqueste mesmo desseo conpelió a muerte a la muger de Sicheo. Eterno trabajo sería contar el infinito número de las sagradas señoras que a la virtud de la castidad antepusieron todos los deleites³¹⁶. Doña Beatriz de Quiñones³¹⁷, venida la sabrosa y amarga muerte del magnánimo (y, más que se puede pensar, a su rey fiel y leal, en el mal

³¹⁶ Se aparta desde aquí Díaz del texto de Caviceo (Capítulo XXIII del Libro Segundo) para construir una versión puramente castellana (y nobiliaria) de la alabanza de mujeres virtuosas del original. Sustituye a Catalina Cornaro, Violante de Saboya, Camila de Pésaro e Isabel de Urbino (así como a sus respectivos cónyuges) por Beatriz de Quiñones y Beatriz Pimentel. Una vez más, como siempre que se aparta del original, la redacción se levanta sobre largos períodos sintácticos.

³¹⁷ Beatriz de Quiñones (que en otras ocasiones aparece como Teresa de Quiñones), hija de Diego Fernández Vigil de Quiñones, Conde de Luna, y Juana Enríquez (asimismo hija de Enrique Enríquez de Mendoza, Conde de Alba de Liste).

temeroso y en el bien osado, de todas virtudes firme reposo) Don Perálvarez Osorio, Marqués de Astorga³¹⁸, después de cinco años passados de su dina y gloriosamente acabada vida, con entero conoscimiento del muy alto Señor que en aqueste peligroso mar en puerto seguro le avía concedido arribar, con cuán claro espejo de verdadera y muy pura pudicicia, por proseguir sus costumbres en matrimonio passadas, prósperamente fenesció, bíspera del Spíritu Sancto, cuya fiesta con devotas lágrimas sienpre en sus limpias y castas oraciones demandava que le fuesse concedido con las celestiales biudas eternalmente celebrar. Doña Beatriz Pimentel³¹⁹, después de la nombrada muerte del merescedor de eterna fama, don García de Toledo³²⁰, primogénito heredero del señor muy ilustre Duque de Alva³²¹, que sabiendo no de otra manera aver seído su pelea con los infieles y crudos moros que la de Cinigiro atheniense contra los persianos (que cuasi sin miembros peleando la persiana nave detuvo) con gran tolerancia aquella muerte, más gloriosa que biva, con invencible y romano ánimo vimos que sufrió, y antes en él más imbidia que piedad aver tenido su dominio (imbidia de no ser participante de tanta gloria adonde, como segundo Fabio, con esfuerço y saber, tan grande estrago pudiera vengar y en aquel lloroso lugar con la sarracena sangre hazer las exequias del que allí avía depositado la vida, o por mejor dezir, antes puesta en el Cielo como magnánimo mártir y gran Constantino, ensanchando la fe. Mira, aunque en tan florida edad, cómo tan castamente bive acompañada de castidad, solo consuelo a sus innumerables ansias y fatigas.

»Si aquestas tan altas señoras, por amor de sus defuntos maridos, tal vida han obrado, ¿qué devemos hazer nosotras por reverencia de Dios, del cual todo nuestro bien procede? No es su mano abreviada ni el furor de las almas encendidas

³¹⁸ Pedro Álvarez Osorio, segundo Marqués de Astorga, muerto en 1505; se entiende del encomio que Beatriz Quiñones le sobrevivió hasta 1510, por lo tanto. Recuérdese que Hernando Díaz trabajó como preceptor del nieto de ambos (Pedro Álvarez de Osorio, que habría de ser el cuarto marqués) durante el marquesado del primogénito del matrimonio, Álvaro Pérez de Osorio.

³¹⁹ Casada en 1503 con don García de Toledo, primogénito de don Fadrique Álvarez de Toledo. Era hija de Rodrigo Alonso Pimentel, Conde y, aún en vida, Duque de Benavente y de María Pacheco y Girón. Aún vivía cuando Díaz publicó la obra, pues murió en julio de 1537.

³²⁰ Esposo, en efecto, de la anterior. Muerto en agosto de 1510, en el Desastre de Los Gelves, no llegó a heredar el ducado de Alba de Tormes. A esa batalla alude, precisamente, Díaz en las líneas que siguen.

³²¹ El ya mencionado don Fadrique Álvarez de Toledo, padre de don García de Toledo y, por ende, suegro de doña Beatriz Pimentel. Segundo duque de Alba, murió en 1531, tras encargarse con gran dedicación de la crianza de su nieto Fernando (Ávila, 1507-Lisboa, 1582), hijo del fallecido García, y a la sazón heredero del ducado.

desminuido, pero es nuestra flaqueza mal reglada, que cuando la causa motiva mira al su deleitable objeto, con razón firme de sufrir toda cosa, rescibe consolación.

»Por ende, no desconfío de poder vencer los carnales apetitos. E no me reputaría por dina de adquerir honra cuando holgando me fuesse dado lo que mi coraçón dessea. Aquí será la gloria y loor y premio de nuestras fatigas. A cualquiera verdadero militante es más propio el contino combatir que estar en ocio: ¿cuál sabio hombre quiso adquerir virtud de continencia y no huye los sus contrarios, como son las vistas lascivas, las desvergonçadas hablas y las operaciones nepharias? Con estos medios llega hombre a do pone el ingenio.

Ginebra prueba que la pobreza sea cosa fácil de sufrir.

Capítulo XCVI

»¿A cuál generoso y sabio jamás espantó la pobreza, cuya pesadumbre estimas más por tan áspera y incomportable? Quiçá te parece que me deva poner a sojuzgar el poderío de Asia y África. A cada uno, para sustentar su vida según razón, lo poco basta, y para el apetito no ay tesoro que satisfaga. Si bien considerares, la pobreza es formadora de todas las ciudades, reparadora de todas las cosas quebradas, rica de gracia, desnuda de yerros y para con todas las nasciones del mundo de todo loor es privada. Mira cuán justa fue en el griego Aristides, benina en Phoción; en Epeminunda, esforçada; en Sócrates, muy sabia; en Omero, desembuelta. Aquesta es aquella que a la alta Roma de fundamentos edificó. Tanto amaron a esta Cayo, Fabricio y Gneo, Scipión y Curio, que sus hijas del público thesoro fueron dotadas. Publicóla el que persiguió los reyes y Agripa, conciliador del pueblo romano: por su pobreza, les fueron las sepulturas del común thesoro adornadas. Atilio Régulo, cuya eredad por semejante pobreza fue labrada, gloriosamente bivió.

»No es aquesta la que al hombre abate, pero es el presumptuoso y avariento apetito. De aquesta sancta raíz todo buen fruto nasce. No es ella la causa efetiva de nuestras faltas: antes es una desordenada codicia, de la cual por bienaventurado es tenido quien se desvía.

Ginebra por razones y exemplos prueba la obediencia ser gran virtud. Y su madre Anastasia, congoxada por aquesto, no sabía qué hazer, si lo comunicasse con su marido Angelo o no.

Capítulo XCVII

»La obediencia que tú repruevas es conciliadora de todas las cosas criadas y no criadas: el cielo, la tierra, los hombres, las alimañas y el universo voluntaria y naturalmente obedecen³²². E si el mundo de aquesta virtud fuesse faltoso, ¿cómo se sustentaría? Cuántos philosophos y grandes hombres han desseado dexar el mundo por holgar en la verdadera libertad, la cual es de vosotras llamada servidumbre. La muger de Thesalia con los dos romanos no temieron la muerte, por hallar la vida, la cual consiste en servir a la virtud. Yo no niego ni he vergüença ni enojo de ser tu súbdita hija, pero digo que sin tu licencia puedo disponer de todo aquello que a la salvación de mi ánima conosciere pertenecer. Y mayormente, adonde se vee la divina reverencia a la cual me siento por más obligada que a ti.

»La mano pontifical guardaremos a cosas de más cualidad. E aunque la vida ativa sea loada, a la contemplativa me llevo más de corazón. Por tanto, desiste de rogar pues que Dios para esto me ha predestinado.»

Sentía Anastasia el gran dolor de Ginebra, y mil vezes le pesó de aver principiado por medicina al cauterio. E no queriendo importunarla más, respondió que a su voluntad la contentaría, pero que primero lo quería hazer saber todo a Angelo.

¡Oh cuán dificultoso es fengir risa en gesto triste! ¡Oh cuán grave es mostrar fengida alegría! ¡Oh cuán mal conviene a hombres graves y prudentes los hechos y hablas de locos! No sabía Anastasia con qué manera hablar de aquesta materia a Angelo:

«Si hago mención de Peregrino, será un nuevo fuego, y tal que antes se remediará el antiguo que aqueste. Si le digo que amores tienen agenada a Ginebra, una mala vida no le faltará. Si le digo que teme la infamia, echará a mí la culpa. Si le

³²² *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: obedecen *P*: oobedecen

digo que Dios tiene inspirado en ella para ser monja, creará que está preñada o otra semejante cosa. Si callo, temo que con el grande amor no lo comunique todo con Peregrino, e sabiéndose la verdad no se venga a empeorar mi estado.

»¿Qué haré?, ¿quién me aconseja?, ¿quién me favorece? ¿Assí acontece a quien quiere destruir las cosas de otro? ¿Hase visto embaxo del cielo mayor hazaña que ver a Ginebra enamorada? ¿Cuál criatura ay que de aquesta llama sea privada? Ella arde demasiado: aquí demuestra el resplandor de su nobleza. Quien más ama es más digna de ser amada. Conviene perdonar a la edad, a la patria, a la licencia de bivar.

»Si la embío fuera de aquí, Amor, sutil investigador, le dará noticia d'ella y seguirla ha. ¡Oh!, ¿cómo assí faltará algún monesterio cerrado? A Amor ni a oro no ay puerta trancada. Mil vezinas, frailes, mensageras, lavanderas, ortolanos, falsos y fengidos parientes, médicos, cerujanos se hallarán en el mundo que a este oficio de alcahuetes sean muy buenos consejeros. Por ende, conviene parar bien mientes... y si ella no está segura debaxo la guardia de sus amados padres, ¿cómo creo yo que ha de estar en casa ajena? Los cuidados y diligencias de otros son más aparentes que existentes. Nunca vi hombre que la doctina de otro le diesse mucho enojo. Phoción mucho tiempo fue servidor de Cabrio, so cuya vadera avía ganado gran sueldo: mira cuán presto le pesó de criar el hijo que después de sí avía dexado. Agora: siempre a los sabios oí aconsejar que antes que vengan a las armas, cualquiera cosa conviene experimentar, porque todos los tristes con desesperación se suelen curar.

Anastasia, por apartar el amor de entre su hija y Peregrino, pensó cómo pondría entre ellos discordia mediante el cinto.

Capítulo XCVIII

»Tiempo es de bolver el ingenio a otra parte y hazer del propio desdén semblante, lo cual a todas las artes sería dificultoso. No se halla cosa más dispuesta y conveniente a quebrar y destruir un firme y bivo amor quanto es una grande indignación a la cual ninguno pueda resistir. Conviene que el hallado cinto sea causa

de perpetua discordia entre Ginebra y Peregrino. Ya es fama que Amor reina entre Cinthia y él, lo cual se confirmará si de su parte hago que se le presenten.»

Hecho el pensamiento, fue hallada la malicia: siendo Pithias, servidora de Cinthia, por antigua servidumbre muy obligada a Anastasia, de costumbre visitava su casa, y según su grado humanamente era tratada. Passando un día por la calle, cuerdamente la metió en el jardín. Y retraídas en la más espesa parte de los árboles, estando assí dieron principio a muchos y varios razonamientos y con fengida compasión se habló del caso de Cinthia. Y que cuando no se juntasse con Peregrino en matrimonio, convendría morir en continua tristeza por la publicada fama, y si creyesse que la serviría con un perpetuo silencio, le mostraría una vía con que tal cosa tuviesse su devido y desseado fin. La sierva, que más adelante no mirava ni sabía adónde iba la ordenada traición, tomado el seguro que liberalmente todos sus secretos cometiesse a su fiel pecho, prometiéndole de nunca lo manifestar, assí le començó:

«Es (según siento) una grande amistad entre un mancebo muy amigo de Ginebra y Peregrino. Quiero que tomes aqueste cinto y que agora te vayas fuera de casa y como tú vieres a mí y a mi hija estar assentadas a la ventana, haz semblante de passarte. E aunque yo te llame, rehúsa de venir y escúsate deziendo que entiendes en un negocio. Después, a la segunda vez llamada, ven. Y si te preguntare qué es lo que llevas, tibiamente responde entre dientes diziendo que traes un presente a tu señora de parte de Peregrino.»

La moça, sin otra excusa o consideración, dio principio a la obra. E como las vio assentadas, según la concertada orden se passó. Rogada y reprehendida de Anastasia, que algún tanto se detuviesse, que quería hablarla, hízosele dificultad. Después, con mucha instancia llamada, se dexó vencer. La sagaz vieja con los ojos herió su manto y preguntóla qué cosa era lo que con tanto secreto llevaba. A la cual, avisada, Pithias promptamente respondió diziendo:

«Perdóname, señora, no te lo puedo dezir ni manifestar, porque en las cosas ajenas no se ha de exceder el término de la confianza. Yo, en todo lo que a vuestro servicio tocare, me ofresceré aplazible y presta.»

Ginebra, codiciosa y no sabidora del futuro y venidero mal, como aquella que en graciosidad de lengua sin comparación a todo el género de las mugeres

sobrepujaba, añadió al maternal desseo palabras con tanto amor, que la servidora, inclinada a tantas persuasiones, no quiso dilatar más tiempo, pero reziamente las conjuró que nunca a persona biva, en seña ni en habla, ni por sí ni por otro, lo manifestassen. Tomada la fe en prenda, descubrióles el cinto, y díxoles cómo Peregrino, por la cosa más linda del mundo lo embiava a Cinthia, rogándola que lo guardasse hasta el tiempo del publicado matrimonio.

Dicho aquesto y dexado el cinto, y fengiendo instancia de hazer otras cosas, por un poco de tiempo fue contenta que lo mirassen. Ida la sierva, dixo Anastasia a Ginebra:

«Onrado es el don, y más el autor. Y bienaventurada señora que tal marido tiene. Y pues que de su amiga ha cogido el fruto, haze lo que conviene a cavallero. Cinthia entre otras señoras se puede loar, pero no estoy sin maravillarme de aquesta borladura. Harto mal conveniente me parece a quien la embía y a quien la rescibe, pues que no ay conformidad a uno ni a otro. E si no me engaño, parésceme que es el que tu heziste con tu cuñada la monja.»

GINEBRA.—No te maravilles, porque las monjas tienen una sola representación, la cual les da la continua vista de aquello que más es desechado. Tú sabes bien que todas sus claostras están llenas de aquestos arbolezicos, como cosas al lugar y a las personas muy apropiadas. E no es enconveniente el entretexido halcón, porque de hermoso manjar gentil ave se sustenta. Aquel que los de casa me hurtaron no era de aquesta suerte, porque yo no tengo aquella abundancia de perlas de las cuales vees adornada la presente obra. Ni aun era tan sutil labor la mía, porque faltava la tal verdadera y natural color. Ni el ingenio por la primera experiencia me satisfizo.

»Mas pues que Dios me ha inspirado de retraerme a la secreta celda, adonde me será concedida facultad de labrar y seguridad de guardar mis trabajos, yo igualaré la presente obra, no con el atavío pero con la magestad del ingenio. E yo te suplico que sin más dilación de tiempo me quieras otorgar lo que sin arrepentirme³²³ está deliberado en mi pensamiento.

³²³ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: arepentirme

Anastasia, más turbada de aquesto que fue Hécuba cuando de la amada prenda vio el cuerpo muerto, e con afluencia de lágrimas, le rogó que despediese aquesta firme opinión, la cual a sus amados padres atraería la muerte.

Por la venida de ciertas señoras pusieron fin a la presente habla, cuando Ginebra se levantó de la ventana para ir a la cámara. Y no de otra manera quedó pasmada que Hércules cuando de la mortal camisa se revestió. La cara de león, la boz entre aquellos muy delicados labrios apretada. La vista amarilla, los ojos torcidos, las cejas alçadas, el presto y ligero passo la hazían aloquecerse como sacerdotisa de Baco. Al fin, retraída entre sí mesma, gritando y llorando, dezía:

Ginebra, creyendo que Peregrino embiava el cinto a Cinthia, gravemente se aflige. Y Anastasia induze a Astana que desvíe a Ginebra del propósito de ser monja.

Capítulo XCIX

«¡Oh mis congoxosos y ansiados días! ¿cuál cielo, cuál prosperidad, cuál dulce planeta contra tantos agravios me podría consolar? ¡Oh muerte, único socorro a los desconsolados!, ¿cuándo socorrerás a mi grave pena? Triste y flaca fue la estrella de mi nascimiento. Creo que en el día de mi luz todos los dioses contra mí conspiraron. Monstruosa fue la preñez, espantable la vida y maldito será el fin. ¡Oh verdadero traidor!, ¿no tenías otra manera para hartar tu desseo?»

A esta palabra sobrevino secretamente Anastasia, que ya de las dueñas era despedida. Y entendiendo algunas lastimeras razones, asseguróse de nuestro amor y quiso salir en agra querella. Pero el furor de Angelo y de los hijos la hizo detener, y deliberó de aprovecharse de la sierva Astana, la cual pensava de gran parte de su secreto concebido ser sabidora, e aun porque mas familiar y fielmente podría comunicar sus passiones.

Determinada la opinión, llamada Astana, estando solas y retraídas con triste y turbado gesto, assí le dixo:

«Angelo y yo, aviendo compasión de tu pobre y devida suerte, con cuánto amor y humanidad te ayamos tratado y criado creo que por esperiencia lo puedes saber. E si a nuestra piadosa afición respondieran tus continas obras, las cuales ya mucho ha que mostraste, de tantas angustias por la passada culpa no seríamos acompañadas. Mas yo espero que de aquí adelante tus servicios serán tales, que ligeramente proveerás que yo de ti y tú de mí juntas nos podamos gozar.

»Ya sé que tú sabes adónde el peligroso cuidado de Amor aya traído a mi hija Ginebra, y cuáles ayan sido en aquella cruel lucha sus passos, que la han guiado a quererse meter monja, que es un principio de manifiesta desesperación. E si tú de aquesto me avisaras, más fácilmente oviera proveído para que de tanta pena nos desviáramos. E si tal cosa Angelo sentiesse, piensa tú, que conoces su condición, qué tal sería tu vida y la suya. Quiero que proveas cómo Ginebra de aqueste dañoso propósito se aparte.

»E si después, por ausencia, deliberasse de no huir del comenzado furor, podrá provar primero, por dos o tres meses de estar en cárcel voluntariosa: por cierto tengo luego que sea privada de la vista, se mudará de la opinión. E si tú sabes que su libertad está vendida a alguno, desembuelta y fielmente me lo di. Yo la avía hablado de un muy noble casamiento: parésceme que lo desecha, no por espíritu de religión, pero por alguna secreta obligación hecha de sí. A lo cual, si se supiesse, se proveería. Y si por otra vía veniesse a noticia del padre y de los hermanos, no creo que sería más maltratada hembra en el mundo.

»E si verdad fuesse la nueva inspiración, veré de ponerla en lugar adonde del cuerpo y de la ánima, queriendo, podrá alcançar la salvación. Aora vay y cueradamente obra, como yo tengo por cierto que lo harás.»

Astana, que entendía las palabras de Anastasia, toda afligida no sabía adónde enderescasse el pensamiento: quitar a Ginebra de su cabeçuda opinión parecíale una grave empresa, y aun el tratar de aquesta materia era una confessión de la cometida falta; e no ser obidiente al mandamiento de su señora era peligro de la vida. E assí pensando, buscava de rehusar. Después de algún tanto sobreseída, le dio aquesta respuesta:

Astana se excusa por no ser conveniente a esta empresa. Pero al fin vencida, dio principio a la obra y en medio de la habla fue llamada de Anastasia, con la cual pasó muchas razones.

Capítulo C

«Señora, no es en mi mano de poderte pagar todas aquellas devidas gracias que a tan gran deuda fuessen iguales, y aunque mi corazón dessea de ser bien tratada, lo cual a ti no será menor alabanza, que a mi provecho, si Ginebra se ha hecho captiva de Amor, no por mi consentimiento ni a mi culpa, ni aun nunca he alcanzado que esté tan presa que por ausencia se aya de entristecer ni, por presencia, alegrar. E aunque de su vida te uviesse hecho continamente sabidora, nunca d'ella supe cosa que fuesse dina de algún pequeño castigo. Podría ser que fuesse comovida de algún divino espíritu, que viene cuando al principal maestro de todas las cosas le plaze. Y sería grave culpa hazerle resistencia.

»Por ende, conviene bien consultarse, por que los pecados agenos no vengán sobre nosotras. Y aunque yo me quiera poner en aquesta empresa, no seré de tanta autoridad que la pueda mover de su firme y casto propósito, pues que a tus humildes ruegos está dura y obstinada. Pero, con todo esto, quanto possible fuere obrarán las fuerças de mi ingenio, por que conozcas mi servicio para contigo estar inflamado. Y, con tu licencia, iré.»

ANASTASIA.—Vay y haz lo possible.

ASTANA.—A otra cosa no atiengo sino a servirte.

ANASTASIA.—¿Qué fin esperas d'esto?

ASTANA.—Mal se puede juzgar, por ser muy endurecida.

ANASTASIA.—Creo que ya estará blanda.

ASTANA.—Ella es más dura que mármol.

ANASTASIA.—Cuando no mudare la sentencia, probará la muerte.

ASTANA.—Aquesta es la gloria de los verdaderos amadores: que entre tormentos y muertes se hazen perfetos y firmes. Ésta sería una vía a confirmarla en su opinión, porque de semejante mantenimiento se sustenta amor. E si bien considerares, ser monja no es otra cosa sino un perpetuo morir.

ANASTASIA.—Estas tus respuestas me son muy amargas.

ASTANA.—No por ofender, pero por avisarte qué tal sea la costumbre de los que aman. Ni por esto dexaré de hazer experiencia de cuanto me mandares porque, a las vezes, el caso y la Fortuna obran más que el entendimiento y prudencia.

ANASTASIA.—Por ventura manifestará a ti lo que a mí no quiere confessar. Bien veo que ella niega lo que más le aplaze. No soy tan bova que no se me entiende lo que ella, so color de ser monja, querría. Mas si me fuere rebelde, yo le seré enojosa y si contino perseverare en su fantasía, yo la haré que no tenga tiempo de arrepentirse³²⁴. Agora vay en paz y torna presto con aplazibles nuevas.

Astana, cuyo corazón de miedo estava turbado, cargada de pensamientos, dissimulando de hazer otra cosa, derigió el passo hazia la cámara de Ginebra. Y, entrada de dentro, de la devida y acostumbrada cortesía dexó el oficio, por lo cual, indinada algún tanto, Ginebra assí le dixo:

«¿Cómo entraste sin hablar y con tan mala criança?»

ASTANA.—Tal es el uso de las monjas: entre nona y bísperas de tener silencio.

GINEBRA.—Mucho eres discreta. Yo no tengo pensamiento de querer ser monja, pero de conversar algún tiempo entre ellas.

ASTANA.—¿Qué provecho se te seguirá de aquesto?

GINEBRA.—Dar resposo al corazón y a mis padres y a la patria y a los parientes y a aquel perpetuo traidor.

ASTANA.—Si mi demanda no es presumptuosa, ten por bien de manifestarme la causa de tanta desesperación: las palabras entiendo; la causa, no

GINEBRA.—Acordar lo que da enojo es un redoblar trabajo, porque la pena que sin razón viene mucho más ofende.

ASTANA.—Tú estás errada: antes quiero ser reprehendida de lo falso que juzgada de lo verdadero. Si la pena indinamente es puesta, ¿qué dolor es, cuando la conciencia está limpia?

GINEBRA.—Consejos y buenas palabras liberalmente damos todos. Pero si tú sentiesses lo que yo pruevo, de otra manera sentenciarías. Tú sabes con cuánto fuego

³²⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: arrepentirse *P*: arepentirse

he amado a aquel hombre, el cual no oso nombrar. Siempre me dio el corazón, desde la hora en que de Cinthia se hizo mención, que yo devía estar vendida. Pero no pensava que tan vilmente: yo nunca perdoné a cosa alguna por saber qué voluntad me tenía, porque sus muestras para conmigo siempre fueron amorosas. E si Dios y el mundo me lo uvieran jurado, no creyera lo que oy con los ojos he visto.

ASTANA.—¿Qué, señora?

GINEBRA.—¡Ay triste, sin ventura! ¡Tiemblan mis carnes, ciérrase la boca, está mi lengua muda a contar la muy cruel traición! Aquel por mi mal labrado cinto oy ha ennoblescido a Cinthia.

ASTANA.—¿Cómo lo supiste?

GINEBRA.—Pithias, sierva de Cinthia, en gran secreto lo mostró a mi madre.

ASTANA.—¿Cómo assí?, ¿a qué fin?, ¿por cuyo mandado?, ¿qué amistad tiene tu madre con Pithias? Aquestas son cosas que exceden el entendimiento. A mí no me encaxa: ¿con qué cara viste a tu madre?, ¿conosció que avía sido tuyo?

GINEBRA.—Creo que no: por el rico atavío que estava alrededor, bien me dio a entender que tenía semblante del mío. Con gran semejança de verdad se lo negué y me lo creyó. Aquella malvada moça, que a caso passava por la calle, fue llamada y requerida a que dixiesse lo que llevaba embaxo de su braço. Claramente manifestó ser un don de Peregrino embiado a Cinthia. Agora mira si tengo razón de bivar más en amor.

ASTANA.—¡Ay Peregrino, cómo fueste tan vil y cruel amador! Al más triste, rústico hombre no conveniera aquesta maldad. Ginebra mía, no te falte un esforçado corazón, ni por aquesto quieras ausentarte, ni aun renunciar a la esperança de bivar.

GINEBRA.—Luego, ¿no te parece onesta causa de morir?

ASTANA.—Si a él, y no a ti: ¿quién nunca oyó mayor bovedad, más crecido furor, más profunda locura que por despecho de un su enemigo dessear la muerte? Pues luego, ¿qué diferencia avría de amar a aborrescer, si igualmente se uviesse de sufrir? No ay entendimiento en el mundo que sin vergüença pudiesse pensar aquestas cosas, ni menos ponerlas en efeto.

»¿Quién nunca entendió de querer largamente penar o morir por gratificar a un su enemigo? ¿Qué mayor consuelo puedes dar a Peregrino (si es verdad que no te ama) que ausentarte de la patria? No hagas de tu mala vida una pública confessión, y

no pensarán que él te ha despreciado. ¿No crees tú que quedará en gloria? Siempre se alabará de aver hecho más de lo que avía pensado, y cuando se supiesse que por su causa te avías ido, darías las armas a estos dos linajes. No te muestres más niña de seso que de años. ¿Cuál acto es más propio y conveniente y heredero a las desvergonçadas que pensar cómo nunca parescerán? Bien confieso que cuando el amador por causa de la amiga penasse, ser honra que fuesse la pena igual por satisfazer al verdadero amor. ¿Adónde hallaste aquestas desconveniencias, que el uno deva triumphar y el otro penar? Si amar es junto en un querer, avéis de despende una mesma moneda.

»Mas si a mis fieles consejos te quieres llegar, yo te mostraré una vía por donde con tu salud podrás caminar. E si la traición es verdad, fácilmente lo comprenderás, y assí vendrá la pena a sus autores y no a los inocentes. No haze a tu honra tomar aqueste siniestro³²⁵.

GINEBRA.—¡Oh cuán contenta sería de conformarme con tu voluntad! Pero la ánima crudamente ofendida no puede rescebir consolación.

ASTANA.—Ginebra, nuestra ánima no es otra cosa que una sola dispusición, de la cual hazemos como de imagen de cera. E podemos según nuestro alvidrío mudar y desminuir. E con aquella facilidad que la ánima se enoja, con aquella se alegra. Nuestro bivar no es otra cosa que un querer y adonde te inclinares, allí vendrá la ánima. Agora haz a manera de buen médico: provee a la peligrosa enfermedad por vía del contrario. E si Peregrino te aborresce, pon en otro tu amor y aquí demostrarás tu prudencia. Y si es verdad que te ha vendido, no hará más caso de ti. Conversará adonde Amor le truxiere y, según su costumbre, triumphará. Cualquiera pena que tú mostrares será causa de confirmarlo en mayor amor con Cinthia. E si estuvieres alegre, en breve tienpo quedará engañado del uno y del otro. E si de corazón como hasta aquí te amare, no perdonará a cosa alguna por justificar su causa. Y créeme que gran solicitud no fue jamás sin amor. Podrásle escrevir una carta que le haga saber su ingratitud.

³²⁵ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: siniesto

GINEBRA.—¡Oh astuto consejo, oh anciana astucia! Pero si no me ha sido fiel en las cosas que mal se pueden probar, ¿qué tal será en las provadas y manifiestas? E si lo más dio a Cinthia, no le negará lo menos.

ASTANA.—¿Cuál sin seso descubrió jamás su traición?

GINEBRA.—Para con los malos los vicios son virtud.

ASTANA.—Verdad es, cuanto al contentamiento de una aparente particular consciencia.

Estando en aquesto, parescióles sentir una boz, semejante a la de Minos cuando convoca a juicio las tres deesas fatales, que dize: “¿Adónde está aquesta malvada? Astana, ¿qué es de ti?”

ASTANA.—¡Ay Ginebra, temo que aquesta pluvia no venga a caer toda sobre mí!

GINEBRA.—Vay sin temor, y si de mí hablare, finge inorancia.

ASTANA.—Sí que aprovecha.

GINEBRA.—¿Qué prueba será en contrario?

ASTANA.—Dios y la cara y la dañada consciencia a la verdad dan testimonio.

GINEBRA.—¿En qué pecaste tú?

ASTANA.—En ninguna cosa.

GINEBRA.—¿Pues de qué temes?

ASTANA.—De ti.

GINEBRA.—De balde estás si cuidados agenos te dan guerra.

ANASTASIA.—¡Astana!

GINEBRA.—Vay presto.

ASTANA.—Señora, ya vengo.

ANASTASIA.—¿Qué hazías?

ASTANA.—Lo que me mandaste.

ANASTASIA.—¿En qué se determina la cabeçuda Ginebra?

ASTANA.—Aún assí está.

ANASTASIA.—¡Oh gran regidor del cielo! ¿Siempre he de ser justicia a toda edad? ¡Una juvenil astucia ha de burlar de mí! Luego a la hora, toda su maldad comunicaré con Angelo y lo que hasta aquí he dissimulado incontinente lo descubriré.

ASTANA.—Señora, acuérdate que es tu carne, sangre y hechura: bien serías cruel y de poco seso si contra ti misma te quisieses encrudelecer. Cualquiera animal es conservador de su propia especie... ¿y tú quiéresla destruir? ¿En qué ha pecado Ginebra?

ANASTASIA.—Es enamorada.

ASTANA.—También Dios no está sin amor.

ANASTASIA.—Aquese es casto, justo, onesto y sancto.

ASTANA.—Ni aqueste es vegonçoso.

ANASTASIA.—¿Qué sabes tú?

ASTANA.—La prueba lo muestra.

ANASTASIA.—¿En qué manera?

ASTANA.—Toda la ciudad la tiene en buena opinión y de tanta virtud la fama ressuena. No es nuestra tierra tan bien mirada que ni a ella ni a otra se perdonasse cuando algo se supiesse. Tú conoces a Petrucio, y cierto es hombre de honra. Mira cómo la hablilla de la hija sea publicada por las desenfrenadas lenguas del pueblo. Y cuando de Ginebra tal cosa fuesse, igualmente se diría. Mas si tu hija es prudente y sabia, y está por tal estimada, ¿por qué la quieres tú contra Dios y el mundo y tu honra desinfamar?

ANASTASIA.—Tú hablas como hazen los spíritus: a ventura. Yo renuncio la parte que en ella tengo y cuanto en ella críe, y todos mis trabajos. Y me juzgo por muy desdichada en aver concebido un tal monstruo. E quien la tiene por buena está muy lexos de sí mesmo.

ASTANA.—Tú la fabricaste, y tuya es, y tú la gozas. Yo limpia soy de aquestas culpas. Tú comentas en tu fantasía lo que contraría a todo verdadero juicio, y contra razón vas culpando a ti y a otro. Tiempo sería que tomasses reposo para lo que conviene a nuestra común honra.

ANASTASIA.—Por que creas, Astana, que no me agravio sin razón, toma aquesta carta y llévala contigo, y haz que la lea en tu presencia. Y verás si son señales de casta donzella.

ASTANA.—¡Ay triste! Luego ella escribió...

ANASTASIA.—Sí.

ASTANA.—¿A quién?

ANASTASIA.—A un desvergonçado y desonesto mancebo.

ASTANA.—Dina es de grave penitencia.

ANASTASIA.—¡Gracias a Dios que has tornado en ti!

ASTANA.—No lo avía bien entendido.

ANASTASIA.—Agora estás bien informada.

ASTANA.—¿Qué dize la carta?

ANASTASIA.—Dígatele ella.

ASTANA.—¿Quién la llevó?

ANASTASIA.—Aqueso querría saber....

ASTANA.—¿Quién crees que fuesse?

ANASTASIA.—No lo puedo imaginar.

ASTANA.—Pero a lo que piensas...

ANASTASIA.—Creo que la embió junto con el cinto.

ASTANA.—No lo entiendo.

ANASTASIA.—Larga es la historia. Dexémosla.

ASTANA.—Agora déxame el cuidado: quiero con ella perpetua guerra.

ANASTASIA.—Vay, muéstrasela y buélvemela. Y dile que conozca su grave yerro e si es aqueste buen principio de querer ser monja.

ASTANA.—Del pecado nasce la salud.

ANASTASIA.—Sí: a corazón contrito.

ASTANA.—¿Cuál es más dispuesto que querer salir del mundo a perpetua penitencia?

ANASTASIA.—¿Crees que se arrepiente?

ASTANA.—Creo que sí, si ha pecado.

ANASTASIA.—Agora tú lo vee.

ASTANA.—De la color no juzga el ciego.... y después, en fin, ¿qué quieres que haga?

ANASTASIA.—Pida perdon y esté obediente.

ASTANA.—Razón lo quiere y onestidad lo manda. Haré lo que soy obligada.

Apartada de Anastasia, sonriéndose, la alegró. Y parte por parte destintamente le contó todo el negocio, a la cual dixo Ginebra:

«Agora mira cómo con mis armas soy herida y muerta: mi letra negar no la puedo. Si quiero contender, el juicio es sospechoso, y de malina causa no se espera buen fin. Si pido perdón, perpetuamente me confieso culpada, y a manera de sutil pesquisidor querrá saber más adelante. ¡Oh fe muy deslizada, adónde me has traído por servir lealmente! Astana mía, ayúdame.»

ASTANA.—No es menor prudencia el huir que el esperar. Da lugar a la muy poderosa ira, considera el tiempo. Confórmate con voluntad de otro. Y quien no puede lo que quiere, quiera lo que pudiere. Las más de las vezes de una cruda guerra nasce una dulce paz. Quiçá que la presente discordia será tu provecho, porque estar siempre suspenso es una perpetua muerte. ¿No crees tú que Anastasia es tan solícita de tu utilidad y honra como tú? Si es provechosa, allégate a su voluntad.

GINEBRA.—Nunca lo haré: morir primero que quebrar la fe. Permita Dios y el mundo lo que quisiere, que aquesta es mi sentencia.

Conosciendo Astana su postrero peligro, tornada a Anastasia la confiada carta, assí le dixo: que Ginebra humanamente, por extrema merced, le demandava un mes de tiempo a deliberar lo que fuesse mejor:

«E quería provar primero si la nueva inspiración uviessse sido divina o falsa relación. Y acabado aquel tiempo, se pondría en tu libre facultad y de su vida podrás disponer como de verdadera hija y esclava. Señora, si madre, si generosa, si temerosa de Dios eres, no le niegues la demandada gracia:, la cual a los condenados de capital sentencia justamente negar no se podría.»

No fue el escuchar sin algunas lágrimas. Mas después, temiendo Anastasia de algún peligro, hizo cerrar todos los agujeros, puertas, ventanas y lugares adonde entrar y salir se pudiesse. Y púsola en la propia cámara, cercana a aquella adonde el hermano acabó la vida (en la cual dichosamente ya avía yo estado), y echó fama que Ginebra spiritualmente se recreava en un principal monesterio, por que no fuesse molestada por visitación de persona alguna. Retraída en la solitaria estança y quitada la esperança de ir a ser madrina, quiso usar el consejo de Astana, y primero que a la carta diesse principio, quiso saber quién sería la portadora d'ella y qué fruto se sacaría.

ASTANA.—Ya te he yo dicho que alcançarás la verdad. La manera no me aplaze, porque según el tiempo, conviene mudar el consejo. De su ir y estar no tendré

noticia, por ser adonde tú vees. Si me respondiere, no avrá quien la respuesta traya. Necesario me parece primero aconsejar bien antes que se determine, por que el segundo yerro no sea peor que el primero. Podráslo considerar mucho, y después hablaremos. Y porque veo a tu madre sospechar lo possible, no de otra manera cumple negociar que si de capital cárcel por astucia quisiésemos salir. Conviene alcançar d'ella tanto tiempo, que pueda satisfacer una devoción prometida en el tiempo que estava enferma; y en aquesta romería daré tu carta a mi cuñada, la cual fielmente la llevará adonde yo le dixiere.

GINEBRA.—La forma me agrada, ¿pero después qué fin avrá, pues que no tienes poder de ir a ella ni ella a ti?

ASTANA.—No te cures: el cielo halla el camino. No es necesario dar ley a los que aman, los cuales todo lo alcançan. Ligera cosa le será hallar la vía de hablar o responder.

GINEBRA.—¿Aconsejarmey has que le hablasse?

ASTANA.—Sí, para saber la verdad.

GINEBRA.—No osaría, por la usada traición.

ASTANA.—Dexemos el cuidado de lo por venir, atendamos a lo presente. Tentaré de pedir la licencia a tu madre. Y a la que encontrare primero (a Viante o a mi cuñada) confiaré tu carta.

GINEBRA.—Vay assí. Dios te ayude.

Sin otra dilación, Astana se fue para Anastasia y assí le dixo:

«Parésceme que secretamente has deliberado que de la solitaria cárcel de Ginebra yo sea la participante, y aunque yo no lo merezco, no rehúso el trabajo ni menos tu mandado. Pero mucha merced me harás antes que entrasse en aquella penitencia pudiesse cumplir un voto a la madre de piedad, por mi salud alcançada. E si tu pensamiento fuesse de dar otra servidora a tu hija, biva y muerta te sería obligada. No porque la cámara me enoje, mas por estar siempre para contigo limpia, la cual como a Dios del cielo y de la tierra adoro.»

Humillada Anastasia a sus humildes ruegos, fue contenta que pudiesse ir a la hermita de la Reina de los Cielos, y quasi la prometió sacarla de la servidumbre de Ginebra, lo cual era muy molesto a Astana. Pero el justo y piadoso Dios permitió que perseverasse. Despedida de Anastasia, tomó la escrita carta, que fue la siguiente:

Ginebra, con mucha tristeza, creyendo la traición aver procedido de Peregrino, le escribe una carta.

Capítulo CI

«No porque espere ni nunca crea, por tiempo alguno, poder assentar en ti fe ni esperança yo te escribo, mas sólo por hazerte conocedor de tus culpas, las cuales ruego a Dios te las perdone, o te dé aquel verdadero galardón que meresce la tu quebrantada y desvergonçada fe.

»Tú has seguido la costumbre antigua que fue de aplacar la comovida ira de los dioses contra ellos con sangre agena, assí como de Iphigenia y Polixena en las historias leemos escripto. En aquesto alcançó tu gran prudencia, que por obligar en más estrecha benivolencia a aquella por la cual hallaste el beneficio del albañar, has sacrificado una fiel amiga. No creo que sea oficio de discretos aborrescer el amigo por gratificar al enemigo. Por mí (si bien te acuerdas) nunca fuese llevado a juicio alguno, ni cevil o criminal, por que me uviesses de dar semejante premio. Ni aun jamás fue en tan poco tenuta que de mis fatigas (aunque viles) deviesses hazer merced a otra señora más baxa que yo. Mas ay una cierta condición de gente presumptuosa que cree poder acabar todo lo que les procede de su fantasía. Doy a Dios muchas gracias que tuve conmigo el glorioso despojo que la atrevida y malvada hembra malamente ha dexado.

»E aun si desviar de la verdad no quisieres (como de la onestidad has hecho) no te podrás loar de mí, a la cual por tu honra podrías y devrías poner fin. Y mejor fuera nunca començar porque tras chica centella se puede seguir gran llama. No soy de tan vil tronco nascida ni de tan buenos defensores privada que aya de sufrir que tu lengua me maltrate. Deviéraste de acordar, por cierto, qué fe te tenía y he tenido y estava para tener, que verdaderamente merescía estar acompañada de mayor agradescimiento del que me has mostrado. En qué y cómo y cuándo y por quién me ofendiste, dexo el cuidado a ti, el cual, siendo discreto, serás de palabras escasso y de efetos mucho más, si cosa alguna te queda más de dezir y de hazer.»

Escrita la carta, Astana la llevó. Y antes que entrase en el portal de la hermita, encontró a Viante, a la cual secretamente dio la carta, acompañada de dos palabras³²⁶:

«Consuela a Peregrino.»

Temía Astana no veniesse en pos d'ella alguna otra sierva que la assechasse y notasse todos sus passos, y por aquesta justa causa fue breve y en bolverse a casa, muy solícita

Viante dio la carta a Peregrino y como la uvo leído, estuvo para morir, aunque Achates le consolava.

Capítulo CII

La mi antigua y querida Viante, desseosa de satisfazerme en alguna cosa grata y acepta, con su debilitado passo se fue hazia mi casa. E como me topó, dulcemente sonriendo dixo:

«Bien dichoso te puedes llamar, pues Amor te favorece. Todas las cosas superiores y inferiores te obedescen. Amor, depositado el arco y saetas, a ti se inclina. Venus te acata y adora.»

A la hora, de tales palabras maravillado, respondí:

«¡Oh Viante mía!, ¿qué prósperas nuevas son aquestas»

"Por ti mismo lo verás", ella me dixo, y ofrecióme la carta. Ni de los judíos la Arca del Testamento, ni de los christianos el Sepulcro del humanado Dios con tanta veneración fue adorado con cuanta reverencia y humildad puse mis manos en la ofrescida carta. Di las gracias que pude y supe, assí a la una como a la otra. Y en assentándome, las manos junto con el coraçón començaron a temblar. Viante se despidió, yo me quedé solo.

³²⁶ En Caviceo sí son estrictamente dos las palabras: «due parole e non più: “Conforta Peregrino”» (*ed. cit.*, p. 204). En este caso, por lo tanto, Díaz traduce con demasiada fidelidad.

Parescíame en mi pensamiento con flaca y horadada barca passar el tempestuoso mar de Scila y Caribdis cuando la dolorosa carta abrí. Luego, desterrado del corazón, atónito, de mí mismo fue desviado, diziendo:

«¡Oh Dios!, ¿por cuál traidor devo yo perder, sin mi culpa, los trabajos de tantos años? ¡Oh asiento de mi verdadero reposo! ¡Oh género muy ligero a creer! ¡Oh mi inconsiderada muerte! ¿Es aquesta la mi suavidad creída?, ¿es aquesta mi esperada promessa?»

Gritando, llorando y leyendo fue ocupado de una tan negra y súbita cólera, que no vi por cuál mano me asiessen Thesiphón y Megera para hazerme passar el paternal reino. Vi sobre la puerta de Prosérpina el trifauce Cérbero, y al barquero con el remo, la barca a la playa dirigida. Con boz ronca y desordenada barba, clamando decía:

«Peregrino, a ti vengo.»

Pero aquel poquito que, a la postre, en nosotros muere devoto, en sí las elementadas potencias, Carón de lástima vedó el passage. Atónito como hombre de profundo sueño llamado, pregunto a mi fiel Achates (el cual por el acaescido caso era venido) qué era de mí y adónde estava. Las lágrimas vi; la respuesta no entendí.

Después de algún tanto recogido en mí mismo, con los ojos alçados al cielo, comienço:

«¡Oh del eterno Dios madre y hija, del mundo reina al cual sin dolor el salutífero parto diste, por cuyo favor todo el universo se rige y gobierna! ¡Oh alta emperatriz, hazme dino de tu gracia, por que viviendo a todas las venideras generaciones pueda tu sancto nombre con perdurable loor celebrar!»

No fueron del secreto pensamiento las palabras salidas, cuando fue rodeado de una gran luz, la cual de mi salud fue verdadera nueva. E si el divino amparo no me socorriera, estava para ser contado en los de la familia de Prosérpina. Algún tanto más tornado en mí, perseverando en mis lastimeras queexas, digo:

«¡Oh mi Dios y Señor!, ¿qué monstruo es aqueste? ¿qué arrebatada mudança de mi fortuna?»

Buelto hazia Achates, llorando le pregunto qué cosa es muerte, la cual si a todos es fiera y cruel, a mí por agora sería muy aplazible.

ACHATES.—Muerte es un apartamiento del cansado cuerpo y del cuento de sus días cumplido. Por lo cual todos los miembros, en fuerça reducidos, se oponen contra las vitales potencias: a la ora, cuando el cuerpo no puede llevar las cosas de la vida, se deshazen.

PEREGRINO.—¡Ay triste!, ¿cuál cuerpo en el mundo fue más cansado que el mío? Pero no se deshaze.

ACHATES.—¡Oh cuánto es bien mísero quien por socorro pide la muerte! Mas si Dios y Natura no te quieren gratificar en la vista de una hembra, ¿cómo pervertirán su curso? Porque no solamente conviene estar el cuerpo cansado, pero ser también perfeto en el cuento de sus días, contra la cual orden no puede obrar Natura.

PEREGRINO.—¿Pues qué vida será la mía sin Ginebra?

ACHATES.—La que por ti fuere elegida.

PEREGRINO.—¿Sufriré yo que esté mal contenta?

ACHATES.—¿Qué podrás hazer?

PEREGRINO.—Salvarla he.

ACHATES.—¿Por ventura está en prisiones?

PEREGRINO.—Sí.

ACHATES.—¿E cómo lo harás?

PEREGRINO.—Por fuerça.

ACHATES.—Serás castigado por capital sententia.

PEREGRINO.—Amor me defenderá.

ACHATES.—Sí, como hizo a Achiles y a sus secuaces...

PEREGRINO.—Glorioso es el morir a quien onradamente muere.

ACHATES.—¿Qué honra es aquesta?

PEREGRINO.—Defender a quien tanto amo.

ACHATES.—¿Qué te ha Ginebra?

PEREGRINO.—Solamente verdadera amistad y según pienso, a mi causa, es maltratada.

ACHATES.—Procúrela el padre.

PEREGRINO.—Matarla ha.

ACHATES.—Él la ha engendrado.

PEREGRINO.—Querríala yo socorrer.

ACHATES.—Grave es la recuesta, imposible es el socorro.

PEREGRINO.—Assí te parece a ti, con quien Amor está en destierro.

ACHATES.—¿De qué te quejas?

PEREGRINO.—Que tratan mal a Ginebra.

ACHATES.—¿Quién lo dize?

PEREGRINO.—La carta.

ACHATES.—Muestra.

PEREGRINO.—Toma. Léela.

ACHATES.—Bien te lo digo yo: assí velando como dormiendo, siempre devaneas. E la primera cosa que se te representa en tu entendimiento luego la tomas como divino oráculo. Aquesta señora de ti, vanaglorioso, dessabrido, se quexa. Fácilmente podría ser que por alguna tu locura sufriesse algún daño, lo cual, siendo assí, no te agradecerá tu favor. Antes como cosa mortal lo despreciará. Agora provee de espiar cuál sea la causa de su mal. E si por tu defeto se ha causado, remite el corazón a más holgança y sossiego. Si de otra manera es, haz lo possible por no estar en ser rebelde, lo cual no conviene a hombre fiel. Y he aquí a Viante, que te viene a ver.

Salido a rescebirla, le digo:

«¡Oh mi sola esperança, oh mi fiel Viante! ¡Ni más desseada ni más esperada podías venir! Dios te salve.»

VIANTE.—E a ti, mi Peregrino. ¿Qué gesto turbado es aqueste? ¿En qué términos andan las cosas de Amor?

PEREGRINO.—Lee la carta y entiéndela tú.

Luego que la leyó, quedó sin color y habla. Y dexado todo aparte, fuesse a casa de Ginebra. Y hecha reverencia a la madre, entraron en ciertos razonamientos. Y descurriendo por sus hablas, le preguntó de la salud de su hija Ginebra. A la cual respondió que por el presente en un monesterio se recreava. Ni más palabra habló.

Buelta a mí, gritando dixo:

«¡Ay mi Achates, la triste está presa en casa!»

ACHATES.—Peregrino, toda dilación y cobardía te salga del corazón. ¡Ay Peregrino, con ánimo esforçado y varonil acomentamos aquesta noche la casa y

hagamos que las espadas anden vagando por las cámaras y estancias! Todos los que durmieren sean muertos; y los repunantes, heridos y mal tratados.

PEREGRINO.—Amado Achates, he aquí mis manos, puestas en llorosas plegarias. Yo te suplico, por nuestra verdadera amistad, no me quieras de la prometida ayuda faltar. Mejor es morir que corromper la fe.

ACHATES.—Si por temor o mayor su daño fuese llevada, ¿qué avemos de hazer?

PEREGRINO.—No temas. El ingenio haze al hombre osado. Hércules, Theseo, Perithoo, Eneas y Orpheo por satisfacer a sus desseos descendieron al Infierno y después tornaron. Nosotros buscaremos todo lo abitabile; con los antípodas sobrepujaremos la peregrinación ulissea, y el reino de Plutón por encontrar con ésta.

ACHATES.—¡Oh cuánto será dificultoso!

PEREGRINO.—En esso está la virtud. Mucho más grave pienso que fuese al primero inventor de la medicina (cuyo templo es consagrado en el monte Libio) de atraer una ánima errante y apropiarla al servicio de su estatua, y hazerla de piedra salir en un dios, el cual del bien y del mal tuviese verdadera facultad. Pues si el hombre ha sido autor de los dioses, ¿no puede ser deligente pesquisidor de las cosas criadas? Amor y nescessidad, la cual con ñudos, encadenados, nos tiene presos, nos hará más osados de lo que esperamos. ¡Oh gran Dios, oh sumo maestro!, ¡ayúdame pues con tan grave pena me ves desfallecer!

ACHATES.—No fatigues con largas y grandes rogativas a Dios, el cual sirve a la necesidad de la razón eterna, y es inmóvil y siempre en un ser. Aquesta es aquella variada suerte que es mezclada a todas las cosas mundanas, la cual conviene sufrir como ella viene. Sey fuerte y no te dome la adversa fortuna. Dexa el oficio al oficial. Abraça la empresa, la cual te dará felicidad.

PEREGRINO.—¡Oh que estoy muy debilitado!

ACHATES.—¡Restaura tus fuerças!

PEREGRINO.—Temo no sea tarde el socorro...

ACHATES.—Si Amor tuvo poder de transformarte en nueva forma, ¿cómo agora en tanta desventura te dexa? Si él fuese dios (como tú dizes), yo fiador que en baxo de su estandarte no te desampararía. Mas él es un ciego mochacho de poco

valor, y por esso te causa aflicción. Agora delibera el mejor consejo que te pareciere, y yo con todas mis fuerças le executaré.

PEREGRINO.—Vamos a su casa: entremos y veamos adónde está mi vida.

ACHATES.—Aqueste es el trabajo, aqueste es el ingenio: la puerta cerrada, las paredes altas, y nosotros sin alas y llaves. Y hombre no ay de dentro que amigo nos sea, y en fin no sabemos adónde emos de ir.

PEREGRINO.—Por la ventana del jardín podremos entrar.

ACHATES.—Por la sospecha que de ti tienen, estará cerrada.

PEREGRINO.—Perdido soy: ayúdame.

ACHATES.—Aquí está un carretero que es mucho mi amigo. Si te parece, en una cuba que ha de llevar sobre su carro te esconderás sin que a su noticia venga. Yo le haré partir. Conviene que passe por la casa de Angelo. Y por la noche, no pudiendo más caminar, quedarse ha en su patio porque es mucho su conocido. Venida la entrañable parte de las tinieblas, llegarte has a la cámara de Ginebra. Si aí estuviere, suplicando y llorando, pedirás que te oya. E si no la hallares, por aquella mesma vía te bolverás. Y si por causa de tu inocencia te fuere concedido de quedarte allá por todo el día, trae contigo el hilo de la escala, la cual a medianoche llevaré comigo a la calle que está a sus espaldas, adonde, según creo, por aquella ventana podrás baxar. Mejor es un peligro secreto que una culpa manifiesta. Por cierto, muy grave cosa es sufrir las culpas de otro.

PEREGRINO.—Achates, haz la experiencia, y yo acepto el partido.

Llamado para sí Faustino (tal era el nombre del carretero), desviado del carro tanto tiempo le detuvo Achates, que seguramente entré en el vientre de la cuba. E a nuestra ordenança no faltó el efeto. Humanamente fue ospedado de Angelo y assentó el carro cabe su cavalleriza.

Ginebra con el grande enojo de todo punto se quiso desarraigar del amor. Y Peregrino, después de entrado en casa, por intercesión de Astana alcanzó que le oyese Ginebra.

Capítulo CIII

Venida la hora entre nosotros concertada, hecho velador más que el guardián de los cuerpos thesálicos, salgo del castillaje. Ni de aquesto recibió aviso Faustino, el cual estava sepultado en el heno para dormir. Despertado por el bullicio, comienza a dezir:

«Dexa estar mi cuba, amigo»

Entre dientes le respondí:

«Faustino, no temas: quería ver qué vino es aqueste.»

Sin otra palabra, en un instante me voy a la desseada estança, en la cual de costumbre ardía una lúzida lámpara. Allí estava una hendedura que me servía a poder hartar los desseosos ojos. Varias opiniones me saltean:

«Si llamo, no me abrirá; si callo, no me sentirá; si buelvo, Faustino me descubrirá. ¿Qué haré? Amor, señor en cuyo querer consiste el universo, ¡socórreme!»

E como desesperado clamando digo:

«Señora mía, ¡piedad, que sin razón soy condenado!»

Siento a Astana que dize:

«Ginebra, aquel es Peregrino.»

GINEBRA.—¿Adónde está el traidor?

ASTANA.—Aquí, en aquesta hendedura.

GINEBRA.—¿Quién le truxo?

ASTANA.—Amor le guió.

GINEBRA.—¿Luego tú crees que me ama?

ASTANA.—Aquestos no son peligros de burla. E si bien miras, su vida sería obligada al último fin cuando en casa se supiese.

GINEBRA.—En la cámara de Cinthia no era muy seguro.

ASTANA.—Aquel fue error, y esto es mucho amor.

GINEBRA.—Haz que se vuelva.

ASTANA.—Mejor es saber cómo entró acá de dentro, por que hecho nuestro enemigo no sea en su facultad de podernos ofender, tanto en la vida cuanto en la honra.

GINEBRA.—Tú lo puedes preguntar.

ASTANA.—No me lo confessará.

GINEBRA.—Tal es su costumbre.

ASTANA.—Óyete, señora, alguna cosa para tu justificación.

GINEBRA.—¿Cuál es mayor que la secreta fe?

ASTANA.—¿Qué daño te trae escucharle, pues que todo el mundo está lleno de testimonios falsos?

GINEBRA.—¿Qué daña a los enfermos el beber agua fría?

ASTANA.—Acrescienta la enfermedad, y mengua la virtud.

GINEBRA.—Assí son aquestos con sus burlas hermo세adas.

ASTANA.—Sí que no eres niña, que has de sufrir que te venda negro por blanco.

GINEBRA.—¿Cómo puede negar que yo no fue vendida?

ASTANA.—Quiçá no a su culpa.

GINEBRA.—¿Pues aquel no era suyo, el cinto?

ASTANA.—Podíanselo hurtar y después venderlo a otro...

GINEBRA.—Sí... ¡que no entendí yo las palabras de la sierva!

ASTANA.—La razón no lo quiere, que se oviesse fiado de muger tan ligera.

GINEBRA.—Ella no creía de ofender a alguno.

ASTANA.—Mal se puede desculpar quien descubre secreto ageno.

GINEBRA.—¿Qué crees que aya sido?

ASTANA.—Aquí está el autor. Sin más replicar, ¿qué quieres hazer?

GINEBRA.—Que se vuelva por donde vino.

ASTANA.—Haz lo que te pareciere. Pero, ¿quieres que te diga? A él le fue mucho más fácil ir por amor de ti a Soria y estar dos años captivo, que a ti andar diez passos por determinar una verdad. Sí, que por esto no te ofenderá, ni te persuadirá lo

falso, ni te robará: la puerta está cerrada, la cámara es fuerte, el hombre es temprado y a ti muy humilde: no seas tan cruel, que no³²⁷ es condición de buenos.

Comovida de aquestas palabras, la veo passo a passito levantar de la cama en una muy rica camisa y venirse hazia mí. Allegada, humilmente le digo:

Peregrino reprehende a Ginebra de cómo se cree de ligero. Y Ginebra, respondiendo más con furor que con razón, le quería confundir.

Capítulo CIII

«¡Oh Señora, oh fe!, oh conciencia, oh mis tantas fatigas, por tu salud en peligro puestas! ¿Es aqueste el premio? ¿Por creer de ligero me juzgas por tu enemigo? Yo te suplico, por la luz de tus muy resplandecientes ojos, que escuches mis breves palabras. Perdona, señora, al mi doloroso caso. No te olvides de la humana piedad, ten respeto a mi largo servicio, muévate algún tanto mi terrible pena. Tú sabes con cuánta subjeción estoy empeñado, más de mi voluntad que yo mesmo has podido.

»¡Oh mis acrescentadas desdichas por demasiado amor!, ¿qué esperas, cruel? Toda dilación es odiosa, ¿qué crees de hazer con aquesta tu dureza? Mi muerte será, al fin, la tuya. No es en tu facultad de poder apartar el tan grande amor. E aunque me prendiste, soltar no me puedes.»

Algo más allegada, con esta humanidad me recogió:

«Vaite de aquí, traidor: cara fengida, palabras en fraudes y en engaños compuestas, sentina de traiciones, morada de vicios, sacrificio de Prosérpina, holocausto de Cérbero, desflorador de honras ajenas. Aquel gran fuego que ya entrañablemente me quemó está agora como una centella y cuasi todo amatado. Yo sola, oh malvado, el tu ardor de mi amor despegué, del cual, por privarme de la vida, te hize dino. Después que de tus traiciones soy cierta, del todo me veo salva.»

³²⁷ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: no *P*: nos

PEREGRINO.—Señora, no me niegues lo que al enemigo se otorgaría, que es una sossegada audiencia. E no sufras que pueda más una arte fingida que una verdadera servidumbre.

Y assí hablando, contemplava su desnuda belleza, con aquella cara no artificial, pero de natural especie compuesta. Eran aquellos cabellos de un lúzido color cercados: colgando con un rebuelto atavío por aquellos celestiales ombros, representavan la semejança de Apolo. Los ojos eran de tanta luz, que adonde miravan desterravan toda tristeza. E si la vista con vista se encontraba, hazía a manera de espejo, que buelve más grato y acepto resplandor de lo que le es representado. Estava aquella señora de toda gracia divina adornada. Aquellos tiernos y blancos miembros, mojados de las divinas gotas de néctar, espiravan olores que en el cielo semejantes no se cogerían. No de otra manera estava atento a la divinal hechura que fue Apelles cuando la cabeça de Venus maravillosamente pintó. Yo, que tan gran tormento sufrir no podía, no perdonava al contino llanto y mucho más acusava mi ingrata suerte que la cruel y malina acusación del perverso relator; e assí quexándome, salteado de un súbito desmayo, por cansancio del trabajado cuerpo en tierra caí. Y de tan gran constancia combatida mi paciencia, comencé a dezir:

Peregrino, indinado, cruelmente maldize a Ginebra.

Capítulo CV

«¡Oh presa de Minotauro, pasto de Busiris, la universal madre se abra y te trague y en tanto que bivieres, las crudas Furias de ti no se desacompañen! Las tres Hermanas, por tu contina miseria, el hilo de la vida te dilaten. Ciega y sorda y muda te vea yo. Vieja y enferma, sin humano ni divino socorro. Desterrada y vagabunda por tierras ajenas sea tu vida. Sentencia del muy piadoso por sentencia te consuma. ¿Cuál venenosa sierpe podría contra la justa sangre tanto encrudelescerse? Cruel Amor, ¿cómo lo soportas? ¡Oh si la saeta que ya te herió uviera sido emponçoñada, por que murieras como muerdo! Júpiter, ¿cómo te sufren los ojos de ver tanta crueldad? ¡Oh si yo te viesse presa de gigantes! E tú, adúltera Venus, ¡oh si la red de

Vulcano estuviera ardiendo, por que te viera yo abrasada! ¡Oh Mercurio, si de tu huésped fueras ahogado!

»E vosotros, celestiales superiores y inferiores, ríos, fuentes, phaunos, sátiros, dríadas, oréadas, ninphas, dioses silvestres y montanos: destroço venga sobre vosotros, por que de vuestra miseria resciba yo consuelo. Falsa, fengida y simulada es vuestra potencia. E tú, Saturno, corrido del cielo, si punto de vigor te ha quedado, embía nuevamente otro Chaos. Eridano, glorioso río, ¿por qué al padre como al hijo no ahogaste? Querría que el fuego del cielo la haz de toda la tierra encenizasse, por que no se hallasse cosa habitable. Desseo que el cielo y la tierra, hombres y dioses, y toda cosa elementada y pura uno con otro a la muerte veniessen, por que rastro humano más no quedasse. Carón, Cérvero, Rhodamante y Minos, furiosos monstruos: el vuestro palacio sea destroçado. Vulcano, la tu herrería te encienda. Palas, con el río Pegaseo y sus hermanos, sea destruida. Estrellas errantes y fixas, cuerpos superiores, potencias apartadas, spíritus altos y baxos, todos estéis sin paz y holgança. Descomulgada sea la tierra, si más fruto produxiere. Maldita sea el agua. E tú, fiero Neptuno, en tanta miseria os pueda yo ver, que ni a vosotros ni a otro podáis socorrer. Las casas del Zodiaco todas vayan al suelo, el universo esté siempre sin orden.

»Cruel raíz, que en tierra nasciste. Hembra enemiga, fruto maldito, ¿por qué me encadenaste?»

Entre aquestas queexas oyo a Ginebra que dize:

«Dulce ni amargo no te aprovechará.»

«Socórreme, señora, y permite que en la presente llama me pueda encender, de forma que acabe mi vida. Ya por ti mil vezes soy muerto, y agora siento doblada muerte.»

Fenecidas mis crudas palabras, besando abraço la hendedura. E siento una pequeña boz que dize:

«¡Oh cuánto es loco quien amenazando piensa alcançar mercedes!»

«Señora, a mí mesmo condeno y maldigo porque en tan adversa suerte sea nascido.»

GINEBRA.—Tal fruto meresce quien assí siembra.

Peregrino, mudado el estilo, humanamente suplicó a Ginebra le quisiese escuchar.

Capítulo CVI

«¡Oh Dios! ¡Oh señora! ¿Cuál ley en el mundo es tan mala, bárbara y cruel, que permita la pena antes de la sentencia? ¿Adónde está tu dinidad, tu amor, tu gratitud, tu gravísimo juicio, tu discreta razón, que primero me condenas que me oyas? Aún no entiendo la acusación, y tú me privas de la defensión. Primero me escucha, y después en tu mano está de darme la vida o la muerte. Preso y atado soy en tus fuerças. Por la sentencia que me juzgares estaré contento y callado. Pero hazme primero dino de tal audiencia que sea demostradora tanto de tu resplandor y de tu clemencia, cuanto de mi pecado, por que sepa cuál desculpa es la que se ha de hazer por mí.

»Señora, el ser constante y firme es dino de loor, pero el estar duro y obstinado siempre fue de poca honra, porque procede o de inorancia o de malino ánimo. E lo uno y lo otro es dañoso y odioso. No te demando que me mandes entrar, sino que tengas tanta paciencia que podamos limpiar nuestras intenciones, porque no son nuestras opiniones tan divinas que por humano juicio no se puedan engañar. Mira la hebrea y casta Susanna, ingratamente acusada y al público fuego traída. Obrando la limpieza de la verdad, mereció ser salva y los falsos acusadores pagaron las devidas penas. Aquestos tus arrebatados juizios son del santo bivar la última caída. Aqueste vuestro estado, muy ligero a creer y de escuchar el mal curioso, contraría a Dios y al mundo, y a toda sana conciencia. No busques de pervertir el tan gran amor, porque quien inflamadamente supo amar cruelmente sabrá aborrescer.

»Siempre te fue fiel, y mis servicios con liberal voluntad has experimentado. ¿Por qué sin causa y tan sin razón me desechas?, ¿qué te daña con mansedumbre y paciencia, narrar tus quejas? Y no desprecies mis desculpas: yo soy tuyo, y tuyo quiero morir: conserva en vida aquesta ánima, de la cual tú eres más señora que yo mesmo.»

Ginebra reprehende a Peregrino del vicio de la simulación.

Capítulo CVII

«Peregino, si yo creyese que tu corazón careciesse del vicio de simulación y de dessimulación (como siempre he hecho), a tus plegarias me inclinaría. Mas porque heziste un hábito que salvo a engañar a otra cosa no atiendes, será mayor prudencia el estar de ti desviada que llegada. No soy tan nescia que no sé que cualquiera sigue lo que le es mas propio, natural y conveniente. Y aquesto presupone siguiendo un sujeto del cual desviarse sería una gran maldad.

»Los guerreantes huélganse con la militar disciplina; los estudiosos, con la doctrina de las letras; los poetantes, con el dulce y alto estilo; los historiadores, con el mucho conocimiento de las cosas. Los falsarios y traidores tienen por deleite y descanso la astucia de Ulisses, la traición de Eneas y de Antenor. Bien sé que en la escuela de aquestos eres nascido y criado, pues que tus manifiestas maldades encubriendo, perjurando, maldiziendo, suplicando, penando siempre dissimulas.

»Harto te deviera bastar la primera y tan áspera ofensa sin multiplicar más en el mal, porque toda la culpa, sin excusa alguna, redundaba en mí. Y bien sería del verdadero sentido agendada cuando a tus palabras diesse fe. Escuchar tus razones me da no pequeño dolor, por la memoria del mal pasado y consumido tiempo. Pero si de aquel primero amor centella alguna te queda, yo te suplico en aquella paz en la cual tu desleal amor me ha traído me dexes reposar. E si por mí no soy suficiente a alcanzar tan gran don, yo te ruego y conjuro, por la luz de aquella a la cual con tanta congoxa diste el vínculo primero de nuestro amor, que ayas de mí compassión y no procures con más astuto ni secreto ingenio mi muerte, la cual si te fuere grata, libremente me lo di, por que más convenientemente lo proveeré, pues que a Dios y al mundo y a mi cruel suerte no plaze que con mi contentamiento y honra pueda más bivar.»

Oídas las ásperas y enojosas razones, no de otra manera, triste y congoxado, quedé que el hijo de Laumedón cuando, sin pensarlo, sentió el fruto del fengido cavallo, el cual a la vida y a la tierra dio el último fin. A la hora, algún tanto aplacado, assí le respondí:

Peregrino se ofresce a cualquiera tormento, solamente por alcançar la verdad. E agora se enoja y agora se aplaca. Y tuvo pensamiento, viéndola tan endurecida, de quererla matar.

Capítulo CVIII

«Señora, pues que Dios y Natura te han dotado de tan alto ingenio, y entre nosotros hasta agora ha sido todo común, ¿por qué eres así escasa de palabras a hazerme entender la causa de aquesta tu mortal indinación? Emos consumido un mar de razones sin provecho. Mucho mejor fuera despenderlo en más utilidad para satisfacer a nuestro devido amor, salvo si con aqueste fengido enojo no buscas de quebrar la amorosa cadena. Lo cual, si así fuesse, con menos rodeos se cumpliría tu desseo. E si otra cosa no te detiene, excepto mi ofensa, dexa aqueste pensamiento, porque estás muy desviada de la verdad. Yo me ofresceré a todo extremo peligro, porque consciencia justa no rescibe temor. La falsa nueva presto se amata, y las cosas venideras ligeramente por las presentes se pueden comprehender. Mira si algún tiempo te hize traición ni cosa que se me pudiesse reprehender.

»Si siempre te he sido fiel, ¿por qué devía al presente certificado de tu amor hazerte tanto pesar? Señora, no es possible que la vida humana pueda passar sin ser tocada de las ponçoñasas lenguas y muy cruel ladrido de los pestíferos ingenios. Por ende, no debes mirar a lo que se dize, pero a lo que se haze, y con qué coraçón, y por qué causa, y en qué condición de tiempos. ¿Cuál hombre, perdido y del todo loco, se avría puesto a tantos peligros como yo he hecho por perder tan largo servicio? Si tú perseveras en aquesta rebelde voluntad, conviene o que de nueva llama estés encendida o de muy grave ingratitud notada, lo cual repuna a tu natural humanidad.

»Señora, el verdadero amor subjétase a la paciencia. La Natura, piadosa, discreta y benina, de pasión y furor nunca se vence, porque no ay cosa en el mundo que más turbe el verdadero juizio que la turbación de la ánima, la cual priva al hombre de la honra y de la vida. Por ende, despide aqueste ábito, temprá la crueldad, modera la dureza, abraça la mansedumbre, considera aquella clemencia que a vosotras es muy conveniente. E aplaziblemente oye lo que no te puede ofender: si yo te uviesse enojado, ¿qué harías cuando servida, honrada y adorada te queexas? A esta

tu delicada persona, con tu juvenil edad, ¿cómo le es tan dificultoso el escuchar? Si tú crees a un falsario, ¿por qué no oyes a quien su falsa acusación niega? E si das fe a un engañador, ¿por qué eres cruel y dura a uno que siempre contigo habla verdad?

»Cree, señora, que el verdadero Amor no sabe mentir. Si me preguntas, no te negaré no solamente lo hecho, pero aun lo pensado, porque bivo con solo pensamiento de servirte y obedescerte. Pero porque crees tanto de ligero, vas detenida en hablar adonde no es menester. Aquesta maldiziente imbidia, aquesta raposina astucia, con la malina natura, siempre dispuesta a mal hazer, finge y comenta mil fraudes y engaños por desterrar nuestro amor, y después, tú duermes a ciegas. Por ende, conviene de ser avisada en no dar oídos a todos. ¿Quieres tú que por relaciones falsas las fatigas de tantos años se las lleve el viento? Y después, si alguna cosa onesta interviniesse, sería de alguna escusación dina tu ira, la cual es más fundada en apetito que en razón. Mas si has deliberado de dexarme, usa de otros más convenientes y onrosos medios.

»Bien sé que vuestro género, por su variedad no sufre que cosa alguna aya de durar. Responde si quieres humildemente amar, y piensa que es triste la vitoria que de la razón se desvía. A mí poca pena me da que de tu opinión quieras ser vitoriosa. Más bien me duele que en tierno corazón y contra toda razón se impriman semejantes ábitos: creer fácilmente, consentir a las mentiras, el ser porfiado... son manifiestas señales de persona no discreta.

»Por ventura piensas con tanta dilación esperar el nuevo día, por que compelido de nescessidad sin otra respuesta me despida de ti. La despedida te engaña: primero padeceré cualquiera violenta muerte, porque soy cierto que la divina justicia, que siempre a los inocentes fue igual y favorable, no permitirá que sin razón sea desechado. Que cuando fuesse, tú llorarías en ausencia lo que desprecias en presencia.

»Cruel, ¿qué me aprovecha con tanta ansia averte amado? ¡Triste! ¡Si no fuera nascido, fuera la leche ponçoña por no sentir aquesta pena! Los otros de su amor resciben plazer y alegría y yo, amando, de desventura y miseria sostengo mi penado corazón. Señora, ¿por qué en ti mesma te encrudelesces? Tú perviertes la orden de tu muy gentil naturaleza, que para amar parece que te engendró. Dime: si me pierdes, ¿qué crees de ganar? Acuérdate que mayor bienaventurança no ay en el

mundo que tener un fiel amigo. ¡Oh resplandor de hermosura, oh sol relumbrante, oh corona de las mugeres!, ¿por qué tan vilmente persigues a quien con tanta fe te ama?»

Fenescidas las palabras, sin otra licencia de mí se despidió. Yo, que no buscava sino la muerte, entre el trabajo de la ánima y del cuerpo asentado, abaxo mis flacos ojos en profundo sueño, por que algún criado de casa contra mí ensobervecido me privasse de la vida. Estando assí, sin moverme, esperé el fin de la noche. Después de ya despierto, siento hazia mí venir por la cámara a una que creí ser mi bienaventurança, y llegada secretamente a la puerta, la abrió. Y con sossegada boz de dentro me metió. Ya era salida la hermosa luz, assí que el paramento que la dichosa cama cerrava era desviado, por lo qual me fue concedido de ver la dormiente deesa, y por mi salvación fue depositado en la propincua estança, que por temor de no despertar a Ginebra la dexaron medio abierta. Cerrado primero bien, estando pensativo y lloroso, al fin vencida mi paciencia, todo enfermo del cuerpo y de la ánima congoxoso y de buen consejo privado, convertido el amor en desdén, tomo mi agudo puñal, guardada la hora del dulce reposo.

Viendo a la señora sin sospecha sus miembros reposar, industriosamente entré en la cámara, por sangrentar mi cruel mano de aquella puríssima sangre. Desviado el paramento de aquella casta cama, veo a la hermosa dama hermosamente dormir. Y era de tanta luz aquel divinal rostro, que reverberado en el cuchillo encendía tal resplandor que ni mayor ni tal nunca conosció Phebo. Temorizado y espantado de tan gran divinidad, hecho pobre de corazón y rico de temor, quasi muerto caí en tierra. E quise de tanta osadía con aquel mesmo puñal tomar la devida pena, y assí lo hiziera si de la temblante mano no se me cayera.

Temiendo que despertasse, secretamente salí de la cámara. Y mudado el espíritu en mejor parte, en mi particular estança sin ser visto me retruxe.

Ginebra, creyendo que Peregrino era ido, hablava d'él con Astana, y bueltos los ojos, vio el lugar adonde estava.

Capítulo CIX

El pronunciador del alva ya denunciava la rosada mañana y las regozijadas aves por el jardín hazían dulces cantares, cuando siento a mi señora con muy humana pronunciación que dize:

«Astana, ¿qué fin tuvo el señor?»

ASTANA.—Creo que triste y malo.

GINEBRA.—¿Por qué?

ASTANA.—Sentíle ir su camino sospirando.

GINEBRA.—Suyo fue el pecado, suya sea la pena.

ASTANA.—Deviérasle de escuchar.

GINEBRA.—Las cosas manifiestas no han menester prueba.

ASTANA.—Pues que assí te plazze, tiempo es ya que te conformes con el querer de tu madre, pues del todo estás desviada de Peregrino, al cual has satisfecho como él mereció. Si tu opinión era de poner fin a tan grande amor, ¿a qué le escreviste?, ¿a qué le diste audiencia?, ¿a qué le ponías en manifiestos peligros?, ¿que aprovechó escandalizar a ti mesma sin efeto alguno? A las vezes, el mucho saber es un dexar de saber. Ya de oy más conviene salir d'esta práctica.

GINEBRA.—Pues que en baxo del cielo no hallo cosa fiel, mucho mejor es deresçar las velas a otra parte.

ASTANA.—Siempre tendrás próspera fortuna.

GINEBRA.—Para mí ni ay Dios en el cielo ni Fortuna en la tierra. Para mí es muerta piedad y honra.

ASTANA.—Bivir conviene.

GINEBRA.—Sí, a quien bivir puede.

ASTANA.—Más te daña la opinión que la verdad, la cual devieras de aclarar.

GINEBRA.—Uve vergüença de tanta traición.

ASTANA.—Aya vergüença quien lo haze, y no quien lo sufre.

GINEBRA.—No supe pensar por dónde le entrasse.

ASTANA.—Ni yo menos. Preguntáraselo.

GINEBRA.—Tanto solicitará la vía, que dexará la vida.

ASTANA.—Será por tu culpa.

GINEBRA.—El daño será suyo.

ASTANA.—Tibio fue vuestro amor, según parece por estas tus palabras, que son claras y manifiestan el secreto corazón.

GINEBRA.—¿Para qué me acuerdas de lo que no ay esperanza?

ASTANA.—Luego tú no tienes confianza del prometido matrimonio...

GINEBRA.—A buen tiempo: está ya el otro casado.

ASTANA.—Muy fácil eres a creer lo que punto de verdad consigo no traya.

Hablando y replicando, salió de la cama vestida de una faldrilla de damasco blanco, con unas tiras de raso carmesí: parecíame ver la magestad de Júpiter. De mucha tristeza lleno, cuando contemplava tan gran belleza, todo me recreava. Vi aquel divino cabello, más resplandesciente que oro, con tan gran resplandor que al Sol quitara la luz. E los colorados labrios en tan gran fuego me metieron, que todo el mar océano matar no lo pudiera. ¡Oh celestial y omnipotente Dios!, ¿qué cosa ay en el mundo más linda que aquesta? ¡Oh dichoso, fausto, oh próspero día, venga a ver quien quisiere beatificarse! Robado está el consistorio celestial, Júpiter llora, Mars se duele, Mercurio se quexa, Hércules es hecho impaciente. Todo el soberano reino grita y clama.

Estando assí, y remirando acá y allá, vi con ledo semblante reír a Astana. Y demandándole la causa de tan onesta risa, respondió Astana:

«El Sol, ¡mira al Sol!»

Y con los ojos le dio a entender el lugar adonde yo estava. Cuasi en vista algún tanto turbada, hablando assí con ella, hazia mí dixo:

«De lealtad no es razón de disputar con traidor. Si tú no pones fin a esta tu arte, fácil y justamente en muerte caerás.»

A la hora, sin ser preguntado, le supliqué se quisiessse assentar y con paciencia escuchar. Cerrada la puerta, en aquestas palabras suelto mi lengua:

Ginebra y Peregrino se retruxieron en varios razonamientos.

Capítulo CX

«Cuando de la passada fortuna a la presente y triste y desdichada hago comparación, entrañablemente me congoxo. ¡Oh cuánto eres ciega y mudable, Fortuna, que a los malos enxalças y a los buenos abaxas! Una vez por tu honra veniste a juicio y, vistas tus obras, vegonçosamente huiste. A cuántos generosos y excelentes hombres con aquesta tu variedad y poca consideración has manchado y de la memoria de gentes raído. Cuántos traidores y malvados hasta el cielo han subido. Mira, cruel, que nunca pecó mi limpieza, ¿por qué sin razón me privas de tanto bien? Mira a cuántas penas y incomportables trabajos me has ofrescido, y aún estás hambrienta y de perseguirme no cessas. Amata una vez tu ira y recuérdate de tu estado. Si eres mísera, cualquiera te rehúsa; si grande, embidiosas te angustian. Assí que siempre, agora con embidia, agora con desprecio te hallarás.

»Pues, ¿por qué no te conociendo a ti mesma eres causa de tantos males? Otórgame a que pueda gozar en paz y con tu honra de aqueste celestial bien que a todo otro sobrepuja.»

GINEBRA.—Peregrino, no menos desatináis vosotros los hombres que hazen las mugeres. Pues que de todas vuestras obras la culpa y la honra atribuí a la Fortuna, la cual para con prudentes varones es ninguna. E todos aquellos que han hablado de la generación y corrupción de las cosas humanas nunca hizieron mención de aquesta materia. Paresce conveniente a quien quiere escusar sus yerros atribuirlo a algún forçoso y no conocido principio, por mostrar de no aver de voluntad pecado. Tú has de saber que de todas las cosas es una causa determinada, de la cual procede todo nuestro principio, medio y fin.

PEREGRINO.—¿Pues luego Dios ordenado tiene que siempre aya de penar por ti?

GINEBRA.—Peregrino, la primera materia es aparejada a recibir igualmente los dos contrarios que le son naturales. ¿No crees que de una mesma causa puedan proceder dos efetos contrarios que obren en un mesmo sujeto?

PEREGRINO.—No lo creo.

GINEBRA.—Pues mira el exemplo: Dios es solo y es suma bondad, de la cual procede todo el bien y el mal que tenemos. He aquí dos contrarios de una causa. Nota el segundo: por la lluvia cresce y corrómpe se lo sembrado, y es una mesma agua. Para hablar una cosa fuera de razón, es hazer mención de la Fortuna, la cual con nosotros no es comunicable.

PEREGRINO.—Señora, según veo mucha Philosophía entiendes.

GINEBRA.—Peregrino, según yo alcanço, tú eres un traidor. E si tú ordenasses tu vida en virtud y templança, no tendrías ocasión de condenar a Fortuna ni a otro. Bien te puedes quejar de tu dañada consciencia y de la poca estima que hazes de la honra ajena. Ruego a Dios que aqueste sea el primero y postrero loor que a ti y a tu linage se pueda atribuir: de aver engañado a una donzella, tanto de ti quanto de su honra enamorada.

»Si tú perfetamente uvieras amado y fielmente guardado la fe, no estarías en tantas congoxas de espíritu (aunque creo que sean fengidas) y yo sería libre de aquesta pena que, al fin, de tan triste vida me ha de apartar. Vosotros sois una gente sin fe que, cuando de otra manera no os podéis escusar ni rehuir, todo lo apropiáis a la Fortuna, a la cual por vuestra flaqueza adoráis por celestial deesa. Y después, en efeto, no es otra cosa que sueño.

»Tú crees con aquestas tus suzias burletas de satisfazer al tan gran cometido pecado. Si fuesses muerto, sería a Dios y al mundo un verdadero sacrificio, por limpiar la tierra de semejantes monstruos, que corrompen el universo. Agora mira qué rostro conpuesto a todas las traiciones, fengidas lágrimas, palabras de dos lenguas, sospiros de niño. E quiçá que el mal hombre no finge un gran dolor, por dar color a otra mayor traición. Sea testimonio de tu quebrada fe el sagrado lugar, la ara y Dios, que eran presentes cuando la fe me tomaste. E si a Dios has sido mentiroso, bien sé que a mí no serás verdadero.

»No es mayor infamia que daño el conversar contigo. Por ende, sería tu honra que no corrompiesses la blancura y limpieza de otro, porque, a la fin, la vida te será escassa.

PEREGRINO.—¡Oh don celestial, oh cosa muy desseada, oh soberano contentamiento, jamás de ninguno tan esperado, quanto sería verme o sentirme por tus manos o en tu presencia muerto! ¿Qué esperas?, ¿qué tardas?, ¿a qué te detienes?

Yo soy el culpado, reo y traidor. Señora, he aquí el puñal y la carne con él. Yo te ruego, por aquella piedad que al cielo rige y gobierna, yo te suplico por tu pasado y venidero consuelo, me prives de aquesta mísera vida, pues que me parece que de aquesto huelgas. E si no quisieres ensuziar tu divinal mano con la sangre de un triste hombre, el tiempo, el lugar y la razón te deven combidar a tener de mí aquella misericordia que conviene a tu angelical presencia.

»Mira, señora, cómo se consume mi vida. ¿Por qué eres assí cruel? Mayor compasión tiene enemigo de su enemigo que tú hazes de mí. No sabes tú de cuánta dinidad sea la clemencia, que con Dios tiene gran conformidad. Acuérdate que eres muger, antes diosa y mi señora y singular defensora. Agora vença la humanidad y huya la malicia.

GINEBRA.—¿Qué avía yo merecido, oh Peregrino, que assí me avías de vender?

PEREGRINO.—¿En qué?

GINEBRA.—Pues tú lo has hecho, ¡tú lo debes saber!

PEREGRINO.—E si tú lo callas, ¿cómo lo sabré yo? Créeme, señora, que por dudoso camino no se deve caminar.

GINEBRA.—Cámara abierta de ladrones no está segura. Conviene ser fiel, secreto y callado y conservador de las cosas que fueron de otro. No tenías qué pudiesses dar a tu muy amada esposa Cinthia sino el cinto que fue de nuestro amor tan gran principio: embiásteselo los días passados por Pithias, su criada. Yo lo vi. Las palabras escuché, junto con tu embaxada. Biva es la que lo llevó. No sé más. Sé bien que no lo heziste por pobreza, pero por apartarme de mi contentamiento.

PEREGRINO.—Señora, porque la memoria muchas vezes nos engaña, conviene al desacordado escuchar con paciencia. Acuérdesete que la otra vez, cuando Amor en uno nos juntó, que hablando del cinto y del nuevo atavío, codiciosa de verlo, lo tomaste en la mano y después lo pusiste sobre tu cama. Razonando entrambos, sobrevino tu madre, Anastasia, la cual entró y habló contigo reprehendiéndote. Y también se maravilló de verte a tal ora muy ataviada. Claro es, que viendo el cinto que tú le avías negado, que secretamente lo llevó. Después ha fengido aquesta arte por poder más ligítimamente quebrar nuestro amor y querer hazer de ti otro mercado. Tú sabes bien que no es todo mentira lo que de muchos se dize. Después que te dixo

que te tenía prometida en casamiento, no te he visto más para hazerte saber la fe que me diste.

»E si bien lo considerares, todo hallarás que yo soy vendido de ti y no tú de mí. Ya de oy más sabes claramente la culpa no ser mía. Y por si tu carta lo entendiera, no fuera menester tanto trabajar. Por cierto es una gran disconveniencia sin causa alguna querer quebrar la amistad y desinfamar a Amor. Bueno sería que fueses mas avisada. E mayormente en las cosas adonde ocurren tantos peligros.

GINEBRA.—Las rezias passiones las más de las vezes vencen la virtud. Fue sin pensarlo salteada de mi madre (como más distintamente de mí has sabido) del nuevo matrimonio, al cual, por aver rehusado, estoy adonde tú vees. Y si peor no me fuere, yo me podré contentar. Después, ver el cinto en manos de Pithias reziamente me alteró. Assí que a la indignación la memoria dio la vitoria, y echó en olvido de lo que primero se avía de acordar. Por tanto, perdóname y no atribuyas lo passado a ninguna malicia, ni por desseo de querer buscar cuestión contigo, el cual siempre delibero que seas mi superior. E más me pesa de tus enojos que de mis trabajos, a los cuales, siendo tú fiel, pondremos fin.

A la ora, con breves palabras y con una alegre vista, me puso en mayor amor y plazer que nunca avía hecho, cuando mirando me dezía:

«¡Oh mi Peregrino! Cuán dulce y amargo nos ha sido el gusto de aqueste nuestro amor. Miremos que el presente dulçor no nos traya en alguna grave amargura.»

Mi respuesta fue:

«Señora, ya estoy recreado por la certenidad de aqueste engaño.»

Levantada en pie y yendo hazia el jardín, con aquellos celestiales ojos y muy preciosa lengua me fueron dichas ciertas razones que a Júpiter del reino y a Plutón de su escuro palacio uvieran privado. Después de ida, por Astana me fue traído el verdadero conortador y gran provocador de Venus con un dulce manjar que el mayordomo de Júpiter ni mayor ni tal nunca le aparejó. Renovada la memoria de mis ansias y penas con Astana, muchas cosas me contó que fueron gran consolación de mi vida.

Amatada la hambre de los míseros amantes, cada uno a su lugar se bolvió. Ginebra con muchos plazerres, risas y hablas passó gran parte del día. Vencidos los

ojos de mucho velar, deliberamos tomar algún tanto de reposo por poder restaurar el noturno cansancio. Ella en la cama y yo asentado (pero devisos de la cámara), descansávamos.

No avíamos mucho estado, cuando siento a Ginebra que dormiendo y soñando, con quebrada y temblante boz decía:

«Peregrino, ayúdame.»

Y parecía toda congoxosa y cansada, que si Astana no la despertara, era más segura de muerte que de vida. Levantada del sueño, los ojos en tierra, temORIZADA, maravillada y toda espantada, con gran ansia vino a mí y así me dixo:

«Parescíame que estaba en un jardín de nuevas yervas y flores revestido. Y solazando por aquella verdura, con los pies descalços pisé una sierpe, la cual, doblada la cabeça con la cola, con tanto amor me halagava, que parecía que me demandasse socorro. Hecha por mí osada y piadosa, con ambas las manos la tomé. Y temblando y medio biva por el frío, la puse entre mis aforros, por que rescebiesse beneficio de mayor calor. Y como en sus entrañas se metió la natural calor, palpando y lamiendo todo mi cuerpo, con la cabeça se echó sobre la parte del corazón y aplaziblemente estendiendo la cola, toda me ceñió. Así que en mi facultad no era poderme mover. Parescíame de querer cojer entre las pungentes spinas una olorosa rosa cuando con los dientes cruelmente me mordió. E por el gran dolor caí en tierra.

»Después de algún tanto, vi venir hazia mí una nao que andava alrededor del mar. De más de la representación no tengo memoria. ¡Ay triste, en cuánta amargura fue convertido el dulçor de la recreada sierpe! Peregrino, una tu fiel amonestación me será un gran refrigerio.»

PEREGRINO.—Señora, conviene que seas de rezió y constante ánimo, y no espantarte de nuevas ficiones de sueños. Porque allende de lo que las imágenes del reposo del día nos traen, también las nocturnas vissiones las más de las vezes pronuncian contrarios efetos. Y acontesce que el verse herido y maltratado es señal de su venidero gozo. El ver fuego o cosa caliente es señal de cólera. El ver agua, flegma. El llorar y morir es sinificación de una provechosa dicha. El hartarse de cosas dulces y andar en deleites, manifiesta tristeza de corazón y flaqueza del cuerpo. Ruégote que dexemos, oh dulce mi señora, aquestas falsas imaginaciones, e atendamos a las verdaderas, que real y efetualmente nos pueden en uno alegrar.

GINEBRA.—La mordedura ha sido de tal suerte, que más presto la juzgo por señal de muerte que de vida. Hércules, prudente astrólogo y por medio dios tenido, de su visión fue solícito hasta en tanto que le acaesció lo que avía soñado. Pharaón, rey muy poderoso de Egipto, para declarar su visión convocó todos los agoreros, adivinos, astrólogos y los más famosos hombres que en aquel tiempo pudo hallar, y después del mancebo, verdadero y adevino, Joseph supo la verdad. Assí que mostraron tener otro fundamento que vanas ficiones. Por ende, ten por bien de declarármelo, por que la llaga, prevenida y bien considerada, menor daño nos traya.

PEREGRINO.—Señora mía, negar absolutamente la visión del sueño sería un abominar las cosas sensitivas, porque no ay hombre que, a las vezes, de las cosas soñadas no aya visto y comprehendido alguna verdad. E caso que las comprehensiones efetualmente no se vean como son, no dexan por esso de ser menos famosas. Y las cosas de aquella suerte de nescessidad conviene que sean verdaderas o en todo o en gran parte. Suelen dezir muchos que de aquestas comprehensiones, algunas sean visiones; otras, adivinaciones; otras, prophecías. Las primeras vienen de los ángeles; las segundas, de los spíritus; las terceras, de Dios.

GINEBRA.—Peregrino, con dilaciones consumes el tiempo, por esperar la hora de tu despedida, por que yo quede sin conclusión. Mas si me amas, dame aviso de aquesto que me ha acaescido. Y lo que alcançares que vendrá sobre mí, proveamos con alguna prudencia templar lo, lo cual se puede mal proveer, si primero no tenemos claro conoscimiento. Y sin respeto alguno me di, fiel y osadamente, lo que de aquesto sientes.

PEREGRINO.—Señora, diversas son las species de aquestas visiones.

GINEBRA.—Tú respondes al que pide y no a lo pedido: házesme adivinar alguna desdichada cosa. E si perseverares en aquesta dilación, reputarme he por mal satisfecha de ti.

PEREGRINO.—Señora, a las vezes somos temerosos sin causa. Y aquesto acaece por un humor malencónico, el cual por no saber discernir lo que se le representa, véncese de la imaginación. Y por su alvidrío discurre agora acá, agora allá, sin alguna determinación ni conoscimiento de las cosas representadas. Señora mía, aún estás turbada y comovida por las passadas angustias. Por ende, no es maravilla si eres atribulada. La causa de la visión por dos maneras se puede

considerar: o de la demostración y sinificación de lo que sobre nosotros ha de acontecer, como fue aquello de Pharaón, por lo cual él pudo proveer a la venidera hambre del trigo; o que la visión sea sueño: y aquí es menester tener consideración a las cosas interiores y exteriores. Las interiores son dos: la primera se llama animal cuando aquello que largamente velando, si mucho es imaginado, se representa a la fantasía dormiendo; la otra causa es llamada corporal, porque de una interior disposición del cuerpo se puede formar un movimiento, el cual directamente conviene a la disposición en que se halla hombre dormiendo, como acontece cuando se sueña estar en agua o en yelo o en nieve: aquesto viene por los fríos humores, los cuales en aquella ora son señores de nuestro cuerpo. E aun también viene por los coraçones poco experimentados, que a las vezes se ahogan o se atemorizan adonde no es menester.

»Y por satisfazer a tu apressurado desseo, te declararé brevemente lo que importa la presente visión cuya interpretación es tal:

»El jardín florido es un lugar de tristeza. La sierpe que te halagava y mordía es una persona que mucho quieres, de la cual serás vendida. La nao que viste es que has de passar a un lugar no conocido y enojoso. La rosa entre las espinas es la devisión de un tan gran desseo. Yo de aquesto no entiendo otra cosa. Conviene que estés con ánimo alegre, porque podrá ser que aya procedido de algunos vapores no digestidos que te avrán ocupado los retretes del cerebro, los cuales fácilmente se resolverán en vano temor.

GINEBRA.—Siempre oí dezir que mayor verdad no ay embaxo del cielo de la que por visión es pronunciada, assí como de Joseph testifica la Escritura. E si assí fuesse, ¿qué sería de mí?

PEREGRINO.—Lo que tú determinares: en muerte y en vida siempre te seré fiel compañía.

GINEBRA.—Agora hagamos fin: quiçá serán vanas aquestas visiones.

PEREGRINO.—Assí lo avemos de creer, porque las cosas del alto Dios con tal orden son formadas, que por nuestro pensamiento ni largo trabajo no se mueven de su ordenança.

GINEBRA.—Por cierto, mucha gana tengo de saber qué cosa es aqueste sueño.

«Señora mía, ya de oy más de aqueste negocio emos razonablemente hablado:

proveamos a los casos que pueden acontecer. E si la adversa Fortuna permitiesse que fueses desamparada de suficientes medianeros entre ti y mí, por ti sola te podrías aprovechar de aquesta ventanica que mira hazia el jardín de Viante, adonde por un hilo colgarás tus cartas, a las cuales de noche y de día se les hará convenible guardia. No porque crea que te verás en tan extrema necesidad, mas porque sea aviso de un repentino caso.

»E también te diré qué es lo que siento: tu madre no es muger a quien le ha de pesar de tu provecho y honra, mas quiçá teniendo respeto a nuestros vandos, no estará de voluntad de complazerte en lo que claramente sabe que tú desseas. Bien sabes que sé que ella ha juzgado mi manera ser más conveniente a la tuya que ninguna de la tierra adonde bivimos. E si la pasión no la ocupasse, ya muchos años ella mesma se combidaría. Mi sentencia sería que le hiziesses alguna mención d'ello por Astana, pues que agora ella te tiene a su cargo, y creo que induziéndola con diestra manera, fácilmente se dispondrá a tratar la materia con Angelo, cuya voluntad, como fuere entendida, podremos después más seguramente proceder con menos temor.»

No desplugo el consejo a mi señora. Venida Astana a nosotros, y de nuestra voluntad informada, fuesse para Anastasia, y con gran secreto tales razones le dixo:

Astana, de consentimiento de Peregrino, cuerda y secretamente habló con Anastasia del amor de Peregrino y Ginebra, a fin de casarlos.

Capítulo CXI

«No te puedo, señora, en otra cosa más claramente mostrar³²⁸ mi servidumbre y obediencia que teniendo solícito cuidado de tus cosas, manifestar el secreto concebido, el cual con tanta congoxa procuras de saber. Según me parece alcançar (no de cierta sciencia, pero por algunas conjeturas) Ginebra demasiadamente ama a Peregrino. E con tanta firmeza y determinación, que primero sufrirá mil muertes que

³²⁸ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: mostrar *P*: mostrarte

juntarse con otro en matrimonio. Yo, considerando el hombre, la cualidad, el estado y renta, siempre lo juzgaría por el mejor de la tierra. Solamente le resiste el defeto de la antigua enemistad, el cual vicio, siendo de los passados, no deve redundar en daño de los inocentes modernos, los cuales biven cavallerosa y pacíficamente.

»Con mucho acatamiento te he demostrado lo que mi corazón por bueno juzga. Tú haz lo que te pluguiere, lo cual sea con comunicación de Angelo.»

Grave cosa pareció a Anastasia poder madurar aquello en poco tiempo que muchos siglos antes no avía podido calentar, y por el duro partido callando, después de algún tanto, assí respondió:

«Mucho holgaría que Dios y Natura uviessen dado otro corazón a Ginebra del que agora muestra, por que pudiesse más filialmente con nosotros conversar. E aunque al desseado fin llegasse, siempre se temería de la leal integridad. Assí que en todo caso se privará de nuestra presencia. Todavía, por que sepas que como madre la amo, luego lo hablaré a Angelo, y de todo le daré aviso, por que pueda deresçar a Ginebra a aquel camino que para ella mejor fuere.»

Entrada Anastasia en la cámara, tal principio dio a su razonamiento:

Anastasia de semejante materia habló con Angelo y no fue sin traición de Astana. Y tratóse cómo ausentassen en muy lexos tierra a Ginebra. E tornada Astana a Peregino, le dixo que luego a la hora se quería despedir de casa, de lo cual sentió tanta tristeza como si de su muerte fuera certificado.

Capítulo CXII

«Señor mío, Angelo, muchas vezes me ocurre a la memoria cuán flaco sea aqueste nuestro estado de mugeres, y mayormente en aquella edad adonde el fuego del apetito enseñoera a la razón. Por ende, con solícito ingenio se quiere resistir a todo aquello que el engañoso mundo podría aparejar. No te hago aqueste razonamiento porque justa causa de dolor me compela a hablar contigo, mas solamente por acordarte qué es lo que somos obligados por nuestra honra a hazer.

»Ginebra, si amor no me ciega, sin injuria de otras nobles damas se podrá juzgar por la principal en su conversación y onestidad. Ya de oy más es llegada a los años que más honra nos sería tenerla por vezina que en casa por hija. Y todos nuestros parientes y amigos no están sin maravillarse de tanta tardança. Por lo cual, te sé amonestar y rogar a que proveas de tal manera, que assí en hazer como en parescer te muestres sabio y discreto, porque no querría que por nuestra culpa fuesse añublada su buena fama.»

Angelo humanamente las oídas razones loó y alabó el ingenio y cuidado de Anastasia. Y después, brevemente, assí le dixo:

«Devido es al padre de dar la dote; a la madre, el axuar; a los parientes y amigos, el marido. Yo aquí estoy aparejado.»

Paresciéndole a Anastasia la respuesta ser satisfactoria, proseguió adelante:

«Tres días son que, yendo a missa, me habló mi prima en casar a Ginebra. Yo le respondí que tal desseo teníamos, con tanto que se hallasse cosa a nuestro estado pertenesciente. Y entre todos los otros cavalleros de la tierra, me alabó a un Peregrino por muy rico y de mucha honra. Yo te lo cuento: haz según fuere tu voluntad.»

Cuasi enojado, respondió Angelo que con todo el mundo sufriría vínculo de afinidad salvo con Peregrino, por ser de linage a linage muy firme enemistad. No pudo la liviandad de la lengua de Anastasia, sabiendo lo que le avía manifestado Astana, estar a raya que no descubriesse el inflamado desseo de Ginebra para comigo. No se encendió con tanta furia el hijo de Thetis por la muerte del amado amigo, quanto por aquella palabra hizo Angelo.

Y deliberó privarla de todo punto de la vida, pero después usó de mejor consejo: juntamente con Anastasia y Astana començaron a tratar de cómo secretamente la ausentarían en tierra adonde rastro d'ella no se hallasse. Establescida la orden, Astana bolvió a nosotros y mucho más de lo acostumbrado fue en su hablar templada. Començó a contar una cierta historia de quererse despedir de casa por conocer la mala voluntad de Angelo y Anastasia contra sí. No de otra manera nuestros coraçones quedaron traspasados que haría el padre cuando juntamente con

sus hijos se sintió encerrar en la torre que después el sobrenombre de *La Hambre* alcanzó³²⁹.

Yo, según que mejor pude, así le dixe:

Peregrino, lo mejor que pudo, aplacó a Astana, la cual tenía ya pensado de vender al uno y al otro. Y al fin, Peregrino con gran peligro salió de casa.

Capítulo CXIII

«Astana mía, siempre te conocí por fiel y discreta. E contino te tuve en possession que nos tenías mucha piedad y amor. Yo te suplico no nos quieras dexar en aquestos tan extremos casos, y pues que la haz de la tierra está ya de tinieblas cubierta, no me niegues aquesta merced de querer ser fiel guía para mi salida.»

Sin otra consideración me respondió:

«Ni quiero ni puedo, porque temo de los hermanos de Ginebra, los cuales estaban muy armados en la cámara.»

La mi señora, del cruel trabajo afligida, cayó medio muerta. Después, dobladas las fuerças así me dixo:

«Peregrino, ni más honrada ni más conveniente sepultura a nuestros cuerpos nos podría aparejar el muy alto Dios que es aquesta presente estança, la cual tantas vezes de nuestro amor ha sido fiel rescibimiento. Agora toma, si te paresce, essa espada y muramos.»

«Bivamos señora, y ten fe que yo te salvaré. Y acuérdate de quanto emos hablado.»

Salgo de la cámara y voy assechando todos los bullicios de la casa. Veo secretamente por una hendedura a Astana andar y tornar de Anastasia a los hijos, lo cual me fue indicio de mi muerte: ofender no puedo, rogar no haze al caso, amenazar

³²⁹ En Caviceo: «che facesse il patre quando una cum figlioli serare ne la torre se senti, che poi de la fama il cognome sorti» (*ed. cit.*, p. 228). Se trata de Ugolino, por lo tanto. No parece aventurado pensar que a Díaz (que modifica, eso sí, un tanto el enfoque del original italiano) le tuvo que ser en este punto de gran ayuda su profundo conocimiento de la *Commedia*.

no aprovecha. Buelto a Ginebra, le digo que cierre bien la puerta y aunque la llamen, no responda.

Estaba en el principio de la escalera un secreto retraimiento adonde me escondí. E apenas fue llegado, cuando siento a Astana llamar a los hermanos de Ginebra, armados, los cuales como subieron, cierran la puerta. E con mucha priessa llamaron a Ginebra. Ella callava, y el callar hizo indicio de alguna verdad. Después de abierta la puerta, entraron.

Y yo, sin otro consejo ni guía, abaxo la escalera y más ligero que viento, me puse en la pública calle. Y luego me retruxe adonde Achates, detenido, con la escala me esperaba. Estoy sin poder dar ni resebir alguna boz o salutación, pero con suspiros y lágrimas callando, le demostrava mi cruel desventura. Acompañándome con aquella su verdadera benivolencia, el mi Achates me esforçó a ser de varonil ánimo, porque a hombre esforçado no puede el cielo contrastarle, y es señal de imprudente y del todo efeminado por cualquiera pequeña pérdida despedir las fuerças:

«¿Y qué socorro crees tú poder dar a otro, cuando de ayuda y consejo estás tan necesitado?»

Después me convenció a que nos fuésemos adonde estar y hablar era seguro. Allegados a una calle no muy desviada de la casa de Angelo, embié a Achates que passasse mirando por la puerta de Ginebra, por ver si parecía por allí alguno. Tornado, me dixo estar algunos armados de dentro de la puerta, muy callados, los cuales parecían assechar a todos los que passavan.

Fuemos a la posada, y de todo le hize distinto razonamiento. Viéndome Achates en tanto temor de la muerte de Ginebra, reyendo començó a dezir:

«¡Oh qué piadoso hombre eres, pues de los hijos agenos tienes mayor cuidado que quien los ha engendrado! ¿E cómo te puede entrar en la fantasía que Angelo, hombre tan grave, sin otra certenidad quisiesse en su sangre encrudelecerse? ¿No sabes tú que es de prudente y sabio los defetos de su casa antes con ignorancia que con prudencia moderar, y mayormente adonde se haze mención de castidad? No te niego que si ovieras sido preso en casa, no uvieras dado las devidas penas. Mas pues que Fortuna por contracambio de tus fatigas te ha salvado, espera a saber el fin de la materia, a la cual según la nescessidad con onestos medios se ocurrirá. No te

fatigues, ni en hecho ni en dicho te muestres. Y haz que pueda más tu gravedad y templança que la sospecha vana de otro.

»¿Qué corazón crees tú que será el de ellos (si es verdad que has sido descubierto) cuando hallaren la cámara sin ti?, ¿y qué tal estará Ginebra cuando supiere de tu salud?, ¿y cuán osada será a la defensa de aquestas injurias.»

PEREGRINO.—¡Ay Achates, que la ausentarán!

ACHATES.—Bien veo que habla pasión y no tú, pues que te llegas antes a creer mal que bien. Mal sé yo hablar adonde razón no me lleva. Esperemos sus cartas, que serán demostradoras de la verdad, para ver lo que se pueda y deva hazer.

PEREGRINO.—Deliberado tengo de morir por ella.

ACHATES.—Uviéraslo de hazer cuando estavas en su cámara.

PEREGRINO.—No convenía a su honra.

ACHATES.—Menos lo debes de hazer agora, por tu provecho, porque mayor copia ay de mugeres que de vida. Si la pierdes, nunca la cobrarás. Más excelente don no podría Dios ni Natura dar al hombre que la vida. Por ende, conviene conservarla y guardarse para mejores tiempos.

Consolado algún tanto, me eché en la cama hasta el tiempo que el bullicio del día me despertó. Y ya levantado, junto con mi Achates razonando, me dixieron que la criada de Cinthia secretamente venía a mí. Movido de aquesta novedad, con humano y agradable senblante la salgo a rescebir y preguntole la causa de tan repentina y no acostumbrada venida. Algún tanto retraídos, assí comenzó a dezir:

La criada de Cinthia se presenta a Peregrino y le cuenta cómo, a ruego de Anastasia, dio el cinto a Cinthia.

Capítulo CXVIII

«Peregrino, espanto y temor me pone tu presencia, y temo de descubrir la alta traición contra ti ordenada y executada. Pero confiada de tu prudencia y generosidad de ánimo, la cual muy mejor que yo conoce la santa fe del secreto, todo lo que yo te contare te ruego que en el almario de tu fiel pecho lo quieras esconder. Y la simpleza

de mi narración te plega de remunerar con la firmeza de tu secreto. La fuerza del Amor y la deuda de la remordiente consciencia me forçaron de mostrarte todo aqueste negocio. E si en algo te juzgares ser ofendido de mí, con las manos puestas y las rodillas inclinadas te demando perdón.»

Maravillado de tan humilde subjeción, y juntamente aviendo compassión, pensando ser otra cosa, humilmente la levanté del suelo y la esforcé a que tuviesse buen ánimo, porque en mi corazón no estava cosa tan dura ni tan hecha de piedra que semejantes pregarias no la ablandassen:

«Con esforçado corazón y desembuelta lengua di lo que te plazze, porque antes a perdonar que a ofender me hallarás aparejado.»

Començó, llorando, a dezir:

«Yo soy aquella bova y simple hembra que llevé el cinto a Cinthia, no por te ofender pero por satisfazer a Anastasia, la cual con tanta instancia me rogó en el principio y en el fin. Y no entendiendo, salvo lo que parecía que redundasse en tu claro provecho, de voluntad lo hize. Y porque fácilmente de una tu servidora mi amiga podrías tener d'ello alguna noticia, quiero que sepas que no fue hecho a algún mal fin, por lo que a mí toca.»

Entendido ya todo, la embié con su simpleza. Y con la memoria ocupado, me voy al mi fiel consuelo, Viante, a la cual con todas las cosas que me avían acaescido vila salir fuera de sí mesma. Después dile el aviso de la orden que avíamos dado de embiar y recibir las cartas por el hilo. Fue contenta de aceptar el cargo de ser solícita veladora. Y si cartas algunas le veniessen a las manos, que luego me las traería, y si oportunidad alguna de tiempo se le ofresciesse de poder visitar la casa de Ginebra, lo haría con aquel corazón que avía acostumbrado.

Passada la tarde, fue echada la carta por el concertado lugar, y con gran secreto y amor me la truxo. Y era de aqueste tenor:

Ginebra, presa en la cámara, escribió una carta a Peregrino, la cual luego que la tuvo leída, llamó los espíritus errantes, entre los cuales le apareció Scipión Africano, y razonaron copiosamente de la ingratitud.

Capítulo CXV

«Peregrino, no fueron tales Ulises a Dolona, ni el vitorioso griego a la cativa Andrómacha cual era contra nosotros el malvado pensamiento de la traidora sierva con Anastasia. Mas el justo y alto Dios a tan gran crueldad ha quitado el poder, yo no quedo menos consolada de tu salud que atribulada de mi trabajo, el cual por muerte o por larga ausencia fenecerá, si por morir esperarte he en aquel lugar adonde sin sospecha nos podremos consolar, y a do faltare la vocal pronunciación, la inteligencia mental suplirá. Si por depositarme en lexos tierra, do el fuego estuviere no se podrá largo tiempo encubrir.

»No te fatigues, porque toda tu solicitud me dará mucha mayor pena. Dexa hartarse el Cielo, el cual por ventura para mejores usos nos guarda. Con secreto y afligido corazón derramo a Dios aquellas humildes plegarias que hazía la desconsolada Daphne. Pues que más no puedo ni valgo, no creo por aquesto de ser en tanta rebeldía para con Dios, que biviendo no crea la servil ingratitud dar las devidas penas y juntarnos a nuestro desseado fin, en el cual pensando nos consolaremos y biviendo alegraremos.

»E no ay cosa más conveniente a gozar de la vida beata que sea el olvido de las rescebidas injurias, cuya vengança sin pasión de la ánima se quiere reservar a tiempos más convenibles y dispuestos. E quanto más dissimuláremos, tanto más fácilmente vendremos poseedores del bienaventurado gozo. Queda con Dios acordándote siempre de mí.»

Leída la carta, un frío sudor todo mi cuerpo bañava, de forma que, no pudiendo sufrir el trabajo, me retruxe en la acostumbrada estança y solo, gritando, comienço a dezir:

«¡Oh ánimas de aqueste mundo passadas! Si alguna de vosotras fue tocada de aquesta ingratitud, véngase para mí, porque a los míseros es gran refrigerio el ver a otros de semejantes passiones afligidos.»

Parescióme sentir por el silencio del tiempo los hijos de Astreo pelear juntos: tanta fue la multitud de los que venían. Una sombra más humana y resplandesciente que las otras me llamó por nombre deziendo:

«¡Oh Peregrino, con gran razón te queexas! Semejante causa a muchos antepassados ha hecho penar.»

A la ora (aunque medio muerto), tornado en mí, digo:

«¡Oh ánima vagante!, ¿cuál piedad te hizo que a mis lamentaciones tan presto veniesses? Dime, por cortesía, cuál es tu nombre.

SCIPIÓN.—Yo soy aquel Scipión que a mi patria, después de las innumerables fatigas y adqueridos triumphos, los huessos negué.

PEREGRINO.—¡Oh de reverencia y gloria digno, oh espíritu eleto! ¿Cómo me heziste merescedor de tanta merced? Y si mi demanda no es simple, ¿cómo andas vagando por aqueste nuestro hemisferio? Porque tu alta manera merescería en el soberano coro de Júpiter la primera silla.

SCIPIÓN.—Fue por satisfacer a tus umildes oraciones. Y porque el tiempo es breve, cercena tus hablas. Mas dime, ¿por qué demandaste antes de nuestro aposento que de otro?

PEREGRINO.—Por tener más fiel compañía. Más bien, querría saber cómo tan sin razón fueste desterrado.

SCIPIÓN.—Después de muchas batallas vencidas, la patria librada, los enemigos sujetos y las muchas gentes bueltas tributarias, la universal señora de todos los señoríos, por honrarme de su acostumbrado premio, entró en el senado. Y de allí no salió primero que noblemente me satisfiziesse.

PEREGRINO.—¡Ay Scipión, qué cosa tan cruel! ¿Qué universal pestilencia es aquesta, qué cosa tan inhumana y terrible? Por Dios, su nombre no me le niegues.

SCIPIÓN.—Es Ingratitud.

PEREGRINO.—¿Qué hábito es el suyo, y qué gracia, y cuál dinidad?

SCIPIÓN.—De presencia excelente y real, de elocuencia suave y elegante, de hábito onesto, pero de infinitas colores, grave en andar, de costumbres adornada, de

piEDAD venerable, a misericordia, al parecer, muy aparejada, después astuta, sagaz, sabida, lo secreto de mil manchas teñido. Destruidora sin respeto de persona alguna. De aquesta no ay tan sabio ni prudente que se pueda guardar. E quanto más hombre es mirado, solícito y curioso y fiel, tanto más fácilmente cae. Mira a Furio, Coriolano, Pompeyo y César el dictador; y con los estrangeros Licurgo, Theseo y Haníbal.

»Discurre por todo el mundo, y verás manifiestos exemplos: toda la Europa, toda la Asia, toda la África debaxo de su estandarte bramando se quexa. Su espada a persona de merecimiento no perdona. Considera a Catón, Tulio, Séneca el Moral y al poeta Lucano. Discurre las historias: hallarás a Sócrates, Solón, Platón, Aristótil, Melciades, Aristides con Phoción. Todos de aqueste fuego son abrasados.

PEREGRINO.—¿Hállase quien esté en su gracia?

SCIPIÓN.—Falsarios, traidores, malos y pusilánimos.

PEREGRINO.—¿Adónde mora?

SCIPIÓN.—El aire y la tierra y el mar: imperios, reinos y estados, señoríos altos y baxos florecen de aquesta. No se entiende en labrar otra cosa, no se estudia en sembrar otra semiente. Todos en cogerla trabajan. Aquesta es la que tiene por dios el falso mundo. Aquesta es su gloria y su honra. Sin ella no es concedido el bivar. De aquesta malvada proceden todas las faltas.

PEREGRINO.—Gracias a Dios deve de dar el que de tal pestilencia es librado.

SCIPIÓN.—Lee algunas historias modernas y verás a cuántos inhumanamente su espada va destrozando. E porque, oh Peregrino, a las vezes es costumbre de cuerpo doliente comer lo contrario, por ende con atención y voluntad descubre lo que te congoxa, por establecer el corazón a la paciencia de las passiones, que con gran trabajo quando vienen sin merecerlas se pueden aposentar.

PEREGRINO.—La causa de mi martirio ten por bien de oír. Yo me he ofrescido a perpetua servidumbre de una mortal deesa. Por satisfacer a la cual, nunca perdoné a cosa alguna, aunque trabajosa y capital fuese. La desdichada mi señora, de su secreto mal conservadora, tenía una su servidora, de su propia sangre criada, la cual con diversos engaños y sutil ingenio la ha privado de la patria y de sus padres y de todos sus parientes. Ni aun estoy muy seguro de su vida. Agora mira si de quexarme tengo manifiesta razón.

SCIPIÓN.—En el último grado de la profunda miseria vi a la madre Roma, y no mucho después, del mundo emperadora. Las influencias del cielo nunca de variar cessan. Y por no ser sujetas a nuestras potencias humanas, no pueden sossegar según nuestros apetitos. Mas créeme que tanta es la fuerza de la virtud, que aun a la verdadera conversación de la amada señora serás restituido.

»Nunca tuvieron tanto vigor los Tarquinos en Roma con la escuela de los ingratos, que largo tiempo allí pudiessen durar. Consuélate y amando persevera, porque a los solícitos cualquiera cosa es devida. Y pues eres prudente, con el tiempo te conforma. Los muy guerreros pueblos de Scithia tanto huyendo quanto siguiendo combaten. Por aquesto el gran poeta griego alabava a Eneas, porque sabía temer. Porque no es menor virtud el huir que el esperar cuando el tiempo lo demanda. El mi viejo ciudadano, tardando y huyendo, salvó nuestra patria. Pues si assí huyendo se vencen los enemigos, ¡oh cuánto es señal de mayor virtud y fortaleza el desviarse de los deleites, dolores, cobdicias y temores! Y a las vezes, más camino se haze estando que corriendo.

»E por no dexarte sin conclusión que te alegre, para tener de tu señora la desseada y trabajosa merced te conviene buscar tierra y mar, y rodear aquel lugar que a Orphea su hermosa muger restituyó. Allí hallarás la fiel denunciadora de tu bienaventurança.»

Dichas las palabras, desapareció la casta sombra, y entrañable tristeza cercó mi corazón de no se le poder dar algunas gracias.

Achates, de todo hecho participante, aconsejó a Peregrino a que dexasse los cuidados ajenos.

Capítulo CXVI

Hecho el mi Achates de todo participante y sabidor, sonriendo assí me amonestó:

«Los experimentados médicos temiendo restituyen más la salud que locamente medicinando. Mira con cuánto temor y aviso proceden los labradores a

labrar su labrança. E primero que enxieran una planta, miran el curso de la Luna, la cualidad de los tiempos y el sitio de la tierra. Pues si en aquestas pocas cosas se quiere usar de discreta prudencia, cuánto más adonde se trata de la vida y honra. Señal manifiesta de gran fortaleza es el temor de los contrarios. Y para más mi satisfacción, no te sea enojo escuchar una vulgar historia.

»Fue, en los tiempos passados, un onesto religioso que por dar exemplo de verdadera santidad, usava en su mesa de continuo una despedaçada y suzia red, despreciado otro cualquiera onroso atavío. Creció la fama de la tan grande abstinencia, y fue hecho cardenal de la militante Iglesia. Pareció a su mayordomo, por la recebida dinidad, dexar la red y tomar aquel aparejo que a mesa de cardenal conveniesse. Por ninguna manera lo consentió su señor: antes dezía que creciendo la honra no se avía de disminuir la humildad.

»Por aquel tiempo concedió a la Natura el sumo pontífice, en cuyo lugar elegieron a este buen padre. El mayordomo hizo, según su costumbre, aparejar la mesa en la cámara pontifical, en la cual, como entró el nuevo padre sancto y vio la red, sonriendo graciosamente dixo: “Pues que no ay más pescos de pescar con aquesta red, bien la puedes ya dexar.” El discreto servidor entendió que todas las cosas van a su fin, el cual, después de alcançado, conviene mudar el hábito y costumbre.

»Ya de oy más, mi Peregrino, Amor no tiene cosa alguna contigo ni tú con él. E si Ginebra contra tu voluntad padisce, sea la culpa suya, que nunca tus fieles consejos quiso creer.»

PEREGRINO.—¡Oh cuánto es más propio al hombre esforçado la dichosa muerte que la cobarde vida! Mithrídates, rey de Ponto, antes escogió bivar en peligrosa vida que parecer que fuesse ingrato. Miremos en entender en la salud de Ginebra, de la cual estoy muy congoxado: temo no sea llevada en alguna isla a que la coman las fieras, o metida en alguna tenebrosa cárcel.

ACHATES.—Ni a hombre pobre vergüença, ni al porfiado conviene consejo. Pues que eligió de bivar, no te cures: dina cosa es que muera en servidumbre. Estraños pensamientos te crescen en la fantasía, pues que con tu trabajo de las cosas ajenas tienes tanto cuidado, en las cuales por compañía siempre andan miseria y dolor. Y acuérdate que quien buen consejo desprecia del todo queda pobre.

»Son muchas cosas que después de gozadas dan gran tristeza. Bolviendo el gran romano de Épiro a la sancta ciudad, y considerando la triste y miserable soledad muy diferente de la claridad y grande resplandor del destruido lugar, se dolió de aver con tanta victoria celebrado el su nombre, teniendo por más onra ser conservada la tierra (sobre todas las otras hermosa), sin su nombre, que verla caída con alguna su memoria. No quieras, Peregrino, desonrar las cosas de otro so color de amistad ni de piedad.

»E acuérdate de aquello que dixo Phoción atheniense a la sombra de Cambrio: que era cosa grave gobernar hijos ajenos. ¿Adónde conociste tú a Angelo por de tan mala vida que quisiesse ausentar ni sacrificar a su hija? Si todas las que aman uviessen de ser a muerte condenadas, pocas quedarían sin castigo. Helena la griega rebolvió a la Asia y Europa, y después de diez años buelta, fue rescebida y honrada y en mucho tenida. Philipo de Macedonia los adulterios de la muger con paciencia sufrió. Sigismunda tarentina, hallada del padre haziendo maleficio, con gran piedad y compassión fue tratada. Todos los hombres no son Ptolomeos, que el hijo desmembrado a la muger presentó; no Progne, no Medea, no Scila. Mas tal es Angelo qual es la hija, de condición humana, buena y piadosa. Por esso, no te aloquesas, no te fatigues, que quanto menor solicitud demostrares tanto más presto d'ella sabrás.

»Y harás dos cosas: secretamente te desculparás de la calunia (si alguna por Astana te es apuesta) y aun socorrerás a la esperanza de Ginebra. E si perseverares en mostrarte, lo que a todo el mundo es secreto desvergonçadamente lo harás manifiesto. E no queriendo, dañarás a quien procura de ayudarte. Toma mi amoroso consejo y dessimulando usa el contrario de lo que el corazón te fuerça. César siempre de paz y sossiego se mostró estudioso, y con deligencia entendía en cosas de guerra. Creo que no ay cosa que más engañe a otro que fengir el contrario de lo que hombre quiere.

PEREGRINO.—Achates, más natural es al hombre con mucho estudio abraçar las cosas vedadas y contrarias. Y pues que el Cielo y la Fortuna assí me han predestinado, paguemos lo que se deve a la verdadera amistad, y después haga Dios lo que le pluguiere.

»¡Oh señora!, ¿cuál violenta cárcel te posee?, ¿cuál indino lugar te retiene?, ¿cuál cruel empide tu presencia? Si bive tu trabajosa vida, o si de la cárcel corporal eres ya suelta, ¿cuál ánima te acompaña?, ¿cuál espíritu goza de ti? ¡Oh mi vida! ¡Oh mi reposo del ya reposado corazón! ¡Oh sossegada casa de toda mi pena! ¡Oh verdadero descanso de todos mis cuidados!, ¿por cuál playa, por cuál mar te encontraré?, ¿cuál guía, cuál fiel adalid será a mi camino? Anima preciosa, si andas vagando, socórreme de tu vista. Y si en el coro angelical triunpas, en forma que te parezca te reviste para consolarme. Y si por mi culpa aún no eres llegada al lugar de las purgadas ánimas, no te pese de venir a mí como a Sexto Pompeyo hizo Gabieno. E si de las vitales potencias eres señora, acuérdate de la dada y recebida fe.

Días, noches, tiempos y horas y momentos me passavan con aquestas semejantes lamentaciones, desgastado de hambrientos cuidados que mi corazón de contino consumían. Pesquisé todas las casas y palacios de la ciudad que con Angelo parentesco o estrecha amistad tenían. No dexé monesterio, no templo sagrado, por ver adónde la claridad de tan gran resplandor estuviesse. Y temiendo de alguna secreta y particular cárcel de la casa, deliberé de tener manera para buscar la posada de Angelo, por ver adónde estava mi señora: ¡oh Dios!, ¿qué cosa no puede amor?

Travé amistad con un moço de establo, so cuya fe me deposité, el cual de una alquería a casa traía heno. En el suelo del carro me soterré y dilatando, consumimos tanto tiempo, que no uvo disposición para descargar. En el profundo de la noche abaxo del carro, y con infinitos sospiros me fue a la ya dichosa estança. E con una ganzúa abriendo, con tanta ligereza entré, que de mí mesmo no me sentía, no viendo a persona biva. No me pude refrenar que mil vezes la casta cama no abraçasse y el lugar adonde mi señora reposava de lágrimas no bañasse. Todos los retrainientos de la casa pesquisados y deligentemente examinados, ninguna cosa hallé.

La mañana siguiente, Peregrino procuró de buscar todos aquellos que de adivinar tenían alguna ciencia, por que le dixiesen adónde estava Ginebra.

Capítulo CXVII

A la mañana, sobremanera angustiado, mucho más que el concepto de un contemplativo podría pensar, procuré de solicitar todos aquellos principales maestros de adivinos, por astrología, nigromancia, piromancia, suertes, visiones noturnas, curso de Luna, agüeros de aves, razonamientos de muertos, virtud de psalmos, oraciones, sacrificios, ayunos, revelaciones y devotas contemplanones. No hallé en toda nuestra comarca quién al tan gran desseo satisfacer pudiesse. Fue fama, al tiempo que adoravan los fengidos dioses, Thesalia de naturales mágicos cantos por todo el mundo ser tierra muy alabada. E por aquesto, en tanta opinión cayó la especie humana, que ya creyó los hombres en piedras, las fuentes en leche trasmudarse, las estatuas caminar, las paredes hablar, las bestias campestres adivinar y del Sol venir el súbito oráculo. Y por aquesto hecho desseoso (viéndome faltar la humana facultad), tenté de implorar la devina clemencia, la cual ya a la propheta de la griega adivinación en tanto fue concedida, que pudo humiliar la braveza de Eolo, aplacar a Neptuno, sacar la empedida armada en Áulide, adivinar los diez años de la sangrentada vitoria, y todo aquello que de saber fue negado al diligente Ulisses y al elegante Néstor. Los cuales, por don de los dioses, eran dotados de consejo y ayuda, memoria y manos, corazón y armas.

E, a las vezes, es concedido a un idiota lo que a muchos sabios es inoto, por ende, con mucha confiança a la alta empresa me aparejé³³⁰. Determinado de andar tanto de lo abitabile que a mi nescessidad hallasse socorro, a la determinación di el efeto, y el hábito al nombre; y a la pasión, conveniente vestido. Y de aquellos servidores que sospecha ninguna pudiesen dar acompañado, so color de querer visitar el Apóstol de Galizia y de aí a otras muchas romerías, impetrada la licencia de la mi amada madre y de mis amigos, junto con Achates me partí.

³³⁰ *P, Lon, Lisb, Vie, Mun27*: te apareja. Sin embargo, este imperativo en estilo directo (que tampoco aparece como tal en el original de Caviceo) no parece coherente.

Estava solícita la amiga de Titón con la triste Progne de volver a su trabajosa labor, cuando la sombra a su habla puso fin, prometiéndome en la segunda noche, debaxo de un breve y destinto preámbulo de razones, satisfacer a mi tan grande esperança. Hecha Latona del uno y del otro hemispherio aparente poseedora, al acostumbrado lugar tornada assí, proseguió.

Peregrino cuenta su peregrinación.

Capítulo CXVIII

Cargado de solícitos cuidados y de varios pensamientos, comenzada mi peregrinación, llegados adonde del flete nos concertamos, assí navegando tomé el camino hazia la dota Italia³³¹. Después de algún tiempo, llegué a la florida ciudad de Gilio, adonde era fama de una sacerdotissa, la cual de semejantes artes era muy perfeta maestra. No perdonando a fatigas ni a gastos, me retruxe con ella a sus secretos razonamientos.

Rogada, vencida y informada cuál fuesse mi congoxosa vida, por una cierta arte sideral me dixo que antes que el Sol rodeasse todo el Zodiaco, sería dichoso en ver a mi Ginebra. Agradescida y satisfecha de palabras y de efetos, según que mejor pude, caminé a la antigua tierra que por insinias nudrió la loba. Allí no me pareció de hazer otra conmemoración pero de reservar el secreto a la ciudad de Rómulo, en la cual luego que fue llegado, y comunicado el pensamiento con un fiel amigo que allí a dicha topé, me avisó el Oriente ser la tierra de los verdaderos oráculos. Armado de tanta autoridad y consejo, me aposenté en Parténope, adonde hallé el passaje por Scicilia. Sobrepujado el mar de Scila y Caribdis, vine a la cima de Júpiter, contemplado el gran monte Ida, con la maravillosa imagen.

Infladas las velas, Dexadas la antigua Rhodos, Macedonia, Thesalia y Boecia y la alta Chipre, por ferocidad de los vientos aportamos a Troya, adonde por la ira de Neptuno, depositadas las velas y remos, por una arrebatada tempestad nos colocamos

³³¹ Dado que el Peregrino de Caviceo ya parte de Italia, su primer destino es *la docta Bologna* (ed. cit., p. 239).

en lo interior de aquel puerto adonde Prothisalao rescibió el grande estrago. Persuadidos de la antigua forma de la tan gran ciudad, deliberamos Achates y yo de rodearla toda: remirando y hartando los coraçones, hallamos una sepultura de aquestas palabras escripta:

«Héctor, sangre de Mares, aquí sepultado, oye lo siguiente: sálvete Dios y respira algún tanto por tu dina patria. Tu noble ciudad aún es habitada de hombres muy menos esforçados que tú. Thesalia ya no es. Levántate y dirás a Archiles que está ya subjeta a los que de Eneas descendieren.»

Contemplado el destroço, no lexos de la tumba se me presentó una columna de luenga estatura adonde estavan esculpidos unos versos de aquesta sentencia:

«Yo, mísera Virtud, mis cabellos cortados, me assiento cabe la sepultura de Ájace, con gran ánimo abatida. Porque a los griegos la dolorosa traición fue mejor, me veo biuda.»

Parescióme conjeturar ser aquel el busto de Ájace, el cual, desesperado por el escudo Achileo, a muerte se condenó.

Saludados y reverenciados aquellos eletos spíritus, dadas las velas al viento, llegado a Helespontho, con lágrimas lo saludé. E apasionado por la donzella de Sexto, me incliné a las reliquias de la amorosa torre y dixé:

«¡Oh casa dichosa que del muy firme Amor aún la fama retienes!»

E con lastimeras palabras maldixé el angosto mar que al mancebo de Ábidos enojoso y enemigo fue:

«¡Oh amantes verdaderamente bienaventurados, a los cuales por gracia fue otorgado en presencia fenescer vuestro amor! Yo triste sigo lo incierto, combato lo inexpunable, ando tras lo que no sé.»

Assí razonando y navegando llegamos a Bisancio, adonde baxado, visité el ya famoso templo de la divina Sophía, e agora muy suzia morada de la muy sobervia mahometana bestia. Y con breve discurso pesquisé la vida, castumbres y condiciones con las políticas virtudes de aquellas gentes, las cuales son Venus y Baco, avaricia, dolos y fraudes y engaños.

Viendo más adelante, hallé a un griego, el cual en un breve tiempo que en la ciudad de Roma estuve me fue amigo y compañero. Humanamente fue d'él rescebido y afetuosamente preguntado cuál fuesse la causa de tan largo y estraño viaje, con los

ojos en tierra y faz vergonçosa, callé. Pensando el griego o indinación de señor o naufragio de mercería, largamente me ofresció toda su facultad. Yo le di las gracias que pude e no sin lágrimas, de mi desventura le hize sabidor. Riose el excelentíssimo maestro diziendo:

«Rudo es el hombre que busca de cortar madera fuera del monte. La tierra por do veniste de toda verdadera spiculación es perfetíssima reina. Aquí conversamos entre esclavos y gentes del verdadero sentido privadas. Por ende, conviene dereçar la fantasía a otra parte. Es aquí fama (en la isla adonde Ariadne dexó el cuerpo) estar un hombre que fácilmente podrá socorrer a tu curioso desseo. Algún tanto después de reposado podrás tomar el camino, si en aquesta opinión perseverar quisieres. No soy osado a castigarte, ni menos desviarte de la amorosa empresa, por ser nuestra tierra a aquella pasión muy inclinada. Paresce que todos los elementos juntamente con las complesiones sean conspirados para produzir a Amor.

»Y lo que se lee en las historias y fábulas es nada a respeto de lo que agora se haze. Mas antes de tu partida te estarás algunos días comigo, por que de cierta sciencia entiendas no ser ageno de la verdad lo que yo te digo.»

Hecho familiar a donzellas y damas, mil vezes sospirando dixé:

«¡Oh mi patria, cómo eres rústica! Es un demasiado plazer la conversación de aquestas señoras, en las cuales bien parece tener Amor, sin saetas, su libre alvidrío.»

En aquel tiempo, avía determinado el Soldán de embiar a Bisancio sus embaxadores para fenecer algunas contiendas que pertenescían al reino de Persia. Por la deligencia de aquel mi amigo, me conocí con aquel a quien era cometida la embaxada. De forma que, en su partida, fue recogido en su nao. Herido, osadamente, el mar con mil naufragios, hezimos el largo y peligroso viaje. Y después, con el favor del muy Alto, llegamos salvos al puerto de la alta fama augusta, adonde hallé un capitán de hazia mi tierra allí presidente, del cual consoladamente fue aposentado.

Creo cierto y por firme tengo que Venus y Cupido toda su potencia por última voluntad dexaron en aquella isla. Diversamente razonando con aquel cavallero, le demandé si avía allí hombre de astronómica sciencia notado. Respondióme que en Cirenes, muy guarnecida y fortalecida tierra, estava un religioso (cuyo nombre era

Polimio³³²) en aquella sciencia muy notable, tanto que sobrepujava a la escuela griega, antigua y moderna. Crescióme el desseo sobre la nescessidad.

Llevada una guía con cartas de aquel cavallero, me presenté a Polimio, al cual con diversas preguntas y respuestas le hize manifiesta mi enfermedad, y que era de tantos años y con tantas desventuras y trabajos, que con mucha menor solicitud se ganaría el montuoso y áspero reino de Persia. Todo entendido, y premissas las convenientes oratorias palabras, me amonestó, rogándome que ya de oy más assentase en más seguro puerto la flaca barca, porque bien sabía que de tan tempestuosos vientos debilitadamente, assí armada, no podría salvarse. Y que quisiesse entre mí mesmo pensar a cuánta desaventura, a cuántos trabajos, miseria y destroço aya traído al mundo aquesta loca passión:

«Testimonio dan la África y Europa: ¿cuántas amistades firmes y propincuos parentescos se han trocado en odio por aquesta desordenada passión? ¿Quién ensangrentó a los romanos con los sabinos? Aqueste furor mortal. ¿Quién fabricó la caída a los Tarquinos? Aqueste luxurioso apetito. ¿Quién ensuzió la imperial casa de Claudio? Aquesta universal pestilencia. ¿Quién puso discordia entre César y Ponpeyo? Aquesta loca furia. ¿Quién destruyó a Antonio y Cleopatra? Aquesta común locura. ¿Quién maculó a Demetrio? Aquesta amarga dulçura, por la cual Siphaz consentió faltar primero la fe que privarse d'ella. ¿Quién venció a Haníbal? Aquesta inconsiderada dolencia. ¿Quién teñió de infamia los altos ingenios de Sócrates y Platón, Aristótil, Xerses y Ptolomeo? Aqueste vario apetito.

»E si particularmente a los medianos y pequeños, prophanos y religiosos descendiesse, todo el mundo hallarías corrupto y depravado. ¡Oh cuánto es loado, oh cuánto es bienaventurado y a Dios semejable quien de tal passión se sabe moderar! Cobra, señor, la perdida ánima, y esfuérçate a hazer aquellas obras que a Dios sean aceptas, al mundo onrosas y a ti descansadas, y dexa aquesta locura, que ya tantos años penado, trabajado, atormentado, sin fruto te trae. E otra cosa no has ganado sino ansias, lágrimas y sospiros, gemidos y fatigas del cuerpo y de la ánima, pérdida de tiempo y de honra, gasto de haziendas, infamia de tu linage y de la patria,

³³² *Zacco* en Caviceo (Libro Tercero, Capítulo I y siguientes).

enemistad perpetua a todos los que de ti descendieren, tristeza de tus padres, y al fin, ira de Dios.

»Revoca, hijo, la desviada razón: revístese el hombre y no la ánima. Y depositado aqueste furor, persevera con nosotros algún tanto, por que por intervalo de tiempo pongas aquestas efeminadas passiones en olvido.»

Polimio, morador de Cirenes, después de los saludables consejos escribió a Anselmo a Damasco, encomendándole a Peregrino para que le fuesse favorable en todo lo que pudiesse.

Capítulo CXIX

Aunque las razones del religioso Polimio fuesen más agudas y penetradoras que rayos del cielo, no se abaxava el poderoso fuego para que en algo se dexasse vencer de la razón. E assí, dulcemente razonando, dio Polimio un suspiro diciendo:

«Si fuesse voluntad divina, muy contento sería que un nuestro fraile que abita en Damasco fuesse aquí presente, en el cual hombre reluze una divinidad que podría detener al medio curso el Sol.»

¡Ay cuán fácil es de creer aquello que se dessea! Y assí, le supliqué que escribiesse conmigo, encargándome a aquel su fraile, cuyo nombre era Anselmo, porque creía por los méritos de su sanctidad poderme exemir de tanta congoxa. La desonesta causa, la gravedad del hombre, la religión verdadera, la muy abstinente vida, la continua solicitud y el mal exemplo detuvieron el pensamiento a Polimio d'escribir. Después de muchos ruegos vencido, me escribió cartas demostradoras de su salud y de mi ida a las partes de Damasco.

Assí escriptas y selladas, me las dio. Con gracias pagado y despedido, bolví en Famagusta, adonde me detuve algunos días por falta de nao. No passaron muchos días, cuando una galera florentina que iva a Alexandría, forçada del tempestuoso mar, aportó allí. Concertado del flete con el patrón, y assaz prósperamente dando velas, nos depositó en Alexandría, adonde hallé mercaderes que caminavan la vía de Damasco. En ocho días, cansados, trabajados y fatigados, llegamos.

Espiada la manera de Anselmo, me hizo llevar a su aposento. Mirava la mucha población de aquella ciudad y el sitio, a cualquiera disposición bien ordenado. Hartada algún tanto la vista, juzgué verdaderamente ser aquel el lugar que fue elegido a la formación del nuestro primero padre. Después de buelto, contemplando mirava el oratorio adonde abitava Anselmo, demostrador de gran santidad, al cual, hecha la devida reverencia, le di las cartas. Con gran piedad de corazón fueron d'él rescebidas y mi faz amorosamente besada, dando gracias a Dios de la muy humana y no esperada visitación. Mantenido algún tanto mi cuerpo y embiado Achates con el patrón veneciano, adonde hasta la buelta me esperó, de poco en poco razonando, subimos al lugar adonde en paz sepultado está el hijo de Adán.

Assentados, con paternal amor me viene preguntando de mi estado y reino y patria. Después, de lance en lance me demandó la causa de tan luengo camino. Hecho atónito a causa de su gravedad, enmudescí. Y hasta la ánima me dolió de tal principio, de cuyo buen fin assaz me desconfié. Después, por la nescessidad y desseo hecho osado, llorosamente le manifesté mi vida y la causa de la tal peregrinación, rogándole por Dios que a la dura y incomportable carga consejo y favor no me negasse, porque tal fue de la reveladora sombra el oráculo: que me convenía visitar la casa de Prosérpina si desseava saber la verdad de la amada señora. No sin enojo quedó Anselmo por las oídas razones, y assí començó:

Anselmo se quexa reziamente de Polimio y después, vencido de sus ruegos, le llevó a rodear el Infierno.

Capítulo CXX

«¡Oh cuán mísero eres, si entre tanto espacio de tiempo alguna vez no has medido tu vida! ¿Son aquestas romerías para hazer por semejantes causas? Quieres tú malvar mi consciencia en lo que nunca tuve el pensamiento. ¡Ay Polimio!, ¿merescía aquesto el nuestro sancto amor?, ¿merescía aquesto la alternada caridad? A un tiempo al amigo y al próximo has tú escandalizado. Quiçá esto se me sigue por mayor penitencia de mis yerros.

»Peregrino, ni de consejo ni de favor te puedo socorrer. ¿Cómo te puede subir al cerebro que la divina bondad a semejantes locuras aya de dar oídos? Porque demandar lo que no conviene y conceder lo que no es lícito es una manifiesta injuria, por ende desiste de aquestas desonestas plegarias. Y no provoques a enojo la divina clemencia, por que no se te acreciente mayor ira cuando esperasses de alcançar bendición y gracia.»

Cansado cuasi del último afán, del gran dolor caí, como muerto, en tierra, firme y deliberado antes de la vida que de tal gracia privarme. Assí estando, vi algún tanto de mí desviado a Anselmo, inclinadas las rodillas en tierra y puestas las manos, con los ojos llorosos, al cielo, a Dios padre haziendo oración. Tendido sobre la desnuda tierra, fue vencido de un grave y dulce sueño, y no fue de mí la potencia intelectual ninguna cosa apartada, cuando con sossegada boz siento dezir:

«Quien de consejo es pobre de trabajo conviene que abunde.»

El tenor de las palabras restreñió la parte sensitiva al corazón, de forma que de mí ninguna cosa podía. Perdido, a manera de caminante que sin guía dudoso camino lleva, me bolví a mirar si vería persona que socorrerme pudiesse. Solamente estava Anselmo, a quien rogando dixé:

«Ayúdame, padre, que de mí mesmo estoy desconfiado.»

Con breves palabras respuso:

«Calla. Y caminando mira si ay cosa que el tu furor desminuya.»

Hecho algún tanto más seguro, llegamos a un lugar adonde estavan dos grandes imágenes, de las cuales espantado, me llegué a Anselmo como niño debaxo de la piadosa madre. Y él me esforçó diziendo que no temiesse, que ya llegávamos al glorioso reino del gran Júpiter. Descendimos con veloce y increíble curso por aquellas imágenes, a cuyos pies estava un pequeño río que regava una oscura playa; adelante estava más torrente y profundo con agua negra y traspasante, assí que en verlo ponía un grande espanto.

Allí estava un viejo suzio y avaro, y con una agujereada barca esperava el portaje de quien a la otra ribera quería passar. Hecho pasmado, miro aquella barca, que me parecía la verdadera tristeza: los remos eran lágrimas y trabajos; los trastes, suspiros continos; la proa, penitencia senpiterna; la popa, condenación. Los que estavan aquí alrededor era una multitud inestimable, la cual por la oscura sombra de

los corporales ojos comprender no se puede, salvo el que por divina gracia le es concedido. Entré por la oscura parte, por ver si entre las tristes ánimas estuviese allí Ginebra. Fue la fatiga burlada de la obra. Al pasar me despuse.

Dado el flete al cruel barquero, le rogué que la más fiel barca a la playa quisiese acercar, por poder ligeramente subir. Todo turbado en vista, con el remo herió la agua e acostó la barca diziéndome.

«No será agora para ti aqueste barcaje, el cual, cuando fuere, gravemente te pesará. Tórnate por do veniste, que aquí abaxo no ay llama que bivo cuerpo abrase.»

Hecho sordo a sus dichos, por la virtud de Anselmo fuemos rescebidos. Siento assí estando una sombra que dize:

«¿Cómo baxaste acá bivo, Peregrino?»

PEREGRINO.—Fue de mi mala suerte una adivinación.

SOMBRA.—¿Luego del cielo se causan los nombres?

PEREGRINO.—Si bien lo mirares, el hijo de Héctor primero Schamandro y después Astianas fue llamado. Y a Tántalo su dura suerte el nombre le puso.

SOMBRA.—¿Qué crees hallar por aquestos ríos muertos?

PEREGRINO.—Contentamiento.

SOMBRA.—¿Cuál triste lugar dio jamás consolación?

PEREGRINO.—Algunas vezes, una causa natural produze efeto contrario, como son las lágrimas que proceden de plazer y de pesar. E aunque el lugar sea triste, podría tener en sí cosa que fuese mi soberano gozo.

SOMBRA.—Muda la sentencia: esso no hallarás acá.

PEREGRINO.—¿Pues qué puedo yo hallar aquí?

SOMBRA.—Crueldad, ingratitud y extrema avaricia. Agora tórnate adonde estar solías, porque raíz trasplantada las más vezes se seca.

Peregrino vio cuatro ánimas que passavan sobre la barca de Acherón.

Capítulo CXXI

Estaban en la proa cuatro sombras que se dolían y quexavan, al cielo y su suerte acusando. Pregunto a Anselmo por aquestos gemidos, pues que el arrepentirse aquí no aprovecha.

ANSELMO.—La ánima apartada está no bien purgada, que aún retiene de los ábitos corporales la su memoria. Y por no aver rescebido en la otra vida el dino premio, se aflije hasta la última purgación; adonde lavada en el río Letheo, del todo se olvidará.

PEREGRINO.—De los nombres de aquestos no me seas avaro, porque con sus trabajos consolaré mis dolores.

ANSELMO.—¡Oh cuánto son los oficiales diferentes! Aquellos con toda razón se duelen, y tú de voluntad penas. Sus nombres no te cures de saber.

PEREGRINO.—¡Ay Anselmo!

ANSELMO.—Agora no, más no: escucha, vee y calla.

No lexos de la ribera veo venir una multitud de armados que con alegría y muestras de favor las tristes sombras acompañavan, entre los cuales a muchos conocí. Hecho el passe, vi un perro de tres gargantas y espantable, de cruel ladrido, que sobre la portada del negro palacio de Prosérpina velava. A quien passa sin cuerpo no tiene poder de ofenderle.

Anselmo le echó un pan. Comiéndolo y ladrando, sin ofensa passamos. A Prosérpina llegado, con humilde boz le supliqué diziendo:

Peregrino hizo oración a Prosérpina por cobrar a Ginebra, creyendo que fuese muerta.

Capítulo CXXII

«Soberana diosa, fácil cosa deve ser alcançar merced de quien otras vezes fue nescessitado. Yo te ruego, por las ansias de tu madre, que en semejantes casos beninamente aprobaste, que no me niegues socorro. Merced te pido, por las celestiales estrellas, por las infernales deidades (adonde de tu potencia tienes el sceptro), por los naturales elementos, por los nocturnos silencios, por la inundación niliaca, por los memphíticos secretos. ¡Oh no me niegues, diosa, lo que a otro ya concediste!

»Si mi Ginebra a estos tus reinos antes de tiempo es venida, de restituirla no te sea grave. Hazme, señora inmortal, por tu natural potencia, de tanta gracia dino. No seas avara de las soñolientas gracias (las cuales ya gustaste), por que sin más triste cuidado la pueda cobrar.»

La diosa, hecha favorable en verme, otorgóme licencia de sacar cosa que aí estuviesse que de tanta pena aliviarme pudiesse. Agradecida y adorada, partidos llegamos al lugar adonde están las crueles hijas de Acheronthe, que de contino perturban y comomueven la humana generación. Aquí es una enfenita turba de gente poseída y enseñoreada, assí como de su imperio procede.

Especulada aquesta parte primera, llegamos a un lagunoso y encenagado lugar adonde más que el primero el passaje es difícil y trabajoso. Aquesta es aquella infernal laguna que de toda tristeza abunda. Aquesta es la estancia de los obstinados y desleales hombres. De aquí se passa al lugar de toda esperanza privado.

Demandé a Anselmo en cuál región estemos. Respúsome:

«En la última de Egipto.»

Maravilléme de la tan gran circunferencia medida de la tierra.

«No te maravilles —me dixo—. Assí se apascientan las estrellas del cielo, acá abaxo como en el otro hemispherio. Agora callando ven.»

Assí caminando, llegamos a Cocito, que de Estigia se deriva. Ofrecióssenos a los ojos Phlegetón, el cual rodeado, passamos. Y de aqueste es originado Lethe, río

infernál. Aquí de nuestras culpas dexamos la memoria. Acercándonos más, vimos un trono sublime, adonde de gran crueldad y de temeroso gesto estava assentado un rey con su sceptro en la mano. Rogué a Anselmo no me permitiese gustar la cruel presencia. Respúsome:

«Peregrino, aún para ti es tiempo, el cual, aunque tarde, después presto te parescerá. E quién sea aqueste rey, por que quedes satisfecho, te declararé.

Peregrino llegó a la presencia de Minos y rodeó el lugar de aquel temeroso juicio.

Capítulo CXXIII

»Este es aquel conocido Minos, a cuyo acatamiento, juntamente con Rhodamante, es necessario el entrar, adonde uno a uno cualquiera es examinado. Con las costumbres y artes que bivieron, con aquellas serán punidos. A estos el mentir es imposible, y los que han sido a su buen ángel obedientes serán colocados en el aposento de las muy piadosas y reposadas ánimas, adonde sin embidia, tristeza y trabajo siempre bivirán. E aquí estan fuentes de pura, lúzida y cristalina agua, prados y flores y verdes rosas. Aquí hallarás philosophantes escuelas, hombres poetantes, históricos acabados y cavalleros triunfantes, a los cuales la virtud en la tierra ha sido un dios. Cantos, melodías y eternas canciones. No ay frío que los enoge ni calor que les traya congoxa, mas siempre está el cielo templado.

»Y de contino, justo sacrificio aquellos que con malvadas costumbres han bivido sienpre serán perturbados y llevados al espantoso juicio de Lucifer, y traídos por la escura región del negro Chaos, adonde está la multitud de los crueles y malos hombres. Allí verás el sediento Tántalo, las entrañas de Ticio, la piedra de Sísipho. Otros, de fieras despedaçados; otros, de ardientes llamas consumidos; otros, de nuevos tormentos perpetuamente cruciados. Ayuntados también los buenos como los no tales en uno, todos se presentarán a la presencia de Lachesis³³³, la cual en sus

³³³ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: de Lachesis *P*: de la Chesis

ábitos a cada uno confirmará. ¡Oh cuán dichoso y bienaventurado será aquel a quien la virtud avrá sido amiga!

»Después el ángel, dado a la particular guardia, todas aquellas ánimas ofrecerá a Clotho, la cual con ratificación todo lo aprobará. Átropos, la tercera hermana, con perpetuo estambre todo lo perpetuará. Hechos aquestos misteriosos, correrán al río Melita y cada uno, según su necesidad, beberá. Y olvidarán sus passadas obras, las nuevas confirmando.»

Peregrino, muy espantado, oía la grito de las ánimas que passavan.

Capítulo CXXVIII

Era un espanto oír la grito de las caminantes ánimas, a las cuales por su triste passada vida eran dados tristes hábitos. Y a otras, alegres y virtuosas, buena y aplazible estancia les era asseñalada.

Aquí está una playa sin flores y yervas, ¡oh maravilloso prodigio!, ¡oh divino, secreto juicio!, ¡oh abismo que a todo entendimiento excede! Parecíame de dos diversas puertas venir multitud de ánimas infinitas, cuál limpia, cuál suzia, cuál de polvo y flaqueza desgastadas. Otras, con muy grave fatiga y sobremanera angustiadas, con bozes, tristes gritos y estruendos se presentavan. Otras eran con alegre semblante, que de cosas piadosas buenas y sanctas hablaban, según los hábitos con los cuales en el mundo bivieron.

Todas, delante de la silla de las tres hermanas y de blanco vestidas y coronadas, y alrededor assentadas, se presentavan. E primero a Lachesis³³⁴, cuyo pregón gritando apregonava:

«¡Oh ánimas peregrinas, que estáis pressentes aquí para resebir los perpetuos hábitos! Cada una a sus virtudes sea curiosa, porque ella sola es incorrupta y libre. La suerte que sobre vosotras cayere eternamente os durará.»

³³⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: a Lachesis *P*: a la Chesis

Acabadas las palabras, cada una se revestió de aquellos hábitos que la costumbre de la primera vida les avía enseñado. ¡Oh cuánto es dificultoso el nacer generoso, y ser mal acostumbrado y morir bueno! Verías algunas ánimas de tiranos y malos tomar hábitos diversos, cuál de osso, cuál de león, cuál de sierpe, cuál de horrible vista, según aquello que avían obrado. Otras, de deleitosos hábitos revestidas, se gozarán assí como de Orptheo, el cual, de las mugeres desechado, en cizne se mudó; dexado el apertito carnal, a la castidad se llegó. ¡Oh verdaderamente bienaventuradas ánimas, a las cuales de sus yerros el olvido es concedido!

«Peregrino, agora no quiero que la metháphora el sentido te escurezca. Todos los míseros mortales de aqueste brevaje se mantienen: aquesta es aquella agua amelita que a nuestras ánimas en sempiterna desventura tiene ligadas. Éste es aquel río de deleite, sensualidad y vicios en el cual se lava la ánima mortal y se haze olvidada de todos los dos dotes de la preciosa regiente ánima. Aquí Phlegetón es el propio ardor de ira y codicia, aqueste es el cumplimiento de nuestras culpas. El Cocito es significador de llantos y gritas. La Stigia, laguna de los fengidos dioses tan acatada, es aquella que a nuestras ánimas tiene ahogadas en dañosos cuidados. Cabe aquesta mira y verás aquellos bueitres que las entrañas tragan: es el tormento de la mala consciencia, que sus yerros escudriñando teme y ha miedo de la presencia del severo y justo juez. He aquí a Tántalo, que no desecha la hambre de sí con la abundancia de las presentes mançanas, las cuales parece tener en la boca. Aqueste es el ardiente y muy hambriento desseo de la predominante avaricia, que nunca por copia de oro ni de plata se harta.

»¿Vees aquellos que de la rueda vienen forçados? Son los que sin consejo y virtud en el mundo han guiado su vida, ninguna cosa con razón, ni discreción ni consejo moderando. Mira aquella gran piedra, buelta y rebuelta: es significadora de los que en ocio consumen su tiempo. Aquel otro gran canto que amenaza la caída es la penitencia de aquellos que han tenido la tiranía por dios en la tierra.

»Agora, dexados aquellos lugares y espectáculos, subamos a las beatas sillas de las purgadas ánimas.»

Peregrino, comovido de compasión, se maravilla de la lamentación de las ánimas.

Capítulo CXXVIII³³⁵

Era de miserable compasión, oh gran maravilla, oír las esparzidas ánimas quejarse por aquellas oscuras cárceles. A unas los bueitres de continuo las entrañas comían con perdurable pena. A otras, los manjares aparejados no passavan en sustancia, por no poderlos tragar. Otras reboolvían piedras con rezia fatiga, con laborioso acto. De tan gran horrible visión pasmado, pregunto a Anselmo:

«¿Para qué es tanta pena y inútil trabajo?»

«Las primeras ánimas —me respondió— son de aquellos que viviendo de sus yerros nunca arrepentirse quisieron. Y son sin misericordia de sus pecados y de la entrañable consciencia estimulados. Son, como tú oyes, combatidos, comidos y afligidos: ni a sus beneficios la divina justicia nunca se mudará, por ser el lugar de tal suerte, adonde el arrepentir no aprovecha. Las segundas son las ánimas de aquellos que la avaricia fue su dios en la tierra. E cuanto eran de riquezas más abundantes, tanto a sí y a los otros eran menos liberales. Las terceras son de los que con muy grave tiranía han gobernado sus estados, e muchos más estimados de sus súbditos por temor que por amor. Por ende, van reboviendo sin provecho las piedras y cantos.»

Allí estava Dionisio, rey de Sicilia, el cual entre los combites ponía sobre la cabeça la espada desnuda con delgado hilo ligada.

Vi, algún tanto desviado, una grande imagen con dos caras: la una muy biva y la otra, de tanta amarillez y oscuridad, que a los guardadores ponía miedo y espanto. Turbado algún tanto, demando a Anselmo de quién sea la terrible cara. Respondió:

«Del señor del infernal palacio, al cual nosotros llamamos Dites. Por aquellas dos caras entendemos la muerte del cuerpo cuando se aparta de la ánima, después que la informa el cuerpo, el cual no es otra cosa sino un vínculo y dificultosa cárcel y negra sepultura.»

³³⁵ Sobre la numeración que en lo sucesivo siguen los capítulos, recuérdense las valoraciones expuestas en el estudio preliminar (p. 17).

Hartada la vista, partidos de tanta tristeza, llegamos a aquellos alabados Campos adonde con gozo y bienaventurança las ánimas reposan. E cada una de su hábito retiene la memoria, mayormente de aquello en que más en el mundo se exercitó. Rogué a Anselmo me mostrasse el lugar adonde las amorosas ánimas son colocadas.

Peregrino vio una multitud de gente enamorada.

Capítulo CXXIX

Era el portal de fuera del Campo, todo lo que se vía, abrigado con un pradezico siempre verde de arrayhanes, ginebros y palmitos y árboles odoríferas, adornado con color de orientales perlas, fuentes vidriadas y cristalinas, jardines deleitosos y labranças con mil deleites y plazeres; mugeres y hombres a diversos exercicios atentos para entrar adonde las ánimas habitavan, cuáles con canciones, cuáles con danças y armonía; otras justando, torneando, escaramuçando y solazando; cuáles, con fraude y omicidio, se apressuravan a entrar por la puerta de diamante sobre cuya portada eran escriptas aquestas palabras.

«¡Oh mortales, todos vuestros cuidados me escurescen!»

Compelido del desseo de ver, rogué a los porteros me hiziessen tanta merced, que pudiesse mirar si la ánima de Ginebra allí uviessse llegado. Con grandíssimo silencio estavan aquellos dos porteros, como estatuas marmóreas. Tenía cada uno d'ellos una llave en la mano: el que estava a la derecha mano tenía de hierro lúzido y agudo; la otra era de oro fino, con la cual se alañava quien de habitar era menos que dino. Vencido con humildes pregarias, por la puerta medio abierta me dio tanta de vista que con los ojos lo transcurrí todo. Parecíanme estar a altas bozes clamando. Eran de gravíssimas presencias, de discretas hablas, de sospiros continos, trabajosos y largos. Quedo espantado. Dixo Anselmo:

«Atiende bien agora: no más servicio, no más a aquel que por tal modo el corazón de los amantes rige y gobierna.»

Alcé la vista. Vi una silla a manera de trono imperial, al cual rodeaban alguna multitud de cavalleros y grandes que, con lealtad y pura fe, liberalidad y clemencia, avían servido a Amor, entre los cuales conocí a uno que en su semblante y traje un señoril ánimo representava. Y aunque nuevamente en el número de aquellos amadores parecía venido, no menos fiesta d'él que de la antigua y penada gente vi hazer: allí recontavan de su liberalidad, y otros se admiravan de su tierna y envegescida y como natural virtud. Allí por los presentes loavan los venideros días. E algunos sus cosas a las de César preferían, manifestando aver dado mayores muestras antes de los años que el dictador a engrandescerse comenzó. Era aqueste don Lorenço Xuárez, Conde de Feria, Señor de Villalva³³⁶, en quien el extremo valor antes de tiempo vino. Vi después al familiar del monte Phebeo, don García Manrique, hijo heredero del Conde de Osorno³³⁷, que criado en la fuente Castalia parecía, según el amor con que en sus melifluas obras se deleitava, adonde su tiempo y ocio consumía gustando del ambrosía y néctar, con los cuales se tornava libre y esento de lo que a los ociosos y vagantes con amargos deleites suele enredar: su afabilidad, cortesía y criança con mucha humanidad por la lengua de aquellos resonava, por otro Scipión se nombrava.

Aguzando la vista, vi arriba, en dos partes, cuatro con los cuales parecía que Amor hiziesse campo. En el primero se manifestava la increíble sapiencia, la senil providencia en antever y proveer a todos los peligros y daños, la admirable industria en sostener exércitos y las cosas en la guerra necesarias, no menor en elegir los tiempos y lugares idóneos a poder, con breve número de gente, acabar grandes y señaladas cosas. ¿Quién ay que, pensando con qué arte en tanta falta la esperança a los suyos mantuvo, y la benivolencia para con él no se le represente a la memoria un

³³⁶ Lorenzo Suárez de Figueroa, primero de los condes de Feria (según la concesión de Enrique IV en mayo de 1460), casado con María Manuel y muerto en Zafra en 1471. Es, por ende, el abuelo de su homónimo Lorenzo Suárez de Figueroa, a la sazón destinatario de la obra de adaptación de Hernando Díaz. Nótese que del antepasado se loa, sobre todo y en consonancia con las intenciones globales del libro, el temprano sentido de la responsabilidad

³³⁷ El conde aludido es Gabriel Fernández Manrique, primer conde de Osorno y (con carácter personal) primer duque de Galisteo. Casó en 1432 con Mencía Dávalos y Guevara, que le dio dos hijos varones: Tello Manrique y García Manrique, aquí mencionado por Hernando Díaz. Ambos murieron muy jóvenes (nótese que Díaz no emplea para García el término *primogénito*) y el matrimonio terminó por anularse en 1452. Gabriel Fernández Manrique casó entonces en segundas nupcias con Aldonza de Vivero y Guzmán, con quien concibió a Pedro Fernández Manrique, que sí vivió para heredar de su padre en 1482. Sin duda, la mención al joven heredero malogrado es un eco virgiliano.

nuevo Sertorio? Y si rebolvieren las antiguas y modernas istorias, y las maravillosas hazañas de muchos excelentísimos capitanes, será mucho menor el número de aquellos que combatiendo han podido vencer sus adversarios. Mas si aqueste en antever tuvo linceos ojos, no le faltó en las cosas arduas y difíciles un leonino corazón. ¡Quién pudiese en esta parte declarar lo que en mí siento! Querría poder con mi lengua dezir cómo con tu pluma pintasses la profundamente y excelentísima grandeza de ánimo, ¡oh virtud raras vezes vista y en cuasi ningunos conocida! ¿Cuál cosa jamás de tan horrible aspecto le retardó de hazer quanto la prudencia le persuadía de ser útil y onroso? ¿Cuál repentino caso jamás le sobresalteó que le pudiese turbar? Es mucho loado de los sabios aquel capitán que antevée lo que se ha de seguir y huir; mas mucho más si después de antevisto, en la grandeza de la fatiga y el espanto de los peligros lo empide al hazer. Assí que ninguna parte fue tan ardua en la militar disciplina que por falta de ánimo no aya cumplido. Por ende, con más justa razón que a ninguno otro le fue dado el renombre de Gran Capitán Gonçalo Hernández³³⁸, con quien el arte de la guerra a florescer començó.

En los otros dos, que una voluntad en sus ánimas de nuevo criada parecía, acatados y temidos de los que virtud y fortuna en alto grado sublimado avía, se averiguava la mananimidad y desseo de morir antes con honra que bivar sin gloria o nueva afinidad, causa de tanta paz y sossiego o concordia aumentadora de tan prósperas casas, vencedoras de toda adversidad. Aquesta confederación, con tanta industria adquerida, a todos de nuevo renueva temor, oh principal de los osados, don Alvar Pérez Osorio, Marqués de Astorga³³⁹. Aquí se ha parecido el astuto consejo, la cálida invención, después de las rezias y innumerables discordias, fabricarse inexpugnable castillo con el principal de Castilla, Conde de Benavente³⁴⁰.

³³⁸ Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán (1453-1515); su importancia para tanto para el mecenazgo como para la datación concreta de la obra de Díaz ya se ha explicado a lo largo del estudio introductorio.

³³⁹ Primer Marqués de Astorga (título concedido en julio de 1465 por Enrique IV), muerto alrededor de 1480. Casado con Leonor Enríquez (cuyo abuelo materno, Diego Fernández de Quiñones, se citará unas líneas más adelante), es padre del Pedro Álvarez Osorio mencionado en la anterior galería.

³⁴⁰ Lo más probable es que se trate de Alonso Pimentel Enríquez, último de los condes de Benavente (con su hijo el título es ya elevado a la categoría de ducado), muerto en 1461. Casó con María de Quiñones, hija de Diego Fernández de Quiñones.

E desviado de aquestos, buelto a mi guía, le pregunto quién es aquel de cuyo rostro tan ilustrantes rayos salen, que mis ojos ya debilitados turbaban. Respúsome luego:

«Es el de muy alto linaje don Francisco Sarmiento, Conde de Sancta Marta³⁴¹. ¿Ves la vid de adonde proscede la maravillosa rama, so cuya sombra muchos se defienden y amparan? Si enteramente de aqueste supieses su esfuerço, su temor en lo desonesto, su osadía en las cosas de fama y gloria, su alto saber, su ferocidad en los rebeldes, su beninidad en los sujetos, ya no te maravillarías de Aníbal, Scipión César y Camillo. Si en los tiempos de Maro y Oracio con los otros poetantes biviera, dexaran sus fabulosas ficiones y hablaran de las verdaderas hazañas y famosos hechos, en paz y en guerra, d'aqueste cuyas cosas fatigan el sentido, escurecen la visiva potencia.

»Por ende, no trabajes en vano de quererlas alcançar, pues las cosas incomprendibles no convienen a ingenios mortales, mas sólo atiende los trabajos y angustias que del fiero Cupido, cuyo nombre por divino adoras, a la fatigada gente descubre.»

A la hora, oyo cuán mísero es aquel que esperança en cosa mortal pone, y mucho más quien embaxo del estandarte de Venus sufre pasión y tormento, pues su galardón no es otro salvo engañosa esperança, provechoso daño y dañosa ganancia, escala por donde quien más sube, más abaxa; cansado reposo, reposado trabajo, clara desonra y escura gloria, traidora lealtad y fiel engaño, cárcel a do van por ancho camino y al salir muy estrecho, patente entrada, dificultosa salida, gran confusión, dolores ciertos, dubdosos plazer, pensamientos en la mente, vanidades en los braços, fugitivos deleites, firmes enojos, rosas de invierno, elada en el estío, dudosa esperança, muy breve descanso, arrepentimiento y dolor por continua compañía, corazón sin cuerpo, paz, guerra y tregua, temor, desvergüença, entre verdes flores, secretas serpientes, sin morir, dos mil muertes y desmayos, procurar lo que de hallarse teme, luengos sospiros, breves risas, mil mudanças, elarse en el fuego y arder de leños, ceguedad, privación de la razón, veloces pensamientos, amenazas,

³⁴¹ Francisco Sarmiento y Sarmiento, III Conde de Santa Marta de Ortigueira desde 1476, que casó con Constanza de Arellano. Muerto entorno a 1479, su heredera, Isabel Sarmiento y Zúñiga, *La Bermeja*, casó con Alvaro Pérez Osorio, tercer Marqués de Astorga (noble para a cuyo servicio estuvo, en calidad de preceptor, Hernando Díaz).

heridas continas, robos por fuerça, ruedas que nunca cessan, esperanças en el aire, tristezas en el alma, promessas de fe vazías, fuego secreto y oculta llaga.

Después, manifiesta muerte y clara llama, inconstancia, temor y osadía, poco dulce, mucho amargo, sospiros, canciones, imperfecta habla, súbito silencio, breve plazer, luengos llantos. Y al fin, miel templada con assensios.

Entre muchos que estavan atónitos de oírle, vi uno cuya ferocidad me induzió a preguntar quién era. Respúsome Anselmo:

«Aquel que tú miras es don Diego Hernández de Quiñones³⁴², cuyo esfuerço, si bien lo especulares, hallarás ser mayor que el de Haníbal. Porque aqueste, gravemente herido, passó los puertos en la furia del invierno, más ásperos que las bravas Alpes y triumphó de sus enemigos, maguera fuessen rezios competidores.»³⁴³

Viéndome Anselmo cansado de mirar y no harto, buelto hazia mí con ledo semblante me dixo:

«Porque el tiempo es breve conviene que nos vamos, pero antes que te partas, particularmente te contaré las maravillosas cosas de aqueste lugar.»

Descripción de los Campos Elíseos y lo que significan, y cómo supo por la ánima de Astana el lugar adonde avían traspuesto a Ginebra.

Capítulo CXXX

»Por el prado florido se entienden las primeras vistas de amor, las cuales son deleitosas, y por cojer de sus flores todos acuden aquí. La puerta de diamante son los coraçones de las señoras que parescen luego piadosas, pero después a las mercedes más duras que diamante. Assí que a los míseros amantes traen al estremo de la vida. Las columnas de orientales perlas son los medianeros de aqueste amor, que de buenas palabras y promessas son muy liberales pero de efectos muy escassos. La letra no

³⁴² Diego Fernández de Quiñones, I Conde de Luna (en virtud de la concesión de Enrique IV en 1462), muerto en noviembre de 1491. Sobre la relación de varias de sus descendientes femeninas con otros nombres mencionados por Hernando Díaz, véanse las notas a pie precedentes.

³⁴³ Obviamente, no hace Díaz mención alguna de los más de veinte personajes reales italianos citados por Caviceo: su catálogo tiene menos componentes, pero sus hechos se glosan con mayor profusión de alabanzas. También es añadido de Díaz la *reprobatio amoris* en forma de enumeración de contrarios.

miente, porque a ciegas os dexáis caer: cuál la hazienda, cuál el tiempo loca y bovamente despende. Y después sin fruto alguno os halláis burlados.

»Las llaves son de oro y de hierro: con la primera se entra, que es con tributo, dádivas y manificencia; con la otra es desechado, con reguridad, aspereza, crueldad y inhumanidad y desconveniencia. La silla vazía no es otra cosa sino que aqueste amor es un sueño y una fengida potencia, y por ende está vana. Aquellos que la rodean, con templança y cortesía y por exercicio virtuoso, han ganado honra y fama. Y aunque te parece que den de contino bozes, no es porque hagan movimiento, pero con amorosa vida han bivido y entrado aquí, con aquellos trabajos que demuestran. Después que el hombre, vencida la razón, a ciegas en aquesta trabajosa lucha, se mete, con tantas cadenas se halla preso, que salir no puede: esperança, celos, apetito, gastos, enojos, pazes, guerras, bien y mal mirar, palabras dulces y amargas, lascivia, temperança, liberales y escassas promessas, tarda y presta diligencia, simular y dessimular. Con aquestos lazos está hombre encadenado, assí que parece que la potencia del libre alvedrío le sea quitada, de forma que siempre de aquesta amorosa llama queda siervo.

»Todas aquestas ánimas, de su pecado arrepentidas, están a mayor gloria atendiendo.»

Remirados todos aquellos lugares, quedé de dolor inestimable cargado, cuando vemos por la sombra oscura, con tenebrosa niebla, en la infernal laguna descender una ánima a rezios gritos merced y piedad demandando. Hecho atónito y misericordioso, pregunto a Anselmo:

«¿Cuál pecado, oh padre mío, trae a aquella ánima a lugar de tanta pena?»

ANSELMO.—Mientras el cuerpo regió, siempre su vida con ingratitud y maldad en el mundo bivió.

PEREGRINO.—Anselmo mío, por aquella sanctidad que en ti resplandesce, dime de qué región viene aquesta triste ánima y cuánto tiempo ha que dexó el cuerpo en la tierra.

Y él “Por ti mesmo lo pregunta” me respondió.

Hecho osado, primero que los labrios a la demanda soltasse, la ánima, adevina, toda espantada, no de otra manera tentó la huida que hizo la reina Dido del piadoso troyano. Mas la divina omnipotencia, de la cual esconder ninguno se puede,

por mayor su mal parar la hizo y por virtud de Anselmo, constreñida, así gritando dixo:

ASTANA.—Yo soy Astana, la que de tu mal fue causa.

“¡Oh cruel!” quise esclamar, cuando sospirando y llorando dixo:

«Bienaventurado tú, Peregrino, a quien de tu trabajo el premio está aparejado³⁴⁴: dexa las lamentaciones y lágrimas a aquellos³⁴⁵, que el dolor ninguna cosa les alivia. Aquella traidora que a todo el mundo y a los Infiernos pone ley, me forzó a la cruel y malvada obra, que fue la Avaricia, de adonde toda crueldad procede.»

Dichas las breves palabras, ívase hazia la sombrosa selva, cuando Anselmo para sí la llamó, por saber la habitación de mi Ginebra.

ASTANA.—Toda breve tardança me parece eterno tormento. Si alguna piedad en aquestos infernales lugares es reservada, yo te ruego, oh ánima santa, no me empidas mi fatal camino, mas luego que sea satisfecho a tu ardiente desseo, me embía en paz. Ajeno reino posee a tu amada Ginebra, la cual sobre el Adiátrico mora.

A la ora, quexándome digo:

«Larga y confusa fue la tu respuesta. Dime más claro su propria morada.»

ASTANA.—Allí está un templo dedicado a aquella quien cassi no de vida santa glorioso principio dio. Agora d’oy más hecho por ti mesmo doctrinado, regla tu bevir.

PEREGRINO.—¿Cómo la llevaron a tan larga tierra, y de qué manera entró aí?

ASTANA.—A hablar de aquestas cosas el Cielo no lo permite: ve y bive y queda en paz, que a hombre solícito buena fortuna le acompaña.

Dichas las palabras, toda dolorosa, espantada de nosotros, huyendo desapareció. ¡Oh divina justicia, que ninguna cosa menos que honesta dexas sin castigo! Por tu clemencia has permitido el daño con perpetuo tormento fenecerse, adonde los engaños y traiciones se corrigen.

Aliviado de tantos afanes, sobre aquel prado me comencé a sentar, por dar reposo a los cansados miembros. Estando entre vela y sueño, siento una boz que dize:

³⁴⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: aparejado *P*: oparejado

³⁴⁵ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: a aquellos *P*: a quellos

«A hombre negociante sueño y ocio no conviene.»

Despertado como beudo del sueño profundo, y pasmado de la representación de tanta vista, acá y allá me rebuelvo, por ver si estuviessen aí presentes todas las cosas que vi. Solo era Anselmo en el lugar de su oración.

Descripción del tiempo cuando Peregrino se quiso despedir de Anselmo.

Capítulo CXXXI

La hija de Herebo ya la cuarta carreta hazia nosotros deresçava, cuando me pareció razón sacar a Anselmo de tanto cansancio. E díxele:

«¡Oh ánima elegida, yo de oy más, siendo por tus intercessiones satisfecho, he deliberado con tu licencia, después de la divina comendación, tomar hazia la demostrada tierra el camino, pensando ser demasiado con razones sin provecho al acrescentamiento de las divinas obligaciones querer satisfacer. A las cuales, si con efectos ocurrir quisiesse, no bastaría el tesoro de Midas ni el alto poderío de Octavio. E si con palabras, todas las desembueltas griegas y latinas lenguas serían mudas; si con ejercicio corporal, todos los trabajos del hijo de Alcmena serían ningunos a respecto de lo que tus merescimientos me obligan y merescen.

»Y no teniendo cosa alguna preciosa que sea ni a tu dignidad ni a mi gran fe conveniente, toma de mí aquella parte adonde todo deleite y afán como en propia silla se reservan. Y haz d'ella según tu alvedrío.»

Fenescidas las palabras, todo de herviente caridad ardiendo, me tomó mi rostro y castamente besado, assí me respondió:

«Mientras biviendo tenemos libertad de poder con nuestra flaca barquezilla discurrir por aqueste tempestuoso mar, proveamos de desviar los peligrosos lugares de los cuales todo el océano está lleno. E mucho más son los secretos que los manifiestos, por que del tiempo y de nosotros mismos, engañados, no perdamos el cielo y el mundo como hazen aquellos cuyo dios en la tierra es lascivia y desordenado apetito.

»Hijo mío, acompáñote de doloriosa y piadosa compassión, consideradas aquestas tus inútiles y insaciabes fatigas, las cuales proceden por amar locamente, lo cual no conviene a persona sabia ni desseosa de honra, porque tanto más de ti se desviará, cuanto más a la sensualidad te apropincuares. E si con sossegada ánima considerares bien qué tal sea el fin de aquellos que esta vida siguen, hallarás no ser otra cosa que trabajo y dolor. Assí que, en tanto que eres de ti mesmo señor, gobierna con tal prudencia aquesta tu peligrosa barca, a la cual de contino combaten infinitos malos spíritus: que parezca que de ti y de tus cosas seas señor. Tu edad ya no tiene más necessidad de ayo, pues que a otro devrías ser padre y maestro. O si la presente nuestra contemplativa vida te aplaze, yo te la ofresceré con aquel coraçón con el cual desseo toda tu salvación.

»¡Oh verdaderamente beatos y elegidos aquellos spíritus en carne humana que la mucha soledad han tenido por único refrigerio de sus pensamientos! Por dichoso se puede tener a quien, por gracia del cielo, es concedido sus propios trabajos con aquella compañía repartir en partes. Scipión, después de las memorables vitorias, otra cosa más que soledad no curó. ¡Oh florecido yermo, oh próspera vida de adonde procede el conocimiento de sí mesmo, el divorcio de los vicios, el sossiego del cuerpo, la paz de la ánima, la verdadera consideración de las cosas provechosas, el desvío de todos los peligros, assechanças y engaños de los enemigos! Lo cual considerando el orador de Arpino, después del muy rebuelto senador las sufridas çoçobras, a semejante lugar por su paz se retruxo, adonde por gran don medio libre se llamó. Quinto Mutio Scévola, hombre muy sabio, no halló a su angustiada vida otro camino más seguro que retraerse. El buen Augusto, después del amansado mundo, hecho conocedor de la dulçura de la soledad, siempre hablava d'ella.

»Aqueste es el descanso de las presentes fatigas y el premio de las passadas, e la verdadera esperança de las venideras. Séneca el moral, después de los passados trabajos, del ingrato discípulo mal galardoneado, otra cosa más que vida solitaria con mucho desseo no pedía. Aquel gran thebano con el cual la militar y liberal disciplina nasció y murió, por exemirse de los rezios cuidados, a la vida beata se passó, e con gran solicitud a tañer y cantar se dio. Aquel griego que causó a Troya el postrero desbarate entre los peligrosos barrancos de la guerra otro deleite que la soledad no

halló. Aquel cierto oráculo de humana sapiencia, Sócrates, repartía el tiempo en aquellas obras que naturalmente son más de ocio que de trabajo. A esta vida son deudores Helicón y Parnasso, a esta honra la filosófica escuela y todo alto intelete haze reverencia. Aquesta es la salud y gloria vuestra. Aquesta es el fundamento de la una y la otra vida, aquesta a los delincuentes haze de gracia dignos; a los furiosos priva del furor; a los débiles da memoria y entendimiento; a los desviados, sentido; a los indotos, prudencia; a los cobardes, esfuerzo; a los pusilánimos, magnanimidad; a los lascivos, costumbres y continencia.

»E si la buelta a tu natural patria te satisfaze, acuérdate de tener respeto a la vida, a la tierra y a los sostenidos trabajos. E si de passada vieres a Polimio, de mi buena salud te plega hazerle cierto. Tú puedes estar o ir: aquello que a ti más te deleita a mí mucho más me aplaze. Mi parecer sería que primero que a tan larga buelta te aparejasses, por amatar algún tanto el dañoso fuego, visitasses el lugar adonde Sant Pablo hermitaño el despojo corporal dexó.»

Y porque a sordo y a mudo amonestarles ninguna cosa aprovecha, no dava audiencia a los saludables consejos de Anselmo, por la representación de Ginebra, que otra cosa salvo d'ella pensar no podía. Mas assí razonando, baxamos a su hermita, adonde algún tanto recreado y galardoneado, me partí.

E luego me fue a la posada del patrón veneciano, de quien fue reprehendido que no deviesse tan presto tomar la conversación de la morisca gente, por ser de natura a traición y avaricia muy inclinada. Agradescida su amorosa y paternal amonestación, después del reposo de cuatro días, cometióme a la fe, gobierno y guarda de un rico genovés, el cual en El Caire de perlas orientales era gran mercadante. Dado el principio al camino, en ocho días a su estança llegamos. Hecho acordado de quanto Anselmo me avía dicho, me fue al abad de los jacobitas, que del desierto yermo adonde Paulo habitava tiene el imperio y solícito cuidado.

Peregrino visitó los antiguos monesterios, y mayormente el de Sant Pablo heremita.

Capítulo CXXXII

Eran en aquel tiempo los monesterios necessitados de mantenimientos por la frecuencia de los salteadores alárabes. Por ende, le fue necessario de embiar un navío para traer provisión, sobre el cual subí. Y caminando por el Nilo, en tres jornadas a la parte derecha, hazia la India Mayor, hallamos las salinas del Soldán, adonde se cría sal de diverso color artificiado. Una jornada de allí están edificios de trezientos monesterios, y siete solos retienen la primera forma. Los otros, dessolados y igualados, por tierra están. Aqueste es un desierto de camino de sessenta jornadas hazia la India. Aquí no ay hoja ni árbol, ni yerva ni cosa alguna a la vida humana apropiada, excepto algunas fuentes de muy buena agua. Y cuando acontese que Phebo esta en el banco para remirar la tierra, es una maravilla considerar el resplandor de aquella llanura, por virtud de las piedras que allí nascen, que todas tienen del lustre oriental. Yo cogí tantas que fueran bastantes a la pompa del pontificante hebreo.

Devotamente fue aceptado de aquellos muy liberales monjes. Hecha reverencia al templo, visitada la sepultura del grande heremita, humanamente despedido de los religiosos, prósperamente torné al Caire, y después de tres días me fue a Alexandría, adonde hallé una nao con la cual baxássemos a Chipre, passada Rhodos y Candia, con el estrecho. Y cuasi seguros de toda nuestra felicidad, quedamos muy consolados, cuando aquella, ingrata y, más que Chimera cruel, que las cuatro imperatrices a tierra hizo baxar (y tanto las causó humillar que otra cosa que fábula y historia d'ellas no quedó) embidiosa a tan gran mi contentamiento, contra nuestra nao los hijos de Astreo, Titán y Aurora comovió, que nunca tan crueles el hijo de Saturno por el nascido Epapho los experimentó. Cansados y fatigados los marineros de fuerça corporal, por el reboltoso mar, abatidas las infladas velas, por la gran carga, con tanta furia el mástel inclinaron, que a mirarnos todos parescíamos antípodas.

Después, por gracia de aquel que la Arca del gran padre de semejante naufragio salvó, llegamos a un desierto lugar adonde, echadas las áncoras, para alivio de las perdidas fuerças, algún tanto reposamos.

Peregrino, llegado a Macedonia, engañado del sueño, fue dexado y olvidado allí.

Capítulo CXXXIII

Ya inclinado Phebo al Occidente, el cual por la intensa calor dessecado nos avía, nos puso osadía a algún tanto solazar. Hechos sedientos más que herido ciervo por la entrañable, comovida virtud, industriosamente buscávamos el refrigerio de alguna fuente para aplacar la trabajosa sed. E assí caminando, solazando y razonando nos desviamos un buen trecho de la playa. E hallado lo que con gran desseo se buscava, por el cansancio del atormentado cuerpo sobre el manto de la desnuda tierra los cansados miembros assentamos.

A un tienpo los discordes hermanos apaziguados, a nuestra nao paz y sossiego dieron. Y la noche, adormidos con aquella humedad del aire, nos sepultó. Ya Lucina, hecha liberal de su resplendor, nos combidava al próspero camino, cuando el trompeta del recoger a la nao ressonava. Aquellos que, por más seguro reposo, por la playa velavan son retraídos en uno, y pensando el patrón que nadie faltava, tanto por la noche quanto por el desseo de dar velas a la dichosa navegación, fue suelta la nao, dexados entre los bosques y matas los míseros Peregrino y Achates.

Y tanto nos detuvimos, que la Aurora, de nosotros apassionada, con la su primera vista de nuestro gran mal nos fue pronunciadora. Desvelados, deresçados en pie, con passo ligero fuemos adonde estava la nao. Sólo el mar de sí nos hizo copia: ni nao ni hombre que a los tristes diesse ayuda vimos. De esperança desamparados, nuestras lenguas en agras querellas soltamos, a la ingrata Fortuna y a la noche y al sueño y a nosotros mismos acusando y llorosamente maldiziendo. Como hambrientos vagabundos perros agora acá, aora allá discurríamos. Inorancia de la vía, hambre, pobreza, afán, amor, celos, desdeño, reprehensión de nosotros mismos

nos acompañaban. E assí acezando, temerosos y cansados, por camino y sin camino, llegamos a la fuente que de nuestro mal fue gran ocasión, a la cual viendo, assí maldeximos:

«¡Oh cruel fuente que al³⁴⁶ hermoso Narcisso en flor convertiste! ¡Oh fuente inhumana que al gentil Acteón en forma de fiera mudaste! ¡O fuente que de la Ley Divina al pueblo retruxiste! ¡Oh fuente sin piedad que a los fieles amantes Píramo y Thisbe a una agra muerte juntaste! ¡Oh ingrata fuente!, ¿en qué te ofendió jamás Peregrino para que con tu suave, dulce y soñoliento sussurro en tanto extremo de vida nos ayas puesto?

»¡Oh noche sin ventura, oh desdichadas jornadas, oh sueño cruel, oh Sol muy piadoso, por qué consentiste que fuesse digno de verte! ¡Oh mi señora tan desseada, bien veo que el cielo y las estrellas, los vientos y la agua y la tierra, y toda cosa elementada para deshazer nuestro amor se han confederado! ¡Oh cuánto es bienaventurado quien sobre la otra ribera reposa! Pero más lo es quien nunca nació...

»Fuesse yo cierto, mi Ginebra, que un mesmo corazón regiesse dos cuerpos, que el penar y el morir descanso me sería. Pero temo que la mucha tardança no ponga en olvido a mi fiel servicio. ¡Oh spíritus errantes, si piedad alguna en vosotros mora, hazed saber a mi señora mi cierta venida y de mi buelta hazedla segura!»

Peregrino vino a servir a unos pastores por socorrer a su gran hambre.

Capítulo CXXXVIII

Ya començavan los vazíos estómagos a pedir su deuda, hechos solícitos por la nescessidad. Yervas y raíces, con la maldita fuente, nos dieron una muy escassa comida y muy templada cena.

Passado el tercero día, començaron nuestros ojos a escurecerse, agora por la dañosa humedad de la noche, agora por los tristes, duros, ásperos y no acostumbrados

³⁴⁶ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: a el

manjares, cuando a unos pastores con su apascentado ganado sentimos hazia nosotros venir. Y embían delante cuatro mastines (de mayor altura y ferocidad que fueron los que el grande Alexandre por soberano don al rey Albano embió), los cuales como nos vieron, con su cruel ladrido y veloce curso, pensando que fuésemos selváticas fieras, hazia nosotros se deresçaron. Y tanto más el correr redoblavan cuanto de los pastores con la grito eran incitados. E si la ayuda de un gran árbol, sobre el cual como aves subimos, no nos diera la vida, fuéramos hechos presa de mastines, los cuales junto con los pastores al pie del árbol cruelmente ladravan y gritavan.

No éramos más entendidos que si fuéramos fieras. Víamos a los pastores, con crueles saetas y arcos armados, con ingenio y ojo sutil a nuestra triste vida encarar. Amargosas lágrimas, hervientes sospiros, gemidos sin lengua pronunciados eran nuestras defensas. Después, la divina virtud algún tanto los pastoriles coraçones mitigó y a humana compassión inclinó: despositados los arcos en señal de seguro, estendidas las manos, con ledo rostro nos hizieron baxar.

Fue nescessario contarles por señas nuestra tan gran desventura. Comovidos de entrañable piedad, e viendo nuestro gesto por la consumidora hambre amarillo, combidáronnos a su rústica mesa. Nosotros, que otra cosa más no desseávamos, la humaníssima oferta alegremente aceptada, retruxímonos a la refeción corporal. Traído lo que bastava para nuestra nescessidad, a la debilitante hambre despedimos.

Alçada la mesa, por el tiempo y la necesidad allegámonos a sus servicios. Y en aquella amarga y trabajosa servidumbre sirviendo y penando, anduvimos a la docta Athenas, la noble Thebas y la alta Micena, la cual, soterráneamente y como jornaleros de tierra, buscamos, por ver si cosa de antigua memoria digna se hallasse. Hallamos una estatua de mármol cuyos dorados cabellos con la hermosa y devida proporción nos demostrava o de Venus o de la hija de Leda ser cierto dechado. Contemplando se maravillava Achates de tan excelente cosa, y acusava el ingrato cielo que a nuestra edad de semejantes beldades uviesse privado. Y quexándose dezía:

«¡Oh glorioso siglo, oh digno atavío de la eterna bienaventurança! ¡Oh enxalçada belleza, por la cual no la Asia y Europa, mas toda la máchina del mundo y

el más alto cielo dexarse devrían! ¡Oh troyano pastor, rico de tanta presa, en el mundo dichoso!»

Viendo desenfrenado en tanto loor y vituperación de nuestros tiempos a Achates, como si Dios y Natura de todo celestial don nos uvieran privado, quise que a la imaginación allegasse la ingeniosa fantasía, y desviada toda pasión que en el corazón del que juzga caer pudiesse, parte por parte singularmente descendiendo lo juzgasse: por ventura no toparía a los cielos de sus gracias tan avaros como él decía. Sonrióse Achates diciendo:

«Primero te entendí que hablasses. Agora, pues que de semejantes aplicaciones eres muy buen juez, júzgalo tú, y mira que el apetito no se desvíe de la verdad, porque fraudulenta consciencia no trae contentamiento.»

A la hora, gritando digo:

«¡Oh maravilloso siglo, mucho más a los poetantes pregoneros que al cielo deudor, la discreta Grecia en loar sus cosas en parte alguna no ha sido muda! Agora mira que Dios y Natura han dado al sexo femíneo el montón de las gracias, mas en sola Ginebra las han puesto juntas. Afama la Grecia la belleza de Helena, la continencia de Penélope, el limpio amor de Arthemisia, la herviente tolerancia de Hipsicratea, la fortaleza de Thamiris, el consejo de Thetis, la templança de Argia, la piedad de Antígone, la maravillosa constancia de Bidón. Enxalça la romana magestad, la castidad de Lucrecia, la gravedad de Marcia, el muy piadoso ímpetu de Veturia, la temprada alegría de Claudia, la graciosa elegancia de Julia, la gentil criança de Cecilia, la fortaleza de las Cornelias, la alta manera de Livia.

»E si todas aquestas con la presente imaginación comparasses, hallarías o pocas o ningunas a respeto de aquella que fue y es al mundo sola.»

Peregrino llegó a la isla Diomedea, adonde halló unos religiosos de muy buena y sancta vida.

Capítulo CXXXV

Salidos del lugar, caminando y penando llegamos a la ciudad, no mucho distante del clima³⁴⁷ adonde el gran romano peleando fue vencido y corrido. Después sienta a Achates, que murmurando persevera en loar la Antigua Edad, la nuestra desonrando, agora el exercicio militar, agora el descanso de las letras alabando, paresciéndole que buenas costumbres, fe, clemencia, grandeza y fortaleza, hermosura, dignidad, gravedad y cualquiera virtud y bondad del mundo fuesen desterradas. A lo cual le respondí:

«Mi Achates, toda edad en su tiempo se ha quejado, y en superabundancia tuvo llantos, quejas, lamentaciones y afanes, crueldad y avaricia y inorancia y simpleza. No han sido todos medio dioses como la historia canta, mas ello fue un codicioso pensamiento de quien va a altas y generosas cosas y hazañas. E nosotros, deleitados d'ellas, vituperamos las nuestras, por loar las ajenas, lo cual no es en todo dino de castigar, por que sea una incitación de seguir a la virtud todos los que venieren.

»Mas porque la materia requiere reposo, quiero que la diferamos a otro tiempo. Y aquello que a nosotros será trabajoso, a los que de nosotros descendieren será deleitoso.»

Ya entrava el mes de aquel que a los compañeros del reino desechó, cuando acompañados de la lumbre de la hermana de Phebo tomamos el camino hazia el puerto marino, a do era llegada una trirreme. Humillado al patrón, le rogué me quisiese hazer merced del passaje hasta la tierra del famoso puerto. Humanamente fueron mis pregarías recibidas. Puesto en la nao, dadas las velas a los vientos, los hermanos discordes, que un año me avían tenido captivo, adivinos de alguna mi buena felicidad, como primero fuesen desviados de la playa, de diversos cantos

³⁴⁷ Traduce Díaz al pie de la letra el cultismo *clima* que, con el valor de 'región, país', emplea en este punto Caviceo (*ed. cit.*, p.265).

començaron a mover la trirreme, de manera que al regidor y governador de la angustiada nao era dificultoso juzgar a cuál camino desresçarse pudiesse la proa.

Perdida la esperança, hechos compañeros de Fortuna, comendamos las personas y las velas a la discreción de los vientos, que por divina compassión nos llevaron a la isla de Diomedes, adonde de aquella reina, virgen y madre y hija, la assumption se celebra. Allí vi tres altas cuevas y sobre la una, un edificio católico que ni tal ni semejante tiene la romana silla.

Abaxados, hecho de nosotros a Dios muy piadoso holocausto, visité al guardián del monesterio, cuyo nombre era Urbano, el cual, con el muy facundo y discreto Ernio, descansava, que viniendo de la romería sancta, los vassallos de Eolo allí le avían también echado. No quedó oficio alguno de caridad que a mi salud y alivio fuesse conveniente y necessario.

Peregrino fue amonestado de un religioso cavallero, Vanegas³⁴⁸, que dexasse aquestas pueriles passiones y reservasse su vida a mejores usos.

Capítulo CXXXVI

Especulada la grandeza y dinidad del templo, que de pirámides semejança representava, deleitado tanto con la obra quanto con aquellos celestiales hombres, fue aposentado en una estança más real que vulgar.

A la noche, por el trabajo de las sostenidas fatigas, los debilitados miembros, entre sueño y vela, sossegado reposo no hallavan. Siento un cierto roído de unas tan tristes bozes, quanto si a los propios hijos en juvenil edad fallecidos las muy piadosas madres llorassen. Ingeniosamente me llevo a Ernio³⁴⁹, y humanamente le demando qué bozes sean aquestas. Él me respuso:

³⁴⁸ No se encuentra una explicación convincente para este cambio de nombre del original que, por lo demás, sólo aparece en las rúbricas.

³⁴⁹ El *Vanegas* de los epígrafes es, en el cuerpo del texto de Díaz, *Ernio*. En Caviceo, *Matheo Bosso*.

«Tú estás en la isla adonde el corrido Diomedes los miembros dexó. Aquestas bozes que oyes son los compañeros, en aves convertidos, que de contino por memoria de su muerte hazen semejantes plantas, según que Urbano me dixo.»

Dado principio a aquel hablar, antes de la mañana fue preguntado la causa de mi peregrinación. E como supo que por amor penava, con amorosas palabras y vehemente benivolencia me amonestó para que, agenado de aquestos mortales cuidados, yo me quisiesse dedicar a la religiosa servidumbre, adonde hallaría paz, gozo y bienaventurada vida; lo cual me sería fácil a ganar y sostener, cuando de la presencia de la engañosa señora voluntariamente fuesse desviado, y que ligeramente se podría hazer con una sola inclinación de corazón:

«Si a la tierra tú buelves, más que primero arderás. Y quanto más a la madura edad te llegares, tanto más vergüença te será. Si en aquesta solicitud quedas, en breve tiempo te bolverás tuyo y despidirás de ti aquestas dañosas passiones en cuya compañía, mientras bivieres, siempre huirá de ti libertad.

»Nuestra vida, Peregrino (assí como por dotrina aristotélica creo que sabes) no de otra manera que por buenas costumbres se puede hazer discreta y perfeta (aunque otros digan que por sciencia y por Natura, y otros afirmen por complessión toda nuestra virtud y maldad acontescer), lo cual no se concede si de la reta costumbre somos apartados. Tú debes pensar que biviendo en aqueste deleite nunca te podrás disponer a cosa alguna ni virtuosa ni provechosa, porque no es solamente difícil, mas cuasi imposible el poderse templar de las cosas deleitables, porque los hábitos en la alma quexados dificultosamente se deshazen.

»E aunque, a las vezes, en ausencia a tu fantasía la memoria de aquellos poseídos plazerres o sostenidos trabajos te ocurra, no teniendo delante de tus ojos el objeto inclinativo, fácilmente toda tu pasión se te pondrá en olvido. Créeme, Peregrino, que el Sol tanto calienta quanto vee. Assí hazen aquestas amorosas passiones, las cuales no son otra cosa que una simple sinificación, mas después que son colocadas en la parte sensitiva, las más de las vezes se convierten en dañosos y solícitos cuidados y desenfrenado furor. E buélvense muy más inflamadas por el resplandor de los ojos de la cosa amada. E luego es fácil cosa trasmudarse en los compañeros de Ulisses. ¡Oh cuántas vezes vosotros, míseros amantes, por artes y ficiones de mugeres sin vuestra culpa sois vencidos y maltratados! En un momento,

Amor os esfuerça, celos os turban, el desseo os trasporta, el no poder os trae desesperación. Un acto, un mirar, una palabra os pone en extremo de vuestro bivar. Cuántas vezes entre vosotros mismos os indináis y atormentáis, sin razón, y dezís: “Miréla, habléla, sonreíme, saludéla... y no respondió. Tornéla a mirar, y no quiso bolver.” En semejantes novelas se os passan noches y días sin sossiego. Todas aquestas passiones por ausencia cessarán, y en presencia tanto crescerán, que te traerán a aquella estrema miseria que, siendo prudente, más amada te devría de ser la muerte que la vida, la cual hasta agora me parece mal consumida.

»¡Oh mal reglado, oh pobre de consejo, oh triste y inhumana suerte, oh desdichada vida, con cuánta presteza, arte y ingenio corres a caer! ¡Oh cuánta, ceguedad trae al ciego mundo aquesta mortal amorosa llama! Atiende, Peregrino. Quincio, del arado revocado, corrió a la dictadura. El pobre Scipión, de Carthago y de Anthioco fue domador y vencedor. Revoca algún tanto tu pensamiento en mejor uso, e piensa cuántos tristes cuidados a tu divina especie perturban y hieren. Dexa el arado de la concupiscencia y entiende en cosas onrosas y graves. Considera cuántas públicas y particulares desaventuras has sostenido. Despierta a tu flaca y negligente alma. Ocupa aqueste tu alto ánimo en cosas de honra. Carga aqueste tu generoso espíritu de más onesto peso. Piensa con quién tienes perpetua guerra: no con macedónicos, no con alárabes, no con famosa gente, mas con el cuerpo inhumano, que nunca a piedad ni a discreción ni a razón dio lugar.

»¡Oh divina especie, oh hombre, inspirado de tanto espíritu para dexar la angustiada fatiga! Deposita las velas en más tranquilo puerto y mira que eres captivo y prisionero de quien piedad no siente. Cosa tan baxa no conviene a tu alto estado. Considera de cuánta poquedad es confiar el cuerpo y la alma al imperio de una muger, que siempre de razón careció. Mira, hijo, que la gran servidumbre nasce de mucha licencia de bivar, porque no es de hombre discreto seguir el vano apetito y despreciar la razón con quien se deve conformar cualquiera sabia persona, la cual, siendo por Dios del celestial rayo alumbrada (assí como del gran Tulio somos amonestados y reprehendidos), a la virtud y a cosa de mucha manificencia se deve allegar. El tu tan alto linaje meresce que atiendas a más altas y soberanas hazañas que te puedan hazer bienaventurado. Anaxágoras, philósopho, preguntado para qué fuesse nascido, respondió: “Para contemplar el Sol.” No dixo el Sol por la lumbre

solar, mas por el primer principio que a cada uno criado da el resplandor del entendimiento y de la virtud, a la cual todos devríamos de imitar.

»¡Oh dulce y fatigado reposo! ¡Oh reposado ejercicio! ¡Oh lucha alabada por los antiguos y celebrada por los modernos, a la cual Dios y Natura y el mundo y el natural desseo nos llama, combida y provoca! E quando jamás temor alguno de pena temporal ni premio de las padescidas fatigas a amarla no nos forçasse, devríamoslo de hazer por nuestro contentamiento y buen exemplo, tanto de los amigos quanto de los enemigos, y por satisfacer a nuestra entrañable consciencia que siempre nos stimula.

»E acuérdate de ser hombre y no alimaña: discurre el tiempo, modera lo que quiere razón, y soy cierto que despedirás el fiero pensamiento de aqueste turbado deleite, el cual todos los que quieren ser libres deven de dexar por la mortal pestilencia del cuerpo y de la ánima. E si fuesses inocente en pecar, la amarga solicitud en tanta congoxa te meterá el corazón, que ninguna cosa de ti mesmo puedas prometer. No fue deleite, mas fatiga la que al grande Alcides en el mundo deificó.

»¡Oh cuántos generosos spíritus aqueste inútil y furioso cuidado ha destruido! ¡Cuántos reyes y poderosos señores son derrocados de aquella amorosa llama que truxo al extremo a Antonio, Nerón, Cayo Calígula, Catilina, Sardanápalo, Demetrio y Siphaz! Considera, Peregrino, que es esto el reposo de todos los lascivos y ociosos hombres. E no quieras ser más³⁵⁰ curioso de las cosas ajenas de lo que conviene a libre y prudente hombre.»

Peregrino responde a Ernio con eficaces razones.

Capítulo CXXXVII

«¡Oh mi Ernio! Del philósopho es clara sentencia que la virtud uñida es mucho más fuerte que la derramada. E tanto más fatiga, atribula y comueve quanto se halla en sujeto más noble y delicado.

³⁵⁰ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: más *P*: más más

»Y teniendo yo en el retrete de mi alma fixa y cerrada la memoria de mi Ginebra, por quien tantos peligros he sostenido, cualquiera representación por vela o por sueño que se me haga es representadora d'ella; todo bien y mal favor y desfavor que se me ofresce viene en nombre de Ginebra. A todo aquello que pienso digo y hablo me parece estar presente Ginebra. Aquesto es un contino y perdurable incitamiento. Un ardiente fuego, una llama que abrasa mi alma. E siempre creo d'ella a la peor parte, o que sea maltratada, o que por tanta mi ausencia dé su gracia a otros amadores. Aqueste es el cuchillo que el corazón me traspasa, aqueste es el dolor que con la razón vencer no puedo. ¡Oh Dios, antes sienta yo la muerte que tal herida!

»Assí que, reverendo padre, mucho más se arde en ausencia que en presencia. Y tanto es diferente de lo uno a lo otro, quanto es la alma del cuerpo, lo cual por exemplos es manifiesto: ¿cuántas enamoradas señoras has leído y oído nunca en presencia morir? Y por ausencia, son infinitas. Pues luego más fuerte es el amar ausente que presente, porque viendo a mi sola señora, algún tanto me hallo consolado. Y aunque, a las vezes, por privación de algunos favores me entristezco, el su tan grande objeto me sostiene y contenta, tomo seguro de la merced del venidero bien.

»Señor, si de dos contrarios se predica una mesma doctrina y sciencia, teniendo tú la guerra amorosa por agra y cruel, ¿qué tal crees que sea la paz y reintegración que se sigue? Aquesta es el anzuelo, aquesta es la salsa. Aqueste es el vínculo y cadena del sagrado amor, cuando cada uno gemiendo y suspirando, llorando, besando, reyendo y holgando recuenta las sostenidas passiones. No ay suavidad en el mundo que a ésta igualarse pueda. Cualquiera otro descanso, en comparación, es ninguno. ¿No vemos nosotros, por razón física, el trabajo algún tanto más de lo acostumbrado traer más reposado reposo y profundo sueño? Assí que quien quiere largamente amar y prósperamente perseverar, no siga paz, mas siempre esté en inventar nuevos incitamientos, porque adonde paz y seguridad se juntan³⁵¹, pereza y ocio entran, que son la muerte y universal caída de amor.

³⁵¹ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: junta

»Y aquestos que vosotros llamáis trabajos son descansos y grandes consuelos. E aquello que a los otros parece enojo, a los amantes es vida bienaventurada. Por ende, mucho mejor reposa el hombre en presencia que en ausencia.

»Temiendo yo que mi dulce enemiga guerrera no caya en alguna desventura por estar fuera de su reino, delibero por menos peligro, impetrada y alcançada tu sancta licencia, assí consolado, partirme de ti, pagándote aquellas sempiternas gracias que al presente pobre mi estado y no a tu dinidad conviene. E no pienses que la conversación de Ginebra sea libidinosa o mala, mas onesta y casta, assí como conviene a cavalleroso espíritu.»

Peregrino y Vanegas por diálogo disputan si se ama más ausente que presente.

Capítulo CXXXVIII

«Peregrino, tú no me negarás aqueste possible contingente, cuando en un tiempo acontece que el cuerpo y los espíritus se quexan, ¿en qué perplexidad entonces te hallas? ¿Adónde vaga tu pensamiento? ¿No es aquesto el mayor tormento que imaginarse pueda? Cuando de ninguna parte merced ni favor se espera, en los ausentes no pueden ocurrir aquestos accidentes. Antes es lícito y concedido el holgar y descansar a su voluntad, por no ser presente a las continas accidentales passiones.»

PEREGRINO.—Ernio, tú arguyes lo imposible. ¿Quién fue tan sin ventura que en amor no hallasse merced? Con tanto que sean presentes y amantes, ¿crees que les aya de faltar el beneficio de criada o criado, o de vezina o parienta, o de cartas o de fengidos pobres? Juegos, danças y fiestas públicas y secretas son cosas dispuestas a pagar acrescentado premio. ¿Y crees tú que si él se enciende, que ella no se abrasa; y el fuego que enseñoorea en uno falte en otro? Que si fuessen de diversas opiniones, de todo punto irían fuera del título de amor, mas cuando se habla de verdaderos amadores, ni ira ni desdén, ni largo tiempo los pueden desviar de la devida merced y conveniente consolación. Por ende, por evitar mayor mal, he ordenado de bolver a consolar y ser consolado.

Mostrava semblante Phebo del nuevo día, cuando después de los dulces razonamientos, despedido del sancto guardián Urbano, subo en una nao. Y dando velas passamos la Manfredonia, y el peligroso monte Anconitano con las procelosas fuessas de la Marca³⁵², y llegamos a la antigua ciudad, dudoso rescebimiento a las cesáreas legiones cuando entre el suegro y el yerno la discordia creció. Hechos temerosos de una nueva mudança del aire, entramos en puerto con grandíssimo silencio. Morava allí, en aquel tiempo, un cavallero que tenía aquella tierra como por suya, el cual no menos ingenioso que desseoso de cosas nuevas, por la llegada nao se fue al puerto.

Y astutamente espiando, supo de la condición de los navegantes. E como de mí tuvo clara noticia, no sufrió mi estança ser en otra parte que en su propio palacio, más sunptuoso que necessario. Ni con menor voluntad fue rescebido que sería Tulio del pueblo romano cuando del destierro hizo la dichosa buelta. Entrados en diversos razonamientos, entre la pontifical cena y sossegado reposo, prósperamente se me passó aquella noche. Hecho el siguiente día, desseoso de saludar aquella tierra sancta que de mi vida era futura consolación, dispóngome, contra la voluntad del magnánimo cavallero, al peligroso camino, el cual, compelido de su sola compañera, me constreñió a que antes de la partida la viesse. Visitada la princesa, de verdadera humanidad y lo mejor que pude reverenciada, deliberó, por ser uso de aquella tierra, de festejarme con un banquete y una amorosa fiesta, de la cual era muy perfeta inventadora. Después, rogado, di consentimiento a quien tanto me avía ofrescido.

Concertados de ir a una su granjería, parecía que caminava el triumphal carro romano, con tanta fiesta de canciones y melodía que vencieran la celestial armonía. Allí, retraídos algún tanto, reposados, con familiar cortesía me pregunta de mi estado y la causa de tan gran peregrinación. Con baxa y vergonçosa boz le respondo:

«Amor, señor del universo, tiene de aquesto la culpa.»

³⁵² En Caviceo: *le procellose fosse pisauriense* (ed. cit., p. 271).

Por la mudança del gesto, pareció a esta señora averme ofendido, y con gran ingenio a mi herida, no menos suave que prudentemente, medicinó. Assentados en corona, en esta novela³⁵³ la facunda lengua soltó:

Cuéntase a Peregrino una novela como istoria.

Capítulo CXXXIX

«Alábase la Francia del más famoso y nombrado estudio que en todo el mundo hallarse pueda, en la cual fue ya una dama de no menor hermosura que aquella que en Epapho por deesa fue odorada.

»Enamoróse d'ella un cavallero con tanta vehemencia, que a cosa del mundo no perdonava por poderla gratificar. Días y noches quexándose penava. Por diversas vías tentava la tanta aspereza ablandar. Al fin, de tanta importunidad vencida, fue contenta la donzella de satisfacerle con brevemente oírle, no por ligarse, pero por desviarse de las saetas de Cupido.

»Venido el mísero amante a la presencia de la amada señora, preguntóle qué exercicio, qué costumbre, qué passatiempo fuesse el suyo. Respondió el mal avisado mancebo que en ninguna cosa, salvo en amar entendía. La discreta dama, que a mejor fin estudiava, dixo no ser oficio de cavallero por lascivia desviarse de la virtud. Por ende, si él deliberava de seguir la amorosa empresa, quería que del todo se ofresciesse al estudio de la Philosophía, la cual consagra los hombres en la tierra. Y como alcançada la uviesse, vería con cuánto amor sería tratado d'ella.

»Entendiendo el triste lo que le era nescessario y provechoso, tomó por partido de no seguir más a Amor, si primero no fuesse tal cual su señora desseava. Cortésmente despedido de la dama, con tanta solicitud, cuidado y estudio se dio a la Philosophía, que acabados tres años o igualava o vencía a todos los otros que la misma sciencia estudiavan. E paresciéndole que fuesse tal a quien la onesta y devida

³⁵³ Caviceo emplea el sustantivo *facecia* (*ed. cit.*, p. 272).

merced conveniesse, hizo saber a su amiga que le quería hazer ver cómo era el más dotrinado hombre de la tierra.

»La señora, a quien el mentir era vergüença (el complazer, la muerte), deliberó de ocurrir con nueva astucia al amante cavallero. E luego que lo metió en un jardín adonde era una ventana de reja, propuesta su petición, requerida la prometida merced, ponía mucha instancia a que no le fuesse negado lo que con tanta fatiga y sudor avía ganado, a la cual la señora assí respondió: “Muy querido amigo, todo cuidado humano, acordado de sí y de su principio reconocedor, con mucho estudio deve procurar de saber, por dar ábitos nobles al inmortal ánimo. Por ende, conociendo en ti tanta prudencia que puedas satisfazer³⁵⁴ a mi desseo, te ruego que no ayas por enojo demostrarme lo que el rui señor haze después que del carnal acto se parte. Espero tu respuesta con propósito firme de hazer lo que te plugiere.”

»La ora tardía, la dificultosa cuestión, la poca experiencia de tantos pensamientos cargaron al mancebo, que no sabía adónde bolviesse su memoria. Y despedido, a su cámara se retruxo, adonde congoxado, enhastiado y pensativo, a todos aquellos que de animales escribiendo avían hecho memoria, mil vezes rebolvió. E no hallando al propósito respuesta apropiada, quísose morir, y tanto más porque una donzella sin letras en las cosas naturales, adonde hazía manifiesta profesión, le venciesse.

»Andando en contina meditación y espessos sospiros, a dicha topó a una su amiga vieja, que todo su tiempo en alcahueterías avía consumido. Sabia, aguda, astuta, quanto Natura pudo dar, viendo al cavallero con gesto triste, por contratada amistad le preguntó si las cosas de su casa estaban sanas y salvas. Respuso el mancebo que sí. Y ella: “¿Pues qué es la causa de tanta tribulación?” “¡Ay triste! —sospirando respondió el mancebo— No querría ser en el mundo nascido.”

»Oyéndolo la vieja, toda espantada y comovida de maternal compassión, le rogó que no le tuviesse encubierta la causa de tanta tristeza. Vencido el cavallero de las instantes pregarias, le manifestó la amatoria pregunta, la cual en pensarla le era la muerte. A la ora, la vieja, sonreyendo, le dixo: “Hijo mío, no te mates: por inorancia no perderás el desseado don. Es costumbre del rui señor nunca se juntar en acto carnal

³⁵⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: satisfazer *P*: setisfazer

con la hembra sino en verde ramo, cabe el cual esté otro seco. E luego que ha consumido su venéreo concepto, salta del verde sobre el seco, adonde compone la cola, iguala las plumas y canta, algún tanto ronco. Y después, corre a la agua a limpiarse. Siendo yo moça y criada del principal filósofo natural de aquesta ciudad, assí por solacio, aquesta materia a la mesa oí disputar. Y de estonces acá, siempre me he acordado³⁵⁵ d'ella. Y con otras más libres palabras que entre nosotros el callar adorna y faze fermoso. Ten, hijo, confiança de aquesta determinación, la cual no solamente satisfará a la amada donzella, pero a la philosophica escuela.”

»Dadas la gracias a la madre vieja, más alegre y contento no fue César después de la pharsálica pelea. Hizo saber a la discreta dama que era venido el tiempo para definir la propuesta cuestión. Establescida la hora, al acostumbrado lugar se retruxieron los amantes. Dadas y rescebidas las amorosas salutations, y passados algunos razonamientos, assí como es de costumbre a los semejantes apassionados, començó el cavallero: “Señora mía, aunque grave, dificultosa y sutil aya sido tu pregunta, tanto con mi flaco ingenio he trabajado, que a luz claramente es reduzida. E si tu juizio fuere engañado, no te enojas libremente hazérmelo entender, porque a más solícita diligencia daré cuidado.”

»Después contó lo que la señora vieja le avía enseñado. La dama, quando otra cosa hazer no pudo, loó el estudio y alabó al hombre. E assí le respuso: “Muy amado cavallero, mayor ni más grande, ni más conveniente merced hazerte puedo quanto será aquesto que sabrás, la cual, si bien pensada y mirada de ti fuere, se te bolverá en muy grande exemplo, y será mucha causa de dexar lo que tanto te enoja. Todos aquellos que en cópula carnal con la amada señora se juntan, son en verde ramo, que es en sensual amor. Después, hartado el gran apetito, caen en el seco, que es en olvido del verdadero amor, en tanta tristeza y descontento, que del posseído plazer no tienes más memoria. Considera que por amar eres hecho hombre de mucha cuenta y estado. E mientras perseverares en aqueste casto amor, siempre te esforçaré a semejantes virtuosas y honradas obras. E quando uviesses hartado tu desseosa voluntad, olvidársetey á el político y onesto bivar. Y por que no te acontezca como ha hecho al ruseñor, quiero que largo tiempo bivas en aquesta amorosa esperança.”

³⁵⁵ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: siempre me acordado

»Por ende, mi Peregrino, yo te aconsejo a siempre penar, trabajar y peregrinar, por hazer de ti mayor muestra que no harías en vida ociosa.»

Acabada la historia, no menos sabia que avisada, fueron puestas las abundantes mesas, a las cuales fácilmente dieran lugar las de Lúculo romano.

Peregrino se partió aceleradamente de aquí.

Capítulo CXL

Estaban en el combite señoras y damas de tanta elegancia, que a los tristes apasionados podían raer su tristeza; cavalleros y galanes, a quien las musas eran tan familiares, que de improviso hazían en verso y en prosa.

Parescíame un canto de divinidad estar con ellos. Mas el propincuo aire de la tierra que a mi señora tenía, y el viento dispuesto, y la acelerada priessa del patrón del combite me quitaron, que apenas me fue concedido dar las gracias.

Acompañado de aquella amorosa multitud, subí en la nao. Entrado algún tanto en el alto piélagos, los discordantes detuvieron algo la trirreme, y primero fue la profunda noche que llegar a puerto pudiésemos. Amor, Temor el corazón me solicitaban. Y así temiendo, esperando y amando, el tiempo en dudosa esperanza consumía.

Peregrino fue llevado de vientos contrarios.

Capítulo CXLI

Ya comenzava la amorosa estrella a dar resplandor, cuando plugo al patrón deresçar nuestro camino hazia la desseada tierra. No mucho desviados de la playa, me pareció antever una tempestad, que ni mayor ni tal destroço los hijos de Anchisses y Laertes sintieron, ni el perpetuo dictador de Roma. Por tal modo que, en breve tiempo, fuemos echados adonde el hijo de Astreo su peligrosa silla posee. E con tanto furor la nao movió, que de llevarla al puerto la facultad nos fue quitada. Ni

primero al mísero amante la paz fue restituida, que rodeada la historia³⁵⁶ llegásemos a Trieste.

Ya harto de la ira de Neptuno, deliberé de abraçar la nuestra común madre. Tomado el camino, sobrepujado el Timavo, llegué a la loada y destroçada Aquilea. Después, al tercero día, no sin extremo peligro de naufragio, fue llevado adonde humanamente fue rescebido. Y en cosa alguna que a mi consolación pertenesciesse defeto no uvo.

Peregrino fue preso de una nao y llevado a Lisboa³⁵⁷.

Capítulo CXLII

Era el tiempo que por las dañosas guerras era hecha poco segura la vía, y ya las piráticas naos perseguían el Adriático mar. Incierto del camino, quedé muy dudoso. E por dar descanso a mi angustiada vida, nos detuvimos algunos días a ver unas costosas fiestas que entonces, a caso, en aquella tierra se ordenavan. Era un consolado plazer mirar aquellas congregadas nimphas con una cierta donzellil cortesía, que al sexo femíneo es un gran atavío. Fenecida la aplazible y amorosa fiesta, fue nescessario y devido el salir a rescebir a un embaxador, el cual por componer las discordantes itálicas cosas aquí avía llegado.

E por festejar su venida, fue dado principio a fiestas y toros³⁵⁸, hasta en tanto que Mercurio con su humedad, por el sobrevenido sueño, nos despidió. Ya fatigados y cansados, del todo fue puesto fin.

Estava aparejada una birreme para hazer el passaje a la Sancta Tierra. Herido el océano, con la desdichada estrella de Saturno y posseyingo del mar algún tanto de

³⁵⁶ Muy probablemente, errata por *Istria*: Caviceo en este punto (Capítulo XXIII del Libro Tercero), en efecto, escribe *che lustrata la Hystria pervenessemo a Trieste* (ed. cit., p. 275).

³⁵⁷ *Lisboa* alterna en Díaz con *Lirnea*: cabe la posibilidad de que se trate de una mala lectura en el proceso de composición del libro, pero también es verosímil pensar que, dada la cercanía de Portugal con la residencia de todos sus lectores potenciales, se quiera añadir un toque pintoresco a la historia original de Caviceo.

³⁵⁸ Hernando Díaz adapta una vez más los entretenimientos del original. El pasaje se acorta drásticamente y se eliminan todas las menciones a personajes reales.

espacio, descubrióse una trirreme, la cual (como ave de Júpiter) primero me captivó que me viesse. Atado a manera de malhechor, buelta la vista al venerable lugar adonde la silla de mi corazón morava, restreñida por el profundo dolor la anima, no de otra manera caí que haría el dotor hebreo cuando la divina boz sentió. La mala y sin piedad y cruel gente para revocar la desmayada ánima, la cual con refrescativos y odoríferos sabores cobrarse suele, con açotes y palos la camisa a mis carnes pegavan.

El mi fiel Achates, rogando, suspirando y llorando, a la fiera turba, según su posibilidad, humillava. Dexado medio bivo, primero que la ánima al cuerpo afligido regiesse, avían passado el aconitiano puerto adonde tres barcajes de robos nos esperavan. Después que algún tanto torné a sentir, viéndome en tanta desventura, llamo al roxo Apolo diziendo:

«¡Oh Dios, si del hermoso laurel aún tienes memoria, a mi pena terrible da socorro! ¡Oh cielo, oh tierra, oh mar, oh profundidad, oh ríos, oh fuentes, que ya de Amor provastes la áspera guerra, proveed a mi tan grave tormento! ¿Quién nunca tan sin dicha en el mundo bivió? ¡Oh qué embidia os tengo, spíritus sin redempción!»

Desenfrenadamente quexándome, siento a uno que dize.

«¡Oh desaventurado amante! Cadena, hierro y grillos serán los que te darán consuelo. Aqueste es el lugar de tu eterno tormento. Aquí dexarás el tan gran fuego. Aquí depositarás la simple locura. Aquí de hombre en selvática fiera te transformarás. Y pues que el pensamiento de las cosas passadas no te puede dar ni engendrar sino tormento y afán, despide el enojoso hastío, por que estés más atento al marino exercicio, en el cual con fuerça y corporal ligereza te conviene fatigar.»

Assí razonando y penando, llegamos a la peña de la garganta de Scila y Caribdis. No mucho tiempo después (sobrepujadas Cerdeña, Córstica, Menorca y Mallorca, con el estrecho de Gibraltar), por gracia de Dios a Lirnea aportamos.

La real majestad, que por la playa solazando andava, por ventura de alguna divina virtud comovida, deliberó secretamente de ver qué nueva mercería el barcaje truxiesse. Hecha escala, saltado dentro, en la primera vista, como algún tanto me uvo mirado, humanamente me habló diziendo:

«¡Oh sin ventura! ¿En cuál desdichado clima nasciste, que el cielo a tanta miseria te aya traído? ¿Cuál pecado (o por ti o por tus passados) tan nephario es

cometido que a tan grande servidumbre seas condenado? Ten por bien el nombre y la patria y el ejercicio manifestarme, porque tengo ya de ti mucha compasión.»

A la ora, con el inclinado rostro y entravadas manos, con mucha reverencia respondiendo digo:

El rey, andando solazándose por la playa, preguntó a Peregrino cuál fuese la causa de su prisión, y quién era y de adónde, a lo cual responde Peregrino.

Capítulo CXLIII

«Gran galardón, sagrada magestad, por todos los padescidos trabajos rescibo oy del cielo, pues que de tu real presencia soy hecho digno. No creo que alguna influición celestial me pueda ofender, siendo de tu cierto favor socorrido. E por satisfacer a tu muy humana petición, del todo te daré muy cierta razón.

»Peregrino de nombre y efeto nascí en el mundo. Mi naturaleza es Leonflos, regida y governada debaxo de la prosperidad y saber de un muy poderoso y christianíssimo monarcha. El mi exercicio ha sido Amor, por el qual yo soy captivo, como tú vees y yo siento y pruevo.

»¡Oh pobre de mí, que muy inflamado amé, y todos los celestiales fuegos en mí aposenté! ¡Ay triste, que entre nieves, yelos y pluvias sudo, entre vientos y fríos siempre ardo! E tan gran fuego ni tiene fin ni término, y aunque el océano de continuo me bañasse, no amataría de mil partes la una de mis centellas. Yo, señor, amé y amo una diosa a la cual dulce y suave conversación dará lugar todo el Oriente y Occidente. Después de los inefables trabajos sufridos, passado el Oriente, rodeado el Infierno, hecho sabidor de su estado captivo, por redemirla iva adonde de su prisión avía sido certificado, cuando de aquesta trirreme adonde estoy fue captivo.

»Desculpa, señor, al yerro y a la edad, a quien mejor convendría el estudio de la celestial Theología y el misterio de Orpheo con los secretos pithagóricos, y la socrática sanctidad, con la platónica majestad, con la aguda dotrina aristotélica y las eruditas instituciones del gran Solón, que no haze la presente miseria. Sacra

majestad, Amor, que el uno y el otro hemisperio gobierna, rige y modera como a él le parece y agrada, a tal estado me ha traído, que en otra cosa salvo en mi señora pensar no puedo.

»Señor, perdón no te demando, porque nunca te he ofendido. Merced no te pido, porque nunca te serví. Favor no espero, por tener al cielo por contrario, ni de voluntad vería a tu alteza a otro inclinada por salvarme a mí. El eterno Dios, por el dado consuelo, te dé paz, salud y vitoria, y te haga triumphante de tus enemigos.»

Peregrino por clemencia del rey fue librado y sacado de captivo. Y así, razonando juntos, el rey le descubrió un secreto amor por los celos de la reina, su muger.

Capítulo CXLVIII

El humaníssimo rey (mis palabras oídas y ayudadas de lágrimas y de profundos suspiros), tomándome por la mano me dixo:

«Peregrino, tú sey mío, y mío siempre serás.»

A la hora, sin tardança, fue suelto y puesto en su libre querer junto con el mi Achates, y llevados al real palacio, adonde con fiestas, juegos y solazes fuemos rescebidos y puestos en un rico aposento que tenía en sí más salas, cámaras y retretes que la obra que hizo el maestro de Creta. Resplandescía de figuras que sin lenguas juzgaras que hablaban. Manteniendo mi ánima de aquesta artificiosa pintura, solo el rey, sin árbitros, a mí descendió. Y assentándose embió de su corazón un entrañable suspiro, assí comenzando:

«Peregrino, si nuestros trabajos son diferentes, la llama es igual. No menos que tú me abraso y ardo. Yo tengo confiança de tu larga y perfeta experiencia, y ruégote, si por alguna manera a mi fuego pudieres socorrer, con aquella facilidad tengas cuidado de mi contentamiento como yo he tenido de tu salud.

»Finge, compone, comenta, simula y dissimula toda arte a que pueda conseguir mi desseo, e a muchas más cosas para ti me verás prompto y aparejado y dispuesto: yo amo una hermosa dama con todo corazón, mas la celosa reina, mi única

compañera, con palabras y renillas de continuo assí me fatiga, que aqueste mi desseo no puede al desseado efeto llegar. Conviéneme ser conservador tanto de la dinidad quanto de mi vida, por que por mal exemplo mis súbditos no aprendan de escandalizar ni injuriar a otro. Parésceme assaz conveniente y nescessario que el príncipe sea tal cual dessea de ser visto y reputado. Verdad es que, siendo el defeto de aquesta llama, es más dino de escusa.

»Confío que tu industria y secreto de tal manera obrará, que a todos será oculto.»

Entendida la demanda real, parescióme que avía de renovar todas las pirámides de Egipto con la real y populosa Babilonia, que yo, forastero y peregrino en tan ardua cosa, en tierras estrañas, sin conocimiento y autoridad deviesse de hazer aquello que el coraçón no dita al señor de poder ni querer executar. De la otra parte, me fatiga la perpetua obligación, a la cual moriendo no me parecería poder satisfazer en cosa alguna. Hecho algún tanto osado, assí respondí:

Peregrino avisó al rey con nuevas artes, y que tendría su desseo efeto sin sospecha de la reina.

Capítulo CXLV

«Sagrado rey, pésame que ni tengo arte ni comento que a tan gran fuego medicinar pueda. Pero pagar a tu divino beneficio con algún pobre servicio (pues que para del todo no sería por mil edades suficiente) me esforçaré, con mi posibilidad, de satisfazer a tu recuesta. Mas humildemente te suplico no te sea enojo de darme tanto d'espacio, que fácilmente pueda hablar con la reina, de la cual, como asegurado fuere, en todo proveeré.

»Finge de ir con tus cortesanos a cavallo, y dile que tenga de mí cuidado.»

No desplugo tal principio al rey, mas con súbita diligencia a lo hablado la orden puso. Partido del palacio, la reina con modesto passo se vino hazia donde yo estava, la cual con real reverencia rescebida, después de los devidos razonamientos,

me hizo en la playa assentar, y dulcemente me demandó la causa de mi peregrinación y prisión:

«Dichoso y bienaventurado principio me pareció ser entrado en aquel piélagos que a gran salvación traerme podía. Comencé a ordinar el principio de mi trabajado amor, del cual se derivaron unos celos.»

Como aquesta palabra pronuncié, inconsideradamente la reina dio un entrañable suspiro. Y yo, prosiguiendo, digo:

«Si no remediara a aquella enfermedad de los celos, era muerto.»

A la hora, ella, con ledo semblante, dixo:

«¡Oh mi Peregrino! Assí Dios, sano y salvo, con mucho descanso a tu dulce y desseada casa te lleve. Respóndeme cómo heziste para salvarte de aquel angustiado enojo. No me lo niegues, te ruego.»

Desviada algún tanto de sus damas y señoras, liberalmente me contó todas las angustias que sufría por celos de una dama, de la cual sospechava que el rey estuviese enamorado. Paresciéndome ya de oír más la vía para hablar segura, pensando algún tanto conmigo, le dixé que cuando yo creyese en lugar seguro poder assentar mis secretos que fácilmente lo proveería. No quedó Dios ni sanctos ni santas en el celestial coro que todos no fuesen jurados que de cosa que se dixesse nunca se haría mención, y que yo no perdonase a cosa alguna para sacar su ánima de tanta solicitud y congoxa. Prometile de sembrar entre ellos una enemistad de tal suerte, que ni vivos ni muertos nunca estarían amigos, mas era nescessario que uno de los amantes, por tres o quatro horas del día, hasta nueve días, me ayudasse a fabricar una imagen, la cual sería causa de sempiterno odio:

«Conviene, oh excelente reina, usar del exercicio del rey o de la dama en componer mis ciertas mezclas de cera limpia y blanca, mirra, oro y encienso con algunas yervas cogidas en la creciente Luna, subiendo Venus en conjunción de Júpiter. La dama (sola, encerrada en su cámara) de las cosas mesturadas hará una imagen en nombre del rey, cuyo corazón quiero que sea pasado de un agudo y ardiente hierro, el cual, mientras que allí estuviere, será un sentimiento de mortales odios.»

La reina, desseosa de la falsa promessa, quedó muy contenta. Y por mejor executar lo, ordenó el siguiente día (dexada la señora en palacio) irse a caça de

venados. Establecida la orden, sobrevino el rey y de la ordenada caça començaron a hablar. La crédula reina bolvióse a su palacio. Codicioso el rey de saber lo que avía passado, toda la historia le conté. En tierra cuasi postrado, en tanta risa se desmesuró, que fácil fue el creer que uviesse de manifestar todo lo que se avía dicho y hecho. Fenecidas las suaves razones, ordenamos junto con la reina que fuésemos a caça de puercos monteses o de bravos ossos, por que más secretamente pudiesse desaparecer de la compañía y, de otro hábito revestido, tornar solo a palacio y entrar ocultamente en la cámara adonde, después que estuviesse escondido, haría venir a la dama. Y con ella daría principio a la buena de la imagen. Venido el desseado día, la reina en los montes y el rey en la cámara, en la aplazible caça se hallaron.

Por concierto de Peregrino, el rey y la reina se fueron a caça. Y en aquel tiempo el rey cumplió su desseo con la amada señora, lo cual acabado, Peregrino se partió. Y navegando fue preso y llevado a Córcega, y puesto en prisiones.

Capítulo CXLVI

El cielo, de todo nuestro bien liberal favorecedor, embió a la tierra una tan gran pluvia, que a cada uno el bolverse fue necessario. Todos por diversos lugares desordenadamente venían, assí que de la ausencia del rey ninguna cosa se sospechava.

Una mesma hora fue de la buelta de la reina a palacio y del principio que dio la dama junto con el escondido rey a la dulce imagen. Antes que descavalgasse, me pregunta si suscedía bien la imagen. Luego le respondo que del próspero fin yo tenía confiança. Subidas las reales escalas delante la cámara, con gran desseo nos assentamos esperando a la señora. Acabado el tiempo de las cuatro horas, la dama toda alegre, cortés y hermosa, salida de la dulce estança, hecha su reverencia, dixo a la reina:

«Señora, por afinar la cera y encorporar las cosas he estado tanto detenida.»

La reina de aquesta fengida simpleza tomó tanto plazer, que no pudo detener la risa. El rey y la dama perseveraron en la fábrica de la imagen hasta los nueve días, después de los cuales fingieron entrañables enemistades por satisfacer a la celosa reina. E yo, con licencia del uno y del otro, realmente galardoneado, me partí.

Estrechamente comendado a la fe de un mercadante genovés, dadas las velas al viento, llegados a Sevilla³⁵⁹ visitamos el muy sumptuoso templo. Mirado y rodeado y humilmente reverenciado, nos fuemos a ver la ciudad, y entre muchos cavalleros que encontramos, vi uno de juvenil edad que representava imperatoria majestad. Llegado a saber quién era, me respondieron ser uno de los más principales duques, cabeça de aquella populosa ciudad, embaxo de cuyo gobierno y amparo tanta multitud se regía. Seguí tras aquella turba de gente, y vi que entravan en unos ricos palacios, subidas las sumptuosas escalas. Todos en corona puestos, salieron mucha multitud de pajes de ricos paños vestidos (que representavan al donzel en flor convertido) a dar una más que abundante colación.

De aí me fue a visitar la alta Córdova, flor de cavallería y saber, con la muy fuerte Toledo. Buelos al lugar de la nao, prósperamente navegamos. Venidos a tierra, encontré un cavallero, de la Iglesia militante, a paz y a guerra dispuesto. Espiada su condición, supe que venía de la Ciudad Sancta y tornava a su noble patria, leal ciudad de León. Era por sobrenombre llamado Dedena. Hecha reverencia, en fiestas, plazeres y combites con mucha consolación me hizo passar aquel día. Después de apascentados los cavallos de Phaetón, contra su voluntad despedido, vida y hazienda liberalmente me ofresció. Yo le di aquellas gracias que pude y supe³⁶⁰.

Después de Barcelona y Marsella y Savoya passadas, en poco tiempo llegados a aquel glorioso paraíso terrenal de Génova (mas de los demonios habitado), echadas las áncoras, deleitámonos en ver la tierra, rica, potente y hermosa, pero produzidora de hijos ingratos. Todos los otros monarcas, repúblicas, ciudadanos

³⁵⁹ Desde este punto, hasta la mención a Córdoba, el texto es un añadido de Díaz. Parece más que verosímil que el duque aquí mencionado sea de uno de los de Medina Sidonia; no obstante, sería aventurado identificar, tras este borroso rastro, uno en particular.

³⁶⁰ Todo el párrafo (de *Buelos* hasta *pude y supe*) es adición de Hernando Díaz. Es interesante comprobar que, una vez más, la ciudad de León se incluye como referencia sin aparecer en el original. Por lo demás, nada dice Caviceo de este *Dedena*, ya que su Peregrino, sin etapas interiores intermedias, sigue camino por Cartagena y Valencia antes de confluir con el de Díaz en Barcelona. Ambos coinciden, sin embargo, en la poco congruente visita marítima de Toledo y Córdoba.

(naturales y extranjeros) con solícito estudio, congoxosa y laboriosamente edefican y renuevan: allí solamente atienden los generosos a destruir el patrón de la nao que, en compañía de catalanes, me avía traído, hecho sospechoso por deligencia de uno de aquellos genoveses, fue preso y ligado. Y yo y Achates juntos, y sin otra pública ni particular pesquisa, fuemos traspuestos en Córsega y hechos guarda de una profunda torre.

Peregrino fue sacado de la cárcel. Y, aunque estaba muy doliente, bolvió a convalescer.

Capítulo CXLVII

Era la estança otoñal, fría y ventosa. De la pared descendía una pestilencial humedad, a la cual no uviera resistencia a aquella máchina que en Rhodos hizo Demetrio.

El gran temor me truxo en aquella especie de enfermedad, que las más de las vezes temía de las cosas impossibles, y a tiempos me parecía tener forma de fiera, toda cosa de hombre era de mí agenada. La extrema pasión, que por el frío y humedad sentía, me corrompió la memoria, de manera que quedé en los primeros términos naturales, como si entonces nasciera.

Acontesció en aqueste tiempo de embiar una poderosa armada, de la cual el elegido capitán tuvo cuidado de sacar de prisiones al encarcerado genovés, juntamente con nosotros. Salidos del tenebregoso lugar, por su compassión y mandamiento fuemos embiados al templo de ciertos religiosos. Achates y yo, con gran admiración, nos mirávamos. E algunas vezes nos hallávamos como extranjeros: assí era de nosotros la memoria agenada. Pero quando nos una virtud interior que a amarnos sin conocernos nos inclinava, el abad del monesterio por nuestro refrigerio a una marina pesca nos truxo.

Entrados algún tanto en el mar, assí llevó Eolo el barco, que paz ni sossiego tuvo hasta en tanto que le puso en un puerto. El violento moto, la pasión arraigada, el contrario naufragio, el grave temor a tal estado nos truxo, que llevados al público

mesón, sin específico conocimiento del lugar, algunos días allí nos detuvimos. Adonde estava un cavallero que de piedad y misericordia nos hizo llevar adonde estava un famoso médico. El phísico, por su ruego, en una estança a nuestra enfermedad muy conveniente nos hizo poner. Después, poco a poco, con admiración de nosotros mesmos, sanamos y de todas las sufridas desaventuras cobramos olvido. No mucho tiempo passado, establecida la memoria en los primeros hábitos, de allí nos partimos.

Descripción del tiempo cuando partió y llegó a Áurea³⁶¹, ciudad adonde a supo de Astana que estava Ginebra, porque la Fortuna avía allí traído a una su tía a ser abadessa del monesterio adonde su padre, Angelo, la avía embiado.

Capítulo CXLVIII

Entrava Apolo en la casa de Mercurio, cuando el camino hazia el desseado lugar tomamos³⁶². Sobrepujado el Apenino, llegamos a un maravilloso edificio, al cual todas las loadas pirámides darían lugar. Especulados el monte y el llano y el río, juzgamos ser el principal de todo otro alindado sitio. Vínonos a la memoria, por oficio de piedad y virtud, visitar la patria de Macrobio, la sombra de los Cassios, el uno centurio de Antonio y el otro poeta, con la profunda memoria del famoso glosador. Restauradas algún tanto las fuerças corporales, passada aquella llanura, llegamos adonde honrada y voluntariamente fuemos hospedados.

Allí fue preguntado del discurso de mi vida. Yo les conté todo, lo de Levante y Poniente. Puesto fin a los tardos razonamientos, salimos fuera, sin noticia de hombre bivalente, excepto de una fiel guía, porque temía sin aver de qué.

El mi fiel Achates en una veloce y bolante galera de allí se bolvió, por saber si en la patria mención de nosotros se hazía. Por selváticos lugares llegamos a la

³⁶¹ Este nombre no aparece en el original italiano.

³⁶² Soslaya Díaz el topónimo: es *Breceto* en Caviceo (*ed. cit.*, p. 282). Todo el pasaje está fuertemente extractado en la adaptación castellana.

desseada tierra, y con tanto trabajo de cuerpo y de ánima hallada, y en viéndola con lágrimas de descanso y plazer nascidas, assí sospirando la saludé:

Salutación de Peregrino a la ciudad.

Capítulo CXLIX

«¡Oh tierra, no menos antigua que generosa, que sienpre a reyes y a emperadores fueste dina estança, y que en honra y gloria a Roma sobrepujaste, como de ti dize y canta la historia!

»Dios te salve y conserve en aquella verdadera paz y crescido plazer que tu coraçón dessea. E quando tu fama fuesse raída, gozarte puedes de ser poseedora de la más excelente y gloriosa diosa que en la humana generación Dios y Natura produxieron. Por ende, te ruego, por tu natural nobleza, no desprecies al fiel, trabajado Peregrino, por que halle y posea, por ti sola, aquella paz y sossiego que todo el mundo le niega. E si humanamente te he amado y reverenciado, no rehúses el piadoso efeto, porque adonde amor falta, fácilmente discreción muere. A ti, dulce señora, con coraçón dispuesto, con humilde acatamiento, con increíble subjeción vengo.

»Acuérdate señora, que cierto soy aquel a quien el penar es un perpetuo gozo. E si Amor de contino nuestros coraçones ha regido, tanto más me debes amar quanto más eres de alta y generosa sangre. E quando simple divinidad no te acompañasse, no sería en mi facultad de no seguirte con tanta instancia, porque sé que aquello que peregrinando busco, amo, acato y adoro sin duda es cosa en carne humana, divina.

»Señora mía, aquel tu muy excelente cuerpo por dinidad es dado a tu ánima para conveniente habitación, y no para ciega cárcel como a los otros mortales. Assí que con aquel tu resplendor, que todo lo vee, passa y alumbra, mira y rescibe al tu fiel Peregrino, que a ti humilde y piadoso viene. Al cual, en premio de sus trabajos, será una tu agradable presencia, con tanto que sea digno de poderla gozar.

»Bivo, señora, en aqueste firme pensamiento de siempre servirte, y aquesta servidumbre tengo por una divina libertad. Por ende, señora, pues mi corazón vees y conoces, bien sabes que de la verdad en parte no me desvíó.»

Con aquestas y semejantes imaginaciones entré en la ciudad.

Peregrino, estando en la ciudad y hablando con una freila del monesterio de sancta Quincia, con limpias entrañas le dixo por figuras estar allí Ginebra, la cual, por otro nombre, se llamava Hipólita.

Capítulo CL

Sospirando, llorando y vagando, por el populoso lugar andava, hasta que la favorable celestial suerte me truxo a un cierto monesterio, porque aquel sagrado templo que ya con amarga dulçura a la señora me dio, después de las muchas fatigas me la restituyesse.

Rodeando la iglesia, vi una onesta muger, cuyo nombre era Arsinia, la cual de continua servidumbre me parecía obligada a aquella religión, según el hábito me demostrava. Era de edad crescida, de dulce mirar, pero simple.

Viéndome con la barba larga y la vista amarilla y flaca, con el vestido harto vil, pensando que fuesse ortolano o jornalero, humanamente me demandó si querría servir a aquel monesterio, porque dentro de poco tiempo saldría el ortolano que allí havitava. Nascióme (sin esperança, ignorando la causa) un contento en el corazón que me parecía sentir el olor de aquella que sola en el mundo consolarme puede. Mi respuesta fue:

«Señora, en merced te lo tengo. E no ay quien de buena casa no sea desseoso y curioso. Tu oferta no me desplaze, pero querría saber la utilidad de la estança y del salario, y qué tanto fuesse el trabajo.»

ARSINIA.³⁶³—La estança es una casita que con el huerto confina. La ración, buen pan y vino aguado. El salario, cuatro reales cada mes, y muy bien pagados. El trabajo no se escusa, por ser la gente mucha.

PEREGRINO.—¿E cuántas sois?

ARSINIA.—Sessenta seremos.

PEREGRINO.—¿Y todas professas?

ARSINIA.—Sí.

PEREGRINO.—¿Y criados?

ARSINIA.—Siete.

PEREGRINO.—¿E freilas?

ARSINIA.—Catorze.

PEREGRINO.—Conveniente es el salario al trabajo. ¿Aquestas señoras son todas naturales?

ARSINIA.—Sí, excepto una que ha ya tres años que la truxieron aquí, no para monja, pero para estar con nosotras.

PEREGRINO.—Devía ser desonesta.

ARSINIA.—Antes bien acostumbrada y sancta.

PEREGRINO.—¿Por qué assí?

ARSINIA.—Por huir el mundo... no te sé más dezir.

PEREGRINO.—La patria y el padre, si te plaze.

ARSINIA.—No sé.

PEREGRINO.—¿El nombre?

ARSINIA.—Hipólita.

PEREGRINO.—¿Es el de su nascimiento?

ARSINIA.—No fue el de su baptismo.

PEREGRINO.—¿Qué forma es la suya?

ARSINIA.—Ni más gentil la podía criar la Natura.

PEREGRINO.—¿El rostro?

ARSINIA.—Claro, relumbrante y natural.

PEREGRINO.—¿La color?

³⁶³ En Caviceo, *Ruffina*.

ARSINIA.—De orientales perlas.

PEREGRINO.—¿Los cabellos?

ARSINIA.—Como oro ondeados.

PEREGRINO.—¿La frente?

ARSINIA.—Serena.

PEREGRINO.—¿Los ojos?

ARSINIA.—Resplandescientes.

PEREGRINO.—¿La edad?

ARSINIA.—¿Años? Dezinueve.

PEREGRINO.—¿La nariz?

ARSINIA.—Afilada y hermosa, y con el rostro proporcionada.

PEREGRINO.—¿La boca?

ARSINIA.—Maravillosa.

PEREGRINO.—¿Los dientes?

ARSINIA.—Blancos y iguales.

PEREGRINO.—¿Las enzías?

ARSINIA.—No mortificadas, no hinchadas, no sanguinas, no cuajadas, no negras, no suzías.

PEREGRINO.—¿El aliento?

ARSINIA.—Oloroso y sano.

PEREGRINO.—¿La lengua?

ARSINIA.—Desembuelta.

PEREGRINO.—¿La boz?

ARSINIA.—Retumbante y clara.

PEREGRINO.—¿La pronunciación?

ARSINIA.—Discreta y no embaraçada.

PEREGRINO.—¿Las manos?

ARSINIA.—Más que nieve blancas.

PEREGRINO.—¿Las uñas?

ARSINIA.—Blancas y coloradas. Y tan baxas, que la sumidad de los dedos no excede.

PEREGRINO.—¿El vestido?

ARSINIA.—Onesto y rico y acostumbrado.

PEREGRINO.—¿El andar?

ARSINIA.—De grúa.

PEREGRINO.—¿El estar?

ARSINIA.—Reposado.

PEREGRINO.—¿El hablar?

ARSINIA.—Grave y humano.

PEREGRINO.—¿El reír?

ARSINIA.—Onesto y templado.

PEREGRINO.—¿El burlar?

ARSINIA.—Siempre discreto.

PEREGRINO.—¿La conversación?

ARSINIA.—No enojosa, no presumtuosa, no áspera, no colérica, no desdeñosa.

PEREGRINO.—¿Es muy humilde?

ARSINIA.—Más que sierva.

PEREGRINO.—¿Amorosa?

ARSINIA.—Más que niño.

PEREGRINO.—Luego diosa es, ¿cuál mala suerte tanto acá la truxo? Quiçá es huérfana de sus padres...

ARSINIA.—Vístese rica y sumptuosamente.

PEREGRINO.—¿Cómo está aquí?

ARSINIA.—Nuestra abadessa es su tía.

PEREGRINO.—¿De qué manera?

ARSINIA.—Hermana de su padre.

PEREGRINO.—¿Luego de la tierra es?

ARSINIA.—No es, antes es de luenga tierra.

PEREGRINO.—¿De adónde?

ARSINIA.—Lexos, muy lexos.

PEREGRINO.—¿Es de Italia?

ARSINIA.—No.

PEREGRINO.—¿De qué parte vino?

ARSINIA.—Creo que de España.

PEREGRINO.—¿Cómo lo sabes?

ARSINIA.—Assí me parece que lo oí.

PEREGRINO.—Deve ser... ¿de Barcelona?

ARSINIA.—No.

PEREGRINO.—¿De Valencia?

ARSINIA.—Tampoco.

PEREGRINO.—¿De Leonflos?

ARSINIA.—Creo que sí.

PEREGRINO.—¿Quién la acompaña?

ARSINIA.—Solas dos mugeres quedaron en su compañía.

PEREGRINO.—El nombre d'ellas me di...

ARSINIA.—La una fue Astana, que ya son algunos meses que falleció. La otra es Sophonia, que contino la sirve.

PEREGRINO.—¿Qué muger es aquella Sophonia?

ARSINIA.—Áspera, dura y cruel.

PEREGRINO.—¿Qué compañía le haze?

ARSINIA.—Nunca d'ella se aparta.

PEREGRINO.—Luego sospechosa es Hipólita...

ARSINIA.—¿De quién? Aquí no entra hombre, y aun pocas mugeres. Y ella nunca parece.

PEREGRINO.—¿Para qué tanta observancia?

ARSINIA.—Por satisfazer a sí mesma: lo más del tiempo gasta en sus devotos ejercicios.

PEREGRINO.—Deve de ser muy templada.

ARSINIA.—Espantada estoy cómo bive.

PEREGRINO.—Muy flaca estará...

ARSINIA.—Antes está rezia, tanto de carnes como de hueso.

PEREGRINO.—¡Ay, deve de ser sancta!

Assí razonando, y no queriendo, inconsideradamente, di un gran suspiro, el cual algún tanto espantó a Arsinia. Viéndola turbada, luego le dixé:

«Muchas gracias doy a Dios, que a este sancto lugar me ha traído. Y si me prometes de ser fiel y secreta, yo te revelaré el más glorioso secreto que aya embaxo del cielo. Y serás cierta, sin otra penitencia, de ganar la sempiterna gloria.»

A la ora, Arsinia me obligó cuanta fe tenía, y aun más de la que tener pudiesse, que me sería fiel. Algo asegurado, assí comencé:

Peregrino, con muy sutil ingenio, hizo creer a Arsinia que traía ciertas sacratísimas reliquias, las cuales quería depositar en una sancta muger, y fue determinado que fuesse Hipólita la que las guardasse.

Capítulo CLI

«¡Oh Arsinia! Ya son muchos los años que de un sanctísimo fraile habitante en Jerusalem supe de un tesoro de tanto precio, que hombre del mundo pagar no lo podría. Crescióme el desseo, por salvación de mi ánima, de buscarlo. Con muy herviente y perseverante oración, ya buen tiempo ha que me he puesto en rogar a Dios me haga dino de revelarme el spiritual tesoro.

»Después de las muchas oraciones y ayunos y limosnas, abstinencias, continencias y penitencias, tuve por revelación que avía de ir a Belén, adonde hallaría las manifestadas reliquias. Fue, y con mucho trabajo lo he hallado todo. Y porque me es necessario de ir a ciertas romerías, he pensado ser devido y conveniente depositarlo en alguna persona sancta.

»E cuando te pareciesse que aquesta tu Hipólita fuesse buena, por tu consejo (el cual soy cierto que me será fiel) se lo confiaría. Mas primero que se descendiesse a esta particularidad, tendría por mejor consejo que tú le hiziesses una habla y según la respuesta, assí negociaremos. Y por que más distintamente la puedas informar, la cualidad de las reliquias sanctas te declararé.

»Lo primero es del huelgo del asno y del buey que criaron a Christo; del palo de Joseph, de los passos de la siempre Virgen, Madre de Dios, de la penitencia de la Madalena, de la trompeta del Spítitu Sancto, de la maná del Cielo, de la predicación de Moisés, la sombra de la Ascenssion, el braço del Último Juizio, la cadena con que

Sant Bernaldo ató al enemigo de la humana natura, con algunas gradas de la escala con la cual las ánimas suben al Cielo.»

Oyendo aquestas palabras, Arsinia, encendida de inestimable gozo, con humilde boz, alçados los ojos al cielo así començó:

«¡Oh bienaventurada Hipólita, a cuya guardia por divina inspiración tanto tesoro es llegado! Y aun yo meresceré gran premio en la perdurable vida, por aver sido de tan alto secreto la medianera.»

E buelta después hazia mí, díxome:

«Pobre hombre, por mi consolación y descanso quiero hablar con Hipólita. Después, de todo cómo passare te daré certenidad.»

Partida de donde yo estava, entrada en la cámara, saludó a Hipólita diziendo:

«Deo gratias.»

Y ella luego respondió:

«Por siempre» —con aquella mansedumbre que a fatigado cuerpo conviene—.

Y después, a dezir començó:

«Hipólita mía, no ay plazer en el mundo que al mío vença, ni bienaventurança sobre la tuya. Temo por la abundancia de mis afetuosas lágrimas no te poder manifestar el tan grande concepto y hazerte participante de la soberana gracia que del Cielo me está aparejada. ¡Oh verdadera, bienaventurada y sancta Hipólita, dichosa quien en tu servicio se halla, tanto en vida quanto en muerte.»

Arsinia habla con Ginebra, a la cual avían puesto nombre Hipólita, y le da noticia de la venida de un cierto peregrino del Sancto Lugar, y Hipólita desseó de saber cómo se llamava.

Capítulo CLII

Comovida, Hipólita, toda maravillada, dixo:

«¡Ay mi Arsinia!, ¿qué cosa nueva es aparecida?»

ARSINIA.—Dezértelo he.

HIPÓLITA.—No llores.

ARSINIA.—No puedo menos.

HIPÓLITA.—¿Por qué?

ARSINIA.—El corazón me ha tocado Dios.

HIPÓLITA.—¿Con cuál mano?

ARSINIA.—Aún no la he visto, mas está en tu facultad podérmela mostrar.

HIPÓLITA.—Mira, Arsinia, que alguna falsa visión el corazón no te engañe. Buen consejo sería hazerlo saber a mi tía: yo soy donzella no experimentada y no acostumbrada a semejantes oráculos.

ARSINIA.—De todo te informaré.

HIPÓLITA.—Ruégote que me despenes.

ARSINIA.—Saliendo aquesta mañana de mi cámara, entré en la iglesia. Y hecho el sino de la Cruz, hincada de rodillas delante del crucifixo...

HIPÓLITA.—¡O dame paz o acaba presto! Tú me afliges con vanas palabras.

ARSINIA.—Luego, alçada en pie, voy por la iglesia saludando los altares y assí, poco a poco, veo hazia mí venir un hombre de barba negra y espessa, el cual me contó los trabajos que avía sostenido en buscar cosas divinas, y que las querría dexar por su devoción en aqueste monesterio. Mas antes que hiziesse d'ellas donación, las querría depositar en las manos de una sancta señora para darles decente atavío. Razonando, de todas me ocurriste a la memoria por la más escogida y digna. E si d'ellos plazer uvieres, obraré que tuyo sea el cargo de conservar el tan gran don.

HIPÓLITA.—¿Qué hombre es esse?

ARSINIA.—Harto mancebo.

HIPÓLITA.—¿La edad?

ARSINIA.—Veinte y seis años, o cerca.

HIPÓLITA.—¿El rostro?

ARSINIA.—Blanco, largo y bien proporcionado.

HIPÓLITA.—¿Los ojos?

ARSINIA.—Negros y resgados, resplandescientes.

HIPÓLITA.—¿El hablar?

ARSINIA.—Discreto y grave.

HIPÓLITA.—¿La boz?

ARSINIA.—Baxa y dulce.

HIPÓLITA.—¿El andar?

ARSINIA.—Onesto y de presunción.

HIPÓLITA.—¿El vestido?

ARSINIA.—De peregrino.

HIPÓLITA.—¿Cómo aportó acá?

ARSINIA.—A caso y fortuna.

HIPÓLITA.—¿Cómo habló de mí?

ARSINIA.—De tus virtudes razonando, en ti puso toda su esperança.

HIPÓLITA.—¿Preguntóte por estenso?

ARSINIA.—Sí: de la casa, de la patria, de la causa de tu venida, de la gentileza, forma y belleza... de las criadas, una muerta y la otra biva...

HIPÓLITA.—¿Qué le respondiste?

ARSINIA.—Lo que supe.

HIPÓLITA.—Deviéraslo de dezir a la abadessa.

ARSINIA.—No lo haría por todo el oro del mundo, por que por abundancia de lengua no se perdiesse tanta devoción. Bien se puede conceder a uno lo que con razón es lícito negar a otro. E assí, te ruego que de aquesta materia en hablar seas templada, porque cosa comunicada falta de autoridad.

HIPÓLITA.—Sí haré.

ARSINIA.—Muy obligada te quedo. Mándame lo que quieres que haga.

HIPÓLITA.—Deseo de saber el nombre de aqueste peregrino. Y después te responderé. Ve en paz, y haz de manera que no des sospecha a alguno.

Hipólita, toda maravillada, no sabía a qué parte enderessasse el pensamiento, hasta en tanto que Arsinia bolvió.

Capítulo CLIII

Despedida Arsinia, no menos congoxado quedó el corazón de Ginebra de lo que sería el del romano dictador cuando del Rubicón el passaje le fue vedado: temía de algún astucia o nueva ficción que su fama enegrescer pudiese o emperorar su estado:

«Si aqueste es Peregrino, ¿cómo tiene de mí alguna noticia? Astana es muerta. Sophonia esta aquí captiva. Anastasia en este negocio es muda. Las monjas no saben quién soy.

»Quiçá es muerto Peregrino y su espíritu ha revestido un otro cuerpo. E adonde biviendo le regió la pasión, muerto hará la penitencia. E si aquesto fuese verdad, ¿qué sería de mí? ¡Lo que ha sido de las otras! ¿Fue yo en el mundo la más desdichada? No es gran pérdida perder lo que nunca se possejó.»

Por cierto, estava en gran esperança:

«Quiçá no es muerto. Y si aquesto fuese, dificultoso sería el partido. Juntarnos para hablar conviene hazerse por otros medios... El partido es vencido... ¿en qué manera? He aquí a Arsinia, que lo meterá en la cámara. Si se supiese, sería una muerte: una depravada vida por aqueste modo no se escusa... ¡Oh cuánto es dificultoso juzgar lo que no se sabe! Quiçá la variable Fortuna me favorecerá de aquí adelante mejor...»

Assí razonando consigo mesma, con grandíssimo desseo esperava a Arsinia, la cual, venida a mí, confusamente de todo me dio noticia. Induzido d'ella, le escreví la presente carta, por que discretamente entendiese cuál era el peregrino que las sanctas reliquias avía traído.

Peregrino escribe una carta tan clara, que fácilmente entendió que era él. E por Arsinia fue dada la orden que a la mañana se hallase en el huerto, a una ventana, para hablar con Hipólita.

Capítulo CLIII

«Señora, por hallar mi rico tesoro he andado toda la Tierra, rodeado el Infierno, medido el mar, trabajado el espíritu, pasado infinitos montes, del cuerpo y de la ánima, más que se puede creer, fatigado.

»Después, prósperamente, con alegre corazón, soy aquí llegado, pobre peregrino, para depositarlo. Y por ser tu fama por muy santa publicada, te ruego tomes aquel cuidado que a ti salvación y a mí contentamiento pueda atraer. E cuando de una sancta audiencia me hiziesses dino, te haría cierta con cuánta observancia te deva conservar. Muy devoto, espero de saber qué tal sea tu voluntad, la cual ruego a Dios se enderesce a buena parte, como es costumbre de sancta religiosa.

»Queda en paz, flor de sanctidad.»

Escripta la carta, humanamente fue rescebida y fielmente presentada. Y no fue sin instantes ruegos a traer a Hipólita en sentencia que aceptasse el celestial don. Leída y releída la carta, fácilmente entendió que aquel era Peregrino, e dissimuló con Arsinia de tener mucho temor a semejante guardia. Al fin, se determinó de hazer cuanto procediesse de su fiel amonestación, pero que le aconsejava que atajasse la conversación por no caer en escándalo. No desplugo esto a Arsinia, mas mucho la afligía no hallar a tanto desseo la verdadera conclusión. Mudas y dudosas quedaron entrambas a dos por no saberse determinar. Al fin, hablo Arsinia diziendo:

«En nuestra huerta está aquella ventana del rincón, de la cual por agora no usan. Yo lo traeré acá, y tú al tiempo y lugar vendrás, adonde de concluir os será libre facultad.»

A las palabras se siguió el efeto: tornada a mí, Arsinia me mandó que la siguiente mañana, después de celebrados los maitines, que será entre las dos luzes,

me hallasse allí, porque me daría lugar de poder depositar en Hipólita el traído thesoro. Sin más hablar nos despartimos.

Ni más alegre tornó Octavio de Egipto cuanto yo a mi posada me retruxe, adonde llegado, de todo doy parte a Achates, que maravillosa buelta avía ya hecho. El cual, burlando, assí me dixo:

Peregrino comunica todo con Achates, que con increíble celeridad avía buuelto. El cual le aconsejó que no se fiasse de semejantes mugeres. Despreciado el consejo, a la noche bolvió al monesterio, adonde fue cuasi preso.

Capítulo CLV

«Pocas vezes acontece que tiempo muy claro no traya consigo tempestad. Los desmesurados plazerres, si no son templados, en amargura se resuelven. ¡Oh cuán poco considerado eres! ¡El lugar adonde tú vas es sagrado! E si allí fuesses hallado, en aquella hora, por ley humana y divina no rehuirías de morir. Tú eres mancebo sospechoso con aqueste simulado hábito: eres estrangero y la tierra, temerosa.

»A luna nueva todos los perros ladran: si fuesses preso, vertey as en tanto estrecho que te espantasses. No te escusaría el ser ortolano: tú eres muy digno a semejante exercicio. La blancura de las manos no nasció para la açada, los pies delicados no se criaron entre terrones, el gentil estómago no se mantiene de vil manjar, el muy peinado cabello viento y pluvia no dessea. Tú nunca conosciste a esta simple hembra, y en su poca descripción dexarás tu vida.»

PEREGRINO.—A puerta bien cerrada aldabadas no dañan. No es menor vicio temer de todas las cosas que despreciarlas. E aunque en aquel tiempo fuesse hallado un pobre vagante vestido de peregrino, ¿qué hazer ni qué dezir se podría? El tiempo, la hora, el lugar son dispuestos a la oración. Más presto loor que daño se me seguiría. Si no me engaña la philosophica letura, a todo perfeto estudio aquella ora es alabada por la mucha concordia del movimiento del cielo. Y si fuesse tenido por ortolano,

sería viciosa cosa ni nunca oída, pues que todos los nobles romanos han sido labradores.

ACHATES.—No por lascivia, mas por virtud.

PEREGRINO.—¿Pues qué cosa es amor, sino gran virtud? Ellos por lo corruptible, yo por lo incorruptible me fatigo.

Así razonando, se procurava el beneficio corporal. Después de alegremente aver cenado, nos fue proveído de descansado reposo. Acompañado del desseo, en breve sueño passé la noche. Después, cerrados algún tanto los ojos, la Luna por una cierta hendedura embiava un phebeo resplandor.

Después de despierto, espantado y reprehensor de tanta tardança, sin otra consideración ni comunicación de Achates, me levanto de la cama y me voy hacia el dulce lugar, adonde no vi ni oí cosa sensible. El cielo, la tierra tenían profundo silencio.

Estava delante la puerta del monesterio una marmórea silla adonde assentado, no estuvo mucho que el público reloj anunciase las dos³⁶⁴. Todo congoxoso y resfriado, me angustiava:

«La noche es larga; el cielo, estrellado y claro; la tierra, por el frío, elada; la estança, abierta, los hijos de Titán, en campo adonde se ensayan; el vestido, ligero... cubrir no me puedo. El andar, dudoso; el estar, peligroso.»

Temor de ser preso me fatigava. Y he aquí: al temor se siguió el efeto. No muy lexos, por la claridad de Latona veo gente armada, de la cual también fue visto. Con passos más apressurados, con las armas baxas, con boz triste y amarga venía diziendo:

«¡Ase, ase! ¡Al traidor!»

Privado de consejo y desnudo de favor, no sé qué hazer, cuando una sepultura medio abierta a los ojos se me ofresció, adonde por temor de infamia me soterré. Sobrevenida, la turba se detuvo, agora acá, agora allá mirando. Cada uno estava sobre sí pasmado. Cuál dezía: “fue una sombra”; y cuál “un hombre” con juramento afirmava. No fue sin sospecha el templo: cuál una cosa, cuál otra murmurava. Fue

³⁶⁴ Repárese en esta nueva alusión al reloj: una vez más, habría de resultarle muy familiar a los lectores habituados a la precisa cronología celestinesca.

dexada una guardia que espiasse hasta de día, por ver si al salir o al entrar fuesse visto o sentido.

Peregrino, ya de día, entró en el monesterio, y por Arsinia fue llevado a la casita del ortolano. Y a la hora, se presenta³⁶⁵ Ginebra a la ventana.

Capítulo CLVI

Desechava Apolo la postrera parte de Piscis y aquí con la derecha mano tenía la cabeça de Aries, cuando en la tierra y espantable sepultura me reposava. Ni primero salí, que la mañana no difundiesse su luz.

Partida la guarda, abierto el monesterio, entro sin piernas y con un temblar de dientes que parecían segadores entre campos de seca miesse. Arsinia, de piedad comovida, me puso en la estança del ortolano, adonde, de buen fuego recreado, cobré las perdidas fuerças.

Venida la hora a hablar conveniente, Ginebra de una parte y yo de la otra nos representamos. Ella la barba y el fengido hábito con el mudado rostro, y yo su conservada belleza contemplando, de nosotros mesmos maravillados, nos mirávamos: suspensos como la hija de Ínacho estávamos. Al fin, con los ojos no sin lágrimas, alçados al cielo, en aquesta amorosa habla mi lengua solté:

Peregrino haze reverencia a Ginebra.

Capítulo CLVII

«¡Oh angelical rostro, a quien todo el mundo deve acatamiento! ¡Oh celestial forma, oh dignidad de las vírgenes! ¡Oh gloria del siglo, oh luz de mis ojos! ¡Oh

³⁶⁵ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: presenta P: presanta

reposo de casto amor, oh mi muy dulce suavidad! ¡Oh cierta esperanza, oh único reparo de todos mis trabajos! ¡Oh consolada alegría, oh señora y mi solo consuelo! ¡Oh eterna mi bienaventurança, Dios te salve y conserve!

»No sé, oh dulce vida mía, cuál gozo a mi ánima mayor se representa: o de verte sana y salva y en amor firme y constante, o de la muerte de aquella famosa traidora, destruidora de todo nuestro bien, assechadora de nuestra vida, descubridora de nuestros secretos, la cual con mis ojos perpetuamente condenada he visto, buscándote a ti, señora, que pensé por la traición de la malvada Astana fueses privada de vida...

»¡Oh grande y enalçado Dios!, ¿qué gracias te puedo ofrescer? De palabras no, porque del saber eres autor; obras no, porque de todo eres señor; prometerte eternal vida no, porque d'ella eres fabricante. Mas por no passar con aqueste vicio de ingratitud, de contino a tu sancto templo mi entrañable holocausto ofresceré.

»Dichoso el estado en que me hallo: mi señora biva y sana, y en lugar muy casto y onesto guardada; yo, en amor firme; y nuestra enemiga, a sempiterna pena deputada. Convendría que mi congoxosa ánima fuesse armada de mil poetantes hablantes y respondientes lenguas, para poder en un momento satisfacer al gran desseo. Por la multitud de las cosas que se me ofrescen, no sé de adónde principiar.

»Pero esperando más ocioso tiempo, con breves palabras transcurriré aquello que mi corazón más congoxa, por ser aquel verdadero objecto al cual con tanto trabajo voy.

Peregrino cuenta el curso de sus trabajos, y humildemente suplica que ya de oy más se ponga fin a tanto penar.

Capítulo CLVIII

»No pienso, oh única mi señora, dever con prólogos recontar qué tal aya sido y sea nuestro divino amor, al cual las peregrinaciones, trabajos y cansancios dan manifiesta fe. Y si por aspereza o flaqueza nuestra perseverássemos, durar no podríamos, aunque la vida no humana pero divina fuesse (y bien que nuestra ánima

de la divinidad gran parte posee, pero sufriendo demasiado se cansa, se trabaja y se deshace en aqueste auto corporal: así parece que el divino Platón nos lo demuestre).

»Por ende, por conservar juntos el cuerpo y la ánima, ya de oy más mudemos el tanto penar en eterna consolación. Mi consejo sería que, pues que el Cielo nos es favorecedor, con perpetua cadena nos ligásemos para que ni por muerte soltarnos pudiésemos. Yo tengo tantos bienes de fortuna, que así en la patria como de fuera provechosa y honradamente beviremos.

»Y si de aqueste amoroso pensamiento y firme opinión hizieres a otro participante, no hallarás fiel consejo ni acuerdo. Tú ves cuán inhumana y cruelmente la paternal aspereza contra ti se aya demostrado, y como cosa despreciada fuera de tu reino te ayan traído. ¿Qué no se haría a un rebelde contra la sacra majestad? Si uvieras sido parricida, ¿qué mayor castigo podía usar contra ti la pública justicia? Y si por amar virtuosamente has sido maltratada, ¿qué sería cuando del contrario fuesses convencida? Y cuando sin causa se han encrudelecido, ¿qué harían, si necesidad les diera ocasión de mal hazer?

»Ya es fenescido mucho tiempo que Amor con igual cadena nuestros coraçones ligó, que en nuestra facultad no ha sido podernos desasir. Mas pues que vemos ya favorable el Cielo, no seamos presumptuosos ni osados contra su voluntad. ¿Cómo crees que por tantos peligros buscado y hallado te uviesse, ni uviesse merecido de ver a Astana, si último concepto de Dios no fuera de un nuestro perpetuo contentamiento? »Confórmate, señora, con este mi fiel y amoroso consejo. Y no sufras que vaya más arando el mar, ni pesquisando tierras, ni solicitando estraña gente, ni perdiendo más de la vida, la cual en el mundo es nascida solo por servirte. Ya de mi fe estás cierta: de hombre del mundo ni más honrada, ni amada, ni reverenciada ser podrías. Pero no te niego que mereces a otro de más cualidad, pero no que se halle más humilde. Hasta aquesta hora, la evidencia te da clara demostración, así que de testimonio no tendrás necesidad.

»Deves, señora, de tomar el bien, pues le tienes. Y si te parece, de mañana aquí nos determinaremos. A tu respuesta espero.»

Ginebra cuasi parece dudar no sea el su Peregrino, y entrambos a dos juntamente cuentan sus trabajos. Y Ginebra demanda la causa cómo por allí sea venido, y danse la fe de casarse³⁶⁶ y conciertan de hazer primero un mensajero al padre.

Capítulo CLIX

«Peregrino, si la memoria no retuviesse la forma de las cosas passadas, reziamente me persuadería ser tú aquel que con tanta amistad y estrecho amor he siempre querido. Mas una cierta especie que veo en ti me ha hecho algún tanto dubdar que no fuesses algún otro, revestido de mi Peregrino.

»Y aunque él no seas, por memoria de tanto amor y de los sostenidos trabajos seas bienvenido y prósperamente hallado. Y por que veas cómo ya creo que sin duda eres tú aquel, he aquí nuestro cinto, raíz y causa de tanta desventura, del cual a la avara Astana, por la executada traición, hizo merced mi madre, porque no fue osada de tenerlo ni mostrarlo, por lo que a su honra tocava.

»Aora de nuevo tú seas dichosamente venido. Y cual tú eres, tal soy yo. Y es razón que una mesma carne sea regida de una mesma opinión, la cual por algún accidente no desvió del verdadero camino. Mas yo te ruego (pues que el tiempo nos sirve) no te sea enojo de repetir cómo viste la triste ánima de Astana atormentada. Y después particularmente hablaremos de lo que se deve hazer.»

Tomado el cinto tan desseado de aquella hermosa y casta mano, juzgué aver llegado al cumplimiento de mi bienaventurança. Y comienço a contar:

«Después de tu destierro, vencidos los inmensos trabajos, rodeado el Infierno, sin tener noticia alguna, muy aflegido y congoxoso, bolví con propuesto de privarme de la vida, pensando ser más dichosa la muerte que la vida sin ti. Bolviendo, vi abaxar del mundo a una ánima. Y preguntada la guía de mi camino qué cosa fuesse, quiso que por mí mesmo lo pesquisasse. Y antes que soltasse mi lengua, gritando dixo: “Yo soy Astana, causa de tanta peregrinación.”

»Y después siguiendo, me descubrió la desviada tierra adonde estás.»

³⁶⁶ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: casarse *P*: casarsse

GINEBRA.—¡Ay mi Peregrino!, ¿cuál corazón a aquella oscura y espantable parte infernal te guió?

PEREGRINO.—El desseo de verte.

GINEBRA.—Bien desseoso estabas.

PEREGRINO.—La prueba lo muestra.

GINEBRA.—¿Fue por vanagloria o por verdadero amor?

PEREGRINO.—Discreta eres, y por eso callo.

GINEBRA.—Mas si murieras, ¿qué gloria a mí?

PEREGRINO.—A mí contentamiento y a ti, inmortalidad.

GINEBRA.—Yo te ruego que muy por estenso todo me lo recuentes.

PEREGRINO.—El tiempo es breve, la hora nos congoxa. Arsinia nos vela: no ay tan alto secreto que, a las vezes, no se descubra. Determinemos lo que devemos hazer, tiempo será después a hablar.

GINEBRA.—Mal determina quien mucho teme. Si vengo, muerte con perpetua infamia siempre nos será compañía Si estoy, dolores y tormentos de continuo me fatigarán. Yo mesma no sé determinar qué es lo que quiera. Mas tú, que de honestos pensamientos eres muy perfecto juez, ordena y dispone. En tu discrición y prudencia lo remito todo, mas yo te suplico que pares mientes que nuestra vida no sea deshonorada, y la muerte, vergonçosa. Porque lo propio del generoso espíritu es morir sobre el carro del Sol, por ende por aquella gloriosa muerte es loado Phaetón³⁶⁷. No es otra cosa aquel carro sino una invencible y trabajosa virtud, la cual con todas nuestras fuerças devemos de abraçar, porque mientras los trabajos son honrosos y de buena fama notados, no son de reprehensión dignos, mas primero que descindamos, y cosa alguna menos que honesta y buena, hagamos experiencia con abrandadores para sanar el enfermo cuerpo, antes que al ruibarvo vengamos³⁶⁸. Y cuando lo uno y lo otro no aprovechasse, aprovecharnos hemos de los extremos, los cuales se quieren evitar quanto possible fuere.

³⁶⁷ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: Phetón. No obstante, Caviceo utiliza una forma tal que *Phetonta* (*ed. cit.*, p. 296), de manera que puede que Díaz la estuviese calcando.

³⁶⁸ En Caviceo, *reubarbo* (*ed. cit., ibidem*). Seguramente en ambos textos se hace mención a un tónico astringente a base de tal hierba, de ahí que el proceso de aplicación de los remedios convenientes se inicie con *abrandadores* (*lenitivi* en el original italiano).

»En tanto, te aconsejaría con algún medio idóneo y suficiente y grato que solicitasses a Angelo de nuestro matrimonio. Y si consistiere, con común satisfacción tendremos nuestro intento. Y cuando no, seguiremos el caso y la fortuna, y adonde Dios faltare, Acherón suplirá. No creo que Angelo sea de tanta dureza, que aya de perseverar en aquesta obstinada voluntad, mas conviene negociar tan cuerdamente, que no sepa adónde estés, porque si de tu venida algún sentimiento uviessse, o me mudaría o por tal modo me constriñería que no sería en mano de Arsinia ni de otras hablarme. Y cuando no fuesse más apassionada por tu pena que por la mía, biviría con aquesta firme opinión que hombre en el mundo no me viesse.»

En aquesta pronunciación no eran menores las lágrimas que fuessen las palabras. Y assí prossiguiendo, perseveró:

«Si assí te parece que es bien, piensa, modera y executa. En aqueste breve tiempo que nos queda estarás secreto, y cuando te pareciere, pues que de la vía por Arsinia eres avisado, a tu plazer podrás venir y comunicar la orden de todo lo que acontecer pudiere.»

No pude sino alabar su muy prudente consejo, y obliguéle mi fe de lo hazer assí. Ordenado entre nosotros lo que avía de ser, transcurrí brevemente el curso de mi peregrinación. Hecho fin, dile por consejo que hiziesse creer a Arsinia que aquel que era venido en forma de peregrino era un ángel que avía tomado cuerpo humano. Y por aseguralla le mostrasse una caxita de marfil artificiosamente labrada, la cual avía traído de Lisboa.

Humanamente despedido, con el cuerpo me parto, dexada la ánima en su poder.

Peregrino, tornado a su posada, de todo haze participante a Achates y deliberó de embiarlo a la patria y tentar la opinión de Angelo cerca del matrimonio que se avía de hazer.

Capítulo CLX

Buelto a la posada, todo con Achates comunicado, sonreuyendo assí me respuso:

«Peregrino, acontéscete a ti como hizo en nuestra tierra en los tiempos passados a uno: gravemente enfermo por no poder de la orina tener el beneficio, de contino rogava a Dios no le negasse tanto bien; al fin, creciendo la enfermedad, faltava la virtud y multiplicava el dolor: con mucha mayor instancia pedía a Dios le hiziesse merced de la vida por satisfazer a sí³⁶⁹ y a otros. No pudo un su criado que estava presente allí refrenarse de dezir que se maravillava de tanta instancia, que si Dios no le quería complazer en una poca de orina, cómo creía que le querría hazer merced de la vida.

»Assí agora, ¿tú como piensas que si Angelo nunca de una sola vista te ha querido hazer digno, que te aya de juntar en matrimonio con Ginebra, que es la cosa más amada que en el mundo tiene? No lo digo por mi trabajo, que aparejado estoy a ir por tu mandado, aunque sea en cabo del mundo.»

PEREGRINO.—Tú irás a la patria. Y con nuestros parientes y amigos usarás de toda industria, y guardado el tiempo, con convenientes razones proveerás de traer a Angelo en sentencia, que sea contento con sempiterno olvido de desarraigar toda memoria que por nuestros passados aya sido sembrada, y en nuestro tiempo crescida y augmentada, y por que crea que de corazón y voluntad, estudio a la paz y sossiego, le demando a su hija Ginebra. Y si preguntare de mí, responde que Scicilia me retiene y posee. Si en aquesto consentiere, toma espacio de dos meses para llamarme. Si lo negare, secreta y prestamente me lo haz saber por que sagazmente proveer pueda a lo que el corazón me da.

³⁶⁹ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: a sí P: a ssi

ACHATES.—Peregrino, grave es la empresa. Y como Angelo nos sienta, demandará tiempo a responder, y en aquel espacio proveerá en hazer guardar mejor a Ginebra. Y si te pareciere, tomemos otro camino, y será aqueste: sabré por la vía de Viante qué opinión hagan de ti Angelo y Anastasia, y si fuere buena, ejecutaré tu consejo. Y si no, publicaré tu muerte en la isla Paropia. Fácilmente acontecer podría aquello que hizo a los dos romanos, los cuales en vida fueron siempre enemigos y la muerte del uno fue al otro verdadera reconciliación.

»Quiçá oyendo que eres muerto, le pesará y cuando yo le viesse en tal arrepentimiento, herley á un jurado testimonio, cómo filialmente le amavas y acatavas, y que siempre buscaste de tractar afinidad con él. Si con amor se domasse, usaría aquestos términos: “Ello es verdad que en el extremo de la vida le dexé, pero por falta de dineros he buelto acá. Mas si Dios la vida le reservasse, ¿serías contento por medio de Ginebra tratar parentesco con él?” Si a esto se inclinare, salvos somos. Si lo niega, seremos ciertos por su voluntad de nunca jamás tener contentamiento.

No me desplugo la nueva invención, y con aquesta deliberada determinación dio buelta para la patria.

La fama publicó el naufragio de Peregrino, por la industria de Achates. Y en aqueste tiempo, Peregrino, por intercessión de Arsinia, hablava con Ginebra, la cual le contó el processo de Astana y las traiciones por ella fabricadas, y el estrecho en que la pusieron y cómo la truxeron a aquel monesterio.

Capítulo CLXI

La pregonera³⁷⁰ Fama de nuestro naufragio falsamente avía informado la tierra, assí que cuasi estábamos de todo punto olvidados. Achates, con estrangero ábito, se fue a casa de Viante, la cual sana y salva con entrañable y maravilloso amor le rescibió. Repitiéndole de la tierra y de la casa de Angelo todas las formas y

³⁷⁰ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: pregonera P: pregonara

maneras y hecha segura de mi vida, de todos los secretos le dio entera parte. Ella le respuso que Angelo a otra cosa no esperaba sino a la verdadera justificación de mi muerte, “y como manifiesta nos fuese”, en el momento se partiría por su hija y a la hora la desposaría. Todavía aconsejó a Achates a que diese principio a la nueva arte.

En aqueste tiempo, muchas vezes razonando con Arsinia, halagada y galardoneada de ciertas devociones orientales, con su licencia me buelvo a la visitación del huerto, mostrando desseo de esperar el tiempo del viejo ortolano. Una mañana a dispuesta ora, me hallé allí adonde por intercesión de Arsinia era venida Ginebra. Llegados al acostumbrado lugar, después de las convenientes saluciones y la narración de la orden dada a Achates, le pregunto cómo aya dexado el reino y la patria y venido allí.

GINEBRA.—¡Ay mi Peregrino, siento más que muerte no solamente en dezirlo, pero en pensarlo!

PEREGRINO.—Señora, quanto la fruta es más áspera y agra, tanto es más dulce cuando se goza madura. Y aquello que a sufrir es enojoso, a contarlo en contentamiento es una gloria. Por ende, no temas, señora, de dezirlo.

GINEBRA.—Tú eras escassamente de la cámara salido, cuando la traidora Astana, por privarme de vida, truxo allí a mis hermanos. Y con ravioras y crueles bozes me llamaron a que les abriese. Acordada de tu mandamiento, con silencio hize resistencia. El callar argüía la culpa, y por cosa cierta tenían que estuviesses en la cámara. Al fin, temerosa de lo peor, siendo entrepuesto tanto de espacio que fácilmente de casa podías ser salido, les abrí. Entrados, sin lengua, de acá y de allá, de arriba y abaxo, debaxo de la cama y vancos, con hachas encendidas y las espadas desnudas, van buscando, amenazando y con palabras matando. Yo, en la cámara de Anastasia y Astana guardada, deshonrada y despreciada, estava assentada. Cuál de muerte, cuál de destierro, cuál de diversas penas me amenazava.

»Tornados los hermanos a la cámara, después de buscada toda la casa, entre mí y la acusadora Astana quisieron hazer experiencia cuál de nosotras usava falsedad. Agramente me preguntaron quién era aquel que poco antes avía estado conmigo solo en la cámara. Respondíles que a otro hombre salvo a ellos no avía visto. Astana, en mi cara, me dixo: “Mientes como falsaria y mala muger”. No le pareció a Anastasia de venir assí a pública prueba, mas sola con Astana me comienza de

lengua a maltratar diciendo: “¡Oh infamia perpetua de nuestro linaje, a qué eres venida! ¡Oh traidora de ti misma, oh falsa muger, oh ingrata hija, oh mala simiente, cuál desvergonçada hembra fuera assí osada, a mediodía, en los ojos de sus padres y hermanos, aver metido un mancebo y enemigo a nosotros! Negar no lo puedes: he aquí la prueba. He aquí el cinto. He aquí la letra de tu mano. Bien sé que eres tan mentirosa que desvergonçadamente lo querrás todo negar. Y lo que tú no confessares, el áspero tormento de tu propia mano descubrirlo hará. Di, ¿el cinto era tuyo?”

»Respondo: “No, en mi poder nunca fueron tantas riquezas para que tan sumptuosamente lo pudiesse adornar. Y tú sey mejor informada de mí.” “¿Aquesta letra es tuya.” “Sí.” “¿A quién la embiaste?” “A ninguno: escrevíle por tener exercicio.” “Al mancebo tuvístele en tu cámara.” “Con el cuerpo, no; con el corazón, quiçá sí.”

»Entonces dize Astana: “Anastasia, ¿qué te parece?” Ella respuso: “Hierro, cárcel y grillos la harán dezir la verdad.” A la hora, con airado rostro buelta hazia ella, digo: “Anastasia, poca honra te será dotar una tu hija de tanta infamia. Aquesta traidora, que siempre bivió sin fe, avara y malina, hate vendido alguna falsedad. Más honra te será el callar que el hablar: yo te suplico que más no me fatigues, porque cuanto más buscares, tanto menos hallarás.” Encendida Anastasia de mayor odio, y por tener de contino armada a Astana contra mí, por mi mayor desprecio la hizo merced del amoroso cinto. Y de la cámara salidas, me dexaron de noche encerrada. Y el siguiente día, sin especie alguna de mantenimiento.

»La noche siguiente, entraron adonde estava, y con un negro manto en muestra de mi eterno tormento, fue llevada a la nao. Ni después acá vi persona que conociesse, ni yo tampoco fue vista. Fueme entregada una cámara de la cual nunca salí, en tanto que Astana bivió, la cual, arrebatadamente, viniendo al fin, de todas las ofensas perdón me pidió, y dexóme el cinto que tú tienes. Y si la pasión me fue áspera y cruel, mucho más me era el pensar de ti, por ser de tu vida y muerte incierta.

»Mas pues el justo Dios de tu presencia me ha hecho digna, sea fin a los llantos y principio a la alegría. Y porque creo que vendrán agora aquí, será bueno que te desvíes, por que no se dé materia de nueva sospecha.»

Salido de la huerta y del monesterio, me retruxe a mi cámara con tan gran arroyo de lágrimas, que no podía hablar ni comer.

Achates publicó la muerte de Peregrino, la cual luego que fue sabida de Angelo, escribió a su hermana la abadessa.

Capítulo CLXII

Mientras que estábamos en aquestos conciertos, Achates ya por la patria avía divulgado la creída muerte. Assí que del arrebatado caso cada uno se dolía.

En estos comedios, un criado de Angelo, muy familiar de Viante, entre otras muchas razones le dixo que Angelo le embiava con cartas de mucha importancia a su hermana la abadessa de Santa Quincia³⁷¹. Luego se acordó Viante que podía estar allí Ginebra ausentada, la cual, por mi muerte asegurada, luego sería de tanto destierro salida sin dilación. Viante hizo que le llamasen a Achates. Y encargóle que sin tardança alguna, con simulado ábito, se hiziesse compañero del criado de Angelo (cuyo nombre era Forensio³⁷²) y sotilmente viesse de qué suerte, tenor y materia fuessen las cartas.

Sin más detenerse puesto en un trotón, Achates encontró a Forensio. Dadas y rescebidas las devidas salutations, preguntados del viaje, cuasi a una tierra respondieron caminar. Hecha la compañía, contratada la amistad, descendieron a más particularidades.

Contadas muchas cosas de la casa de Angelo, sustentados los cuerpos de maravillosa cena, cerráronse los ojos de Forensio en profundo sueño. Assí que en su facultad no era de poderse levantar, lo cual viendo Achates, secretamente le hurtó las cartas, y abiertas las leyó. Las cuales eran de aqueste tenor:

³⁷¹ En el original italiano, *Sancto Andrea*. Recuérdese que Díaz localiza este tramo de la acción en una supuesta *Áurea*, cuando Caviceo la pinta en Rávena.

³⁷² Lo llama *Antonolo* Caviceo. Díaz soslaya su destino (Rávena), así como el de Achates (Rimini).

El tenor de la carta que escrivía Angelo a la abadessa. Y fue falseada por Achates.

Capítulo CLXIII

«Honrada madre y hermana, pues que Dios me ha sacado de tanta congoxa, que mi perpetuo enemigo Peregrino vilmente ha concedido a la Natura, delibero de juntar a Ginebra en matrimonio a un principal cavallero comarcano, tanto generoso quanto rico.

»Por ende, con diestro modo procura de hazerlo saber a Ginebra, a que se disponga a mi voluntad, lo cual soy cierto que hará encendiendo la tu sancta amonestación. Y quando no mudare opinión, convendrá que aprenda de bivar otra vida muy más agra que la muerte. Por ende, en tanto que el tiempo le es provechoso, confórmese con lo que honestidad requiere, y aquesto será para mi descanso y para su provecho.»

«Especulada y rumiada la carta, fácilmente comprehendí por alguna vía no poder humillar la dureza de Angelo, en la cual perseverando, imposible sería de poder tomar por combate la virginidad de Ginebra, ni menos su fundada opinión.»

Y assí, inspirado de alguna divina deidad, con nuevo ingenio determinó de socorrer a mi dubdosa vida. Y escribió otras cartas de aquesta forma:

El tenor de la carta que escribió Achates:

«Venerable madre y hermana, si algún tiempo mi ánima fue dura, áspera y contraria al desseo de Peregrino, no es por culpa ni defecto suyo, antes por unos ciertos vandos de nuestros passados, a los cuales en cosas menos que honestas no devíamos seguir. Por ende, conmigo mesmo mejor aconsejado, he depositado toda mala intención, rancores, enemistades y embidias que contra él tuviesse. Y tanto más lo amo, quanto más indignamente lo aborrescía. Y por poder perseverar en buena, verdadera y no simulada ni fengida paz, yo le he prometido a Ginebra, mi hija, por su perpetua muger.

»Ruego a Dios que les dé aquella próspera dicha que hizo al padre hebreo, de adonde procedieron las tantas tribus. Y porque es cosa grave quebrar la fe, conviene que tú me seas espaldas y escudo, lo cual con tu honra y mi provecho puedes hazer. Yo de Ginebra tenía hecho otro contrato, con un noble y rico cavallero, y si le quisiesse absolutamente revocar, a mí y a mis descendientes engendraría capital enemistad. Por ende, conviene que, rescebida la presente carta, por tu autoridad y por aconsejar a la paz y sosiego entre nosotros, por palabras de presente delante de ciertas personas a esto elegidas, la desposes con Peregrino.

»Y de aquesta mi voluntad harás participante a mi Ginebra, y secretamente darás noticia a Peregrino, que ocultamente habita aí. Y d'él tendrás muy fiel conocimiento por Artusino, nuestro común pariente, con el cual por el presente no quiero que comuniques cosa alguna, por que en tiempo alguno no pueda dar testimonio de mi quebrantada fe.

»Y por que la cosa vaya más con acuerdo y secreto, rescebidas las cartas podrás embiar el presente portador a negociar algún negocio que te toque fuera de la tierra, hasta en tanto que el matrimonio esté assentado. La suma del dote es mi voluntad que sean cuatrocientos³⁷³ y mil ducados en axuar, con aquesta expresa condición y pacto que Ginebra se aparte de nuestra herencia, y en aquesto quiero que puedas obligar todos mis presentes y futuros bienes. Y cuando conveniente te pareciere, de todo me darás distinto aviso por mi proprio mensajero.»

La letra de Achates parecía mucho a la de Angelo, y fue de tanta eficacia, que la creyó la abadessa.

Capítulo CLXIII

«Tenía la letra una cierta similitud que en cosa alguna no era diferente de la de Angelo. El sello, artificiosamente quitado de la otra, con tanta industria estava assentado sobre aquesta, que parecía de mano del proprio maestro ser imprimido.

³⁷³ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: cuentos

»Cerrada, la carta fue buelta a su lugar. Hecha la mañana, alabada la cena, de la comida se comenzó a hablar. Y así holgando, llegamos a nuestra jornada.»

De ahí a algunos días, pareció tiempo a Achates de despedirse de Forensio, poniéndole por desculpa las vías ser ya diversas. Y así despedidos, fueron a diversas posadas, por estar más aparejados a la partida de mañana. No tuvo primero Prosérpina rodeada la tierra, que el solícito Achates, en su trotón subido, aquel día llegase adonde yo estaba. Y del todo informado, aunque a la arte no se siguiese el efeto, quedamos muy consolados.

Hecha la barva, mudado el ábito, revestíme de una rica ropa de orientales perlas adornada que me avía dado el magnánimo rey de Lirnea, acompañado de cuatro gentiles hombres, no menos cavalleros que lúzidos. Así que de mí mesmo no me conocía. El siguiente día, el desseado Forensio llegó y luego presentado, y hecha reverencia a la abadessa, las fengidas cartas le dio.

Después de leídas, comunicólas con Ginebra. Y en un instante se concluyó de embiar fuera de la ciudad al mensajero, y por Artusino hazerme acompañar al lugar del futuro matrimonio. Fueme ordenado un aposento que para el rescebimiento de César Octavio uviera sido más que honroso.

Y en aquel instante, veo venir a Artusino, del cual humanamente fue rogado no me fuesse grave ir a visitar a la abadessa de Sancta Quincia, porque tenía de comunicar conmigo secretos de grave importancia. Todo maravillado, con el rostro grave y el corazón contento, con instancia le pregunto³⁷⁴ aquello que podía importar la presente ida. Como cavallero me jura no saberlo, pero creer que lo haze por causa de visitación spiritual. Andando, razonamos de diversas cosas.

Después, la fantasía temía del criado; dubdava de Ginebra, por ser muy cuerda; afligíame la condición de las religiosas, que por ventura tan apressuradamente no querrían proceder al acto del desposorio; o que querrían elegir otro lugar... Y así razonando y pensando, llegamos al santo templo, en cuyo portal estava la abadessa con sus elegidas compañeras esperando. Llegado a su presencia, despedido Artusino, entrado en el secreto monesterio, hecha reverencia a la abadessa, después de assentados, así me dixo:

³⁷⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: pregunto *P*: preguuto

Peregrino, llevado a la abadessa, fue muy bien rescebido. Y fue allí llamada Ginebra.

Capítulo CLXV

«Señor Peregrino, primero que te viesse te amé. Visto y conocido, te acato, porque me pareces que tal en el mundo Natura te aya producido, que con razón eres digno de todo bien. Oy la divina clemencia con justo premio ha fenescido tus trabajos, obrándolo la limpieza de tu ánima.

»Angelo, mi hermano, tu competidor, con fiel corazón a ti es reconciliado y de enemigo es hecho protector y defensor. Y por que tú te dispongas a ser tal a él cual él a ti, es contento de darte en matrimonio a su hija Ginebra, la cual creo que aceptarás con aquel corazón que yo en su nombre te la prometo³⁷⁵ y desposo. Siguiéndose aquello que a confirmación de semejante acto es necesario y usado, y siguiéndose a esto tu libre voluntad, nos retraeremos a la presencia de Ginebra, cuyo consentimiento es a mí explícito y manifiesto.»

Acabada su razón, di aqueste principio a la mía:

«Señora, mayor virtud es amar que ser amado, porque lo uno es acto voluntarioso y el otro, forçado. Si tú me amas, házeslo por una cierta tu natura, muy inclinada a virtud, la cual me fuerça y constriñe ser semejante a ti.

»De infinitas gracias te soy deudor y si he tardado en hazerte reverencia, no fue por mi culpa sino por poco mirar. Y aquel fuego que ha estado ya muerto, agora se encenderá en tanta llama, que a todo el océano será trabajo un solo punto poder desminuir.

»Angelo haze el oficio de buen padre y de hombre discreto, y ha bien aconsejado a sí y a su hija, la cual, con inflamado corazón, de tu mano acepto por mi legítima esposa.»

Levantados en pie, fuemos hazia adonde, onrada y honestamente acompañada, estava assentada Ginebra. Con mucha reverencia fuemos rescebidos, y

³⁷⁵ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: prometo *P*: promemeto

yo de una parte y ella de la otra, con mucho reposo íbamos. Estando esperando el deseado fin, siento la boz de un sacerdote que al uno y al otro mirando dixo:

Peregrino se desposó con Ginebra, y passaron entre ellos hablas de mucho plazer, trayendo a la memoria las cosas passadas.

Capítulo CLXVI

«Peregrino y Ginebra, ¿sois vosotros libres de toda religión secreta o manifiesta? Responded.»

PEREGRINO, GINEBRA.—Somos libres y sueltos.

SACERDOTE.—¿Tenéis algún parentesco?

PEREGRINO, GINEBRA.—Ninguno, y poca amistad.

SACERDOTE.—¿Avéis os prometido a persona alguna por matrimonio o por desposorio?

PEREGRINO, GINEBRA.—Nunca, jamás.

SACERDOTE.—¿De vuestro común consentimiento sois dispuestos a celebrar el presente matrimonio?

PEREGRINO, GINEBRA.—De corazón y de fe hazerlo queremos.

Así desposados, y después acabados los autos matrimoniales, como es usada costumbre, dixe a Ginebra:

«¿Cuándo, señora, fue el cuidado primero que de mí tuviste?»

GINEBRA.—Sin fuego la primera carta me encendió, la cual me despuso algún tanto a amar.

PEREGRINO.—¿Y cuándo más?

GINEBRA.—La prisión te me obligó.

PEREGRINO.—¿Cuándo llegaste a la cumbre del amor?

GINEBRA.—Cuando de ti y de Cinthia sospeché: aquello me fue una ansia incomportable. Y si no me parara a pensar de mí quién era, yo hiziera una locura nunca oída. Después, verte cómo le diste el cinto: me creció un tan mortal dolor, que creí dexar la vida.

PEREGRINO.—¡Ay que siempre fuese cruel!

GINEBRA.—Cruel no, mas temerosa sí.

PEREGRINO.—Mucho he penado.

GINEBRA.—Lo de vosotros es cosa de passatiempo a respecto de lo de nosotras. PEREGRINO.—La razón...

GINEBRA.—La ánima a muchas cosas atenta no puede sentir particular afán, el cual es aquel que verdaderamente atormenta. Diversamente os fatigáis, variamente pensáis. Y destintamente trabajáis, assí que fácilmente el día y la noche se os pasan sossegados. Mas nosotras, tristes y captivas y a esta perpetua llama sujetas, de otra cosa no podemos pensar ni hablar. Y por esto es diferenciado el estudio de amar entre vosotros y nosotras.

PEREGRINO.—¿Luego más ama la muger que el hombre?

GINEBRA.—Incomparablemente.

PEREGRINO.—Tú eres sospechosa...

GINEBRA.—Y tú, poco fiel.

PEREGRINO.—A pocos días, sin disputa lo veremos.

GINEBRA.—Siempre perderás.

PEREGRINO.—Quien bien aprende nunca pierde.

GINEBRA.—A Minerva no ay quien la pueda enseñar.

PEREGRINO.—¡Oh clara elocuencia, oh bienaventurada ora, oh próspero día, oh mi esperança, al soberano premio llegada! En ti, señora mía, amor, gentileza, discreción y ingenio tienen su propia morada. En ti todo mi bien se reserva. Tú eres la verdadera música y la concordia de toda la destemplança. En todas las cosas te veo perfecta. Aora breve, aora copiosa; aora dulce, aora amarga. El celestial maestro siguió en tu hechura aquel verdadero dechado que de todo es suma perfección.

Y assí, hablando y burlando, con un dulce apretar de manos fingiendo más secreta habla, de tal manera impremía mi rostro con el suyo, que en el corazón me engendraba un tal contentamiento, que por concepto de hombre manifestar no se podría. Y cuando acontecía que la desseosa vista passava a la contemplación de aquellos divinales pechos, trasmudávame en mí, y juzgava del primero cielo abaxo no ser ni poder ser otra bienaventurança que aquella que yo vía. Y infinitas vezes entre mí mesmo dezía:

«Ninguno es el trabajo a respecto del tan gran premio: ni mil ni después otros tantos mil trabajos, ni aquel extremo que me pudiesse dar una cruel fortuna con la profunda cárcel cretense, no vil servidumbre, no tiempo, no pérdida, no adversidad, no infernal tormento, apartarme podría de tanta hermosura. Sé bien que Dios y Natura te produxieron en la tierra para única mi salvación. Que si así no uviera sido, justa querella me quedava del fabricante común que de cosa tan necessaria privado me uviesse. Tú, señora, eres mi amparo, el puerto de mi salud, mi fiel esperanza y aquel camino real que al cielo me guía.»

GINEBRA.—Señor, ¿para qué me congoxas con renovarme tu pena? Siempre he conocido tu entera fe para conmigo, y si no he socorrido cuanto era tu merecimiento y mi dispuesta voluntad, helo hecho por no caer en lenguas. A ti te parece que he sido más avara de lo que convendría a quien fielmente ama, mas tú con agradable silencio aceptar devieras lo que mi amoroso corazón sentía y la vergonçosa lengua no pronunciava aora que eres de todo poseedor, tuyo será el alvedrío de mi vida.

Peregrino pregunta a Ginebra qué opinión fue la suya cuando supo su venida.

Capítulo CLXVII

«Angélica señora, no es a quien fielmente sirve menor contentamiento el ser conocido que sobre los trabajos acrescentadamente galardoneado. Con tu desembuelta lengua, cierta pronunciadora de tu corazón, manifiestas aquello que Natura y costumbre y verdadera nobleza te ha enseñado. ¡Y gracias a Dios y a Amor que de ti, señora, me ha hecho poseedor!»

Y así hablando, en aquel divino rostro enprimía mi indigna boca. Y después proseguí:

«Dime, señora, si el hablar no te enoja, qué intención fue la tuya cuando los passados días supiste mi venida en aquel pobre hábito.»

GINEBRA.—Salí de mi mesma, no por maravilla, que bien sabía que sin reposo estaría siempre tu vida, hasta en tanto que de mí cumplida noticia tuviesses. E quiero que sepas que después de mi destierro nunca me pasó noche ni día sin tu figura, la cual me representava el estado de tu vida o alegre o triste que fuesse. E mucho más dolor me dava el pensar cuán desenfrenadamente te oponías a todo género de peligros. Y porque ya el tiempo de oy más se inclina y Phebo de nuestro orizón se parte, demos lugar a la aparejada cena.

Levantados en pie, assí mano a mano razonando, secretamente entremetíamos dulces besos con sabrosas palabras. Aparejada la cena, no menos solemne que plazentera, con suaves y corteses razonamientos nos passamos hasta el tiempo de aquella siempre desseada y bienaventurada hora del dormir.

Entre las monjas fue quien dixo que no se devía de hazer tan apressuradamente, porque semejante acto se avía de reservar a la natural patria; otras sentían el contrario, diziendo no aver matrimonio firme ni concluso sin cópula, y cuando se provasse alguna obligación hecha por Angelo, de Ginebra se admetería el primero, y no el segundo marido:

«Por ende, conviene librar a Angelo de tanto cuidado, por que con verdad responder pueda el matrimonio estar ya consumido.»

Aquesta disputa no me fue de menor dolor que sería la camisa de Deyanira a Hércules, y si Dios no me socorriera, era cierta mi muerte. Después, la parte a mí favorable fue vencedora. Hecha la determinación, nos fue aparejada una cama más blanda que pluma y más que nieve, blanca; más olorosa que menjúy, estoraque, almizcle y algalia. Salidas de la cámara las sacras compañeras, solos allí nos quedamos.

Peregrino junta a las palabras dulces besos y estrechos abraçados. Y después, procuró de andar por el jardín.

Capítulo CLXVIII

¡Oh cuánto es dificultoso en tanta variedad de manjares poder quitar la hambre! Parecíame de ver al mancebo que a la linda flor el sobrenombre dio, al cual la abundancia en tanto le hizo pobre, que cabe la fuente la vida dexó. Con ambas las manos tomé aquel divino y vergonçoso rostro. Besando aquel blanco y angélico cuello, miro aquellos encarnados, blancos y assentados pechos, que dos doradas mançanas representavan. E quando acontecía que, con humilde y baxa boz, dezía: “Sossiega, descortés”, y con aquella divina mano atrás me echava, quanto más me desviava, tanto más me crecía el desseo de mirar.

Dexadas las primeras vestiduras, parecíame ver a la casta Diana con aquella su velocidad. E quando quedó en la última, la diosa del tercero cielo representava. A la hora, comienço a dezir:

«Júpiter, si estás determinado por la desonestada hija tomar vengança del muy osado Phebo, no temas que el real aposento quede huérfano, por ser aquesta de assaz mayor resplandor. ¡Oh cuánto se quejaría la deesa Trivia si aquesta claridad viesse! En aquesta señora juntamente son aquellos dotes y gracias que de todas partes pueden beatificar al hombre.»

Y con aquesto mezclávamos besos y estrechos abraçados. Retraídos al cerrado lugar del suave guerrero reposo, no de otra manera buscava de acostarse en la casta cama que haría la virgen priameya, quando al sepulcro achileo fue sacrificada. Temerosa, modesta, vergonçosa, callada, con inclinados ojos haziendo semblante de poco contentamiento, onestamente se puso en la cama. Y toda cubierta, a manera de enferma, sin menearse estava encogida. Y yo, al lado, no por ofender mas por contemplar.

Estando assí, ofrescióseme a la memoria un jardín verde, lleno de arboleda de la cual balsamo, néctar y ambrosía dulcemente manavan. Codicioso de entrar, con la fiel mano modestamente tomo la puerta, e por la veladora guardia humilmente me fue dicho en parte alguna no estar para tal labrança dispuesto. Con discretas palabras

hecha seguridad, me retruxe sobre el amoroso pecho, assí que juzgaras Alcides y Antheo abraçados combatir juntos.

Peregrino y Ginebra, retraídos a la cama, dulcemente passaron la noche.

Capítulo CLXIX

La noche profunda, el alto silencio, los vapores del estómago, el no usado cansancio de tal manera ataron los sentidos a Ginebra, que dormida, sin sospecha ni guardia, en mi libre facultad se depositó. A la hora, con la acicalada máquina poco a poco a la puerta llegado, herí las fuerças para entrar; mas era tan cercado de muro de diamante, que no fue poderosa mi artillería de poderlo del todo combatir. Despertada y algún tanto enojada mi señora, siento que dize:

«De ladrón de casa no ay persona tan avisada que guardarse pueda.»

Acrecentadas luego todas las fuerças, sentí caer la puerta y el muro. Entrado el enemigo, sanguinolento y furioso vagava, como si de algún omicidio se quisiese vengar. Hecho señor y verdadero poseedor, ni primero quiso partir si de la libre buelta no tuviese la jurada fe. Ligados y enclavados, fue refrescado parte por parte todo el jardín. El ermano de la muerte, assí vencidos y cansados, nos truxo hasta aquella ora que la deesa no fue avara a Orfeo de la muger. Por temor del príncipe y capitán de la clara luz, el virginal rostro escondía. A la hora, juntamente hechos veladores, con el arado de la fina reja comencé a labrar el áspero jardín, por reduzirlo a la labrança de mejor fruto.

Ya el carretero del celestial carro los bañados cavallos en el océano alçava, cuando de la obra a las palabras éramos venidos. Al sentido de las cuales, una señora a nuestras cosas deputada, con devida salutación en nuestra cámara entrando, con ginebro y romero, hecho un oloroso fuego, con un limpio paño y caliente fregó los delicados miembros a Ginebra, y le dio una perfumada y blanca camisa. Y después, a vestirla hizo principio.

Puesta en la cama con unos no adornados cabellos, me pareció ver en aquel instante el moderador de la divina luz, cuando de súbito fuera de su reino los

resplandescientes rayos embía. No me pude refrenar (primero, con diestro modo, la dueña despedida) de ver si alguna nueva rosa uviesse nascida en el labrado jardín: ¡oh, que una más gentil, más fresca, odorífera y suave que la primera hallé! Y juzgué la labor del día ser incomparablemente mejor que la de la noche. E alçada la vista comienço a dezir:

Peregrino da gracias a Júpiter y ofrece las armas al templo.

Capítulo CLXX

«¡Oh gran Júpiter, cuya virtud al universo rige! A tu sancto templo las vencedoras armas ofrezco, pues de tanta pelea ya tengo el triumpho. Aquesta es aquella combatida provincia que a su vencedor glorioso y inmortal le buelve. Aqueste es aquel triumphal carro adonde, honradamente, se podría assentar el divino consistorio. No fue la agamenónica presa, no la rapina de Colcos, no la forçada Sabina cosa alguna en comparación de aquesto. Cuántas vezes a la tierra, Júpiter, descendiste por cosa baxa y común, y si de semejante manjar fueras apascentado, no era menester el más fatigarte. Mas pues que sobre los otros amadores me has enxalçado, gracias inmortales te doy, pues en servicios pagar no te puedo, por ser tu fortuna en tan sublime grado, que de mí ni de cosa humana nescessitado te halles. Y pues que a otra cosa no valgo, en señal de devido agradescimiento tu sancto nombre con sempiternas gracias siempre loaré.

Peregrino sobre las vitorias romanas enxalça la suya.

Capítulo CLXXI

»Ya alabaron los antiguos, en prosa y en verso, al fiero Haníbal por la parte de Italia acometida y destruida; a Alexandro, por los parthos; a Pirrho, por los

emathios; a Alcides, por los troyanos; a Pompeyo, por Mithrídate; a Scipión, por Carthago; y a Mario, por los alemanes.

»¿Mas cuál pelea fue más vitoriosa jamás que aquesta? ¿Cuál provincia, cuál reino, cuál clima, cuál edad fue algún tiempo dotada de tan precioso tesoro cuanto es la presente? ¡Oh qué gloria uviera sido al famoso Homero y al histórico Herodoto, si de aquesta cantaran o escrivieran! Mas el verdadero dispensador del cielo no quiso adornar las primeras edades de tanto resplandor por emprovescer la posteridad. A aquel primer siglo el ingenio, a éste todas las otras virtudes dio. Agora mira cómo son diferentes los tiempos, por la venida de aquesta sola al mundo inmortal ave Phenis.»

Assí diziendo, nos vestíamos. Y, mano a mano andando, nos presentamos a la abadessa. Y después de muchos razonamientos, fue determinado de todo dar aviso a Angelo. Y assí le fue escrito:

La abadessa escribió a Angelo sobre el celebrado matrimonio.

Capítulo CLXXII

«Si jamás carta o mensajero que tu verdadero amor me demostrasse tuvo en sí vigor y potencia de poder dar salud y consuelo, ha sido la tuya, la cual tanto del cuerpo quanto de la ánima posee justa razón. Aquel fabricante del cielo, aquel spiráculo de bivalente ánima infuso al hombre, de cumplimento y gracia en tu creación te fue assistente. Por ende, es defícil el errar.

»Has imitado al ingenioso carpintero, que primero mira y conseja, cuadra y lo rumia todo que a la obra ponga la mano. Y después, con buena orden los fundamentos assienta con tal firmeza, que por lluvia continua ni fuerça de viento nunca dobla. Quesiste experimentar cuál fuesse la natura, cualidad y condición de Peregrino, e aviéndole sotilmente conocido, le has amorosamente ennoblescido del casamiento de Ginebra, tu primera y única hija, que oy por tu estrecha commissión le ha sido copulada.

»Y aunque me aya sido gran dolor el verme privada de tal sobrina y más que hija, no me pesa que sea passada de la contemplativa a la activa vida, en la cual infinitas señoras, assí antiguas como modernas, de manifiesta sanctidad el nombre han ganado. E bien que la primera parezca más segura, no es por esso la segunda assí dudosa, que fácilmente sufrir no se pueda. E mayormente a persona bien nascida, y muy mejor acostumbrada como es nuestra Ginebra. Y por satisfazer a tu muy piadoso desseo, he sido contenta que el matrimonio se celebrasse y consumiesse. E aunque el lugar a otros usos sea deputado, no es por esso de despreciar el tan gran sacramento; y aun nuestra hermandad es de tal cimiento, que obligarme podría a mucho mayores cosas.

»Alabo maravillosamente a Dios de aqueste par de casados, que ni tales ni semejantes nunca nuestra patria celebró. Entrambos a dos prudentes, sabios, bien acostumbrados. Onestos en hablas, en obras y en meneos, parecen dos criaturas fabricadas en el angélico coro. De rostro hermosos; de virtud, mucho más. De complessión tan dispuestos, que Natura mejor produzir no los podía. Por esto me gozo de tu bien y del mío. No será ageno de tu honra, aunque el camino sea tan largo, de embiar aquí una nueva compañía para honrar el nuevo matrimonio y llevarla adonde aya de bivar y morir, por no ser gran conveniencia de vida a vida. Y bien que seamos de profesión más áspera, no son por esso nuestros coraçones de diamante, ni los ojos de mármol, ni los sentidos tan ligados que, a las vezes, por el contino ver y escuchar no se cayesse en algún impúdico pensamiento, que podría ser principio de alguna caída; e aun quando veniesse en conocimiento de nuestros reformadores, no seríamos sin áspero castigo.

»Tú, que por edad, discreción y prudencia en todo eres sabio, provee a la nuestra³⁷⁶ honra.»

Escrita y sellada, la carta fue olvidada en nuestra cámara. Estava allí Achates con un ábito a sí³⁷⁷ y a los otros no conocido; y atento mirando, considerava nueva guerra, y temía que Angelo no se comoviesse por tan grande

³⁷⁶ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: nuestra *P*: y nuestra

³⁷⁷ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27*: assí

injuria. E algún tanto de nosotros desviado, mudada letra por letra la carta de la abadessa, de otra manera escribió. E fue del siguiente tenor:

Achates falseó la carta de la abadessa.

Capítulo CLXXIII

«Angelo mío, criatura alguna nunca tanto de la humanidad se deve desviar, que muestre contentamiento de la desventura agena. Y quanto la suerte es más triste y cruel, tanto más nos devíamos doler, por no tener nosotros más seguridad de la vida que aquellos, los cuales a las vezes por natural curso o variable fortuna vemos muertos o mal tratados.

»E no ay quien de más alto caya que los que están assentados en próspero estado, si bien no consideran el fin de las cosas venideras. Y quien del mal de otro se goza al suyo se allega. No por reprehenderte lo digo, mas por acordarte que es ya tiempo de poner fin a la inútil y trabajosa enemistad que más a ti que a otro daña: ¿adónde crees tú de hallar para tu hija un semejante marido que Peregrino?, ¿cuál más rico?, ¿cuál más hermoso?, ¿cuál más modesto? Y si él fuesse muerto, ¿qué es a ti? Y si eres notado de aqueste natural vicio de aborrescer los que te honran y aman, ¿quién pondrá jamás en ti fe?

»Y aunque uviesse seído tu capital enemigo, con la muerte todo se devía de olvidar. Assí lo quiso la antigua y moderna ley: dexa de todo la vengança a Dios, que a cada uno es justo retribuidor. De Ginebra no ay quien tema, por tener fundada su opinión en aquel verdadero esposo que a sus secuaces premio y eterno gozo promete. Y si yo no se lo uviera empedido, ya son dos años que se revestiera de nuestro hábito. Y de día en día me aquexa y atormenta a que sea contenta de aceptarla en nuestra compañía, lo cual tanto me deleitaría quanto de otra criatura que en el mundo biviesse, por aver nascido con ella la verdadera religión, la paz, el sossiego, la onestidad, templança y sanctidad, con todas aquellas gracias que podía dar el Cielo a criatura humana. Todavía he querido perdonar a este mi contentamiento, por no

privarte de tan notable hembra, de la cual, si Dios lo permitiere, se nos puede esperar una generación real, si es verdad que los ramos son semejantes a la raíz.

»Sé te avisar a que establezcas tu opinión a la una o a la otra vía, porque no podría resistir a sus continuas importunaciones. Todo lo podrás comunicar con Anastasia, mía en sangre y en Dios hermana. Y está en paz.»

Escrita y sellada, la carta, de aquella mesma forma que la de la abadessa, sin sentimiento de persona alguna fue cambiada. Y por no dar ocasión de sospecha a Ginebra, le dixé que quería embiar a Achates a la patria para que diesse las gracias a³⁷⁸ Angelo de su buena opinión para conmigo, y según su muy prudente consejo, así en la matrimonial traducción como en las otras mis cosas nos guiaríamos.

Loó mi pensamiento Ginebra, y así, llamado de un lado, Achates me dixo lo que avía escrito, y que quería partirse y de todo hazer sabidora a Viante, por poder proveer a lo que aconteciesse, a lo cual por ingenio humano ocurrir no se puede, sino por lo que, a las vezes, se vee y comprehende. Así, ordenado su camino, tomó una galea y con próspera navegación boló a la patria.

La mañana siguiente fue despedido Forensio, que tomó otro camino no tal. Dado al uno y al otro el devido despacho, entramos Ginebra y yo en nuestras amorosas razones, a la cual plugo que distintamente recontasse todo el curso de mi vida. Después, entre la amorosa servidumbre perseveramos en alternadas hablas, a vezes despertando guerra, haziendo paz y tregua, según la costumbre de los inflamados amadores. En nosotros no fueron tibias ni Minerva ni Venus.

En fin de algunos días fuéronme presentadas por un mi fiel servidor cartas de Achates que lo siguiente contenían:

³⁷⁸ *P, Lon, Vie, Lisb, Mun27: a a*

Achates fue a la patria y de la voluntad de Angelo dio aviso a Peregrino. Y de las razones con Viante, la cual, por comisión de Angelo y de Anastasia, fue por traer a Ginebra, pensando que Peregrino fuese ya muerto

Capítulo CLXXVIII

«Peregrino, después que llegué a nuestra natural y común patria, de otra cosa no tuve mayor cuidado que de visitar a Viante y de toda nuestra dicha hazerla sabidora, por que pudiesse según la necesidad pesquisar, solicitar, responder y callar. Vila tan pasmada, que no podía dar ni tornar boz, mas sólo con la vista me sinificava el nascido dolor en su triste corazón.

»Después de algún tanto, tornada en sí, comienza a dezir: “Paréceme comprehender un gran fuego que ha de nacer. ¡Oh Dios, apártalo! ¡Teñirse han de sangre aquestos dos linages! Y tales serán las primicias del nuevo matrimonio. ¡Oh ingenio muy agudo en el mal, oh astuta en vuestro daño invención! ¡Oh dañosa simpleza de aquella abadessa, la cual fácilmente ha creído aquello que luengamente deviera consultar!”

»Assí declamando, sentimos una áspera y cruel boz de casa de Angelo que dezía: “¡Socorred, vezinos! ¡Socorra quien pudiere, que mi señora se fina!”

»Luego Viante, de la grita espantada, con muy veloce passo allá se passó. Era a tiempo que estava la casa avara de personas. Llegada Viante, halló a Anastasia por un arroyo de cólera en tierra como muerta caída, acompañada de una sola dueña que poca ayuda le dava. En aquel instante, con algún conveniente apretar de miembros y sustanciosa agua, al temeroso caso se proveyó. En poco espacio dieron a casa la buelta Angelo y sus hijos, los cuales de tantas gracias acrescentaron a Viante como si uviera hecho merced de la vida a Anastasia. Y con inflamas y instantes plegarias fue rogada que no se fuese hasta en tanto que a la salud fuese restituida. Algún tanto tornada en sí, Anastasia se dolió gravemente más de la ausencia de Ginebra que de la adversa dolencia.

»Y no fue el quexarse sin calientes lágrimas y entrañables sospiros: muy inhumana cosa le parecía por tan poca cosa aver desterrado a su hija y como

extranjera dexarla vagar por casa y posadas ajenas, diciendo: “¡Oh lumbre de mis ojos, oh alivio de mi vejez, oh amparo de mi consolación, oh divina, así de forma como de ingenio, criatura! ¡Oh mi amada hija!, ¿qué es de ti? Tú desconsolada y yo afligida. ¡Oh mi angélico rostro! Si antes de mi muerte tu vista me fuere negada, por donde estuvieres, sin paz y sosiego, vagará mi espíritu. ¡Oh cruel madre, oh despiadado padre, oh hijos sin piedad, oh sierva traidora, mirad a qué soy por vuestra culpa venida! La presente dolencia se causa por la inocente sangre condenada.”

»Angelo, comovido de la llorosa boz, la consoló diciendo: “Semejantes casos se suelen medicinar con rica y alegre y gozosa vida. Tú eres, gracias a Dios, en estado que tu fortuna no tiene necesidad de ajeno favor. E si ay cosa que haga para tu descanso y provecho, demándala, porque nunca por mí se verá en defeto tu desseo. E consuélate de tal manera, que a ti la salud revoques y a mí la vida conserves, porque si Natura otra cosa permitiese, no querría más en el mundo bivar.”

»Las amorosas palabras, con las grandes promessas, hizieron crescer el desseo a Anastasia, y respondió imposible ser la salud, si primero no vía a Ginebra. Humanamente replicó Angelo que si otra cosa no fuese la causa, que luego se embiaría por ella. De tal manera consolada Anastasia, esforzó su vida. Aunque a la senil edad la restauración sea dificultosa, ninguna cosa le es más propincua quanto el plazer, por ser aquella edad muy inclinada a pusilanimidad por la poca sangre. Ido Angelo, entraron Anastasia y Viante en razonamientos de ti y de Ginebra. E comenzó primero Anastasia diciendo: “Agora mira en cuán mala dicha nació en el mundo una criatura, mi Ginebra, que era flor de la ciudad. Cómo padesce por la enemistad de sus passados: pues siempre por antigua ley fue dicho que el hijo no paga el pecado del padre, ni el padre el del hijo, ¿pues cómo veo al revés d’esto?”

VIANTE.—No por defeto del Cielo, mas por poca consideración.

ANASTASIA.—Traerla he.

VIANTE.—No con tanta honra.

ANASTASIA.—A la virtud mancha no prende.

VIANTE.—Cuál ay que cree, y cuál que no cree.

ANASTASIA.—Basta la consciencia.

VIANTE.—Sí quanto a Dios, pero también el mundo quiere su parte.

ANASTASIA.—Bien sé que fue cruel.

VIANTE.—Tarde lo sabes...

ANASTASIA.—Díonos ocasión.

VIANTE.—Fue a tu culpa.

ANASTASIA.—Nunca la ofendí.

VIANTE.—Harto ofende quien no consiente a la razón.

ANASTASIA.—No fue tan avisada.

VIANTE.—¡Bien sabia fuese a creer mal y obrar peor!

ANASTASIA.—Bien lo pago...

VIANTE.—Aquesto no basta.

ANASTASIA.—¿Qué quieres que haga?

VIANTE.—Contenta a su desseo.

ANASTASIA.—¿En qué manera?

VIANTE.—Cásala con Peregrino.

ANASTASIA.—¡Ay triste de mí, que es fallecido!

VIANTE.—Mal lo sabes: estuvo a la muerte, mas después fue sano.

ANASTASIA.—Si assí fuesse, saldría de tanta congoxa.

VIANTE.—De perezoso consejo poco fruto se coge.

ANASTASIA.—Más vale tarde que nunca.

VIANTE.—Alabo tu pensamiento, con tanto que dure.

»Aqueste largo y enojoso hablar reziamente comovió a Anastasia, e como muerta quedó. Y después de algunas derramadas lágrimas, suspirando, dixo: “¡Oh tú, que de gracia eres liberal, señora, madre, hija y esposa y esclava del señor que a todo el mundo en tu pequeña arca truxiste, socórreme! ¡Oh madre y siempre virgen, no me dexes penar! Y si por tu intercessión mi primera salud me fuere tornada, no será tu templo sin mis missas y sacrificios. Y a mi hija Ginebra a Peregrino (si bive) en matrimonio juntaré. E si de aquesta miserable vida agramente ha salido, a tus perpetuos servicios la ofreceré. Angelo mío, si entre nosotros es aquel amoroso ñudo que ya fue, concede a mi muy piadoso voto.”

»Paresciéndole poder remediar a la furiosa pasión, liberalmente lo consentió todo. Poco a poco en Anastasia faltando la virtud, crecía la enfermedad. La turba de los médicos, la continança de los parientes muy apresuradamente venían. Y cada uno se fatigava con vías diversas para revocar la perdida salud. Estava en aquellos

antiguos y debilitados miembros una crecida hiebre, cuando Forensio con las cartas de la abadessa tornó. Entrado en la cámara, salidos todos d'ella (excepto Viante), abiertas las cartas y la sentencia bien entendida, pensando Anastasia que estava ya monja Ginebra, cayó en un terrible pasmo. Començava a vagar un gran temblor por las interiores partes: la ánima espantada, con el corazón atónito; y el temeroso pecho no hallava paz.

»Y no en otra manera temblava aquel enfermo cuerpo que haze el mar cuando de los bravos vientos viene a ser perturbado; y era muy más entrañable la congoxa de lo que la apariencia significava; y con quebrada boz dezía: “¡Oh mísera madre, oh dañosa piedad, oh monstruo horrible, cómo has seído cruel! Siento las Furias con la relumbrante hacha apresurarse a mi tormento: ya mi Ginebra demanda vengança, ya los infernales árbitros para mi daño se assientan. ¡Oh justos juezes, aved piedad! ¡Amor fue la causa, escusad el yerro que está sin culpa!”

»A las amargosas lágrimas comovida, Viante humanamente dixo: “Angelo mío y tú, Anastasia, cuánto yo de vuestra casa aya seído servidora y de Ginebra amiga a vosotros pongo por testigos. Paresceríame gravemente ofender la amistad si en aquestos tristes casos no os ofresciesse mi obra. Nosotros somos cuatro hermanos y hermanas, los cuales para serviros creemos ser nascidos. Si es de vuestro buen consentimiento, embarcaremos para donde está Ginebra. E si de aquesto holgardes, no menos casta y honesta os la presentaré que si presentes estuviéssedes vosotros. Y aunque el cielo se escureciesse y la tierra peligrasse y el océano se difundiesse y los ríos de madre saliessen y las ciudades se cayessen y los montes se derrocassen, por gratificaros no temería de partirme.”

»A tan gran oferta, con tanta veemencia pronunciada, no fue la respuesta de Angelo avara, el cual assí le respuso: “Si de nuestra casa has seído favorecedora, nosotros te amamos tanto, que no tenemos cosa, por muy preciosa que sea, que liberalmente no la remitiésemos en tu mano. Y por que sepas que las palabras están conformes con el corazón, desde agora te dexamos el cuidado y disposición de Ginebra, a la cual sobre todas las cosas amamos. Al presente ella está en la ciudad de Rávena³⁷⁹, en el monesterio de Santa Quincia. Y queriendo tú ir tan largo camino, yo

³⁷⁹ En esta ocasión sí menciona Díaz la ciudad del texto original.

te daré una carta de creencia, con la cual manifestaras nuestra voluntad, y de Ginebra harás tu alvedrío.”

»Aceptada la empresa, traída la nao, fornida de bastecimiento, primero que a la navegación se aparejase, apartado Angelo de Viante, le començó a dezir: “Yo hallo aver algunas condiciones de personas a las cuales del todo les es prohibido el mentir y el engañar, como son a padres temporales y espirituales y señores. Por ende, muy claramente conviene hablar, por que yo de ti ni tú de mí no seamos engañados. De voluntad voy, y toda mi posibilidad haré por traer a Ginebra. Y bien que sea tu hija, no te dexaré de dezir que es muy cabeçuda.”

ANGELO.—La prueba lo muestra.

VIANTE.—Creerá que algún nuevo engaño le está ordenado.

ANGELO.—Tal es la condición de las mugeres, de siempre creer lo peor.

VIANTE.—No fue sin razón.

ANGELO.—¿Por qué?

VIANTE.—Perro apaleado siempre es temeroso.

ANGELO.—Fue por su defecto.

VIANTE.—No te entiendo.

ANGELO.—Conviene asegurarla.

VIANTE.—¿Con qué palabras?

ANGELO.—Que la satisfaré.

VIANTE.—Habla más distinto.

ANGELO.—Nuestra tierra es bien copiosa: quien mejor nos pareciere, a él nos llegaremos.

VIANTE.—Parésceme que Anastasia está de otra opinión.

ANGELO.—No la entendí.

VIANTE.—En mi presencia lo consentiste.

ANGELO.—¿De qué?

VIANTE.—De Peregrino.

ANGELO.—Hízelo por consolarla.

VIANTE.—¿Luego no te agrada?

ANGELO.—No, por oro del mundo.

VIANTE.—¡Cómo estás rebelde a cosa tan buena!

ANGELO.—¡Oh cuánto es buena, pues que es muerto!

VIANTE.—Y quiçá bive.

ANGELO.—Aora ve. Y siendo bivo, Ginebra será su muger.

VIANTE.—Pluguiesse a Dios que allí le hallasse...

ANGELO.—Licencia te concedo de lo que d'ella quisieres hazer.

VIANTE.—¿Y a consumir el matrimonio?

ANGELO³⁸⁰.—Y aun el patrimonio.

VIANTE.—¿Y assí me lo prometes?

ANGELO.—Y aun te lo juro.

VIANTE.—Queda en paz.

ANGELO.—Vee con ella.

»Con tales condiciones se partirá Viante. Tu oficio será salirla a rescebir, si quisieres hablar primero con ella. Y quiçá no sería mal consejo secretamente hazer llevar aquellas cartas a la abadessa.»

Acabada de leer la carta, caí en que la Fortuna era muy potente deesa y que en todas las cosas manda según quiere. Buelto para mi señora³⁸¹, con dulces y amorosos abraçados la saludé, paresciéndome mil años estar d'ella apartado. Y assí, en fiestas y juegos perseveramos hasta la venida de Viante. Y de ningún cosa escrita tuvo conocimiento Ginebra, a causa que no se turbasse.

Viante llegó a do estava Ginebra.

Capítulo CLXXV

Prósperamente llegada Viante, hize creer a Ginebra que quería ir a pagar un voto a la Reina celestial. Dada la información de todo con mucha instancia, encomendé a Achatés (que antes avía venido) que deviesse confirmar el celebrado

³⁸⁰ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: Angelo *P*: Anelo

³⁸¹ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: señora *P*: señara

parentesco aver procedido de buen consentimiento de Angelo, y que con mayor desseo los esperaba que las matronas griegas hizieron la venida de sus maridos.

Llegada Viante, honradamente fue rescebida. Y algún tanto reposada, presentó la breve y compendiosa carta, que fue de aqueste tenor:

La carta que escribió Angelo a la abadessa, adonde se contenía la comisión del matrimonio que se avía de hazer entre Ginebra y Peregrino.

Capítulo CLXXVI

«Venerable madre y hermana, la mi muy amada y casta Viante, por mi comisión va a ti, la cual comunicará contigo secretos interiores y graves. Dale aquella indubitada fe que harías al oráculo de mi biva boz. Y según su desseo despachada, lo más presto que possible fuere, me la embía. Y de mi parte saluda a Ginebra.»

Leída la letra, y algún tanto sobresseída, así declarando dixo:

Viante declara su embaxada, que debaxo de la breve carta se contenía.

Capítulo CLXXVII

«Siendo, señora mía, las cosas humanas flacas, débiles y caducas, enxalçadas y humilladas de una dubdosa y eternalmente variante Fortuna, no de otra manera se quieren estimar como si de nosotros nunca fueran vistas, ni conocidas. Lo cual considerando Angelo, tu amado hermano, en aquestos tempestuosos tiempos me embía a hazerte saber la adversa dolencia de Anastasia, su muy amada compañera, a cuya convalescencia ninguno otro remedio ay, salvo la venida de su muy querida hija Ginebra, con la cual entrañablemente me alegro del nuevo matrimonio, nuevamente celebrado.

»Y bien dichoso se puede llamar Peregrino a causa de una tan gran señora, a la cual querría, por mi solo contentamiento, presente aquesta mi compañía, ver de nuevo casar, porque creería que en la divina presencia sería más acepto, y aun al mundo más honrado, por ser semejantes lugares totalmente ajenos de tales negocios. Y yo te aconsejaría que a tus monjas juramentasses para que nunca de semejante materia hablassen, por ser cosa más criadora de escándalos que gananciosa de honra.

»Y viniendo Peregrino, según mi sentencia mostrará él de no la conocer en nuestra presencia. Y tú harás lo mesmo, Ginebra. Y por que los otros crean que vuestra carnal cópula aún no ha passado, haré que finja que llega de la isla de Rhodos, adonde era fama de la juvenil hedad aver dexado el despojo. Y luego que sea hecho este aucto, y algún tanto reposado, bolveremos a la patria como tú nuevamente escreviste a Angelo.

»Y si te parece que aya excedido en lo que he dicho, tú, que eres más sabia y discreta, corregirlo puedes.»

Responde la abadessa, y Ginebra y Viente secretamente se motejan.

Capítulo CLXXVIII

Pensando la abadessa las amonestaciones de Viente no desviarse de la verdad y ser pesadas y fundadas, aquesta respuesta bolvió:

«Seas, señora, bienvenida. Yo haré cuanto me aconsejas y tu darás principio de tu parte a la obra, por que más justamente proceda el matrimonio.»

Y con aquesto la dexó en paz.

Retraídas Ginebra y Viente, después de las passadas y innumerables caricias, después de los hervientes y entrañables sospiros, después de las repetidas fatigas, los padescidos trabajos, las míseras transmigraciones y el celebrado menos que honradamente matrimonio, dolióse de la maternal dolencia, diziendo:

«¡Oh atribulado gozo, oh inconstante Fortuna, tras tiempo sereno, la lluvia se sigue; tras la paz, la guerra! Tras la salud, la enfermedad, y todas las otras cosas a su

mal atienden. ¡Oh gran Dios!, ¿no se podía la presente dolencia a otro tiempo diferir? Pero si es tal la voluntad divina, ¿por qué no me he de conformar con su querer?

»Viante mía, sobre todas las otras muy deseada, mil y más de mil vezes seas bienvenida. De ninguna otra cosa el cielo me podía más satisfacer. ¡Oh consolada venida!, ¿qué podía mi alma más desear? ¿Pero cómo fue, y a qué tan trabajoso camino?»

VIANTE.—Fue la causa la maternal dolencia. Y aun por dar assiento a tu matrimonio.

GINEBRA.—Viante mía, no te pene: haz cuenta que estás ausente, déxame dezir mis quejas. Acuso el poco amor paternal, maldigo su poca consideración. Tacho la insaciable avaricia, deshonorro la muerte, que no me ha hecho huérfana de padres, parientes y amigos. ¿Paréscete, Viante, ser aquesta encomienda para celebrar ni para honrar un matrimonio de tal suerte? Mas si tú me amasses, ayudarme y as a llorar: pues que el cruel padre tan poca mención de mí haze, yo le daré poco contentamiento, que no quiero casarme.

VIANTE.—Ligada estás.

GINEBRA.—Ligada estoy: la soga tengo en la mano. Soltarme he cuando quisiere.

VIANTE.—¿En qué manera?

GINEBRA.—Lo que yo quisiere, Peregrino no me lo negará.

VIANTE.—Assí que querrías displazer a quien tanto te ama por satisfacer a tus enemigos... ¡Bien serías reputada de aquella femínea liviandad de la cual siempre te sentí desviada! Ginebra mía, más se quiere notar la afeción que la obra. Las cosas hechas a buen fin no se quieren tan presto castigar. Considera adónde estás, y que si con fausto fuesses llevada, darías materia a la pesquisa de tu ausencia, la cual no sería sin manifiesta infamia de tu linaje y de ti. Mira a Peregrino, cómo ha sufrido con tanta paciencia de, en ábito tan vil y fuera de la patria, consumir el matrimonio. Sentencia es de tu padre que luego que seas buelta, de tal manera honrarte, que más presto de embidia que de compassión serás digna. Y de aquesto, yo fiadora, querría que me dixesses cómo te uviste en el primer combate con el nuevo esposo.

GINEBRA.—Sí, ¡conviene enseñártelo, porque eres donzellita!

VIANTE.—El desseo de saber siempre más es causa de mi pregunta.

GINEBRA.—Biva soy.

VIANTE.—¿Cómo se apoderó?

GINEBRA.—El sueño me engañó.

VIANTE.—A guardián sospechoso sueño no conviene...

GINEBRA.—Estava asegurado.

VIANTE.—Por otra vía no te pudiera engañar.

GINEBRA.—Lícito fue el creer.

VIANTE.—¿No fuese bien contenta?

GINEBRA.—Eso yo me lo callo...

VIANTE.—¿Era grande ejército?

GINEBRA.—Quebró la puerta y muralla.

VIANTE.—¡Bien fue cruel!

GINEBRA.—No por mal hazer.

VIANTE.—¿Crees que le pesó?

GINEBRA.—Gravemente.

VIANTE.—¿En qué lo conprehendiste?

GINEBRA.—En las lágrimas que derramó.

VIANTE.—¡Luego digno es de perdón!

GINEBRA.—Assí me parece a mí.

VIANTE.—¿La fortaleza es restituida?

GINEBRA.—Todavía la tiene en su libertad.

VIANTE.—Quiçá por renovarla.

GINEBRA.—Hartó la visita.

VIANTE.—Malignamente, según tú creerás.

GINEBRA.—Creo que no: bien que entró como enemigo, pero después se aplacó.

VIANTE.—Conviene burlar.

GINEBRA.—El tiempo haze todas las cosas.

VIANTE.—¡Aplázenme tus respuestas!

GINEBRA.—He aquí a la abadessa.

VIANTE.—¡Qué vista de elephante!

GINEBRA.—Salgamos a ella.

VIANTE.—Cuando sus razones informa, parece caldera que a borbollones hierve.

GINEBRA.—Toda es buena.

VIANTE.—Sí, de dexarla estar.

GINEBRA.—A mí siempre me ha seído amiga.

VIANTE.—¡Sin su daño!

GINEBRA.—Por cierto, es muy amorosa.

VIANTE.—De liviana.

GINEBRA.—Yo obligada le quedo.

VIANTE.—Pues te consintió.

GINEBRA.—¡Bien venga mi señora!

ABADESSA.—A Viente querría...

GINEBRA.—¡Hela aquí!

ABADESSA.—Con mis monjas he estado, y con tu parecer se conforman. Conviene embiar por Peregrino, por que haga aquello que ha de hazer.

VIANTE.—A mí no lo hará.

ABADESSA.—Entre vosotras lo assentad, que voy a nona.

VIANTE.—Como Elías al Cielo.

ABADESSA.—Assí sea.

Difícultosamente se pudieron abstener de la risa, que después largo tiempo les duró. Embiado por Achates, de todo le informaron, y le dieron cargo que luego me hablasse y que fingiesse nuevamente llegar, y de allí no me partiesse hasta la hora que por mí embiassen.

Assentado con nuevo ábito, esperé la hora. Achates alegremente bolvió para Viente y presente la compañía, le dixo:

«La buena nueva requiere buenas albricias.»

VIANTE.—Con tanto que sea buena...

ACHATES.—A ti, de llano en llano, lo remito.

VIANTE.—Luego juez me hazes...

ACHATES.—Muy de grado.

VIANTE.—Aora, di.

ACHATES.—Aora, da.

VIANTE.—Yo te lo prometo.

ACHATES.—La fe no se gasta.

VIANTE.—Bien poco fías de mí.

ACHATES.—Mucho más de buena prenda.

VIANTE.—Estoy fuera de mi casa.

ACHATES.—Y yo, a la portería.

VIANTE.—¿Serás tan obstinado que me las dexes de contar?

ACHATES.—¿Serás tan avarienta que no me quieras pagar?

VIANTE.—Este solo anillo tengo, caso que sea biuda.

ACHATES.—Con él me contento.

VIANTE.—Yo te lo ofrezco y profiero.

ACHATES.—Sano y salvo es llegado Peregrino.

VIANTE.—Búrlasme.

ACHATES.—Anda acá conmigo, y yo te lo mostraré.

VIANTE.—Tu oficio es de traerlo.

A la hora, llevados en compañía los hermanos de Viante y criados de Angelo, vinieron al puerto, adonde me hallaron. Dadas las manos, hechas las devidas cortesías, me llevaron adonde Viante estaba: ni primero la vi, que el corazón se me resfriasse. Assí que hablar no pude, mas algún tanto después, amorosamente abraçada, assí le di la conveniente salutación:

Peregrino llegó adonde estaba Viante, y amorosamente se hablaron.

Capítulo CLXXIX

«¡Oh antiguo consuelo de todo mi trabajo, oh cierta principiadora de todo mi bienaventurado fin a todas mis fatigas!, ¿cuál próspera fortuna, mi dulce Viante, acá te truxo?, ¿cuál celestial influición de tu agradable presencia me ha hecho dino?, ¿cuál cosa más grata alegre y acepta acontescerme podía? No fue al mancebo de Ábidos Hero, no a Demetrio Lamia, no a Hércules Yole, no a Júpiter Europa de tanto

contentamiento como tú a mí. Dime, por cortesía, en qué estado se halla mi antigua madre.»

VIANTE.—Atribulada por tu ausencia.

PEREGRINO.—¿Cómo están tus cosas?

VIANTE.—Muy bien.

PEREGRINO.—Nuestra patria triumphá...

VIANTE.—Más que nunca.

PEREGRINO.—¿A qué causa es tu venida, si mi demanda no es curiosa? ¿Has de estar aquí algunos días? ¡Oh Dios, cómo me hallo consolado por la mi Viente, la cual más que a mí amo!

VIANTE.—Peregrino, pues que de la limpieza de mi sangre te has criado, devido es que tal tú a mí cual yo a ti me seas, y créeme que si la presente venida no fuera a tu provecho y honra y soberano contentamiento, por tan malino, peligroso y largo camino aquí no viniera. Y cuando dexare aqueste cuerpo senil en cosa que te aprovechase, agradable me sería el morir. Assí que tú tienes gran razón de amarme y si fuere remoto el principio de mi habla, con aquella paciencia tus oídos me prestarás con la cual yo a ti mi lengua.

»Yo siempre fue muy obligada a la casa de Angelo y tanto aficionada a Ginebra, cuanto jamás podría ser amiga a amiga y sierva a señora y madre a hija, porque es tal su virtud, que no solamente de los amigos, mas de los enemigos es digna de ser amada. Y desseando el padre que fuesse instruida assí de costumbres como de sciencia, tan fuera de su patria a la doctrina de aquesta su tía la embió, por ser señora de aquella prudencia y entereza que su real manera te significa. Siendo ya de oy más, por excelencia del su alto y divino juizio, llegada a la cumbre del desseado efecto ha parecido a Angelo de tornarla, y con tanto silencio que no parezca que de su natural reino jamás aya salido. Y por que aquesto proceda con más secreto, hase contentado que yo con estas mis hermanas y hermanos la sea fiel guía.

»Después de la dada y aceptada comission, venimos en habla de casarla: siendo ya de suficiente hedad, no desplugo a Angelo mi amonestación y me dio por principal cuidado, que viesse si hallaría cosa por aquestas tierras que con razón satisfacerle pudiesse. Entrañablemente me dolió que el atavío de nuestra ciudad, por defecto de hombres, deviesse passar a otros poseedores, y hízele mención de

muchos mancebos, y principalmente de ti. A las hablas, con suspiros, lloró diciendo, si muerte no se entreponía, que Ginebra avía de ser tu perpetua muger.

»Yo le hize cierto que tú bivías. Alegre me respuso: “Si assí es, prométele a Ginebra, y si por variedad de caminos o fortuna de mar por allá le vieres, de mi parte me le encomendarás y de mi voluntad le darás seguro. No me pesaría que, si te pareciesse, delante de aquestas mis hermanas y parientes y hermanos se haga la promessa del verdadero matrimonio con palabras de presente.”

»Todo entendido, me pareció no sólo venir en ello, mas bolar, por satisfazer a Dios y a mí y a las gentes. Ahora de mi venida te es ya manifiesta la causa.

Viante hizo una maravillosa invención para assentar las cosas del matrimonio.

Capítulo CLXXX

Oída la improvisa y incogitada respuesta de Viante, secretamente condené el estado varonil, que en una muger tanta astucia y elocuencia se hallasse. Y como mejor pude, respondí:

«Si es grave el oír a aquellas personas que de natura son odiosas, de costumbres enojosas, y de hablas pesadas, tanto más dulce y suave es el escuchar a las que de amar son dignas y de elocuencia muy abundantes.

»Tu habla de tal manera es limada y cuadrada, que más son las sentencias que las palabras, las cuales con tanta eficacia me han entrado en el corazón, que más firmes en metal emprimir no se podrían. Alégrome en que nuestra patria sea de tan gran señora dotada, que a tiempos por su prudencia no solamente lo particular mas aun lo público remediarse podría, assí como de las antiguas la una historia y la otra nos da testimonio. Y fácilmente creo que Ginebra es tal, cuando miro a su linaje, al cual la virtud fue siempre apropiada.

»Y en mucho cargo quedará a Dios y a Natura quien de tal señora fuere enoblescido. Y si tal fuesse la opinión de Angelo, de dármele en matrimonio, bien creería que el Cielo en otra cosa no estudiase sino en gratificarme; porque

semejantes señoras no biven en el mundo, más con razón al Cielo se pueden anteponer. Y si es verdadera tu passada habla, yo estoy aparejado para satisfacer a Angelo y a mí, si de tal tesoro me juzgares por digno.

»De tu trabajo no quiero proseguir en darte las gracias, porque tú eres más señora de mí que yo mesmo. Vanidad es fatigarse en lo que es manifiesto.»

Levantado en pie, dexé a Viante, que con sus hermanas se fue al retrainiento adonde la flor de hermosura reposava. Tomada por la mano, adonde yo estava, juntamente con la abadessa, la truxo. Y todas retraídas en corona y assentadas, assí dixo Viante:

Viante habló a Ginebra y a todas las otras juntamente cerca del aucto matrimonial.

Capítulo CLXXXI

«Ginebra mía, y vosotras circunstantes señoras, y principalmente amplíssima abadessa y sanctísimas monjas: Dios eterno después de la creación del hombre de otra cosa no tuvo mayor cuidado que de darle semejante compañía, assí por que con aquella se deleitasse y fuessen en una carne dos personas, porque tales deven ser los buenos casados, que una sola voluntad rija dos cuerpos y un solo querer gobierne³⁸² sus coraçones. Por ende, los sabios y discretos padres deven con todo su ingenio procurar de hallar tal similitud, por que juntamente en paz y sossiego puedan bivar. Y si alas vezes entre ellos nascen renillas, no siendo por defecto de la condición, fácilmente en nada se resuelven.

»Considerando Angelo de quererte copular, por divino exemplo, con sutil ingenio se ha esforçado de hallar hombre semejante a ti de patria, de linaje, costumbres y doctrina, edad, humanidad, gentileza, amor y benivolencia, por que el matrimonio sea con igual dignidad y gentileza. Y por aqueste efecto ha elegido entre todos los otros de la ciudad a Peregrino, aquí presente, que vee y escucha y entiende.

³⁸² *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: gobierne *P*: goviarne

Sabido su linaje y afinidad, por perpetuo y legítimo marido con dote al uno estado y al otro conveniente, te lo ofresce, si tú le dieres tu libre consentimiento, pues en tu facultad esta el negar y el consentir.»

Ginebra responde, y Viante celebra el matrimonio entre ella y Peregrino.

Capítulo CLXXXII

Aquella única en el mundo casta belleza, los ojos inclinados, algún tanto sospirando, assí respondiendó dixo:

«Si a los hombres guerreadores y esforçados dexar la patria fue muy grave, molesto deve ser a las temerosas donzellas de desamparar las proprias casas y la compañía de aquellas señoras y personas de cuya sangre son criadas y sacadas a luz.

»¡Oh cuánto es dificultoso el sufrir costumbres ajenas, el soportar condiciones estrañas, y padescer la no acostumbrada servidumbre! Ya en mí están crecidos mis naturales hábitos, que fácilmente apartar no se pueden. Y quando d'ellos fuesse ajeno el marido, aora mira qué vida sería la mía. Mas pues que Dios y³⁸³ Natura nos hizo tan imperfectas, siempre en fuerça de otro obedescer conviene... más bien, contenta sería que pluguiesse a mi amado padre dexarme bivar con aquestas muy perfectas señoras, cuya vida a mi parecer es un celestial paraíso; pero si su desseo es hazer de mí nuevo contrato, pues que me fabricó, justa cosa es que deshazerme pueda. Su voluntad siempre será la mía, porque pienso que no me proveerá sino de cosa sancta y provechosa. Y creo que Peregrino (si mi ventura fuere) quanto más es ingenioso y sabio que yo, tanto mejor allende de mis méritos espero ser bien tratada. Y yo le prometo de le ser fiel y obediente.

»He aquí la persona y la mano en tu facultad, pues que en este aucto eres medianera puesta por mi amado padre.»

Fenescidas las palabras, assí dixo Viante:

³⁸³ *Lon, Vie, Lisb, Mun27: y P: he*

«Ginebra mía, ¿con libre corazón y espresso consentimiento quieres aceptar a Peregrino, aquí presente, por tu legítimo y perpetuo marido, según el cathólico estilo?»

GINEBRA.—Assí lo digo, afirmo, consiento y acepto.

VIANTE.—Y tú, Peregrino, ¿con libre lengua y puras entrañas consientes al matrimonio de Ginebra?

PEREGRINO.—Otra cosa no desseo: quiérola, acéptola y tómola por mi legítima esposa, en la una y en la otra vida.

Y assí, dadas las manos, nos desposamos.

Después del desposorio, se usaron palabras, auctos y meneos a la obra convenientes.

Capítulo CLXXXIII

Después del contractado desposorio, quedé fuera de mí, que no creía ser aquel que ya desposado me avía. Y si alguno me lo uviera negado, fácilmente lo uviera consentido.

De tanta dignidad era aquella asistencia, que me parecía ser transformada en alguna otra deesa. ¡Oh Dios, era una maravilla aquel divino mirar, con el cual pudiera abaxar el cielo hazia donde quisiesse! Aquellas palabras de tanto peso y dulçor, aquella pronunciación tan dulce y suave, que uvieran aplacado la ira del mar cuando más de los impetuosos vientos es comovido. Cuando formava sus palabras, parecía verdaderamente que el cielo retuviesse su curso para aver de escuchar. Y si después acontecía que en alguna querella soltasse su lengua, alçava algún tanto los ojos al cielo con tanta manera, que la fiel vista otro movimiento de vida no vía, no temerosa, no milagrosa, no soñolienta, no pesada, no enojosa, no demasiadamente alegre, no risa mucha, no cruel sobreceja, mas, a manera de oriental perla, igualmente resplandecía.

Acercándose la hora de la corporal refeción, Viante industriosamente dio qué entender a las hermanas, y a los hermanos induzió a que fuessen a ver la ciudad y

mayormente la playa y el muelle, con mil otros edificios de memoria dignos. Mi señora y Viante y yo quedamos solos: ¡oh Dios, qué suavidad de palabras, qué nunca oída armonía estaba entre nosotros! Devinidad me parecía un dulce apretar de manos, con un suave mirar, sin hazer movimiento.

Pensava no ser yo aquel que de tal bienaventurança gozava, quando Viante burlando dize:

«Vil fue el capitán que a traición tomó tal fortaleza.»

GINEBRA.—No ay traición adonde la fuerça es clara.

VIANTE.—Pues de ti supe que estava assegurado...

GINEBRA.—Mal se assegura lo que se dessea.

VIANTE.—Deviera de mirar a la prometida fe.

GINEBRA.—¿A qué es prorrogar lo que es devido de dar?

VIANTE.—Por mostrar esfuerço.

GINEBRA.—Vana es la ira sin fuerça.

VIANTE.—Una pequeña tardança puede dar remedio.

GINEBRA.—El tanto esperar es peor que la muerte.

Assí hablando, sobrevino la compañía. Fue dada la orden a nuestra partida. A Viante pareció que se adelantasse Forensio con cartas que demostrassen la sustancia de lo hecho. Y fueron de tal tenor:

Por Viante fue dado aviso a Angelo de todo.

Capítulo CLXXXIII

«Angelo mío, próspera y dichosa fue mi venida, a la cual todo el Cielo fue favorable. Visité a la abadessa, tu hermana, junto con Ginebra, tu hija, que no pareció dessear otra cosa sino obedescerte.

»Manifestada la causa de mi camino, no de otra manera fue turbado el monesterio como si del último destierro se uviera razonado. Y fue quien dixo ser tu opinión de quererla llevar de aquí por ennoblescer a otras religiosas, de lo cual se les seguiría gran vergüença. Comencé a jurar y maldezir que tal cosa nunca de ti avía

seído pensada. Cuanto más jurava, tanto menos era creída, y osadamente me dixerón no estar en tu facultad ni en la mía poderla sacar, pues con ellas secretamente era prophessa, y aunque no estuviesse revestida de aquel mesmo ábito, era ya passado el segundo año del noviciado, y que las sustanciales reglas que siempre avía guardado la manifestavan professa. Y quando fuerça les fuesse hecha, tentarían la vía de la razón, y aunque a dexarla se dispusiesen, no podrían sin pontifical licencia, la cual a semejantes cosas es muy dificultosa. Pero quando la quisiessen juntar en matrimonio y que realmente viessen el efecto, de aquesto serían contentas, por consolarte con su generación.

»Estando en estos conciertos, me vinieron a dezir cómo Peregrino, navegando de Paropia, por violencia de vientos era llegado aquí. Acordada del voto de Anastasia y de tu libre comission que me diste cerca de la matrimonial contractación, acordé de embiar por él. Venido, de verle bueno y sano entrañablemente me alegré. Y de tu parte, efetuosamente le esforcé, lo cual le fue tan grato como si de emperador fuera coronado. Y me respondió que siempre te avía amado, honrado y acatado, y otra cosa más no desseava que estar contigo en afinidad ligado. Y estrechamente me encomendó que d'esto tuviesse cuidado: hízele manifiesta la causa de mi venida y como a ti bolviesse, trabajaría de tal manera que se satisfiziesse.

»En aquel instante, llegó una señora al monesterio, y con mucho acatamiento rescebida, con diversas vías y maneras entrada con Peregrino en varios razonamientos, le ofresció el matrimonio de su hija, de la cual se contentaría el principal rey del mundo. Vi a Peregrino en su rostro comovido, y más inclinado a consentir que a negar. A la hora, osadamente dixé: “Señora, tarde viene vuestra oferta: pocos días ha que se obligó a la hija de Angelo, con quien al presente se quiere desposar. Tendrémoste en merced que con tu presencia sea honrada.”

»Llamada la abadessa con otras santas religiosas, fue desposada con Peregrino. No te escribo los preámbulos ni con cuánta honra tuya se aya celebrado, que sería obra de más días. Basta que sepas la causa y el efecto, del cual siendo, como eres, discreto, tendrás más contentamiento que de cosa que jamás en el mundo pensaste.

»Y por que en nada quedes dubdoso, te hago cierto no solamente ser contractado, mas celebrado. Y muy presto, con ayuda de Dios, partiremos de aquí. Y

si Peregrino primero que nosotros llegare, oficio será de humanidad como a tu yerno y hijo hazerle rescebir. Por coversación³⁸⁴ del tan gran parentesco y por que de la tardança acusar no me puedas, te embío a Forensio, tu criado.»

Escrita la carta y confiada al mensajero, me maravillé de tanta feminil astucia, y juzgué que en mal hazer era ninguno el ingenio del hombre. Después hezimos reverencia a la abadessa, a la cual, juntamente con las otras religiosas, començó un razonamiento la mi señora.

Ginebra hizo un razonamiento a la abadessa y monjas.

Capítulo CLXXXV

«Es costumbre, muy acabadas señoras, de verdadero combatidor con gran deligencia exercitar el cuerpo, y nunca cessar sin que primero llegue a su desseado premio, en el cual, después de honestamente holgando, se conviene en tanto que la vida durare, perseverar. Y bien que los estudios y exercicios sean diversos, no menos por varios caminos se va a un fin de verdadero contentamiento, cuya elección no es en nuestra facultad sino cuando procede del verdadero primero principio, cuya disposición defraudar no se puede. Pero quien haze quanto en sí es possible (aunque sea menos que bien) es digno de compassión.

»Yo, muy castas señoras, vine a vosotras para ver vuestro lugar y vida, pensando que fuesse más rústica que política. Mas contemplando vuestras santas costumbres, el buen exemplo, la continua reverencia a Dios, las espessas oraciones, la estremada abstinencia, la virginal continencia, el templado hablar, el más encogido mirar, la continua celda, la mucha caridad entre vosotras, el desprecio del mundo, la áspera penitencia, la usada diligencia al divino culto, la ordenada paciencia en todas las obras, parescióme ser nuevamente nascida, y todo el mundo ser ninguno a respecto de vuestro bevir. Y con firme opinión deliberé, con trabajo del cuerpo y

³⁸⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: conversación P: conversación

sossiego de la ánima, llegar a aquel glorioso fin al cual, sin reposo combatiendo, camináis vosotras.

»Mas aquel que de mí, por razón de averme engendrado, puede, según su alvedrío me ha obligado y costreñido a otra guerra más dificultosa y trabajosa que la vuestra. Y tal cual sea, es voluntad, pero después que la poseen, con paciencia conviene retenerla, y en ella reposar assí como en verdadero y único objeto. No será por esto distancia de lugar, ni curso de tiempo, ni alguna otra cosa que de vosotras, santísimas señoras, me cause cobrar olvido. Y cuanto más crescerán los años, tanto más vendrán en verdadero conoscimiento de la singular y beata vuestra conversación.

»Y aunque de la corporal fruición seré privada, de la mental nunca jamás. Y tanto podréis de mi muy amado Peregrino y de toda su renta cuanto de vuestra ánima. De mí callo, porque soy más de vosotras, señoras, que mía; y porque, muy honestas religiosas, la humana flaqueza no se abraça siempre con la devida señal de obediencia, y de aquello que a las vezes sería la propria institución fácilmente podría ser, por alguna juvenil licencia o ceguedad o poca advertencia, que a alguna de vosotras aya dado materia de escándalo o de pérdida de tiempo en vano.

»Por ende, yo os ruego, por reverencia de Aquel que su sangre derramó sobre el salutífero madero, que assí de coraçón me perdonéis, como de devota voluntad os lo demando.»

Fenescidas las palabras, creció entre ellas un roto llanto, como si de la universal caída de la religión se hablara. Aplacada aquella llorosa amargura, después de algún tanto assí dixe:

Peregrino dio las gracias a la abadessa y monjas de todas las buenas obras hechas a él y a Ginebra

Capítulo CLXXXV³⁸⁵

«Sagrada gente de esclarecida fe y de méritos soberana, assí como la manifiesta evidencia de la obra os lo enseña, no creáis que otra cosa excepto la mano de Dios por tantos peligros de mar y tierra me aya traído, sino por darme conocimiento de vuestra bienaventurada vida.

»Y si hasta aquí mi vida ha seído sumersa en el hondo de la sensualidad, mucho más de lo que conviene a hombre mortal, por vuestra presencia soy hecho tal como de Nicodemus escribe el Evangelio. Y de tal manera soy instruido, que si por todo el curso de mi bivar me fatigasse, no me podría exemir de tan grande obligación, a cuya paga no bastaría la facultad de todo el Oriente. Mas aquel Señor, a quien con tanta vigilancia servís, sea por mí remunerador, porque más contentamiento le da la salvación de un pecador que de cien justos a los cuales la penitencia no es nescessaria.

»Y bien que vuestro apetito en el dessear sea templado (y en el posseer, mucho más), no siendo a la necesidad ley alguna, si alguna vez mi renta os fuesse menester, desde agora para siempre os está ofrescida y aparejada. Y aquello que a vosotras se negasse, a persona del mundo se concedería.

»Acordaos siempre de mí en vuestras oraciones santas.»

Hecho fin al debilitado hablar, de consentimiento de la congregación assí respuso la priora:

³⁸⁵ Sobre la numeración de este capítulo, véase lo dicho al respecto en el estudio preliminar (p. 18).

La abadessa respondió a Peregrino y Ginebra.

Capítulo CLXXXVI

«Si no nososciésemos, oh divinos consortes, ser de aquella rara bondad que oy pocos en el mundo biven, pensaríamos los presentes loores tener gran parte de lisonja, por no aver en nosotras cosa alguna de la que avéis dicho.

»Pero si alguna gracia en nosotras³⁸⁶, es d'esse aquel que de saludable agua hartó a la samaritana. ¡Oh cuán provechosa fue la sentencia de los antiguos, que dixeron que nuestras conmemoraciones para después de la vida se avían de reservar, por que del que loa la lisonja no dañe y del loado la soberbia no crezca! Mas pues que al curso avéis juntado las alas y las espuelas al que corre, os rogamos que seáis tales que de nuestras continuas conmemoraciones podáis ser participantes.

»Y porque conoscemos la limpieza de vuestro amor para con nosotras, os ofrescemos el lugar, la facultad y las personas. Y cuando hizierdes la experiencia, no serán las palabras de los efectos dessemejables.»

Hecho fin al modesto hablar, todas levantadas, nos acompañaron a nuestra acostumbrada estança. Y porque el tiempo a mi delantera partida me aquexava, comencé diestramente a razonar. Y no sabía determinar qué es lo que de mí deviesse hazer: el desseo me detenía, razón me despedía, temor me abraçava, osadía me exortava. Yo, que sabía con qué ánimo avía Angelo consentido al nuevo desposorio, dubdava de la vida de Viante y temía de la prisión de Ginebra. El coraçón llorava; el rostro, en presencia, por no los entristecer reía. No osé apartar a Viante de Ginebra, por no aver ningún secreto sin sospecha. Después, buelto a Ginebra, assí le dixere:

³⁸⁶ Parece faltar un verbo (*hay*, probablemente, que compensaría el *ve è* del original: *ed. cit.*, p. 323); mantenemos, no obstante, la elipsis.

Peregrino se adelantó para ir a la patria y despídese de Ginebra. Y Angelo sin paciencia sufrió el celebrado matrimonio.

Capítulo CLXXXVII

«Ginebra mía, yo voy con el cuerpo, y de la ánima te dexo señora, assí como siempre fueste y serás en vida y en muerte. Si ay cosa que para tu contentamiento convenga, yo te ruego no me lo encubras, y valga más para contigo mi suplicación que la natural vergüença, ni otro cualquiera respecto. En aquesto comprehenderé tu liberal voluntad para conmigo, cuando fielmente me mandares.»

Cortésmente respondiéndome, me dixo:

«En paz vay, con mi continua memoria.»

Dulcemente abraçados, llorando me despedí. Y con tanta diligencia solicité el camino, que antes de treinta leguas topé a Forensio, el cual, como me conoció, de la tanta tardança vergonçosamente se escusó. Luego pensé que de aquesto me avía de susceder singular beneficio y, quanto pude, de palabras y de efectos me le obligué. Assí que me dio la fe que cosa de mí no se diría de la cual no me fuesse fiel y curioso relator.

Llegado a la natural patria, me quedé a una jornada en una mi rica alcaría, y él fue su camino, con propósito de no hazer de mí mención alguna. Achates siguió su partida, por dar consolación a mi madre y parientes. Allegado Forensio a casa, a la hora fue metido en la cámara de Angelo y Anastasia, al cual luego preguntaron qué fuesse de Ginebra. Y él respuso adónde la avía dexado y que lo demás las cartas lo demostrarían. Apartado algún tanto Angelo de Anastasia, mansamente dio principio a la lectura. Y como toda entendida la uvo, no de otra manera encrudelescido bramó que haze la leona por los hurtados hijos. Y quexándose, por la cámara discurriendo a manera de bachante, dezía:

«¡Oh mal guardada hija!, ¡oh robada astutamente virginidad!, ¡oh artes en mis daños compuestas!, ¡oh partida de Viante muy dañosa! Todo el mundo floresce en traiciones. No se halla más en quien reine fe. ¡Oh Viante!, ¿era de tanta nescessidad la contratación matrimonial que no se pudiesse dilatar hasta la venida?

»¡Oh Peregrino, el tu maligno concepto es ya fenescido, tu furiosa ravia es hartada, tu espumante libido es ya cierto amatada! Violador muy suzio, robador impuríssimo, salteador famosíssimo, engañador muy notado: aora mira cómo ordenadamente avía echado fama de su muerte, por consumir la concepta traición de la cual era sabidora la cruel Viante.

»¡Traidores! No será sin vengança la eternal ofensa. Y cuando más no pudiere, por testamentaria substitución obligaré mis descendientes a la cruel vengança. ¡Oh fierro, oh fuego, oh ponçoña, qué cessáis, sed el pago de aquestos traidores! ¡Armaos, hijos! Ármese quien puede a la destrucción de aquestos nepharios. La traidora Viante dará las devidas penas. ¡Y escape quien pudiere, que no huirá ella! Y si la vezindad ya le fue gananciosa, agora le será dañosa.»

Semejantes palabras, con tanto furor, razonava Angelo, que cuasi cayó en tierra. Amansada algún tanto la ira, Anastasia (que entendiéndolo todo, dissimulava), como el discípulo embaxo del furioso maestro, temerosa y enferma, assí le dixo:

Anastasia, aunque enferma, induzía a Angelo a que consintiese al dicho matrimonio. Y assí, vencido de sus instantes pregarías, embía a Thimoteo, su hijo, para adonde estava Peregrino.

Capítulo CLXXXVIII

«Angelo mío, ¿cuál justa causa te ha comovido a tanta congoxa? El verte assí enojado me da materia de mayor dolencia. Aunque cosa capital fuesse, no deverías assí matarte: porque la ira las más de las vezes destierra al juicio de la razón, conviene al que sentencia ánimo libre y comunicación con algún su fiel amigo. No dubdes comunicar conmigo tu pensamiento, porque lo que no pudiere la suficiencia, la fe lo suplirá. Y cuando tú me fueses avaro de repartir conmigo tus passiones, sería manifiesta señal de poco amor.

»Por ende, te ruego que seas liberal de aquello que a todos nosotros será provechoso.»

Después, clamando seguía Angelo:

«¡Oh dura y áspera suerte, oh infiel amistad, oh muy crédula esperanza, oh engañoso amor, con cuánta veemencia prometió Viante de traerme a Ginebra púdica y casta! ¡Oh gran Dios!, ¿cómo tan tarde castigas tanta maldad?, ¿hasta cuándo dissiparás tú tantos engaños? ¡Oh violada fe, que toda otra traición sobrepujas!»

Después, interrumpiendo decía Anastasia:

«Angelo mío, ¿mis llorosas suplicas no son de tanto vigor que tu secreto corazón pudiesen abrir? Y pues que hablar te enoja, hazme copia de la carta por la cual eres venido en tanto furor.»

Angelo, reziamente indignado, se la dio diciendo:

«¡Aora mira a qué somos venidos por la engañosa fe de Viante!»

Leída y bien considerada la carta, así dixo Anastasia:

«Angelo mío, poca razón tiene de dolerse quien sin razón se queja. Pues tú le diste licencia, ¿de qué la acusas? El pecado (si lo es) redunda en ti. ¿A qué es hablar lo que no aprovecha?»

ANGELO.—Podía deferirlo.

ANASTASIA.—No podía, por la instante necesidad: no entiendes tú cómo estaba dispuesta a esperar.

ANGELO.—¡Deviéralo consultar!

ANASTASIA.—El tiempo no lo padecía.

ANGELO.—Lo mejor era dexarlo.

ANASTASIA.—No uviera obedecido a tu mandamiento.

ANGELO.—Fue tibio.

ANASTASIA.—Ella no avía de ser intérprete de corazón secreto.

ANGELO.—En las cosas de importancia quiérese esperar el segundo mandamiento.

ANASTASIA.—Ella no fue tan discreta: sólo estudió en servirte.

ANGELO.—¡Maldito sea tal servicio!

ANASTASIA.—Assí acontesce a quien a ingrato sirve. Ello es cierto: mejor dar y arrepentir, que retener y arrepentir. Semejantes mercaderías son de gran trabajo. ¡Paresce que tú no entiendes!

ANGELO.—No es sin infamia el tal matrimonio.

ANASTASIA.—Vergüença y infamia fue el apartarla de nosotros. Mas pues que en los turbados ningún juicio es firme, mejor es que repose.

ANGELO.—¿Qué devo de hazer?

ANASTASIA.—¿Qué? Alaba la obra, loa al maestro. Da de grado lo que vender no se puede, que cuando enojasses a Peregrino, como pública la podría repudiar.

ANGELO.—Ella es suya.

ANASTASIA.—¿Pues cómo se la niegas?

ANGELO.—¡Querría que no fuese hecho!

ANASTASIA.—Bien veo que calla razón y habla ira.

ANGELO.—¡Robóme la hija y no quieres que hable!

ANASTASIA.—¿Quieres que te dé un buen consejo? Haz de manera que te quede obligado.

ANGELO.—¡Oh que astuto consejo! Privarla he del dote.

ANASTASIA.—Sí, ¿que por esso mendigará? No es curioso de dineros quien procura de amar.

ANGELO.—Anastasia, tuyo sea el cuidado, y el gasto mío. ¿Cómo haremos?

ANASTASIA.—Embiar a Thimoteo, nuestro primogénito, a que se huelgue y hable con Peregrino primero que entre en la ciudad, pues que me parece que está una jornada de aquí. Y ordenarse han las cosas que a nuestra honra pertenescen.

Llamado Timotheo, le fue dada comisión para que con honrosa compañía viniese a mí. De todo por Forensio cautamente fue hecho sabidor, y deligentemente hize una tal provisión, que a un real rescibimiento uviera seído honrosa. A la hora que fue avisado de la venida de Timotheo, sálgame dissimulándolo todo, una legua o poco más de donde yo estava. Y vi hazia mí venir gente cavalgando, y por un su criado me fue dicho cómo venía a verme. Derigido a él mi camino, nos saludamos y resaludamos. Y mano a mano cavalgando, assí me dixo:

Timotheo dize la embaxada a Peregrino, por parte de su padre y madre.

Capítulo CLXXXIX

«Señor Peregrino, quanto el fructo al madurar es más dificultoso, tanto más de sí mesmo es conservativo, por tener el humor arraigado. Y todo lo que es fácil a criarse es más sujeto a corromperse: harto se deve más estimar una considerada amistad que una súbita y fortuita.

»Angelo muchas vezes ha entendido el gran fuego del cual eres consumido por amor de Ginebra, su hija y mi hermana. Ni nunca a otro fin prorrogó el matrimonio, sino por verte en aquella edad sobre la cual se puede mal fundar. Mas agora que eres revestido de ya maduros años, él es muy contento que seas satisfecho. Y todo lo que por Viante se hizo, de voluntad lo confirma, porque ha procedido de su bueno y verdadero consentimiento.

»Por ende, me embía para verte y saber de ti cuál sea tu sentencia en honrar la venida de Ginebra, no tanto como hija, mas como esposa tuya; y cuál te agrada más: el entrar público o secreto. Y quanto por ti ordenado será, tanto por nosotros se executará, por que sepas con cuánto amor nos hemos contigo, al cual como hijo y hermano igualmente amamos.»

Fenecidas las muy humanas palabras, assí les respuse:

Respuesta muy amorosa de Peregrino a Timotheo.

Capítulo CXC

«Muy amado Timotheo mío, si a Philipo Macedonio fue grata la nueva de aquel hijo (el cual, por las cosas hazañosas que hizo, fue llamado Grande), y a Antíocho la victoria de Demetrio, mucho más me es tu venida, la cual si uviera seído ocho años ha, ya uviera perdonado a dos mil trabajos míos. Pero todavía cosa muy desseada y trabajada agrada más.

»Alabo el muy grave juicio de Angelo, que primero me quiso experimentar que descendir a mi amistad. La cual, como es principiada, para conservar la ánima y el cuerpo se deven aventurar. Siempre me encendí y enciendo en el amor de mi Ginebra, que según mi juicio nació para ser mi señora, y siento muy gran contento cuando d'ella razono y hablo y escribo. Nunca otra opinión de Angelo ni de Anastasia tove, sino que con el tiempo me satisfarían, porque de los hombres de tanta experiencia otra cosa que buen fin esperar no se puede. Acepto la tan gran oferta, pues que ni mayor ni semejante el cielo ni la tierra ofrescerme podían, y por servirla pondría, allende de toda mi renta, mi propria sangre.

»Pero por demostración de un entrañable y limpio amor, alabaría que tú y yo, en hábito dessimulado, saliésemos a recibirla a que de noche entrasse en la ciudad. Después de hecha la luz, acompañado de mis criados, parientes y amigos, vendré a hazer reverencia a Angelo y a Anastasia, assí como es devido a la edad y al amor. Pero aquesto, se entiende, salvo mejor juicio...»

No desplugo a Timotheo³⁸⁷ mi determinación. Apeados, reposados, cenados, ordenamos nuestra partida al último canto del gallo.

A la obra siguió el efecto: subidos a cavallo entrambos a dos, con sendos moços de espuelas, fuemos hazia la desseada nao. Después de llegados, pareció a Ginebra y Viante de ver el Paraíso con toda la gloria abierto. Abraçados, y más de mil vezes besados, juntamente Ginebra y Timotheo con entrañable amor se rescibieron. Después, juntos y retraídos, y con Viante, cada uno sus proprias passiones razonava.

Temía Viante que no uiesse excedido el fin del mandamiento. Después, decía:

«Él me lo cometió. Quiçá fue burlando... yo no soy Dios: devo atender a lo que se dize, y no a lo que se piensa.»

Y assí, en diversas cosas la memoria trocava. Mas después que entendió la venida de Timotheo³⁸⁸ y mía, quedó muy consolada. Y por no le dar congoxa, no le quise hazer participante de las palabras contra ella por Angelo pronunciadas, mas todos, alegres, consumimos la jornada en hablar de amor y de sus fatigas. Lo cual era

³⁸⁷ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: Timotheo P: Timatheo

³⁸⁸ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: Timotheo P: Ttimotheo

tan aplazible a Timoteo, cuanto de otra escriptura jamás uiesse leído. Y a vezes buelto a Ginebra, le dezía:

«¡Oh cuánto has seído dura y cruel y ingrata a tanto amor! No sé cuál paciencia en el mundo no fuera quebrada. Bien te podemos, Peregrino, colocar en el cathálogo de los mártires y hazer de ti solemne conmemoración. ¿Mas cuál cuerpo estuviera tan paciente, cuál espíritu tan inclinado, cuál ánima tan franca como la tuya al sufrimiento de tantos trabajos? Primero te amé y agora te adoro.»

Eran aquellas palabras una suavidad a los consolados amantes. Y assí, en gran alegría nos passamos aquel tiempo.

Peregrino y Timotheo fueron a resebir a Ginebra que venía. Y con mucho plazer y consolación fue resebida de sus padres. Y de aí fue Peregrino a visitar a su madre.

Capítulo CXCI

Hecha la primera parte de la noche, llegamos a la ciudad, adonde sin fiestas ni resebimiento entramos. Venidos a la casa de Angelo, secretamente digo a Ginebra:

«¡Oh martirizada³⁸⁹ casa, y ya mi sepultura y agora mi ardiente fuego! E si todo el mundo naufragasse, yo sólo lo encendería.»

Entramos sin naide saberlo. Fue un criado que dixo:

«¿Quién sois?, ¿qué queréis?, ¿qué demandáis?, ¿qué buscáis? Esperad: hazerlo he saber a mi amo. ¡Quitaos! ¡Afuera! ¿Porfiáis a venir? Daré bozes: ¡señor, está aquí mucha gente que me haze fuerça!»

Luego fueron muchas hachas encendidas. Salido Angelo de la cámara para resebirnos, pensando ser alguna otra gente, como visto nos uvo todo muy maravillado se detuvo, y su rostro entre los nuestros colocó y juntamente abraçándonos y besándonos, cuasi llorando dixo:

³⁸⁹ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: martirizada *P*: maritirizada

«Difícilmente puedo discernir a cuál de vosotros quede más por deudor: o a ti, Peregrino, de averme traído a mi Ginebra a casa, o a ti de averme ganado un otro hijo. Ahora seáis muy bienvenidos.

»Y tú, Viente, moderadora de mis trabajos, Dios te salve. Sin tu favor, ¿qué tales quedamos?»

Entrados en la cámara adonde Anastasia enfermava, así le dixo:

«He aquí tu verdadero contentamiento, he aquí tus desseados hijos, he aquí tu cierta salud.»

Allegados a la cama, fue breve en hablar diziendo:

«¡Oh Peregrino, no avía otra manera que más nos mostrasse tu verdadero y limpio amor cuanto ha seído la presente, no pensada, venida! Ni otra cosa convenía a un verdadero hijo para con sus padres.

»Hoy por tal modo te soy obligada, que mayor trabajo será a ti el mandar que a mí el obedecer. ¡Oh mi hija Ginebra, alabo tu discreción, que penando y sufriendo has hallado hombre conforme a nuestra voluntad! E así, estrechamente te amonesto a conservarlo como industriosamente lo has hallado.

»Peregrino, he aquí tu llama, he aquí tu amor, he aquí tu premio tan fatigado, he aquí el reposo de tu vida: la mi Ginebra será agora tuya, y como tuya la conserva.»

A la hora, tomada por la mano, le doy las gracias diziendo:

«¡Oh franqueza que a toda otra sobrepuja, oh liberalidad que al mundo excede! Ni otra más conveniente merced estava aparejada a mi fe ni a vuestra nobleza, oh amados padres: otro galardón no os puedo dar, sino mi perpetua servidumbre.»

Algún tanto juntamente regozijados, me pareció devido visitar mi desconsolada madre, la cual por Achates de mi venida era ya hecha sabidora. Con alegre licencia de los nuevos padres y de mi señora, me fue. Y como hize reverencia a mi madre, así me respuso:

Salutación muy áspera de la madre a Peregrino.

Capítulo CXCI

«Peregrino, todo fuego te calienta, sino el de casa. Toda cosa te agrada, sino la conveniente. Todo plazer te deleita, sino el que es devido. Y tal eres tornado como te partiste: fueste callado y veniste mudo. Aquestos son los beneficios, las fatigas, los amores, la reverencia, la obediencia, la afeción maternal. Yo me fatigo a conservar y tú a destruir. ¡Gran gloria es a mí de un hijo a todos amoroso y a mí odioso!

»Dime cuál ha seído tu vida y qué has adquerido penando. La abundancia, muy triste de tí, te ha empobrecido tanto del cuerpo quanto de la ánima. ¿Cuál antiguo ni moderno jamás tanto se fatigó como tú y assí, en vano? Mucho menos trabajaron Jasón por Medea, Theseo por Ariadna y su hermana, Paris por Helena, Perseo por Andrómeda, Orpheo por Eurídice, Petrarcha por Laura, Danthe por Beatriz, que tú por aquesta.

»La fatiga es grande y el gasto, más; la diminución de la honra, intolerable; la tristeza de tus amigos y parientes, incomportable; la ganancia, vil y naturalmente enemiga. ¿Tú piensas que nuevo parentesco aya de amatar un odio antiguo? Estás muy errado. Tanto dura, quanto haze el propio provecho. Exemplo te sean muchos linages, y verás qué provecho trae el contrato de las señoras de opiniones diversas, las cuales no se pueden gratificar, ni regir, ni gobernar. Siempre leen al revés, ni de otra cosa hazen caso sino de quanto procede de un desesperado apetito. ¿Piensas tú que aya yo de soportar el imperio de una presumtuosa donzella? No fue vana la boz que dixo: “entre suegra y nuera no ay amor ni conveniencia”.

»Pues que te veo deresçado a otro camino y que eres de edad ya madura, sea tuya la paternal hazienda y renta, con su administración. Mis bienes dotales llevaré conmigo, y entre mis hermanos, biviendo en paz y sossiego, fenesceré mi vida. No creas que he de acompañar ni servir la nueva muger. Y assí como, sin yo saberlo, te la tienes en matrimonio juntada, sin mi compañía te la gozarás.»

No fue la pronunciación de las palabras sin lágrimas y gemidos, a los cuales respondí assí:

Respuesta, con gran humildad, de Peregrino a su madre.

Capítulo CXIII

«¿De qué manera, oh muy piadosa madre, me podías mostrar el grande amor, sino por aquesta saludable vía? Las lisonjas, si a todos son viciosas, a los padres mucho más. E aquello que a otros parescería descortesía, a mí es medicina y soberana consolación, e tanto más me es acepto quanto veo y comprehendo que procede de la fuente del verdadero amor.

»Desculpa mi partida, oh muy piadosa madre, porque era de camino incierto y cuando se supiera ser tan lexos, todos me esperaran muerto. Por ende, mejor consejo fue una súbita partida que aconsejada, a la cual siempre uvieras hecho resistencia. E por la mucha reverencia no uviera podido dexar de obedescer, que fuera mi muerte e por consiguiente, la tuya. A lo poco que he ganado no tengas respecto: mira al contentamiento y salvación mía, por la cual sé yo que pondrías el cuerpo y la ánima. Partíme de ti hijo, y buelvo hijo y esclavo.

»A Ginebra no la tendrás por señora, pero por criada y servidora. El mi peregrinar no ha sido pérdida de tiempo, mas un sabio aprender. ¿Qué crees tú, madre, que fueron las antiguas señoras por las cuales tanto se es fabulado? No es alguna que gloriarse pueda una tanta virtud cuanta puede Ginebra. Aqueste mi trabajo ha seído ninguno a respecto del grande y honrado premio.

»E si consideras bien, nunca fueron nuestras casas en tantas enemistades que no sólo por afinidad, mas por una flaca salutación, en fin olvidar no se puedan. Entre los poderosos y señores de gran estado celebrarse suelen los matrimonios por engañarse; entre los menores, por conservarse. ¡Oh qué simpleza es aquesta, oh qué mala natura con su propia carne querer dissipar las cosas ajenas! Del apartarte de mí, tuya sea la vida, tuya sea la hazienda: tanto quiero quanto te plaze, y adonde deliberares bivar, yo contigo, no como hijo, mas como criado.

»Ruégote que no me niegues lo que de manifiestos enemigos se concedería, que es un alegre rostro y un tocar de manos.»

Postrada en lágrimas, más hablar no pudo, por el entrañable plazer que en el corazón le nació, que fue gran experiencia de dexar la vida. Por darle más sossiego, la dexé en paz. Solazado con mis compañeros y amigos y comido (primero que me retruxiesse al nescessario reposo), la quise visitar, de la cual impetrada licencia me fue.

Y por el cansancio del cuerpo, el sueño de tal manera me ocupó, que primero Phebo el carro a los mortales tenía mostrado antes que de los aplazibles colchones el fatigado cuerpo levantasse. La amorosa y muy veladora madre mía, que a otra cosa no atendía sino a honrarme, juntamente con las hijas y hermanas, sin otro movimiento hazer, traído consigo en compañía un cofrezito de orientales perlas lleno, fuesse hazia la casa de Angelo.

E como ya se acercava, a dicha fue vista de Ginebra, la cual antes que subiesse, se le presentó. Abraçada y besada, juntas al hablar quisieron dar principio, quando Angelo y los hijos salieron al recebimiento, y secretamente juzgaron ser tal la planta cual el fruto. Humanamente la subieron y entrados en la cámara adonde Anastasia enferma mal reposava, se assentaron y dieron al hablar tal principio:

Poncia, madre de Peregrino, yendo secretamente a casa de Ginebra, le da unas preciosas perlas.

Capítulo CXCI

«Ginebra mía, ya son muchos años que tal te esperaba cual agora te veo, y después de la muerte de mi amado marido, nunca supe qué cosa fuesse alegría si ayer tarde no, por aver ganado lo que más no creía de ver.

»¡Cuán deudora te quedo de la salvación de mi Peregrino, del cual soy cierta que tendrás aquel cuidado que a tu nobleza y a tu fiel amor conveniente te parescerá! E por ser el tiempo más breve de lo que podemos pensar, querría que por mi consolación te venieses a tu casa por dar assiento a lo que sin ti sienpre estará rebuelto. La renta, gracias a Dios, es harta. Yo soy de la edad que me vees, los criados no son muy fieles, Peregrino es mancebo: no ay quien de la perdida herencia

tenga compassión. Tú sola serás señora y administradora. En ti está el imperio y la facultad de mandar, moderar, trocar, acrecentar y desminuir.

»Nuestra vida de ti dependerá, de ti leyes y instituciones aceptaremos.»

Dichas las breves razones, le presentó un cofrezito de preciosas perlas, y de otras joyas que valían mucho precio. Y dixo:

«Aquestos son los pobres dones que la pobre suegra te trae. Lo que queda, por ti mesma en casa lo tomarás.»

No fue en Roma tanto plazer por el buelto Cicerón, quanto fue por mi muy amada madre en casa de Angelo. Consideradas las preciosas perlas y tornadas las devidas gracias, assí respuso Ginebra:

Respuesta muy amorosa y honrada de Ginebra a la madre de Peregrino, llamada Poncia. Y la orden que se dio para el domingo siguiente al público matrimonio.

Capítulo CXCIV

«Señora Poncia, soy cierta que en el mundo nasciesse sólo para ser tuya, según que sentí cuando la primera vez te visité, por lo que a mí no era menos nescessario de ser visitada que tú.

»El justo y piadoso Señor, con satisfacción de la una y otra parte, el común desseo a buen tiempo ha traído a efeto. ¡Oh cuánto de aquesta no pensada visitación te quedo deudora, y mucho más que si de todos los tesoros del mundo me hizieras merced! Tus muy piadosos consejos con las muy reales ofertas de corazón las acepto. Y con quanto mis fuerças bastaren, las executaré, por aliviarte de algunos trabajos, no por sacarte de tu primera condición, que antes querría la muerte que tal pensamiento.

»Siempre te tendré mucho acatamiento y assí, como humilde hija, te ruego que me rescibas.»

Fenescidas las amorosas respuestas, entre Angelo y Poncia³⁹⁰ fue razonado de la celebración del matrimonio, el cual para el siguiente domingo se avía de festejar. En aquel instante fue dado cargo a todos los amigos y mancebos de la ciudad para combidar señoras y damas, caballeros³⁹¹, gentiles hombres, patricios y extranjeros, por honrar el solemne combite, el cual quiçá en nuestra edad no reconoció par.

Estando assí, entre vela y sueño, me dixerón cómo Timotheo con sus hermanos venía a visitarme. Salido de la cama, familiarmente los salgo a rescebir, maldiziendo al sueño porque engañado me uviesse. Dado principio a diversos razonamientos, entraron en mención de las fiestas y regozijos, y de la tanta franqueza que avía usado Poncia con Ginebra. En aquesto, hela aquí, a do viene. Y como me uvo visto, dixo:

«Bien parece, hijo, que falta exercicio, pues ocio te abraça. Ya son tres horas que Ginebra ha resuscitado, y tú aún estás muerto.»

Aquellas palabras, de difunto, me hizieron bivo. En el momento, vestido me fue a casa de Angelo, que a otra cosa no atendía sino al real aparato. Aquel día que a Vénere era dedicado, por las muchas familiares ocupaciones, a hablar a Ginebra me fue escasso.

Ginebra se viste de ninpha y Peregrino de hábito phebeo en el día del matrimonio.

Capítulo CXCVI

Venido el próspero día, Ginebra de nimpha vestida, yo de hábito apolíneo, con ciertos phaunos, dríadas y hamidríadas, con todos aquellos dioses que la crédula antigüedad acatava (cuál precedía y cuál seguía la solemne música, la harpa de Orpheo), la fiesta adornavan. Señoras de excelente hermosura a mi señora rodeavan. Retraídos en una ancha sala, por ornamento del matrimonio procedió quien con tales palabras lo adornasse.

³⁹⁰ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: Poncia *P*: Porcia

³⁹¹ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: caballeros *P*: cavallos

Oración matrimonial públicamente recitada.

Capítulo CXCVII

«A hombre de baxa o alta manera, oh padres conscriptos y esclarecidas señoras, que tenga particular o común cuidado, de mayor alivio no le podía Dios y Natura proveer quanto fue de copularle en matrimonio, para tener en sus prósperas y dudosas cosas una fiel amiga y compañera, con la cual el concepto de su corazón libremente comunicar pueda.

»No solamente a la filial disposición, mas también a la buena y noble criança convenible, a la cual la humana generación es mucho más deudora que a la Natura, de quien rescibe el simple y de la otra, el bueno y perpetuo ser. ¡Oh cuán dichoso y bienaventurado llamarse puede quien bien nascido y criado se halla! E poco aprovecharía lo primero, si de lo segundo no fuesse acompañado. Y por proveer al uno y al otro de aquestos efetos, no creo que en la universal circunferencia mejores ni semejantes se hallaran que aqueste par de amantes.

»¿Cuál señora de claridad, de generación, de sanctidad, de costumbres, de celestial virtud (quanto es la muy esclarecida Ginebra), adornada y señalada se hallaría, a la cual más propiamente conveniessen las sanctas y dotas artes? Soy cierto que aquel eterno y alto Dios, de quien el tan alto misterio ha procedido, por celestial suerte juntamente os aya oy copulado. Agora se favorece el cielo y se alegra la tierra, con todas las cosas criadas, de tan devida, onesta y sanctíssima unión.

»De cuánta dignidad sea aquesta divina cadena por sus efetos fácilmente comprehenderse puede. Aquesto es aquel bien universal que al Cielo restaura su angélica caída y a la tierra católicos produce. Aquesto es aquello que, sólo con el nombre, el no concebido coito faze lícito y grato a Dios. Ni por otra vía en estado generativo el mundo se podría honrar ni poseer del Cielo la verdadera bienaventurança. Aquesto es aquel medio que pacíficos, piadosos, templados al mundo y a Dios nos torna. Por aqueste sacramento santo, de las injurias y ofensas se desiste y en sossiego y paz se conserva. Aquesta divina unión entre los romanos y sabinos firmó la paz, y mientras fue entre César y Pompeyo, la romúlea ciudad

siempre gloriosa triumphó. ¡Oh verdadera, firme y indubitada ligadura de las frágiles y débiles cosas humanas, de la cual ninguna otra firmeza más entera hallarse puede!

»Agora, Peregrino mío, palacio de virtudes, sagrario de la inviolada fe, por rescebir en paz la divina gracia, invocado el nombre del grande y humanado Dios, con libre y espresso consentimiento la aceptarás por muger.

»E tú, Ginebra, fuente de hermosura y castidad, con limpio corazón y desembaraçada lengua lo consentirás.»

Estando Angelo allí cerca, la gloriosa mano me puso, la cual adorné con un maravilloso diamante, en señal de eterna castidad. Fue honrado aquel auto de diversos instrumentos y con una música que ni más dulce ni más suave formarla pudiera el celestial son de los pithagóricos fengido. Después de todos por orden assentados, dueñas y donzellas, escuderos y pajes infinitos al servicio de los combidados estaban.

Fueron traídos ciertos manjares con unas ciertas representaciones de animales nunca vistas. Sobre la cabeça adonde Ginebra estava assentada, era un cielo de carmesí entretejido de oro, con todo el curso del Zodiaco y con el movimiento del estrellado cielo, que de ver era cosa maravillosa.

Fenescidas las mesas, levantada la gente, después de algún tanto fue dado principio a aver de dançar. Ver aquellas señoras no era otra cosa sino una gloria: con tanta agilidad, templança y gentileza se movían dançando. Algunas breves palabras con suaves tactos de manos y muy piadoso mirar se oían y se veían, assí que fácilmente uvieras dicho estar allí Dido y Eneas, y en medio el hermano Cupido: sin roído y movimiento, hazer cada una a su obra era atenta. Los pies andavan, las manos trabajavan, la fantasía a la invención estudiava.

Dado algún tanto de sossiego, se ofresció una justa de guerra adonde Mares, tanto de vigor quanto de gentileza, su dignidad mostrava. Con varios hábitos y con solemne pompa cada uno se presentó, después de quebradas las lanças y alçada la tela. En diversos exercicios el día se consumió.

El tercero día, assí rogando y porfiando, la mi solícita madre Poncia a su casa traduxo a Ginebra. E por el crecido hábito que en mi ánima tenía, bien que presente me fuesse, siempre la llamava. D'ella me quexava, y con Achates hablava y todo aquello obrava que hazía primero, y si yo llorava, ella no reía. Con tanta fuerça Amor

nos poseía, que parecíamos dos ánimas en un solo cuerpo formadas. No era en nuestra facultad ningún momento podernos apartar.

E como de dentro de sí el fruto sintió, el andar la enhastiava, el estar la enojava, visitación de señoras no la deleitava. Por su extremo consuelo me fue necessario encerrarme en casa, assí que de mí a ninguno era copia.

Ginebra parió un niño después de los nueve meses, y dixeron a Peregrino una grave dolencia que tenía Ginebra.

Capítulo CXCVIII

Ya se acercava la novena luna, cuando de lo sembrado el desseado fruto se sentía. Primero fue enojoso que visto: dolores entrañables, dessabrido estómago y con gran hastío, de tal manera la hermosa señora turbaron, que paz no sentía. Por la abundancia de las advenientes y visitantes dueñas, de casa me salí.

Complido el lunar curso, del noveno mes parida, Ginebra de un gentil niño madre se halló, el cual, después de la regeneración christiana, Alexandro fue llamado. Gran favor fue a los parientes y amigos, y temí por la mucha alegría que mi madre Poncia no dexasse el espíritu. Plugo a Timotheo que algunos días juntos nos fuésemos a descansar a una mi grangería. Impetrada la licencia de Ginebra, nos partimos.

El día siguiente, solo a la ventana estando, sin enojo ni empidimento, un profundo sueño me ocupó y representóme una nueva y espantosa visión. Parecíame de estar en un prado verde, lleno de varias flores, adonde sonava un dulce airezico, mas a las tiernas flores tan dañoso, que cruelmente las postrava en tierra. Herido de aquesta novedad, me llegué a un fructífero y sombroso árbol, a cuyos pies estava un muy blanco cizne, que un celestial canto alçava. Cevado³⁹² de tanta suavidad, me assenté por no espantarlo. Ni mucho allí estuvo, que doblada la harmonía, vi su blanca pluma en negra mudarse. Y assí cantando, la vida fenesció.

³⁹² Caviceo emplea el participio latinizante *perculso* (*ed. cit.*, p. 343), con el valor de ‘atónito’.

Un piadoso dolor el corazón con tanta fuerza me encrudelesció, que en el momento me ha parecido de desterrar mi espíritu. Después, mejor adormescido, vi a mi Ginebra, en su verdadera especie tañiendo, cantar una canción con tanta gracia y dignidad, que claramente venciera a la que ya a Philipo de Macedonia de las fiestas a las armas concitava. E si uvieran allí estado Orpheo, Amphión y Trógeno y Dárdano, de tristeza grande fueran atormentados. No tuvieron jamás por tiempo alguno tanta fuerza en sí las artes de Zeroastro ni de sus secuaces, con todo el curso de los habitantes imaginados del Zodiaco en las cosas inferiores, cuanto en mí el dulce y suave canto por donde, con lágrimas, del muy alto Dios alcancé que antes que fenesciese la tanta armonía de la tierra me quitasse.

E parecióme ver tomar aquella garganta de marfil, y con los dientes hazerle una pequeña mancha, y combatir labrios con labrios y lengua con lengua, assí que parecían dos aladas sierpes.

Partido el sueño, revocado el espíritu, por soltar la ocupada memoria vengo repitiendo qué me podría demostrar la aparecida visión. Ocurrióme a la memoria Ciro, Cresso, Alexandro de Macedonia, Haníbal, César, Bruto y Cassio, los cuales de extremos casos por sueños fueron avisados. Y aquesta causa temí mucho que la passada y imaginada alegría no se convirtiese en llanto. La providencia de Dios es en sí tan entera y firme, que por nosotros, mortales, no se sabe mudar. Lleno de interiores cuidados, salgo de la cámara y con increíble priessa veo tres a cavallo venir hazia donde yo estava.

Mi temeroso corazón en medio del fuego se resfrió. Mis miembros a uno y a uno de su vigor faltaron, que fue de mis futuros casos manifiesta señal. Subidos los mensageros, primero hablaron con Timotheo y Achates de la grave y súbita dolencia de mi señora, cuyas evidentes señales más presto significan juicio de muerte que de salud. Vi a Timotheo, bañados los ojos de agua, rehuir de mí por no me congozar. Achates, con modesto passo, inclinado el rostro, los ojos de lágrimas preñados, la boz quebrada y habla imperfecta, hazia mí se vino. Pensé la muerte de Anastasia ser la causa, ¡mas, ay triste, que fue la propia mía! Hecho presente, assí me dixo:

**Consuelan a Peregrino a que tenga paciencia y hazen que se parta luego,
a causa que con gran desseo le esperaba Ginebra.**

Capítulo CXCIX

«Peregrino, por ser tú hombre muy prudente sé que ninguna mi nueva te enojará, y sabrás todos los casos humanos con devida paciencia tolerar y sostener. No de Fortuna, mas de mi efeto te soy deudor, y de todo lo que a mi noticia aya venido te fue verdadero relator: Ginebra desmayando y penando muere.»

Dichas las palabras, agramente llorando, algún tanto se desvió. En aquel súbito, constreñidas mis vitales potencias, por tal modo me turbaron, que como muerto en tierra caí. Después siento a Achatés que llamando dize:

«Peregrino, yo te ruego por nuestras compañeras peregrinaciones y te suplico por nuestras comunes, prósperas y adversas cosas, que tornes en ti, porque no ay tan profundo trabajo que prudencia no lo modere, ni tan agro dolor que paciencia no lo ablande. ¡Ginebra bive y te espera!»

A esta palabra, alcé la cabeça diziendo:

«¡Oh vanas figuraciones, oh pechos mortales, de muchos errores cevados! Aquello que pensava pertenecer a alegría es convertido en llanto.»

Levantado, caminamos. Y assí, a medio camino, topé con otro mensagero, que me dixo:

«Si algún tiempo a Ginebra cosa desseada heziste, ven a verla primero que visite el real palacio de Minos.»

Sin más dezir, en un momento llegamos. Entrado en casa, me retruxe a la cámara. Dados y tomados los suaves besos de la hermosa boca, en uno abraçados, llorando cuasi mi espíritu despedía. Representava aquel rostro unas gentiles rosas de otro día antes cogidas, assí que pudiera mover a compassión a cualquiera cruel tirano. E tanta fue la piedad, que por extremo dolor se ausentaron Poncia y Anastasia.

Y como mi señora me uvo visto, en aquellos bienaventurados labrios una breve risa le nasció, lo cual fue manifiesta señal que Amor assí en vida como en muerte me favorecía.

Ya la hija de Herebo, la cual los naturales *el último terrible* llaman, los delicados miembros de mi señora con un mortal frío ocupados tenía. A diversos ejercicios rodeaban todos los físicos, dueñas y donzellas, parientes y ciudadanos, todos humildes a Dios por detener el ocurrente caso, al cual por humano sufragio resistir no se puede. Al fin, aquella inmortal bienaventurança de soberano ingenio, assí hablando hazia nosotros, humanamente dixo:

Ginebra, puesta en lo último de la vida, hizo una habla del menosprecio del mundo.

Capítulo CC

«¿Quién nunca tuvo a Dios tan favorecedor y amigo que un solo día de vida o de verdadera bienaventurança prometerse pudiesse? ¡Oh de cuánto castigo es digno quien en las cosas transitorias su pensamiento pone! Agora sea aqueste assaz desseado premio que, combatiendo y perseverando, de Olimpia la victoria ayamos traído. Tal es el fin de la virtud, a la cual todo lo criado obedesce.

»Peregrino, tiempo es de oy más de dar lugar a la humana miseria, porque la prosperidad engendra emulación; la emulación, embidia; la embidia, discordia y guerra. Aquestos mortales deleites, si de virtud no son gobernados, no solamente no traen provecho, mas daño. Y porque en tanta licencia de bivar es cuasi imposible abraçarse con sola virtud, por ende no es de dessear que todas las cosas sucedan según el humano desseo, en el cual no se deve hombre por alegría enxalçar ni por tristeza someter. Recuérdense los padres de aver engendrado hijos no para ser inmortales, mas buenos y virtuosos.

»La cual regla y dotrina siguiendo, tú, muy amado Peregrino, padres y hermanos y circunstantes señoras, reprimeréis las lágrimas, que a los bivos y difuntos siempre fueron enemigas. Acordaos que mi fin es el más glorioso que nunca tuvieron Camilo, Scipión, César, Pompeyo, Catón uticense, Alexandro, Pirro, Demetrio, Haníbal y Theseo, con el grande Alcides. No es menor contentamiento el ser juzgado digno de vida que sea el largo bivar. Demos gracias al inmortal Dios que con fama y

honra nos partimos de aquí. Y si por su clemencia la vida me ha seído honrada, por humana flaqueza se podría desinfamar, que sería peor que una violenta muerte. ¡Oh cuánto es glorioso en la propia patria, en los paternales braços, debaxo del cuidado del muy amado compañero, con entera castidad dexar la vida!

»Dexa, Peregrino, el llorar y alaba a Dios, que con mucho contentamiento antes del nuestro último día fuemos juntamente copulados. Y de nosotros tal fruto paresce, que será principio a la alegre posteridad.»

Algún tanto sobre sí alçada, más osadamente prosiguió diziendo:

Ginebra habla a su higo y a todos lo que presentes estaban. Y después dio el espíritu a Dios.

Capítulo CCI

«Amado hijo, verdadero paternal dechado, perpetuo cuidado de mi ánima, como por la edad te fuere lícito, podrás dezir: “A la azeda muerte a mi piadosa madre truxe”.

»Poncia, madre, yo te ruego que tengas aquel principal cuidado, que, criado, demuestre aver sido verdadero fruto del padre. Peregrino, mi ánima en aquella imagen te podrás mirar, y no sufras que su figura de políticas costumbres sea dessemejante, pues que de la ánima como del cuerpo se quiere ser solícito amador. Padres míos carnales, dad gracias a aquel eterno Dios de mi onesta cópula y de mi saludable destierro. Y si por filial licencia he transcurrido en cosa menos que a vosotros aplazible, por extremo don os pido y demando perdón: sed tales a mí cual a vosotros desseáis el celestial Padre. Timotheo mío, poco antes me fueste consolador: soy cierta que por mí quedarás intercessor. Vosotros, mis hermanos, estad en paz.

»Viante mía, único socorro de tantos sostenidos trabajos, infinitas gracias te doy y no cuales querría, mas cuales puedo. A mi amado hijo y a Peregrino te encomiendo. Del uno la pequeñita edad, del otro su pena harto me fatiga. Si de mí te queda cuidado, assiéntalos en tu memoria.

»Padres, parientes, amigos y criados, a todos en paz os dexo. Ya se allega la ora que la flaca carne a la tierra y el espíritu a Dios embía.»

Aquella última belleza fue resplandesciente como blanco Sol cuando en su extremo más aparente resplandor a los mortales manifiesta.

Lamentación de Peregrino por la muerte de Ginebra.

Capítulo CCII

No tuvo tanto poder la importuna y cruel que turbar su rostro ni alterar su corazón pudiesse. Mas toda compuesta, cuando le pareció, el espíritu a Dios y el cuerpo al mundo restituyó. No en Sagunto, no en Troya, cuando los enemigos robando y quemando la destruyeron, semejantes lamentaciones y gritas fueron oídas cuantas eran en aquella funesta estancia. Rodeava su casta cama el recaudador de nuestras ánimas con el celestial portero, por honrar el divino palacio con el fallecimiento de mi Ginebra. A su medio curso, Phebo se escureció y cerrada la puerta, con tanta escuridad al uno y al otro hemisperio cegó, que a un tiempo el cielo y la tierra sin resplandor quedaron.

Adornava la beata cámara la orden matronal, que con onestos llantos y dulces palabras el dulce cuerpo onravan. Fenescidas las llorosas bozes, del gran dolor vencido, caí en nueva desesperación diciendo³⁹³:

«¡Oh caduca y engañosa humana esperanza! ¡Oh débil y mísero nuestro estado! ¡Oh flaca y transitoria nuestra gloria! ¡Oh vana mortalidad! ¡Oh breve y triste nuestra vida! ¡Oh ciega y inestable nuestra suerte! ¡Oh despiadada y imbidiosa Fortuna, cuanto más grata en la presencia te muestras, tanto más agra y fiera feneces! Agradable al prometer y sorda al cumplir, ¿quién embaxo de tu promessa asegurar ni conservarse puede?, ¿no bastava aver penado tantos años? ¿no devía de mis

³⁹³ Como ya se explicó en el estudio preliminar, Díaz planea esta última parte de la obra para hacerla coincidir en apariencia con el lamento de Pleberio en la *Celestina*. Para ello acorta drásticamente los episodios originales, sobre todo cuando se trata de discursos consolatorios de los conciudadanos reunidos alrededor del lecho de Ginebra.

trabajos tu ira estar harta?, ¿no era aún tu ferocidad acabada?, ¿no tenías otra más conveniente merced?

»Imbuidosa del mundo, pestilencia de buenos, enemiga a los virtuosos, fabricadora de engaños y fraudes: tu potencia es una tiranía expresa, tu vida es simulada hipocresía, tu mérito, crueldad y ingratitud. ¿Qué honra has ganado en privar de vida a aquella que del mundo fue honra, lumbré y fama? Destruidora de buenos y sabios, conservadora de malos y nescios y enemiga de ti mesma, tú me has deseredado de aquel principal y soberano don que para mi descanso Dios me uvo concedido, de aquel eternal contentamiento que mayor el Cielo dar no me podía. ¡Oh mísera, en cuántas adversidades que de emienda carecen me has colocado! ¡Oh aborrescida ceguedad!, ¿quién ha quedado más ciego que yo? Muerto es mi bien todo.

»¡Oh señora!, ¿por qué no lloraste primero tú mi muerte que yo de tu desventura me doliese? Aquesta es la cama que te me representará, aquesta cámara fenescerá mi pena: sin mí no será tu camino seguro, yo te seré fiel guía, pues que por tierra, mar y infernales lugares te he buscado. ¡No te sea enojo algún tanto esperar! Luego, luego soy contigo. ¡Oh divino dechado!, ¿adónde está tu hermosura? ¡Oh radiantes ojos!, ¿qué es de vuestro resplandor? ¡Oh dorados cabellos!, ¿a dó está vuestra color? ¡Oh omnipotente lengua!, ¿qué es de la ordenada afluencia y las graves palabras?

»Todos se aceleren a mi muerte: destrócame, mátame, descuartízame, yo soy aquel traidor homicida de aquesta diosa. ¡Yo he privado a mi patria de tan gran atavío! ¡Tres días son ya que le di una cruel ponçoña, causadora de su muerte! ¡En aqueste extremo lo confieso, creedme! ¡No dexéis tan gran maldad sin castigo, oh mis ciudadanos!»

Como por el rezió dolor la boz entre los labrios fue detenida, por consolarme assí me dixo Achates:

Consolación de Achatés a Peregrino.

Capítulo CCIII

«¡Peregrino, loca y sin seso es aquella solicitud, adonde esperanza no se puede prometer! Tú a tu alvidrío bivar puedes, y ella nunca jamás.»

PEREGRINO.—Querría morir.

ACHATES.—¡Oh qué mal pensamiento!

PEREGRINO.—Mucho más es bivar en pena: siempre seré a Dios, al mundo y a mí mismo aborrecible y odioso y cruel enemigo. Toda venidera edad me apareja enojos y eternos llantos.

ACHATES.—Peregrino, desear la muerte por evitar algún otro mal es manifiesta señal de poco ánimo. ¿Con cuál juicio, con cuál corazón se deve hombre a sí mismo dar aquello que con ingenio, arte y fuerza procura todo otro animal de rehuir? ¿Cuál mayor penitencia, cuál más extremo tormento podía el eterno Dios dar al hombre que el morir? Halló el poderoso Dios al primero padre Adán prevaricando, y díxole: “Tú morirás”, por no tener cosa más grave con que lo castigasse. Dime, ¿quién voluntariamente a aquella cruel se llegó?

PEREGRINO.—Licurgo, Sócrates, Platón y Haníbal.

ACHATES.—Tú yerras: fueron de necesidad y no de voluntad constreñidos.

PEREGRINO.—¿Cuántos por sus amigos se son puestos de voluntad a la muerte?

ACHATES.—Infinitos, mas unos por salvarse y otros por vengarse, ni lo uno ni lo otro al presente ocurre. Si tu muerte fuese su resurrección, sería tu morir bien desculpado. Mientras en vida fueres, la podrás favorecer, y si mancha alguna su fama denigrasse, biviendo la podrás deshazer y moriendo, seréis entrambos caluniados. Andrómacha, de cuyo muy piadoso amor toda la escriptura canta, después de la muerte del amado Héctor, no solamente la vida, mas los prósperos votos sostuvo; Pompeyo, que tan inflamadamente a Julia amó, después de muerta a Cornelia se copuló; Catón censorino, en la estrema edad, por huir tristezas y enojos, se tornó a hazer nuevo marido. El humano entendimiento teme aquestas horribles cosas, las cuales tú, bovamente, muestras desear.

PEREGRINO.—¿Pues luego bivaré para ver la cumbre de tantas desaventuras?

ACHATES.—Duélanse aquellos a los cuales con la vida muere la fama, y no Ginebra, de quien aunque todas las fuerças y loores poéticos juntamente contendiessen a cantar, d'ella quedarían mudas.

PEREGRINO.—Muerta es la honra, muerta es la hermosura. Perdida es la piedad: ciego ha quedado el mundo.

ACHATES.—La estelífera virtud vive. Y muerte en el cielo la hará bienaventurada: no ay por qué quexarte devas.

PEREGRINO.—Injuriado he al cielo y las estrellas, y adonde quiera que me buelvo me ocurre la sonbra de mi Ginebra. Veo tras de mí las vengativas Furias, mora en mi corazón una continua pena, assí que no sé adónde deva de huir. No creo que en casa de Rhodamanto aya mayor tormento que el mío. Agora quiero ir a la otra ribera, adonde contemplando la dulce vista, hartaré mi voluntad.

ACHATES.—Peregrino, el tan agro quexar es un confundir todas las cosas en uno, y creer que todo muera después de salido de aqueste engañoso mundo. ¡Oh cuánto es vil y efeminado quien da a sus ojos llantos y gemidos! Hombre sabio nunca atormentó su corazón de tristeza y dolor, y bien que la Natura por piedad nos aya concedido lágrimas, no es por esso que en ellas nos ayamos de consumir. Ello es cierto una cruel y scelerada opinión de oponerse a la voluntad y potencia de Dios y Natura.

»¡Oh cuánto sería vana la persuasión de los muy sabios naturales, que dicen el cuerpo constar de elementos contrarios y la ánima de un celestial vigor que descende de aquel alto y primero nuestro Padre; ni resolverse ni macularse de algunas miserias mortales, y a la hora, con soberano contentamiento, gozarse cuando de la humana cárcel corporal es salida y desasida de aquestos mortales miembros, como una pequeña y invisible llamezica va para el Cielo del cual descendió!

»E hasta tanto allí está, que por divina disposición sea en el propio cuerpo transformada. Y a las vezes, vienen a nosotros por visión y oráculo, y entienden nuestros gemidos, llantos y congoxas. Pues siendo assí y biviendo la mejor parte con cierta forma y firme esperanza de nuestra buelta, se quiere perdonar a las lágrimas, y mejor consultar a Dios y al mundo, y creer a las Escrituras y a los oráculos divinos, a los cuales sólo por creer y no por saber se puede eceder, porque escripto se lee.

»No es sapiencia, no consejo, no es fortaleza ni otra cosa contra el sublime y potente Dios.

PEREGRINO.—Siento mi furor, conozco mi peligro: no puedo mandar mis miembros, no puedo regir mi corazón. Bien sé que a ánimo predestinado y totalmente dispuesto ni castigo, ni ruego, ni amonestación aprovecha. ¡Oh mísero pensamiento, oh verdadero gozo, oh engañadores placeres, oh muy dichoso tiempo, oh presunción humana, adónde me avéis traído! ¡Oh cuánto juzgo por bienaventurado a quien del principio de su nacimiento la desnuda tierra dio la cama! Las legumbres solas, la hambre; las puras aguas la sed quitaron.

ACHATES.—Por muy bueno es loado aquel que el buen consejo rescibe, pero más dichoso es quien por sí todo lo conoce. Ya de oy más, seyendo la ánima enalçada, ¿qué más nos queda a hazer? Entendamos en otras cosas, y muchas vezes de Ginebra la dulce memoria recontaremos.

PEREGRINO.—¡Oh triste consolación, oh desdichado día! Creo que Thesipho con las aulladoras hermanas se hallaron a mi parto, cuando en aquesta mísera luz fue sacado. Oficio de piedad fuera, si la mi amada madre en aquel instante usara conmigo aquel beneficio que hizo con el caçador de Calidonia la suya.

Mientras de consuelos vanos me socorría Achates, por los otros mis parientes y criados se entendía a la sepulchral pompa, la cual en nuestra patria no fue otra tal. Toda la casa en aquel instante de luto fue cubierta. A llevar el glorioso cuerpo hasta el templo toda la ciudad se juntó: ni más populosa era Roma cuando los comicios celebrava o cuando el triumphal carro entrava. Era gran multitud de hachas, a todos los templos y aras fue sacrificado, la nescessitada gente de viandas y vestidos fue galardoneada. Cerrada la audiencia, perdonado a los tratos y mercaderías, cada uno a Ginebra como a madre de la patria llorava.

Las andas eran adornadas de oro y, en medio, de un muy fino carmesí que a su blanco rostro dava tal color, que antes por adormida que por muerta la juzgaras. Y tal que mientras la contemplava, de todas mis ansias cobrava olvido. Cuatro cavalleros, por llevar aquella divinidad, se presentaron, a los cuales dixere:

«¡Oh cavalleros de sangre real, oh mis verdaderos ciudadanos!, ¿en cuál grande o pequeña cosa de mí os sentís ofendidos? Si ignorancia fue, merezco olvido; si a sabiendas, perdón os demando. Mas si nunca os he deservido, ¿por qué tanta

injuria, empobrescer a mí por enriquecer a otro? Ginebra, señora, más fiel sepultura que a mí no podrás tener. Un momento de espacio te demando y irás acompañada. Solitario camino a ti no conviene, por ser donzella. A Orpheo Prosérpina no ha satisfecho: creída Eurídice, serás robada. La tierra es dudosa y tú no la sabes.»

Estando en aquestos devaneos, por flaqueza de corazón caí en tierra. Llegada aquella sempiterna memoria a su perpetua morada, hizo una fúnebre oración un sancto varón de real sangre, criado tanto de la aristotélica cuanto de la ciceroniana erudición, perfetíssimo maestro. Y dixo:

Oración fúnebre en el mortuorio de Ginebra.

Capítulo CCIII

«Manifiesto es, cavalleroso auditorio, la potencia del rezio dolor con tanta vehemencia poder entrar en nuestra ánima, que a las vezes nos hallemos sin la vida, como de Hécuba y Belerophonte canta el griego poeta. Callo a Níobe, Artemissa, Philis y Marco, Octón con Nerón, emperadores, los cuales, por su lascivia y descorregida vida, nunca aprendieron la virtud de la verdadera paciencia.

»Mas, ¿qué obligación tendríamos nosotros a Dios, cuando nuestra vida fuesse de tal manera instituida, que siempre siguiésemos la peor parte? ¿Cuál hombre fuera de sí mismo quiso jamás en vida y, odiosa Minerva, obrar fruto alguno bueno? No juzgo ser oficio de hombre prudente repunar a Dios, a Natura y a sí mesmo. Ello es cierto, creíble y concebible todas las cosas ser regidas y gobernadas de una sempiterna y infalible inteligencia, de la cual todas las otras inferiores toman sus influencias. Por ende, no es possible que la resurrección humana pueda proceder sin reglada justicia y natural curso de Dios y Natura. E quien a esta determinada ley se opone manifiestamente es a Dios rebelde, porque todas las humanas operaciones serían ningunas.

»David, mientras su hijo estuvo enfermo, nunca a lágrimas, a gemidos, a ayunos y a oraciones perdonó. E luego, como se le uvo salido la ánima, untado, lavado y polido, al pueblo se mostró. Preguntado la causa de tanta diversidad,

respondió el sabio rey que cuando la vida al hijo acompañava, no era privado de esperança de poderla conservar; mas a llorar lo muerto era una fatiga vana y caduca, porque era más cierto de ir al hijo difunto que poder él tornar a sí. Sabía que toda cosa que naturalmente comienza naturalmente ha de fenecer. Siendo aquesta nuestra materia de cuatro cualidades contrarias originada, no se puede perpetuar como criada de materiada forma, assí como el Philósopho en la *Física* nos lo enseña.

»A esta opinión llegados, los sabios los dolores de la muerte fácilmente han tolerado. Paulo Emilio, de dos hijos huérfano (de uno, cinco días antes del triumpho y del otro, tres), ni por aquesto dexó de triumphar. Pericle atheniense aunque de dos hijos la muerte le fuesse anunciada, ni por dolor mudó la boz ni hábito: retuvo en su cabeça la corona y conservó su dignidad consultando. A Dion çaragoçano le fue dicho que de una teja caída el hijo avía despedido la ánima: en parte alguna no se turbó, mas mandó que su cuerpo honradamente fuesse sepultado; ni por aquesto se apartó de la consulta de sus amigos. A quien remedó Demósthenes, que siendo declarado a la fiesta de los públicos juegos de la patria, acaesció el extremo caso de una su única hija: ni por aquesto la quiso prorrogar, mas después de los días seis, se vestió de blancas vestiduras, como era costumbre del príncipe de tanta ponpa, y sus loores cantava. Celebrando Xenophón el sacrificio, le fue traído por nuevas Gillo, su hijo mayor, cabe Mantinea ser alanceado y muerto: solícitamente a los mensajeros preguntó cómo se avía avido en la batalla: como supo que varonilmente peleando avía seído muerto, tornó a su cabeça la corona y dio gracias a Dios, jurando y rejurando que avía rescebido mucho mayor plazer del esfuerço del hijo muerto que pesar ni tristeza.

»¡Oh muerte, cuánto eres gloriosa y enxalçada, oh de cuánta esperança digna! ¡Oh muerte, merescedora de ser eternalmente loada! ¡Si uvieras antes quebrado el hilo de la vida al viejo Cirro, no llegara a aquella ignominiosa y servil muerte! ¡Oh cuánto te devieran las mudas sombras de Cresso, Darío, Haníbal, Príamo, Pompeyo, César, Mario, Crasso, Tulio, Séneca, Lucano y de la desdichada de Hécuba. Los extremos casos de la variable Fortuna, si de vosotros, señores, fueren rememorados, creo por cierto que aquellos que sobre la otra ribera reposan son mucho más que nosotros consolados, los cuales de innumerables accidentes continamente somos ofendidos.

»Depositad aqueste amargo llanto: consolaros deve de nuestra ánima la su inmortalidad, que aplaziblemente a Sócrates la ponçoña hizo beber y a Empédocles en Ethna la caída aconsejó. Nunca Terobonta del muro se despeñara si de la inmortalidad no estuviera seguro, ni el sabio uticense Catón voluntaria muerte uviera padescido, si de aquesta dudara. Aquesta es aquella gloria que a Curcio soterró en la abertura de la tierra, y a Codro y Phileno al extremo truxo.

»Aquesta nuestra divina imagen, si muerte no se atravesasse, siempre en trabajos se biviría. Sola la ánima es aquella que muerte no teme y eternalmente bive, como verdadera imagen del eterno Dios. Si por antiguos y modernos exemplos se concluye ser vano el llorar y angustiarse por la muerte de otro, ¿a qué es el tanto nuestro quejar, pues que somos ciertos por la corporal muerte librarse nuestra mejor parte, que es la alma? Consolaos, pues, con la transmigración de la tanta deesa que como fue en tierra una flor, assí ser³⁹⁴ una resplandor en aquel eterno firmamento, al cual ruego a Dios que a vosotros y a mí consolados lleve.»

Complido el devido oficio al lloroso caso, de tal título fue esculpido su sepulcro:

Epitaphio de Ginebra

En este sepulchro reposa Ginebra,
que fue combatida de Amor y Temor.
Mas l'alta virtud, que tarde se quiebra,
le puso corona de eterno valor,
con flechas y engaños jamás pudo Amor
vencer sus virtudes, mas antes se vido
caer con sus armas el falso Cupido
por ser ya de otro más cierto Señor.

El día siguiente, toda la orden patricial con los esclarecidos varones en letras y gracias, vinieron a mí. Y comovidos de compassión, con elegantes y no menos

³⁹⁴ *Lon, Vie, Lisb, Mun27*: será P: ser

evidentes razones se esforçaron a consolarme. Dadas las devidas gracias a aquellos cavalleros, despojado de toda consolación, me retruxe al nocturno reposo por solícitamente acusar mi desdichada suerte.

De una visión que apareció en sueños a Peregrino, y fue Ginebra.

Capítulo CCV

Hecha la profunda noche, en medio del doloroso sueño me pareció ver una luz, a la cual Tithán con su hermana y las Pléyades fácilmente darían lugar. Tanto fue el resplandor y calor, que mi cuerpo desmayar y mi ánima licuecer muy claro sentí. Alço los ojos, y en medio del cielo era una señora de gran imperio, que con piadosas bozes me llamó diziendo:

«Peregrino, a larga vida fatigas y tormentos son por compañía. Levántate y ven: yo soy tu amada Ginebra, por quien sin utilidad lloras.»

E a questo dicho, desapareció. A la hora, con imperfeta boz, llorando grito:

«¡Oh dichosa señora, oh bienaventurada noche, oh sancta visión, la cual con propia voluntad divina de tanta gracia me has hecho digno! Espérame, que fiel y obediente vengo.»

En aquel instante, hize juntarse toda mi casa y la de Angelo y así les dixé:

Peregrino ordena su ánima.

Capítulo CCVI

«De mi muy piadosa madre Poncia, la vida; de ti, Anastasia, el contentamiento; de ti, mi Viente, el próspero estado en que me vi reconozco. Y de tanto os quedo deudor, de cuanto son los repartidos beneficios.

»Cuanto a Dios ha plazido, tanto he bivido. La divina operación por llantos se mueve. Ni por a questo se podrá tornar a rebivir: reservad aquestas vuestras lágrimas

al beneficio de la penitencia, pues que a los defuntos ninguna cosa pueden aprovechar. E si de mi cuerpo fuestes amadores, de mi salud sed acordados. Angelo mío, adonde ay más de ingenio y firmeza, tanto menos de consolación le haze menester. Venido es aquel tiempo adonde ni oferta ni proferta tienen lugar: de mi renta y hacienda serás muy rezió defensor.

»Poncia, señora, bien sé que en muchas cosas menos que hijo te he satisfecho, no por malinidad ni por defeto de verdadera piedad, mas fue el fuego juvenil en causa, el cual del libre alvidrío me privó. Por tus maternales fatigas y por el amor que me tienes, te ruego que humanamente deposites cualquiera descontento, si alguno conmigo tuviste, por que más alegre de ti me pueda partir. Anastasia mía, si por mí algún tiempo fueste turbada (que no podía ser menos) desculpa al mucho amor, y cuán grande aya sido, el presente día te lo demostrará. Por la dulce memoria de Ginebra te ruego que me perdones, Angelo mío: si la partida es presta, el amor será perpetuo.

»Y de aquesta siguiente mi última voluntad sed todos verdaderos executores:

Peregrino manda que la sepultura de Ginebra y la suya sea toda una.

Capítulo CCVII

»A Ginebra y a mí sea común la sepultura, de alabastro y de ginebros labrado, con su epitaphio. Anales sean nuestras perpetuas conmemoraciones: el día natal y el del desposorio y el de la muerte. Un famoso templo sea edificado debaxo de la abogación del que a mi Ginebra retuvo.

»Mi casa sea posada de peregrinos. Alexandro sea mi único heredero. Mi madre, Poncia, tutora y gobernadora. A Viante y a Achates perpetuo comer y vestir en mi casa les sea dado. De mi renta y hacienda tenga cuidado Angelo, al cual después del funesto caso de Poncia, tutor y curador dexo.»

Dichas las palabras, como niebla del Sol salteada, llorando y gritando de la cámara salieron. Después, buelto a Achates, así le dixe:

«Tú, Achates, cámara de mi secreto corazón, verdadero consolador de la presente vida, esperanza y consuelo a toda mi posteridad, ruégote, por nuestros comunes trabajos, que tengas cuidado de Alexandro, mi hijo, y de mi madre Poncia, y que sea honradamente fabricado el sepulcro, el cual con aqueste epitaphio harás entallar:

Epitaphio de Peregrino.

Aquí yaze dentro la firme constancia,
las fuerças y mañas del fiel Peregrino,
el más fiel amante de España y de Francia,
cual da testimonio la muerte a que vino.
Los fieles servicios le hizieron tan dino,
que dio la Fortuna tal buelta y rodeo,
que a honra de entrambos cumplió su desseo,
después que en trabajos se hizo más fino.

Peregrino demanda a Dios perdón de sus culpas.

Capítulo CCVII

»¡Oh grande y soberano Dios, al cual desde mi nascimiento hasta la última hora toda mi culpa ha sido desnuda y clara, ruégote, por tu misericordia, la cubras y te olvides de todas las vanas, inútiles y locas mis fatigas! No consideres, Señor, mi adúltera vida ni tus despreciadas gracias, de las cuales por tu causa fue sellado. No notes la rebeldía de mi corazón, ni el contino hábito en que, pecando, he perseverado, ni el aver estimado más lo transitorio que lo divino.

»E aunque por mi flaqueza te he negado mi florida edad, que no ha seído sino un vano, quebrado y fugitivo sueño, no te desdeñes, Señor, de aceptar el devoto extremo y socorrer a mi pequeño valor. Señor, a tu providencia ninguna cosa es secreta.

»Acepta en gracia tú el liberal corazón, y ten por bien de colocar mi trabajada ánima en tu sancto Reino, adonde con los otros elegidos consolarse pueda.

Peregrino, hablando a sus amigos y parientes, dio la ánima a Dios.

Capítulo CCVIII

»Amados compañeros, amigos y parientes: venida es aquella bienaventurada y última hora que la ánima sana y la gracia concilia y el ánimo alimpia. Que seáis, os ruego, discretos conocedores del ciego mundo, por que con la ponçoña de su concupiscencia no os prive de la divina compañía. ¡Oh cuánto es dificultoso navegar por Caribdis con fortuna adversa y no anegar!, ¡oh cuánto juzgo por imposible beber el brevaie de Circe y no se transformar!, ¡oh cuánto es peligroso escuchar el dulce canto de las serenas y después no se subjuzgar a ellas! Por ende, sean con vosotros, de contino, prudencia, amor y temor de no ofender a Dios, al cual, con mucho descanso, alegremente voy.

»Agora quedad con Él.»

E assí diziendo, salió mi ánima de aqueste *lachrimarum valle*.

Deo gratias.

sacados de partes do no se bevía,
de todos su agua tan dulce y serena. 20
Agora la tienes, tan clara y amena,
en partes do puedes hartar tu desseo,
y mira cuán poco te cuesta el arreo
que das a tu vida biviendo sin pena.

Verás los amores, la pena y pasión, 25
la cárcel oscura del buen Peregrino,
adonde Ginebra lo tiene contino,
ligadas las fuerças de su corazón.
Cubierta con esto verás la Razón,
tratando con saña la Sensualidad, 30
la cual, combatida su ferocidad,
despide las armas de su defensión.

Con ésta te puedes tú claro valer,
bolviendo Fortuna sus casos mudables,
con doctos avisos, y muy saludables, 35
que leyendo³⁹⁵ por ella tú puedes saber.
Por ende, quien quiere contino tener
en todos peligros su nave segura
no ponga en olvido tan grande escriptura,
pues ella le puede tan bien socorrer. 40

Aquesta al discreto dará más biveza;
al poco sabido, saber y sentir,
gentil reportorio de nuestro bivir,
vergel florecido de mucha pureza.
Mas ya tú alañando, de ti la pereza 45

³⁹⁵ Ha de entenderse que se produce aquí una sinéresis.

Ferdinandi Detii dodechasticon in suum *Peregrinum*

Verus et unus amor, verique cupidinis artes,
Discursus varii hic, hic variusque labor.
Una quies, vero hic merces meritissima amoris:
Hec lege sollicitis ueste cupidinibus :
Sisque diu atque diu miles infratus amoris 5
Sit, non sit, si quis non amat in dubio est.
Dum veni hinc faculas jacet hinc sua tela cupido.
Excussit flammam cypris et arma puer.
Corripiant docti nostri figmenta libelli
Blanditias, tecnas ne quiciam, et veneres. 10
Non veni huic operi flammas ut debeat opto,
Nec jaciant arcus tela cupidinei.

Finis.

Impresso en Sevilla por Jacobo Cromberger, alemán.³⁹⁶

³⁹⁶ De esta sucinta manera se cierra la edición de 1516. Las de 1527, 1544 y 1548, cumplidamente datadas, atestiguan (estas dos últimas con la errata *honestos*) el colofón siguiente:

Fenece la *Historia de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, ambos de noble sangre. La cual es obra de tan sutil invención como discreta y alto estilo. Es muy aplazible a todo género de lectores, porque es como un jardín en que hay mucha diversidad de frutales, donde cada uno coge del fruto que más agrada a su gusto.

C. BIBLIOGRAFÍA

Impresos y manuscritos utilizados

Aponte, Pedro Gerónimo de, *Luzero de nobleza* (Real Biblioteca de Palacio, Madrid, manuscrito II/2669).

AA.VV., *Novelas Antiguas* (Códice facticio IX/7047, Real Biblioteca de Palacio, Madrid. Contiene: [1] *Novellino* de Masuccio Salernitano; [2] *Settanta novelle*, Giovanni Sabadino; [3] *Libro de Peregrino*, según adaptación castellana de Hernando Díaz; [4, manuscrito] *Blasón de los Mures*).

Burley, Walter, *Vida y excelentes dichos de los más sabios filósofos que uvo en este mundo*, versión de Hernando Díaz, Sevilla, Jacobo Cromberger, 1516 (Biblioteca Newberry, Chicago, impreso Case B 04.228).

Burley, Walter, *Vida y excelentes dichos de los más sabios filósofos que uvo en este mundo*, versión de Hernando Díaz, Sevilla, Cromberger, 1520 (Biblioteca Regional de Castilla-La Mancha, impreso Res. 83[2]).

Caviceo, J., *Le Peregrin*, trad. de François Dassy, París, Couteau, 1527 (Biblioteca Nacional de Francia, París, impreso Res. Y2.19).

Celso, Hugo, *Reportorio universal de todas las leyes destos reynos de Castilla*, Valladolid, Tyerri, 1538 (Real Biblioteca de Palacio, Madrid, impreso VIII/14474).

Díaz, Hernando, *Farsa nuevamente trobada*, Burgos, Juan de Junta, 1554, a través de AA.VV., *Sieben spanische dramatische Eklogen*, ed. Eugen Kohler, Dresde, Gesellschaft für romanische Literatur, 1911, pp. 317-328.

Díaz, Hernando (sobre un original italiano de J. Caviceo), *Historia nuevamente hecha de los honestos amores que un cavallero llamado Peregrino tuvo con una dama llamada Ginebra* [*Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*], Sevilla, Jacobo Cromberger, 1516 (Real Biblioteca de Palacio, Madrid, impreso IX/7047[3]).

Díaz, Hernando (sobre un original italiano de J. Caviceo), *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, Sevilla, Jacobo Cromberger, 1527 (Biblioteca Británica, Londres, impreso G. 10284).

Díaz, Hernando (sobre un original italiano de J. Caviceo), *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, Sevilla, Jacobo Cromberger, 1527 (Biblioteca Estatal del Lándel de Baviera, Múnich, impreso 2 P.o.hisp. 30).

Díaz, Hernando (sobre un original italiano de J. Caviceo), *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, Sevilla, Jacobo Cromberger, 1527 (Biblioteca Nacional de Austria, Viena, impreso 26-133-C).

Díaz, Hernando (sobre un original italiano de J. Caviceo), *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, Sevilla, Jacobo Cromberger, 1527 (Biblioteca Nacional de Portugal, Lisboa, impreso RES. 260 A).

Díaz, Hernando (sobre un original italiano de J. Caviceo), *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, Sevilla, Juan Cromberger, 1544 (Biblioteca Estatal del Lánders de Baviera, Múnich, impreso 4 P.o.hisp. 56d).

Díaz, Hernando (sobre un original italiano de J. Caviceo), *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra*, Sevilla, Jacome Cromberger, 1548 (Biblioteca Nacional de Francia, París, impreso Res. Y2.796).

Díaz de Valdepeñas, Hernando, *Summa de notas copiosas y muy substanciales y compendiosas, según el uso y estilo que agora se usa en estos reinos*, Medina de Campo, Pedro de Castro, 1548 (Real Biblioteca de Palacio, Madrid, impreso I/B/61).

Valdés, Fernando, *Catalogus librorum*, Valladolid, Sebastián Martínez, 1559 (Real Biblioteca de Palacio, Madrid, impreso VIII/5355).

Libro antiguo. Catálogos bibliográficos. Ecdótica

AA.VV. (Departamento de Bibliografía de la Universidad Complutense de Madrid), *Repertorio de impresos españoles perdidos e imaginarios*, Madrid, Instituto Bibliográfico Hispánico, 1983.

Barrera y Leirado, Cayetano de, *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español. Desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, Madrid, Rivadeneyra, 1860.

Blecua, Alberto, *Manual de crítica textual*, Madrid, Castalia, 1983.

Blecua, Alberto, "Los textos medievales castellanos y sus ediciones", *Romance Philology*, 45 (1991), pp. 73-88.

Brunet, Jacques-Charles, *Manuel du libraire et de l'amateur de livres. Tome Premier*, Bruselas, Société Belge de Librairie, 1838.

Catálogo colectivo de obras impresas en los siglos XVI-XVIII existentes en las Bibliotecas Españolas, a través del *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico*

Español: www.mcu.es/bibliotecas/MC/CCPB/index.html (consultado el 1 de marzo de 2011).

Catálogo de la Biblioteca de Lastanosa, Biblioteca Real de Estocolmo, ms. U-379; a través de *Proyecto Lastanosa*: www.lastanosa.com (consultado el 15 de febrero de 2011).

Clemencín, Diego, *Biblioteca de Libros de Caballería (Año 1805)*, Barcelona, Casa Provincial de Caridad, 1942.

Delgado Casado, Juan, *Diccionario de Impresores Españoles (Siglos XV-XVII)*, Madrid, Arco, 1996.

Delgado Casado, J., Martín Abad, J., *Repertorios bibliográficos de impresos del siglo XVI: españoles, portugueses e iberoamericanos*, Madrid, Arco Libros, 1993.

Escudero y Perosso, Franciso, *Tipografía hispalense*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1894.

Fradejas Rueda, José Manuel, *Introducción a la edición de textos medievales castellanos*, Madrid, UNED, 1991.

Gallardo, Bartolomé José, *Ensayo de una biblioteca española de libro raros y curiosos*, Madrid, Rivadeneyra, 1863.

Gayangos, Pascual, *Libros de caballerías*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1857.

Geldner, Ferdinand, *Manual de Incunables: Introducción al mundo de la imprenta primitiva*, Madrid, Arco Libros, 1998.

Griffin, Clive, “El Colofón en el libro impreso sevillano de la primera mitad del siglo XVI”, en *El libro antiguo español. Actas del segundo Coloquio Internacional (Madrid)*, al cuidado de María Luisa López-Vidriero y Pedro M. Cátedra, Madrid-Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Biblioteca Nacional de Madrid, Sociedad Española de Historia del Libro, 1992, pp. 247-261.

Griffin, Clive, “*Celestina*’s illustrations”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 78 (2001), pp. 59-78.

Griffin, Clive, “El inventario del almacén de libros del impresor Juan Cromberger: Sevilla 1540”, *Libro antiguo español IV: coleccionismo y bibliotecas (siglos XV-XVIII)*, al cuidado de María Luisa López-Vidriero y Pedro Cátedra, Salamanca, Universidad de Salamanca/Patrimonio Nacional/Sociedad Española de Historia del Libro, 1998, pp. 257-373.

Griffin, Clive, “Giacomo’s Caviceo *Libro del Peregrino*: the fate of an Italian wanderer in Spain”, en *Book production and letters in the Western European*

Renaissance: Essays in honour of Conor Fahry, ed. de Anna Lauren Lepichy, John Took, Dennis E. Rhodes, Londres, The Modern Humanities Research Association, 1968, pp. 132-146.

Griffin, Clive, *Los Cromberger. La historia de una imprenta del siglo XVI en Sevilla y Méjico*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1991.

Griffin, Clive, *The Crombergers of Seville: the history of a printing and merchant dynasty*, New York, Oxford University Press, 1988.

Griffin, Clive, “Un curioso inventario de libros de 1528”, en *Actas del primer Coloquio Internacional (Madrid, 18 al 20 de diciembre de 1986)*, al cuidado de María Luisa López-Vidriero y Pedro M. Cátedra, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Biblioteca Nacional de Madrid, Sociedad Española de Historia del Libro, 1988, pp. 189-224.

Haebler, Konrad, *Impresores primitivos de España y Portugal*, Madrid, Ollero y Ramos, 2005.

Haebler, Konrad, *Introducción al estudio de los incunables*, Madrid, Ollero y Ramos, 1995.

Hazañas y la Rúa, Joaquín, *La Imprenta en Sevilla*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1945.

Hernández González, M^a. Isabel, “Suma de inventario de bibliotecas del siglo XVI (1501-1560)”, en *Libro antiguo español IV: coleccionismo y bibliotecas (siglos XV-XVIII)*, al cuidado de María Luisa López-Vidriero y Pedro M. Cátedra, Salamanca, Universidad de Salamanca/Patrimonio Nacional/Sociedad Española de Historia del Libro, 1998, pp. 375-446.

Lenglet du Fresnoy, Nicolas, *De l'usage des romans, où l'on fait voir leur utilité et leurs différents caractères. Avec une bibliothèque des romans accompagnée de remarques critiques sur leur coix et leurs éditions. Tome II*, Amsterdam, Veuve de Pollras, 1734.

Lucía Megías, José Manuel, “El autor ante la imprenta: Textos para un manual”, *Edad de Oro*, 28 (2009), pp. 177-196.

Lucía Megías, José Manuel, “Manuales de crítica textual: las líneas maestras de la ecdótica española”, *Revista de poética medieval*, 2 (1998), pp. 115-153.

Martín Abad, J., Becedas González, M., Lilao Franca, Ó., *La descripción de impresos antiguos: análisis y aplicación de la ISBD(A)*, Madrid, Arco Libros, 2008.

Martín Abad, Julián, *Los libros impresos antiguos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004.

Martín Abad, Julián, *Los primeros tiempos de la imprenta en España (c. 1471-1520)*, Madrid, Laberinto, 2003.

Martín Abad, Julián, *Post-incunables ibéricos*, Madrid, Ollero y Ramos, 2001.

Mestre Sanchís, Antonio, “La formación de la biblioteca de un erudito de la Ilustración: Mayans y Siscar”, en *El libro antiguo español VI. De libros, librerías, imprentas y lectores*, dirigido por Pedro M. Cátedra y M^a. Luisa López-Vidriero, ed. al cuidado de Pablo Andrés Escapa, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2002, pp., 219-240.

Moll, Jaime, “Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro”, *Boletín de la Real Academia Española*, 56, 1979, pp. 49-107.

Norton, Frederick, *A descriptive catalogue of printing in Spain and Portugal 1501-1520*, Nueva York, Cambridge University Press, 1978.

Norton, Frederick, *La imprenta en España. 1501-1520*, Madrid, Ollero y Ramos, 1997.

Ochoa, Eugenio de, *Tesoro del teatro español, desde su origen (año de 1356) hasta nuestros días. Tomo Primero: Orígenes del teatro español, por D. L. F. de Moratín. Piezas dramáticas anteriores a Lope de Vega*, París, Baudry, 1838.

Orduna, Germán, *Ecdótica. Problemática de la edición de textos*, Kassel, Reichenberger, 2000.

Orduna, Germán, “La edición crítica”, *Incipit*, 10 (1990), pp. 17-43.

Palau y Dulcet, Antonio, *Manual del librero hispanoamericano. Tomo IV*, Barcelona, Librería Palau, 1951.

Pérez Priego, Miguel Ángel, *La edición de textos*, Madrid, Síntesis, 1997.

Quintanilla Raso, María de la Concepción, “La biblioteca del marqués de Priego (1518)”, *En la España medieval*, 1 (1980), pp. 347-384.

Reyes Gómez, Fermín de los, “Con Privilegio: La exclusiva de edición del libro antiguo español”, *Revista General de Información y Documentación*, 11: 2 (2001), pp. 163-200.

Ruiz Fidalgo, Lorenzo, *La imprenta de Salamanca (1501-1600)*, Madrid, Arco Libros, 1994.

Sánchez-Prieto Borja, Pedro, *Cómo editar los textos medievales: criterios para su presentación gráfica*, Madrid, Arco Libros, 1998.

Sánchez-Prieto Borja, Pedro, “Problemas lingüísticos en la edición de textos medievales (apuntes para la relación entre crítica textual e historia de la lengua)”, *Incipit*, 16 (1996), pp. 19-54.

Sierra Corella, Antonio, *La censura de libros y papeles en España y los índices y catálogos españoles de los prohibidos y expurgados*, Madrid, Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios y Arqueólogos, 1947.

Simón Díaz, José, “Autores extranjeros traducidos al castellano en impresos publicados durante los siglos XV-XVII”, *Cuadernos Bibliográficos*, 40 (1980), pp. 2-30.

Simón Díaz, José, *Bibliografía de la Literatura Hispánica. Tomo IX*, Madrid, CSIC, 1971.

Vindel, Francisco, *El arte tipográfico en España durante el siglo XV. Sevilla y Granada*, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1989.

Cuestiones nobiliarias. Mecenazgo. Hernando Díaz

AA.VV., *Congreso Conmemorativo del VI Centenario del Señorío de Feria (1394-1994): Ponencias y comunicaciones*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1996.

Beltrán de Heredia, Vicente, *Cartulario de la Universidad de Salamanca, La Universidad en el Siglo de Oro. Tomo II*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1970.

Cátedra, Pedro M., *Nobleza y lectura en tiempos de Felipe II, La biblioteca de Don Alonso Osorio Marqués de Astorga*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2002.

García Valdecasas, Guillermo, *Fernando el Católico y el Gran Capitán*, Granada, Comares, 1988.

Martín, José Luis, “La ciudad y la Universidad de Salamanca en torno a 1500”, en «*La Celestina*». V Centenario (1499-1999). *Actas del Congreso Intenacional*, ed. Felipe Pedraza, Rafael González y Gema Gómez, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 49-78.

Mur Ventura, Luis, “Genealogía de los Mur”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 47 (1926), pp. 334-347 y 502-513; 48 (1927), pp.28-53 y 335-361.

Núñez Bernal, Marina, *El mecenazgo nobiliario en la literatura de la época de los Reyes Católicos*, Tesis doctoral inédita, dir. Nicasio Salvador Miguel, Madrid, Universidad Complutense, 2009.

Pulgar, Fernando de, *Libro de los claros varones de Castilla*, ed. Miguel Ángel Pérez Priego, Madrid, Cátedra, 2007.

Rubio Masa, Juan Carlos, *El Mecenazgo Artístico de la Casa Ducal de Feria*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2001.

Salazar y Acha, “La nobleza titulada medieval en la corona de Castilla”, *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, 11 (2008), pp. 7-94.

Salvador Miguel, Nicasio, *Isabel la Católica. Educación, mecenazgo y entorno literario*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008.

Valencia Rodríguez, Juan Manuel, “La biblioteca de Lorenzo Suárez de Figueroa, III Conde de Feria (1528)”, en *Congreso conmemorativo del VI centenario del Señorío de Feria (1394-1994). Zafra, 29, 30 de abril y 1 de mayo de 1994*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1996, pp. 283-303.

Valencia Rodríguez, Juan Manuel, *Señores de la tierra: patrimonio y rentas de la Casa de Feria (siglos XVI y XVII)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2000.

Valencia Rodríguez, Juan Manuel, *El poder señorial en la edad moderna: La Casa de Feria (Siglos XVI y XVII)*, Badajoz, Diputación de Badajoz, Departamento de Publicaciones, 2010.

Ficción sentimental. Celestina. Novela bizantina. Otros géneros

Andreas Capellanus, *Libro del amor cortés*, ed. Pedro Rodríguez Santidrián, Madrid, Alianza, 2006.

Anónimo, *Carajicomedia*, ed. Carlos Varo, Madrid, Playor, 1982.

AA.VV., *El Cancionero del siglo XV*, ed. Brian Dutton, Salamanca, Universidad-Biblioteca española del siglo XV, 1990.

AA.VV., *Lope en 1604*, dirigido por Alberto Blecha y Guillermo Serés, Lérida, Milenio/Universidad Autònoma de Barcelona, 2004.

AA.VV., *Narrativa popular de la Edad Media: La doncella Teodor, Flores y Blancaflor, París y Viana*, ed. Nieves Baranda y Víctor Infantes, Madrid, Akal, 1995.

AA.VV., *Studies on the Spanish sentimental romance. 1440-1550*, ed. Joseph J. Gwara y E. Michael Gerli, Londres, Tamesis, 1997.

AA.VV., *Tratados de amor en el entorno de la Celestina (Siglos XV-XVI)*, selección y coord. Pedro M. Cátedra, Madrid, España Nuevo Milenio, 2001.

Alvar, C., Lucía Megías, J. M., *Diccionario filológico de literatura medieval española. Textos y transmisión*, Madrid, Castalia, 2002.

Canet Vallés, José Luis, *De la comedia humanística al teatro representable*, Valencia, UNED/Universidad de Valencia/Universidad de Sevilla, 1993.

Canet Vallés, José Luis, "La *Celestina* y el mundo intelectual de su época", en *Cinco siglos de «Celestina»: aportaciones interpretativas*, ed. Rafael Beltrán y José Luis Canet, Valencia, Universidad de Valencia, 1997, pp. 43-59.

Castillo Gómez, Antonio, "Pasiones solitarias. Lectores y lecturas en las cárceles del Siglo de Oro", *Península*, 3 (2006), pp. 139-150.

Castillo Solórzano, Alonso de, *Tardes entretenidas en seis novelas*, ed. Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, Bibliófilos Españoles, 1909.

Cherchi, Paolo, "Onomástica celestinesca y la tragedia del saber inútil", en *Cinco siglos de «Celestina»: aportaciones interpretativas*, ed. Rafael Beltrán y José Luis Canet, Valencia, Universidad de Valencia, 1997, pp. 77-90.

Contreras, Jerónimo de, *Selva de Aventuras*, Palencia, Simancas, 2005.

Contreras, Jerónimo de, *Selva de Aventuras (1565-1583)*, ed. M. A. Teijeiro, Cáceres, Diputación de Zaragoza-Universidad de Extremadura, 1991.

Cortijo Ocaña, Antonio, *La Evolución générica de la ficción sentimental de los siglos XV y XVI: Género literario y contexto social*, Londres, Tamesis, 2001.

Cvitanovic, Dinko, *La novela sentimental española*, Madrid, Prensa Española, 1973.

Deyermond, Alan, "En la frontera de la ficción sentimental", en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval. Tomo I*, ed. al cuidado de José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1997, pp. 13-37.

Deyermond, Alan, "Las relaciones genéricas de la ficción sentimental española", en *Symposium in honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona, Universitat de Barcelona/Quaderns Crema, 1986, pp. 75-92.

Deyermond, Alan, *Tradiciones y puntos de vista en la ficción sentimental*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

Durán, Armando, *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca*, Madrid, Gredos, 1973.

Ehrlicher, Hanno, "Inter fanum et profanum: Peregrinajes textuales en la literatura española del siglo XVI", *HeLix*, 1 (2009), pp. 26-51.

Fernández de Moratín, Leandro, *Obras de Leandro Fernández de Moratín. Tomo I: Orígenes del teatro español*, Madrid, Aguado, 1830.

Fernández Mosquera, Santiago, "Introducción a las narraciones bizantinas del siglo XVI: el *Clareo* de Reinoso y la *Selva* de Contreras", *Criticón*, 71 (1997), pp. 65-92.

Fernández Rivera, Enrique, "El reloj, la hora y la economía del tiempo en *La Celestina*", *Celestinesca*, 34 (2010), pp. 31-40.

Flores, Juan de, *Grimalte y Gradisa*, ed. Carmen Parrilla, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008.

Gerding, Jess, "The Greek romance in the 'Siglo de Oro'", *The South Central Bulletin*, 21:4 (1961), pp. 45-48.

Gerli, Michael, "Precincts of contention: urban places and the ideology of space in *Celestina*", *Celestina*, 21 (1997), pp. 65-77.

Gerli, Michael, "Toward a Poetics of the Spanish Sentimental Romance", *Hispania*, 72 (1989), pp. 474-482.

Gilman, Stephen, *La Celestina: arte y estructura*, Madrid, Taurus, 1982 (reimpresión ampliada).

Gómez, Jesús, *El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra, 1988.

Gómez Redondo, Fernando, "De la imaginación a la ficción en el *Libro de Fiameta*", *Romance Quarterly*, 50:4 (2003), pp. 243-257.

Gómez Redondo, Fernando, *Historia de la prosa medieval castellana, III. Los orígenes del Humanismo. El marco cultural de Enrique III y Juan II*, Madrid, Cátedra, 2002.

Gómez Redondo, Fernando, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento*, Madrid, Cátedra, 2011 (en prensa).

González Rovira, Javier, "El *Libro del peregrino* de Giacomo Caviceo y la traducción de Hernando Díaz", *Studi Ispanici*, 1994-1996, pp. 51-60.

González Rovira, Javier, *La novela bizantina de la Edad de Oro*, Madrid, Gredos, 1996.

Haro Cortés, Marta, *Literatura de castigos en la Edad Media: libros y colecciones de sentencias*, Madrid, Laberinto, 2003.

Iglesias, Yolanda, *Una nueva mirada a la parodia de la novela sentimental en «La Celestina»*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, 2009.

Jiménez Monteserín, Miguel, *Literatura y cautiverio: El Maestro Fray Pedro de Orellana en la Inquisición de Cuenca*, Cuenca, Diputación Provincial de Cuenca, 2004.

Mayans y Siscar, Gregorio, *Orígenes de la lengua española*, Madrid, Juan de Zúñiga, 1737.

Menéndez Pelayo, Marcelino, *Orígenes de la novela. Tomo II: Novelas sentimental, bizantina, histórica y pastoril*, Madrid, CSIC, 1961.

Marcelino Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, ed. Enrique Sánchez Reyes, *Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo. Vol. 19*, Madrid, CSIC, 1994.

Reichenberger, Kurt y Theo, "Fernando de Rojas como comentarista político: los nombres de los personajes en *La Celestina*", en *Tras los pasos de «La Celestina»*, editado por P. Botta, F. Cantalapiedra, K. Reichenberger y Joseph T. Snow, Kassel, Reichenberger, 2001, pp. 225-250.

Rohland de Langbehn, Regula, *La unidad genérica de la novela sentimental española de los siglos XV y XVI*, Londres, Department of Queen Mary and Westfield College, 1999.

Rojas, Fernando de, *La Celestina*, ed. Peter E. Russell, Madrid, Castalia, 2001.

Rubio Tovar, Joaquín, "Algunas características de las traducciones medievales", *Revista de Literatura Medieval*, 9 (1990), pp. 197-243.

Rubio Tovar, Joaquín, "La peregrinación como encuentro", en *Liébana y letras*, Santander, PubliCan/Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2008, pp. 83-98.

Rubio Tovar, Joaquín, "Viajes, mapas y literatura en la España Medieval", en *Libros de viaje: actas de las Jornadas de Libros de Viajes en el Mundo Románico*, ed. Fernando Carmona y Antonia Martínez, Murcia, Universidad de Murcia, 1996, pp. 321-343.

San Pedro, Diego de, *Obras completas, II. Cárcel de amor*, ed. Keith Whinnom, Madrid, Castalia, 1971.

Severin, Dorothy, *Religious Parody and the Spanish Sentimental Romance*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 2005.

Sharrer, Harvey L., “La fusión de las novelas artúrica y sentimental a fines de la Edad Media”, *El Crotalón*, 1 (1984), pp. 147-157.

Soler, Isabel, “El aprendizaje de la *infirmas*: luz y tinieblas en los espacios del navegante”, en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo románico*, ed. Rafael Beltrán, Valencia, Universidad de Valencia, 2002, pp. 99-110.

Teijeiro Fuentes, Miguel Ángel, *La novela bizantina española: Apuntes para una revisión de género*, Cáceres, Ediciones Universidad de Extremadura, 1988.

Ticknor, M. G., *Historia de la Literatura española. Tomo IV*, ed. Pascual de Gayangos y Enrique de Vedia, Madrid, M. Rivadeneyra, Salón del Prado, núm.8., 1856.

Ticknor, M. G., *History of Spanish Literature, Volume III*, Nueva York, Harper and Brothers, 1849.

Valdés, Juan de, *Diálogo de la lengua*, ed. J. M. Lope Blanch, Madrid, Castalia, 1984.

Valdés, Juan de, *Diálogo de la lengua*, ed. Rafael Lapesa, Zaragoza, Ebro, 1946.

Vega, Lope de, *El peregrino en su patria*, ed. J. B. Avalor-Arce, Madrid, Castalia, 1973.

Vega, Lope de, *Prosa, I. Arcadia. El peregrino en su patria*, ed. Donald McGrady, Madrid, Castro, 1997.

Vilanova, Antonio, “El peregrino andante en el *Persiles* de Cervantes”, *Boletín de la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona*, 22 (1949), pp. 97-159.

Antonio Vilanova, *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989.

Villena, Enrique de, *Arte de trovar*, ed. F. J. Sánchez Cantón, Madrid, Victoriano Suárez Editor, 1923.

Whinnom, Keith, *Medieval and Renaissance Spanish Literature: Selected Essays*, ed. A. Deyermond, W. F. Hunter y J. T. Snow, Exeter, University of Exeter Press, 1994.

Whinnom, Keith, "The Problem of the Best Seller in Spanish Golden Age Literature", *Bulletin of Hispanic Studies*, 57 (1980), pp. 189-98.

Whinnom, Keith, *The Spanish Sentimental Romance: 1440-1550. A critical bibliography*, Valencia, Grant & Cutler, 1983.

Ximénez de Urrea, Pedro Manuel, *Penitencia de amor*, ed. Domingo Ynduráin, Madrid, Akal, 1996.

Yllera, Alicia, "La autobiografía como género renovador de la novela: Lazarillo, Guzmán, Robinson, Moll Flanders, Marianne y Manon", *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, 4 (1981), pp. 163-191.

Caviceo, Dassy. Fuentes italianas. Cuestiones de traducción

Affò, Ireneo, *Memorie degli scrittori e letterati parmigiani*, Parma, Stamperia Reale, 1791.

Alvar, C., Lucía Megías, J. M., *Repertorio de traductores del siglo XV*, Madrid, Ollero y Ramos, 2009.

Arienti, Giovanni Sabadino degli, *Le porretane*, en *Prosatori volgari del Quattrocento. La Letteratura italiana. Storia e testi. Volume 14*, Milán/Nápoles, Riccardo Ricciardi Editore, 1955, pp. 883-917.

Beardsley, Theodore S., *Hispano-Classical translations printed between 1482 and 1699*, Pittsburgh-Lovaina, Duquesne University Press, 1970.

Binotti, Lucia, "Humanistic audiences: novela sentimental and libros de caballerías in Cinquecento Italy", *La coronica*, 39:1 (2010), pp. 67-113.

Blüher, Karl Alfred, *Séneca en España: Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*, ed. Juan Conde, Madrid, Gredos, 1983.

Boccaccio, Giovanni, *Decameron. Filocolo. Ameto. Fiammeta. La Letteratura italiana: storia e testi. Volume 8*, Milán/Nápoles, Riccardo Ricciardi Editore, 1952.

Boccaccio, Giovanni, *La elegía de doña Fiameta. Corbacho*, ed. Pilar Gómez Bedate, Barcelona, Planeta, 1989.

Caviceo, Jacopo, *Il Peregrino*, Edición de Luigi Vignali, Roma, La Fenice, 1993.

Colonna, Francesco, *Hypnerotomachia Poliphili*, en *Prosatori volgari del Quattrocento. La Letteratura italiana. Storia e testi. Volume 14*, Milán/Nápoles, Riccardo Ricciardi Editore, 1955, pp. 1077-1140.

Colonna, Francesco, *Sueño de Polífilo*, ed. Pilar Pedraza, Barcelona, Acontilado, 2008.

Dickman Orth, Myra, “‘The Prison of love’: a Medieval romance in the French Renaissance and its Illustration”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 46 (1983), pp. 211-221.

Gamba, Bartolommeo, *Delle novelle italiane in prosa bibliografica*, Florencia, Tipografia all’insegna di Dante, 1835.

Gómez Moreno, Ángel, *España y la Italia de los Humanistas. Primeros ecos*, Madrid, Gredos, 1994.

Huchon, Mireille, “Archéologie du V^e Livre”, en *Rabelais en son demi-millénaire. Actes du colloque de Tours (1984)*, Ginebra, Droz, 1988, Etudes Rabelaisiennes, 21, pp. 19-28.

Ludwig Selig, Karl, “The Dante and Petrarch Translations of Hernando Díaz”, *Italica*, 37: 3 (1960), pp. 185-187.

Newman, Robert J., “Rediscovering the *De Remedis Fortuitorum*”, en *The American Journal of Philology*, 109: 1 (1988), pp. 92-107.

Nider, Valentina, “Note sulla fortuna iberica dell’*Hypnerotomachia Poliphili* (1499): il commento del canonico Velasco”, en *Sogno e scrittura nelle culture iberiche. Atti del XVII Convegno della AISPI*, Roma, Bulzoni, 1998, pp. 63-72.

Reynier, Gustave, *Le Roman Sentimental avant «L’Astree»*, París, Armand Colin, 1908.

Rico, Francisco, *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Madrid, Alianza, 1997.

Salernitano, Masuccio, *Novellino*, en *Prosatori volgari del Quattrocento. La Letteratura italiana. Storia e testi. Volume 14*, Milán/Nápoles, Riccardo Ricciardi Editore, 1955, pp. 803-881.

Piccolomini, Eneas Silvio, *Cintia. Historia de dos amantes*, ed. José Manuel Ruíz Vila, Madrid, Akal, 2006.

Simona, Lorenza, *Giacomo Caviceo uomo de chiesa, d’armi e di lettere*, Berna y Frankfurt, Pubblicazioni Universitarie Europee, Sezione IX, Lengua e letteratura italiana, 4, 1975.

Simonin, Michel, *L'encre & la lumière*, Ginebra, Droz, 2004.

Tentolini, Renzo, "Un 'best seller' del Cinquecento. *Il libro del Peregrino* di Iacopo Caviceo da Parma", *Parma per l'arte*, 11 (1961), pp. 3-9.

Vignali, Luigi, *Il «Peregrino» di Jacopo Caviceo e il lessico del Quattrocento*, Uicolpi, Milán, 2001.

Ynduráin, Domingo, *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, Cátedra, 1994.

Manuales. Obras de consulta. Generalidades

Aarne, A., Thompson, S., *Los tipos del cuento folklórico. Una clasificación*, trad. Fernando Peñalosa, Helsinki, Academia Scientiarum Fennica, 1995.

AA.VV., *Enciclopedia virgiliana*, Roma, Instituto della Enciclopedia Italiana, 1984-1990.

Alvar, Carlos, *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza, 1991.

Bajtín, Mijail, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989.

Covarrubias Horozco, Sebastián de, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid/Fránkfort, Iberoamericana/Vervuert, 2006.

Cirlot, Juan Eduardo, *Diccionario de símbolos*, Madrid, Siruela, 1997.

Domínguez Caparrós, *Diccionario de métrica española*, Madrid, Alianza, 1999.

Estébanez Calderón, Demetrio, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza, 1996.

Falcón Martínez, C., Fernández Galiano, E. y López Melero, R., *Diccionario de mitología clásica*, Madrid, Alianza, 1980.

Graves, Robert, *Los mitos griegos*, Barcelona, RBA, 2005.

Kappler, Claude, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal, 1986.

Le Goff, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1986.

Le Goff, Jacques, *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente Medieval*, Madrid, Taurus, 1983.

Liutprando de Cremona y Pseudo-Liutprando de Cremona, *Obras completas* (en particular, *Adversaria*, pp. 1133-1134), a través de *Documenta Catholica Omnia*, en www.documentacatholicaomnia.eu/30_10_0922-0972-Liutprandus_Cremonensis_Episcopus.html (consultada el 1 de marzo de 2011).

Lucas de Tuy, *Crónica de España (texto romanceado)*, ed. Julio Puyol, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y museos, 1926.

Martínez-Pinna, J., Montero Herrero, S. y Gómez Pantoja, J., *Diccionario de personajes históricos griegos y romanos*, Madrid, Istmo, 1998.

Real Academia Española: Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*. <http://www.rae.es> [consultado el 1 de febrero de 2011]).

Real Academia Española, *Diccionario*, Madrid, Espasa, 2000.

Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. facsímil, Madrid, Gredos, 1963.

Real Academia Española, *Diccionario Panhispánico de dudas*, Madrid, Santillana, 2006.

Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada*, ed. Fray José Macías, Madrid, Alianza, 1982.

Smith, William, *Dictionary of Greek and Roman Biography and Mythology*, Boston, Little, Brown & co., 1870.

Smith, William, *Dictionary of Greek and Roman Geography*, Londres, Walton y Maberly, 1854.

